LAURELL K. HAMILTON

OBSIDIAN BUTTERFLY

AN ANITA BLAKE, VAMPIRE HUNTER, NOVEL



Anita Blake, cazador de vampiros, ha destruido a un montón de monstruos, pero su antiguo mentor, Edward, puede ser peor que cualquiera de ellos. Edward tiene problemas; una fuerza malévola está mutilando a los ciudadanos de Albuquerque. Y necesitará toda la potencia de fuego y la astucia de Anita.



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

Obsidian Butterfly

Anita Blake, Cazavampiros-9

ePUB v1.0
fenikz 03.05.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *Obsidian Butterfly*
©Laurell K. Hamilton, octubre, 2000
Traducción: «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Estaba cubierta de sangre, pero no era la mía, así que estaba bien. No sólo no era mi sangre, era sangre de animales. Sí, las peores víctimas de la noche eran seis gallinas y una cabra, podía vivir con ello, y también todo el mundo. Levanté a siete cadáveres en una noche. Fue un récord, incluso para mí.

Entré en el camino de acceso de mi casa, faltaba poco para el amanecer, el cielo todavía estaba oscuro y lleno de estrellas. Dejé el jeep en el camino de entrada, estaba demasiado cansada para meterle en el garaje. Era mayo, pero se sentía como abril. La primavera en St. Louis es por lo general un evento de dos días entre el final del invierno y el comienzo del verano. Un día estaba enfriando tu culo y al día siguiente estaría más caluroso. Pero este año la primavera ha sido suave y húmeda.

Excepto por el gran número de zombis que había levantado, había sido una noche típica. Levantar a un soldado de la guerra civil para una sociedad

histórica local, querían hacerle preguntas, un testamento que necesitó una firma final, por último un enfrentamiento de un hijo con su madre abusiva. Estaba metida hasta el cuello, con abogados y terapeutas. Si hubiera escuchado, *¿Cómo te hace sentir eso, Jonathan o Cathy, o quien sea?* una vez más esta noche, yo gritaría. No quería ver a nadie más esta noche *váyanse con sus sentimientos*. Al menos con la mayoría de los abogados, los parientes no vinieron al cementerio. El abogado aseguraba que los zombis levantados tuvieran suficiente capacidad cognitiva para saber lo que estaban firmando, y luego firmaba el contrato en calidad de testigo. Si los zombis no podían responder a las preguntas, entonces no habría una firma legal. El cadáver tendría que tener *buena* la mente para hacer una firma jurídicamente vinculante. Yo nunca había levantado a un zombi que no podría pasar de la definición legal, pero ocurría a veces. Jamison, un compañero animador de Animators, Inc., llegó a las manos con un par de abogados en la parte superior de una tumba. Qué divertido.

El aire era lo suficientemente frío para estremecerme mientras caminaba por la acera a mi puerta. Se oía el timbre del teléfono, busqué las llaves. Golpeé la puerta con mi hombro, nadie llama justo antes del amanecer a menos que sea importante. Para mí por lo general significa que era la policía, lo que significa que había una escena del crimen. Le di una patada a la puerta para cerrarla y corrí hacia el teléfono en la cocina. Mi contestador había hecho clic. Mi voz murió en la máquina y la voz de Edward se escuchó.

—Anita, es Edward. Si estás allí, contesta.

Silencio.

Estaba corriendo a toda velocidad y me resbalé en mis zapatos de tacón alto, cogí el teléfono mientras llegaba a la pared y casi se me cayó. Grité en el receptor mientras equilibraba el teléfono.

—Edward, Edward, ¡soy yo! ¡Estoy aquí!

Edward se reía en voz baja cuando finalmente lo pude oír.

—Me alegro de que te parezca divertido. ¿Qué pasa? —pregunté.

—Te llamo para un favor —dijo en voz baja.

Era mi turno para quedarme en silencio. Una vez Edward había llegado en mi ayuda, fue el que resguardó mi espalda, había traído un amigo con él, Harley, como refuerzo, y yo terminé con la vida de Harley. Ahora; Harley había intentado matarme a mí primero, y yo sólo fui más rápida, pero Edward había tomado su muerte de forma muy personal. Inflexible,

susceptible. Edward me había dado una elección: o bien él y yo podríamos medirnos y averiguar de una vez por todas, quién de nosotros era mejor, o podría deberle un favor. Algún día me llamaría y me pediría para ser su refuerzo como Harley. Yo había aceptado el favor. No quería estar en contra de Edward, de verdad. Porque si lo hiciera, yo estaba segura que terminaría muerta.

Edward es un asesino a sueldo. Se especializa en monstruos. Vampiros, cambiaformas, cualquier cosa y todo. Había gente como yo que es legal, pero Edward no sudaba la legalidad, o el infierno, la ética. Incluso en ocasiones mataba humanos, pero sólo si tenían algún tipo de peligrosa reputación. Otros asesinos, criminales, hombres malos, o mujeres. Edward era un asesino de igualdad de oportunidades. Nunca discriminaba, ni por el sexo, la religión, raza, o incluso especies. Si era peligroso, Edward lo caza y mata. Es lo que él decidió ser, lo que era, un depredador de depredadores.

Una vez le habían ofrecido un contrato para asesinarme. Él lo rechazó y vino a la ciudad para ser mi guardaespaldas, con lo que trajo a Harley con él. Yo le pregunté por qué no había tomado el contrato. Su respuesta fue simple. Si cogía el contrato, sólo me mataría a mí. Si él me protegía, creyó que iba a llegar a matar a más personas. Perfecto razonamiento el de Edward.

Está bien, es un sociópata o está cerca de serlo, hay poca diferencia. Podría ser una de los pocos amigos que Edward tiene, pero es como ser amigo de un leopardo domesticado. Puede posarse sobre el pie de tu cama y tenerlo como compañía, pero aún puede rasgar tu garganta. Simplemente no lo hará esta noche.

—Anita, ¿sigues ahí?

—Estoy aquí, Edward.

—No pareces feliz de saber de mí.

—Digamos que soy cautelosa —dije.

Volvió a reír.

—Prudente. No, no eres precavida. Eres sospechosa.

—Sí —dije—. ¿Cuál es el favor?

—Necesito un refuerzo —dijo.

—¿Qué puede ser tan terrible que la Muerte necesita refuerzo?

—Ted Forrester necesita el apoyo de Anita Blake, verdugo de vampiros.

Ted Forrester es el alias de Edward, su única personalidad legal. Ted

era un cazador de recompensas que se especializa en criaturas sobrenaturales que no son vampiros. Por regla general los vampiros eran un artículo de especialidad, era uno de los motivos por lo que dieron licencias para los verdugos de vampiros, pero no licencias para algo más que verdugos. Tal vez los vampiros sólo tienen una mejor antesala política, pero cualquiera que sea, ellos sacan el mayor partido de la prensa. Cazadores de recompensas como Ted llena los espacios en blanco entre la policía y los verdugos autorizados. Trabajó sobre todo en estados donde todavía era legal cazar monstruos y matarlos por dinero. Alimañas, incluyendo licántropos. Se les podría pegar un tiro en seis estados, mientras más tarde, una prueba de sangre demuestra que ellos eran licántropos. Algunos de los asesinatos habían sido llevados ante los tribunales y estaban siendo disputados, pero nada ha cambiado aún en un nivel local.

—Entonces, ¿para qué Ted me necesita?

Aunque la verdad me sentí aliviada de que era Ted pidiendo y no Edward. Edward por su cuenta probablemente significaba algo ilegal, tal vez incluso un asesinato. No me gusta el asesinato a sangre fría. Todavía no.

—Ven a Santa Fe y lo sabrás —dijo.

—¿Nuevo México? ¿Santa Fe, Nuevo México?

—Sí.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Ahora.

—Ya que voy como Anita Blake, verdugo vampiro, puedo sacar mi licencia de verdugo y llevar mi arsenal.

—Trae lo que quieras —dijo Edward—. Voy a compartir mis juguetes contigo cuando llegues.

—No he estado en la cama todavía. ¿Tengo tiempo para dormir un poco antes de subir a un avión?

—Consigue dormir un par de horas, pero debes estar aquí por la tarde. Hemos trasladado los cadáveres, pero estamos guardando el resto de la escena del crimen para ti.

—¿Qué clase de escena del crimen?

—Yo diría que asesinato, pero no es exactamente la palabra adecuada. Masacre, carnicería, tortura. Sí —dijo, buscando la palabra en su mente—, una escena de tortura.

—¿Estás tratando de asustarme? —pregunté.

—No —dijo.

—Quieres dejar el teatro y sólo dime qué diablos pasó.

Suspiró, y por primera vez oí un cansancio arrastrando en su voz.

—Tenemos diez desaparecidos. Doce muertos confirmados.

—Mierda —dije—. ¿Por qué no he escuchado nada en las noticias?

—Las desapariciones que hicieron la prensa amarillista. Creo que el título fue: *Triángulo de las Bermudas en el desierto*. Los doce muertos eran tres familias. Los vecinos acaban de encontrarlos hoy.

—¿Cuánto tiempo han estado muertos? —pregunté.

—Días, casi dos semanas para una familia.

—Jesús, ¿por qué alguien no los echó de menos antes?

—En los últimos diez años casi toda la población de Santa Fe ha cambiado. Tenemos una enorme afluencia de gente nueva. Además de un montón de gente tiene aquí sus casas para las vacaciones. Los habitantes locales llaman a los recién llegados *Californicators*.

—Lindo —dije—, ¿pero Ted Forrester es local?

—Ted vive cerca de la ciudad, sí.

Un escalofrío me recorrió desde la planta de los pies a la parte superior de mi cabeza. Edward era el último misterio. Yo no sabía casi nada acerca de él, de verdad.

—¿Significa esto que puedo llegar a tu casa?

—Vas a quedarte con Ted Forrester —dijo.

—Pero tú eres Ted Forrester, Edward. Me quedaré en tu casa, ¿verdad? —Se quedó callado por un latido del corazón, entonces respondió:

—Sí. —De repente, todo el viaje parecía mucho más atractivo. Yo iba a ver la casa de Edward. Yo iba a ser capaz de entrometerme en su vida personal, si hubiera una. ¿Qué podría ser mejor? Aunque una cosa me estaba molestando.

—Cuando se dijo que las familias son las víctimas, ¿están incluyendo a los niños?

—Extrañamente, no —dijo.

—Bueno, gracias a Dios por las bendiciones de los pequeños —dije.

—Siempre fuiste muy sensible con los chiquillos —dijo.

—¿No te molesta ver a los niños muertos?

—No —dijo.

Escuché su respiración por un segundo o dos, yo sabía que nada molestaba Edward, nada lo conmovía. Pero los niños… cada policía que

conocía odiaban ir a una escena donde la víctima era un niño. Había algo personal al respecto. Incluso los que no tenían niños lo tomaron muy duro. Que Edward no lo haga, me molestó. Es curioso, pero lo hizo.

—Me molesta —dije.

—Lo sé —dijo—, uno de tus defectos más graves. —Hubo un dejo de humor en su voz.

—El hecho de que seas un psicópata, y que yo no lo sea, es una de las cosas de las cuales me siento muy orgullosa.

—No tienes que ser un psicópata para respaldarme, sólo un tirador, y lo eres, Anita. Matas tan fácilmente como lo hago yo, si las circunstancias lo permiten. —No traté de discutir, porque no podía. Decidí concentrarme en el crimen en lugar de mi decadencia moral.

—Así que Santa Fe tiene una gran población flotante.

—No es transitoria —dijo Edward—, pero móvil, muy móvil. Tenemos mucho turismo, y un montón de gente entrando y saliendo en una base semi-permanente.

—Así que nadie conoce a sus vecinos —dije—, o lo que su rutina debería ser.

—Exactamente. —Su voz era suave, vacía, con un hilo de cansancio, había otra cosa. Un tono… algo.

—¿Crees que hay más cuerpos que no han encontrado todavía? —dije. Hice una declaración. Se quedó callado un segundo y luego dijo:

—Lo escuchaste en mi voz, ¿no?

—Sí —dije.

—No estoy seguro de que eso me guste. Eres capaz de leerme bien.

—Lo siento. Voy a tratar de ser menos intuitiva.

—No te molestes. Tu intuición es una de las cosas que te ha mantenido con vida tanto tiempo.

—¿Estás haciendo una broma sobre la intuición femenina? —pregunté.

—No, estoy diciendo que eres alguien que trabaja a partir de su instinto, sus emociones, no con la cabeza. Es una fortaleza y una debilidad para ti.

—¿Soy demasiado tierna?

—A veces, y a veces eres tan muerta por dentro como yo.

Al oír su declaración era casi aterradora. No es que fuera incluida en su categoría, sino que Edward sabía que algo había muerto dentro de él.

—¿Alguna vez extrañas las partes que se han ido? —pregunté. Fue lo

más parecido a una pregunta personal, que jamás había preguntado.

—No —dijo—. ¿Y tú? —Lo pensé por un momento. Empecé a decir que sí, automáticamente, entonces me detuve. La verdad, la verdad siempre entre nosotros.

—No, yo creo que no. —Hizo un sonido pequeño, casi una carcajada.

—Esa es mi chica. —Me sentí halagada y vagamente irritada que yo era *su chica*. En caso de duda, concéntrate en el trabajo.

—¿Qué clase de monstruo es, Edward? —pregunté.

—No tengo ni idea.

Eso me detuvo. Edward había estado buscando chicos malos sobrenaturales más años que yo. Sabía de monstruos casi tanto como yo, y había viajado por el mundo matando monstruos, por lo que tuvo conocimiento de primera mano de las cosas que yo sólo había leído.

—¿Qué quieres decir, con que no tienes idea?

—Nunca he visto nada matar como esto, Anita.

Sentí algo en su voz, que nunca lo había oído hablar, casi nunca. Miedo. Edward, cuyo apodo entre los vampiros y cambiaformas es La Muerte, tenía miedo. Una señal muy mala.

—Te impresionó, Edward. Así no eres tú.

—Espera a ver a las víctimas. He guardado las fotos de las otras escenas, pero la última permanece intacta, sólo para ti.

—¿Cómo es la aplicación de la ley local, porque poner una cinta alrededor de la escena del crimen y embalar todo mí?

—Todos los policías locales confían en Ted. Él es un niño bueno. Si Ted les dice que puedes ayudar, creen en él.

—Pero tú eres Ted Forrester —dije—, y no eres un buen muchacho.

—Pero Ted lo es —dijo, con la voz vacía.

—Tu identidad secreta —dije.

—Sí —dijo.

—Bien, voy a volar a Santa Fe esta tarde, o temprano en la noche.

—Vuela a Albuquerque en su lugar. Me reuniré contigo en el aeropuerto. Llámame y dame tiempo.

—Puedo alquilar un coche —dije.

—Estaré en Albuquerque en otro negocio. No es un problema.

—¿Qué no me estás diciendo? —pregunté.

—¿Yo, te guardo secretos? —Había un hilo de diversión en su voz.

—Eres un original misterio, Edward. Te encanta guardar secretos. Te

da una sensación de poder.

—¿Sí? —él lo hizo una pregunta.

—Sí, lo haces. —Se rió suavemente.

—Tal vez sí. Reserva el vuelo y me llamas para darme la hora de llegada. Tengo que irme. —Su voz fue baja, como si alguien hubiese entrado en la habitación.

No le había preguntado cuál era la urgencia. Diez desaparecidos, doce muertos confirmados. Era urgente. No le había preguntado si estaría esperando mi llamada.

Edward, nunca está asustado, estaba asustado. Estaría esperando mi llamada.



DOS

Resultó que el único vuelo que pude conseguir que no estaba lleno era uno que salía al mediodía, lo que me daba cerca de cinco horas de sueño antes de tener que levantarme y salir para el aeropuerto.

También falté a clase de Kenpo, un tipo de karate que apenas había empezado hace unas semanas.

Hubiera sido mucho mejor la clase que el avión. No me gusta volar. Conducía tanto como me fuera posible por fuera de la ciudad, pero había estado volando mucho últimamente. Había reducido el terror real, pero todavía era fóbico. Odiaba volar, yo personalmente no había probado con drogas. Simplemente no confiaba. Tampoco son de confianza las compañías aéreas.

Llevar un arma oculta en un avión es un dolor en el culo. Había tenido que tomar las dos horas de la FAA para ocultar un arma en un avión. Tengo un certificado para demostrar que había tomado el curso. No podía subir al

avión sin el certificado. También había una carta en la que indicaba que estaba en comisión de servicio, lo que me obliga a llevar un arma.

El sargento Rudolf «Dolph». Storr, director del equipo Regional de Investigación Preternatural, me había enviado por fax la carta con el membrete del grupo de trabajo, siempre impresionaba. Algún policía real tenía que darme algo para legitimar mi estado. Si se tratara de un asunto policial real, incluso si Dolph no estaba directamente implicado, por lo general me daban lo que necesitaba.

Si Edward me había llamado para ayudar en un caso no oficial, es decir, ilegal, habría evitado llamar a Dolph. El Sr. Ley y orden no quiere a Edward, también conocido como Ted Forrester. Ted estaba cuando aparecían muchos cuerpos. Eso hizo que Dolph no confiara en él.

No miré por la ventana. Leí y traté de fingir que estaba en un autobús muy estrecho. Que por fin había descubierto que una de las razones por las que no me gustaba volar era que también tengo claustrofobia. Un total de 727 personas estaban lo suficientemente cerca como para que fuera difícil respirar. Me volví hacia el ventilador de arriba de mi asiento y leí Sharon Shinn.

Es un autor que me da confianza para mantener mi atención, incluso a cientos de metros sobre el suelo con una hoja de metal fina entre yo y la eternidad.

Así que no puedo decir lo que Albuquerque parece desde el aire, y el camino que conducía hacia el aeropuerto era como cualquier otro al que había ido.

Incluso en el túnel podía sentir el calor urgente, como una mano gigante flotando sobre el plástico fino. Era primavera en San Luis, pero era verano en Albuquerque.

Recorrí la multitud con la mirada buscando a Edward y de hecho mire más allá de él antes de darme cuenta de que era él. Parte de no verlo fue el hecho de que llevaba un sombrero, un sombrero de vaquero. Había un abanico de plumas metidas en la parte delantera de la banda, pero tenía el aspecto de un sombrero que había sido usado antes. El ala se curva hacia atrás en ambos lados como si se hubiera trabajado en el material rígido hasta que el ala había cogido una nueva forma constante en la carrera de las manos. Llevaba una camisa blanca de manga corta, como algo que se conseguiría en cualquier tienda. A juego con unos vaqueros azules que parecían nuevos y un par de botas de montaña que no lo eran.

¿Botas de montaña? ¿Edward?

Nunca lo había visto vestido así me dio la impresión de chico de campo. No, definitivamente un hombre de la ciudad, pero allí estaba, mirando hacia bajo de una forma hogareña y confortable.

No se parecía nada a Edward hasta que vi sus ojos. Envuélvelo en cualquier disfraz, puede vestirse como príncipe azul en una carroza de Disney, pero al ver sus ojos, todavía sería él.

Sus ojos son de color azul claro y fríos como el cielo de invierno. Él es el epítome de blancos de cría con su pelo rubio y delgada palidez. Puede mirarte de forma inofensiva si lo desea. Es un actor consumado, pero sus ojos lo delatan. Si los ojos son el espejo del alma, Edward está en problemas porque no hay nadie en casa.

Él me sonrió, y se descongeló su mirada. Se alegraba de verme, estaba realmente contento. O tan contento como alguna vez lo fue al ver a alguien. No fue reconfortante. En cierto modo, era inquietante, porque uno de los principales motivos de que Edward me gustaba era que juntos, solo pensábamos en lo que teníamos que matar, lo demás lo dejamos aparte. O al menos yo lo hice. Por todo lo que sabía, Edward podría haber estado peleando con ejércitos enteros, cuando no estaba conmigo.

—Anita —dijo.

—Edward —dije. Su gran sonrisa se convirtió en una simple sonrisa.

—No pareces contenta de verme.

—Al estar tan contento de verme me pones nerviosa, Edward. Estás aliviado de que esté aquí, y eso me asusta. —La sonrisa se desvaneció, y vi todo el humor, la bienvenida, como fugándose de su rostro como el agua que sale de un vaso a través de una grieta, vacío.

—No me siento aliviado —dijo, pero su voz era demasiado blanda.

—Mentira —dije. Me hubiera gustado decirlo en voz baja, pero el ruido del aeropuerto era como el sonido del océano, un rugido continuo.

Me miró con esos ojos sin piedad y me dio una inclinación de cabeza pequeña. Un reconocimiento de que era un alivio estuviera aquí. Tal vez lo habría verbalizado, pero de pronto apareció una mujer a su lado.

Ella sonreía, con los brazos deslizándose por él hasta que lo abrazó en su contra. Le puse más de treinta años, mayor que Edward, aunque no estaba segura de su edad real.

Su pelo era corto, marrón, un estilo con gran significado, pero halagador. No llevaba casi maquillaje, pero seguía siendo hermosa. Fueron

las líneas de los ojos y la boca que me había hecho saltar la edad de treinta a cuarenta y tantos. Era más pequeña que Edward, más alta que yo, pero aún pequeña, aunque ella no parecía indefensa. Es más oscura y curtida de lo normal, probablemente explicaba las líneas de su rostro. Pero había tranquilidad en ella por cómo se quedó sonriendo, sosteniendo el brazo de Edward.

Llevaba unos vaqueros que parecían tan claros que deben haber sido desgastados, una blanca camisa de manga corta.

Me pregunté por un segundo si Edward la había recogido en el aeropuerto también, pero había algo muy fresco en ella. Ella no se había bajado de un avión.

—Soy Donna. Debes de ser Anita. —Me tendió la mano.

Tenía un fuerte apretón de manos, y su mano era áspera. Ella había trabajado, eso era seguro. También sabía cómo dar la mano. La mayoría de las mujeres nunca tuvimos ese don.

Me gustó inmediatamente, instintivamente, y desconfiaba de la sensación con la misma rapidez.

—Ted me ha hablado mucho acerca de ti —afirmó Donna. Miré a Edward. Estaba sonriente, e incluso sus ojos estaban llenos de humor. Su rostro y la posición su cuerpo había cambiado.

Cabizbajo, ligeramente, y su sonrisa era perezosa. Vibró con el encanto de un buen niño. Era una actuación ganadora del Oscar, como si estuviera negociando pieles con otra persona. Miré a Edward, Ted y dije:

—Has dicho mucho sobre mí, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —afirmó Donna, tocando mi brazo, mientras que cogía a Edward. Por supuesto, sería un toque casual.

Mis amigos leopardos me estaban acostumbrados al toque casual, pero aún no estaba acostumbrada. ¿Qué demonios estaba haciendo Edward, Ted, con esta mujer?

Edward hablaba, pero había un ligero acento de Texas, el mismo tono de su voz pero con un viejo acento casi olvidado. Edward no tenía acento de ningún tipo. Su voz era la más limpia y más difícil de saber el lugar de procedencia, como si su voz nunca fue tocada por los lugares y por las personas con quien compartió.

—Anita Blake, me gustaría que conozcas a Donna Parnell, mi novia. —Mi mandíbula cayó a la alfombra.

Por lo general trataba de ser un poco más sofisticada que eso, o

maldición, más cortés. Yo sabía que el asombro y el choque se hicieron presentes, pero no pude evitarlo.

Donna se rió, y fue una buena risa, cálida, una risa de buena mamá. Ella apretó el brazo de Edward.

—Oh, tenías razón, Ted. Por su reacción valió la pena el viaje.

—Ya, cariño —dijo Edward, abrazándola y dándole un beso en la parte superior de la cabeza. Cerré la boca y traté de recuperarme. Me las arreglé para murmurar:

—Eso es una gran… Me refiero a realmente… yo… —Finalmente, extendí mi mano y dije—: Felicidades. —Pero no podía manejar una sonrisa. Donna utilizó el apretón de manos para atraerme a sus abrazos.

—Ted dijo que nunca ibas a creer que finalmente había aceptado casarse. —Me abrazó de nuevo, riendo—. Pero, Dios mío, niña, nunca he visto un shock tan puro. —Se retiró a los brazos de Edward y del rostro sonriente Ted.

Yo no soy tan buena actriz como Edward. Me ha llevado años perfeccionar un rostro en blanco y mucho más mintiendo con la expresión facial y el lenguaje corporal. Así que dejé mi cara en blanco y traté de decirle al rey con los ojos que tenía que darme algunas explicaciones. Me dio su aceptación, con la sonrisa secreta. Que me molestó. Edward estaba disfrutando de su sorpresa. ¡Maldita sea!

—Ted, ¿dónde están tus modales? Toma la bolsa —afirmó Donna. Edward y yo miramos las pequeñas bolsas que tenía en mi mano izquierda. Me dio una sonrisa de Ted, pero dijo algo en la línea de Edward.

—A Anita le gusta llevar su propio peso.

Donna me miró como si la confirmación de esto no podría ser verdad. Tal vez ella no era tan fuerte e independiente como aparentaba, o tal vez es una década mayor. Una generación diferente, quien sabe.

—Ted, tiene razón —dije, poniendo un poco énfasis demasiado en su nombre—. Me gusta llevar mis propias bolsas.

Donna parecía que le hubiera gustado corregir mi forma de pensar, pero obviamente era demasiado educada para decirlo en voz alta. La expresión, no el silencio, me recordó a mi madrastra Judith. Que me hizo pensar que la edad de Donna eran más de cincuenta. Eran cincuenta poderosamente bien conservados, pero no algo como cuarenta y algo, o unos treinta y algo. Caminaba delante de mí a través del aeropuerto, del brazo de Ted. Seguí detrás de ellos, no porque mi maleta era demasiado pesada, sino porque

necesitaba unos minutos para recuperarme.

Vi a Donna golpear con la cabeza el hombro de Edward, volviendo su cara, sonriendo, brillando intensamente. Edward/Ted se inclinó sobre ella, con cara tierna, susurrando algo que la hacía reír.

Yo iba a estar enferma. ¿Qué demonios hacia Edward con esa mujer? ¿Era otra asesina, otro actor como él? De alguna manera yo no me lo creí. Y si ella era exactamente lo que parecía, una mujer enamorada de Ted Forrester, el cual no existía, iba a patear el culo de Edward metafóricamente ¿Cómo se atreve a incluir a una mujer inocente en su fachada? O y esto era una idea muy extraña, ¿estaba Edward, Ted realmente enamorado? Si me lo preguntaran hace diez minutos, habría dicho que no era capaz de tal profunda emoción, pero ahora… ahora yo estaba simplemente confusa.

El aeropuerto de Albuquerque rompió la regla de que todos los aeropuertos se ven casi idénticos y no se puede decir en qué parte del país o incluso del mundo, estás tan sólo desde el aeropuerto.

Hay decoraciones, por lo general de una cultura totalmente diferente. Pero no aquí. Aquí había indicios de un sabor suroeste de todas partes. Multicolores de tejas inclinadas hacia la pintura de color turquesa y azul cobalto, la mayoría de las tiendas y los escaparates estaban alineados.

Una pequeña tribuna cubierta, vendía las joyas de plata en medio del gran pasillo que hace de puertas en el resto de aeropuertos. Habíamos dejado atrás a la multitud y con ello el ruido. Pasamos a un mundo de perfecto silencio, acentuado por las paredes blancas y los grandes ventanales a ambos lados.

Albuquerque se extendía fuera de las ventanas como una gran llanura con un anillo de montañas negras en el borde, como el telón de fondo de una obra de teatro, casi irreal. El calor se sentía incluso a través del aire acondicionado, no muy caliente, pero haciendo saber que iba a ser peor. El paisaje era totalmente ajeno, parecía haber sido cortado a la deriva.

Una de las cosas que me gustó de Edward es que él nunca cambia. Era lo que era, y Edward, es confiable, a su propia manera psicótica, me había lanzado una bola curva tan salvaje que ni siquiera supe cómo pegarle a él. Donna se detuvo y se volvió, y Edward con ella.

—Anita, la bolsa es demasiado pesado para ti. Por favor, Ted llévala. —Ella le dio un buen empuje en mi dirección.

Edward se dirigió hacia mí. Incluso su andar era una especie de marcha,

como alguien que pasó mucho tiempo a caballo o en un barco. Mantuvo la sonrisa de Ted en su rostro. Sólo sus ojos lo delataron y se mostraron a través de la máscara. Esos ojos muertos, vacíos. No brilló el amor en ellos. ¡Maldita sea! En realidad se inclinó, su mano comenzó a cerrarse sobre la mía y el mango del bolso. Susurré:

—No. —Dejé que la palabra mostrara toda la rabia que sentía. Sus ojos se abrieron un poco, y él sabía que yo no estaba hablando de sólo el equipaje de mano. Se enderezó y llamó de nuevo a Donna.

—Ella no quiere mi ayuda. —Puso énfasis en el mí. Ella chasqueó la lengua y regresó a nosotros.

—Eres terca, Anita. Deja a Ted ayudarte. —Me miró y sabía que mi cara no era amigable, pero no podría sacar toda la ira de mi cara. Los ojos de Donna se agrandaron un poco.

—¿Te he ofendido de algún modo? —preguntó ella.

Sacudí la cabeza.

—No estoy molesta contigo. —Miró a Edward.

—Ted, querido, creo que está enojada contigo.

—Creo que tienes razón —dijo Edward. Sus ojos se habían vuelto espumosos con amor y buen humor. Traté de salvar la situación.

—Es que Ted no me había hablado de la relación. No me gustan las sorpresas. —Donna puso la cabeza a un lado, me dio una mirada pensativa. Ella empezó a decir algo, entonces pareció pensarlo mejor.

—Bueno, voy a tratar de asegurarme de que no recibas más sorpresas de mí.

Se acomodó un poco más segura en el brazo de Edward, y la mirada en sus ojos marrones fue sólo un poco menos amable de lo que había sido antes.

Me di cuenta con un suspiro de que Donna ahora pensaba que yo estaba celosa. Mi reacción no era normal para una amiga o conocida sólo de negocios. Como yo no podía decirle la verdadera razón por la que estaba molesta, lo dejé pasar. Mejor que piense que Ted y yo habíamos sido novios una vez, que la verdad. Aunque el cielo sabía que probablemente preferiría que hubiéramos sido amantes a la verdad acerca de su Ted. Ella estaba enamorada de un hombre que no existía, no importa cuán real fuera el brazo del que colgaba.

Apreté mis manos en mi maleta e iba caminando por el otro lado de Donna cuando salimos del aeropuerto. Ella no se sentía cómoda conmigo,

por lo que me mantuve a un lado. Yo no soy buena en pequeñas charlas, pero ahora, yo no podía pensar en una maldita cosa que decir, así que caminamos en un silencio que se hizo progresivamente incómodo para mí, y para Donna, porque ella era una mujer fácil y natural. Me aturdía, sabía silenciosamente que la hacía sentir incomoda. Yo no quería hacerla sentir más incómoda. Ella rompió el silencio primero.

—Ted me dice que eres un animador y cazador de vampiros.

—Prefiero verdugo vampiro, pero sí. —En un intento desesperado de ser amable le pregunté:

—¿Y tú qué haces?

Esbozó una sonrisa brillante que mostró líneas en ambos lados de la boca como un marco, tan poco pintada. Yo estaba contenta de no haberme puesto nada de maquillaje. Tal vez eso le ayudaría a darse cuenta de que no iba detrás de Edward/Ted.

—Tengo una tienda en Santa Fe. —Edward añadió—: Ella vende parafernalia psíquica. —Él me dio una sonrisa sobre su cabeza. Mi rostro se endureció, y luché para mantenerlo en blanco.

—¿Qué clase de parafernalia?

—Cristales, barajas de tarot, libros, todo y cualquier cosa que se llame fantasía.

Quise decir: Pero tú no eres psíquica, pero no lo hice. Había conocido a gente antes convencida de que tenían dones psíquicos, cuando no lo tienen. Si Donna fue uno de los engañados con éxito, ¿por qué iba a estallar la burbuja? En su lugar, le dije:

—¿Hay mucho mercado de ese tipo de cosas en Santa Fe?

—Oh, solía haber un montón de tiendas como la mía. La cantidad era realmente grande en Santa Fe, pero los impuestos a la propiedad se han disparado y la mayoría de los nuevos videntes han avanzado más en las montañas de Taos. Santa Fe ha cambiado en los últimos cinco años, más o menos. Es todavía un lugar muy positivo, pero tienen más energía en Taos ahora. No estoy segura de por qué.

Habló de energía como si fuera un hecho aceptado, y no trataba de explicarme, como si la entendiera. Ella estaba asumiendo, como tanta gente lo hizo, que si se resucita a los muertos, la vida psíquica está en otras áreas. Que a menudo era cierto, pero no siempre. Lo que ella llama energía, yo la llamo sensación de un lugar. Algunos lugares tenían una sensación para ellos, buena o mala, una sensación energízame. La vieja idea de lugares

mágicos estaba viva y en el nuevo movimiento tenían un nombre diferente.

—¿Lees las cartas? —pregunté. Era una manera cortes de averiguar si ella creía que tenía poderes.

—¡Oh, no! —señaló Donna—. Mis regalos son muy pequeños. Me encantaría ser capaz de leer las cartas o los cristales, pero lo mío es solo un titular. Mi talento en esta vida es ayudar a otros a descubrir sus puntos fuertes.

Sonaba como un terapeuta que cree en vidas pasadas. Me había reunido con suficiente de ellos en el cementerio como para conocer la jerga.

—Así que no eres una psíquica —dije. Yo sólo quería estar segura de que ella lo sabía.

—¡Oh, cielos, no! —Sacudió la cabeza para dar énfasis, y me di cuenta de los pendientes de oro.

—La mayoría de las personas que entran en el negocio por lo general lo son —dije.

Ella suspiró pesadamente.

—Al médium que visito me ha dicho que estoy bloqueada a causa de mi mal uso de mis poderes la última vez que los utilicé, pero ella cree que voy a ser capaz de volver a utilizar mi magia.

Me di cuenta de que había supuesto que yo era la clase de persona que creía en la reencarnación, vidas pasadas y todas esas cosas, imaginaba que era más que nada por la clase de trabajo al que me dedicaba, o eso, o Edward-Ted, le había mentido sobre mí, sólo para divertirse.

Tuve que recordarme que yo era cristiana y que no creía en esa clase de cosas, aunque después de todo había muchas más religiones que creían en la reencarnación que las que no lo hacían… ¿Quién era yo para objetar? Respiré profundamente antes de hacerle la pregunta.

—¿Conociste a Ted en una vida pasada?

—No, en realidad él es nuevo para mí, aunque Brenda dice que es un alma vieja.

—¿Brenda, tu psíquico? —pregunté. Ella me miró y asintió.

—Estoy de acuerdo con la parte del alma vieja —dije mientras la miraba. Edward me miró por encima de su cabeza, de este modo ella no podía verlo, aunque creía que era una mirada sospechosa.

—¿Entonces también has sentido la forma en que resuena? Brenda dice que es como una campana grande y pesada cada vez que está cerca de él. —Más bien creía que las campanas eran de alarma, pero lo guardé para mí.

—A veces puedes hacer tu alma pesada en una sola vida.

Ella me miró con su cara llena de desconcierto, no era estúpida, había mucha inteligencia en sus ojos marrones pero ella era ingenua, Donna quería creer en algo, lo que la hacía un blanco fácil para un cierto tipo de mentirosos, los aspirantes a psíquicos y los hombres como Edward. Los hombres que eran capaces de mentir acerca de qué y quien eran.

—Me gustaría conocer a Brenda antes de irme a casa. —Edward abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa. Por el contrario Donna sonrió encantada.

—Por supuesto, me encantaría presentarlas, Brenda nunca ha conocido a un animador, así que sé que tendrá gusto en conocerte.

—Estoy segura —dije.

Yo también deseaba conocer a Brenda, quería comprobar si era realmente o no psíquico o simplemente una charlatán. Si ella realmente no tenía las habilidades que decía tener, eso la convertía en una estafadora, y era un crimen.

Estábamos pasando al lado de un bonito restaurante azul, las paredes estaban decoradas con cuadros de conquistadores españoles al lado de hombres con poco más que un taparrabos. Había una cabina telefónica a nuestro lado.

—Voy a intentar localizar a los niños una vez más —dijo Donna mientras le daba un cálido beso a Edward-Ted en la mejilla y se alejaba hacia el teléfono antes de que pudiera pestañear.

—Niños —dije mordazmente mientras miraba a Edward.

—Sí —dijo con mucho cuidado.

—¿Cuántos? —pregunté.

—Dos.

—¿Edad?

—El chico, 14 años y la niña seis, —fue la respuesta de Edward.

—¿Y dónde está su padre? —pregunté sarcásticamente.

Él se encogió de hombros y me respondió.

—Donna es viuda.

Le miré significativamente.

Edward me devolvió la mirada.

—No, yo no lo hice, Él murió unos cuantos años antes de que yo conociera a Donna.

Me acerqué más a él, girándome para que Donna no pudiera ver mi cara

desde la cabina.

—¿A qué estás jugando? Ella tiene dos hijos Edward y está tan enamorada de ti que me hace vomitar. ¿Dime en que podrías estar pensando?

—Donna y Ted han estado saliendo durante unos dos años, son amantes, es normal que quieran consolidar su relación.

Mientras me hablaba su rostro seguía siendo el rostro relajado de Ted, pero la voz era la de Edward totalmente carente de emoción.

—Estás hablando como alguien que estuviera entre Edward y Ted —dije acusatoriamente.

—Vas a tener que empezarme a llamar Ted, Anita. Te conozco y sé que si no lo empiezas a convertir en un hábito vas a olvidarte —dijo despreocupadamente.

Estuve un rato en silencio, después bajé mi tono de voz hasta convertirlo en un susurro furioso.

—Y una mierda, él eres tú, y estás jodidamente comprometido ¿de verdad vas a casarte con ella?

Simplemente hizo un encogimiento de hombros.

—Mierda —dije con mi voz cargada de rabia—. No puedes hacer eso, no te puedes casar con ella.

Su sonrisa se amplió, y él salió a mí alrededor extendiendo las manos a Donna. La besó y le preguntó:

—¿Cómo están los niños?

Se volvió en sus brazos por lo que sólo abrazaba la mitad de su cuerpo, y apartó su mirada de mí. Su rostro era Ted, relajado, pero sus ojos me advirtieron: No hagas un lío de esto. Era importante para él por alguna razón.

Donna se volvió para ver mi cara, y luché para mantener mi cara en blanco.

—¿Qué estaban cuchicheando ustedes con tanta urgencia?

—El caso —dijo Edward.

—¡Oh, bah! —dijo Donna.

Levanté las cejas a Edward. ¡Oh, bah! El hombre más peligroso que jamás había conocido estaba comprometido con una madre de dos hijos que decía cosas como: ¡Oh bah! Era demasiado extraño.

Donna puso los ojos como platos.

—¿Dónde está tu bolso? ¿Lo dejaste en el avión?

—No he traído uno —dije—. Tengo la maleta y los bolsillos.

Ella me miró como si yo hubiera hablado en otro idioma.

—Dios mío, yo no sabría qué hacer sin mi monstruosidad.

Sacó la enorme cartera en frente de ella.

—Soy una rata de carga.

—¿Dónde están tus hijos? —pregunté.

—Con mis vecinos. Son una pareja de jubilados y son muy buenos con mi niña, Becca. —Ella frunció el ceño—. Por supuesto, nada parece tener feliz a Peter ahora. —Ella me miró—. Peter mi hijo. Él tiene catorce años y parece de cuarenta, ha afectado sus años de adolescencia con una venganza. Todos me decían que ser adolescente es una etapa dura, pero nunca pensé cuán difícil es.

—¿Se ha metido en problemas? —pregunté.

—No realmente. Quiero decir no en nada criminal.

Ella agregó lo último demasiado rápido.

—Pero él sólo dejó de escucharme. Se suponía que iba a volver a casa de la escuela e ir a ver a Becca. En cambio, se fue a la casa de un amigo. Cuando volví a casa después de cerrar la tienda, la casa estaba vacía, y yo no sé en donde estaban ellos. El Sr. Henderson había salido y Becca no estaba allí. Dios, yo estaba desesperada. Otro vecino los había llevado a su casa, pero si no hubieran estado en casa, tendría que vagar por el barrio durante horas. Peter llega a casa y simplemente no lo siento. Cuando no llegó a la casa, me convencí a mí misma que había sido secuestrado por alguien y fue dejado muerto en una cuneta en algún lugar. Entonces él viene paseando como si no pasara nada.

—¿Todavía estás castigado? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza, muy firme.

—¡Por supuesto que sí! Castigado durante un mes, y le he quitado todo los privilegios que se me ocurrieron.

—¿Qué piensa de que tú y Ted se vayan a casar?

Era una pregunta sádica, y yo lo sabía, pero yo no pude evitarlo. Donna se vio afectada, verdaderamente afectada.

—No está muy entusiasmado con la idea.

—Bueno, él tiene catorce años, y es un niño —dije—. Está obligado a resentir que otro hombre entre en su territorio.

Donna asintió.

—Sí, me temo que sí.

Ted la abrazó.

—Vas a estar bien, dulzura. Pete y yo llegaremos a un buen entendimiento. No te preocupes.

No me gustó la frase de Edward al respecto. Vi su cara, pero no podía ver detrás de su máscara de Ted. Era como si durante unos minutos, en un momento, sólo se desvaneció en su alter ego. Yo no había estado en el terreno de su acto Jekyll/Hyde, ya estaba empezando a ponerme de los nervios.

—¿Tienes alguna otra bolsa? —preguntó Edward.

—Por supuesto, que la tiene —afirmó Donna—. Ella es una mujer.

Edward dio una pequeña risa que era más suya que de Ted. Era un pequeño sonido que hizo que Donna lo mirara y me hizo sentir mejor.

—Anita no es como cualquier otra mujer que he conocido.

Donna le dio otra mirada. Edward lo había dicho de esa manera a propósito. Había cogido sus celosos, y ahora estaba jugando con ellos.

Era una manera de explicar mi extraña reacción a la noticia sin riesgo de dañar su tapadura. Supongo que no podía culparle, pero en una forma yo sabía que era una venganza por mi falta de habilidades sociales. Su tapadera es lo suficientemente importante como para que dejara a Donna creer que habíamos sido una pareja, lo que significaba que era muy importante para él. Edward y yo nunca habíamos tenido un pensamiento romántico en nuestras vidas.

—Tengo todo el equipaje que necesito —dije.

—Ves —afirmó Donna, tirando de su brazo.

—En el equipaje de mano no cabían todas las armas.

Donna se detuvo en el momento de decirle algo a Edward, a continuación, se volvió lentamente para mirarme. Edward y yo dejamos de caminar porque se había detenido. Sus ojos estaban abiertos de par en par. Parecía contener la respiración. Ella me miraba fijamente, pero no a mi cara. Si hubiera sido un hombre, puede ser que lo habría acusado de mirar mi pecho, pero no era exactamente lo que estaba viendo. Seguí su mirada y encontré que mi chaqueta se había abierto más de mi lado izquierdo exponiendo mi arma. Debe haber ocurrido cuando reajusté la bolsa. Un descuido de mi parte. Normalmente soy muy cuidadosa de no exponer mis armas en público. Tiende hacer que la gente se ponga nerviosa, igual que ahora. Cambié la bolsa, de manera que la chaqueta se deslizó sobre la pistolera, como una cortina cayendo en su lugar.

Donna respiró rápido, parpadeó y miró mi cara.

—Realmente portas un arma.

Su voz tenía una especie de asombro.

—Te dije que lo hacía —dijo Edward con su voz de Ted.

—Lo sé, lo sé —afirmó Donna. Sacudió la cabeza—. Nunca he estado alrededor de una mujer que… ¿Matas tan fácilmente como lo hace Ted?

Es una pregunta muy inteligente, y significaba que había estado prestando más atención al Edward real de lo que yo pensaba. Por lo tanto, respondí a la pregunta con sinceridad.

—No.

Edward la abrazó, con los ojos me advirtió.

—Anita no cree que los cambiaformas son animales. Ella todavía piensa que los monstruos pueden ser salvados. Esto la hace delicada a veces.

Donna me miró fijamente.

—Mi esposo fue asesinado por un hombre lobo. Lo mataron delante de mí y de Peter. Peter sólo tenía ocho años.

Yo no sabía qué reacción esperaba, así que no le dio una. Mi rostro era neutral, desinteresado, lejos de ser sorprendida.

—¿Te salvó?

Ella asintió lentamente, comprendiendo. Un hombre lobo arrancó a su esposo de su lado, en frente de ella y su hijo, sin embargo, aún estaban vivos y el marido no lo estaba. Algo había intercedido, algo que les había salvado.

—John, mi marido, cargaba un fusil con balas de platas. Se le había caído el arma en el ataque. Lo había herido, pero no lo suficiente.

Sus ojos se habían ido lejos con el recuerdo. Nos quedamos en el aeropuerto, tres personas se encontraban en un pequeño círculo en silencio y hablaban en voz baja mirando los ojos de Donna. Yo no tenía que mirar a Edward para saber si su rostro era tan neutral como el mío. Se había quedado en silencio, el horror seguía siendo demasiado fresco en sus ojos. La mirada era suficiente. Había algo peor, o peor para ella. Ella se sentía culpable por lo menos.

—John acababa de enseñar a Peter a disparar la semana anterior. Era tan pequeño, pero le dejé tomar la pistola. Dejé que disparara a ese monstruo. Dejé que se enfrentara a esa cosa, mientras yo estaba congelada y acurrucada en el suelo.

Eso fue todo. Ese fue el verdadero horror para Donna. Había permitido a su hijo protegerla. Permitió a su hijo hacer el papel de protector, de adulto ante esa pesadilla. Había fallado en la gran prueba, y Peter había pasado demasiado rápido de una edad muy tierna a la edad adulta. No es de extrañar que odiara a Edward. Peter había ganado su derecho a ser el hombre de la casa. Se lo había ganado con sangre, y ahora su madre se iba a casar. Sí, claro.

Donna me miró con ojos atormentados. Ella parpadeó y pareció ser la misma de siempre pero con mucho esfuerzo físico. Ella no había superado el asesinato, o no habría quedado tan viva. Si puedes comenzar a tener paz, puedes contar las historias más terribles, como sí le ocurriera a alguien más, no con tanta emoción. O, tal vez la tranquilidad no ha llegado, pero todavía lo cuenta como si fuera una historia interesante que sucedió hace mucho tiempo, nada importante. He visto a policías que se emborrachaban antes de que el dolor se derramara en sus historias.

Donna estaba lastimada. Peter estaba sufriendo. Edward no estaba haciendo daño. Lo miré, el horror había pasado en la suave cara de Donna. Sus ojos estaban vacíos mientras me miraba, esperando paciente como cualquier depredador. ¿Cómo se atreve a meterse en sus vidas de esta manera? ¿Cómo se atreve a provocar más dolor? Debido a que pasara lo que pasara, si se casa con ella o no, iba a ser doloroso. Doloroso para todos, pero Edward. Aunque tal vez yo podría arreglar eso. Si jodía la vida de Donna, tal vez podría joder la suya. Sí, eso me gustó.

Deben de haber brillado mis ojos durante un segundo o dos, porque los ojos de Edward se estrecharon, y por un momento sentí que podía enviar escalofríos por mi espalda, con apenas un vistazo. Era un hombre muy peligroso, pero para proteger esta familia yo probaría sus límites, y el mío. Edward por fin había encontrado algo que me molestó bastante, tal vez pulsó un botón que yo nunca había querido tocar. Tiene que dejar a Donna y a su familia sola. Tiene que salir de sus vidas. Lo vería fuera de sus vidas. Y hay una sola «forma» cuando se trata de Edward. Muerte.

Nos miramos uno a otro sobre la cabeza de Donna mientras abrazaba su pecho, acariciando su pelo, pronunciando palabras de consuelo para ella. Pero sus ojos estaban fijos en mí, y yo sabía mientras nos mirábamos que él sabía exactamente lo que estaba pensando. Sabía a la conclusión que había llegado, a pesar de que nunca podría entender su relación con Donna y sus hijos fue la gota que colmó el vaso. Pero la mirada de sus ojos era

suficiente. No puede entender por qué, pero sabía que el vaso se rompió en dos y puta que no había manera de arreglarlo, excepto hacer lo que yo quería que hiciera, o morir. Al igual, yo sabía que lo haría. Sabía que podía ver el cañón de una pistola y disparar a Edward, yo no dispararía para herirlo. Era como un peso frío dentro de mi cuerpo, una garantía que me hizo sentir más fuerte y un poco más solitaria. Edward había salvado mi vida más de una vez. Me salvó más de una vez. Sin embargo… sin embargo… echaría de menos a Edward, pero yo lo mataría si tenía que hacerlo. Edward se pregunta por qué me agradan los monstruos. La respuesta es simple. Porque yo soy uno.



TRES

Salimos al calor, y el viento caliente arremetió sobre nuestra piel. Sentía un calor exagerado, y teniendo en cuenta que sólo era mayo, probablemente sería un horno cuando finalmente el verano llegara. Pero era cierto que ochenta grados sin humedad no era tan terrible, ahora ochenta grados con humedad, si es horrible. De hecho, una vez que parpadeé en la luz del sol y acabé adaptándome al calor, casi lo olvidé. Fue sólo la primera impresión, ¡oh!, quince minutos más o menos. St. Louis, probablemente estará en los noventa grados, más por el tiempo cuando llegue a casa, y con ochenta grados a un cien por ciento de humedad. Por supuesto, eso significaba que había que ir a casa. Si realmente llamo la atención de Edward, esta era una opción discutible. Había una posibilidad muy real de que me matara. Tenía la esperanza, la esperanza en serio, que yo pudiera hablar con él de Donna y su familia, sin recurrir a la violencia.

Tal vez el calor no me pareciera tan mal, por el paisaje. Albuquerque

era una llanura vacía y un círculo de montañas negras, como si todo lo de valor hubiera sido minado a un lejano borde y los residuos se hubieran agrupado en las prohibidas montañas negras, como montones de tierra gigantes de carbón. Sí, parecía la franja más grande del mundo, explotaban la minería, y hacía que se vieran los residuos y la desolación. Las cosas en mal estado, y una hostilidad ajena como si no fueran muy bienvenidas. Supongo que Donna diría, mala energía. Nunca me había sentido así en cualquier lugar, un extrañamiento instantáneo a él. Edward estaba llevando mis dos maletas que habían salido del carrusel. Normalmente, me llevo una, pero no ahora. Quería las manos llenas de algo más que armas de fuego de Edward. No quería una situación de desventaja. Yo no iba a empezar a disparar a todos en el coche, pero Edward es más práctico que yo. Si él decidía que yo era un peligro mayor que la ayuda, tal vez pudiera organizar un accidente en el camino hacia el coche. Sería difícil con Donna en el remolque, pero no imposible. No para Edward.

También fue por eso que le permití abrir el camino y me puse en la mira de la espalda en lugar de frete a él. No era paranoia, no con Edward. Con él había que estar pensando en la supervivencia simplemente, bueno.

Edward le dijo a Donna que fuera por delante de nosotros y abriera el coche. Se dejó caer de nuevo a mi lado caminar junto a mí, y puse distancia entre nosotros para que estuviéramos en el centro de la acera, mirándonos el uno al otro como dos antiguos pistoleros de película.

Mantuvo las maletas en sus manos. Creo que él sabía que yo estaba demasiado agitada. Creo que sabía que si dejaba caer las maletas, iba a tener un arma en mi mano.

—¿Quieres saber por qué no me molesta que estés detrás de mí?

—Tú sabes que no pego un tiro por la espalda —dije.

Él sonrió.

—¿Y tú sabes que yo sí puedo?

Incliné la cabeza hacia un lado, casi bizca en el sol. Edward llevaba gafas de sol, por supuesto. Pero desde los ojos rara vez se le veía nada a la distancia, no importaba. Sus ojos no eran por lo que había que preocuparse.

—¿Te gusta el peligro personal, Edward? ¿Es por eso que sólo cazas monstruos? Tienes que tomar el gran riesgo cada vez que vienes al bate, o no es divertido.

Una pareja venía caminando con un carro lleno de maletas. Esperamos en silencio hasta que nos pasaran. La mujer nos miró y se apresuró a pasar,

recogiendo la tensión. El hombre volvió la espalda, miro de frente y pasó junto a nosotros.

—¿Tienes un punto? —preguntó Edward.

—¿Quieres saber quién de nosotros es mejor, Edward? Has querido saberlo durante mucho tiempo. Si me llevas a una emboscada, la pregunta no será contestada y cometerás un gran error.

Su sonrisa se amplió y se perdió tanto, como si no fuera una sonrisa divertida.

—Entonces, yo no voy a dispararte por la espalda.

—Así es —dije.

—Entonces ¿por qué tener tantos problemas para llenar mis manos y hacerme caminar por delante?

—Esto sería un infierno en un tiempo para estar mal.

Se rió entonces, una sonrisa blanda y vagamente siniestra. Un sonido que lo decía todo. Estaba entusiasmado con la idea de ir contra mí.

—Me gustaría cazarte, Anita. He soñado con eso. —Suspiró, y estaba casi triste—. Pero te necesito. Necesito que me ayudes a resolver este caso. Y por mucho que me gustaría responder la gran pregunta, yo te echo de menos. Puede ser una de las únicas personas en el mundo que me dolería perder.

—¿Qué pasa con Donna? —pregunté.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó.

—No seas idiota, Edward. —Miré más allá de él para encontrar a Donna que nos hacía señas desde el estacionamiento—. Estamos siendo vigilados.

Volvió a mirar hacia ella, levantando una de las maletas para hacer una ola vaga. Hubiera sido más fácil de hacer si se hubiera dejado caer uno de los casos, pero a su manera, Edward estaba siendo prudente, también.

Se volvió hacia mí.

—No serás capaz de hacer tu trabajo si sigue mirando sobre tu hombro hacia mí. Así que una tregua hasta que se resuelva el caso.

—¿Tu palabra? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—Mi palabra.

—Suficientemente buena —dije.

Él sonrió, y era genuina.

—La única razón que puedes tomar mi palabra por su valor nominal es

que si uno da su palabra, te la guardan.

Sacudí la cabeza y achique la distancia entre nosotros.

—Yo cumplo mi palabra, pero no tomo los juramentos de la mayoría de la gente muy en serio. —Incluso fui hacia él y podía sentir el peso de su mirada, incluso a través de la lente oscura de las gafas de sol. Fue intenso, era Edward.

—Pero tomas la mía.

—Nunca me has mentido, Edward, ni una vez que hayas dado tu palabra. Haces lo que dices que vas a hacer, incluso si es algo malo. No ocultas lo que eres, al menos no a mí.

Los dos miramos a Donna, y empezamos a caminar junto a ella como si no hubiéramos discutido.

—¿Cómo diablos lo dejaste llegar tan lejos? ¿Cómo pudiste permitir que Ted propusiera matrimonio?

Se quedó callado durante tanto tiempo, que no pensaba que fuera a responder. Caminamos en silencio bajo el sol caliente. Pero, finalmente, él respondió.

—No sé. Creo que una noche me metí demasiado en mi papel. El ambiente estaba bien y Ted hizo la propuesta, y creo que por un instante me olvidé de quién sería el que se casaría.

Lo mire.

—Me has dicho más mierda personal en la última media hora que en los cinco años que te conozco. ¿Eres siempre tan sentimental cuando estás en la tierra natal de Ted?

Sacudió la cabeza.

—Sabía que no te gustaría que estuviera involucrado con Donna. Yo no sabía cómo reaccionarías, pero sabía que no te gustaría. Lo que significa que para mantener la paz tenía que estar dispuesto a hablar de ella. Yo sabía esto cuando te llamé.

Salimos de la acera, los dos sonriendo y saludando a Donna. Le dije a través de la sonrisa como un ventrílocuo.

—¿Cómo nos conocemos tan bien, y se perderían otros si morimos, y aun así estamos dispuestos a apretar el gatillo? Sé que es la verdad, pero yo no lo entiendo.

—¿No es suficiente saber que es verdad? ¿Tienes que explicarlo? —me preguntó cuando caminó a través de los coches hasta Donna.

—Sí, tengo que explicarlo.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque yo soy una niña buena —dije.

Él se cayó en risa, la sorpresa rompió en un estallido de sonido, y me dolía el corazón porque podía contar con una mano el número de veces que había oído a Edward sorprendido por la risa. Valoré el sonido de esta risa en particular, porque era como un sonido de un niño, Edward más inocente. Me preguntaba si yo era la única que podría hacerlo reír. ¿Cómo podríamos estar hablando tranquilamente de matarnos el uno a otro? No, no era suficiente saber que podría hacerlo. Tenía que haber un por qué, y diciendo que eran monstruos o sociópatas no era explicación suficiente. Al menos no para mí.

Donna me miró y lo retribuí, subimos. Edward hizo un gran show al besarla y cuando bajó las maletas, tenía las manos libres, el show se puso aún mejor. Se besaron, se abrazaron, con sus cuerpos prensados como una pareja de adolescentes. Si Edward estaba de modo alguno a regañadientes, no parecía. De hecho, se quitó el sombrero, se veía que estaba feliz de estar allí.

Me paré, apoyada en el lateral del coche lo suficientemente cerca como para tocarlos. Si querían privacidad, que fueran a una habitación. A continuación, con el tiempo suficiente para que me preguntara si mirando a mi reloj sería indicio suficiente, pero resistí la tentación. Decidí que apoyada en el coche, con los brazos cruzados sobre el estómago, con aspecto aburrido podía ser indicio suficiente. Edward se apartó con un suspiro.

—Después de anoche, yo no creo que te haga tanta falta.

—Yo siempre te echo de menos —dijo en una voz a medio camino entre sensual y una risita. Donna me miró, las manos aún le envolvían, muy posesivas. Ella me miró y dijo:

—Lo sentimos, no significa que te avergoncemos.

Me aparte del coche.

—Yo no me avergüenzo tan fácil.

La luz feliz en sus ojos era algo fuerte y protectora. La mirada y sus siguientes palabras no eran amistosas.

—¿Y qué haría falta para avergonzarte?

Sacudí la cabeza.

—¿Es mi señal para decir, mucho más de lo que tienes?

Ella se puso rígida.

—No te preocupes, Donna. No lo estoy ahora, ni nunca estuve interesada en… Ted de una manera romántica.

—Nunca pensé que… —empezó a decir.

—Guárdatelo —dije—. Vamos a intentar algo realmente único. Seamos honestas. Estabas preocupada por mí con Edward, —cambie muy rápido a —: Ted, razón por la cual ya pasaste el período de adolescencia. No necesitas marcar tu territorio por mí causa Donna.

Lo último lo dije rápidamente porque esperaba que ella no se hubiera dado cuenta de mi resbalón con los nombres, pero por supuesto que lo había hecho, y yo sabía que Edward también.

—Jamás se me ocurriría en algún momento tener una cita con Ted. Sería como el incesto.

Ella se sonrojó incluso a través del bronceado.

—Dios mío, que directos son.

—Ella es directa, incluso para un hombre —dijo Edward—. Para una mujer es como un ariete.

—Se ahorra tiempo —dije.

—Sí que lo hace —dijo Edward. Le dio a Donna en un beso rápido, pero a fondo.

—Nos vemos mañana, dulzura.

Levanté las cejas a eso.

Edward me miró con los ojos cálidos de Ted.

—Donna conduce su propio coche, en la que pasan parte del día juntos. Ahora se va a llevar los niños a la casa, para que pasemos hacer negocios.

Donna le volvió la espalda, y me dio una mirada inquisitiva de largo.

—Te voy a tomar la palabra, Anita. Te creo, pero también estoy recogiendo algunas vibraciones extrañas de ti como si estuvieras ocultando algo.

Yo estaba ocultando algo, pensé. Si ella supiera. Donna a continuación, con la cara muy seria.

—Te estoy confiado a la persona más importante que tengo en mi vida. Ted está justo detrás de mis hijos para mí. No estropees lo mejor que he tenido desde que murió mi marido.

—Mira —dijo Edward—, Donna sabe ser contundente, también.

—Si lo hace —dije.

Donna me lanzó una mirada penetrante, luego miró a Edward. Ella lo llevó hacia un coche que estaba a tres coches abajo de nosotros. Ellos

hablaban en voz baja, juntos, mientras esperaba en el calor. Desde que Donna y Edward trataban cosas de la vida privada, se lo di a ellos, volviéndome y mirando a lo lejos a las montañas lejanas. Se veían muy cerca, pero siempre ha sido mi experiencia que las montañas están rara vez tan cerca como parecen. Son como los sueños, cosas distantes para fijar tus miradas, pero realmente no puedes confiar que estén allí cuando las necesite.

Escuché las botas de Edward en el pavimento antes de hablar. Yo estaba frente a él, con los brazos cruzados a la ligera sobre mi estómago, mejor que poner mi mano derecha bien cerca de la pistola bajo el brazo. Le creía a Edward cuando decía que había una tregua, pero… lo siento, sería prudente.

Se detuvo cerca del coche, apoyé la culata en contra de él, cruzando los brazos a mi frente. Pero él no tenía un arma bajo el brazo. No estaba segura de que una licencia de cazador de recompensas fuera suficiente para conseguir pasar a través de un detector de metales en el aeropuerto, por lo que no debería de tener un arma o un cuchillo grande sobre él.

A menos, claro que lo hubiera recogió de uno de los coches, donde los habría escondido. Sería algo que Edward hiciera. Era mejor suponer lo peor que de asumir lo mejor y estar equivocada. El pesimismo me mantendrá viva, el optimismo no, no, en nuestra línea de negocio de todos modos.

Nuestra línea de negocio. Extraña frase. Edward era un asesino. Yo no lo era. Pero de alguna manera estábamos en el mismo negocio. No podía explicarlo, pero era el título.

Edward me dio una sonrisa de Edward pura, una sonrisa que me inquietaba y desconfiaba. También podría significar que no iba a hacerme ningún daño y que se estaba aprovechando de mí. Por supuesto, él sabía que yo sabía lo que significaba la sonrisa general, por lo que podría utilizarla para calmarme en una falsa sensación de seguridad. O podría significar exactamente lo que parecía. Yo estaba cavilando las cosas y que eran malas por sí solas. Edward tenía razón, yo estaba en mi mejor momento cuando dejé mi trabajo y mantuve mis funciones superiores en el fondo. No es una receta para ir por la vida, pero una buena para un tiroteo.

—Tenemos una tregua —dije.

Él asintió con la cabeza.

—La tenemos —dijo.

—Tú me pones nerviosa —dije.

La sonrisa se ensanchó.

—Me alegra oír que estás sintiendo miedo de mí. Estaba empezando a pensar lo contrario.

—El día que deje de tener miedo de los monstruos será el día que me maten.

—¿Soy un monstruo? —me preguntó.

—Sabes exactamente lo que eres Edward.

Sus ojos se entornaron.

—Me has llamado Edward delante de Donna. Ella no dijo nada, pero vas a tener que ser más cuidadosa.

Asentí.

—Lo siento, me atrapó, también. Voy a intentarlo, pero no soy ni la mitad de tan buena mentirosa como tú. Además, Ted es un apodo para Edward.

—No, si el nombre completo en mi licencia de conducir es Teodoro.

—Ahora, si te puedo llamar Teddy, tal vez lo recuerde.

—Teddy está bien —dijo, con la voz totalmente sin cambios.

—Eres un hombre muy difícil de molestar, Ed… Ted.

—Los nombres no significan nada, Anita. Son muy fáciles de cambiar.

—¿Edward es realmente tu nombre?

—Ahora lo es.

Sacudí la cabeza.

—Realmente me gustaría saber.

—¿Por qué?

Me miró con las gafas de sol negras, y el peso de su interés quemó a través del vidrio. La pregunta no era ociosa. Por supuesto, Edward rara vez hacia ninguna pregunta que no quería una respuesta.

—Porque yo te conozco desde hace cinco años, y no sé si tu nombre es real.

—Es lo suficientemente real —dijo.

—Me molesta no saber —dije.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo.

Me encogí de hombros y alivie mi mano de la pistola, porque no era necesaria, no en este preciso momento, no hoy. Pero como ya lo hice, yo sabía que no habría otro día, y por primera vez, realmente no estaba segura de que ambos de nosotros iba ver el final de mi visita. Me puse triste y de mal humor.

—Tal vez yo sólo quiero saber qué nombre poner en la lápida —dije.

Se echó a reír.

—La confianza es un buen rasgo. El exceso de confianza no lo es. —La risa se desvaneció y dejó su cara, alrededor de los lentes, fresca e ilegible. Yo no tenía que ver sus ojos para saber que eran fríos y distantes como el cielo de invierno.

Me aparte del coche, con las manos vacías a los lados.

—Mira, Edward, Ted, como demonios te llames a ti mismo, no me gusta ser invitada aquí para jugar al cebo monstruo. Me ha lanzado, y no me gusta tampoco. Tenemos una tregua hasta que el caso se resuelve, entonces, ¿qué?

—Entonces vamos a ver —dijo.

—¿No puedes dejar de estar de prometido con Donna?

—No. —Su voz era baja, cuidadosa.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Habría la necesidad de darle una razón suficiente para romper su corazón y el de los niños. Recuerda, que he estado pasando mucho tiempo con los niños. ¿Cómo se vería que me alejara de ellos?

—Creo que a su hijo no le importaría. Peter, ¿no? Creo que le encantaría que Ted se desvanecería.

Edward volvió la cabeza hacia un lado.

—Sí, a Peter le encantaría, pero ¿qué pasa con Becca? He estado en su vida durante más de dos años y sólo tiene seis años. Donna confía en mí para buscarla después del colegio. Conduzco una vez por semana a clases de baile para que Donna no tenga que cerrar la tienda temprano.

Su voz y su rostro nunca cambiaron, mientras hablaba, como si se tratara sólo de hechos y no significara nada. El enojo reforzó mis hombros y viajó por mis brazos. Puse las manos en puños para tener algo que apretar.

—Eres un cabrón.

—Tal vez —dijo—, pero cuidado con lo que me pides que haga, Anita. Simplemente alejarme podría hacer más daño que la verdad.

Me quedé mirándolo, tratando de ver detrás de ese rostro en blanco.

—¿Has pensado en decirle a Donna la verdad?

—No.

—¡Maldito seas!

—¿De verdad crees que ella podría manejar la verdad, toda la verdad

acerca de mí? —preguntó.

Pensé durante casi un minuto mientras estaba en el estacionamiento con calor, empapada de sudor. Por último, dije:

—No. —No me gustaba decirlo, pero la verdad era la verdad.

—¿Estás segura de que no podría jugar a la esposa de un asesino? Quiero decir que la has tratado durante media hora. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ahora estás burlándote de mí —dije.

Sus labios temblaban casi en una sonrisa.

—Creo que tienes toda la razón. No creo que Donna podría manejar la verdad.



CUATRO

El auto pertenecía a Ted, a pesar de que Edward lo conducía. Era una cosa cuadrada y grande entre un jeep, un camión y un coche feo. Estaba cubierto de barro, de arcilla roja como si lo hubiera estado conduciendo a través de zanjas. El parabrisas estaba muy sucio, sólo tenía espacio libre donde el limpiaparabrisas había quitado el barro, todo lo demás se había secado a una pátina de color rojizo-marrón de tierra.

—Caramba, Edward —dije, al abrir el maletero de nuevo—, ¿qué le has estado haciendo a este pobre lo que sea? Yo nunca he visto un coche tan sucio.

—Este es un Hummer, y cuestan más que la mayoría de las casas de la gente.

Levantó la escotilla y empezó a poner mis maletas en su interior. Le ofrecí mi equipaje de mano, y cuando estaba cerca pude sentir el olor a coche nuevo, lo que explica ya que la alfombra trasera todavía estaba casi

virgen.

—Si cuesta tanto, entonces ¿por qué no mejoras su cuidado? —pregunté.

Tomó el equipaje de mano y la puso sobre la alfombra nueva.

—Lo compré porque podía ir a casi cualquier terreno en casi cualquier clima. Si no quería que se ensuciara, me hubiera comprado otra cosa. —Cerró la escotilla.

—¿Cómo puede Ted darse el lujo de algo como esto?

—En realidad, Ted hace mucho que vive de la caza de bichos.

—No está bien —dije—, no será de caza recompensas.

—¿Cómo sabes lo que un cazador de recompensas hace? —preguntó, mirando alrededor del coche sucio a mí. Tenía un punto.

—Creo que no.

—La mayoría de la gente no sabe lo que hace un cazador de recompensas, así que puedo hacer algunas compras que podrían estar fuera del salario de Ted.

Caminó alrededor del coche hacia el lado del conductor, sólo la parte superior de su sombrero blanco salía por encima del techo lleno de barro. Intenté con la puerta del lado del pasajero, y se abrió. Me tomó un poco de trabajo subir en el asiento, y me alegré de que no llevara una falda. Una cosa buena acerca de cómo trabajar con Edward, era que no esperaba que me pusiera un traje de negocios. Sí, pantalones vaqueros y zapatillas Nike para este viaje. Lo único de negocio que llevaba era el saco negro colgando de mi camisa de algodón y pantalones vaqueros. La chaqueta era para esconder el arma, nada más.

—¿Cuáles son las leyes para portar armas en Nuevo México?

Edward arrancó el coche y me miró.

—¿Por qué?

Me puse el cinturón de seguridad. Evidentemente, estábamos con prisa.

—Quiero saber si puedo deshacerme de la chaqueta y llevar mi pistola desnuda, o si voy a tener que esconder el arma durante todo el viaje.

Sus labios temblaban.

—Nuevo México te permite llevarla siempre y cuando no la ocultes. Llevarla oculta y sin permiso es ilegal.

—Déjame probar mi entendimiento, puedo llevar la pistola a la vista de todos, con o sin permiso para eso, pero si me pongo una chaqueta encima, para ocultarla, y no tengo un permiso de llevar, ¿es ilegal?

El espasmo se convirtió en una sonrisa.

—Eso es correcto.

—Las leyes de porte armas del estado occidental siempre fueran tan interesantes —dije, me quité la chaqueta. Puedes quitarte casi cualquier cosa mientras estés atada al cinturón en un coche. Desde que llevo siempre puesto el cinturón de seguridad, he tenido mucha práctica.

—Pero la policía aún puede detenerte si te ven caminando armada. Sólo asegúrales de que no estamos aquí para matar a nadie. —El medio sonrió cuando dijo lo que pasaba.

—Cómo puedo demostrar eso, no realmente, no sin que sea interrogada por la policía.

—Y no puedes llevar un arma de cualquier tipo, incluso sin balas, a un bar.

—Yo no bebo. Creo que puedo evitar los bares.

—¿Cómo se llaman las montañas?

—*Sangre del Cristo*. La Sangre de Cristo —dijo.

Lo miré para ver si estaba bromeando. Por supuesto, no lo estaba.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—¿Por qué las llaman La Sangre de Cristo?

—No sé.

—¿Cuánto tiempo ha vivido Ted aquí?

—Casi cuatro años —dijo.

—¿Y no sabes por qué las montañas se llaman Sangre de Cristo? ¿No tienes curiosidad?

—No averiguo cosas a menos que afecten el trabajo.

Él no dijo, un trabajo, pero el trabajo. Pensé que era una frase extraña.

—¿Qué pasa si este monstruo que estamos de caza es una especie de fantasma local? Saber por qué las montañas se llaman así puede ser importante, por lo que también puede no significar nada, o puede tener que ver con una leyenda, una historia, una pista acerca de algunos grandes baños de sangre en el pasado. Hay monstruos locales, Edward, cosas que sólo vuelven a la tierra cada siglo más o menos, realmente duran tanto como las cigarras.

—¿Las cigarras? —preguntó.

—Sí, las cigarras. La forma inmadura se queda en el suelo hasta que cada siete o trece años o lo que sea de años de su ciclo, tienen que salir,

mudar, y convertirse en chicharras. Son los insectos que hacen todo ese ruido en verano.

—Lo que hicieron a esas personas no fue por una cigarra gigante, Anita.

—Ese no es el punto, Edward. Mi punto es que hay varios tipos de criaturas vivas que se mantienen ocultas, casi totalmente ocultas, durante años, luego resurgen, siguen siendo una parte del mundo natural. Biología Preternatural todavía. Así que tal vez los viejos mitos y leyendas nos den una pista.

—Yo no te traje hasta aquí para jugar a Nancy Drew —dijo.

—Sí, es cierto —dije y me miró por tanto tiempo que le hice señas para que mirara la carretera.

—¿De qué estás hablando?

—Si sólo quisiera a alguien para apuntar y disparar, hubiera traído a alguien más.

—Quieres mi experiencia, no sólo mi arma. ¿No?

Había vuelto a mirar la carretera, para mi gran alivio. Había casas pequeñas a cada lado, la mayoría de ellas de adobe, o falso adobe. Yo no sabía lo suficiente para juzgar. Los astilleros eran pequeños, pero bien cuidados, los cactus y los arbustos de lilas eran enormes con ramilletes sorprendentemente pequeños de flores de lavanda. Se veía una variedad diferente de lilas en el Medio Oeste. Tal vez porque tenían menos agua.

El silencio había llenado el coche y lo dejé estar, mirando el paisaje. Yo nunca había estado en Albuquerque, y me gustaría jugar a ser turista, mientras pudiera. Edward finalmente respondió luego se volvió a los lomos de la calle.

—Tienes razón. Yo no te pedí que vinieras sólo para disparar a las cosas. Ya tengo mi respaldo para eso.

—¿Quién? —pregunté.

—No lo conoces, pero se encuentra en Santa Fe.

—¿Estamos conduciendo directamente a Santa Fe ahora? No he comido nada hoy en todo el día. Tenía la esperanza de coger algo de comer.

—La escena del último crimen es en Albuquerque. Iremos, luego almuérzanos.

—¿Voy a tener ganas de comer después?

—Tal vez.

—No creo que podría hablar primero en el almuerzo y después



continuamos.

—Tenemos una parada antes de llegar a la casa —dijo.

—¿Qué otra parada? —pregunté.

Él sólo me dio esa pequeña sonrisa, lo que significaba que iba a ser una sorpresa. Edward le encantaba poner a prueba mi paciencia. Tal vez debía hacer una pregunta diferente.

—¿Quién es tu respaldo?

—Te dije, tú no los conoces.

—Dices ellos. ¿Estás diciendo que ya tienes a dos personas para respaldarte, y todavía me llamas a mí, también? —. Él no dijo nada sobre eso.

—Tres personas te acompañan en esto. Caray, Edward, tú debes estar desesperado. —Yo quería hacer que fuera una broma, o algo así. Él no lo tomó de esa manera.

—Quiero este caso resuelto, Anita, tendré lo que sea necesario. —Él parecía sombrío, cuando lo dijo. Tanto por mi sentido del humor.

—¿Estos dos agentes de seguridad te deben un favor?

—Uno sí.

—¿Son asesinos?

—A veces.

—Cazadores de recompensas ¿Como Ted?

—Bernardo.

Por lo menos tenía un nombre.

—Bernardo es un asesino y a veces un cazador de recompensas como Ted. ¿Quieres decir que usa su identidad de caza recompensas como tú usas el tuyo, como una identidad legal?

—A veces es un guardaespaldas, también.

—Un hombre de muchos talentos —dije.

—No realmente —dijo. Era una cosa extraña de decir.

—¿Qué hay del otro tipo?

—Olaf.

—Olaf, está bien. Es a veces un asesino, un cazador de recompensas, un guardaespaldas, y ¿qué más? —Edward sacudió la cabeza.

Sus respuestas evasivas estaban empezando a ponerme de los nervios.

—¿Alguno de ellos tienen otras habilidades especiales, además de estar dispuesto a matar?

—Sí.

Había llegado al límite en «sí-no».

—No he venido aquí a jugar a las veinte preguntas, Edward. Háblame de tus otros respaldos.

—Los conocerás muy pronto.

—Bueno, entonces dime dónde están los otros. —Dio una pequeña sacudida de cabeza.

—Mira, Edward, estás poniéndome nerviosa, y ya me estas molestando, así que corta el rollo misterioso, y habla conmigo.

Me miró de reojo, vi sus ojos por los bordes de las gafas oscuras.

—Hoy Mimí, ¿estamos delicada?

—Esto no es ni siquiera cerca de delicado para mí, Edward, y tú lo sabes. Pero tener basura sin compromiso, está realmente cabreándome.

—Pensé que ya estabas cabreada por lo de Donna.

—Y lo estoy —dije—. Pero estoy dispuesta a interesarme en el caso. Pero no me interesa el caso si no respondes las preguntas al respecto. En lo que a mí respecta el respaldo es parte del caso, por lo tanto comienza a compartir información o me llevas de regreso al maldito aeropuerto.

—Yo no le he dicho a Olaf y Bernardo que estás conviviendo con un vampiro y un hombre lobo.

—En realidad, yo no estoy saliendo más con ningún de ellos, pero ese no es el punto. No quiero saber sobre su vida sexual, Edward. Yo sólo quiero saber por qué los llamaste. ¿En qué áreas se especializan?

—¿Tú rompiste con Jean-Claude y Richard al mismo tiempo?

Era una de las pocas veces desde que conocí a Edward que lo oí con una verdadera curiosidad en su voz. No estaba segura de sí era bueno o perturbador saber que mi vida personal le interesaba a Edward.

—Yo no sé si nos separamos, es más como que no nos estamos viendo. Necesito un poco de tiempo lejos de ellos antes de decidir qué hacer.

—¿Qué estás pensando en hacer con ellos? —Y había una nota de entusiasmo ahora.

Edward tenía sólo ganas de una cosa.

—No estoy planeando matar a uno de ellos, si eso es lo que está insinuando.

—No puedo decir que no estoy decepcionado —dijo Edward—. Creo que deberías haber matado a Jean-Claude tu misma antes de que todo llegara a demasiado profundo.

—Estamos hablando de matar a alguien que ha sido mi amante de

apagado y encendido por más de un año, Edward. Tal vez tú podrías estrangular a Donna en su cama, pero no me gustaría perder el sueño por algo así.

—¿Lo amas?

La pregunta no me detuvo, no por causa de la pregunta en sí, pero debido a que él era quién me la estaba haciendo. Parecía una cuestión realmente extraña viniendo de Edward.

—Sí, creo que sí.

—¿Amas a Richard?

Una vez más, parecía extraño hablar de mi vida sentimental con Edward. Tengo algunos amigos varones, y la mayoría de ellos preferiría tener una conversación de plantas que hablar de «sentimientos». De todos mis amigos con quien he estado hablando no pensé que iba hablar de amor con él. Simplemente no era mi momento para comprender a los hombres.

—Sí, me encanta Richard.

—Dices creer en el amor del vampiro, y simplemente respondes «sí» sobre Richard. Mata al vampiro, Anita. Voy a ayudarte a hacerlo.

—No quiero ir demasiado lejos en este punto, Edward, soy el siervo humano de Jean-Claude. Richard es su bestia. Los tres estamos vinculados por las marcas de vampiros en un *ménage à trois* poco agradable. Si uno de nosotros muere, todos podemos morir.

—Tal vez, o tal vez eso es lo que el vampiro te dice. No sería la primera vez que te mienta.

Es imposible discutir sin parecer una tonta, así que no lo intenté.

—Cuando quiera tu consejo sobre mi vida personal, te preguntaré. Hasta que la gente comience a patinar sobre hielo en el infierno. Ahora, me cuentas sobre el caso.

—Llegas a decirme que hacer y que no, ¿pero no puedo devolverte el favor? —preguntó. Le miré.

—¿Estás enojado conmigo acerca de mi posición sobre Donna?

—No exactamente, pero si se llegas a darme consejos sobre citas, ¿por qué no puedo devolver el favor?

—No es lo mismo, Edward. Richard no tiene hijos.

—¿Los niños hacen una diferencia tan grande para ti? —preguntó.

Asentí.

—Sí, lo hacen.

—Nunca pensé en ti como madre.

—No lo soy, pero los niños son personas, Edward, gente pequeña atrapada por las decisiones que los adultos toman alrededor de ellos. Donna tiene edad suficiente para cometer sus propios errores, pero te equivocas con ella, está ligada a sus hijos, también. Sé que no te molesta, pero a mí me molesta.

—Yo sabía que lo harías. Sabía cómo reaccionaría, pero no sé por qué.

—Bueno, vas un paso por delante de mí. Nunca soñé que para ti estar cogiendo viudas nuevas era como Munchkins. Pensé que era más el pago según el plan.

—Ted no paga por ello —dijo.

—¿Y Edward? —Se encogió de hombros.

—Es como comer, más que otra necesidad. —La cruel frialdad en realidad era tranquilizadora.

—Mira, ese es el Edward que he llegado a conocer y tener miedo.

—Tienes miedo de mí, pero todavía vas en mi contra por una mujer que acabas de conocer y dos niños que ni has visto. Siquiera estoy planeando matar a cualquiera de ellos y sin embargo, haces la última observación entre nosotros. —Sacudió la cabeza.

—Yo no lo entiendo.

—No lo entiendas, Edward. Sólo sé que es verdad.

—Creo en ti, Anita. Eres la única persona que conozco, excepto yo, que nunca coge riesgos.

—¿Bernardo y Olaf son faroles? —Le di algo más que cadencia, por lo que era una pregunta. Sacudió la cabeza y se rió. La tensión que había estado construyendo se alivió con esa risa.

—No, yo no voy a dar nada por ellos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque —dijo, y casi se sonrió. Miré su perfil con cuidado.

—Estás disfrutando de esto. Estás disfrutando de Olaf y Bernardo reunidos conmigo. —No traté de mantener la sorpresa de mi voz.

—Al igual que me gustaba la reunión con Donna.

—A pesar de que sabías que iba a estar molesta —dije. Él asintió con la cabeza. La expresión en su rostro era casi digna de una amenaza de muerte. Sacudí la cabeza.

—Estás empezando a preocuparme, Edward.

—¿Empezando a preocuparte? Debo estar perdiendo mi toque.

—Bien, no me digas acerca de ellos. Cuénteme sobre el caso. —Entró

en un estacionamiento. Miré hacia arriba para encontrar un hospital que se cernía sobre nosotros.

—¿Es esta la escena del crimen?

—No. —Aparcó el coche en un lugar, y apagó el motor.

—¿Qué pasa, Edward? ¿Por qué estamos en un hospital?

—Los supervivientes están aquí. —Mis ojos se abrieron.

—¿Qué supervivientes? —Me miró.

—Los sobrevivientes de los ataques. —Abrió la puerta, y le agarré por el brazo, sosteniéndole en el coche.

Edward se volvió lentamente y miró mi mano sobre la piel desnuda de su brazo. Me miró durante mucho tiempo con la desaprobación por el toque, irradiando de él, pero era un truco que me había sacado más de una vez. Si la persona te hace saber que no quiere ser tocada, a la mayoría de la gente que no quiere decir que la violencia se deje atrás. Yo no di marcha atrás. Saqué mis dedos de su piel, para no herirlo, sólo para hacerle saber que no iba deshacerse de mí tan fácilmente.

—Háblame, Edward. Sobrevivientes ¿De qué?

Cambió la mirada de mi mano a la cara. Me dieron ganas de arrancarle las gafas de sol de su cara, pero me enfrentó. Sus ojos no me mostrarían nada de todos modos.

—Te dije que habían personas heridas. —Su voz era suave.

—No, no lo hiciste. Me hiciste entender que no había sobrevivientes.

—Mi descuido —dijo.

—Mi culo —dije—. Sé que te gusta ser misterioso, Edward, pero se está haciendo tedioso.

—¡Suéltame el brazo! —Dijo en la forma en que decía hola o buen día, sin inflexión en absoluto.

—¿Responderás a mis preguntas si lo hago?

—No —dijo, todavía con la voz en ese mismo tono vacío—. Pero si haces de esto un concurso de meadas, Anita, me siento obligado a tener que dejarte ir. No te gustaría eso.

La voz nunca cambió. Había incluso una ligera sonrisa en la boca. Pero lo dejé ir, poco a poco, retrocedí en mi asiento. Si Edward dijo que no me gustaría, le creí.

—Háblame, Edward.

Me dio una gran sonrisa.

—Llámame Ted.

Entonces el hijo de puta se bajó del coche. Me senté en el coche, a verlo caminar por el estacionamiento. Se detuvo en el borde del hospital al otro lado de una pequeña carretera. Se quitó las gafas de sol, metió una de las varillas en su camisa, y miró hacia el coche, esperando.

Si por mí fuera no saldría. Si por mí fuera volvería a St. Louis y le permitiría limpiar su propio desorden. Pero abrí la puerta y salí. ¿Por qué, puedo preguntar? Uno, me había pedido un favor, y Edward se había mostrado todo el tiempo como un sádico. Dos, yo quería saber. Yo quería saber que finalmente cortaba su frialdad y todo lo que le daba miedo. Quería saber. La curiosidad es tanto una fortaleza como una debilidad. ¿Cómo será esta curiosidad en particular?, no tendría respuesta por un tiempo. Estaba apostando por la debilidad.



CINCO

El hospital de Santa Lucia era grande y uno de los pocos edificios de gran tamaño y forma en Albuquerque que no tenía la temática del suroeste. Solo era grande y voluminoso, como todos los hospitales. Tal vez no esperaban que los turistas fueran a ver el hospital. Turistas afortunados.

Como los hospitales, era agradable, pero todavía era un hospital. Un lugar donde solo vas cuando las cosas salen mal. Lo único positivo en esa visita es que yo no conocía a nadie en estas habitaciones.

Estábamos en un pasillo largo y pálido con muchas puertas cerradas, pero había un policía uniformado enfrente de una de ellas. Llámale corazonada, pero me figuré que esa era nuestra habitación.

Edward se acercó al policía y se presentó. Él estaba en su estado de chico bueno, inofensivo y alegre. Se conocían de vista lo que debió acelerar las cosas considerablemente.

El uniformado miró más allá de Edward hacía mí. Parecía joven, pero

sus ojos eran fríos y tristes, ojos de policía. Tú debes de estar en este trabajo desde hace tiempo para que tus ojos se vean vacíos. Pero el me miró demasiado tiempo y demasiado intensamente. Casi podía sentir el aumento de testosterona en la superficie. La mirada desafiante, me dijo que él estaba inseguro en su propia masculinidad, su amor propio, o que él no había estado en este trabajo mucho tiempo. No era un novato, pero tampoco era mucho más.

Si esperaba que me retorciera bajo su mirada, iba a quedar decepcionado. Me enfrenté a él, sonriente, serena, con la mirada vacía, casi aburrida. Pasar una inspección nunca había sido mi cosa favorita.

El parpadeó primero.

—El teniente está dentro. Él quiere verle antes de que entre.

—¿Por qué? —preguntó Edward, con voz todavía agradable.

El funcionario se encogió de hombros.

—Solo estoy siguiendo órdenes, Sr. Forrester. No pongo en duda a mi teniente. Espéreme aquí.

Abrió la puerta y entró sin dejar mucho para ver de lo que había dentro. Cerró la puerta detrás de él, sin esperar a que el peso y las bisagras lo hicieran por él.

Edward tenía el ceño fruncido.

—No sé lo que está pasando.

—Yo —dije.

Me miro, levantando una ceja, como diciendo, adelante.

—Soy una chica y técnicamente una civil. Una gran cantidad de policías no confía en mí para hacer el trabajo.

—Yo te avalo.

—Caramba, Ed… Ted, creo que tu opinión no tiene tanto peso como pensabas.

Todavía estaba frunciendo el ceño Edward cuando la puerta se abrió. Vi como la cara de Edward se transformaba en Ted. Los ojos brillaban, los labios curvados, todo el conjunto de su rostro rehecho a sí mismo, como si se tratara de una máscara. Su propia personalidad desapareció como por arte de magia. Viendo el espectáculo de cerca y personalmente me hacía temblar un poco. La facilidad con la que pasaba de un plano a otro era espeluznante.

El hombre que estaba en la puerta era bajo, no más alto que unos centímetros que yo, tal vez cinco o seis pulgadas, a lo máximo. Me

pregunte si el cuerpo de policía no tenía un requisito para la altura. Su pelo era dorado teñido, cortado muy corto, pegado a su cuero cabelludo y su mandíbula era cuadrada. Su piel era curtida como oro suave, parecía un bronceado tan oscuro como una piel pálida se permitía. Primero Donna, ahora el teniente. ¿No sabían lo que era cáncer de piel? El me miró con sus ojos verdes, el color de las primeras hojas de la primavera. Eran unos ojos hermosos con pestañas doradas, que suavizaban su rostro dándole una apariencia casi femenina. Solo la protuberancia masculina de su mandíbula lo salvaba de ser un hombre bello en lugar de guapo. La mandíbula arruinaba a la vez su cara y lo salvaba de la perfección.

Los ojos podían ser hermosos, pero no eran amistosos. No tenían ni siquiera la frescura de los ojos del policía. Era hostil. Como nunca los había visto antes, tenía que ser por el hecho de que era una mujer, civil o un animador. Él era o bien machista o supersticioso. No estaba segura de lo que prefería.

Me permitió tener una larga dosis de deslumbramiento. Deje mi cara en blanco, esperando a que se cansara. Podía quedarme allí todo el día y estar pacíficamente en blanco. De pie en el pasillo de un hospital seguro que ni se acercaba a lo peor que había tenido que hacer últimamente. Siempre tenía una especie de paz cuando nadie intentaba matarme.

Edward trató de romper el retraso.

—Teniente Marks, ella es Anita Blake. Appleton te habló de ella. —Él todavía utilizaba la alegre voz de Ted, pero el conjunto de sus hombros estaba tenso y no tan feliz.

—Tú eres Anita Blake —repitió el teniente Marks.

Asentí.

—Sí.

Sus ojos se entrecerraron.

—Yo no quiero civiles deambulando en mi caso. —Él señaló a Edward con el pulgar.

—Forrester ha demostrado ser valioso. —Él me señaló con el dedo—. Tú no.

Edward comenzó a decir algo, pero Marks, lo paró con un movimiento brusco de su mano.

—No, deja que ella responda.

—Contestaré una pregunta si hicieses una —dije.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que no has preguntado nada, Teniente. Acabas de hacer varias declaraciones.

—Yo no necesito a una reina zombi de mierda.

¡Ah!, él tenía prejuicios. Un misterio resuelto.

—Yo fui invitada, Teniente Marks. Se me invitó para ayudarle a resolver el caso. Ahora, si usted no quiere mi ayuda, bien, pero voy a necesitar a alguien del gobierno de la ciudad que le explique a mi jefe por qué diablos me subí a un avión hacía Nuevo México sin estar segura de mi bienvenida.

—Si yo no te trato bien, tú corres con tus poderes, ¿es eso?

Sacudí la cabeza.

—¿Quién le apretó las tuercas, Marks?

El frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Le recuerdo a su ex esposa?

—Estoy casado con mi única mujer —dijo indignado.

—Felicidades. ¿Es entonces que pasa con el vudú que utilizo para levantar muertos? ¿Te ponen nervioso las artes místicas?

—No me gusta la magia negra. —Tocó la cruz que llevaba, cosa que era normal en un policía, pero por alguna razón supuse que con Marks era verdadera.

—Yo no hago magia negra, Marks. —Saqué mi cadena de plata que estaba alrededor de mi cuello hasta que el crucifijo quedó a la luz—. Soy cristiana, episcopal en realidad. Yo no sé qué habrás oído de lo que hago, pero no es malo.

—Eso es lo que dices tú —dijo él.

—El estado de mi alma inmortal es entre Dios y yo, Teniente Marks. No juzgues para no ser juzgado. ¿O te saltas esa parte y sólo te quedas con la que te gusta?

Su rostro se oscureció, y la vena en su frente comenzó a pulsar. Este nivel de enfado, aun si él fuera extremista derechista cristiano, era demasiado.

—¿Qué demonios hay detrás de esa puerta para que estéis tan asustados? —pregunte.

Marks parpadeo.

—No estoy asustado.

Me encogí de hombros.

—Sí, lo estás. Tú estás asustado acerca de lo que sea sobre los supervivientes. Y tú lo estas cargando sobre mí.

—Tú no me conoces —dijo.

—No, pero conozco un montón de policías y se cuando alguien siente miedo.

Él se acercó bastante a mí lo cual si fuera una pelea hubiera dado un paso atrás, para poner espacio entre nosotros. En cambio, me mantuve firme. Yo no esperaba que el teniente me golpeara.

—¿Piensas que eres tan podridamente resistente?

Parpadeé, estaba tan cerca que si me ponía de puntillas podría besarlo.

—No lo creo. Lo sé.

Él sonrió, pero no parecía feliz.

—¿Si crees que puedes tomarlo?, estas invitada. —Se hizo a un lado, haciendo un movimiento hacia la puerta.

Quería preguntarle que había detrás de la puerta. ¿Qué podía ser tan horrible que hacía que Edward y el teniente de policía se sacudieran? Me quedé mirando la puerta cerrada, lisa, ocultando sus secretos.

—¿Qué está esperando, Sra. Blake? Adelante, abra la puerta.

Miré a Edward.

—Creo que deberías darme una pista.

—Abre la puerta, Anita.

—Bastardo —dije. Suspire y abrí la puerta.



SEIS

La puerta no iba directamente a la habitación. Llevaba a una pequeña antesala cerrada, en su mayor parte y más allá una puerta de cristal. Había un murmullo de aire circulando a través de la habitación como si tuviera su propio suministro de aire independiente. Un hombre se situó a un lado vistiendo uniforme completo, de verde quirúrgico con pequeños botines de plástico en los pies, una máscara colgando de su cuello. Era alto y delgado, sin aspecto débil. También fue uno de los primeros mexicanos que me había encontrado sin un bronceado. Me dio un montón de uniformes.

—Ponte esto.

Tomé la ropa.

—¿Es usted el médico en este caso?

—No, yo soy enfermero.

—¿Tienes un nombre?

Me dio una pequeña sonrisa.

—Ben, soy Ben.

—Gracias, Ben. Yo soy Anita. ¿Por qué necesito el uniforme?

—Para protegerte contra la infección.

No discutí con él. Mi experiencia era más en la línea de quitar la vida, no su conservación. Me inclino ante los expertos. Me puse el uniforme sobre mis jeans, atando el cordón de la forma en que iría. Las piernas de los pantalones sobraban alrededor de mis pies.

Ben el enfermero estaba sonriendo.

—No esperábamos que nos enviaran a un policía así tan… menuda.

Yo le frunció el ceño.

—Sonríe cuando dice tan.

Su sonrisa se iluminó con un destello de dientes blancos. La sonrisa le suavizó la cara y le hacía parecer menos como enfermero y más como un ser humano.

—Y yo no soy policía.

Sus ojos se prendieron en la pistola que estaba en la sobaquera. El arma era muy negra y muy notable en contra de mi camisa roja.

—Llevas una pistola.

Me deslice una camisa de manga corta por encima de mi cabeza, y el arma ofensiva.

—La Ley de Nuevo México dice que puedo llevarla siempre y cuando no esté oculta.

—Si no eres un policía, entonces ¿por qué necesitas el arma?

—Soy un verdugo de vampiros.

Sostuvo una larga túnica con las mangas hacia mí. Pasé mis brazos por las mangas. Atándose en la espalda como la mayoría de los vestidos de hospital. Ben la ató por mí.

—Pensé que no podías matar a un vampiro con balas.

—Las balas de plata pueden aminorar su velocidad, y si no son demasiado viejos o demasiado poderosos, hacerle un agujero en el cerebro o en el corazón funciona. A veces —, agregué. No quería dar a Ben una idea equivocada y al tratar de sacar a un vampiro intruso con munición de plata, reciba una mordida porque confiaba en mi opinión.

Tuvimos algunos problemas con mi pelo por lo pequeño que es el gorro plástico, pero finalmente lo consiguió, aunque la cresta delgada del elástico que lo sostiene en su lugar raspaba la parte posterior de mi cuello cada vez que movía la cabeza. Ben trató de ayudarme con los guantes quirúrgicos,

pero me los yo, no hay problema.

Levantó las cejas hacia mí.

—Usted ha utilizado guantes antes. —No era una pregunta.

—Los llevo en escenas del crimen y cuando no quiero sangre bajo las uñas.

Él me ayudó a atar la máscara alrededor de mi cuello.

—Usted debe ver un montón de sangre en su línea de trabajo.

—No tanta sangre, apuesto. —Me volví con la máscara sobre la boca y la nariz. Sólo mis ojos quedaron realmente al descubierto. Ben me miró, y su rostro se quedó pensativo.

—Yo no soy enfermero quirúrgico.

—¿Cuál es su especialidad? —pregunté.

—Unidad de quemados. —Mis ojos se abrieron.

—¿Están los supervivientes quemados?

Sacudió la cabeza.

—No, pero sus cuerpos están aún con heridas abiertas, como una quemadura. El protocolo es similar.

—¿Qué quieres decir con que sus cuerpos tienen heridas abiertas?

Alguien golpeó el vidrio detrás de mí, y yo salté, volviéndome a ver a otro hombre en un traje como el mío mirándome con ojos claros. Golpeó un botón de intercomunicación, y su voz era lo suficientemente clara como para escuchar la irritación en ella.

—Y si viene usted dentro, y luego hace las preguntas. Quiero sedarlos de nuevo, y no puedo hacer eso hasta que haya tenido la oportunidad de hacerles preguntas, o eso me han dicho. —Soltó el botón y se alejó detrás de una cortina blanca que ocultaba el resto de la sala.

—Caramba, estoy en la feliz lista de todo el mundo hoy. —Ben se puso la máscara y dijo:

—No lo tome como algo personal. El Doctor Evans es bueno en lo que hace, uno de los mejores.

Si desea encontrar un buen médico en un hospital, no le pregunte a otros médicos o servicios de referencia. Pregunta a una enfermera. Las enfermeras siempre saben quién es bueno y quién no. Ellos no pueden decir las cosas malas en voz alta, pero si dicen algo bueno de un médico, puedes llevarlo bien.

Ben tocó algo en la pared que era un poco demasiado grande para ser llamado botón, y las puertas se abrieron sibilantes con un sonido de vacío.

Entré, y las puertas se cerraron silenciosas detrás de mí. Nada más que la cortina blanca veía ahora.

Yo no quería correr la cortina a un lado. Todo el mundo estaba condenadamente demasiado molesto. Iba a ser malo. Sus cuerpos estaban con heridas abiertas, Ben había dicho, pero no eran quemaduras. ¿Qué había ocurrido con ellos? Como dice el viejo refrán, sólo hay una manera de averiguarlo. Tomé una respiración profunda y aparté la cortina.

La habitación era blanca y antiséptica, un hospital, muy de un cuarto de hospital. Fuera de esta sala se ha habido algún intento de colocar colores pasteles y una pretensión de que era sólo un edificio, sólo en los pasillos, las habitaciones son ordinarias. Toda pretexto terminó en la cortina, y la realidad era dura. Hay seis camas, cada una con una capucha de plástico blanquecino como una tienda de campaña sobre la cabeza de las camas y la parte superior del cuerpo de los pacientes. El doctor Evans estaba de pie al lado de la cama más próxima. Una mujer en uniforme a tono estaba más alejada en la habitación, comprobando uno de los múltiples parpadeos, tocando los componentes del equipo que se amontonaban alrededor de cada cama. Miró, y la pequeña área de la cara que mostró fue una oscuridad sorprendente. Afroamericana, femenina, y no gorda, pero más allá de eso y la altura no podía decir nada por debajo de la ropa de protección. No la reconocería de nuevo sin el uniforme. Era extrañamente anónima e inquietante. O tal vez sólo era yo. Ella bajó la mirada y se trasladó a otra cama, haciendo los mismos movimientos y escribiendo algo en un sujetapapeles.

Caminé hacia la cama más cercana. El doctor Evans nunca se dio la vuelta y me habló de alguna manera. Las sábanas blancas formaban tiendas de campaña en cada paciente, sostenidas por una especie de marco de trabajo para impedir a la sabana tocarlos.

El doctor Evans finalmente se volvió a un lado para que pudiera ver la cara del paciente. Parpadeé y mis ojos se negaron a ver, o tal vez mi cerebro acababa de rechazar lo que estaba viendo. La cara estaba roja y cruda, como si sangrara, pero sin sangrar. Era como mirar carne cruda con la forma de un rostro humano, un cráneo no carnoso. La nariz había sido cortada, dejando agujeros sangrientos para los tubos de plástico que se metían por dentro. El hombre rodó en sus cuencas sus ojos marrones, mirando hacia mí. Había algo mal con su mirada más allá de la falta de la piel alrededor de ellos. Me tomó unos segundos darme cuenta que sus

párpados había sido cortados.

La habitación estaba repentinamente cálida, tan caliente, y la máscara me sofocaba. Yo quería sacármela para poder respirar. Debo haber hecho algún movimiento, porque el médico me agarró de la muñeca.

—No se la quite. Estoy arriesgando sus vidas con cada nueva persona que entra aquí. —Soltó mi muñeca—. Haga que el riesgo valga la pena. Dime quien hizo esto.

Sacudí la cabeza, concentrándome en respirar lentamente dentro y fuera. Cuando pude hablar, le pregunté:

—¿Cuál es la apariencia del resto del cuerpo?

Me miró, sus ojos eran exigentes. Me encontré con su mirada. Cualquier cosa era mejor que ver lo que estaba en la cama.

—Estás pálida ya. ¿Estás segura de que quieres ver el resto?

—No —dije la verdad. Incluso con sólo sus ojos visibles pude ver la sorpresa en el rostro—. Nada me gustaría más que darme la vuelta y salir de esta sala y seguir caminando —dije al doctor Evans—. Yo no necesito nuevas pesadillas, pero me llamaron aquí para dar mi opinión de experto. No puedo formarme una opinión sin ver todo el espectáculo. Si yo pensara que no tengo necesidad de ver todo, confíe en mí, no lo pido.

—¿Qué espera ganar con ello? —preguntó.

—Yo no estoy aquí para mirar y quedar boquiabierta, doctor. Pero estoy en busca de pistas de lo que hizo esto. La mayoría de las veces las pistas están en los cuerpos de las víctimas.

El hombre en la cama daba pequeñas sacudidas, de un lado al otro como si tuviera un gran dolor de cabeza. Pequeños ruidos indefensos salían de su boca sin labios. Cerré los ojos y traté de respirar normalmente.

—Por favor, doctor, tengo que ver.

Abrí los ojos a tiempo para verlo hacer retroceder la sabana. La vi rodar hacia atrás, la dobló con cuidado, dejando al descubierto el cuerpo del hombre una pulgada a la vez. En el momento en que lo vi hasta la cintura, yo sabía que había sido desollado vivo. Yo esperaba que fuera sólo la cara. Eso era suficientemente terrible por sí solo, pero lleva un infierno de mucho tiempo el cultivo de la piel de todo el cuerpo de un hombre, una larga eternidad, gritos para hacerlo bien y minuciosamente.

Cuando la sábana le descubrió la ingle, me tambaleé, sólo un poco. No era un hombre. El área de la ingle era suave y pura. Miré hacia arriba en el pecho. La estructura ósea era masculina. Sacudí la cabeza.

—¿Es un hombre o una mujer?

—Hombre —dijo.

Miré hacia abajo y no podía dejar de mirar fijamente la ingle y lo que faltaba.

—Mierda —dije en voz baja. Cerré los ojos otra vez. Era tan caliente, tan caliente.

Con los ojos cerrados, podía oír el silbido del oxígeno, el susurro de los botines de la enfermera cuando ella vino hacia nosotros, y pequeños sonidos de la cama cuando él torció y forzó contra las restricciones acolchadas de las muñecas y los tobillos.

¿Restricciones? Yo las había visto, pero realmente no las había registrado. Todo lo que podía ver era el cuerpo. Sí, el cuerpo. Yo no podía dejar de pensar en el hombre como un «él». Tuve que alejarme o me desmayaría.

Concentrarse en los negocios. Abrí los ojos.

—¿Por qué las restricciones? —Mi voz era entrecortada, pero clara. Miré el cuerpo, luego hacia arriba, al doctor Evans, me dio el contacto visual más completo que jamás me había dado. Lo miraba a la luz hasta que me aprendí de memoria las patas de gallo alrededor de sus ojos, para no tener que seguir mirando lo que estaba en la cama.

—Ellos siguen tratando de levantarse e irse —dijo.

Le fruncí el ceño, no pudo verlo bajo la máscara.

—Sin duda, están demasiado heridos para llegar muy lejos.

—Los mantenemos con algunos analgésicos muy fuertes. Cuando el dolor disminuye, es que tratan de irse.

—¿Todos ellos? —pregunté.

Él asintió con la cabeza. Me hice mirar hacia atrás a la cama.

—¿Esto no es esto sólo un caso de un asesino en serie… no? ¿Qué nombre le pondrías? Una serie de… —Sacudí la cabeza. Yo no podía pensar en una palabra.

—¿Por qué la llamaron?

—Soy un experto en lo sobrenatural, y esto no podría haber sido hecho por una persona.

—No hay marcas de cuchillas en el tejido —dijo el doctor Evans. Me miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que un cuchillo no hizo esto porque no importa lo

buenos que son los signos de tortura, siempre hay marcas del instrumento utilizado. Tienes razón cuando dices que los cuerpos de las víctimas son las mejores pistas, pero no estos cuerpos. Es casi como si su piel se hubiera disuelto.

—Cualquier agente corrosivo podría quitar la piel de alguien y de los tejidos blandos como la nariz y la ingle no sólo se detendría en la piel. Comería a través del cuerpo. —Él asintió con la cabeza.

—A menos que se laven inmediatamente, pero no hay residuos de ningún agente corrosivo conocido. Más que eso, el cuerpo no se modela por una quemadura de ácido. La nariz y la ingle, fueron arrancadas. Hay signos de desgarro ni daño, no están presentes en otros lugares. Es casi como si quien hizo el despellejado, y luego le arrancó las piezas extra. —Sacudió la cabeza.

—He viajado por todo el mundo para ayudar a capturar a los torturadores. Pensé que lo había visto todo, pero estaba equivocado.

—¿Es usted un patólogo forense? —pregunté.

—Sí.

—Pero no están muertos —dije.

Me miró.

—No, no están muertos, pero las mismas habilidades que me permiten juzgar un cadáver funcionan aquí, también.

—Ted Forrester dijo que hubo muertes. ¿Se mueren por ser despellejados? —Ahora que estaba «trabajando», la sala no parecía tan caliente. Si me concentraba con mucha atención en las cosas del negocio, tal vez no vomitara sobre los pacientes.

—No, fueron cortados en pedazos.

—Hay marcas de cuchillos en el corte de los cuerpos, supongo, o no habría usado la palabra cortar.

—Hay marcas de una herramienta cortante, pero no era una bayoneta, cuchillo o espada infernal, nunca lo había visto. Los cortes son profundos, pero no limpios, algo menos refinado que una hoja de acero se utilizó.

—¿Qué? —pregunté. Sacudió la cabeza.

—No sé. La hoja no cortaba a través de los huesos. Quienquiera que cortara los cuerpos, desgajó los cuerpos en las articulaciones. Ningún ser humano tendría la fuerza para hacerlo, no varias veces.

—Probablemente no —dije.

—¿Realmente crees que un ser humano podría haber hecho esto? —

preguntó, señalando a la cama.

—¿Me estás preguntando si una persona puede hacer esto a otra persona? Si viajas por el mundo testificando en los casos de muertes por tortura, entonces puedes saber exactamente qué personas son capaces de hacer esto a los otros.

—No estoy diciendo que una persona no haría esto —dijo—. Estoy diciendo que no creo que sea físicamente posible hacerlo. —Asentí.

—El corte y el desgarro, creo que podrían haberlo hecho humanos, pero estoy de acuerdo con el despellejado. Si lo realizara un humano, entonces habría marcas de herramientas de algún tipo.

—Usted dice marcas de herramientas, no marcas de cuchilla. La mayoría de la gente asume que se tiene un cuchillo para cortar la piel.

—Todo lo que tiene un filo puede hacerlo —dije—, aunque es más lento y por lo general más desordenado. Esta es extrañamente limpia.

—Sí —dijo, moviendo la cabeza—. Sí, esa es una buena frase para ello. Por horrible que sea, está muy bien hecho, excepto para el tejido adicional que fue eliminado. Eso no fue cuidadosamente hecho, pero hecho brutalmente.

—Casi como que tenemos dos diferentes… —Yo seguía queriendo decir asesinos, pero estas personas todavía estaban vivas—. Autores —dije finalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Recortar un cuerpo con una herramienta equivocada que no es lo suficientemente fuerte para rasgar a través del hueso, luego hay que tirar de la persona, con las manos desnudas, está más en la línea de un asesino en serie desorganizado. El despellejado cuidadoso es algo que un asesino en serie organizado podría hacer. ¿Por qué tomarse la molestia de pelar cuidadosamente la cara y la ingle, y después retirar las piezas? Es bien, dos mutiladores diferentes, o dos personalidades diferentes.

—¿Personalidad múltiple? —preguntó.

—No exactamente, pero no todos los asesinos en serie son tan fáciles de poner en una u otra categoría. Algunos delincuentes organizados tienen momentos de salvajismo que se asemejan al asesino desorganizado, y se organizaron en algunas mentes más desorganizadas cuando intensifican sus muertes. Lo mismo no es realmente un asesino desorganizado. No hay brownies suficiente en la sartén para que parezcan métodos organizados.

—Así sea un asesino organizado con momentos salvajes de

desorganización, o… ¿qué? —El buen doctor me hablaba muy razonablemente, sin enojo. Yo lo había impresionado o al menos no le había decepcionado. Todavía no, de todos modos.

—Podría ser un par de asesinos, un asesino organizado es el cerebro de la operación y el desorganizado el que sigue. No es extraño encontrar a los asesinos que trabajan en tándem.

—Como el estrangulador de Hillside o más bien Stranglers —dijo. Me sonrió detrás de la máscara.

—Han habido muchos más casos en el que hay dos asesinos. A veces son dos hombres. A veces es un hombre y una mujer. En ese caso el hombre es la personalidad dominante. O, al menos en todos los casos que he oído hablar, excepto uno. O bien una forma es dominante y el otro es un menor o mayor grado en el control de la otra. Puede ser un dominio casi total para que la otra persona no sea capaz de decir que no, o puede ser más de una asociación. Pero incluso en las relaciones de mayor igualdad es ante todo una persona dominante, mientras que el otro es el que sigue.

—¿Y estás segura que es un mutilador en serie? —preguntó.

—No —dije.

—¿Qué quieres decir?

—La idea mutilador en serie es la solución más normal a la que uno puede llegar, pero yo soy un experto en sobrenatural, doctor Evans. Soy solicitada rara vez cuando la respuesta lleva un rostro humano, no importa cuán monstruoso sea. Alguien piensa que esto no fue hecho por manos humanas, o yo no estaría aquí.

—El agente del FBI parecía muy seguro —dijo el doctor Evans. Le miré.

—¿He malgastado tanto nuestro tiempo, aquí? ¿Los federales vienen y dicen más o menos lo que acabo de decir?

—Bastante —dijo.

—Entonces no me necesitan.

—El FBI está convencido de que es un mutilador en serie, una persona.

—A veces los federales pueden estar muy seguros de sí mismos, y una vez que se han comprometido, no les gusta equivocarse. Los policías en general pueden ser así. Por lo general, la respuesta fácil a la hora es la delincuencia. Si un marido fallece, la esposa, probablemente lo hizo. La policía no anima con complicar un caso. Ellos son animados a simplificarlos.

—¿Por qué no está tomando la solución más simple? —preguntó.

—Por varias razones. Una de ellas, si fuera una cosa en serie, un ser humano, yo creo que la policía o el FBI, ya tendría alguna pista hasta ahora. El nivel de miedo e incertidumbre entre los hombres es demasiado alto. Si tuvieran una pista de lo que está sucediendo, habría menos pánico. No tengo un superior al que informarle. Nadie me va a abofetear o degradarme en rango, si me creo y estoy equivocada. Mi trabajo e ingresos no dependen de nadie, y me agrada.

—¿Usted tiene un jefe a quien responder? —dijo.

—Sí, pero no tengo que dar informes por escrito regularmente. Es más un gerente de negocios que nada. No dice un carajo en cómo hacer mi trabajo, siempre y cuando lo haga y no insulte a demasiados personas a lo largo del camino. Resucito muertos para ganarme la vida, doctor Evans. Es una habilidad especializada. Si mi jefe me da mucha molestia, hay otras dos empresas de animación en este país que me tomarían en un instante. Incluso podría continuar en forma independiente.

—¿Estás bien? —dijo.

Asentí.

—Me parece, que me libera de muchos trámites burocráticos y políticos que la policía tiene que meterse. Mi objetivo es evitar que esto ocurra a alguien más. Si me veo un poco tonta o indecisa en el camino, estoy bien. A pesar de que probablemente obtendré una presión en mi mente y cogeré al coco. No es de mi jefe, sino de la policía y los federales. Resolver algo como esto podría hacer la carrera de un policía. Equivocarse y no resolverlo puede ser el final de una carrera.

—Pero si estás equivocada, no estás herida —dijo Evans.

Lo miré.

—Si estoy equivocada, entonces no hay daño, no hay falta. Si todo el mundo está mirando en la dirección equivocada, a mí, a la policía, los federales, todo el mundo, entonces esto va a seguir ocurriendo. —Miré al hombre en la cama—. Eso va a doler.

—¿Por qué? ¿Por qué le duele?

—Porque nosotros somos los buenos, y quien o lo que está haciendo esto, es el villano. Lo bueno se supone que triunfa sobre el mal, doctor Evans, ¿o que es el cielo?

—¿Eres cristiana?

Asentí.

—Yo no creía que pudiera ser cristiana y levantar zombis.

—Sorpresa —dije.

Él asintió con la cabeza, aunque no estaba segura de con que estaba de acuerdo.

—¿Es necesario ver a los demás, o es suficiente?

—Usted puede cubrirlo, pero sí, al menos debería mirar a los demás. Si no lo hago, entonces me preguntaría si perdería algo por no mirar.

—Nadie más ha hecho todo el camino alrededor de la habitación sin tener que salir, y me incluye a mí la primera vez que entré aquí.

Él iba caminando a la cama de al lado mientras hablaba. Yo detrás, no contenta de estar allí, pero me sentía mejor. Podría hacer esto si me concentraba en resolver el crimen y empujé mi empatía a una apretada caja oscura. En ese momento la simpatía era un lujo que no podía permitirme. El segundo hombre estaba casi idéntico al primero, excepto por la altura y el color de ojos. Ojos azules esta vez, tuve que apartar la mirada. Si uniera las miradas con alguno de ellos, se habrían convertido en gente, y yo saldría corriendo y gritando.

La tercera cama era diferente. Las heridas en el pecho parecían diferentes de alguna manera, y cuando el doctor Evans descubrió la sábana sobre la ingle, me di cuenta que era una mujer. Mi mirada se volvió a su pecho, donde algo había sido arrancado, sus pechos. Sus ojos mostraban el blanco salvajemente, abría y cerraba la boca, haciendo pequeños sonidos, y vi por primera vez por qué nadie hablaba.

La lengua era sólo un muñón, girando como un gusano descuartizado en la apertura de labios, sin piel.

El calor se apoderó de mí rápidamente. Rebosó la habitación. Yo no podía respirar. La máscara se había moldeado en mi boca abierta, enorme. Me volví y me fui a las puertas. Caminé lentamente. No corría, pero si no salía de allí iba a perder lo poco que tenía en el estómago o tal vez desmayarme. De los dos creo que yo prefería vomitar. El Doctor Evans presionó la almohadilla que abrió la puerta sin decir palabra. Las puertas se abrieron, y yo pasé.

Ben, el enfermero se dirigió a mí, sujeté la máscara rápidamente con una mano enguantada. Cuando las puertas se cerraron detrás de mí, deje caer la máscara.

—¿Estás bien?

Sacudí la cabeza, no confiaba en mi voz. Quite la máscara de mi cara y

todavía no lograba tener suficiente aire. Estaba demasiado tranquilo en la pequeña habitación. El único sonido en el silencio era un suave susurro en el aire, el reciclaje. Un pequeño sonido de movimiento de la tela cuando Ben se dirigió hacia mí. Yo necesitaba el ruido, voz humana. Necesitaba salir de allí.

Tiré el protector plástico de mi cabeza. Mi cabello cayó alrededor de mis hombros, me lavé la cara. Todavía no podía obtener suficiente aire.

—Lo siento —dije, y mi voz sonaba distante—. Regresaré. —Abrí la puerta exterior y escapé.



SIETE

El pasillo se sintió fresco, aunque sabía que no lo estaba. Me incliné al lado de la puerta cerrada, con los ojos cerrados, inhalando grandes corrientes de aire. El pasillo estaba lleno de ruido después de que la habitación estuvo silbando en silencio. La gente caminando, moviéndose, y la voz del teniente Marks.

—No es tan jodidamente difícil después de todo, eh, Sra. Blake.

Abrí mis ojos y lo miré. Estaba sentado en la silla que probablemente había sido colocada allí para el uniformado, que protegía la puerta. El oficial uniformado no estaba por ningún lado. Sólo Edward apoyado contra la pared del fondo, con las manos detrás de su espalda. Estaba viendo mi cara, mirándome, como si hubiera que memorizar mi miedo.

—Pasé por tres pacientes antes de salir de la habitación. ¿Cuántos viste antes de tener que salir de la habitación, Marks?

—Yo no tenía que dejar la maldita habitación.

—El Doctor Evans dijo que nadie ha recorrido de toda la habitación, todo el camino a través de la habitación sin tener que correr fuera. Eso significa que tú tampoco lo hiciste, Marks. Así que vete a la mierda.

Él estaba de pie ahora.

—Tú… tú bruja. —El escupió la última palabra como si fuera el peor insulto que se le ocurrió.

—¿No querrás decir puta? —dije. Me sentía mejor aquí en el pasillo. El intercambio de insultos con Marks fue un paseo en comparación con mis otras alternativas.

—Le dije lo que quería decir.

—Si usted no sabe la diferencia entre una bruja de verdad y un animador, no es de extrañar que no haya cogido la cosa que está haciendo esto.

—¿Qué quieres decir con «cosa»? —preguntó.

—Cosa, cosa, monstruo.

—Los federales piensan que es un mutilador en serie —dijo.

Miré a Edward.

—Agradable que alguien me diga lo que los federales dijeron.

Edward no mostraba culpabilidad en lo más mínimo. Él se quedó sin hablar y volví mi atención a Marks.

—Entonces, ¿por qué no hay marcas de herramientas en el despellejado?

Marks miró por el pasillo, donde una enfermera estaba empujando un carrito.

—Nosotros no discutimos una investigación en curso al descubierto, donde cualquiera puede oírnos.

—Bueno, pues después de haber ido allí y haber mirado a los tres últimos… cuerpos, vamos a ir a algún lugar más privado y hablar sobre el caso. —Creo que él palideció un poco.

—¿Vas a volver allí?

—Las víctimas son las claves, teniente. Usted lo sabe.

—Nosotros podemos tomarlas de la escena del crimen —dijo. Fue la cosa más linda que jamás me había dicho.

—Genial, y tengo que verlas, pero en este momento estamos aquí y las únicas posibles claves están dentro de esa habitación.

Mi respiración había vuelto a la normalidad y el sudor se había secado en mi frente. Quizás estaba un poco pálida, pero estaba moviéndome y me

sentía casi normal.

Caminé hasta el centro de la sala y Edward me hizo señas, como si yo tuviera algo que decir sólo para sus oídos. Se apartó de la pared y se acercó a mí. Cuando estaba lo suficientemente cerca, fingí una patada baja él miró hacia abajo durante un instante, reaccionando a ella, y la segunda, patada más alta lo golpeó en la mandíbula. Él se fue atrás con fuerza. El levantó los brazos para proteger su cara. Él sabía cómo defender las áreas vitales, y preocuparse por la posición más tarde.

Mi corazón estaba resonando en mi pecho, no por el esfuerzo, sino por la adrenalina. Nunca había utilizado mis habilidades de Kenpo en una lucha. Ponerlo a prueba de verdad para mí era la primera vez, probarlo con Edward probablemente no fue mi mejor idea, pero ¡eh!, se lo había buscado. Aunque la verdad, me sorprendió un poco que lo había logrado con tanta facilidad. Detrás de mi cabeza una voz me preguntó si Edward lo había permitido. Otra parte de mi cabeza dijo que él tenía demasiado ego para ello. Creí en la segunda opción. Permanecí donde estaba en una postura de caballo. Era prácticamente la única postura que sabía para volver una vez que una patada fuera lanzada. Tenía mis puños en alto, esperando, pero no se movió.

Cuando Edward descubrió que yo no iba a hacer otra cosa, él bajó su brazo y me miró fijamente.

—¿Qué diablos fue eso? —Había sangre sobre su labio inferior.

—He estado tomando Kenpo —dije.

—¿Kenpo?

—Es algo así como Tae-kwon-do, con menos patadas y movimientos más fluidos, mucho trabajo de mano.

—¿Un cinturón negro de Judo no fue suficiente? —preguntó, y era la voz de Ted hablando.

—Un gran ejercicio es el Judo, pero no es ideal para defensa personal. Tienes que cerrar al tipo malo y forcejear. De esta manera me puedo quedar fuera del alcance y todavía causar daño.

Tocó su labio y lo separó lleno de sangre.

—Ya veo. ¿Por qué?

—¿Por qué te pateé en la cara? —pregunté.

Él asintió con la cabeza, y creo que él hizo una mueca muy ligeramente. Genial.

—¿Por qué no me avisaste sobre las víctimas? ¿Dime contra qué me

enfrento?

—Los observé fríamente —dijo—. Quería ver si lo manejabas igual.

—Esto no es un concurso de meadas, Edward. Ted. No estoy compitiendo contigo. Sé que eres mejor que yo, más fuerte que yo, más fría que yo. Tú ganas, ¿de acuerdo? Detén la pendejada machista.

—No estoy tan seguro —dijo, en voz baja.

—¿No está tan seguro acerca de qué? —pregunté.

—Quién es más frío. Recuerda, no hice el recorrido por toda la habitación tampoco.

Me quedé mirándolo.

—Muy bien, quieres ir de uno en uno, genial, pero no ahora. Se supone que estamos resolviendo un caso. Se supone que nos aseguraremos de que lo que ocurrió a esas personas no le suceda a nadie más. Cuando tengamos nuestro propio tiempo, entonces puedes hacerte el competitivo. Hasta que resolvamos esto, deja de joder, o estarás empezando a molestarme seriamente.

Edward, se puso de pie lentamente. Me aparté fuera de su alcance. Nunca lo había visto usar artes marciales antes, pero no dejé ver la duda delante de él. Un sonido me hizo dar marcha atrás más lejos hasta que yo pude ver a Edward y a Marks sin apartar la vista de Edward. Marks estaba haciendo un sonido de risitas disimuladas. Me tomó un momento comprender que se estaba riendo, riendo tan fuerte que su rostro estaba morado y parecía estar teniendo problemas para respirar.

Edward y yo, ambos lo miramos fijamente.

Cuando Marks, finalmente pudo hablar, dijo:

—Pateaste a un hombre en la cara, y eso no parece seriamente molestarlo. —Él se incorporó, con la mano a un lado de su cara.

—¿A qué coño llamas seriamente enojado?

Sentí mi cara ponerse blanca, mis ojos ponerse vacíos. Por un momento dejé a Marks ver el agujero donde mi conciencia se supone que iba a estar. Realmente no quería, pero al parecer no podía evitarlo. Tal vez yo estaba más sacudida por la habitación y sus sobrevivientes de lo que pensaba. Es la única excusa que puedo dar.

La cara de Marks fue cambiando de la risa a algo así como preocupación. Él me miró con ojos de policía, pero debajo de eso estaba una incertidumbre que era casi miedo.

—Sonría, teniente. Es un buen día. Nadie murió.

Miré su rostro. Él comprendió exactamente lo que quería decir. No debería sugerir eso a un policía que está dispuesto a matarme, pero estaba cansada, y todavía tenía que volver a la habitación. Mierda.

Edward habló con su voz, baja y vacía.

—¿Y te preguntas por qué compito contigo?

Giré los ojos yo sabía que estaban tan muertos como para competir con su mirada. Sacudí la cabeza.

—No pregunto por qué compites conmigo… Ted. Acabo de decirte que dejes de hacerlo hasta que el caso esté resuelto.

—¿Y entonces? —preguntó.

—Entonces vamos a ver qué pasa, ¿no?

No veía miedo en la cara de Edward. Vi anticipación. Y esa era la diferencia entre nosotros. Le gustaba matar. A mí no. Lo que realmente me asustó fue la idea de que podría ser la única diferencia entre nosotros. Esto no era una gran diferencia para mí, para lanzar piedras en la dirección de Edward. Todavía tenía más reglas que las que tenía Edward. Todavía hay cosas que él haría que yo no, pero incluso esa lista se estaba haciendo cada vez más corta últimamente. Había algo cerca del pánico que revolotea en mi estómago. No miedo a Edward o cualquier cosa que pudiera hacer, pero preguntándome cuando yo había doblado la esquina y me había convertido en otro monstruo. Me había dicho el doctor Evans, que nosotros éramos los chicos buenos, pero si Edward y yo estábamos en el lado de los ángeles, entonces ¿qué abandoné para estar en el otro lado?

Algo que desprendía la piel de una persona viva sin necesidad de utilizar una herramienta de cualquier clase. Algo que extraería el pene de un hombre y los senos de una mujer con sus manos desnudas. Tan malo como Edward era, tan malo como yo me había vuelto, hay cosas peores. Y estábamos a punto de dar caza a uno de ellos.



OCHO

Yo volví a la habitación, y no, no aprendí absolutamente nada de las tres últimas víctimas. Y tanta valentía no sirvió para nada. Bueno, no exactamente para nada. Me he demostrado a mí misma que podía volver a la habitación sin vómitos o desmayos. No me importaba si esto había impresionado a Edward o a Marks. A mí me impresionó. Si no puedes impresionarte a ti mismo, realmente los demás no importan.

Incluso se impresionó el doctor Evans que necesitaba una taza de té reconstituyente, porque me invitó de nuevo a la sala de estar de los médicos y enfermeras. No había tal cosa como el café de verdad imposible de beber, pero yo esperaba que el té fuera mejor por el bien de Evans. A pesar de que lo dudaba. El café salió de una lata, y el té de bolsitas con cuerdecitas. No se puede esperar mucho del café soluble. En casa, yo tengo mi molinillo de café, pero yo no estaba en casa y estaba agradecida por la amarga calidez.

Añadí crema y azúcar y me di cuenta de que el café estaba temblando

en la taza, como si tal vez mis manos no fueran muy estables. También estaba frío. Los nervios, sólo los nervios.

Si Edward estaba nervioso, no podría decirse tal y como se apoyaba contra la pared, bebiendo su café negro. No le había puesto ni azúcar ni crema, duro como el hombre que era. Hizo una mueca mientras bebía, y no creo que fuera por el líquido hirviendo. Su labio tenía un poco de hinchazón de cuando le pateé. Me hizo sentir mejor. Infantil, pero cierto.

Marks había tomado asiento en el sofá de la sala, y soplaba su café. Le había puesto crema y azúcar. Evans se estableció en la única silla estaba a mitad de camino, cómodo, con un suspiro mientras agitaba el té.

Edward me miraba, y finalmente me di cuenta de que no iba a sentarse hasta que yo lo hiciera. Al diablo. Me senté en una silla que era demasiado erguida para ser cómoda, pero estaba colocada de forma que podía ver toda la sala, incluyendo la puerta. Había una nevera pequeña, pero completa, contra la pared del fondo. Era un modelo antiguo, era una sombra extraña de color marrón. Una pequeña área del gabinete que albergaba una cafetera, una cafetera en segundo lugar con nada más que agua caliente, un lavabo, y un horno de microondas.

El Doctor Evans había usado el agua caliente para el té. Había blancas cucharas de plástico en un paquete abierto, y un puñado de esos inútiles agitadores de café. Había una selección de azúcar, Nutrasweet, y algunos otros edulcorantes artificiales que nunca había oído hablar. Había un círculo de crema que se había secado en un redondo y crujiente borde donde alguien había dejado una taza antes. Me concentré en la minucia del gabinete, tratando de no pensar. Por unos momentos yo quería saborear el café y nada más. Todavía no había comido hoy, y ahora, ya yo no quería.

—Usted dijo que tenía algunas preguntas para mí, Sra. Blake. —El doctor Evans rompió el silencio.

Salté, y lo mismo hizo Marks. Sólo Edward se quedó medio apoyado contra la pared, inmóvil, los ojos azules nos miran a todos como si estuviera al margen de la tensión y el horror. Tal vez fuera así, o tal vez fue sólo una actuación. Simplemente no lo sé. Asentí, tratando de enfocar.

—¿Cómo sobrevivieron todos ellos?

Echó la cabeza hacia un lado.

—¿Quiere usted decir técnicamente, cómo sobreviven? ¿Detalles médicos?

Sacudí la cabeza.

—No, quiero decir, una persona podría sobrevivir a este gran trauma, o incluso dos, de acuerdo. Pero la mayoría de la gente no podría sobrevivir, o ¿me equivoco?

Evans se ajustó las gafas de forma más segura en la nariz, pero asintió con la cabeza.

—No, tú no estás equivocada.

—Entonces, ¿cómo seis de ellos sobrevivieron? —pregunté. Él me frunció el ceño.

—No estoy seguro de entender exactamente lo que me está tratando de decir, Sra. Blake.

—Estoy preguntando qué posibilidades hay de que seis personas de diferente sexo, origen, condición física, edad, etc… todos sean capaces de sobrevivir al mismo trauma. Mi opinión es que todas las víctimas despellejadas han sobrevivido, ¿no?

—Sí. —El doctor Evans me observaba de cerca, sus ojos claros buscaban mi rostro, esperando para seguir adelante.

—¿Por qué sobrevivieron?

—Son unos hijos de puta duros —dijo Marks.

Miré al teniente, luego de regreso a Evans.

—¿En serio?

—¿Son qué? —preguntó el médico.

—¿Son unos hijos de puta resistentes?

Bajó sus ojos como si él pensara.

—Dos de los hombres trabajaban con regularidad, una de las mujeres era una corredora de maratón. Los otros tres son simplemente comunes. Uno de los hombres tiene cerca de sesenta años, y no tiene una rutina regular de ejercicios de cualquier tipo. La otra mujer es de unos treinta años, pero no… —Él me miró—. Esta gente, no es particularmente dura. No, no físicamente de todos modos. Pero he descubierto que a menudo las personas que no son físicamente fuertes o aparentemente resistentes sobreviven más tiempo bajo tortura. Los tipos duros suelen ser los primeros en caer.

Yo me obligue a no mirar a Edward, pero fue un esfuerzo.

—Déjame probar mi idea, doctor. ¿Alguna de las personas que murieron habían sido despellejadas como las seis de la habitación?

Él parpadeó y volvió a mirar a lo lejos, como si recordara, entonces él me miró.

—No, las únicas muertes han sido de personas mutiladas.

—Entonces vuelvo a preguntar: ¿por qué están todos vivos? ¿Por qué no al menos uno de ellos murió por shock, pérdida de sangre, o un ataque al corazón, o demonios, de puro terror?

—La gente no muere de terror —dijo Marks. Me miró.

—¿Estás absolutamente seguro de eso, teniente?

Su hermoso rostro parecía petulante, terco.

—Sí, estoy seguro.

Deseche su comentario. Ya hablaría con Marks más tarde. Ahora mismo me estaba acercando a un punto.

—¿Cómo seis de ellos sobreviven, doctor?, no por qué estos seis, pero ¿por qué todos ellos?

Evans asintió.

—Veo lo que quieres decir. ¿Cómo podrían todos ellos haber sobrevivido?

Asentí.

—Exactamente. Algunos de ellos deberían haber muerto, pero no lo hicieron.

—Entonces quien los despellejo es un experto —dijo Marks—. Sabía cómo mantenerlos vivos.

—No —dijo Edward—. No importa lo bueno que fuera torturando, no puede mantenerlos vivos a todos. Incluso si hace exactamente lo mismo a cada uno de ellos, algunas personas mueren y algunas personas viven. No se está siempre seguro de por qué algunos lo hacen, y otros no. —Su voz era muy tranquila, pero llenó el silencio de la habitación.

El doctor Evans lo miró, asintiendo con la cabeza.

—Sí, sí, incluso un experto no puede hacer que la gente sobreviva a lo que hizo a estos seis. Algunos de ellos deberían haber muerto. Por lo demás no sé por qué están todos vivos. ¿Por qué ninguno de ellos contrajo una infección secundaria? Están todos muy saludables.

Marks se levantó tan bruscamente, que se derramó el café en la mano. Maldijo, caminando a la pila para tirar el vaso y todo en el fregadero.

—¿Cómo puedes decir que están saludables? —Miró por encima del hombro al médico mientras se lavó las manos bajo el agua.

—Ellos todavía están vivos, teniente, y en su situación de hecho están muy sanos.

—Fue cosa de magia —dije.

Todo el mundo me miraba.

—Hay hechizos que pueden mantener viva a una persona durante la tortura a fin de que la tortura pueda ser prolongada.

Marks arrancó demasiado papel-toalla del rollo y se volvió contra mí, limpiándose las manos con pequeños movimientos bruscos.

—¿Cómo puedes decir que no haces magia negra?

—Digo que hay hechizos que pueden hacerlo, no que yo los haga —dije.

Le tomó tres intentos dejar la toalla de papel en el cesto de basura.

—El hecho de saber de esas cosas es malo.

—Piensa lo que quieras, Marks, pero tal vez una de las razones por las que tuviste que llamarme es que no tienes conocimientos ni experiencia suficiente para ayudar a esta gente. Tal vez si estuvieras más interesado en solucionar el caso que en salvar tu propia alma no estarías enredado en esto ahora.

—Salvar un alma es más importante que la solución de la delincuencia —dijo. Estaba caminando hacia mí.

Me puse de pie, con la taza de café en la mano.

—Si estás más interesado en las almas que el crimen hazte sacerdote, Marks. Lo que necesitamos ahora es un policía.

Él caminó hacia mí, y creo que se había acercado lo suficiente para pelear, pero pareció recordar lo que había hecho en el pasillo. Recordaba con precaución, y se fue lejos de mí, alrededor de la puerta.

El doctor Evans miró de uno a otro de nosotros, como si se preguntara lo que se había perdido. Marks volvió a la puerta, señalando con el dedo.

—Si lo hacemos a mi manera, tú vas a estar de vuelta en un avión esta noche. No se puede pedir ayuda al diablo para oponerse al diablo. —Con esto cerró la puerta detrás de él.

Evans rompió el silencio.

—Debe haber más, Sra. Blake, más que la mera resistencia, algo que no he visto todavía.

Lo miré y tomé un trago de frío café.

—¿Qué le hace decir eso, doctor?

—Si no le conociera mejor, diría que el teniente Marks tiene miedo de usted —dijo.

—Tiene miedo de lo que él cree que soy, doctor Evans. Él está saltando en las sombras.

Evans me miró, con su té olvidado en sus grandes manos. El me miró intrigado. Tuve un impulso de retorcerme bajo ese escrutinio, pero no lo hice.

—Tal vez tengas razón, Sra. Blake, o tal vez ha visto algo en ti que él no entiende.

—Cuando te pasas todo el tiempo preocupándote de que el demonio está detrás de ti, finalmente empiezas a verlo sin importar que él está allí o no —dije.

Evans estaba de pie, moviendo la cabeza. Enjuagó la taza de café en el fregadero, lavándola con una toalla de papel nuevo y jabón. Lo dijo sin volverse.

—Yo no sé si alguna vez veré al diablo, pero he visto el verdadero mal, y aunque no haya diablo detrás de él, todavía es el mal. —Se dio vuelta y me miró—. Y debemos ponerle fin.

Asentí.

—Sí —dije—, es necesario.

Él sonrió, pero sus ojos se veían cansados.

—Trabajaré con mis colegas que están más acostumbrados a trabajar con los vivos en lugar de los muertos. Vamos a tratar de descubrir por qué estos seis sobrevivieron.

—¿Y si es magia? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—No le digas esto al teniente Marks, pero mi esposa es una bruja. Ha viajado por el mundo conmigo viendo estas cosas. A veces lo que encontramos es más magia que ciencia, no siempre, está claro. La gente es muy capaz de atormentar a otra sin la ayuda de la magia. Pero a veces hay más.

—No te lo tomes a mal —dije,— pero ¿por qué no la has llamado antes de esto?

Tomó un largo suspiro y lo dejó escapar.

—Ella estaba fuera del país por otro asunto. ¿Te preguntarás, porque no le he dicho que vuelva a casa antes?

Sacudí la cabeza.

—Yo no voy a preguntar.

Él sonrió.

—Gracias por eso. Pensé que mi esposa era necesaria en otros lugares, y el FBI parecía tan seguro de que era una persona. —Miró a Edward luego

de regreso a mí.

—La verdad es que, Sra. Blake, algo de todo esto me asusta. Y no soy un hombre que se asuste fácilmente.

—Tú estás preocupado por tu esposa —dije.

Me miró como si pudiera mirar dentro mi mente con sus ojos claros.

—¿No lo estarías tú?

Me tocó el brazo suavemente.

—Confía en tus instintos, doctor. Si esto lo asusta, no la moleste.

Él se apartó de mi tacto, sonriente, tirando la toalla de papel en el bote de basura.

—Eso sería terriblemente supersticiosos por mí parte.

—Hay un mal presentimiento acerca de la participación de su esposa con esta cosa. Confíe en sus instintos. No trate de ser razonable. Si amas a tu esposa, escucha a tu corazón, no a tu cabeza.

Él asintió con la cabeza dos veces y luego dijo:

—Voy a pensar en lo que dijo. Ahora sí que me tengo que ir.

Le tendí la mano. Él la tomó.

—Gracias por su tiempo, doctor.

—Mi… Un placer, Sra. Blake. —Saludó a Edward—. Sr. Forrester.

Edward asintió con la cabeza, a cambio, y nos quedamos en el silencio de la sala de estar.

—Escucha tu corazón y no tu cabeza. Maldito consejo sobre el amor, viniendo de ti —dijo Edward.

—Déjalo —dije. Yo tenía la mano en el picaporte.

—¿Cómo sería tu vida amorosa si hicieras caso a tu propio consejo? —preguntó.

Abrí la puerta y salí al pasillo blanco y frío, sin responderle.



NUEVE

La oferta de Marks de escoltarme a la escena del crimen parecía haberse evaporado con su temperamento. Edward me llevó. Viajamos en un silencio casi total. Edward nunca empieza una conversación, y yo no tenía la energía para ello. Si yo hubiera tenido algo interesante que decir, lo habría dicho. Hasta entonces, el silencio estaba bien. Edward había dicho que estábamos de camino a la escena del último crimen, y nos encontraríamos con sus otros dos respaldos en Santa Fe. Él no me dijo nada más sobre ellos, y yo no lo presioné. Su labio estaba todavía hinchado porque había sido demasiado macho para ponerse hielo. Yo pensé que un labio partido iba a ser todo el margen que Edward iba a darme por un día. Le había dicho en los términos muy rudos, a falta de sacar un arma, que detuviera esta mierda competitiva, ya que nada iba a cambiar, y mucho menos yo.

Además, yo todavía estaba encerrada en una nebulosa de silencio, como

si todo hiciera eco y nada fuera bastante sólido. En shock. Los supervivientes, si esa fuera la palabra para ellos, me habían sacudido hasta los dedos. Había visto cosas terribles, pero nada como eso. Iba a tener que empezar a espabilarme antes de que nos encontráramos con más problemas, pero, francamente, si alguien hubiera sacado un arma en este momento, habría dudado. Nada parecía verdaderamente importante, o incluso real.

—Yo sé por qué tienes miedo de esto —dije.

Miró hacia mí con sus gafas de sol, luego de regreso a la carretera, como si no hubiera oído nada. Cualquier otra persona me habría pedido dar explicaciones, o hecho algún comentario. Edward sólo conducía.

—No temes a nada que sólo te ofrezca la muerte. Has aceptado que no vas a vivir hasta una edad avanzada.

—Nosotros —dijo—. Hemos aceptado que no vamos a llegar a viejos.

Abrí la boca para protestar, pero me detuve. Lo pensé por un segundo o dos. Yo tenía veintiséis años, y si los próximos cuatro años fueran algo como los últimos cuatro años, creo que nunca vería los treinta. Yo nunca había pensado en eso seriamente, pero la vejez no era una de mis mayores preocupaciones. Yo no esperaba llegar. Mi estilo de vida era una especie de suicidio pasivo. No me gustó mucho la idea. Intente negarlo, pero no pude. Quería, pero no podía. Me estremecí profundamente al darme cuenta de que esperaba una muerte violenta. No quería, pero lo esperaba. Mi voz era incierta, pero lo dije en voz alta.

—Bien, hemos aceptado que no vamos a llegar a una edad avanzada. ¿Feliz?

Hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Tienes miedo de vivir como los supervivientes del hospital. Tienes miedo de acabar como ellos.

—¿Y tú no? —Su voz era demasiado suave para oírla, pero de alguna manera se escuchó por encima del sonido de las ruedas y el ronroneo del motor.

—Estoy tratando de no pensar en ello —dije.

—¿Cómo, no piensas en ello? —preguntó.

—Porque si empiezas a pensar en las cosas malas, a preocuparte por ellas, entonces te vuelves torpe, y eso da miedo. Ninguno de nosotros puede permitírselo.

—Hace dos años, me habrías animado —dijo, y había algo en su voz, no ira, pero cerca.

—Fuiste un buen maestro —dije.

Sus manos se aferraron al volante.

—No te he enseñado todo lo que sé, Anita. Tú no eres mejor monstruo que yo.

Miré su cara, tratando de leer aquel rostro inexpresivo. Había una tensión en la mandíbula, un hilo de ira por el cuello y en los hombros.

—¿Estás tratando de convencerme a mí o a ti mismo… Ted? —Enfaticé el nombre como burla. Yo no suelo jugar con Edward sólo para sacarlo de sus casillas, pero hoy, él se sentía inseguro, y yo no lo estaba. Una parte de mí estaba disfrutando con esta mierda.

Pisó el freno y se detuvo con un chirrido al lado de la carretera. Saqué la Browning apuntándole a la cabeza, tan cerca que si apretara el gatillo pintaría las ventanas con todo su cerebro.

Tenía una pistola en la mano. No sé si estaba en el coche en el que íbamos, pero el arma no estaba apuntándome.

—Cálmate, Edward.

Se quedó inmóvil, pero no tiró la pistola. Tuve uno de esos momentos en los cuales ves el alma de otra persona como si miraras una ventana abierta.

—El miedo te hace torpe, Edward, porque prefieres morir aquí, como estás, que sobrevivir como esos pobres diablos. Estás buscando una mejor forma de morir. —Mi arma le apuntaba firmemente con el dedo sobre el gatillo. Pero esto no era real, no todavía—. Si esto fuera realmente en serio, tú habrías tenido la pistola en la mano antes de frenar. Tú no me invitaste para cazar monstruos. Tú me invitaste para matarte si algo sale mal.

Él dio un mínimo movimiento de cabeza.

—Ni Bernardo ni Olaf son lo suficientemente buenos. —Dejó el arma muy, muy lentamente sobre la joroba del entarimado entre los asientos. Me miró, con las manos extendidas en el volante—. Incluso para ti, tengo que ser un poco torpe.

Tomé la pistola que había dejado sin quitar mis ojos ni mi arma de él.

—No creo que sea la única arma que tienes escondida en el coche. Pero aprecio el gesto.

Se rió entonces, y era el sonido más amargo que jamás había oído de Edward.

—No me gusta tener miedo, Anita. Yo no soy bueno en eso.

—¿Quieres decir que no estás acostumbrado a ello? —dije.

—No, yo no lo estoy.

Bajé mi propia arma hasta que no estuvo apuntándole, pero no la guardé.

—Te prometo que si al final acabas como la gente en el hospital, te arrancaré la cabeza.

Me miró entonces, e incluso con las gafas de sol, yo sabía que él estaba sorprendido.

—No sólo dispararme o matarme, sino arrancar mi cabeza.

—Si pasa, Edward, no te dejaré con vida, y arrancando la cabeza vamos a estar seguros de que el trabajo está bien hecho.

Algo fluía por su rostro, sobre sus hombros, sobre sus brazos, y me di cuenta de que era alivio.

—Sabía que podía contar contigo para esto, Anita, tú y nadie más.

—¿Debo sentirme halagada o insultada, nunca he conocido a nadie con suficiente sangre fría para pedirme algo así?

—La sangre de Olaf es suficientemente fría, sería capaz de matarme y enterrarme en un agujero en alguna parte. Pero nunca habría pensado en llevarse mi cabeza. ¿Y si no estuviera totalmente muerto? —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. No me gustaría estar en un agujero pestilente en algún lugar elegido por Olaf, vivo, porque él nunca hubiera cortado mi cabeza.

Sacudió la cabeza como si visualizara la imagen. Se deslizó las gafas de nuevo, y cuando se volvió hacia mí, su cara estaba en blanco, ilegible, como de costumbre. Pero yo había visto debajo de la máscara, más de lo que me hubiera permitido ver antes. La única cosa que nunca había esperado encontrar era miedo, y debajo de eso, confianza. Edward confiaba en mí con más que su vida. Confiaba en mí para asegurarse también de que moriría. Para un hombre como Edward no había mayor confianza.

Nosotros nunca iríamos de compras juntos o a comer, mientras nos quejamos de los hombres. Nunca me invitaría a su casa para la cena o a una barbacoa. Nunca seríamos amantes. Pero había una probabilidad de que uno de nosotros fuera la última persona que viera al otro antes de morir. No era amistad de la manera que la gente la entendía, pero era amistad. Había varias personas que me habían confiado su vida, pero no había nadie que me hubiera confiado su muerte. Jean-Claude e incluso Richard tratarían de mantenerme con vida por amor, o algo similar. Incluso mi familia y otros amigos lucharían para mantenerme viva. Si quería la muerte, Edward me la

daría. Debido a que ambos entendíamos que no es a la muerte a lo que tememos. Es a la vida.



DIEZ

Era una típica casa que se dividía en dos pisos, me recordaba a un típico rancho de cualquier parte del medio oeste, pero sin duda la diferencia era palpable al ver el enorme jardín que rodeaba a la casa llena de cactus y pequeñas flores lilas que eran muy abundantes en esta zona.

La mayoría de la gente trataba de tener jardines espectaculares cuidando el césped como si no estuvieran en el borde de un desierto, pero no en esta casa. Las personas que vivían aquí tenían el jardín de su entorno y sin tratar de desperdiciar el agua, de todas formas estaban muertos ya no les importaría un comino la conciencia ambiental o el desperdicio de agua.

Rezando me bajé del coche para que no hubiera supervivientes, no era mi oración habitual en una escena del crimen, pero me estaba empezando a dar cuenta que en este caso nada era lo «habitual».

En frente de la casa había un coche de la policía estacionado, de él se bajó un policía al vernos a Edward y a mí acercarnos a la casa. El rostro del

policía era pálido y estaba empezando a sudar, me preguntaba si era por el pequeño esfuerzo que había hecho al recorrer los apenas cinco metros que nos separaban. Tenía una prominente barriga que se pronunciaba más por el apretado cinturón que llevaba. Mientras se dirigía a nosotros se puso el sombrero, sin sonreír, sin hacer ni un gesto.

Se paró enfrente de nosotros con el pulgar de su mano enganchado al ceñido cinturón.

—¿Puedo ayudarlos? —nos preguntó el oficial.

Edward inmediatamente entró en su ¯otra” faceta, extendiendo su mano hacia el oficial dedicándole una dulce sonrisa.

—Soy Ted Forrester, oficial… —Se tomó unos segundos para leer la etiqueta con su nombre—. Norton, esta es Anita Blake, el jefe Appleton nos ha autorizado para ver la escena del crimen.

Norton nos miró de arriba abajo, rechazando la mano de Ted.

—¿Puedo ver un documento de identidad?

Edward abrió su cartera y sacó su licencia de conducir y se la entregó al oficial, yo simplemente saqué mi licencia de ejecutora y se la abrí para que él la pudiera observar. El oficial le entregó su licencia a Edward pero durante unos segundos se quedó callado observando mi documento.

—Esta licencia no es válida aquí, en Nuevo México.

—Soy consciente de eso, oficial —dije con voz suave.

—¿Entonces qué es lo que estás haciendo aquí? —pregunto el oficial inquisitivamente.

Le sonreí, intentando mantener el control.

—Estoy aquí como una asesora de lo sobrenatural, no como una ejecutora.

Me devolvió la licencia, bruscamente mientras posaba los ojos en mi torso.

—¿Entonces por qué estás armada? —Baje la mirada hasta la pistola que era muy visible contra mi blusa roja, volví a sonreírle amablemente.

—No está oculta, oficial Norton, y tengo una licencia federal para ella, por lo que no tengo que adquirir una licencia de arma nueva cada vez que cruzo una frontera.

No parecía que le había gustado la respuesta, pero era la verdad.

—Dijeron que pueden entrar los dos.

Era una declaración, pero sonaba más como a una pregunta, como si él no estuviera muy seguro de si iba a dejarnos pasar a ambos. Tanto Edward

como yo, tratamos de parecer inofensivos, pero era inútil, sobretodo para él. Finalmente el oficial Norton suspiró y bajó la cabeza asintiendo.

—Yo debo acompañarlos durante el tiempo que estén dentro, Señorita Blake.

No parecía muy feliz por hacernos de niñera. No me gustó su manera de decir «señorita Blake» pero no le corregí, sabía que él estaba buscando una excusa para no dejarme pasar, a su vista yo era una amenaza, era una civil involucrándose en casos policiales, además era una mujer y una ejecutora. Una triple amenaza si eso había existido alguna vez, civil, mujer y monstruo.

—Adelante.

El oficial Norton se puso en marcha a través del estrecho pasillo, Edward lo siguió, después de respirar un par de veces seguí a Edward.

La casa estaba sumamente tranquila, el aire acondicionado ronroneó y me recordó al aire reciclado de la habitación del hospital. Eche un vistazo a la habitación donde habíamos entrado, Norton se colocó detrás de mí, yo me sobresalté, él no dijo nada pero me estudió durante unos minutos. Durante toda la visita a la casa él permaneció detrás de mí, observando cada movimiento. Cuando volví a entrar a la sala vi a Edward sentado en una de las tres enormes sillas, se había quitado sus gafas de sol y las había dejado sobre una cómoda.

—¿Estás aburrido? —, le pregunte.

—He visto el espectáculo.

Me contestó tranquilamente, no sabía si trataba de mantener su fachada de Ted ante el oficial o simplemente estaba cansado de observar la escena. La habitación donde estábamos era una de la más grande de la casa, lo que significaba que era la cocina, el comedor, la sala… todo. Apenas tenían muros y puertas, a mí me gustaban las casas con más paredes, puertas… barreras, posiblemente era un rasgo de mi personalidad. La casa era acogedora y los muebles de esta sala eran azules, como la mayoría que había visto.

—¿Las pistas están aquí?

Preguntó Edward desde su silla al otro lado de la habitación, Norton hizo un pequeño sonido con la garganta, como si quisiera enmudecer una sonrisa. Intenté no hacerle caso, aunque era difícil cuando estaba a menos de dos metros de mí.

—¿Podría darme algo de espacio para respirar? —pregunté

sarcásticamente a Norton.

—Sólo sigo mis órdenes —dijo él tranquilamente, encogiéndose de hombros.

—¿Sus órdenes decían que tenía que estar todo el tiempo tan cerca de mi como para bailar un tango o simplemente tenía que seguirme?

—Las órdenes son que te siga en todo momento. —Su boca se torció pero no fue en realidad una sonrisa.

—Genial, ahora da dos pasos hacia atrás de modo que pueda girar en la habitación sin que nos choquemos.

—Tengo que asegurarme que no ensucia la escena, señora. —Lo miré implacable.

—Para que sepas Norton, mi nombre es Anita no señora. —Conseguí que sonriera ampliamente por primera vez, pero la sonrisa desapareció deprisa.

—Sólo cumplo con mi deber.

Parecía que reconocer eso le dolía, él estaba más cerca de los 50 que de los 30 y parecía que toda la vida había hecho «eso», seguir normas y ordenes, ya estaba muy lejos de poder cumplir sus metas y parecía que él lo sabía, sus sueños más bien se habían ido. Era un hombre que había aceptado la realidad… pero aun así no le gustaba.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, intentando ver más allá, estudiándonos. La puerta se abrió de repente y un hombre alto la atravesó, llevaba una corbata a media asta, con las mangas de su camisa enrolladas en los antebrazos.

Su piel era de un marrón intenso y no parecía ser a base de bronceado o rayos ultravioletas. Parecía un hombre hispano o indio… o un poco de ambos. El pelo lo llevaba muy corto, como si fuera más fácil de esa manera. Mis ojos se quedaron fijos en la pistola que llevaba sujeta al cinturón y la dorada placa que llevaba sujeta al otro lado.

—Soy el detective Ramírez. Siento llegar tarde.

Él sonreía mientras hablaba y parecía sincero, pero mi experiencia me decía que no era bueno confiar en los policías.

Pero muy a mi pesar él llegó hasta mi lado me tomó la mano y me sonrió. El apretón de manos fue firme, pero la sonrisa aún estaba en su rostro. Pero aunque quisiera aparentar tranquilidad y dulzura sus ojos eran fríos y calculadores. Su encantadora sonrisa desapareció unos segundos cuando sus ojos se enfocaron en el oficial Norton que permanecía detrás de

mí como una dama de honor regordeta.

—Gracias oficial Norton por su labor aquí, ya puede retirarse.

La mirada que le dedicó el oficial no fue amigable, quizás al oficial Norton no le gustaba nadie o tal vez él era blanco y Ramírez no o él era viejo y Ramírez era joven o todavía mucho peor, él iba a terminar su carrera en uniforme y Ramírez ya iba vestido de civil. Los prejuicios y los celos eran los más abundantes.

Podía ser cualquier cosa, pero aun así Norton salió de la sala cerrando la puerta como le habían ordenado. Con una sonrisa Ramírez se subió a un escalón y me enfrentó. Me di cuenta que era guapo y él lo sabía. No era de una manera ególatra pero yo era una mujer y él era guapo y esperaba que eso le diera una cierta ventaja. El chico, estaba de compras en el pasillo equivocado. Sacudí la cabeza pero le devolví la sonrisa.

—¿Pasa algo? —preguntó frunciéndome el ceño de una manera infantil y entrañable, que me hacía preguntarme si la ensayaba en el espejo.

—No detective, no pasa nada.

—Por favor, llámame Hernando. —Eso me hizo sonreír, era realmente un tipo agradable.

—Ok, yo soy Anita.

Su sonrisa se amplió.

—Anita, bonito nombre.

—No —dije—, no es un bonito nombre, y nosotros estamos aquí para investigar un crimen no para tener una cita a ciegas. Puedes utilizar tu mejor tono de encanto para hablarme, detective Ramírez, incluso podríamos llegar a compartir pistas.

—Hernando —dijo él cortando mi monologo incluso antes de que pudiera terminar, su actuación me hizo reír de verdad.

—Bien, Hernando, pero en realidad usted no tiene que trabajar tan duro para intentar ganarme, de todas formas, aun no sé lo suficiente para que gaste energías intentándolo. —Mis palabras le hicieron reír.

—¿Fui tan trasparente?

—Haces un gran trabajo como policía bueno y qué decir del encanto de niño grande, pero como he dicho, no es necesario.

—Está bien, Anita —dejó de sonreír efusivamente, pero no desapareció del todo.

—¿Has visto ya el resto de la casa? —preguntó, empezando con los «negocios»—. Todavía no, el oficial Norton se mantenía demasiado cerca

de mí como para estar cómoda. Era difícil caminar. —Dejó de sonreír durante unos segundos pero la mirada en sus ojos era real.

—Es normal, eres una mujer y ya es algo, además probablemente tu pelo negro es la parte más oscura de ti.

—Mi madre era mexicana, pero la mayoría de la gente no se da cuenta.

—Esta es una parte del país donde hay una gran cantidad de mezcla, la gente se da cuenta.

Mientras hablaba no sonreía, todo lo contrario estaba serio y había perdido esa frescura que le hacía parecer más joven de lo que era.

—Le aviso porque me cae bien.

—Yo podría pasar por una italiana morena —una pequeña sonrisa se iluminó en su cara.

—No tenemos un montón de italianos morenos en Nuevo México.

Le sonreí mientras le hablaba.

—De todas formas no he estado el tiempo suficiente aquí como para darme cuenta.

—¿Es tu primera vez en esta parte del país? —, Asentí.

—¿Qué te parece, uh?

—He visto una sala de hospital y media parte de esta casa, mmm, creo que es demasiado pronto para formar una opinión.

—Bueno, si tenemos un respiro mientas permanezcas aquí, me encantaría enseñarte algunos lugares.

Yo parpadeé ante la propuesta, tal vez el encanto infantil no era solo una técnica policial, sino coqueteo. Antes de que pudiera formar una sola palabra noté como Edward se acercaba hasta nosotros con su «encanto» de chico bueno.

—Detective Ramírez, un placer verlo de nuevo. —Se estrecharon las manos y me quedé atónita ante la similitud de ambas actuaciones.

—Es bueno verte también, Ted —se giró hacia mí antes de volver a hablar—. Por favor siga mirando hacia su alrededor. Ted me habló maravillas sobre usted, así que espero por el bien de todos que tenga razón. —Miré a Edward y él me sonrió yo le fruncí el ceño antes de dirigirme a Ramírez.

—Bueno yo trataré de no decepcionar a nadie.

Pasé por delante de ellos y me puse a deambular por la casa, el detective Ramírez me siguió pero al contrario que el oficial Norton el si me dio mi espacio, pero de todas formas lo sentía detrás de mí, observándome,

quizás me había confundido con él, era mejor policía de lo que creía.

Edward se bajó un poco las gafas de sol cuando pasé junto a él y me miró, parecía realmente divertido por el coqueteo que había tenido el detective Ramírez conmigo, le hice un gesto obsceno cubriéndola con la otra mano para que el detective no me viera. A Edward se le escapó una risita pero rápido la contuvo, este no era lugar para reír. Me paré en medio de la brillante sala de estar, miré alrededor viendo las fotos que inundaban los estantes de las paredes, eran fotos familiares donde la gente estaba feliz.

Una de las fotos mostraba a una pareja mayor, tendrían unos cincuenta años con un adolescente a su lado, se reían felices. Era un pensamiento cruel pero esperaba que estuvieran muertos, porque el pensamiento de que cualquiera de ellos estuviera en ese cuarto de hospital… hacia estremecerme. Por las paredes había collares y objetos de la india, parecían muy importantes y valiosos. Sentía a los dos hombres detrás de mí y me dirigí a ellos sin darme la vuelta, tan siquiera sin mirarles.

—No soy una experta en artefactos de la india, pero alguno de estos artefactos parecen de museo.

—Tienes razón, según los expertos son de museo. —Me contestó Ramírez tranquilamente.

—¿Esto es legal? —pregunté y esa pregunta hizo que volviera a sonreír.

—Quieres decir que si son robados.

—Es lo que quiero preguntar, sí.

—Las cosas que hemos sido capaces de rastrear son compradas a particulares.

—¿Es que hay más? —pregunté atónita.

—Sí.

—Enséñamelos.

Se dio la vuelta y empezó a caminar por un pasillo central muy largo. Era mi turno para jugar a seguir al líder. Aunque yo le estaba dando más espacio que el que él o Norton me habían dado.

No pude evitar fijarme en sus pantalones y en lo bien que le quedaban, ¿realmente él era tan atractivo? o yo empezaba a cansarme de los hombres que había en mi vida. Algo menos complicado seguro que era más bonito, pero hacía tiempo que había perdido las esperanzas. Así que yo admiraba su trasero mientras caminábamos por el pasillo pero a la hora de la verdad sabía que no significaba nada. Edward caminaba detrás de nosotros, pero

había mucha distancia, acaso estaba dándonos privacidad ¿pensaba que era una buena idea que coqueteara con el detective Ramírez? ¿Era mejor un monstruo humano que un monstruo normal? pero también sabía que si Edward tenía algún prejuicio, estos eran los monstruos.

Ramírez se quedó parado al final del pasillo, seguía sonriéndome como si estuviéramos allí para otros fines. Me miró mientras hacía gestos señalando a las puertas que había a su lado.

—Artefactos a su izquierda, cosas sangrientas a la derecha.

—¿Cosas gores?

El asintió, aún permanecía encantador y me acerqué a él.

—Cosas gores —repetí en voz baja. Él se quedó mirándome durante unos segundos, estudiándome. Al final habló.

—Mira Anita, no tienes que jugar a la chica dura conmigo, ¿ok?

—Ella no está jugando a nada. —El que habló fue Edward que por fin había llegado a nuestro lado. Ramírez miró a Edward y después a mí.

—Un gran cumplido viniendo de ti, Forrester. —Si supiera, pensé.

—Mire detective —dije—. Acabo de llegar del hospital, no creo que nada de lo que pueda haber detrás de esa puerta pueda ser peor.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —contraatacó él.

Le sonreí.

—Debido a que incluso con el aire acondicionado el olor sería peor. —La sonrisa brilló en su cara y creo que esta era sincera.

—Muy práctica, debería de haber sabido que eras muy práctica.

—¿Por qué? —pregunté, la verdad es que no sabía a qué se refería.

—Sin maquillaje —dijo mientas me señalaba la cara.

—Simplemente me importa un bledo —contesté.

Él sonrió y se dirigió a la puerta para abrírmela, no me gustaba y eso significaba que yo iba a ser la primera en entrar, pero también era lo justo, él y Edward ya habían tenido su billete.



ONCE

Yo esperaba encontrar un montón de cosas en el dormitorio: manchas de sangre, signos de una lucha, tal vez incluso una pista. Lo que no esperaba encontrar era un alma. Sin embargo, el momento en que entre en esa habitación blanca y verde pálido sabía que estaba ahí, revoloteando cerca del techo, esperando. No era la primera alma que había percibido. Los funerales fueron siempre divertidos para mí. Las almas a menudo colgaban alrededor de los cuerpos como si no estuvieran seguras de qué hacer, pero en un plazo de tres días las almas generalmente se iban a donde las almas se suponían que tenían que ir.

Miré hacia donde debía de estar el alma, pero no vi nada.

Un alma no tenía una forma física, pero aun así yo sabía que estaba allí. Mi voz salió en un susurro, temiendo que fuera demasiado alta.

—¿Cuánto tiempo hace que murieron las personas?

—Ellos no están muertos —dijo tranquilamente Ramírez.

—¿Qué quieres decir con que no están muertos? —dije cada palabra puntualizándola.

—Tu misma viste a los Bromwell en el hospital, los dos aún están vivos. —Le miré a la cara, ahora no estaba sonriente, sino todo lo contrario. Me volví despacio para mirar a la presencia flotante.

—Alguien murió aquí —dije, no entendía como había sido capaz de hablar ya que tenía un nudo en la garganta.

—Nadie ha muerto aquí —dijo Ramírez—. De acuerdo con el Departamento de Policía de Santa Fe, y ellos llevan un control muy riguroso. Además mira la alfombra, no hay sangre suficiente para que alguien fuera despedazado por aquí.

Miré hacia donde él me había señalado, la alfombra era de un color verde pálido y aunque estaba manchada de sangre, no tenía la suficiente como para que alguien hubiera sido desmembrado encima de ella. Sacudí la cabeza debatiéndome en que decir, si estuviera en casa, con Dolph y Zerbrowsky no hubiera tenido problemas en confesar que estaba percibiendo un alma, pero aquí no sabía cómo se lo iba a tomar Ramírez.

Mientras decidía que hacer escuché voces de hombres y apresurados pasos acercándose hacia nosotros. Todos giramos sobre nuestros talones y nos enfrentamos a la puerta. Una voz desde fuera de la habitación gritaba.

—Ramírez, ¿Dónde diablos estás?

Era el teniente Marks, en ese mismo instante supe lo que hacer, no iba abrir la boca, ya tenía bastante sin mencionar lo del alma. Entró apresuradamente en la habitación con un batallón de hombres uniformados tras él. Sus ojos se fijaron en mí y mirándome muy duramente dijo:

—Lárgate de mí escena del crimen, Blake. —Edward se acercó sonriente intentando poner paz entre ambos.

—Ahora, teniente, ¿puedes dar esa orden?

—¡Mi jefe sí! —se volvió hacia los policías que estaban a su espalda—. Acompáñenla fuera de esta propiedad. —Levanté las manos y empecé a moverme hacia la puerta.

—Me iré, no hay problema, ni necesidad de ponerse agresivo. —Me miró duramente antes de volver a hablar.

—Aun no te estoy tratando mal, Blake. Vuelve a acercarte a mis asuntos y verás lo duro que puedo llegar a ser. —Él se acercó a mí mientras hablaba y estábamos casi rozándonos.

—Yo no he hecho nada malo —dije entre dientes.

—¿No debe sufrir una bruja para vivir? —pensé en un millón de cosas que decirle hacerle, pero la mayoría de cosas acabarían mal para mí, con un montón de hombres uniformados sujetándome.

Yo no quería ser arrestada, no en este momento al menos, pero quería hacerle sufrir. Opciones, opciones… Me puse sobre las puntas de mis pies y me alcé hacia él dándole un fuerte beso en la boca. Se tambaleó fuertemente hacia atrás mientras me empujaba hacia el pasillo. Él calló de espaldas hacia la habitación y desde el pasillo donde yo estaba se escucharon grandes carcajadas.

—Parece que me estás metiendo en tus problemas Marks —dije secamente.

—¡Sáquenla de aquí! —gritó él.

Le tiré un beso con la mano y me di la vuelta, uno de los tipos uniformados me guiñó un ojo, le sonreí pero le hice saber que yo era demasiada para él. Salí de la casa escuchando las risas y los silbidos de humor hacia el teniente Marks. No parecía que el tipo fuera muy apreciado. Figúrate.

Edward permaneció unos minutos más dentro de la casa, supuse que intentando calmar las cosas como un buen Ted haría. Al cabo de unos minutos apareció por la puerta principal sonriendo y dándole la mano a un tipo uniformado. En cuanto comprendió que no había nadie más que yo, la sonrisa desapareció de su cara, me señaló con un dedo para que me montara en el coche.

—Marks ha conseguido que te eliminen del caso, no sé cómo lo ha hecho pero lo ha conseguido.

—Tal vez su jefe vaya a su misma iglesia —dije sarcásticamente. Edward me miraba mientas arrancaba el coche.

—No pareces muy molesta por ello.

Me encogí de hombros mientras hablaba.

—No es la primera vez que me enfrento a un tipo que es un dolor en el culo, y no creo que sea la última. —Edward me miró con humor en los ojos.

—¿Dónde está ese famoso temperamento tuyo? —volví a encogerme de hombros.

—Tal vez esté madurando —sacudió la cabeza pero volvió a prestarme atención.

—Dime ¿por qué estabas tan pendiente de la esquina de la habitación?

¿Qué era lo que yo no estaba viendo?

—Un alma.

Se bajó las gafas con una mano y me miró detenidamente.

—¿Un alma?

Yo le miré y asentí.

—Lo que significa que alguien murió en esa casa en un plazo de tres días.

—¿Por qué tres días? —preguntó Edward.

—Debido a que las almas tienen un plazo de tres días para estar pululando alrededor de donde el cuerpo murió.

—Pero los Browells están vivos, los vi yo mismo.

Asentí y en el momento en que lo hice me acordé de algo.

—¿Pero qué pasa con su hijo?

—No sabemos dónde está.

—Muy amable al mencionármelo —dije secamente.

Estaba cansada del juego, no era la primera vez que un hermano cristiano me llamaba bruja o algo peor… pero simplemente me empezaba a molestar.

—Si los padres están vivos, el hijo probablemente no lo esté —dije de manera en que pudiera acabar con mis pensamientos.

—Pero todas las victimas están muertas, no hemos encontrado aún un cambio en el patrón del asesino, además si estuviera muerto y lo hubieran descuartizado habría mucha más sangre por la habitación.

—Pero puede que haya habido un cambio en el patrón, eso le daría un descanso a la policía.

—¿Crees eso? —preguntó Edward.

—En realidad no —contesté con franqueza.

—¿Entonces qué es lo que crees, Anita?

—Yo creo que el hijo está muerto, y que los restos de piel y carne que había en los cuerpos de sus padres eran de él. El hijo fue asesinado, pero no desgarrado porque habría más sangre, así que lo que creo es que fue asesinado de una forma que no añadió más sangre a la escena del crimen.

—¿Pero estás segura de que él está muerto?

—Edward —dije secamente—. Hay un alma alrededor de la habitación, alguien está muerto, sólo hay tres personas que viven en esta casa y nosotros tenemos localizados a dos, haz cuentas. —Edward permaneció callado por unos segundos.

—Un razonamiento deductivo —dijo—. Estoy impresionado.

—Sí, soy como Sherlock Holmes. Por cierto ahora que soy persona *non grata*, ¿Dónde me llevas? —Edward volvió a mirarme durante unos segundos.

—Vamos a un restaurante, dijiste que no habías comido.

Asentí.

—Vale.

Permanecimos callados durante unos segundos, después volví a hablar.

—¿Cuál era su nombre?

—¿El de quién? —preguntó.

—El del hijo de los Bromwells.

—Thad, Taddeus Reginald Bromwell. —Thad dije en voz baja para mí.

¿Se habría visto obligado a mirar mientras sus padres eran desollados vivos y mutilados? O ¿lo habrían visto morir a él? ¿Dónde estaba su cuerpo? ¿Y por qué lo querían? No hubo respuesta. No me lo esperaba. Las almas no eran como los fantasmas. Que yo supiera, no había manera de comunicarse con ellas directamente. Pero me gustaría tener respuestas y pronto. Tenía que ser pronto.

—Edward tengo que ver las imágenes de las escenas de los crímenes, necesito verlas todas, que se joda el Departamento de Policía. Ellos dicen que el último caso fue en Albuquerque ¿no? Pues voy a empezar desde allí.

Edward sonrió.

—Yo tengo copias en mi casa.

—¿Tu casa? —pregunté. Él se enderezó sobre el asiento y me miró fijamente—. ¿Desde cuándo la policía comparte archivos contigo? —seguí preguntando inquisitivamente.

—Te dije que la policía de Santa Fe me conoce como Ted —dijo tranquilamente, pero yo no lo iba a dejar pasar.

—Sí, pero también me dijiste que a la policía de Albuquerque le caía bien Edward.

Se encogió tranquilamente de hombros.

—Tampoco le gustas tú.

Tenía un punto, aun podía recordar el odio en los ojos del teniente Marks cuando «me susurró: ¿No debe sufrir una bruja para vivir?». Dulce Jesús, era la primera vez que me habían dicho esta frase, de todas formas no era muy difícil de esperar dado lo que era y a lo que me dedicaba, pero aun así, yo no me lo esperaba de un teniente de la policía en un caso de

homicidio, le quitaba cierta profesionalidad.

—Sabes que Marks no será capaz de resolver este caso.

—¿Sin ti quieres decir? —Podía sentir un tono divertido en la voz de Edward.

—No tengo que ser yo —dije secamente—, sino que necesitan a alguien con un grado de experiencia, sabes que no se trata de un asesino humano. La policía no va a ser capaz de leer las pistas.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Edward mientas asentía con la cabeza.

—Marks necesita ser remplazado —dije pensándolo de verdad.

—Voy a trabajar en ello, —después me miró y sonrió—. Tal vez con Ramírez, ese agradable detective que encuentras tan fascinante.

Le miré entrecerrando los ojos.

—No vayas por ahí, Edward —el volvió a encogerse de hombros.

—Él tiene algo que le faltan a tus otros novios.

—¿Qué? —pregunté un poco a la defensiva.

—Él es humano. —Rechiné los dientes, me hubiera gustado poder discutir pero no podía.

—Tienes razón, tienes razón.

—¿Acaso estás de acuerdo conmigo? —Parecía realmente sorprendido.

—Ni Jean-Claude, ni Richard son humanos, por lo que sé, Ramírez lo es. ¿Qué hay que discutir?

—Yo estaba tomándote el pelo, Anita, y me hablas tan seriamente, no sé.

Resoplé.

—No tienes ni la menor idea de lo refrescante que sería tener un hombre que sólo me quisiera a mí, no que la mayor parte del tiempo estuviera interesado en un campo engañoso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó todo serio—. ¿Richard ha estado conspirando a tus espaldas igual que el Vampiro?

—Digamos que yo ya no estoy segura de su bondad, Edward. Richard en estos últimos meses ha cambiado mucho, se ha convertido en algo más difícil y complejo por su papel de Ulfric, el rey de los lobos. Y Dios me ayude porque creo que en parte es mi culpa yo lo arrastré a empezar todo esto.

—Y no te gusta. —No era una pregunta, sino una afirmación, a veces me olvidaba de lo bien que Edward me conocía.

—No, no me gusta, pero ya que en parte es mi culpa tengo que estar ahí.

—Te libras de los dos y después buscas algún humano.

Lo miré durante un segundo.

—Tú lo haces tan fácil Edward.

Se encogió de hombros.

—Es difícil porque tú quieres hacerlo difícil, nada más.

—Claro, dejo a los dos hombres de mi vida y me voy por ahí a buscar otros, así como así.

—¿Y por qué no? —preguntó.

Abrí la boca para contestar algo pero después volví a cerrarla inmediatamente.

¿Por qué no buscaba a otros hombres como decía Edward? porque yo los amaba, y ya era muy complicado sin añadir a ninguna otra persona; pero siempre me preguntaba ¿Cómo sería amar a un ser humano? alguien que no estuviera todo el tiempo usándome para consolidar su poder como hacia Jean-Claude. Tanto uno como el otro se agrupaban a mi alrededor tratando de amontonar mi humanidad, como si fuera el último rescoldo de calor en un mundo oscuro y glacial.

Richard especialmente aferraba esa parte de mí porque era humana y él quería una novia humana para conservar esa condición en él. ¿Cómo sería salir con alguien «normal»? Yo no lo sabía. ¿Quería saber? Me di cuenta de golpe que lo quería. Yo quería ir a una cita normal con un tipo normal y hacer cosas normales, sólo una vez, sólo por un tiempo. Era la amante de un vampiro y la compañera de un hombre lobo, también era la reina zombi y durante el último año había estado aprendiendo magia ritual para poder controlar todo lo demás, así que suponía que también podía añadir a la lista aprendiz de bruja. Había sido un año raro, incluso para mí.



DOCE

Fue solo cuando Edward empezó a aparcar el coche que me di cuenta de que estábamos estacionando en frente de un restaurante Mexicano, el nombre tenía que haberme dado una pista pero la verdad que no le había prestado demasiada atención. Recordaba que a mi madre le encantaba pero no había tenido el tiempo suficiente para dármela a probar.

Entramos por la parte posterior del restaurante, tenía un largo pasillo con paredes pintadas en estuco blanco, también estaba muy decorado con afiches de colores y pájaros colgando del techo, además había un montón de cadenas de chile seco colgadas por todas partes. Era una decoración muy turística así que podía significar dos cosas, que la comida era de una calidad bajísima o que la comida que servían en ese restaurante era realmente buena.

Fuimos avanzando por el pasillo y me percaté que el restaurante estaba casi lleno y la mayoría de los comensales eran hispanos, así que eso era una

gran noticia. Una mujer pequeñita que también parecía hispana nos saludó.

—¿Les gustaría una mesa? —preguntó a Edward mientras me miraba a mí también. Edward le sonrió.

—No gracias, ya estoy viendo nuestra mesa.

Miré en la misma dirección hacia donde él estaba mirando, encontré que en una mesa apartada estaba Donna sentada con dos niños, una niña de unos 5 años y un chico en plena adolescencia, imaginé que eran sus hijos. Genial, iba a ser presentada en la familia, no sabía cómo Edward podía soportarlo yo estaba casi segura de que yo no podría.

Donna se levantó cuando nos vio y le dio una sonrisa que hubiera derretido a cualquier hombre en los pantalones. No era una sonrisa que invitaba al sexo, sino era una sonrisa de calor, de la perfecta confianza que se tiene en un amor verdadero.

No era capaz de ver a Edward aunque me imaginaba que estaba sonriendo de la misma manera, aunque la suya no era sincera. No hice ninguna mueca ni ningún gesto para no delatarlo, en estos últimos días había aprendido a mentir hasta con los ojos, un simple movimiento era delator. La niña apresuradamente se bajó de la silla y vino corriendo hacia nosotros con los brazos abiertos, gritando «Ted» llena de alegría. Cuando llegó a la altura de Edward se le tiró a los brazos. Edward la cogió y la lanzó hacia el techo, la niña empezó a dar grititos y sonreír eufóricamente. Pero yo sabía que si no se tenía mucha suerte la vida te enseñaba a reír más tranquilamente, tímidamente.

El muchacho permanecía sentado en la silla, mirando directamente hacia nosotros. Tenía el mismo tono marrón de pelo que su hermana y los ojos eran del color del chocolate.

Me acordé de que Edward me había dicho que el chico tenía catorce años pero aparentaba menos edad. Él podría haber pasado por doce tranquilamente. Edward cogió a la niña con un solo brazo y se acercó a Donna, abrazándola fuertemente y susurrándole algo al oído. Vi como el muchacho parecía incomodo, furioso ante ese espectáculo.

—¿Cómo ha estado mi chica preferida? —preguntó Edward a la hija de Donna.

La niña dio otro chillido de placer y le empezó a relatar su día a Edward, hablaba de un gato, de mariposas y terminó hablando del tío Raimundo y de la tía Esther. Me di cuenta que los últimos nombres pertenecían a los vecinos que habían hecho el día de canguro para los

muchachos.

El chico de repente me prestó atención, pasó su mirada cargada de odio de Edward a mí, aunque mientras transcurrían los segundos su expresión fue cambiando a curiosidad. Genial, yo conseguía ese tipo de reacciones en la mayoría de hombres de cualquier edad. Pasé al lado de la «familia feliz» ignorándolos y fui hasta donde estaba sentado el chico.

—Hola, soy Anita Blake, —le extendí mi mano y el me la apretó, vacilante al principio.

—Yo soy Peter, Peter Parnell.

Asentí.

—Genial, encantada de conocerte.

Le hubiera dicho algo más, como que bueno era y lo bien que se portaba pero recordaba que la conversación con su madre no había sido muy placentera y me di cuenta rápido de que Peter no era un chico al que le gustasen las mentiras. Peter volvió a prestar atención hacia la familia feliz y en su cara volvió a reflejar el odio que sentía, no le gustaba ni un poquito Edward y la verdad no le culpaba por ello. Me acordé de cómo me sentí cuando mi padre trajo a casa a Judith. Yo nunca había perdonado a mi padre por casarse con ella sólo dos años después de la muerte de mi madre. Yo no había terminado mi duelo y se movía con su vida, feliz otra vez. Le odiaba por ello y odiaba a Judith más.

Incluso si Edward fuera verdaderamente Ted Forrester, y sus intenciones fuera honorables, habría sido una situación difícil. Becca llevaba un vestido de color amarillo brillante con margaritas en él. Tenía cintas amarillas al final de cada trenza en el pelo. Puso una de sus pequeñitas manos en la boca para ahogar una risita, ella miraba a Edward embobada como si él fuera la octava maravilla del mundo. En este momento odiaba a Edward por lo que estaba haciendo, por lo que le causaría a esta niña.

Me di cuenta de que Peter me estaba prestando atención y que se había dado cuenta de mi cambio de actitud porque ya no parecía enfadado sino reflexivo como si lo que hubiera visto en mi cara le hiciera pensar. Me obligué a mí misma a poner una expresión en blanco y calmarme. Donna cogió a Becca de los brazos de Edward y se acercó hasta mí.

—Esta es Rebecca.

—Hola Rebecca.

La niña empezó a sonreír.

—Y ese es Peter —volvió a decir Donna.

—Lo sé, nos conocemos.

Donna se puso seria de repente y miró a Peter y después me miró a mí. Ella pensaba que nosotros nos conocíamos de antes.

—Nos acabamos de presentar. —Hablé rápidamente, no quería más problemas de los que tenía. Donna empezó a reír.

—Claro, tonta de mí.

Peter clavó su mirada en su madre.

—Estaba demasiado ocupada. —Aunque sus palabras eran normales, se notaba que estaban cargadas de desprecio. Donna miró a Peter durante unos segundos como si no supiera que decir, después de unos segundos habló.

—Lo siento, Peter.

Tuve que reforzar mi expresión en blanco, ella no tenía que pedir disculpas, ella pensaba que el maravilloso Ted Forrester era de verdad, ella estaba cumpliendo su parte del trato para «el felices para siempre». Donna empezó a caminar para sentarse junto a ella Becca y Edward. En el otro extremo ya estaba sentado Peter así que me senté junto a él.

Miré a la niña, parecía realmente feliz al estar sentada entre su madre y Edward, me di cuenta de que sus manos no estaban sobre la mesa así que imaginé que estaba agarrando a cada uno con las manos. Ahora podía entender porque Edward decía que irse era tan difícil, que no podía irse sin una explicación, Becca Parnell, incluso más que su madre necesitaba una.

Estuve dándole vueltas durante unos minutos para encontrar una buena excusa y sacar a Edward de allí, pero no se me ocurrió nada bueno. La camarera vino a traernos las cartas con el menú. Cuando se retiró el primer comentario salió por la boca de Peter.

—No me gusta la comida mexicana.

—Peter —dijo Donna con la voz alterada. Pero antes de que la discusión fuera a más intervine.

—A mí tampoco —tuve que hacer un gran esfuerzo para no poner cara de asco.

Peter me miró sorprendido.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Ted fue el que escogió el sitio —dijo mientras me miraba y podía notar el esfuerzo que estaba haciendo, era realmente complicado para el niño.

—¿Crees que lo hizo a propósito solo para ser irritante? —pregunté a Peter.

Él me miró unos segundos estudiándome con la mirada.

—Sí, creo que lo hizo a posta.

—Yo también —añadí.

Donna nos miraba con la boca abierta.

—Peter, Anita, —se alzó para mirar a Edward.

—¿Qué vamos a hacer con estos dos? —le preguntó a él.

Edward nos miró.

—No se puede hacer nada con Anita —dijo mientras sus ojos se volvían fríos al mirar a Peter—. Pero estoy seguro que con Peter aún se puede hacer algo. —El niño se estremeció en su asiento, Edward lo incomodaba y en más de una forma, no sólo era el tipo que estaba saliendo con su madre. Peter tenía miedo de Edward y apostaba a que él no había hecho nada para merecerlo. Tal vez todo había empezado con el resentimiento hacia el novio de mamá, pero todo se había hecho más grande, el niño estaba realmente nervioso al lado de Ted y era algo que nunca debía de pasar.

Por una parte era bueno para Peter, pero sin embargo si alguna vez el descubrió la verdad sobre Edward, él, bueno… Edward era realmente práctico.

Peter y yo miramos la carta a la vez, maldiciendo cada menú que leíamos. Al final nos decantamos por una sopa pilla con miel, yo no estaba muy segura pero Peter la había pedido.

—Es la única parte buena de la comida —añadió para mí y para dejar claro lo que pensaba.

—No me gusta la miel —dije, era la verdad.

—A mí tampoco —asintió—. Pero está buena.

Le hice caso y pedí un plato. Cuando me la sirvieron olfateé un poco por encima y no olía realmente mal. Empecé a comer imitando a Peter.

—Está miel no sabe a miel —dije inquisitoriamente a Peter.

—Es miel de salvia —dijo Edward poniendo los ojos en blanco—. Es más fuerte que la normal.

Me encogí de hombros, yo la única miel que conocía era la de trébol. Suspiré, todos los días se aprendía algo nuevo. La sopa se me atragantaba y aunque no estaba realmente mala, no era uno de mis platos favoritos. El resto ya iba por el segundo plato cuando la puerta del restaurante se abrió y

unos tipos entraron. Los chicos malos, pensé.

¿Pero cómo sabía que eran los chicos malos? no los conocía, tal vez ¿instinto?, no, era la práctica. El primer tipo media más de 6 pies y era realmente grande. Sus brazos se hinchaban en contra de las mangas de su corta camisa como si la tela no fuera capaz de soportarlo.

El cabello era de color negro, liso, estaba recogido en una trenza. Tenía la piel muy oscura y el color de pelo y la trenza le daba un aire étnico. Tenía los brazos tatuados y me percaté de que todos los músculos de la parte superior de su cuerpo estaban trabajando, sólo hay un lugar en el mundo en el que pones tanto empeño en la parte superior del cuerpo: la cárcel.

Detrás del tipo grande había otros dos, eran un poco más bajos y menos musculosos pero aun así eran impresionantes. Estaban buscando a alguien y me di cuenta demasiado tarde que era a nosotros. Miré a Edward sin entender que era lo que pasaba.

—¿Qué es esto? —pregunté.

Él no contestó, estaba pendiente de los tipos. Pero lo más extraño de todo esto es que Donna los estaba mirando y entendí que ella los conocía y lo peor tenía miedo de ellos.

¿Pero qué demonios estaba pasando?



TRECE

Peter dejó escapar un suave:

—Oh, mi Dios.

En su cara se reflejaba el miedo y aunque puso su máscara fría de odio indiferente yo estaba lo suficiente cerca para ver que era falsa, cada musculo de su cuerpo estaba tenso y su respiración acelerada.

Miré hacia Becca que se había acurrucado en su asiento escondiéndose detrás de Edward, estaba mirando muy atentamente hacia la puerta a través del brazo de Edward. Todo el mundo estaba al tanto de lo que pasaba menos yo, pero no tardaría mucho en enterarme ya que el amenazador trío de hombres ya se encaminaban hacia nosotros.

Me puse tensa sobre la silla lista para ponerme en pie si Edward lo hacía, de momento parecía relajado sobre la silla, pero sus manos estaban fuera de la vista así que suponía que debajo de la camisa tenía una pistola. Dejé caer accidentalmente la servilleta para agacharme, la cogí y saqué la

Browning, la sujeté fuertemente con la mano derecha y la mantuve oculta debajo de la mesa. Desde allí no podría hacer mucho daño, pero podía herir a cualquiera en la pierna o en la ingle depende de la altura.

—Harold —dijo Edward—, ¿trajiste guardaespaldas?

Su voz era la de Ted, feliz y viva pero ya no era tan agradable. No podía decir que la voz hubiera cambiado pero la tensión era palpable en la mueca de su cara. Becca se encogió aún más en su silla ocultando su cara contra la manga de Edward.

Donna estaba al otro lado y aunque ella permanecía inmóvil, en su rostro se reflejaba el miedo. Uno de los hombres se adelantó un paso.

—Si —dijo—. Este es Russell. —Señalando al indio—. Y este es Newt.

Tenía ganas de repetir el último nombre en voz alta, pero por lo visto ya teníamos bastantes problemas para que yo me hiciera la listilla. Por mucho que diga la gente, yo sé cuándo mantener la boca cerrada.

—¿Tom y Benny todavía están en el hospital? —preguntó Edward con un tono de voz de conversación. Todavía no habíamos atraído demasiadas miradas en el restáurate, aun.

—No vamos por Tom y Benny —dijo Russell con una gran sonrisa en su cara, pero yo sabía muy bien que la sonrisa era otro modo de persuasión, una amenaza velada.

—Bien por ti —dije entre dientes. Su mirada rápidamente se posó en mí. Sus ojos eran negros, el iris y la pupila se fundían en un gran agujero negro.

—¿Tú eres otra psíquica con el corazón sangrante intentado mantener seguras las tierras indias? Pobres salvajes.

Le miré y sacudí la cabeza.

—He sido acusada de muchas cosas, pero nunca de ser un corazón sangrante.

Yo le sonreí, bajo la mesa tenía el arma apuntado directamente hacia su pierna tal vez podía dejarlo lisiado de por vida. Los tres hombres se acercaron más a la mesa, estaban tan cerca que me daban ganas de levantarme y empezar la función, pero Edward no se movía y yo debía esperar que el hiciera el primer movimiento.

—Debes marcharte ahora.

Le dijo Edward, y su voz comenzaba a sonar como la suya, no como el sonriente Ted. Poco a poco la máscara se le iba cayendo, sus expresión estaba en blanco y su mirada era tan fría como el cielo azul de invierno.

Russell se inclinó sobre la mesa depositando sus enormes manos sobre ella, acercó su cara a la de Donna ignorándonos tanto a Edward como a mí. Una de dos, o era estúpido o pensaba que no íbamos a comenzar una batalla delante de la gente, tenía razón en eso sobre mí pero yo no estaba tan segura acerca de Edward.

—Tú y tus amigos apártense de nuestro camino o se harán daño —dijo Russel entre dientes, su sonrisa había desaparecido de su rostro. Clavó su mirada en Becca.

—Hay una linda niña allí, lástima que se pueda hacer daño. —Donna apretó más fuerte a Becca contra ella. No sé lo que tenía planeado Edward, pero Peter habló antes de que pudiéramos hacer o decir algo.

—No amenaces a mi hermana —dijo entre dientes, habló despacio y su voz estaba cargada de odio, pero por ningún lado había rastro de miedo o temor.

Russel directamente dejó a Donna y a la niña y centró toda su atención a Peter. Se reclinó sobre él haciendo que Peter tuviera que agarrarse a la silla con todas sus fuerzas para no ser desplazado. El miedo se reflejaba en su cara y Russel estaba disfrutando de ello.

—¿Y qué vas a hacer, enano?

—¿Ted? —llamé a Edward para que interviniera.

Russel me miró y luego volvió a mirar al niño, el hijo puta se lo estaba pasando en grande aterrorizando al niño, pero ni siquiera tenía valor, si el con sus enormes músculos no causaba eso en un niño de catorce años poco tenía que hacer. Él se centró en mí, no podía ver a Edward ya que su enorme espalda me cubría el campo de visión pero sí que podía oírlo.

—Márchate —dijo Edward y pensaba que estaba perdiendo la paciencia.

No, no le disparé, no había pedido permiso a Edward y ahora no podía verlo, no sabía qué hacer. Me concentré en mi misma, por debajo de la mesa cambié de mano la pistola, golpeaba mejor con la derecha. Puse el brazo sobre el asiento de al lado. Una y otra vez me imaginaba a mí misma enterrando mis manos profundamente en su garganta y retorciendo. Cuando una lucha era real tu no visualizabas lo que ibas a hacer pero por otro lado si visualizabas el comienzo de una pelea. Yo podía contraer la tráquea de un hombre con un solo movimiento pero no quería ir a la cárcel por eso.

Levanté mi mano derecha del asiento como si fuera una lanza. Russell vio el movimiento pero no tuvo tiempo para reaccionar. Dirigí mis dedos

hacia su garganta con todo el empuje de mi cuerpo. Dirigió sus manos a su propia garganta pero ya era tarde, con mi mano derecha y con toda mi fuerza golpeaba su cabeza sobre la mesa una, dos, tres veces. La sangre comenzaba a manar de la nariz y salpicaba con cada golpe.

En el último golpe lo solté y se deslizó pesadamente hacia el suelo. Yo estaba de pie a su lado con la browning discretamente en mi mano, con el contraste de mi pantalón negro vaquero a penas se veía. La gente estaba perpleja mirando hacia mí y hacia el hombre sangrando que estaba en el suelo, pero el arma se mantenía oculta para ellos. Harold y el otro hombre se acercaron un poco, estaban congelados, perplejos mirando a Russel. Harold me miró y movió la cabeza tristemente.

—No deberías de haber hecho eso.

Antes de que pudiera reaccionar Edward estaba de pie, junto a mí tapando mi campo de visión hacia Donna y Becca. Los cuatro permanecíamos en un pequeño círculo cerrado con Russel en medio. Edward habló muy despacio y bajo con un tono mortal, que solo nosotros fuimos capaces de oír.

—Nunca vuelvas a amenazarla, Harold. No te acerques a ella, por ningún motivo. Dile a Riker que no sobrepase los límites o la próxima vez no solo será una fractura de nariz.

—Veo el arma —dijo Harold en voz baja, se agachó junto a Russel y lo ayudó a levantarse. Harold volvió a mirarme moviendo la cabeza.

—¿Quién demonios eres? —me preguntó inquisitivamente.

—Anita Blake.

Él volvió a mover la cabeza.

—No lo había escuchado nunca.

—Supongo que mi reputación no llega hasta aquí, —mi voz estaba calmada, pero sonó más fría de lo que pretendía.

—Será eso —respondió Russel, pausadamente.

—Peter —llamé al niño sin mirarlo—, consígueme unas servilletas.

El niño no protestó se levantó y rápidamente me pasó un puñado de servilletas. Cogí las servilletas con mi mano derecha, y se las entregué a Harold.

—Gracias.

—No hay problema. —Empujó las servilletas contra la nariz de Russel mientras lo mantenía agarrado por un brazo.

—Agárralo por la otra parte, Newt.

Newt obedeció y ayudó a incorporarse a Russel que tenía problemas para mantenerse en pie. Agarró las servilletas de la mano de Harold y se limpió la cara varias veces antes de poder hablar.

—Maldita perra —dijo mientras me miraba.

—Voy a hacerte más daño del que tú me has hecho.

Le sonreí.

—Cuando puedas mantenerte en pie sin ayuda, claro. Y no tengas que ir a entablillarte la nariz al centro más cercano, me gustará la revancha.

Escupió en mi dirección pero no me alcanzó.

—Vamos —dijo Harold, golpeándole para que le obedeciera. Empezaron a caminar pero Russel se dio la vuelta obligando a los otros dos a girar también.

—Voy a follarme a tu perra y a alimentar a los coyotes con los niños —dijo mirando a Edward.

—No aprendes rápido —dije. Becca comenzó a llorar y Donna empalideció hasta tal punto que me preocupó.

Harold se llevó a rastras a Russel cuando dos policías entraron por la puerta. Edward y yo guardamos las armas y nos miramos confundidos. Los dos policías estaban un poco inseguros de quien detener pero la colaboración de los testigos fue increíble, todos apuntaron a que Russel nos había amenazado y que había sido en defensa propia. La mayoría de las veces los testigos son sordos mudos y ciegos pero con una linda y pequeña niña llorando parecía que les devolvía la memoria.

Incluso un hombre afirmó que había visto a Russell sacar un cuchillo. Increíble lo rápido que los detalles se añade a una historia. Yo no podía corroborar lo del cuchillo, pero tenía tanto con los testigos que dudaba que fuera a la cárcel. Entregamos nuestras identificaciones y Edward sacó su parte de Ted y les dio un detallado discurso a los oficiales. Los dueños del restaurante ofrecieron comida a Donna y los niños pero ellos habían perdido el apetito, yo por el contrario me moría de hambre pero nadie me había preguntado.

Edward pagó y se negó a aceptar la comida para llevar que nos ofrecían. Resople mientras abandonábamos el restaurante, tal vez si chantajeaba a Edward, conseguirá un poco de comida del McDonalds.



CATORCE

Cuando llegamos al estacionamiento Donna comenzó a llorar y a gritar. Inmediatamente Becca se unió a ella, el único de la familia que quedó en silencio fue Peter. Cuando Donna más gritaba la niña se llenaba más de pánico, la histeria de la madre se contagiaba a la niña. Yo no sabía qué hacer, miré a Edward y el levantó sus cejas y puso los ojos en blanco. Él se acercó a Donna y le dio un pequeño empujón.

—Tranquila, calma —dijo tranquilamente con la voz susurrando para tranquilizarla. Donna estaba arrodillada con la niña entre sus brazos y Edward se agachó hasta estar a su altura. Le tocó ligeramente el brazo antes de comenzar a hablar.

—Déjame que coja a Becca para dar un pequeño paseo.

Donna lo miró mientras parpadeaba, como si hubiera escuchado las palabras pero no hubiera sido capaz de entenderlas. Edward cogió a la niña de sus brazos, la había separado menos de un par de centímetros de su

madre cuando la niña se puso a gritar. Edward la agarró más fuertemente y cuando comprendió que se trataba de él se giró rápidamente y sepultó su cara en su hombro llorando. La cogió en brazos mientras se levantaba pausadamente. Me miró por encima de la pequeña cabecita de la niña, haciéndome una señal. Poco a poco se fueron alejando en el estacionamiento mientras él la iba meciendo gentilmente en sus brazos. Volví mi cabeza para mirar a Donna, había cubierto su rostro con sus manos y se mecía lentamente hacia atrás y delante. Los sollozos se escapaban entre sus labios.

Miré a Peter, él era el único que se había mantenido firme ante la situación, sabía que él era el adulto, igual que había pasado hacía tiempo atrás cuando mataron a su padre. Su madre se permitía entrar en histeria mientras él era quien mantenía unida a la familia en la crisis.

—Peter —dije—. Nos dejas un minuto a solas. —El niño me miró y sacudió la cabeza.

—No.

Suspiré.

—Como quieras, pero simplemente no intervengas.

Me arrodillé delante de Donna y la mecí suavemente por el hombro, pero no hubo respuesta.

—Donna, Donna —ella seguía sin responderme. Sus ojos estaban abiertos de par en par mirando a ninguna parte, sus ojos estaban desenfocados.

—Mírame a mí, perra egoísta.

Peter se adelantó unos pasos pero antes de que pudiera acercarse más lo detuve. Le grité y el retrasó un paso hacia atrás pero aun así no quitaba su mirada de mí. Me solté poco a poco el pelo y ella estaba pendiente de cada movimiento que hacía.

—Tu hija acaba de ver lo peor que podría haber presenciado jamás y ella estaba tranquila, tomándoselo con calma hasta que has entrado en histeria, tú eres la madre aquí, eres la fuerza que debe mantener a la familia unida, eres su protectora. Ella se aterró porque te vio desmoronarte.

—No quise… yo… —los sollozos cortaron las palabras y se hicieron inteligibles.

—Me importa una mierda lo que sientas o lo molesta que estés. Eres la madre y ella es la niña. Vas a hacerte la fuerte hasta que ella no te vea ¿está claro? —Ella volvió a fijar su mirada en mí, parpadeando.

—Yo… no sé si puedo hacerlo.

—Tú puedes hacerlo, vas a hacerlo, —mi voz salió cargada de odio y llena de frustración. Levanté la vista y vi que Edward aún no se acercaba con la niña—. Tú eres el adulto aquí y por Dios que vas a actuar como tal. —Sentía como Peter nos observaba estaba atento a cada palabra que decía.

—¿Tienes hijos? —me preguntó Donna haciendo que perdiera el hilo de mis pensamientos.

—No.

—Entonces ¿Qué derecho tienes tú para decirme cómo actuar con los míos?

Sus palabras salieron enojadas, se sentó derecha mientras se limpiaba las lágrimas con sus dedos. La miré enojada y le dije la verdad.

—Cuando tenía ocho años mi madre murió y mi padre no pudo manejarlo. Esa tarde cuando falleció yo estaba en casa con mi padre y recibimos una llamada telefónica de la policía estatal que nos informó que había muerto. Mi padre dejó caer el teléfono y comenzó a llorar, llorar y llorar. Me cogió de la mano y caminamos unas cuantas manzanas hasta la casa de mi abuela, cuando llegamos allí había una multitud de vecinos, asustados y preocupados, al ver a mi padre se acercaron a nosotros. Como mi padre no era capaz de hablar ya que le ahogaban los sollozos fui yo la que dije «mi mama está muerta», entonces mi padre volvió a derrumbarse en el seno de su familia y me dejó sola, sin consuelo, con lágrimas en la cara diciéndoles a los vecinos lo que había pasado. —Donna me miró y había una expresión cercana al horror en su rostro.

—Lo siento —dijo con la voz suave, ya no había ira allí.

—No lo sientas por mí Donna, pero sé una madre para tu hija, mantenlos unidos junto a ti. Ella te necesita más que nadie para tener su comodidad. Más tarde cuando estés sola o con Ted puedes derrumbarte, pero por favor no delante de los niños. —Miré a Peter—. Eso va por Peter también.

Ella miró hacia Peter, estaba de pie observándonos, ella se encogió y se avergonzó por su actuación. Poco a poco se puso en pie y vi que la cordura había vuelto a ella. Me agarró suavemente de las manos y me dio un pequeño apretón.

—Lamento mucho tu perdida y pido disculpas también por lo de hoy. No soy muy buena con la violencia, accidentes, sangre, cortes… pero no con la violencia. —Aparté las manos de ella, no estaba muy segura de sus

palabras.

—Ahora que estás más tranquila voy a por Ted y Rebecca. —Ella me miró y asintió.

—Gracias.

Caminé por todo el estacionamiento en busca de Edward, ellos se habían alejado bastante. Al final los encontré en el otro extremo del aparcamiento. Vi que Edward tenía cogida a la niña pero ya no lloraba él la estaba cogiendo y subiendo hacia arriba y lanzándola en el aire. Las carcajadas de la niña se escuchaban a varios metros de distancia. Cuando Edward me vio, dejó a la niña en el suelo y se encaminó hacia mí.

Ella sonreía hacia él, moviendo su brazo un poco. Él sonrió, y parecía real. Incluso a mí me parecía real. Es posible que tuviera la faceta del adorado padre y la adoración por Becca. ¿Cómo diablos íbamos a sacarlo de su vida sin ligar más a Becca? a Peter le gustaría que Ted se fuera, y Donna… Ella era una persona mayor. Becca no lo era. Mierda.

Edward me sonrió y me dijo con su voz de Ted alegre:

—¿Cómo van las cosas?

—Regular —dije. Levantó las cejas, pero no añadió nada más.

—Donna y Peter nos están esperando. —Edward se volvió para que la niña se acercara a nosotros. Ella me miró, y su mirada me estaba cuestionando, pensativa.

—Golpeaste a ese hombre malo —dijo.

—Sí, lo hice —dije.

—No sabía que las niñas podían hacer eso. —Eso hizo que una pequeña sonrisa se reflejara en mi cara.

—Las niñas pueden hacer lo que quieran, como protegerse a sí mismas y golpear a los tipos malos.

—Ted dice que le hiciste daño al hombre malo porque él dijo cosas malas de mí. —Miré a Edward pero su rostro estaba tranquilo e iluminado por la felicidad para la niña, no me decía nada.

—Así es.

—Ted dice que tú harías daño a cualquiera que me amenazara a mí, como él lo haría, —siguió añadiendo la niña. La miré a los ojos y asentí con la cabeza.

—Así es.

Ella me sonrió y fue hermoso. Con una mano estaba agarrando a Edward y la otra la extendió a mí para que yo la tomara. Cogí de la

pequeña y suave mano y los tres nos encaminamos hacia donde estaba su madre y su hermano. Iba pensando en las palabras de la niña, ella creía en Ted y Ted le había dicho que podía creer en mí, ¿cómo demonios íbamos a salir de este embrollo sin hacer daño a nadie?

—Levántame —dijo Becca. Edward comenzó a contar.

—Uno, dos tres, —los dos levantamos a la niña y fuimos dando grandes zancadas por el aparcamiento hasta volverla a dejar sobre el suelo.

La niña chilló y rió de alegría, jugando llegamos hasta el coche donde nos esperaba Donna que estaba sonriente, estaba orgullosa de ella. Becca se giró para mirarme.

—Mamá dice que soy muy grande y pesada para jugar al *swing* ahora, pero tú eres fuerte ¿no?

Le sonreí pero miré Edward cuando lo dije.

—Sí, lo soy.



QUINCE

Donna y Edward se despidieron delante del coche de una manera muy decorosa pero aun así Peter puso los ojos en blanco y frunció el ceño en disgusto. Me tragué una risita ya que hubiera tenido arcadas si hubiera visto como se besuqueaban en el aeropuerto. Edward se despidió de Becca dándole un dulce beso en la mejilla mientras ella soltaba pequeñas risitas. Peter se metió en el coche ignorándonos a todos como si tuviera miedo que el «alegre Ted» pudiera darle un abrazo también.

Edward no se giró hasta que el coche desapareció despacio de nuestra vista, después se giró para enfrentarme pero no habló, simplemente me miró pero yo sabía que eso era suficiente.

—Vamos al coche para obtener algo de aire acondicionado antes de que me convierta en una parrilla sobre lo que diablos esté pasando.

Le dije mientras pasaba a su lado y me montaba en el coche. Edward obedeció y nada más entrar en el coche encendió el aire acondicionado.

Permanecimos en silencio durante unos segundos, el ruido del motor era lo único que rompía el silencio.

—Estás tratando de contar hasta diez. —Me preguntó Edward sin apartar la mirada de la carretera. Le contesté mientras le miraba.

—Estarías más cerca si hubieras preguntado si estaba tratando de contar hasta mil.

—Pregunta, sé que te mueres de ganas.

—Está bien, vamos a evitar la conversación acerca de ti arrastrando a Donna y sus hijos a tu caótica vida y pasemos directamente a la parte de quién es Riker y por qué está enviando a una banda de matones a intimidarte.

—En primer lugar. —Empezó a contarme Edward—. Donna fue la que me arrastró a esta historia. —La incredulidad se tuvo que reflejar en mi cara porque Edward siguió dándome explicaciones.

—Ella y sus amigos forman parte de una sociedad de arqueólogos aficionados que quieren preservar los sitios nativos americanos ¿sabes cómo se hace una excavación arqueológica?

—Un poco, se todo ese lio de cuerdas y etiquetas cubriéndolo todo, tomando fotografías, dibujos, como se le hace a un cadáver antes de levantarlo.

—Confiaba en ti para que hicieras la analogía perfecta. —Me dijo sonriente—. He ido con Donna y los niños varias veces durante los fines de semana, ya sabes todas esas cosas de cepillos y pequeños pinceles para limpiar cuidadosamente toda la suciedad.

—Sé que tienes un punto —contesté.

—Los cazadores de recompensas encontraron un lugar que ya ha sido escavado pero otras veces no, simplemente usan excavadoras y retroexcavadoras para sacar todo lo que puedan en el menor tiempo posible. —La boca se me quedó colgando bajo la sorpresa—. Pero destruye más de lo que posiblemente puedan sacar y si se mueve un objeto antes de que esté registrado pierde mucho de su valor histórico aparte de que la suciedad que está alrededor puede ayudar a datar los objetos ya que muchas de las cosas que se encuentran cerca de un objeto pueden decir todo tipo de cosas sobre el objeto encontrado. —Tomó una respiración antes de continuar hablando—. Pero a los cazadores de fortunas no les importa la historia, ellos simplemente cogen todo lo que pueden y se lo venden al mejor postor. Una vez Donna fue testigo de un asalto.

—Así que ella te pidió ayuda —dije, no era una pregunta sino una afirmación.

—La subestimas demasiado, ella y su amiga psíquica pensaron que podían razonar con Riker, ya que pensaban que era un tipo normal de su pueblo.

Suspiré.

—Yo no la subestimo, Edward.

—Ella y sus amigos no entienden que clase de tipo es Riker. Es uno de los cazadores de recompensas más importante, con guardaespaldas, escuadrones de matones e incluso el derecho local. Riker es sospechoso de haber matado a dos policías locales.

Sonreí.

—Imagino que muchas de las multas de Riker y sus hombres han sido perdonadas desde entonces.

—Bastó con que sus abogados presentaran una demanda por acoso ya que no hay pruebas fiables. Ya que solo un testigo dice que vio a un coche con una matrícula partida que podía ser uno de las furgonetas de los hombres de Riker.

—¿El testigo aún está vivo?

—Has entendido rápidamente el modus operandi de Riker.

—¿Eso quiere decir que no?

—Está desaparecido.

—Entonces ¿Por qué viene a por Donna y los niños? —pregunté a Edward ya que no entendía esa parte de la historia.

—Debido a que los niños estaban con Donna y su grupo cuando se manifestaron en protesta para la protección de un sitio, en un terreno privado que Riker quería demoler ya que había conseguido todos los permios. Ella era la portavoz.

—Estúpida, no debería de haber llevado a los niños. —Edward centró su mirada en mí.

—Como ya he dicho, Donna no entiende qué clase de hombre es Riker.

—¿Y qué pasó?

—El grupo fue maltratado abusado y golpeado, tuvieron que huir y Donna llegó a casa con un ojo morado. —Vi la tensión y la rabia que había en su voz, no le había gustado que Donna hubiera llegado herida a casa, tal vez era orgullo masculino, como si fuera propiedad de él, o tal vez… era algo más.

—¿Y qué hizo Ted al respecto?

—Donna me pidió que fuera a hablar con los hombres.

—Puedo suponer que eran los tipos que preguntaste que estaban en el hospital. Me parece recordar que Harold dijo que aún permanecían allí.

Edward asintió.

—Sí.

—Déjame adivinar, uno de los hombres en el hospital fue el que hirió a Donna.

—Tom —contestó Edward.

—¿Y el otro?

—Empujó a Peter y le amenazó con romperle el brazo.

Sacudí la cabeza, el aire estaba empezando a enfriar el coche y me puso la piel de gallina o tal vez no era el frío.

—¿El segundo tipo tiene el brazo roto ahora?

—Entre otras cosas —contestó Edward.

—Edward, mírame.

Me miró dándome su gran y fría mirada azul.

—Dime la verdad, ¿te importa tanto esta familia? ¿Matarías por protegerlos?

—Me divierte matar, Anita.

Le miré detenidamente acercándome a él para estudiarle la cara.

—No me jodas, Edward, dime la verdad ¿lo que sientes por Donna va en serio?

—Ya me preguntaste si la amaba, Anita y te dije que no.

Volví a sacudir la cabeza.

—¡Maldita sea, no intentes evadir la respuesta!, no creo que la ames, incluso creo que no eres capaz de hacerlo pero sé que sientes algo. No sé exactamente qué, pero es algo ¿sientes algo acerca de esta familia? ¿De todos ellos?

Su rostro estaba en blanco así que era incapaz de leer nada en él. El me devolvió la mirada y a mí me entraron ganas de darle una bofetada y ponerme a gritar e insultarlo hasta hacer que su máscara desapareciera y ver lo que había debajo. Con Edward siempre había estado sobre terreno seguro, siempre sabía lo que pensaba aunque fuera en contra de mí y mi vida corriera peligro, pero ahora no podía ver nada.

—Dios mío, son importantes para ti, todos ellos. —Me dejé caer sobre el asiento, no hubiera estado más sorprendida si le hubiera salido de repente

otra cabeza, hubiera sido extraño, pero no tanto—. Jesús, María y José. —Seguí diciendo yo—. Te preocupas por todos ellos.

Edward apartó la vista como si no pudiera o quisiera que yo viera en ellos.

Estuvimos un rato callados hasta que volví a hablar.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé, no estoy enamorado de Donna.

—Pero… —continué yo, ya que él había parado de hablar.

—Ella es un desastre, ella cree en cada ilusión de la nueva era que viene, tiene un gran talento para los negocios, pero confía en todo el mundo. Ella es inútil entorno a la violencia. —Resopló—. Ya lo viste hoy.

Le costaba mantener la concentración en la carretera, las manos las llevaba fuertemente apretadas contra el volante, tanto que los nudillos se le marcaban en blanco.

—Rebecca es igual que ella. —Siguió diciendo Edward—. Confiada, dulce, pero… es más fuerte, creo. Los dos niños son más fuertes que Donna.

—Ellos han tenido que serlo —dije.

—Lo sé, lo sé, sé todo sobre Donna. Me ha contado todo sobre ella desde que nació hasta el presente.

—¿Todos los secretos?

—Alguno de ellos —dijo cuidadosamente.

—Pero no los conoces todos.

—No, no todos.

—¿Estás hablando de hacer el amor? —Tuve que preguntar.

—No, no estoy diciendo eso. —Contestó rápidamente Edward. Yo estaba concentrada en su rostro tan duramente que podíamos haber estado conduciendo por la luna y yo hubiera seguido ajena al paisaje.

—Entonces ¿a qué te refieres?

—Me refiero. —Tomó una bocanada de aire antes de seguir hablando —. Que hay veces que nos metemos tanto en el papel, que acabas atrapado en él.

Me quedé helada cuando vi reflejado en su rostro la incertidumbre, la angustia, era algo que nunca había pensado ver en Edward.

—Entonces, ¿Qué quieres decir?, que vas a casarte con Donna, que vas a ser su esposo y el padre para sus hijos. Asistiendo a reuniones del APA (asociaciones de padres) y certámenes.

—Tampoco estoy diciendo eso, sabes malditamente que no puedo casarme con ella. Pero una parte de mí si quiere.

Me quedé mirándolo con la boca abierta, el extraordinario asesino, depredador perfecto de los muertos vivientes, quería pertenecer a una familia. A una familia compuesta por una confiada viuda, un hijo osco y adolescente y una niñita inquieta. Edward lo quería realmente. Pasaron unos minutos y cuando ya volví a confiar en mí para ser coherente hablé.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—No sé.

Yo no sabía cómo decir algo útil así que recurrí al humor.

—Dime por favor, que no tienen una valla blanca y un perro.

Edward sonrió.

—No tienen una valla, pero no hay un perro sino dos.

—¿Qué raza de perro? —pregunté mientras se me escapaba un gemido. Edward giró un poco la cabeza para mirarme mientras sonreía, sabía que quería ver mi reacción.

—Malta, sus nombres son Peeka y Boo.

—¡Oh mierda! Edward dime que estás bromeando.

Edward negó con la cabeza.

—Donna quiere a los perros incluidos en las imágenes de la boda.

Me quedé mirándolo y la expresión en mi rostro parecía divertirle, se echó a reír.

—Me alegra que estés aquí, Anita, porque no se me ocurre ninguna otra persona soltera que hubiera aceptado esto.

—Te das cuenta que tu vida personal ahora es más complicada que la mía.

—Sé que estoy en problemas. —Me contestó él.

Edward no tenía cabida en un mundo con una mujer que tenía dos perros de juguete llamados Peeka y Boo. Edward no era ni sería un cursi y Donna lo era y lo seguiría siendo de por vida. Simplemente no funcionaría. Pero por primera vez desde que conocía a Edward me di cuenta de que si no tenía un corazón que perder, tal vez le gustaría tener uno para dar. Edward había arrancado su corazón y lo había dejado en el suelo en algún lugar hace mucho tiempo. Y nunca me imaginé que Edward hubiera lamentado la pérdida y tal vez hasta que conoció a Donna Parnell tampoco lo hubiera sabido.



DIECISEIS

Edward me llevó a McDonald través del autoservicio, no quería parar. Parecía ansioso por llegar a Santa Fe.

Desde que lo conozco, rara vez se ha inquietado por algo, yo no discutí. Me pidió que pasáramos por un lavado de autos, mientras yo comía mi hamburguesa con queso y papas a la francesa. No dijo una palabra, sólo condujo a un lado de la carretera que nos permitía viajar a través de los coches.

Cuando era pequeña, me encantaba ver la espuma por las ventanillas y el enorme despliegue de cepillos. Todavía era ingenioso, aunque no tan emocionante como había sido cuando tenía cinco años. Sin embargo, el lavado de autos no significaba que tuviera una visión clara en todas las ventanas. Las ventanas sucias me habían hecho sentir muy ligeramente claustrofóbica.

Había terminado mi comida antes de salir de Albuquerque. Bebí mi

soda cuando salimos de la ciudad e íbamos hacia las montañas. Estas no eran las montañas negras, tenían un rango diferente, parecían más «normales». Eran irregulares y rocosas, con una serie de brillantes luz cerca de su base.

—¿Qué pasa con el espectáculo de luces? —pregunté.

—¿Qué? —preguntó Edward.

—El brillo, ¿qué es? —Sentí su falta de atención en la carretera, pero él llevaba gafas de sol, y no pude ver si me miraba.

—Casas, el sol está golpeando las ventanas de las casas.

—Nunca había visto la luz en las ventanas como escarcha.

—Albuquerque está a 7000 pies. El aire es más delgado de lo que estás acostumbrada. Hace que la luz haga cosas extrañas. —Me quedé mirando las ventanas, eran como una línea de joyas incrustadas en las montañas.

—Es hermoso. —Movió la cabeza entera. Esta vez, sí que sabía que él realmente me miraba.

—Si tú lo dices. —Después de eso dejó de hablar. Edward nunca charla, y aparentemente no tenía nada que decir.

Mi mente aún estaba conmocionada porque Edward estaba enamorado, o tan cerca como lo estaría probablemente alguna vez. Era demasiado extraño. Yo no podía pensar en una cosa útil sólo para decir, así que miraría por la ventana hasta que se me ocurriera algo que valiera la pena decir. Tuve la sensación de que iba a ser una unidad de tiempo tranquilo hasta Santa Fe.

Las colinas eran muy redondas, cubiertas de hierba marrón seca. Tuve la misma sensación que tuve cuando me bajé del avión en Albuquerque, desolación. Pensaba que las colinas estaban cerca, hasta que vi una vaca en una. La vaca parecía pequeña, lo suficientemente pequeña como para que me cupiera en dos dedos, lo cual significaba que las «colinas» eran realmente pequeñas montañas y no estaban tan cerca cómo se presentaron a la carretera.

Estábamos en la tarde o en la noche dependiendo de cómo lo mirase. Todavía era de día, pero se podía sentir la noche avecinándose, incluso en el brillo. El día se había desgastado como un caramelo chupado demasiado tiempo. No importa cuán brillante la luz del sol sea, podía sentir la oscuridad cerca. En parte fue mi estado de ánimo, la confusión siempre me hace pesimista, pero también un sentido innato de la noche. Era verdugo de vampiros, y notaba el sabor de la noche en la brisa como notaba la

madrugada presionando contra la oscuridad. Ha habido momentos en mi vida en los cuales dependía de la luz de la madrugada siguiente. No hay nada como las experiencias cercanas a la muerte para poner a punto una técnica.

La luz del sol había comenzado a desvanecerse en una tristeza suave por la noche cuando finalmente había tenido suficiente silencio. Todavía no tenía nada útil que decir sobre su vida personal. Me había pedido venir aquí para ayudar a resolver un crimen, no para jugar a Dear Abby, por lo que tal vez si me concentraba en el crimen, iba a estar bien.

—¿Hay algo acerca de los casos que me has ocultado? ¿Ya está todo lo que vaya a ser molesto si no sé de antemano?

—¿Cambiando de tema? —preguntó.

—No me he dado cuenta de que estuviéramos en un tema —dije.

—Sabes lo que quiero decir. —Suspiré.

—Sí, ya sé lo que quisiste decir.

Me dejé caer en mi asiento todo lo que el cinturón de seguridad me permitía, con los brazos cruzados sobre el estómago. Mi lenguaje corporal no era feliz, ni lo estaba.

—No tengo nada que añadir a la situación de Donna, o nada útil.

—Así que te concentras en los negocios —dijo.

—Tú me enseñaste —dije—, tú y Dolph. Que mantenga los ojos y la mente en las cosas importantes. Lo importante es lo que puede hacer que te maten. Donna y sus niñitos tienen una amenaza contra sus vidas no son para ponerlos en un segundo plano.

Él sonrió, su cierre normal de labios de: yo-sé-algo-que-no-sabes. Que no siempre significa que él sabía algo que yo no. A veces lo hacía sólo para irritarme. Como ahora.

—Pensé que habías dicho que me matarías si no dejaba las citas con Donna.

Me froté el cuello contra el caro asiento y traté de aliviar la tensión que comenzaba en la base de mi cráneo. Tal vez había sido invitada aquí para jugar a Dear Abby, al menos en parte. Mierda.

—Tenías razón, Edward. No puedes salir. Joderías a Becca. Pero no se puede aplazar indefinidamente la fecha para la boda con Donna. Va a empezar a exigir una fecha para la boda, y ¿qué vas a decir?

—No sé —dijo.

—Bueno, yo tampoco, así que vamos a hablar sobre el caso. Por lo

menos tenemos una dirección sólida.

—¿La tenemos? —me miró.

—Sabemos que queremos que las mutilaciones y los asesinatos paren, ¿no? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Bueno, eso es más de lo que sabemos acerca de lo de Donna.

—¿Estás diciendo que no quieres que deje de verla? —preguntó. Y esa sonrisa maldita estaba de vuelta. Petulante, parecía satisfecho.

—Estoy diciendo que no sé qué demonios quieren que hagas, y mucho menos lo que debes de hacer. Así que vamos a dejarlo sólo hasta que tenga una idea brillante.

—Muy bien —dijo.

—Genial —dije—. Ahora volvamos a la pregunta que hice. Lo que no me has dicho sobre los crímenes que crees que yo debería saber, o mejor dicho, que creo ¿qué debería saber?

—Yo no leo la mente, Anita. Yo no sé lo que quieres saber.

—No seas tímido, Edward. Solo suéltalo. No quiero más sorpresas en este viaje, no de ti. —Se quedó callado durante tanto tiempo, que pensé que no iba a responder. Así que lo apresuré—. Edward, quiero que me lo digas.

—Estoy pensando —dijo. Se movía en su asiento, apretando y aflojando los hombros, como si estuviera tratando de deshacerse de la tensión.

Creo que, incluso para él, este había sido un día estresante. Extraño pensar que Edward estuviera verdaderamente estresado. Yo siempre había pensado que caminaba por la vida con el Zen del perfecto sociópata, de modo que nada de verdad le molestaba. Me había equivocado. Me equivocaba en un montón de cosas.

Volví a mirar el paisaje. Había vacas esparcidas lo suficientemente cerca del camino como para poder ver el color y tamaño. Si no eran Jerseys, Guernsey, o algún Angus Negro, no sabía lo que eran. Miraba a las vacas que estaban de pie en unos extraños ángulos imposibles en las laderas empinadas y esperé a que Edward terminara de pensar.

El crepúsculo parecía durar mucho tiempo aquí, como si la luz del día abandonara la lucha poco a poco, luchando por mantenerse y mantener a raya la oscuridad. Tal vez fue sólo mi estado de ánimo, pero estaba esperando a la oscuridad. Era como si pudiera sentir algo por ahí en esas montañas desoladas, algo que esperaba la noche, algo que no podía

moverse durante el día. Podría ser sólo mi propia imaginación hiperactiva, o podría tener razón. Esa era la parte difícil sobre capacidades psíquicas: a veces, tenías razón, y a veces no. A veces tu propia ansiedad o el miedo pueden envenenar el pensamiento y hacer que, casi, literalmente, vieras fantasmas donde no los había. Ahí, por supuesto, la manera de averiguarlo.

—¿Hay un lugar donde tenga una mejor vista de la carretera?

Me miró.

—¿Por qué?

—Estoy sintiendo algo… y sólo quiero asegurarme de que no lo estoy imaginando. No discutió. Cuando la próxima salida se acercó, la tomó. Tomamos un camino lateral a la salida. Era de tierra y grava y llena de grandes baches secos. Los choques en su Hummer eran un camino de seda que fluía cuesta abajo, cómodo.

Un grupo de suaves colinas nos ocultó de la carretera principal, pero el camino estaba muy plano frente a nosotros, dando una visión clara de la carretera, que fue casi en línea recta hacia un lugar distante de colinas.

Había un puñado de casas pequeñas a cada lado de la carretera, en grupos de aspecto importante por delante, con una pequeña iglesia sentada a un lado, como si fuera parte de las casas y a la vez no. La iglesia tenía un campanario con una cruz en la parte superior de la misma, y asumí que había una campana dentro de ella. A pesar de que estaba demasiado lejos para estar segura.

La ciudad, si se tratara de una ciudad, se veía tranquila, pero no vacía. Allí había gente y con ojos para vernos. Con suerte, la carretera había estado vacía y el camino que iba hacia abajo tenía un pueblo.

—Detén el auto —dije.

Estábamos tan lejos de la primera casa como pudimos, sin dar marcha atrás. Edward se detuvo a un lado de la carretera. El polvo se levantó en una nube a ambos lados del coche, un polvo seco se estableció sobre la pintura limpia.

—No tienen mucha lluvia por aquí, ¿verdad?

—No —dijo. Cualquier otra persona hubiera abundado, pero no Edward. Aunque el tiempo no era un tema de conversación a menos que afectara al trabajo.

Salí del auto y caminé un poco en la hierba seca. Caminé hasta que ya no pude sentir ni a Edward ni el automóvil. Cuando miré hacia atrás, estaba a metros de distancia, Edward estaba de pie en la puerta del lado del

conductor, con los brazos cruzados sobre el techo, el sombrero inclinado hacia atrás para poder ver el espectáculo. Creo que no había otra persona que no hubiera pedido al menos una pregunta acerca de lo que estaba a punto de hacer. Sería interesante ver si haría preguntas después.

La oscuridad colgaba como una tela de seda suave, colgando entre el cielo y la luz de la vida. Era un crepúsculo mullido y cómodo, un oscuro abrazo. La brisa soplaba sobre la tierra abierta y jugaba con mi cabello. Todo se sintió bien, muy bien. ¿Y si lo hubiera imaginado? ¿Estaba dejando que los problemas de Edward fueran míos? ¿Era el recuerdo de los supervivientes en la sala de aire comprimido del hospital la que me hacía ver las sombras?

Casi me doy la vuelta y regreso al coche, pero no lo hice. Si fuera mi imaginación, entonces no estaría de más comprobar y, si no fuera…

Me di vuelta y me aparté del coche, lejos de las lejanas casas, y miré al vacío. Por supuesto, no era realmente vacío. Estaba el ruido de la hierba en el viento, que sonaba tan seca, como el maíz en el otoño justo antes de la cosecha. El suelo estaba cubierto de una capa fina de color rojizo pálido y de grava de color marrón con la suciedad más pálida. La tierra llegaba hasta que empalmaba con las colinas que seguían y seguían hacia el cielo oscuro. No vacío, no, solitario.

Tomé una respiración profunda, la limpié, la dejé escapar y pasaron dos cosas a la vez: se me cayeron los escudos y difundí mis brazos, alzando las manos.

Yo estaba llegando con mis manos, pero no fueron sólo mis manos. Llegué hacia el exterior con ese sentido que tengo, la magia, si te gusta la palabra. Llegué hacia el exterior con el poder que me permite resucitar a los muertos y se mezclan con los hombres lobo. Llegué hacia afuera hacia la presencia que había sentido, o pensaba que había sentido. Allí, como un pez tirando de mi línea.

Me volví hacia la dirección de la carretera. Fue en esa dirección, hacia Santa Fe. Eso, no tenía palabras. Sentí su afán por la noche que venía, y sabía que no podía moverse en la luz del día. Y sabía que era grande, no físicamente, pero si psíquicamente, porque no estábamos cerca de él, y sin embargo me recogió a kilómetros de distancia. ¿Cuántas millas? no podría decir, pero lejos, muy lejos demasiado lejos como para haberme dado cuenta de ello.

No se sentía mal. Eso no significa que no era malo, sólo que no pensaba

en sí mismo como el mal. A diferencia de las personas, entidades sobrenaturales están bastante orgullosas de ser malos. Se abrazan a su malignidad, porque cualquier cosa que este fuese, no era humano. No era físico. Espíritu, la energía, elige una palabra, pero estaba más adelante, y no figuraba en ninguna cáscara física. Era libre, flotando. No, no es libre…

Algo se estrelló contra mí, no físicamente, pero como si un camión se hubiera quedado psíquica sobre mí. Yo estaba el suelo sobre mi culo, tratando de respirar, como si alguien me había golpeado en el pecho y dejándome sin aliento. Oí las pisadas de Edward, pero no lograba dar la vuelta. Estaba demasiado ocupada volviendo a aprender a respirar. Se arrodilló a mi lado, con arma en mano.

—¿Qué pasó? —Estaba mirando hacia el crepúsculo, no a mí, buscando, buscando el peligro. Sus gafas de sol se habían ido, y su rostro era muy grave, mientras buscaba algo para disparar.

Lo agarré del brazo, sacudiendo la cabeza, tratando de hablar. Pero cuando finalmente tuve suficiente aire, lo único que dije fue:

—¡Mierda, mierda, mierda! —No fue útil, pero yo estaba asustada. La mayoría de las veces, cuando recibía este miedo, tengo frío, shock, pero no cuando es mierda psíquica. Cuando algo va mal con «magia», yo nunca estoy en shock o tengo frío, me quedo caliente. Es algo como un hormigueo, caliente, como si hubiera pegado el dedo en un enchufe. Cualquiera que sea «eso», me había sentido y tirado.

Puse a mí alrededor escudos sostenidos contra una tormenta de nieve, pero extrañamente se había retirado. Aunque el poder fue una protección, podría caerse, me dije, y le servirían de pan tostado, si así lo quisiera. No había querido.

Estaba contenta, emocionada, pero ¿por qué no iba a dolerme más? ¿Cómo lo había percibido desde tan lejos, y cómo sabía que yo lo sentía?

Por lo general, mi mayor talento es con los muertos. ¿Significa que lo que «él» era, estaba muerto, o tenía algo que ver con los muertos? ¿O era una de las nuevas habilidades psíquicas que mi maestra, Marianne, me había advertido que podrían surgir? Dios, no lo creía. No necesitaba más extraña mierda en mi vida. Ya tenía mucha. Me esforcé para detener la maldición inútil, y dije:

—Aparta la pistola, Edward. Estoy bien. Además, no hay nada para dispararle y nada que ver.

Me puso la mano debajo del brazo y me tiró a los pies antes de que

estuviera lista. Hubiera estado muy feliz de quedarme sentada durante un tiempo más. Me incliné sobre él, y él comenzó a moverse de regreso hacia el coche. Me tropecé y, finalmente, tuve que decirle:

—Párate, por favor.

Él me sostuvo, todavía en buscando en la oscuridad, con la pistola todavía en la mano. Debería haber sabido que iba a mantener la pistola. Era su manta de seguridad, a veces.

Pude respirar de nuevo, y si Edward me dejaba de arrastrar, podría ser capaz de caminar. El miedo se había desvanecido, ya que era inútil. Había intentado un poco de «magia», y no había sido lo suficientemente buena. Yo estaba aprendiendo magia ritual, pero era una principiante. El poder no es suficiente. Tienes que saber qué hacer con él, como una pistola con el seguro. Hace de pisapapeles muy bien, pero eso es menos saber qué hacer con ella.

Me metí en el coche, tenía la puerta cerrada y bloqueada antes de que Edward abriera la puerta.

—Dime lo que sucedió, Anita.

Le miré.

—¿Te serviría si sólo te miro y sonrío?

Algo cruzó su rostro, un gesto, un gruñido, perdió rápidamente la blancura perfecta que podía manejar.

—Tienes razón. He tenido un secreto de amor desgraciado, y está bien. Pero tú eres la que dijo que teníamos que detener el concurso de meadas y resolver el crimen. Lo dejaré si quieres.

Asentí.

—De acuerdo.

—Entonces —dijo.

—Arranca el coche y sácanos de aquí.

De alguna manera no me gustaba estar en la carretera casi desierta en la oscuridad recién derramada. Quería estar en movimiento. A veces, el movimiento me da la ilusión de que estoy haciendo algo. Edward arrancó el coche, dio la vuelta en la maleza y regresamos a la carretera.

—Habla.

—Nunca he estado en esta área antes. Por lo que sé lo que sentían siempre aquí, sólo algunas brujas locales.

—¿Qué has sentido?

—Algo de gran alcance. Algo que está a ocho kilómetros de distancia

en dirección a Santa Fe. Algo que puede estar conectado a los muertos de alguna manera, lo que explicaría por qué me llamó tan fuertemente. Voy a tener que encontrar un buen psíquico local para ver si esto está siempre alrededor o no.

—Donna sabrá de algunos psíquicos. Ahora que sean buenos, no puedo decirlo, y no estoy seguro de que ella pueda.

—Es algo para empezar —dije. Me acomodé en mi cinturón de seguridad, abrazada a mí misma.

—¿Tienes algo de los animadores locales, nigromantes, cualquier persona que trabaja con los muertos? Si es algo relacionado con mi tipo de energía, entonces una corriente psíquica puede no darse cuenta.

—Yo no sé de ninguno, pero voy a preguntar por ahí.

—Bien.

Estábamos de vuelta en la carretera. La noche estaba muy oscura, como si las nubes ocultaran el cielo. Los faros parecían muy amarillos contra la oscuridad.

—¿Crees que, sea lo que sea, tiene que ver con las mutilaciones? —preguntó.

—No sé.

—No sabes un infierno de mucho —dijo.

Parecía malhumorado.

—Ese es el problema con la mierda psíquica y la magia. A veces no es muy útil.

—Nunca he visto hacer nada parecido a lo que acabas de hacer. ¡Odias la mierda mística!

—Sí, lo sé, pero he tenido que aceptar lo que soy, Edward. Mística, esta mierda es una parte de quién y qué soy. No puedo huir de ello, porque soy yo. No te puedes ocultar de ti mismo, no para siempre, y nunca puedes escapar de ti mismo. Resucito a los muertos para ganarme la vida, Edward. ¿Tiene que ser un choque que pueda tener otras habilidades?

—No —dijo. No me miró, estaba mirando al camino, y no pude leer en su rostro.

—No —dije.

—Te llamé para ser mi respaldo, no sólo porque eres una asesina, sino porque sabes más sobre las cosas sobrenaturales que nadie, y te tengo confianza. Odias a los videntes y a los médiums, porque eres uno, pero todavía hay mucha realidad, te hace diferente al resto de ellos.

—Estás equivocado, Edward. Hoy vi un alma flotando en la habitación. Era real, tan real como el arma en la pistolera. Psíquicos, brujas, médiums, todos ellos tratan en la realidad. Es simplemente, no es la misma realidad que tratas, pero es real, Edward, es muy, muy real.

Él no dijo nada, el silencio llenó el coche, y yo estaba contenta con el silencio, porque estaba cansada, terriblemente cansada. Porque había encontrado esa mierda psíquica haciendo que a veces me agote un infierno mucho más rápido que el trabajo físico.

Corro cuatro millas cada día, algunos, levantó pesas, tomó clases de Kenpo, y judo, y nada de esto me cansa tanto como haberme mantenido en ese campo y haberme abierto a esa cosa.

Nunca duermo en un coche porque no confío en que el conductor no tenga un accidente y me mate. Esa es la verdad sobre por qué no dormía en los coches, no importa lo que diga en voz alta. Mi madre murió en un accidente de coche, y yo nunca he confiado desde entonces en los coches.

Me senté en mi asiento, tratando de encontrar un lugar cómodo para la cabeza. De repente me sentí tan cansada, tan, tan cansada, los ojos me quemaban… Cerré los ojos sólo para descansar, y el sueño me arrastró como una mano tirando de mí hacia abajo. Podría haber luchado, pero no lo hice. Necesitaba el descanso, y lo necesitaba ahora, o no valdría una mierda. Y el pensamiento cruzó por mi mente, mientras descansaba, me fiaba de Edward. Realmente lo hacía. Dormí acurrucada en el asiento y no me despertó hasta que el coche se detuvo.

—Estamos aquí —dijo Edward. Luché para sentarme, tenía una sensación de rigidez, pero descansada.

—¿Dónde?

—La casa de Ted.

Me senté ¿la casa de Ted? ¿La casa de Edward? Por fin iba a llegar a ver dónde vivía Edward. Yo iba a curiosear y tirar algo de su misterio. Si no me matan, los descubrimientos, los secretos de Edward habrían hecho que todo el viaje valga la pena. Si me matan, me gustaría regresar y sobresaltar a Edward, y ver si podía hacerle ver fantasmas después de todo.



DIECISIETE

La casa era de adobe y se veía muy vieja y genuina, en realidad yo no era una experta pero daba una sensación de antigüedad, la casa tenía unas cuantas décadas.

Sacamos el equipaje de la parte trasera del Hummer, pero yo no apartaba los ojos de la casa. Esta era la casa de Edward. Nunca me había imaginado que este día iba a llegar, el día en que conocería donde vivía. Él era como Batman, llegaba a la ciudad me salvaba el culo y después desaparecía, así que nunca me imaginé tener una invitación para conocer la cueva del murciélago.

Pero ahora estaba en frente de ella, genial. Sin duda no era lo que yo esperaba o me hubiera imaginado, yo pensaba que tal vez sería un piso en un enorme edificio moderno lleno de alta tecnología en una ciudad, tal vez en Los Ángeles. Simplemente esta humilde casa de adobe en medio de la nada no era lo que tenía en mente, pero aun así era el refugio de Edward.

Hice varios movimientos con la cabeza de un lado a otro, empezaba a darme cuenta de que no sabía nada de la vida de Edward.

La luz sobre la puerta principal se encendió y tuve que parpadear varias veces para acostumbrarme a la potente luz. La puerta estaba pintada de azul, bueno en realidad era más bien un azul verdoso, giré un poco la cabeza hacia la derecha y vi que la ventana también estaba pintada del mismo color. Lo dejé pasar sin darle importancia hasta que me di cuenta de que casi todas las casas que había visto estaban pintadas de ese mismo color.

—¿Por qué la puerta y la ventana están pintadas de azul?

—¿No me puede gustar? —Me reprochó Edward.

Meneé varias veces la cabeza.

—Desde que he estado aquí he visto un montón de casas pintadas de azul o turquesa, así que, ¿Qué es lo que pasa con ese color?

—Siempre tan atenta.

—Una falta, ahora explícame.

Edward resopló antes de empezar a hablar.

—Por aquí creen que las brujas no pueden cruzar una puerta pintada de azul o verde.

Mis ojos se ampliaron ante la extraña respuesta.

—¿Y tú crees en eso? —pregunté a Edward.

—Dudo que la mayoría de las personas que pintan las puertas de este color crean en eso, más bien se ha convertido en una costumbre y se ha olvidado el motivo de hacerlo.

—Como poner una calabaza o una linterna en Haloween, para alejar a los duendes —añadí.

—Exactamente.

—Y ya que soy tan atenta, ¿por qué se encendió automáticamente la luz del porche?

Edward se encogió de hombros.

—Cualquiera, Bernardo u Olaf.

—Los respaldos.

—Si —dijo secamente Edward.

—Pero no puedes esperar hasta reunirte con ellos.

—Simplemente es espíritu de cooperación, así no hay sorpresas. A Olaf no le gustan mucho las mujeres —acabó añadiendo Edward.

—¿Quieres decir que es gay?

—No, y eso significa que tu presencia aquí va a desencadenar una lucha, los dos en una misma casa trabajando en el mismo caso va a ser un desastre de mierda.

—Eso es duro, ¿acaso piensas que no vamos a poder trabajar juntos?

—Casi tengo garantía de ello —dijo con una pequeña risa cuando vi que la puerta empezaba a abrirse.

La conversación se cortó abruptamente y eso me hizo preguntarme si Edward temía a Olaf. El hombre junto a la puerta no se parecía a un OLAF ¿pero en realidad tenía un aspecto a OLAF? Media más de seis pies y algo, era difícil decir su estatura exacta ya que desde la cintura estaba cubierto con una sábana blanca que la mantenía sujeta a su cintura con una de sus manos. El hombre era delgado y musculoso con un buen conjunto de tabletas sobre su estómago, la piel estaba bronceada de un rico color marrón aunque me di cuenta que era su tono natural de piel ya que era un indio americano, ¡Oh dios estaba para comérselo!, tenía el pelo negro, largo, cayéndole hasta el hombro. Su rostro era suave, triangular y con un hoyuelo en la barbilla que resaltaba sus labios carnosos. ¿Era racista decir que sus rasgos eran más de un hombre blanco que de un indio? No lo creía. Edward se acercó hasta mi oído para susurrarme.

—Creo que ya puedes cerrar la boca.

Inmediatamente cerré la boca.

—Lo siento —dije murmurando a la vez que me moría de la vergüenza. El hombre afianzó más fuerte la sábana sobre su cuerpo y dio dos pasos hacia delante sin tropezar.

—Lo siento, me quedé dormido, hubiera salido a ayudarlos antes.

El hombre parecía realmente cómodo en su situación, medio desnudo delante de una desconocida.

—Bernardo esta es Anita Blake.

El hombre dio otro paso al frente, al llevar una de las maletas en la mano y cambiarla al otro brazo para saludarme la sábana se abrió al frente dejando ver su maravilloso cuerpo. Tuve que girar la cabeza rápido para que no se viera como la sangre teñía mi cara con la vergüenza, manteniéndola oculta en la oscuridad. Aun me mantenía girada cuando le saludé tímidamente mientras hablaba.

—Dejaremos las presentaciones para cuando estés usando algo más de ropa.

—¿Viste más de la cuenta?

Genial, todo el mundo estaba enterado.

—Lo siento —dijo Bernardo—. De verdad.

—Nosotros nos encargaremos del equipaje —dije a Bernardo—. Ve a por una bata.

Sentí como alguien se acercaba a mi espalda y sabía que era Edward.

—Eres modesta —dijo la profunda voz de Bernardo—. Después de todo lo que me ha contado Edward de ti, esperaba cualquier cosa menos la modestia.

Me giré despacio para encontrármelo enfrente de mí, demasiado cerca para mi gusto, invadiendo mi espacio personal. Le miré fijamente a los ojos.

—¿Qué era lo que esperabas? La puta de Babilonia.

Me dedicó una media sonrisa antes de hablar.

—No me refería a un delito —dijo mientas se acercaba más a mí, poso su mano sobre mi pelo. Me alejé un paso hacia atrás.

—¿Qué pasa con la cortesía?

—Vi claramente como me mirabas cuando estaba en la puerta. —Sentí nuevamente como el calor cubría mi cara.

—Si apareces delante de la puerta como un súper modelo de revista no me culpes por mirar. Pero eso no significa nada más, así que ¿o soy una puta o qué clase de mujer piensas que soy? el primero podría aceptarlo pero del segundo malditamente sé que no es cierto. —Ahora era yo la que me acercaba a él, la que invadía su espacio personal, el rubor de mi cara había desaparecido dejando un rastro de ira y enojo—. Así que apártate —dije entre dientes.

Dio un paso hacia atrás, agarró más fuertemente la sabana sobre él, cubriéndose la mayor parte de su cuerpo. Después se inclinó en un bonito gesto de cortesía, el pelo se le echó para delante enmarcándole la cara.

—Hay dos tipos de mujeres —empezó a hablar—, las que están por ahí con hombres como Edward o como yo, las primeras son putas que no les importa cuántas armas estén a nuestro alrededor. Las segundas son estrictamente de negocios. Son vírgenes porque nunca se acuestan con nadie, simplemente tratan de ser uno de nosotros. —La sonrisa se amplió en su rostro—. Perdóname si estoy decepcionado que tú seas del segundo grupo, he estado aquí más de dos semanas, solo.

Sacudí la cabeza.

—Dos semanas, pobrecito. —Miré a Edward—. Espero que sea la

última vez que me hagas recordar las debilidades de todos.

Edward me miró y levantó la mano en juramento de Boy Scout.

—Nunca he visto a Bernardo hacerlo con cualquier mujer la primera noche, lo juro.

Entorné los ojos mientras le miraba, pero le creí.

—¿Y cómo puedo mantener el honor?

Recogió la maleta y sonrió.

—Deberías de haberte visto la mirada mientras bajaba las escaleras con la sábana. —Se rió y fue una sonrisa muy masculina—. Nunca te había visto pasar vergüenza.

Bernardo se acercó a nosotros.

—Realmente no quería hacerle recordar nada, simplemente quería probar si conseguía llevarla a la cama.

—¿Dónde está Olaf? —Preguntó Edward.

—Está llevando a Faneca.

—Genial —comencé a decir—. Un tipo que piensa que es un Lotario y el otro que no me habla, esto es perfecto. —Empecé a caminar hacia la puerta.

—No confundas a Olaf, Anita. —Empezó a explicarme Bernardo—. A él le gustan las mujeres y él no es tan especial como yo acerca de cómo conseguirlo, créeme cuando te digo que yo sería mil veces más cuidadoso de lo que lo es él. —Me quedé quieta y me giré.

—Edward —llamé. Él se paró y se giró para enfrentarme.

—¿Tiene razón Bernardo? ¿Olaf es peligroso para mí?

—Puedo advertirte como lo hice sobre Donna.

—¿Cómo qué? —pregunté intrigada.

—Le dije que si la tocaba lo mataría. —Edward me miró y se encogió de hombros.

—Si tú siempre vienes al rescate ninguno de ellos nunca va a respetarme —dije, con una dura mirada.

Edward me miró y asintió.

—Eso es verdad.

Suspiré.

—Como sea, ya me encargaré por mi propia cuenta.

Bernardo se acercó a mí, más de lo que deseaba, así que utilizando el bolso de manos que llevaba colgando lo giré para que se retrasara un paso o dos.

—Olaf ha cumplido condena por violación —dijo Bernardo con un suspiro. Miré a Edward dejando que la incredulidad se reflejara en mi cara.

—¿Eso es verdad? —pregunté.

Edward asintió y luego suspiró.

—No te habría arrastrado hasta aquí si no hubiera sido necesario.

—Pero no mencionaste nada acerca de violación.

Edward volvió a suspirar antes de hablar.

—Debería de haberlo hecho.

Meneé varias veces la cabeza y luego suspiré.

—¿Debo saber algo más sobre el bueno de Olaf?

—Eso es todo —dijo Edward mientras miraba a Bernardo que estaba a mis espaldas.

—¿Puedes pensar en alguna otra cosa? —preguntó Edward.

—Solo que Olaf se jacta de sus violaciones y de lo que les hace a las mujeres —dijo Bernardo mientas se encogía de hombros.

—Muy bien —dije a Bernardo, luego giré para enfrentarme a Edward —. Solo tengo una pregunta. —Edward me miró expectante y Bernardo acabó diciendo «suéltalo»—. Si mato a otro de tus guardaespaldas ¿te deberé otro favor?

—No si se lo merece —dijo Edward tajantemente. Deje las bolsas en el umbral.

—Mierda Edward, me tienes en una casa junto a un violador loco, no creo que vaya a pasar un segundo en el que no me tenga que defender de él, así que voy a ser la causa de que alguno de nosotros acabe en la tumba.

Bernardo nos interrumpió.

—Está hablando en serio. ¿De verdad mató a tu último guardaespaldas?

Le miré.

—Sí, estoy hablando en serio, y me gustaría que el próximo fuera Olaf sin tener que deberle otro favor a Edward.

—¿A quién mató? —preguntó Bernardo.

—Harley —respondió Edward.

—Mierda. —Fue la tímida contestación de Bernardo. Me acerqué a Edward hasta que pude ver sus ojos.

—Quiero la promesa de que puedo matar a Olaf si se sobrepasa sin deberte una mierda.

—¿Y si no te la doy? —preguntó Edward con la voz suave. Me encogí de hombros.

—Muy bien, llévame a un hotel, no pienso quedarme en una casa con un loco violador que presume de sus crímenes sino tengo la posibilidad de matarlo.

Edward me miró durante un rato, luego hizo un pequeño movimiento.

—Está bien, pero siempre que sea dentro de esta casa, en cualquier otro lado es juego limpio.

Habría argumentado, pero era probablemente lo mejor que iba a conseguir. Edward era muy protector con sus guardaespaldas, y desde que yo era uno de ellos, pude apreciar la actitud. Recogí mi bolso del suelo, y dije:

—Gracias, ¿Dónde está mi habitación?

—¡Oh! ella va a encajar bien —dijo Bernardo con una pícara sonrisa.



DIECIOCHO

Había una chimenea contra la pared del fondo, era estrecha y blanca, formada por una blancura igual como en las paredes. Había un cráneo de animal, colgado sobre la chimenea. Habría dicho que era un ciervo, pero el cráneo era más pesado y los cuernos largos y curvos. No era un ciervo, pero parientes cercanos o algo así, y no de este país.

La repisa estrecha de la chimenea tenía dos colmillos, como los colmillos de elefante, y cráneos de animales más pequeños. Un sofá blanco frente a la baja chimenea, un gran bloque de mármol sin pulir a un lado con una pequeña lámpara de porcelana blanca. En un pequeño hueco por encima de la lámpara había una gran cantidad de cristales blancos.

Había una mesa lacada en negro contra la pared entre dos puertas. Una gran segunda lámpara sobre la mesa. Dos sillas, una frente a la otra delante de la chimenea. Se había tallado con leones alados en los brazos y las patas. Eran de cuero negro y se veían vagamente egipcias.

—Tu habitación esta por aquí —dijo Edward.

—No —dije—. He esperado mucho tiempo para ver tu casa. No me apures.

—¿Te importa si llevo tus maletas hasta tu habitación, mientras exploras?

—Estás en tu casa —dije.

—Amable de tu parte —dijo, y le dio un toque de sarcasmo a su voz.

—No hay de qué —dije. Edward cogió mis dos bolsas, y dijo:

—Vamos, Bernardo. Puedes vestirte.

—No nos dejaste mirar por nuestra cuenta —dijo Bernardo.

—Tú no lo preguntaste.

—Es una de las alegrías de ser una chica y no un hombre —dije—. Si soy curiosa, pregunto y ya está. —Se fueron a través de una puerta al fondo.

A un lado de la chimenea había una cesta tejida de pálidos, casi blancos, juncos. Pasé la mano por el suave frescor de la mesa de mármol negro de café que estaba más cerca de la chimenea. Había un vaso negro en el centro del cuadro, completo con pequeñas flores silvestres o grandes ojos negros.

El oro amarillo intenso y el centro de color marrón en realidad no combinaban con nada en la habitación. Incluso la alfombra tipo navajo que ocupaba la mayor parte del suelo era en tonos de negro, blanco y gris. Hubo más flores en un hueco entre las puertas hasta aquí.

La alcoba era lo suficientemente grande como para parecer una ventana excepto que no se parecía en nada. Las flores se derramaron de la apertura como una masa de oro y agua marrón, un ramo de flores desenfrenadamente enorme.

Cuando Edward regresó a la habitación, sin Bernardo, yo estaba sentada en el sofá blanco con los pies estirados por debajo de la mesa de café. Tenía las manos entrelazadas sobre el estómago y estaba tratando de imaginar una fogata y una fría noche de invierno. Pero de alguna manera la chimenea parecía demasiado limpia, demasiado estéril. Se sentó a mi lado, moviendo la cabeza.

—¿Feliz?

Asentí.

—¿Qué te parece?

—No es una sala de descanso —dije—, y para buscar que se vea bien

todo el espacio de la pared. Debes tener algunas pinturas.

—Me gusta esta manera. —Se había instalado en el sofá a mi lado, con los pies estirados, las manos sobre su estómago… Estaba imitándome, pero ni siquiera eso podría arruinar mi estado de ánimo.

Iba a ver cada habitación en detalle antes de irme. Podría haber tratado de ser genial, pero no con Edward. Habíamos ido más allá de en nuestra extraña amistad. Realmente no estaba tratando de jugar el rey de la colina con Edward. El hecho de que todavía estaba en el juego conmigo, sólo le hacía parecer una tontería. Aunque yo esperaba que el jueguecito hubiera terminado por el resto de este viaje.

—Tal vez te regale una pintura para Navidad —dije.

—Nosotros no compramos regalos de Navidad para el otro —dijo Edward. Los dos estábamos mirando la chimenea.

—A lo mejor voy a empezar. Uno de esos niños de ojos grandes, o un payaso sobre terciopelo.

—No voy a colgarlo si no me gusta.

Me miró.

—A menos que sea de Donna.

—Sí.

—Donna añadido las flores, ¿no es así? —dije.

—Sí —dijo.

—Lirios blancos, o una orquídea tal vez, pero no las flores salvajes, no en esta sala.

—Ella piensa que iluminan el lugar.

—¡Oh, sí! —dije.

Suspiró.

—Tal vez le diga cuánto te gustan los cuadros de perros jugando al póker y puede que compre algunas pinturas —dije.

—Ella no lo creería —dijo.

—No, pero yo apuesto a que podría llegar a algo que ella cree que odiarías como mucho.

Me miró.

—Tú no lo harías.

—Tal vez —dije.

—Esto suena como a chantaje. ¿Qué quieres? —Me quedé mirándolo, el quedó con la cara en blanco.

—Así que estás admitiendo que Donna y sus chicos son lo

suficientemente importantes para ti, de modo que el chantaje funcionaría. —Él sólo me miró con esos ojos sin piedad, pero la cara en blanco no era suficiente ahora. Había una grieta en su armadura lo suficientemente grande como para conducir un camión.

—Ellos son rehenes, Edward, si alguien piensa en ello. —Se apartó de mí, cerrando los ojos.

—¿De verdad crees que me estás diciendo algo que no he pensado?

—Mis disculpas, tienes razón. Al igual que la enseñanza de tu abuela a chupar los huevos.

—¿Qué?

Se volvió y estaba medio riendo. Me encogí de hombros.

—Sólo un viejo refrán. Esto significa que estoy dando consejos a alguien que me enseñó sobre lo que estoy dando consejos.

—¿Y qué te he enseñado? —preguntó—, humor, muerte, tener la cara en blanco.

—No puedes tomar todo el crédito. La muerte de mi madre comenzó la primera lección, pero he aprendido que si prestas atención a las personas, pueden morir. Si te preocupas por alguien, esa persona lo puede utilizar en tu contra. Pregunta por qué los seres humanos son rehenes, Edward. Mi vida es demasiado violenta para tener la maldita carne de cañón tan cerca y a mí querido corazón. Tú me enseñaste eso.

—Y ahora he roto la regla —dijo, con voz suave.

—Sí —dije.

—¿Y dónde deja esto a Richard y a Jean-Claude? —preguntó.

—Oh, te hago sentir incómodo, y ahora es mi turno.

—Sólo responde la pregunta.

Lo pensé por un segundo, o dos, y luego dije la verdad, porque había estado pensando mucho los últimos seis meses, pensando en ellos.

—Jean-Claude no es carne de cañón. Si alguien que he conocido que sabe siempre cómo cuidar de sí mismo, ese es Jean-Claude. Supongo que no puede tener más de cuatrocientos años de edad, sin saber nada de supervivencia.

—¿Y Richard? —Edward estaba mirándome la cara, él me estudio como a menudo yo lo estudiaba, y me pregunté por primera vez, si mi cara estaba vacía con más frecuencia de la que estaba llena, si escondía mis emociones, mis pensamientos, incluso cuando no tenía sentido. ¿Cómo podía saber realmente lo que mostraba mi cara?

—Richard puede sobrevivir a un disparo de escopeta en el pecho. ¿Puedes decir lo mismo de Donna?

Fue contundente, tal vez demasiado contundente, pero era verdad. Sus ojos se apagaron como cortinas, se había retirado, escondido, ocultado. No había nadie en casa. Era la cara que llevaba a veces cuando mataba, aunque a veces cuando mataba llevaba la expresión más alegre que he visto en su rostro.

—Me dijiste que se apiñan alrededor de tu humanidad. ¿Estás diciendo que te apiñas alrededor de su monstruosidad? —preguntó. Miré a la cara tan cuidadosamente ilegible, y asentí.

—Sí, me tomó un rato darme cuenta y ya lo he aceptado. He perdido a suficiente gente en mi vida, Edward. Estoy cansada de eso. Las posibilidades son muy altas de que los chicos sobrevivirán. —Yo levanté la mano antes de que pudiera decirlo.

—Sé que Jean-Claude no está vivo. Confía en mí. Probablemente lo sé mejor que tú.

—Se ven preocupados. ¿Hablan sobre el caso?

Bernardo entró en la habitación con pantalones vaqueros azules y nada más. Se había atado todo el pelo recogido en una trenza suelta. Andaba descalzo hacia nosotros, hizo que mi pecho se apretara. Fue una de las formas favoritas de Richard de andar por la casa. Él sólo se ponía los zapatos y una camisa si iba a salir o si la manada iba a venir.

Vi a un hombre muy guapo caminar hacia mí, pero yo no estaba realmente viéndolo. Yo estaba viendo a Richard, la falta de él. Suspiré y luché para enderezarme sentada en el sofá. Di que es una corazonada, pero yo apostaba a que Edward no tenía conversaciones de corazón con Bernardo, al menos no de Donna.

Edward también se había enderezado.

—No, no estábamos hablando sobre el caso —dijo.

Bernardo pasó la mirada de uno a otro de nosotros con una sonrisa en los labios. Pero sus ojos no coincidían. No le gustaba el aire y que no fuera sobre el caso, y él no sabía de qué se trataba.

—Dijiste que tenías los archivos de los casos de Santa Fe —dije.

Edward asintió con la cabeza, y se puso de pie.

—Voy a llevarlos al comedor. Bernardo, muéstrale el camino.

—Con mucho placer —dijo.

Edward Dijo:

—Tratar a Anita como una niña, es un error, Bernardo. Me cabrearía tener que reemplazarte esta tarde en el juego.

Con eso, Edward salió por la puerta de la derecha. Hubo una oleada de aire nocturno y el zumbido de los insectos antes de cerrar la puerta detrás de él. Bernardo me miró, sacudiendo la cabeza.

—Nunca he oído hablar a Edward acerca de cualquier mujer de la forma en que habla de ti.

Levanté las cejas.

—¿Cómo?

—Peligrosa. Habla de ti como si fueras peligrosa. —Inteligencia, mostró inteligencia en sus ojos marrones, una inteligencia que se había escondido detrás de su buena apariencia y sonrisa encantadora. Una inteligencia que no se presentó cuando tenía la cara de monstruo. Por primera vez, pensé que sería un error subestimarle. Es algo más que un pistolero a sueldo. ¿Cuánto más queda por ver?

—¿Qué se supone que debo decir? ¿Que soy peligrosa? —Todavía me estudiaba con esa expresión intensa. Le sonreí—. Bueno, baja tu primero a la sala. —Echó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué no vamos juntos, lado a lado?

—Debido a que la sala es demasiado estrecha, ¿o me equivoco?

—No estás mal, pero ¿realmente crees que te pegaría un tiro en la espalda? —Él abrió los brazos y dio una vuelta lenta.

—¿Me veo armado? —Sonreía cuando se enfrentó a mí de nuevo, encantador. Yo no lo comprobé.

—A menos que meta mis manos a través de ese pelo espeso y en los pantalones, no sé si estás desarmado. —La sonrisa se desvaneció un poco.

—La mayoría de la gente no piensa en el cabello. —Lo que significaba que tenía algo escondido. Si estuviera realmente desarmado, tendría objeto de burla y me ofreció la oportunidad de buscar.

—Tiene que ser un cuchillo. El cabello no es lo suficientemente grueso como para ocultar un arma, ni siquiera una Derringer —dije. Llegó detrás de su cabeza y sacó una hoja delgada que había tejido en su cabello. La levantó, y luego le dio la vuelta a la empuñadura, de ida y vuelta, él la movió a través de sus dedos largos y delgados.

—¿No es un estereotipo étnico que seas bueno con un cuchillo? —pregunté. Se rió, pero no como si fuera divertido.

Recuperó la hoja una vez más en la mano, y me hizo tensar. Yo seguía

de pie detrás del sofá, pero sabía que si él fuera realmente bueno, nunca me pondría a cubierto o sacaría la pistola a tiempo. Estaba demasiado condenadamente cerca.

—Me puedes cortar el pelo y ponerme un traje, pero aún la mayoría de la gente me verá como un indio. Si no puedes cambiarlo, puedes abrazarlo. —Se puso el cuchillo en el pelo, dándole un aspecto suave y fácil. Yo hubiera tenido que utilizar un espejo y aun entonces tendría probablemente la mitad de mi pelo cortado.

—¿Trataste de jugar en la América corporativa? —pregunté.

—Sí —dijo.

—Así que ahora ya no haces cosas corporativas.

—Yo todavía juego en la América corporativa. Puedo proteger los trajes que quieren músculos llamativos. Algo exótico para impresionar a sus amigos acerca de lo poderosos que son.

—¿Haces el acto del cuchillo en el comando? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—A veces.

—Espero que paguen bien —dije.

Él sonrió.

—Pueden pagar bien o no. Puedo ser su símbolo indio pero soy un rico símbolo indio. Si eres tan buena como Edward piensa que eres, harías mejor el trabajo de guardaespaldas que yo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Debido a que la mayoría de los trabajos de protección las personas quieren que su guardaespaldas sea de mezcla. Ellos quieren que sean llamativos o exóticos. Eres bonita, pero eres más una chica bonita para llevar al lado. —Estaba de acuerdo con él, pero dije:

—¡Oh!, has ganado un montón de puntos.

—Hoy más o menos me has dicho que no tengo la oportunidad ¿para qué me molesto en mentir?

Tuve que sonreír.

—Tomo nota.

—Puedes ser un poco oscura alrededor de los bordes, pero puedes pasar por blanca —dijo Bernardo.

—No estoy pasando, Bernardo. Soy blanca. Mi madre era mexicana.

—¿Tienes la piel de tu padre? —preguntó.

Asentí.

—Sí, ¿y qué?

—Nadie nunca te ve con su cara ¿verdad?

Pensé en ello.

En los comentarios apresuraros que decía mi madrastra a los extraños de que no era suya. «No, no fue adoptada». Yo era su hijastra. Yo y Cenicienta. Los que eran realmente grosero le preguntaba: «¿Cuál era su madre?». Judith siempre respondía rápidamente, «Su madre era mexicana». Aunque últimamente el término es Hispano-Americano. Nadie puede acusar a Judith de no ser políticamente correcta sobre la cuestión de la raza. Mi madre había muerto mucho antes de que la gente se hubiera preocupado por la corrección política. Si alguien le preguntaba, ella siempre dice con orgullo, «mexicana». Si era lo suficientemente bueno para mi madre, era lo suficientemente bueno para mí.

—Yo estuve comprometida una vez, hasta que el padre de él descubrió que mi madre era mexicana. Él era rubio con ojos azules. —Proseguí diciendo—. Ya sabes el típico crio de blanco. Mi futuro suegro no estaba de acuerdo con que mis genes oscurecieran su árbol genealógico.

—¿Pero ahora piensas como un blanco?

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres preguntar si me considero lo suficientemente blanca?

Bernardo me miró.

—¿Eres lo suficientemente blanca?

—No, según algunas personas.

—¿Cómo quién?

Me preguntó Bernardo.

—¿Cómo todos ustedes? los de su maldito negocio.

Extendió sus manos para disculparse.

—Lo siento, de verdad.

—Ya… como si te creyera.

—¿No me crees? —preguntó con los ojos abiertos.

—No, creo que estás celoso.

—¿De qué? —contraatacó él.

—De todo.

Abrió la boca para protestar pero un montón de emociones cruzaron su cara, volvió a cerrarla y luego habló.

—Realmente eres una perra ¿no?

—No tires de mi correa y yo no tiraré de la tuya.

—Genial —dijo mientras una sonrisa aparecía en su cara.

—Ahora me permitiré acompañar a tu trasero del mismo color que el lirio blanco hasta el comedor.

—Tranquilito súper semental moreno, siempre que tu trasero vaya por delante.

Me miró mientras en su cara aparecía una pícara sonrisa.

—Sólo si prometes decir cómo te gusta la vista.

Mis ojos se abrieron ante la sorpresa.

—¿Te refieres a una crítica de tu trasero?

El asintió con la cabeza y parecía feliz.

—¿Eres un simple bastardo o estás tratando de avergonzarme?

El empezó a caminar y yo le seguí.



DIECINUEVE

Había unas oscuras y pesadas vigas en el comedor, fuera de las paredes blancas. Las sillas eran un indicio, la mesa del comedor era negra y plateada. Pero la mesa estaba escondida debajo de un mantel que parecía una alfombra navaja. Aunque esta tenía algo más de color, rayas rojas con blanco y negro. Había hasta un candelabro negro con velas rojas en el centro de la mesa. Era agradable ver algo de color que no hubiese sido añadido por Donna. Me habría llevado años que Jean-Claude rompiera con su fijación con la decoración en blanco y negro. Desde que era amiga de Edward, y nada más, no era mi negocio como decoraba.

Había una chimenea en la esquina casi idéntica a la de la sala a excepción de un trozo de madera negra puesto en el estuco blanco. Yo la habría llamado chimenea, pero no sobresalía demasiado. La repisa de la chimenea estaba decorada con velas rojas de distintas formas y tamaños, algunas apoyadas directamente en la repisa y otras con un candelabro

metálico negro debajo. Había dos candelabros redondos que sobresalían por encima de los demás, de esos en los que tienes que traspasar la vela para sujetarla en su lugar. Había un espejo de plata con los bordes envejecidos colgado detrás de las velas para que cuando se encendieran, se obtuviera su reflejo.

Extraño, yo no habría pensado en Edward como el tipo a la luz de las velas.

No había ventanas en la habitación, sólo una puerta con molduras que da al otro lado. Las paredes estaban completamente blancas y totalmente en blanco. De alguna manera la falta de decoración hacía que la habitación pareciera más claustrofóbica y no menos.

Un hombre apareció en la puerta. Tenía que agacharse para no golpear con su calva cabeza en la parte superior de la puerta. Era más alto que Dolph, era seis pies con ocho, lo que significaba que era la persona más alta que jamás había conocido. El único pelo en su cabeza eran las gruesas cejas negras y una sombra de barba a lo largo de su barbilla y mejillas. Llevaba un pijama de dos piezas de hombre con botones. Era negro y parecía satén. Llevaba zapatillas, de esas que no tienen talones y siempre parecen en peligro de caerse. Olaf, ¿Quién más podría ser? Se movía en las zapatillas como si formaran parte de su propia carne. Una vez que se agachó para pasar por la puerta, se movía como una maquina bien lubricada, los músculos ondeando bajo su pálida piel. Él era alto, pero no tenía ni un gramo de grasa. Todo era duro y musculoso. Se acercó hacia nosotros rodeando la mesa, y me moví sin pensarlo para mantener la mesa entre nosotros.

Dejó de moverse. Yo dejé de moverme. Nos miramos uno a otro a través de la mesa. Bernardo estaba al final de la mesa, más cerca de la puerta, mirándonos. El parecía preocupado. Probablemente se preguntaba si debía venir en mi ayuda si la necesitaba. O tal vez no le gustaba el nivel de tensión de la sala. Yo sabía que yo no lo hacía.

Si yo no me hubiera movido mientras el caminaba, ¿el nivel de tensión sería más bajo? Quizás. Pero había aprendido a hacer caso de mi estómago, y mi estómago decía, que debía quedarme fuera de su alcance. Pero podría tratar de ser agradable.

—Tú debes ser Olaf. Yo no entendí su apellido. Soy Anita Blake.

Sus ojos marrones oscuros estaban enterrados en las cuencas como cuevas gemelas, como si a la luz del día sus ojos se ensombrecieran. Él

sólo me miraba. Como si yo no hubiera hablado.

Lo intente de nuevo. Yo no soy nada si no soy persistente.

—Hola, Tierra llamando a Olaf. —Mire fijamente su cara, él no parpadeo, no reconoció mis palabras de ninguna forma. Si yo no hubiera estado asombrada por él, yo hubiera dicho que estaba ignorándome.

Mire a Bernardo, pero mantuve mi mirada en el hombre grande a través de la mesa.

—¿Qué le dio, Bernardo? ¿Él habla, verdad?

Bernardo asintió.

—Él habla.

Gire toda mi atención hacia Olaf.

—¿Tú no hablaras conmigo, es eso? —él solo me miró.

—¿Piensas que no escuchar el dulce sonido de tu voz es un castigo para mí? La mayoría de los hombres son como bocas de barullo. El silencio es un cambio agradable. Gracias por ser tan considerado, Olaf, bebé. —La última palabra la dije como dos sílabas muy separadas.

—Yo no soy tu bebé. —La voz era profunda y acertaba con el enorme pecho. Había también un acento gutural debajo de todo ese correcto inglés, alemán tal vez.

—Continúa hablando mi corazón.

Olaf frunció el ceño.

—Yo no estaba de acuerdo con que fueras incluida en esta cacería. Nosotros no necesitamos la ayuda de una mujer, de ninguna mujer.

—Bueno Olaf, cariño, deben de necesitar ayuda porque los tres no tienen una mierda sobre las mutilaciones. —Un rubor se extendió desde sus mejillas hasta su cuello.

—No me llames así.

—¿Qué? ¿Cariño?

Él asintió con la cabeza.

—Tú prefieres amor, calabacita. —Él pasó a oscurecerse de color rosa a rojo.

—No uses expresiones cariñosas conmigo. Yo no soy el amor de nadie.
—Yo había estado dispuesta a hacer otro comentario mordaz, pero me pare, y pensé en algo mejor.

—Qué triste para ti.

—¿De qué hablas?

—¡Qué triste no ser el amor de nadie! —El color que se había estado

tiñendo más oscuro de repente se limpió, casi como si estuviera solo ruborizado.

—¿Me estas compadeciendo? —Su voz subió un grado, no gritando, pero casi como un gruñido de perro antes de morder. Cuando se ponía más sentimental, el acento se hacía más espeso. Muy alemán, muy bajo. La abuela Blake era de Baden-Baden, en la frontera entre Alemania y Francia, pero el tío Otto era de Hamburgo. No puedo estar al cien por ciento segura, pero sonaba con el mismo acento.

—Todo el mundo debería ser el amor de alguien —dije, pero mi voz era suave. Yo no estaba enojada. Yo estaba jugando con él, y no debería. Mi única excusa era que toda la conversación sobre violación me había hecho asustarme de él, y yo no quería eso. Así que estaba haciendo algo muy masculino. Yo estaba tirando de la cola de la bestia para hacerme sentir más valiente. Estúpido. En el momento en el que me di cuenta de por qué lo hacía, trate de detenerme.

—Yo no soy el tonto de nadie, lo que significa que no soy el amor de nadie —hablo con cuidado, pronunciando cada palabra pero su acento era suficientemente grueso como para pisarlo. Él había comenzado a moverse lentamente alrededor de la mesa, los músculos tensos como un gran gato depredador.

Le enseñe el lado izquierdo de mi chaqueta, mostrando el arma. Él dejó de moverse hacia delante, pero su rostro seguía furioso.

—Vamos a empezar de nuevo, Olaf —dije.

—Edward y Bernardo me dijeron lo chico malo y grande que eras y eso me puso nerviosa, lo que me hizo estar a la defensiva. Cuando estoy a la defensiva, soy generalmente un dolor de culo. Lo siento. Supongamos que yo no estaba en plan de listilla y que no eres tan grande y malo y empecemos de nuevo.

Él se quedó inmóvil. Esa era la única palabra que tenía para él. La tensión de sus músculos aliviándose como el agua corriendo por una colina. Pero no se había ido, solo la metió en alguna parte. Tenía una visión de Olaf. Él se movía entre un hoyo grande y oscuro de rabia. Que fuera dirigida principalmente hacia las mujeres era solo accidental. La rabia necesitaba algún objetivo, o se convertiría en una de esas personas que conducen sus coches a través de las ventanas de los restaurantes y empezaban a disparar a extraños.

—Edward ha insistido mucho en que tú deberías estar aquí, pero no

puedo decir que me guste. —Sus palabras fueron saliendo sin el acento ya que había recuperado el control de su temperamento.

Asentí.

—¿Eres de Hamburgo? —Parpadeó, y por un momento la perplejidad sustituyó al mal humor.

—¿Qué?

—¿Eres de Hamburgo? —Pareció pensarlo un segundo o dos, luego asintió con la cabeza.

—Pensé que había reconocido el acento.

Él frunció el ceño con fuerza.

—¿Tú eres una experta en acentos? —Se las arregló para sonar sarcástico.

—No, mi tío Otto era de Hamburgo.

El volvió a parpadear y el ceño fruncido se marchitaba por los bordes.

—Tú no eres alemana. —Parecía muy seguro.

—La familia de mi padre es de Baden-Baden en el borde del Bosque Negro, pero el tío Otto era de Hamburgo.

—Tú dijiste que sólo tu tío tenía acento.

—En el momento en el que llegue yo, la mayor parte de la familia, a excepción de mi abuela, llevaba tanto tiempo en este país que ya no tenían acento, pero tío Otto nunca lo perdió.

—Ahora está muerto —Olaf medio pregunto, medio declaro.

Asentí.

—¿Cómo murió?

—La abuela Blake dice que la tía Gertrudis lo molesto hasta la muerte.

Sus labios temblaron.

—Las mujeres son tiranas, si un hombre lo permite. —Su voz era suave ahora.

—Eso es así para hombres y mujeres. Si una parte es débil, la otra parte se mueve y toma el control.

—La naturaleza aborrece el vacío —dijo Bernardo. Nos miró, no sé lo que vio en nuestras caras, pero Bernardo levanto las manos y dijo—: Perdón por interrumpir.

Olaf y yo nos volvimos a mirar el uno al otro. Él estaba lo suficiente cerca para que yo quizás no pudiera sacar la Browning a tiempo. Pero si me movía ahora, todos mis esfuerzos por pacificar no servirían de nada. O él se vería insultado o lo vería como una debilidad por mi parte. No sería una

reacción útil. Así que me mantuve firme y traté de no parecer tan tensa como me sentía, pero por mucho que me calmara, mi estómago tenía un duro nudo. Tenía la oportunidad de hacer este trabajo. Si metía la pata, entonces el resto de mi visita iba a ser un campamento armado, y era necesario resolver el crimen, no luchar entre nosotros.

—Eres una líder o un seguidor —dijo Olaf—. ¿Qué eres tú?

—Seguiré a alguien si merece la pena seguirlo.

—¿Y quién decide, Anita, quien merece la pena seguir?

Tuve que sonreír.

—Yo.

Sus labios temblaron de nuevo.

—Y si Edward me pone a cargo, ¿me seguirías?

—Confío en el juicio de Edward, así que sí. Pero déjame hacerte la misma pregunta. ¿Me seguirías si Edward me pone a cargo?

Hizo una mueca.

—No.

Asentí.

—Genial, ya sabemos dónde estamos.

—¿Y dónde es eso? —pregunto.

—Soy algo así como un orientador, Olaf. Yo vine aquí a resolver un crimen y así será. Si eso significa que en algún punto tengo que acatar órdenes de ti, así será. Si Edward me pone a cargo, y tú no quieres, lo hablas con él.

—Como una mujer pone la responsabilidad en los hombros de un hombre.

Conté hasta diez y me encogí de hombros.

—Tú hablas como si tu opinión me importara, Olaf. Y me importa un bledo lo que opines de mí.

—Las mujeres siempre quieren saber lo que los hombres piensan de ellas.

Entonces me reí.

—Sabes estaba empezando a sentirme ofendida, pero tú eres demasiado divertido.

Él se inclinó hacia mí tratando de usar su altura para intimidarme. Era impresionante, pero yo siempre he sido la niña más pequeña desde que puedo recordar.

—No voy a hablarlo con Edward. Me entenderé contigo. ¿O no tienes

bolas para enfrentarte a mí? —Soltó una dura carcajada—. ¡Oh!, me olvidaba, no tienes pelotas.

Llego hasta mí en un movimiento rápido. Pienso que él lo hizo para tantearme, pero yo no espere para verlo. Yo me tire hacia atrás al suelo y saque la Browning antes de que mi trasero golpeara el suelo. Sacar la pistola suponía que yo no tenía tiempo para poner las manos en el suelo y detener el impacto de la forma que quería. Me golpee duro y sentí el golpe por toda mi espina dorsal. Él había sacado un cuchillo de algún lugar en su antebrazo. El cuchillo estaba bajo y la Browning no apuntaba exactamente a su pecho. Sería una carrera para ver quien sacaba sangre primero, pero estaba casi garantizado que ambos sangraríamos. Todo fue más despacio, como visto a través del cristal, como si tuviera todo el tiempo del mundo para apuntar con la pistola, para evitar el cuchillo, pero al mismo tiempo todo sucedía demasiado rápido. Demasiado rápido para pararlo o cambiarlo. La voz de Edward atravesó el cuarto.

—¡Basta! Al primero que saque sangre, yo personalmente le dispararé.

Nos quedamos inmóviles, a mitad del movimiento. Olaf parpadeo, y fue como si el tiempo se moviera a velocidad normal. Quizás, sólo quizás, no nos mataríamos uno al otro esta noche. Pero tenía la pistola apuntando su pecho, y su mano todavía sostenía el cuchillo en alto. Aunque cuchillo parecía una palabra demasiado pequeña, espada era más similar. ¿De dónde la había sacado?

—Suelta el cuchillo, Olaf —dijo Edward.

—Pídele que baje el arma primero.

Vi en sus ojos color marrón y vi un odio como había visto antes en la cara del teniente Marks. Ambos me odiaban por cosas que yo no podía cambiar: uno por un talento innato que me dio Dios y otro por ser mujer. Divertido, como los odios irracionales se parecen entre sí.

Mantuve la pistola constante apuntando su pecho. Permití que todo el aire saliera de mi cuerpo, esperando, esperando que Olaf decidiera lo que haríamos esta noche. O estaríamos resolviendo un crimen, o cavando una tumba, quizás dos si él fuese suficiente bueno. Sabía por cual votaba yo, pero también sabía que el último voto no era el mío. No era de Olaf. Era su odio.

—Tú suelta el cuchillo y Anita baja el arma —dijo Edward.

—Me vas a disparar mientras estoy desarmado.

—Ella no hará eso.

—Ella tiene miedo de mí ahora —dijo Olaf.

—Tal vez —dijo Edward—, pero ella tiene más miedo de mí.

Olaf me miró, un atisbo de perplejidad creciente a través de su odio y su ira.

—Empujare este cuchillo dentro de ella. Ella me teme.

—Dile Anita.

Tenía la esperanza de saber lo que Edward quería decir.

—Voy a dispararte dos veces en el pecho. Tú puedes obtener un pedazo de mí antes de caer al suelo. Si eres realmente bueno, puede que incluso me cortes la garganta, pero aun así estaremos muertos.

Yo esperaba que se decidiera pronto ya que era incomodo disparar mientras estas sentado sobre tu trasero. Yo iba a conseguir un calambre en la espalda si no se decidía pronto. El temor había desaparecido, dejando solo un sordo vacío detrás. Yo estaba cansada, y la noche todavía era joven. Muchas horas antes de irme a dormir. Estaba cansada de Olaf. Tenía la sensación de que si no le disparaba esta noche, yo tendría otra oportunidad.

—¿De quién tienes más miedo Anita, de Olaf o de mí? —pregunto Edward. Mantuve mi mirada sobre Olaf y dije:

—De ti, Edward.

—Dile por qué. —Sonaba un como un maestro diciendo a sus estudiantes que decir, pero hice lo que me dijo Edward.

—Porque tú nunca dejarías que yo obtuviera la primera gota de sangre. Tú nunca habrías permitido que tus emociones interfirieran en tu seguridad.

Olaf me miro parpadeando.

—¿No me temes? —Hizo la pregunta como si pareciera decepcionado. Había algo casi juvenil en su decepción.

—Yo no temo nada que se pueda matar —dije.

—Edward se puede matar —dijo Olaf.

—Sí, pero puedes ser matado por cualquiera de los que estamos en esta habitación, esa es la cuestión.

Olaf me miró, perplejo, ahora algo más enojado. Comenzó a bajar el cuchillo, lentamente.

—Déjalo caer —dijo Edward, con voz reservada.

Olaf dejo caer el cuchillo al suelo. Golpeó con un ruido sordo. Me puse de rodillas y luego me escabullí hacia atrás a lo largo del borde de la mesa, bajando el arma mientras me movía. Estaba en la cabecera de la mesa, cerca de Bernardo. Le mire y dije.

—¡Muévete cerca de Edward!

—Yo no he hecho nada —dijo.

—Sólo hazlo, Bernardo. Necesito un poco de espacio en este momento. —Abrió la boca como si fuera a discutir, pero Edward lo paro.

—Hazlo.

Bernardo lo hizo.

Cuando todos estaban al otro extremo de la habitación, enfunde la pistola. Edward llevaba en los brazos una caja de cartón. Llena de archivos. Él la dejo en la superficie de la mesa.

—Tú ni siquiera tienes un arma —dijo Olaf.

—Yo no la necesito —dijo Edward.

Olaf pasó a Edward más allá hacía el pasillo. Yo esperaba que él no volviera, pero dudaba que fuéramos tan afortunados. Por lo que yo había conocido de Olaf hasta ahora, ya sabía porque él no era el amor de nadie.



VEINTE

Un asesinato siempre genera un montón de papeleo, si es un asesinato en serie, puedes ahogarte en el papeleo. Edward, Bernardo y yo estábamos nadando río arriba. Habíamos estado en ello durante aproximadamente una hora y Olaf no había regresado. Tal vez él había decidido hacer las maletas y regresar a casa. Aunque no había oído ninguna puerta o coche, pero no estaba segura de que la casa no estuviera insonorizada. Edward no parecía preocupado por la ausencia de Olaf, así que yo tampoco le di mucha importancia.

Yo había leído los informes de adelante a atrás. Una para obtener una visión general y otra para ver si algo llamaba mi atención. Una cosa lo hizo. Había astillas de obsidiana en los cortes de los cuerpos. Una hoja de obsidiana, tal vez. Aunque estábamos en la parte del mundo equivocada, ¿o no lo estábamos?

—¿Los aztecas alguna vez han llegado tan lejos? —pregunte.

Edward no lo trato como una cuestión extraña.

—Sí.

—¿Así que no soy la primera en señalar que la pista de la obsidiana azteca podría significar magia?

—No —dijo.

—Gracias por decirme que estamos buscando algún tipo de monstruo azteca.

—La gente de la policía hablo con un experto en el área. El profesor Dallas no pudo llegar a alguna deidad o folclore que pudiera coincidir con estos asesinatos o mutilaciones.

—Tú suenas como si lo estuvieses citando. ¿Existe algún informe por aquí? —Miró el montón de papeles.

—En algún lugar.

—¿No hay una deidad azteca a la que como ofrenda los sacerdotes pelaban a alguien, o eran mayas?

Se encogió de hombros.

—El buen profesor no pudo establecer una conexión. Por eso no lo dije. La policía ha estado buscando por el lado de los aztecas por semanas. Y nada. Te he traído aquí para pensar en cosas diferentes, no sigas en lo viejo.

—Me gustaría hablar con el profesor Dallas de todos modos. Si te parece bien. —Me aseguré de que notara mi sarcasmo.

—Mira los primeros informes, trata de encontrar algo que se me haya pasado, entonces te presentaré al profesor Dallas.

Lo miré, tratando de leer detrás de esos ojitos azules y fallando como de costumbre.

—¿Cuándo conseguiré ver al profesor?

—Esta noche.

Eso hizo que levantara las cejas.

—¡Caramba, que rápido, sobre todo porque crees que estoy perdiendo el tiempo!

—Ella pasa la mayoría de las noches en un club cerca de Albuquerque.

—Ella es el profesor Dallas —dije.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué tiene de especial ese club?

—Si tu carrera se basase en la historia y mitología azteca, ¿no te gustaría, simplemente, una entrevista con un azteca de verdad?

—¿Viven antiguos aztecas en Albuquerque? —Trataba de no mostrar la

sorpresa en mi voz.

—¿Cómo?

—Bueno quizás, más bien no vivir —dijo.

—Un vampiro —dije. El asintió de nuevo con la cabeza.

—¿Este vampiro azteca tiene un nombre?

—El Maestro de la Ciudad se llama a si misma Itzpapalotl.

—¿No es como una Diosa Azteca? —pregunte.

—Sí, lo es.

—Hablando de delirios de grandeza. —Mire hacia su cara, intentando conseguir una pista.

—¿Hablaron los policías con la vampiresa?

—Si.

—¿Y?

—Ella no fue útil.

—No le creíste, verdad.

—Tampoco la policía. Pero ella estaba en el escenario en su club durante por lo menos tres de los asesinatos.

—Así tubo una coartada —dije.

—Es por eso que quiero que leas los primeros informes, Anita. Nos hemos perdido algo. Tal vez tú puedas averiguar qué, pero no si sigues buscando fantasmas aztecas. Levantamos esa piedra, y tanto como la policía quiere que sea el Maestro de la Ciudad, no lo es.

—¿Entonces por qué me llevas a verla esta noche?

—Sólo porque no esté asesinando, no quiere decir que no pueda tener información que nos ayude.

—La policía la interrogó —afirmé.

—Sí, pero es gracioso como a los vampiros no les gusta hablar con la policía, y lo mucho que les gusta hablar contigo.

—Te das cuenta que me acabas de decir que vamos a ver al Maestro de la Ciudad de Albuquerque esta noche.

—Yo no te iba a llevar allí hasta que consiguieras algo astuto acerca de ello. Esperaba que realmente no llegaras hasta el ángulo azteca hasta que leyeras todo primero.

—¿Por qué?

—Te lo dije, es un callejón sin salida. Necesitamos nuevas ideas. Cosas en las que no hemos pensado, no cosas que la policía ya ha dejado fuera de la lista.

—Pero tú no has sacado a esta Izta… lo que sea, de tu lista, ¿verdad?

—La Diosa te permitirá llamarla por la traducción de su nombre en inglés, Mariposa de Obsidiana. Es también el nombre de su club.

—Crees que está involucrada, ¿no?

—Creo que ella podría saber algo que compartiría con un nigromante, pero no con un ejecutor de vampiros.

—Así que mejor ir fuera de servicio, por así decirlo.

—Por así decirlo.

—Soy el siervo humano de Jean-Claude, una tercera parte de su triunvirato de poder. Si voy ante el Maestro de esta ciudad sin las credenciales de la policía, entonces voy a tener que jugar a la política vampírica. Odio la política vampírica. —Edward miro por encima de la mesa.

—Cuando tú hayas leído el último informe de los testigos esta noche, tú puedes cambiar de opinión. Incluso la política vampiro parece buena después de leer bastante de esta mierda.

—Caray, Edward, suenas casi amargo.

—Yo soy el experto en monstruos, Anita, y no tengo ni un indicio de mierda.

Nos miramos el uno al otro, de nuevo tuve una muestra de su miedo, su impotencia, las cosas que Edward no sentía. O al menos eso pensaba. Bernardo llegó con la bandeja de café. Debió notar algo en el aire, porque dijo:

—¿Me perdí algo?

—No —dijo Edward y volvió a los papeles de su regazo. Me levante y comencé a ordenar papeles.

—Tú no te has perdido nada.

—Me encanta que me mientan.

—No estamos mintiendo —dije.

—Entonces, ¿Por qué el nivel de tensión es tan alto?

—Cállate, Bernardo —dijo Edward. Bernardo no se lo tomó como un insulto. Cerró el pico y le dio el café.

Arreglé todos los informes de testigos que pude encontrar, luego pasé las siguientes tres horas leyéndolos. Yo leí los informes de adelante a atrás y no descubrí nada que la policía o Edward no vieran semanas antes. Ahora yo estaba buscando algo nuevo, algo que la policía, Edward, los expertos que habían llamado, que nadie hubiera encontrado. Sonaba egoísta, pero

Edward parecía seguro de que lo encontraría, lo que fuera. Aunque yo estaba empezando a preguntarme si tenía confianza en mí o era pura desesperación por parte de Edward, lo que lo hacía estar tan seguro de que encontraría algo. Yo daría mi mejor tiro, y eso era todo lo que podía hacer.

Mire varias pilas de informes de testigos y me dispuse a leerlas. Sé que la mayoría de la gente lee cada informe en su totalidad, o casi en su totalidad, a continuación pasa al siguiente, pero en un delito en serie buscas un patrón. A cerca de los asesinatos en serie había aprendido a dividir los archivos en partes: las declaraciones de los testigos, las imágenes de las escenas del crimen, etc… a veces miraba las imágenes primero, pero yo lo aplazaba. Había visto bastante en el hospital como para hacerme aprensiva. Así que las fotos podían esperar, y yo todavía podía hacer un trabajo legítimo sin tener que ver todos los horrores. Lo retrasaba con un propósito, ¿Qué podría ser mejor?

Bernardo se mantuvo haciéndonos café y continuó jugando al anfitrión, yendo y viniendo cuando el café comenzaba a escasear, ofreciendo comida, aunque nosotros no quisiéramos. Cuando él me trajo mi enésimo café, le pregunte:

—No es que no esté agradecida, pero tú no me pareces del tipo doméstico, Bernardo. ¿Por qué la rutina del perfecto anfitrión? Ni siquiera es tu casa. —Él tomó la pregunta como una invitación para moverse más cerca de mi silla hasta que su muslo toco mi brazo, pero no me tocaba a propósito.

—¿Quieres pedirle a Edward que vaya por café? —Mire a Edward a través de la mesa. Él no se molestó en levantar la mirada de los documentos de sus manos.

Le sonreí.

—No, estaba pensando en hacerlo yo. —Bernardo se volvió e inclino su trasero hacia la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Los músculos de sus brazos ondularon como si los doblara para mi beneficio. Yo no creo que él supiera de que lo hacía, era como un hábito.

—¿De verdad?

Lo mire y bebí el café que me había llevado.

—Eso estaría bien.

—He leído los informes más de una vez. No los quiero leer de nuevo. Estoy cansado de jugar a los detectives y sólo deseo salir a matar algo; o al menos algo de lucha.

—Yo también —dijo Edward. Nos miraba con sus fríos ojos azules.

—Pero tenemos que saber con lo que estamos luchando, y la respuesta a eso está aquí en alguna parte. —Hizo un gesto hacia el montón de papeles.

Bernardo sacudió la cabeza.

—Entonces, ¿Por qué no la tenemos o la policía no encontró la respuesta en todo este papel? —Paso el dedo por la pila más cercana.

—No creo que el papeleo vaya a atrapar a ese cabrón.

Yo le sonreí.

—Estás aburrido.

Él me miro, con una expresión en su cara un poco sorprendida, entonces se río, con la cabeza hacia atrás, y la boca como si estuviera aullando a la luna.

—Tú no me conoces lo suficiente para saber eso. —La risa todavía chispeaba en sus ojos castaños. El pecho se me apretó de repente por la falta de Richard. Mire los papeles de mi regazo, no estando segura de lo que mis ojos mostrarían. Si mis ojos mostraban tristeza, no quería que Bernardo lo viera. Si mis ojos mostraban deseo, yo no quería que lo malinterpretara.

—¿Esta aburrido, Bernardo? —pregunto Edward.

Bernardo se volvió para poder ver a Edward, con un mínimo movimiento. Puso su pecho desnudo frente a mí.

—Ni mujeres, ni televisión, nada que matar, aburrido, aburrido, aburrido.

Me encontré mirando su pecho. Tenía ganas de levantarme de mi silla derramar los papeles por el suelo y recorrer con mi lengua su pecho. La imagen era tan fuerte, que tuve que cerrar los ojos. He tenido sentimientos como este alrededor de Richard y Jean-Claude, pero no con desconocidos. ¿Por qué me afectaba tanto Bernardo?

—Estás bien. —Estaba inclinado sobre mí, tan cerca de mi cara que llenaba toda mi visión. Me eche hacia atrás, empujando la silla y levantándome. La silla cayó al suelo, los papeles se derramaron por todas partes.

—Mierda —dije con alteración. Agarre la silla.

Él se agachó para ayudarme a recoger los papeles. Su espalda desnuda se curvo en una línea encorvada y empezó a recoger los papeles. Observe la manera en que los pequeños músculos de su espalda trabajaban, fascinada.

Me alejé de él. Edward me observaba desde el otro lado de la mesa. Su mirada era pesada, como si supiera lo que estaba pensando, sintiendo. Yo sabía que no era cierto, pero él me conocía mejor que nadie. Yo no quería que nadie supiera que Bernardo me atraía injustificadamente. Era demasiado embarazoso. Edward dijo:

—Déjanos en paz por un tiempo, Bernardo.

Bernardo se quedó con el puñado de papeles, mirándonos de uno al otro.

—¿Me he perdido algo?

—Si —dijo Edward—. Ahora vete. —Bernardo me miró. Parecía que me preguntaba a mí, pero no dije nada. Podía sentir mi cara ilegible y vacía. Bernardo suspiró y me entregó los papeles.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Yo te lo diré —dijo Edward.

—Maravilloso, yo estaré en mi cuarto, hasta que mi padre decida que me dejará salir. —Se fue por la puerta más cercana, por la que Olaf había desaparecido.

—A nadie le gusta ser tratado como un niño —dije.

—Es la única manera de tratar con Bernardo —dijo Edward. Su mirada era firme en su rostro, y parecía demasiado dura para mi comodidad.

Empecé a ordenar los documentos de mis manos. Utilice el espacio que quedaba libre en la mesa que había utilizado horas atrás, cuando todavía estaba revisándolos. Me concentre en la clasificación y no mire hacia arriba hasta que lo sentí a mi lado. Lo mire entonces y encontré que sus ojos no estaban en blanco. Eran intensos, pero todavía no los podía leer.

—Dijiste que no habías estado saliendo con ellos durante seis meses.

Asentí.

—¿Has estado saliendo con alguien más? —pregunto.

Negué con la cabeza.

—Nada de sexo, entonces —dijo.

Sacudí la cabeza de nuevo. Mi corazón latía más rápido. Yo no quería seguir con esto.

—¿Por qué no? —pregunto.

Mire hacia otro lado, no queriendo ver sus ojos.

—Yo no tengo ninguna autoridad moral para predicar, Edward, pero yo no tengo sexo casual, ya lo sabes.

—Casi te derrites cada vez que Bernardo se acerca a ti.

El calor subió a mi cara.

—¿Se nota tanto?

—Sólo para mí —dijo.

Yo estaba agradecida por eso. Hablé sin mirarlo.

—Yo no lo entiendo. Es un cabrón. Incluso mis hormonas tienen más gusto que eso.

Edward estaba apoyado en la mesa, con sus brazos sobre su camisa blanca. Era exactamente como Bernardo se había puesto, pero nada pasó, y no creía que fuera solo por la camisa. Edward simplemente no me afectaba de esa manera y nunca lo haría.

—Es guapo y tú estás caliente. —El sonrojo había sido un colorete, estalló hasta que sentí como mi piel quemaba.

—No lo digas así.

—Es la verdad.

Entonces lo miré y dejé que viera la ira en mis ojos.

—¡Maldito seas!

—Tal vez tu cuerpo sabe lo que necesita.

Abrí mis ojos ante él.

—¿Qué quieres decir?

—Un polvo sin complicaciones es bueno. Eso es lo que quiero decir.

Aun se le veía tranquilo, impasible, como si hubiera dicho algo totalmente diferente.

—¿Qué estás diciendo?

—Fóllate a Bernardo. Dale a tu cuerpo lo que necesita. Tú no tienes que volver con los monstruos para hacer el amor.

—No puedo creer que me hayas dicho eso.

—Sexo. ¿Por qué no? Si tienes a otra persona, ¿no será más fácil olvidar a Richard y a Jean-Claude? ¿No es parte de su poder sobre ti? Sobre todo del vampiro. Admítelo, Anita. Si no estás en celibato, no te falta mucho.

Abrí la boca para protestar, pero la cerré y pensé acerca de lo que había dicho. ¿Estaba en lo cierto? ¿Era esa la razón por la que seguía bebiendo los vientos por ellos? ¿La falta de sexo? Si, supongo que así es, pero no era sólo eso.

—Echo de menos el sexo, sí, pero echo de menos la intimidad, Edward. Echo de menos mirar a los dos y saber que son míos. Saber que puedo tener cada pulgada de ellos. Echo de menos el domingo después de la iglesia y

ver con Richard películas viejas. Echo de menos ver como Jean-Claude me ve comer. —Sacudí la cabeza—. Los echo de menos a ellos, Edward.

—Tu problema, Anita, es que no sabes hacer nada sencillo sin que te muerdan el culo.

No sabía si sonreír o gritar, así que mi voz sonó entre divertida y enojada.

—¿Y tu relación con Donna es tan sencilla?

—Lo fue al principio —dijo—. ¿Puedes decir lo mismo de alguna de las tuyas?

Sacudí la cabeza.

—Yo no soy una persona informal, Edward, en nada.

Suspiró.

—Ya lo sé. Cuando das tu amistad, es de por vida. Cuando odias a alguien, es para siempre. Cuando dices que vas a matar a alguien, lo haces. Una de las cosas que no funciona con tus chicos es que para ti, el amor debe de ser para siempre.

—¿Y qué hay de malo en eso?

Sacudió la cabeza.

—A veces olvido lo joven que eres.

—¿Y qué significa eso?

—Eso significa complicarse la vida, Anita. —Levanto la mano antes de que pudiera discutir, y me dijo—: Sé que lo enredado que es con Donna, pero no me metí en esto a la ligera, lo que significa que formo parte de algo. Tú quieres todo, como la vida y la muerte. Pero sólo la vida y la muerte son la vida y la muerte.

—¿Y tú crees que dormir con Bernardo va a arreglar eso?

—Sería un buen comienzo —dijo.

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Tú última palabra? —pregunto.

—Si —dije.

—Bien no lo intentare de nuevo.

—Genial —dije y estudie la vacía cara de Edward.

—Estar con Donna te ha hecho más personal, más cálido y más difuso. No me siento cómoda con el nuevo Edward.

—Ni yo —dijo.

Edward volvió a su lado de la mesa y los dos empezamos a leer de

nuevo. Por lo general el silencio era normal y no forzado. Pero este silencio se llenaba de consejos no dichos, yo con respecto a Donna y el con respecto a los chicos. Edward y yo jugando a Querida Abby el uno con el otro. Hubiera sido divertido sino fuera tan triste.



VEINTIUNO

Una hora más tarde, yo ya había terminado con los informes de los testigos. Estiré la parte baja de mi espalda, mientras seguía sentada en la silla, doblando lentamente la cintura hasta que mis manos tocaron el suelo o casi lo tocaron. En tres tramos, ya podía presionar mis manos en el suelo. Mejor. Me levanté y miré el reloj. Medianoche. Me sentía tiesa y extraña, alejada de la calmada habitación y los alrededores pacíficos. La cabeza la tenía llena de lo que había leído, y lo que había leído no era pacifico.

De pie pude ver a Edward. Él se había movido al suelo, acostado, el montón de informes estaban frente a él. Si me hubiera acostado, me habría dormido. Edward siempre tuvo una voluntad de hierro. Me miró. Tenía una idea de lo que estaba viendo. Había pasado a las fotografías. Algo debió brillar en mi cara, porque puso las fotos boca abajo contra su pecho.

—¿Has terminado?

—Con los informes de los testigos, sí. —Sólo se quedó mirándome.

Fui hacia la mesa y me senté en la silla que había estado utilizando durante la noche. Él se quedó tendido en el suelo. Habría dicho como un gato satisfecho, pero había algo más en él de reptil que de felino, frialdad. ¿Cómo podía Donna no saberlo? Sacudí la cabeza. Negocios, concéntrate en los negocios.

—La mayoría de las casas están aisladas, principalmente a la riqueza de los propietarios. Ellos tienen dinero suficiente para pagar la tierra y la vida privada. Sin embargo, tres de las casas están situadas en la periferia como los Bromwells, con vecinos por todas partes. Esos tres ataques ocurrieron en una de las pocas noches que todos los vecinos habían salido.

—¿Y? —dijo.

—Pensé que iba a ser una sesión de lluvia de ideas. Quiero tus ideas.

Sacudió la cabeza.

—Te he traído aquí por un par de ojos frescos, Anita. Si te digo todas nuestras ideas antiguas, podría llevarte por el mismo camino equivocado que ya hemos tomado. Dime lo que ves.

Fruncí el ceño. Lo que decía tenía sentido, pero aun así pensaba que me ocultaba algo. Suspiré.

—Si se tratara de una persona, yo diría que vigila noche tras noche las casas, esperando esa noche, cuando todos los vecinos estuvieran fuera. Pero ¿sabes cuantas probabilidades hay que una calle entera quede vacía una noche en los suburbios?

—Pocas probabilidades —dijo Edward.

Asentí.

—¡Tienes razón! Unas pocas personas tenían planes esa noche, Otra familia iba a la cena mensual con sus suegros. Dos parejas diferentes se quedaron a trabajar hasta tarde, pero el resto de la gente no tenía planes, Edward. Ellos sólo salieron de sus casas a la misma hora la misma noche por diferentes razones.

Él me miraba, en blanco, pero directamente, intenso y neutral, al mismo tiempo. Por su cara no podía saber si le estaba contando algo que había oído docenas de veces, o algo totalmente nuevo. El sargento Dolph Storr le gusta mantenerse neutral y no influir en su gente, así que estaba un poco acostumbrada, pero Edward hacia que Dolph pareciera positivamente cargado de influencia. Seguí pero era como arrastrarse por el barro sin ningún tipo de empuje.

—El detective a cargo del segundo caso, se dio cuenta de eso también.

Salió de su línea para preguntar por qué abandonaron sus casas. Las respuestas son casi idénticas como para que la policía se pare a pedir detalles.

—Vamos —dijo Edward con el rostro todavía en blanco.

—¡Maldita sea, Edward! Has leído los informes. Solo estoy repitiendo lo que ya sabes.

—Pero tal vez acabes en algún lugar nuevo —dijo—. Por favor, Anita, termina tu idea.

—Todos se pusieron inquietos. Un impulso para ir a tomar un helado con los niños. Una mujer que decidió ir al mercado a las once de la noche. Algunos de ellos acabaron en sus coches y fueron a dar un paseo, a ningún lugar en particular. Simplemente tenían que salir un rato. Un hombre la describió como la fiebre de la cabina. Una mujer, la señora Emma… mierda. He leído demasiados nombres en un espacio demasiado corto de tiempo.

—¿Era un nombre raro? —pregunto Edward sin un sólo cambio de expresión. Yo le fruncí el ceño y me incline sobre la mesa, para poder llegar a los informes. Rebusque a través de ellos hasta que encontré el que quería.

—La señora Emma Taylor dijo: «*Esa noche me sentí muy mal. Yo no podía soportar estar dentro*». Ella dijo: «*Fuera el aire era sofocante, era difícil respirar*».

—¿Y? —Pregunto.

—Por eso quiero hablar con ella.

—¿Por qué?

—Creo que ella es sensible, si no es un psíquico.

—No hay nada en los informes que indique eso.

—Si tienes un don y tú lo ignoras y pretendes que no es real, no desaparece. Busca otra salida, Edward. Si ella es una sensible fuerte o una psíquica que ha descuidado sus poderes durante años, entonces ella puede tener fases depresivas o maníacas, Ella tiene un historial de tratamiento por enfermedad mental. La gravedad dependerá de lo dotado que esté. —Esto último pareció interesarle.

—¿Estás diciendo que dejar pasar tus capacidades psíquicas puede volverte loco?

—Estoy diciendo que la capacidad psíquica puede disfrazarse como una enfermedad mental. Sé que los cazadores de fantasmas escuchan las voces

de los muertos susurrando en sus oídos, uno de los síntomas clásicos de la psicosis. Los empáticos, personas que sienten lo que otras personas, pueden estar deprimidos porque está rodeado de personas deprimidas, y no saben cómo protegerse. Los clarividentes realmente fuertes pueden pasar sus vidas recibiendo visiones de todo lo que tocan, no pueden apagarlo, siguen viendo cosas que no existen. Psicosis. La posesión demoníaca puede ocultarse como personalidad múltiple. Podría darte ejemplos durante una hora entre las coincidencias de las enfermedades mentales y los diferentes tipos de poder.

—Tienes tu punto —dijo. Se sentó y no parecía tenso. Tal vez el suelo era bueno para su espalda—. Todavía no entiendo por qué quieres hablar con esa mujer. El informe fue hecho por el detective Loggia. Era muy completo. Hizo buenas preguntas.

—Te has dado cuenta que hizo más tiempo que el resto de los policías, al igual que Yo.

Edward se encogió de hombros.

—A Loggia no le gustó la forma en la que todos desaparecieron. Malditamente conveniente, pero él no consiguió nada que atara a esas personas juntas tras una conspiración.

—¿Una conspiración? —Casi me reí, pero me detuve al ver la gravedad de su cara.

—¿Alguien realmente sugirió que un vecindario entero de clase alta y un vecindario de clase media conspiraron juntos para matar a esas personas?

—Era la única explicación lógica de por qué todos se fueron con alrededor de unos treinta minutos de diferencia la noche de los asesinatos.

—¿Así que investigaron a todas esas personas? —pregunté.

—De ahí es de donde vienen algunos de los trámites administrativos adicionales.

—¿Y? —dije.

—Nada —dijo Edward.

—¿Nada? —dije sorprendida.

—Algunas disputas sobre niños que destruían flores, un hombre que murió mientras estaba con la esposa de su vecino de al lado. —Edward sonrió—. El hombre tuvo suerte de que el otro hombre se paró en medio de una serie de asesinatos en serie. De lo contrario, seguro que estaría en el principio de su lista.

—¿Podría ser un imitador?

—La policía no se lo vio así y creo que trataron de hacer que las piezas encajaran.

—Te creo. La policía no le gusta dejar cabos sueltos cuando la razón es tan clara. La mayoría de la gente mata por cosas estúpidas, un impulso, que perdió un tornillo.

—¿Tienes alguna explicación lógica para que todas esas personas abandonaran sus casas en el momento adecuado para que el asesino o asesinos hicieran su movimiento?

Asentí.

—Sí.

El me miró con una leve sonrisa en su cara.

—Te escucho.

—Es muy común que la gente se sienta incomoda en los lugares donde hay un espíritu fuerte.

—¿Estás diciendo que lo hizo un fantasma?

Hice un gesto con la mano.

—Espera, espera hasta que termine.

Él asintió con un pequeño movimiento de cabeza.

—Continua.

—Yo no sé si es exacto, pero creo que es como se hizo. Hay hechizos, que supuestamente, pueden hacer que alguien se sienta incómodo en una casa o un lugar. Pero los conjuros que leí en la universidad estaban hechos sobre una persona o una casa, no en una docena de hogares y el doble de personas. Ni siquiera estoy segura de que un aquelarre trabajando juntos pudieran afectar a un área tan grande. No sé mucho en lo referente a la brujería en todo caso. Tendremos que encontrar una bruja y preguntarle. Pero creo que es discutible. Sólo la menciono como una posibilidad.

—Es una posibilidad que la policía no ha trabajado todavía.

—Es bueno saber que no he perdido del todo las últimas cinco horas de mi vida.

—Pero no crees que hayan sido brujas —dijo Edward. Sacudí la cabeza.

—Las brujas creen en la regla de tres. Todo lo que hacen les es devuelto tres veces.

—Lo que va, vuelve —dijo Edward.

—Exactamente, y nadie quiere que esa mierda vuelva sobre ellos tres

veces. Me han dicho que también creen en «haz lo que quieras, sólo si no daña a nadie», pero igual que hay malos cristianos, también hay malos paganos. Sólo porque su creencia diga que algo está mal no significa que alguien no vaya a romper las reglas.

—Entonces ¿crees que algo les causo a todos abandonar sus hogares, justo cuando el asesino lo necesitaba?

—Creo que lo que está haciendo esto es lo suficiente grande y poderoso como para simplemente llegar a un lugar y hacer que la gente se quiera ir, y se vallan.

Edward me frunció el ceño.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir.

—Nuestro monstruo llega, sabe que casa quiere, y llena el resto de las casas con miedo, conduciéndolo de unas familias a otras. Para eso se necesita un infierno de mucho poder, para poder hacer un escudo alrededor de la casa para que la familia asesinada no huya, lo cual es realmente impresionante. Sé que algunas criaturas sobrenaturales pueden arrojar la sensación de malestar a su alrededor. Sobre todo para mantener a raya a los cazadores. Pero no sé nada de que pueda causar este tipo de pánico.

—Así que estás diciendo que no sabes lo que es —dijo, con un pequeño matiz de decepción en su voz.

—Todavía no, pero si estoy en lo cierto, entonces un montón de normas se van al infierno. Muchos vampiros pueden causar miedo a su alrededor, pero no a una escala tan grande, y aunque podrían hacer otras cosas, no podrían proteger la casa del asesinato.

—Se cómo mata un vampiro cuando lo veo, Anita, y este no es el caso.

Yo moví las manos como intentando borrar todo.

—Sólo estoy dando ejemplos, Edward. Incluso un demonio no puede hacer esto.

—¿Qué demonio? —preguntó.

Lo mire, él estaba muy serio, así que le di una respuesta seria.

—Yo no hablaré del tiempo que hace que nadie ve a un demonio, un demonio mayor, en la tierra, pero si se tratara de algo demoníaco, lo hubiera sentido hoy en la casa. Un demonio deja un rastro, Edward.

—¿No podría un demonio muy poderoso ocultar su rastro?

—Probablemente —dije—. Yo no soy un sacerdote, por lo que sé probablemente, pero si mutila a esta gente no creo que se quiera ocultar. —Me sacudí—. No es demoníaco, casi apostaría por eso, pero otra vez no soy

demonólogo.

—Sé que Donna nos puede ayudar a buscar una bruja mañana. No creo que sepa sobre algún demonólogo.

—Sólo hay dos en el país. El padre Simon McCoupen, quien tiene el record en este país por exorcismos realizados, y el doctor Philo Merrick, que enseña en la universidad de San Francisco.

—Parece como si los conocieras —dijo Edward.

—Asistí a una clase impartida por Merrick y a una charla dada por el Padre Simon.

—No sabía que estabas interesada en los demonios.

—Digamos que estoy cansada de correr delante de ellos, sin saber mucho a cerca de ellos.

Me miró, con algo de expectación.

—¿Cómo se ejecuta a un demonio?

Sacudí mi cabeza.

—No voy a hablar de ello después del anochecer. Si realmente quieres saberlo, vuélveme a preguntar cuando este brillando el sol.

Me miró durante un segundo o dos, como si quisiera discutir, pero lo dejó estar. Lo cual era igual de bueno. Hay algunas historias, o recuerdos, que si los dices por la noche, parece que aumentan de peso, de sustancia, como si hubiera algo escuchando, a la espera de oír hablar de ellos otra vez. Las palabras tienen poder. Pero a veces sólo pensar en ellos hace que el aire en una habitación se haga más pesado. Había mejorado durante los últimos años en bloquear mis recuerdos. Era una manera de mantenerse cuerdo.

—Haciendo una lista de asesinos no nos estás consiguiendo más tiempo —dijo Edward—. Ahora, dime lo que es.

—No lo sé todavía, pero es sobrenatural. —Hojeé las páginas hasta que encontré la que había marcado—. Cuatro de las personas que ahora están en el hospital de Santa Fe, las encontraron fuera de sus casas por la noche, sin piel y sangrando. Los vecinos encontraron a los dos restantes.

—Hay una transcripción de la llamada al 911 en alguna parte de este lío. La mujer que encontró a Carmichael estaba histérica al teléfono.

Pensé en lo que había visto en el hospital y traté de imaginar encontrarme así a uno de mis vecinos, tal vez un amigo, en esas condiciones en medio de la calle. Sacudí la cabeza y la imagen me persiguió igualmente. Yo no quería ni imaginármelo. Tenía mis propias pesadillas, gracias.

—No la culpo —dije—. Pero mi punto es este: ¿Cómo podían caminar en esas condiciones? Uno de los supervivientes atacó a un vecino cuando lo iba a ayudar. Le mordió el hombro de tal forma que tuvo que ser trasladado al hospital con las víctimas de mutilación. El doctor Evans dijo que tenían que contener a los pacientes, o ellos trataban de levantarse e irse. ¿No te parece extraño?

—Sí, todo es extraño. ¿Hay un punto en algún lado?

Su voz estaba teñida por un hilo de cansancio.

—Creo que quien saco su piel, estaba llamándolos.

—Llamándolos, ¿Cómo? —preguntó.

—De la misma manera que un vampiro llama a una persona que ha mordido y violado su mente. Pelar la piel o algo que al monstruo le da poder sobre ellos.

—¿Puedes demostrar que las victimas sin piel son llamadas por alguna mano negra?

—No, pero si los médicos dieran su consentimiento, me pregunto si algún superviviente se va y nadie lo detiene. Tal vez las victimas nos lleven directo al monstruo.

—Tú viste el hospital, Anita. No van a permitir que saquemos a uno de sus pacientes y lo pongamos en libertad. Entre tú y yo, no creo que yo mismo pudiera verlos y soportarlo.

—Bueno, el gran Edward, al fin tiene miedo —dijo una voz.

Ambos nos volvimos para ver a Olaf en la puerta. Llevaba pantalones de vestir negros y una camisa de diseño, aunque las mangas de la camisa eran un poco más pequeñas que sus largos brazos. Supongo que no hay mucho donde elegir cuando usas el tamaño de Jolly Green Giant. Se deslizó dentro de la habitación, y si no hubiera pasado tanto tiempo entre vampiros y cambia formas, hubiera dicho que era un buen Delta. Pero como humano, no lo era tanto. Edward lo miraba mientras hablaba.

—¿Qué quieres Olaf?

—¿La chica resolvió tu misterio?

—Todavía no —dijo Edward. Olaf se detuvo en el borde de la mesa más cercana a nosotros.

—Todavía no. ¿Por qué esa confianza en ella?

—Cuatro horas y es la mejor pregunta que se te ocurrió —dije. Olaf se volvió hacia mí con un gruñido.

—¡Cállate!

Di un paso hacia delante y Edward me cogió del codo. Sacudí la cabeza. Di un paso hacia atrás, dándole algo de espacio. A decir verdad, yo no estaba en pie de guerra con Olaf, y yo no podía dispararle sólo por gritarme. Pero él limitaba mis opciones. Edward respondió a la pregunta de Olaf.

—Cuando la miras, Olaf sólo ves la superficie, los pequeños detalles atractivos. Pero debajo de toda esa belleza, ella piensa como un asesino, un policía y un monstruo. Yo no conozco a nadie más que pueda ser un puente entre los tres mundos, así es como ella es. Todos los expertos en lo sobrenatural son especialistas, son brujas, videntes, o demonólogos. —Me miró mientras decía esto último, después miro a Olaf—. Pero Anita es generalista. Ella sabe un poco de todo y ella nos puede decir si tenemos que contactar con un especialista y qué tipo de especialista necesitamos.

—¿Y qué tipo de especialista mágico necesitamos? —Puso mucho sarcasmo en su pregunta.

—Una bruja, alguien que trabaje con los muertos. —Se acordaba de mi petición anterior por lo que descubrí que me estaba prestando atención—. Estamos haciendo una lista.

—Y la comprobaremos dos veces —dije.

Edward sacudió la cabeza.

Olaf se volvió hacía mí.

—¿Es una broma?

—Una pequeña, sí.

—Tal vez no deberías hacer chistes.

Me encogí de hombros. Se volvió hacía Edward.

—Me dijiste todo eso de ella antes de que llegara. Fuiste muy elocuente en lo referente a sus capacidades. Pero hemos trabajado con gente mágica en el pasado y nunca has hablado de ellas como hablas ahora. ¿Qué diablos tiene ella para que sea tan condenadamente especial?

Edward me miro y volvió a Olaf.

—Los griegos creían que antes de que hubieran hombres y mujeres, todas las almas eran una. Entonces las almas fueron separadas, en hombres y mujeres. Los griegos pensaban que cuando uno encuentra la mitad de su alma, tu alma gemela, ella sería tu amante perfecta. Pero yo creo que si encuentras tu alma gemela, serían tan parecidos que no podrían ser amantes, pero aun así serían almas gemelas.

Yo estaba luchando por mantener oculta mi cara de sorpresa después de

este discurso. Esperaba estar teniendo éxito.

—¿Qué quieres decir? —exigió Olaf.

—Ella es la otra mitad de mi alma, Olaf.

—Estás loco —dijo Olaf—, eres un lunático. Almas gemelas. ¡Bah!

Estaba de acuerdo con Olaf en este caso.

—Entonces, ¿por qué la idea de darle un arma de fuego mientras la cazo, es una de mis fantasías? —preguntó Edward.

—Porque estás loco —dijo Olaf.

Oye, oye, que yo no lo había dicho en voz alta.

—Tú sabes que ese es el mayor elogio que puedo dar —dijo Edward—. Si quisiera matarte, Olaf, sólo lo haría. Lo mismo ocurre con Bernardo, por qué sé que soy mejor que los dos. Pero con Anita nunca estaré seguro sin enfrentamos el uno con el otro de verdad. Si muero antes de saber cuál de los dos es el mejor, lamentaría no saberlo.

Olaf se le quedó mirando fijamente.

—No puedes decir que esta chica, esta *Die Zimtzicke* es mejor que Bernardo o yo.

Die Zimtzicke significa mujer pendenciera o pícara. No podía discutir realmente con eso. Suspiré. Olaf ya me odiaba antes. Ahora se sentiría obligado a ser competitivo. Eso no lo necesitaba. Y tan adulada como estaba, no era tranquilizador saber que Edward fantaseaba con matarme. Oh, perdón, cazarme mientras iba armada para ver cuál de los dos era el mejor. Oh, sí, eso era mucho más sano. Mire el reloj. Era la 1:30 a.m.

—Francamente muchachos, yo no sé si sentirme halagada o con miedo, pero si se una cosa. Es tarde y estoy cansada. Si realmente esta noche vamos a ver al gran vampiro malo, entonces paren ahora.

—Tú simplemente no quieres ver las fotos esta noche —dijo Edward.

Sacudí mi cabeza.

—No, no antes de dormir. Yo no quiero leer esta noche los informes forenses. Va a seguir siendo igual de sangriento mañana a primera hora.

—Miedo —dijo Olaf. Se volvió hacia Edward—. Tú alma gemela es una cobarde.

—No, simplemente es honesta.

—Gracias, Edward. —Me puse más cerca de Olaf, de modo que tenía que estirar mi cuello hacía atrás para ver su rostro, que se cernía sobre mí. En realidad no había forma de conseguir un contacto visual decente, así que di un paso atrás para descansar el cuello en un ángulo más cómodo—. Si

hubiera sido un hombre probablemente me sentiría obligado a ver las fotos, para probar que soy digno de los elogios de Edward. Pero una de las cosas buenas de ser mujer, es que el nivel de envenenamiento por testosterona es inferior al de la mayoría de los hombres.

—¿Envenenamiento por testosterona? —Olaf parecía confundido. Probablemente no, sería una sensación nueva para él.

—Llévame a mi habitación, Edward, y después explícaselo. Quiero coger algunas cosas si me voy a entrevistar con vampiros esta noche.

Edward me guió más allá del inquieto Olaf, por la puerta por donde todos parecían desaparecer. El vestíbulo era blanco y sin adornos, de manera que no parecía terminado. Señaló la primera puerta la habitación de Bernardo y la de Olaf estaban pegada a la mía.

—¿Crees de verdad que yo y Olaf estemos pegados es buena idea?

—Que lo ponga a tu lado, muestra que yo no tengo miedo por ti.

—Pero yo lo tengo —dije.

Él sonrió.

—Sólo toma las precauciones básicas. Estarás bien.

—Es bueno que uno de nosotros esté seguro. Por si no lo habías notado, el pesa más de una tonelada.

—Estamos hablando como si fuera una lucha cuerpo a cuerpo. Sé cómo eres, Anita. Si Olaf pasa a través de tu puerta, vas a dispararle.

Estudié su rostro.

—¿Me estas pidiendo que lo mate?

El parpadeó y por un momento pareció sorprendido.

—No, no. Si yo lo quisiera muerto, lo mataría. Te puse al lado de él, porque se lo que piensa. Pensará que es una trampa, demasiado fácil y no actuará esta noche.

—¿Y mañana por la noche?

Edward se encogió de hombros.

—Una noche por vez.

Sacudí la cabeza y abrí la puerta. Edward me llamó antes de que pudiera entrar o incluso encender la luz. Me volví hacía él.

—¿Sabes? La mayoría de las mujeres se pondrían románticas si un hombre les dijera que es su alma gemela.

—No soy como la mayoría de las mujeres.

Su sonrisa se amplió.

—Amén.

Lo mire.

—¿Sabes? Realmente lo que me asusta es que sueñes con darme caza y matarme. Eso es escalofriante, Edward.

—Lo siento —dijo, pero él seguía sonriendo, parecía divertirse.

—Pero honestamente, si hubiera dicho lo de las almas gemelas, y tuviera un significado amoroso, estarías más asustada. Desde que nos conocimos he sabido que algún día podrías matarme, pero enamorarte de mí… Eso sería demasiado raro. —La sonrisa desapareció en una mueca—. Sabes que si nos quisiéramos, nuestra vida sería menos complicada.

—La verdad, Edward. ¿Alguna vez has tenido algún pensamiento romántico referente a mí? —Ni siquiera se lo tuvo que pensar. Sacudió la cabeza.

—Yo tampoco. Me reuniré contigo en el coche.

—Te espero aquí —dijo.

Le miré.

—¿Por qué?

—Yo no quiero que te encuentres con Olaf a la salida si no estoy aquí para detener la pelea.

—¿Por qué lo harías?

Sacudió la cabeza.

—Necesitamos el poder de fuego adicional y me gustaría estar en la cama antes del alba.

—Buen punto.

Entré en la habitación, cerrando la puerta detrás de mí. Hubo un golpe en la puerta casi de inmediato. Abrí la puerta despacio, poco a poco, aunque estaba casi segura de que era Edward. Era Edward.

—Te llevaremos al club como una invitada, como una amiga. Si los vampiros no saben quién eres, serán más descuidados a tu alrededor, y tal vez se les escape algo que tenga sentido para ti, y no lo tenga para mí.

—¿Qué pasa si me descubren durante la noche? ¿Qué pensarán si hay un verdugo de vampiros escondido en su club?

—Les diré que quería ver el mejor espectáculo de la ciudad y pensamos que tal vez no querían un verdugo cerca, pero que estás estrictamente allí en un modo de trabajo sin ejecución.

—¿Crees que les dará igual si voy de trabajo pero sin ejecución?

Sonrió.

—Probablemente. A ella le gusta que sus hombres sean grandes y muy

lindos.

—Ella. Hablas como si la conocieras.

—Ted solo mata a los malos. Él es bienvenido en muchos de los lugares donde se reúnen los monstruos locales.

—Edward, el actor —dije.

—Trabajo bien encubierto.

—Sé que lo haces, Edward.

—Pero siempre te hace sentir incomoda verme hacerlo.

Me encogí de hombros.

—Eres buen actor, Edward, a veces me haces pensar cuanto de tu actuación es real.

Su sonrisa se desvaneció, dejando su rostro en blanco y vacío, hasta que se le escapo una sonrisa.

—Ve a buscar tus cosas, Anita.

Cerré la puerta con él todavía allí. En cierto modo, entendía a Edward más que cualquiera de los hombres con los que estaba saliendo. En otros aspectos era el mayor misterio de todos. Sacudí mi cabeza, literalmente temblando un poco, y mire alrededor de la pequeña habitación. Si regresábamos al amanecer, estaría cansada y eso podría significar descuidada. Decidí hacer algunos cambios ahora mientras estaba fresca.

La única silla de la habitación sería para el pomo de la puerta, pero no hasta que durmiera. Cambie las muñecas en miniatura de china, de la cómoda a la ventana. Si alguien abría la ventana, una o más muñecas caerían. Había un pequeño espejo en la pared que estaba enmarcado con cuernos de venado. Lo puse debajo de la ventana, en caso de que las muñecas no cayeran. Puse la maleta a un lado de la puerta de modo que si se las arreglaban para abrir la puerta sin tocar la silla Olaf tendría que pasar por encima de la maleta. Por supuesto, yo tenía las mismas probabilidades de tropezar con ella al ir al baño. En el momento en que pensé en ello, tuve que ir. Me golpee con ella al ir al baño. Edward estaba fuera asegurándose de que Olaf no me interrumpiera.

Busque en mi maleta. Era ilegal para mí llevar mi equipo de ejecución de vampiros sin una orden judicial de ejecución. Llevarlo sin una era como asesinato premeditado. Pero no hay ninguna ley que me prohíba llevar algunos extras. Yo tenía dos viales de agua bendita con tapones de goma. Tú golpeabas la tapa con el pulgar y ella se abría, algo así como una granada, pero sólo era peligroso para los vampiros. Por lo que era un poco

más amigable que una granada.

Me puse los viales de agua bendita en los bolsillos traseros. Apenas se notaba a través de la tela oscura. Yo ya tenía mi cruz, pero ya me habían arrancado cruces de mi cuello antes, así que tenía algunas para más seguridad. Puse una cruz de plata con una sencilla cadena en uno de mis bolsillos delanteros de mis vaqueros, y otra en el bolsillo de mi chaqueta negra. Abrí la caja de municiones nueva que había preparado.

Tuve que dejar mi apartamento hace ya dos años. Cuando vivía en mi apartamento, ponía munición Glazer en mis armas porque no quería que mis vecinos tomaran una bala perdida. La Glazer no atravesaba las paredes, pero como Edward y algunos de mis amigos policías me habían ayudado había tenido suerte. La Glazer haría añicos los huesos, pero en realidad no pasaban a través del hueso, algo así como la diferencia entre una escopeta y un fusil. Edward había ido a la ciudad para llevarme al campo de tiro y hacerme probar las armas de fuego. Él me había hecho preguntas específicas sobre los tiroteos, y aprendí por que las Glazer habían hecho lo que quería que hicieran, era porque había disparado a quemarropa, cada vez que las había utilizado para matar. Lo que necesitaba era algo que fuera más efectivo para matar a más distancia que la longitud de mi brazo. Eso también explicaba por qué cuando había disparado a algunos vampiros mayores desde cierta distancia, no los había detenido. Tal vez no era más que la edad, pero…

Edward había sido muy convincente. Algo con más poder de perforación, más poder de parada, munición no para detener, sino para matar. Porque seamos sinceros: ¿Cuándo fue la última vez que había herido a alguien que yo no quisiese matar? Herir era un accidente para mí. Matar era el objetivo.

Instale la munición Hornady XTP en mi arma de fuego. Para ser exactos una Luger 9mm 147 JHP/XTP, recubierta de plata, por supuesto. Había otras balas de punta hueca que se expandían mejor, pero algunas de ellas no penetraban bien dependiendo de la masa corporal. Con un vampiro tienes que asegurarte de que le das a algo vital, no sólo de hacer un gran agujero. Había incluso balas que penetraban más en la carne, lo que significaba que eran más fiables para atravesar de un lado a otro. Pero todos los XTP Hornady eran diseñados para pasar el objetivo y «crear un peligro». Esto último era una cita de la explicación de fabricación de Hornady. La munición seguía los requisitos de penetración del FBI. Los

federales, tienen que preocuparse de sí una bala alcanza al malo y lo traspasa, siga viajando. ¿Si golpea a un niño, una mujer embarazada o a una monja en su paseo matinal? Cuando una bala pasa a través de su objetivo, nunca sabes dónde va a terminar. Así que el plan era que la bala alcance el objetivo y no saliera, pero que el objetivo no se levante de nuevo.

Por supuesto, Edward tenía su propia mezcla para matar. Las suyas tenían punta de plata, y llenaba el hueco con agua bendita y mercurio, luego sellaba la tapa con cera. Yo tenía miedo de que la cera atascara las balas en la pistola, pero iban como la seda, suave y confiable, como el mismo Edward. La munición era un infierno de espectáculo. Eso es lo que Edward me había dicho. Yo no había utilizado aún la mezcla sorpresa casera de Edward. Todavía tenía cuidado con ellas. No sabía si era porque todavía tenía miedo de que bloquearan el arma. O solamente eran los nervios. Con esta munición aunque no se pegara en un órgano vital, como el corazón, la cabeza, o algo esencial, aún hacía daño. El agua bendita-mercurio y la plata explotan en el cuerpo del vampiro, y quema todo lo que toca. El agua bendita quema como el ácido. Daña a un vampiro, incluso en una pierna o un brazo con esta mierda, y pierden todo el interés en la pelea, solo quieren detener el dolor.

Me quede mirando las cajas de munición, y finalmente cargue el arma con la Hornady XTP, y deje la munición especial de Edward en su caja. Si tenía que disparar a un vampiro esta noche no tenía una orden judicial de ejecución, y llevar la munición casera era demasiada premeditación. La premeditación es la diferencia entre asesinato en primer grado y el asesinato en segundo grado, o incluso homicidio, si tenías un buen abogado y un jurado encantador. Había gente en la cárcel en este momento por matar vampiros. Yo no quería ser uno de ellos. Además, sólo iba allí a hacer preguntas, nada importante. Pero yo sabía mejor que nadie que lo que debería ser simple siempre se vuelve más difícil si se le añade un vampiro. Añadir a un maestro vampiro, de cualquier ciudad, nunca sabes en lo que te estas metiendo. Había matado a tres Maestro de ciudad: uno con una espada, uno con fuego, y otro matando a su siervo humano. Probablemente yo no dispararía esta noche, pero… Agarre mi caja extra de munición casera. Solo haría uso de ellas si utilizaba la primera caja. Si vaciaba el cargador con las trece balas XTP en algo y no moría, todo estaba en el aire. Me preocuparía después por los cargos de asesinato, después de sobrevivir.

La supervivencia en primer lugar. Tratar de mantenerse fuera de la cárcel en segundo lugar. Mis prioridades en orden, deslicé la caja extra en mi bolsillo derecho de la chaqueta y fui a buscar a Edward. Era, después de todo, quien me había enseñado mis prioridades.



Estaba ya con mis pies en la sala cuando Bernardo y Olaf salieron de sus habitaciones. Los dos se habían cambiado de ropa. Bernardo llevaba pantalones de vestir blancos de pinzas. Un chaleco blanco realzaba sus musculosos brazos bronceados. Había añadido pesadas pulseras de plata en su bíceps, y en cada una de sus muñecas. El medallón de un santo brillaba contra la lisa oscuridad de su pecho. La mayor parte de su pelo caía como un sueño negro alrededor de todo el blanco, a excepción de una trenza que caía hacía un lado. Era una trenza gruesa ya que tenía mucho pelo que agarrar, y había tejido cadenas de plata con pequeñas cuentas aquí y allá en su pelo, así cuando entró en la sala hacía un ruido apacible como de campanillas. El me miró a través de la cortina de pelo que acariciaba el lado de su cara, resaltando su rostro por el brillo de la plata contra el negro de la trenza. Era, por lo menos, llamativo.

Tuve que esforzarme por separar mi mirada de Bernardo y mirar a Olaf.

Él se había puesto una camisa negra que lo cubría completamente. Para ocultar su sobaquera, el llevaba una chaqueta de cuero. Quizás hacía demasiado calor para el cuero. Aunque de verdad, con la cabeza totalmente rapada, con vaqueros negros y botas negras con tachuelas y hebillas de plata, la chaqueta de cuero se veía correcta.

—Se ven elegantes. ¿Cuál es el motivo?

—Vamos a un club —dijo Bernardo, como si eso lo explicara.

—Lo sé —dije. Tenía el ceño fruncido.

—Te tienes que cambiar.

Empuje mis pies fuera del sofá.

—¿Por qué?

El anduvo hacía mí. Miré vislumbres de carne oscura por encima de sus mocasines blancos de cuero y el dobladillo de sus pantalones, nada de calcetines. Se paró en la orilla del sofá, como si me hubiera echado hacía atrás, o como si hubiera hecho algún signo de que no me hiciera feliz tenerlo cerca.

—Sé que puedes parecer tan elegante como nosotros. —Me dio una sonrisa de auto-desaprobación—. O tan bueno como Olaf. Tal vez no tan bien como yo. —Sonrió, y era una buena sonrisa, era de esas que podrían derretir una pequeña parte de mi corazón. Pero ya había estado trabajando con mi reacción hacía el. Yo no era esclava de mi libido. Richard y Jean-Claude podrían dar fe de eso. Lo mire en toda su oscura gloria.

—Si no me puedo ver tan bien como tú. ¿Por qué intentarlo?

Su sonrisa se amplió haciendo que su rostro se viera de alguna manera más real y menos atractiva. Menos hermoso, menos estudiado, pero me gustaba más. Dio un paso más cerca, siguiendo con la broma, practicando esa mirada de vuelta. Este hombre sabía cómo coquetear. Pero si alguien lo miraba fríamente, con un enfoque práctico, se veía como un hombre que había hecho esto mil veces, a una gran cantidad de mujeres diferentes. No era halagador.

—Creo que podrías, acercarte a mi gloria, si lo intentamos. —Aún a sabiendas de que era un truco, tuve que sonreír.

—Simplemente no quiero trabajar tan duro, Bernardo.

—Si yo me veo forzado a cambiarme, entonces todos nos cambiamos —dijo Olaf.

Yo lo miré. ¿Era guapo? No realmente, pero tenía algo. Si él pudiera reducir la rutina de chico malo, probablemente podría tener a muchas

chicas en el club, o quizás también si no la redujera. Siempre me asombraba de cuantas mujeres quieren a los hombres peligrosos. Hombre que en el momento que los ves, sabes que son malas noticias. Yo prefiero a hombre más amables, más apacibles, agradables. La amabilidad es sumamente subestimada por la mayoría de las personas.

—No recuerdo que alguien te pusiera a cargo, Olaf. Cuando Edward me pida que me cambie, me cambiaré.

Dio un paso hacia mí, pero fuera lo que iba a decir o hacer, él se detuvo cuando Edward entró en la habitación. Llevaba una camiseta de manga corta roja de seda. Los vaqueros negros eran nuevos, y con su pelo rubio tan largo que era suficiente para que se le rizara un poco, él se veía realmente mono. Aunque Edward nunca parecía mono.

Yo sabía cuándo había perdido. Levanté las manos en señal de rendición y comencé a caminar hacia los dormitorios. Pero me detuve. Me volví hacía el.

—Pensé que me llevabas allí sin policías para que los monstruos pudieran hablar con Anita Blake, verdugo de vampiros. Así que eso significa que no hay basura encubierta.

—¿Por qué cambiarte de ropa es ir encubierta para ti? —pregunto Bernardo.

Me miro, miro a Edward.

—Si quieres mis servicios, tú tomas lo que sea que infiernos lleve en ese momento. No me visto para salir de la oficina —dijo Edward.

—Vamos allí contigo un poco en secreto. Mira alrededor del club, conoce a los monstruos, antes de que ellos sepan quién eres.

—¿Por qué?

—Tú sabes la respuesta.

—¿Quieres que mire a su alrededor? Que utilice mi experiencia antes de que ellos sepan que tengo experiencia. —Él asintió—. Pero también quieres que sea Anita Blake e impresione a los monstruos.

—Si —dijo.

—Es difícil hacer ambas cosas.

—Se una turista hasta que lo sepan y después se tú misma.

—Lo mejor de ambos mundos —dije.

—Exactamente.

Lo mire.

—¿Es este tu plan? ¿No hay nada oculto?

Me sonrió y era la sonrisa de Ted, lenta, perezosa, inocente.

—¿Te haría yo eso?

Sacudí mi cabeza y me dirigí hacía los dormitorios.

—Olvida mi pregunta. Me voy a poner algo más… de fiesta —dije sin volverme.

Edward no me llamo para que me volviera y decirme que no necesitaba cambiarme, así que seguí caminando. Esta noche, al parecer, íbamos encubiertos. Odio el trabajo encubierto. Soy tan terriblemente mala en ello.

Yo no había hecho la maleta pensando en ir a un club. Me puse el más nuevo de mis vaqueros negros. Tendría que llevar las Nike porque no había traído otra cosa. Excepto más Nike. Todas mis camisas eran iguales solo de diferentes colores y uno o dos estilos. Si encuentro algo cómodo, he a prendido a comprar duplicados si me gusta algo, y de varios colores. Esto significa que uso el estilo del año pasado, mucho después de que la tendencia de moda haya cambiado, pero tampoco es que me importe.

Tenía una camiseta de algodón azul con un escote redondo. Casi todas las camisas que había traído tenían un escote redondo. El azul era un poco más suave que el resto de los colores que tenía. Añadí un poco de sombra de ojos, delineador como para dramatizar, y suficiente rímel para mis pestañas, un toque de colorete y un poco de pintalabios rojo oscuro.

Realmente no podía mirarme bien en el pequeño espejo, pero al menos el maquillaje se veía bien. La funda del hombro era muy negra sobre la camisa azul, pero la chaqueta negra se encargó de taparla. Como no podía sacarme la chaqueta sin hacer parpadear a los chicos, añadí en mis muñecas unas vainas con cuchillos. Si iba a llevar toda la noche la chaqueta, también podía llevar los cuchillos. Además nunca se sabe cuándo puedes necesitar una buena lámina. Pasé el cepillo por mi pelo y terminé. Al parecer me veía bien, porque Bernardo dijo:

—Ya te lo dije. Si hubieras traído un vestido, estarías más guapa que yo.

Sacudí la cabeza.

—No, yo no lo creo, pero gracias por decirlo.

—Vamos —dijo Edward.

—Ella está enseñando demasiado pecho —dijo Olaf. Mire su camisa negra transparente.

—Puedo ver tus pezones.

Su rostro se ensombreció. Creo que en realidad era pudor.

—Zorra.

—Sí, claro, tú y el caballo que montaba delante —dije.

Edward se movió entre nosotros, aliviando la tensión del hombre más grande. Para mi él dijo:

—No te burles de él, a menos que desees un problema.

—El empezó —dije. Nos miró a los dos, con ese hielo en la mirada que le había visto llevar cuando mataba.

—No me importa quién lo inicie, pero yo lo voy a terminar. ¿Está claro? —Edward miro de Olaf a mí, a continuación de uno a otro. Poco a poco, ambos asentimos.

—Está claro —dijo Olaf.

—Cristalino —dije.

—Bien. —Su rostro se transformó en una cara sonriente, de alguna manera parecía algunos años más joven. ¿Cómo lo hacía?—. Entonces, vamos.

Nos fuimos.



VEINTITRES

El club, La Mariposa de Obsidiana, estaba situado entre Santa Fe y Albuquerque. El club estaba retirado de la carretera, como uno de esos casinos indios. Era un atractivo club turístico de clase alta. El parqueo estaba tan lleno y tuvimos que dar vueltas hasta encontrar un lugar.

El edificio imitaba a un templo azteca. O todo lo que se podía parecer a un templo real. Pero el exterior del edificio parecía un set de rodaje. Los perfiles del edificio estaban trazados por neón rojo y el nombre era de más neón rojo. Había un cordón en la esquina del edificio, que separaba la oscuridad caliente del verano. Esta no era mi ciudad. Yo no sabía quién era el director, así que no me podía saltar la línea. Pero tampoco me quería parar en ella.

Edward camino hasta el cordón, confiado, como si supiera algo que yo no. Lo seguimos como perritos obedientes. No éramos el único grupo intentando entrar en el club. Pero si éramos el único cuarteto no formado

por parejas. Para mezclarnos al menos necesitábamos a otra mujer. Pero Edward no parecía estar tratando de mezclarse. Se acercó a la cabeza de la fila donde un enorme tipo de anchos hombros de ascendencia india estaba con el pecho descubierto, llevando lo que parecía una falda, pero que probablemente no lo era, y un pesado collar de oro falso que cubría la mayor parte de sus hombros como un manto. Llevaba una corona de plumas de guacamayo y otras pequeñas plumas que no podía identificar.

Si este era sólo el guarda de la puerta, yo estaba realmente interesada en ver el espectáculo. Aunque yo tenía la esperanza de que tuviera acceso a montones y montones de loros de compañía y no hubieran sacrificado a ningún ave para la ropa.

—Estamos con la profesora Dallas. Ella nos espera —dijo Edward con su mejor tono amigable. El hombre adornado de oro y plumas dijo:

—Nombres. —Se cruzó de brazos y miro una libreta que había tenido todo el tiempo en su mano.

—Ted Forrester, Bernardo Spotted-Horse, Olaf Gundersson y Anita Lee.

El último nombre me detuvo. De verdad iba en serio con lo de ir de incógnito.

—Identificación.

Luche duro para mantener mi cara en blanco, pero fue difícil. Yo no tenía ninguna identificación falsa. Mire a Edward. Le entregó su licencia de conducir al hombre, y a continuación, sin dejar de sonreír dijo:

—Y ahora no estás contenta de que te hiciera dejar tu ID en el coche. —Y le entregó una segunda licencia al hombre.

Nos miró a ambos durante más tiempo del que debería hacer, como si sospechara algo. Mis hombros estaban tensos, esperando que me mirara y dijera, ah-ah, identificación falsa, pero no lo hizo, le entrego las dos licencias a Edward y se giró hacía Bernardo y Olaf. Se retrasó con sus licencias, como lo había hecho antes.

Edward se acercó a mí y me dio la licencia. La tome y la mire. Era una licencia de Nuevo México con una dirección que no conocía. Pero era mi foto y decía Anita Lee. La altura, el peso y el resto de las cosas eran exactas, solo el nombre y la dirección eran equivocadas.

—Es mejor que la guardes en tu bolsillo. Para tenerla cerca cuando la necesites otra vez —dijo.

La puse en mi bolsillo, al lado de mi otra licencia, un lápiz de labios,

algo de dinero y una cruz adicional. Yo no sabía si sentirme alagada o enojada de que Edward hubiera creado una identidad falsa para mí. Por supuesto no era más que una licencia, pero sabiendo cómo era Edward habría algo más que eso. Por lo general, era así.

Las grandes puertas dobles se abrieron por otro hombre musculoso con falda, aunque no tenía una corona de plumas o un collar llamativo. Un gorila de menor rango, al parecer. Las puertas llevaban a una habitación oscurecida por un tipo de incienso que no conocía. Las paredes estaban completamente cubiertas por gruesas cortinas, sólo otro conjunto de puertas dobles marcaban el camino. Otro portero, este rubio y con piel bronceada como la miel, abrió la puerta. Había plumas tejidas en su corto cabello. El me guiñó el ojo cuando atravesamos la puerta, pero era a Bernardo al que miró más detenidamente. Tal vez sólo estaba buscando armas, pero la verdad es que estaba mirando demasiado a Bernardo. Pero no vería nada en su espalda. Bernardo había movido su arma al frente porque el arma hacía un bulto en su espalda. ¿Quién dijo que un pantalón ajustado no se ceñía?

Entramos en una sala grande, alargada, a oscuras. Las personas se sentaban en mesas de piedra cuadradas que parecían sospechosamente a unos altares. O lo que Hollywood siempre utilizaba como altares. El «escenario» ocupaba la mayor parte de la pared izquierda, pero no era un escenario, no realmente. Estaba siendo utilizado como un escenario, pero era un templo. Era como si alguien hubiera cortado la parte superior de una pirámide y lo hubiera transportado a este club, desde una ciudad lejana en una exuberante selva.

Una mujer apareció delante de Edward. Ella tenía ese toque étnico como el portero de la entrada, con pómulos altos y esculpidos, su pelo caía, negro y brillante hasta las rodillas mientras ella se movía entre las mesas. Ella llevaba unos menús en sus oscuras manos, por lo que asumí que era la anfitriona. Su vestido era rojo con un diseño en negro, y supe en cuanto lo vi que era seda. El vestido era de inspiración oriental, y no correspondía con la decoración de la habitación, ni con las camareras que corrían de acá para allá con unos vestidos flojos de algún material áspero. Las camareras luchaban por mantenerse en sus sandalias, mientras que la anfitriona se deslizaba delante de nosotros con unos zapatos de tacón alto del mismo color escarlata del vestido y una manicura perfectamente hecha.

Ella era hermosa, alta, delgada a la moda, elegante, como una modelo, pero era una nota discordante, como si ella perteneciese a un tema

diferente. Ella nos mostró una mesa que estaba en la parte frontal con vistas al mismo centro del templo. Había una mujer en la mesa, que estaba de pie, y nos ofrecía su mano, nos sentamos. Su apretón de manos fue firme, y su mano era de mi tamaño. Se necesita práctica para tener un firme apretón de manos con las manos de ese tamaño.

La Profesora Dallas, a la cual llaman Dallas, era más pequeña que yo, tan pequeña que con la ropa correcta parecería que aún estaba en la pubertad. Llevaba pantalones Docker. Un polo blanco, con una chaqueta tweed con coderas de cuero, como si hubiera leído el código de cómo vestir de los profesores de universidad y estuviera tratando de cambiar la situación. El pelo le llegaba por los hombros, fino como el de un bebe, medio marrón. Su cara era pequeña y triangular, y tan pálida y perfecta como había querido. Sus gafas eran de alambres dorados y demasiado grandes para su pequeño rostro. Si esta era su idea de ropa de fiesta, alguien debería ayudarla con sus compras. Pero de alguna manera creo que no le importaría una mierda. Me gustaba esta mujer.

Un hombre salió de la puerta irregular en la parte superior del templo. En el momento en el que salió, el silencio se hizo a su alrededor, el público que murmuraba hasta que todo estuvo tan silencioso que podía oír el latido de mi corazón. Yo nunca había visto que una multitud tan grande se tranquilizara con tanta rapidez. Habría dicho que era magia, pero no lo era, no exactamente. Pero sólo la presencia de este hombre era magia. Podría ir con vaqueros gastados y una camiseta y aun así hubiera llamada tu atención. Por supuesto, lo que llevaba puesto era suficiente llamativo por sí mismo.

Su corona era una masa de plumas delgadas y largas, de un extraño color verdoso-azulado, de modo que según avanzaba cambiaban de color como un arco iris encima de su frente. Su capa colgaba hasta las rodillas y parecía hecha de las mismas plumas que su tocado, de modo que se movían en una ola de iridiscencia. El cuarteo que mostraba era fuerte, cuadrado y oscuro. Yo estaba suficientemente cerca como para saber si era guapo o no, pero mirándolo, no estaba segura. Era imposible separar la cara de su presencia, así que la cara no importaba mucho. Era atractivo, no por la longitud de su nariz, o su barbilla, pero simplemente porque sí.

Me encontraba un poco más erguida en el asiento, como para atrapar su atención. En el momento en el que lo hice, sabía que aunque no era magia, era algo. Tenía que luchar por arrancar mi mirada de él, y mirar a los demás

en la mesa. Bernardo lo estaba mirando, como la doctora Dallas. Edward estaba mirando por encima de la multitud silenciosa. Olaf estudiaba a la doctora. La miraba, no como un hombre mira a una mujer, sino como un gato mira un pájaro a través de los barrotes de la jaula. Si Dallas se daba cuenta, no estaba haciéndole caso, pero por alguna razón pensé que ella no se estaba dando cuenta centrada en la presencia del hombre que llenaba el cuarto, su voz rica que cabalgaba en el aire, aun así yo sentía la mirada de Olaf como un escalofrío en mi espina dorsal. Dallas era inconsciente de mi preocupación por ella, sólo un poco, pero estaba segura de que no quería a Olaf a solas con ella. Sus instintos de supervivencia no trabajaban bien.

El hombre, rey o sumo sacerdote, hablaba en tonos ricos. Entendí parte de lo que decía. Algo sobre el mes Toxcatal y un elegido. No me podía concentrar en su voz, mucho más de lo que me podía concentrar en él por mucho de mi parte que pusiera ya que estaba atrapada en el hechizo que él estaba tejiendo en la multitud. No era un hechizo en el verdadero sentido de la palabra, había poder en él, pero no magia. La diferencia entre poder y magia era muy pequeña. Yo me había visto obligada a aceptar este hecho en los dos últimos años.

El sumo sacerdote era humano, pero no tenía una idea de su edad. Simplemente no hay muchas maneras de ser un humano durante siglos. Una forma es ser un siervo humano de un maestro vampiro de gran poder. A menos que Mariposa de Obsidiana fuera más generosa a la hora de compartir su poder que la mayoría de los Maestros de Ciudad que había conocido, el sumo sacerdote le pertenecía a ella.

Él era demasiado poderoso en el eco de su amo como para que ella no fuera su maestro. Los Maestros Vampiros tienen tendencia a destruir o poseer lo que es más poderoso.

El sumo sacerdote había sido poderoso en vida, un líder carismático. Ahora, con siglos de práctica su carisma se había convertido en un tipo de magia. Que fuera un vampiro en pleno derecho no importaba tanto. Si este era el siervo, ¿Cuánto miedo daría el maestro? Me senté en la mesa, doblando mis hombros al sentir la tensión de la sobaquera. Me alegre de haber traído una caja de balas extra. Moví las muñecas lo suficiente para sentir los cuchillos en mis brazos. Yo estaba muy contenta de haber traído los cuchillos. Puedes apuñalar a un vampiro y que siga vivo, pero todavía tienes un punto.

Finalmente fui capaz de separar el poder de su voz de cada palabra. La

mayoría de los vampiros pueden hacer trucos con sus voces. Las palabras en sí mismas son la clave. Dicen hermosa y ves la belleza. Dicen terror y tienes miedo. Pero esta voz tenía poco que ver con las palabras. Era sólo un aura abrumadora de energía como el zumbido de un gran ruido. El público podía pensar que estaban pendientes de cada palabra, pero el hombre podrá haber recitado una lista de comestibles con efectos similares.

Las palabras eran: «*Ustedes lo vieron como el Dios Tezcathpoca en nuestro baile de apertura. Ahora lo ven como un hombre*». Las luces se iban apagando mientras el sacerdote hablaba, hasta que casi todo quedó completamente en la oscuridad, sólo el brillo iridiscente de las plumas lo mostraba cuando se movía. La luz se hizo al otro lado del escenario, mostrando a un hombre, su pálida piel brillaba con las luces en sus descalzos pies igualmente desnudos. Estaba de espaldas a la audiencia y por un momento pensé que estaba realmente desnudo. Nada rompía la curva de su cuerpo, desde sus moldeadas pantorrillas, los muslos, la redondez apretada de sus nalgas, su esbelta cintura, sus musculosos hombros. Su cabello parecía negro bajo las luces, cortado tan cerca de la cabeza que parecía rapado. Se giró lentamente, revelando el más elemental de los tangas, un color tan parecido al de su piel que podías saber que el efecto de su desnudez era un efecto previsto.

Su rostro brillaba como una estrella sin adornos, crudamente bella. Se veía de alguna manera pura y perfecta, pero no era posible. Ningún ser humano era perfecto. Pero era bello. Una línea de pelo negro corría por el centro de su pecho y su estómago como una correa. Nuestra mesa estaba lo suficiente cerca, y su cuerpo era lo suficiente blanco, tanto que podía ver la fina capa de vello que rodeaba sus pezones.

Tuve que mover la cabeza para desconectarme. Tal vez era por el celibato, o tal vez había más magia en el ambiente que la voz del siervo humano. Mire hacía la parte de atrás del escenario y supe que sólo era un truco de luz que su piel pareciera brillar. Mire a la profesora Dallas. Tenía la cabeza inclinada muy cerca de Edward, hablando con él en voz baja. Si veía el espectáculo cada noche, no era nada nuevo para ella, pero la falta de atención que ella le dedicaba al hombre, me hizo girarme y mirar las otras mesas a nuestro alrededor. La mayoría de las miradas, especialmente las mujeres, estaban giradas absortas en el escenario. Pero no todas las miradas. Algunos bebían, jugaban con sus manos, hacían diversas cosas. Me volví al escenario y lo mire, bebí de las líneas de su cuerpo. Maldición,

era sólo yo. O más bien, era la reacción normal humana hacía un hombre casi desnudo y atractivo. Yo hubiera preferido un hechizo. Por lo menos entonces podría culpar a alguien más. Mis hormonas, mi culpa. Necesitaba más pasatiempos, eso era, más pasatiempos. Las luces subieron lentamente hasta que el Sacerdote fue visible una vez más.

—Era tradicional que veinte días antes de la ceremonia, el escogiera a sus novias.

Vislumbré pieles, y por un instante pensé que eran cambiaformas mitad-humano, mitad-bestia. Pero eran hombres vestidos con pieles de leopardo. No sueltas como mantos, sino como si estuvieran cosidas alrededor de su cuerpo. Algunos eran demasiado altos para sus pieles y dejaban al descubierto sus muslos o sus brazos.

Ellos se movían entre las mesas extrañamente elegantes, envueltos en pieles con sus rostros enmarcados por las mandíbulas abiertas de animales muertos.

Un hombre pasó cerca de nuestra mesa y pude ver las rosetas negras que decoraban su piel dorada más de cerca, y no eran leopardos. Me pasaba mucho tiempo con los wereleopardos de St. Louis. Había matado al líder de los wereleopardos porque estaba tratando de matarme, entre otras cosas. Pero había dejado a los leopardos sin un líder y cambiaformas sin líder son carne de cañón. Así que era su líder facto hasta que pudiéramos mejorar. Había estado trabajando en hacerlos una unidad más fuerte de leopardos. Una de las maneras para hacerlo era la cercanía física, no sexo, pero cercanía. Me quedé mirando su piel, y mi mano salió sin pensar. El hombre en movimiento acarició su piel sobre mi mano. Los puntos eran más grandes. Las marcas no eran limpias. Vi las cabezas de los hombres y los rasgos eran más cuadrados, no líneas redondeadas, casi femeninas de los leopardos. Jaguares, eran jaguares, tenían sentido en el tema azteca, pero como con las plumas, me pregunté de donde las habían conseguido, y si era legal. Yo sabía que no era correcto. Yo no creía en la muerte por decoración. Me pongo cuero, porque también se come su carne, se coge todo el animal entero. Nada se desperdicia.

El hombre se volvió y me miró. Sus ojos eran azules, su rostro bronceado como oro pálido que coincidía con la línea de su estómago. En el momento en el que me miró su energía bailó por mi piel como un cálido aliento. Un cambiaformas, genial. Hubo un tiempo, no hace mucho, que tanto poder tan cerca de mí hubiera tenido una respuesta del mío, pero esta

vez no. Me quedé mirándolo fijamente, yo estaba a salvo detrás de mí escudo que se interponía entre mí y toda la mierda psíquica. Le puse inocentes ojos marrones, y se alejó a través de las mesas, como si ya no fuera interesante. Lo que estaba muy bien conmigo.

Yo les respondía, pero su energía llegaba de un lado u otro desde ellos. Hubiera sido peor sin mis escudos. Tenían que ser werejaguares o los trajes eran como una publicidad falsa. De alguna manera, este no parecía un show que prometiera algo que no pudieran entregar.

Los werejaguares recogieron mujeres del público, las llevaban de la mano y las subían al escenario. Una pequeña rubia salió de su asiento riendo. Una mujer baja, con la piel curtida por el sol salió de su asiento con mirada solemne y no parecía tan contenta, pero se dejó llevar. Una mujer hispana como ella se movía como una cortina de ébano. Tropezó con la escalera, y el brazo del werejaguar la salvó de su caída. Ella se rió mientras él la estabilizaba y me di cuenta de que estaba borracha.

Una figura apareció delante de mí, el bloqueaba mi vista del escenario. Mire hacia arriba a una cara oscura enmarcada por unas mandíbulas abiertas. Los ojos de cristal dorados colgando por encima de la cara del hombre, como si el animal muerto me mirara, también. El hombre se acercó más, y me tendió una mano oscura. Sacudí la cabeza. Se quedó con la palma de la mano hacia arriba, esperando. Sacudí la cabeza de nuevo.

—No, pero gracias de todos modos.

Dallas se inclinó alrededor de Edward, a través de la mesa, teniendo casi que arrastrarse para acercarse a mí. Estiró su cuerpo en una línea larga, su cola de caballo calló contra la piedra. La mano de Olaf se extendió sobre la cortina de pelo, y su mirada era extraña como para distraerme de todo lo demás. Su voz me hizo mirar su cara en vez de la de Olaf.

—Ellos necesitan a alguien de tu tamaño y tipo de cuerpo para tener a todas las novias. Alguien con pelo largo. —Ella sonreía—. No sucederá nada malo. —Ella me dio una sonrisa alegre que la hizo parecer más joven.

El hombre se inclinó hacia mí y pude oler su piel y… a él. No el sudor sino su olor, y mi estómago se contrajo, tenía que concentrarme en mi escudo, porque la parte de mí que estaba atada a Richard y su animal quería responder, quería derramarse y revolcarse en su olor. Los impulsos de los animales, de verdad, siempre me tiraban.

La voz del hombre tenía un fuerte acento y parecía inadecuado para susurrar. Era una voz para gritar órdenes.

—No vas a hacer nada que no quieras hacer, pero por favor ven a nuestro templo.

Tal vez fue el acento del hombre o su cara de absoluta seriedad, pero le creí. Aunque aún no me iría con él, pero Edward se inclinó hacia mí y me dijo:

—Turismo, estamos de turismo. —Él no dijo: «Vete con él, Anita. Estamos encubiertos», porque un cambiaformas podría escuchar todo lo que se hablara en la mesa. Pero Edward había dicho suficiente. Yo era una turista. Y una turista iría.

Le di al hombre mi mano izquierda y deje que me levantara sobre mis pies. Su mano estaba caliente. Algunos licántropos parecían adoptar la temperatura de su alter ego. Incluso la piel de Richard era más caliente cerca de la luna llena, pero no era esta noche. Estábamos a unos días de la luna llena, demasiado lejos de la plenitud brillante que llama a sus bestias. El hombre estaba caliente. Demasiado caliente para mi piel.

El sacerdote con sus plumas animó al público a aplaudir a la novicia reacia, es decir, a mí, cuando me uní a la agrupación alrededor del hombre desnudo. El werejaguar me puso al lado de la rubia que se reía. El olor a cerveza era lo suficiente fuerte para hacerme saber que la risa no era sólo de nerviosismo. Perfecto. Mire más allá del hombre, haciendo todo lo posible por ignorarlo, mirando a las dos mujeres al otro lado. La de pelo largo y alta se balanceaba ligeramente sobre sus tacones altos. Su falda era de cuero, y la blusa parecía una camisola roja. La otra mujer era más sólida lo que algunos llamarían más gruesa, pero no lo era. Ella era cuadrada y llevaba una camisa negra suelta sobre el pantalón negro. Ella me miró y compartimos un momento de incomodidad.

La participación del público era enorme, el público quería participar.

—Estas son tus novias —dijo el sacerdote—, tu recompensa. Disfruta de ellas.

La mujer maciza y yo dimos un paso atrás, como si fuera una coreografía. La rubia y la morena se fundieron en sus brazos, abrazándolo y riéndose. El hombre jugó con ellas, pero no eran sus manos las que se paseaban por su cuerpo. Era muy cuidadoso al tocarlas. Al principio pensé que era por el miedo a ser demandado, pero estaba rígido, su cuerpo se endureció cuando las manos de ellas se pasearon por sus nalgas desnudas y eso fue lo que me dijo que no tenía tan buen momento como parecía. Desde el público nunca lo hubiera notado. Él se apartó de ellas pintado con un

lápiz de labios rojo-anaranjado que parecía una herida contra su pálida piel.

Se acercó a nosotras y ambas negamos con la cabeza. Dimos un paso atrás y un paso más cerca la una de la otra. Solidaridad. Me ofreció la mano, no temblaba, pero se estremecía, me di cuenta que no estaba sólo nerviosa, sino asustada.

Susurró:

—Soy Ramona.

Le di mi nombre, ya que parecía importante, sostuve su mano. Me sentía como mamá en el primer día de colegio, cuando los matones te esperaban.

La voz del sacerdote dijo:

—Tú eres su última comida, su última caricia. No reniegues de él.

El rostro de Ramona cambió, era más blando. Su mano cayó lejos de la mía. El miedo se había ido. La llamé suavemente, «Ramona». Pero ella se adelantó, como si nunca me hubiera oído. Se fue hacía los brazos del hombre. La beso con más ternura de la que había mostrado con las otras dos. Ella le devolvió el beso, con tanta pasión y tanta fuerza que lo dejaron pálido y diluido. Las otras dos mujeres estaban de rodillas a su lado, bien porque no se podían mantener en pie, o para poder seguir teniendo sus manos sobre el hombre la nueva mujer. Parecía una versión suave de un cuarteto pornográfico.

Se apartó de Ramona y le dio un beso en la frente como si fuera un niño. Ella se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Es ilegal obligar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad mediante el uso de magia. Mire la cara vacía de Ramona, a la espera, a la espera de lo que venía después. Si hubiera sido yo esta noche en lugar de quién demonios se suponía que era, hubiera dicho algo. Todavía tenía un deber con la policía. Pero la verdad, al menos de que fuera peor, yo no iba aponer al Maestro de la Ciudad en mi contra si ella podía ayudar a resolver los asesinatos de mutilación. Si se detenían los asesinatos, unos pocos juegos mentales podrían ser pasados por alto.

Hubo un tiempo en el que yo no lo hubiera tolerado, un tiempo en el que no habría mirado hacia otro lado por ninguna razón. Dicen que todo el mundo tiene su precio. Una vez pensé que era la excepción a la regla, pero si tenía que dejar que esta buena mujer hiciera algunas cosas que no quería hacer, o ver otra escena del crimen, otro superviviente, podría dejar que tuvieran a la mujer. No tener, en el verdadero sentido de la palabra, pero en

mi experiencia el conocimiento mágico no era permanente en los seres humanos. Por supuesto, hasta esta noche no había conocido ningún siervo humano que pudiera violar mentes. Yo realmente no sabía en cuanto peligro estaba esta mujer, y sin embargo… correría el riesgo con ella, siempre y cuando nada peor pasara. Había reglas, limites. Simplemente los limites no eran los mismo que hacía cuatro años, o dos, o hace un año. El hecho de que dejara que violaran su mente y no me quejara, me molestaba, pero no lo suficiente.

La rubia se apoyó en el hombre y le mordió el trasero, no demasiado fuerte, pero si lo suficiente para hacerlo saltar. Estaba de espaldas a la audiencia, así que seguramente fui la única que vio la ira que reflejo por un momento en su hermoso rostro.

El sacerdote se quedó a un lado del escenario, como si él no quisiera distraer la atención del espectáculo, pero yo sabía que tenía su atención en mí. Todo su poder era como una presión contra mi piel. Su voz dijo:

—Otra novia reacia a dejarlo sólo en su hora de necesidad —sentí su poder y ahora el poder si estaba ligado a sus palabras. Cuando dijo «Necesitamos», sentí la necesidad. Mi cuerpo se reforzaba en ella, pero pude ignorarlo. Sabía que podía estar allí y ser indiferente, si se ponía peor podía oponerme a ello. Sin embargo, ningún humano podría hacerlo. Anita Blake, verdugo vampiro, se quedaba en pie, Anita Lee, se unía la fiesta, bueno… Si me quedaba en pie, el juego habría terminado. Por lo menos se darían cuenta de que no era una turista común. Por cosas como estas es por lo que odio el trabajo encubierto.

Ignore la rica voz del sacerdote y solo me centré en el hombre. Él estaba teniendo problemas en mantener la mano de la rubia fuera de la parte delantera de su tanga. La otra mujer estaba arrodillada en un charco de su propio pelo jugando con una de las correas del tanga. Sólo Ramona estaba allí parada, con la cara en blanco, las manos colgando a los lados, a la espera de órdenes. Pero el sacerdote estaba concentrando todas sus energías en mí. Ella estaba a salvo hasta que terminara conmigo.

La mujer morena bajó el lateral del tanga hasta la cadera y la rubia utilizó esa oportunidad para meter su mano debajo de la tela. Con los ojos cerrados, la cabeza hacía atrás, su cuerpo reaccionó automáticamente agarrando la mano y tratando de sacarla fuera. Al parecer, ella no le estaba haciendo daño, pero no lo dejaba ir.

Dudaba que el club hubiera tolerado este nivel de abuso si el artista

fuera mujer y el miembro del público un hombre. Algunas formas sexistas de doble nivel no funcionan bien para el hombre. Si fuera una mujer alguien se habría precipitado al escenario y la hubiera salvado, pero como era un hombre, él estaba solo. Le toque los hombros a Ramona y la trasladé hacía un lado como si fuera un mueble. Me hizo sentir peor por ser flexible. Pero un problema a la vez. Puse mi mano encima de la de él y saque su mano de la muñeca de la rubia. Su mano no se movió al principio, pero después me miro, realmente me miró. Sus ojos eran grandes, de un suaves gris con un pequeño círculo alrededor del iris como si alguien hubiera utilizado un lápiz negro en sus ojos, así como en sus cejas y pestañas. Ojos extraños. Pero lo que viera en mis ojos debió tranquilizarlo porque soltó a la rubia. Hay un nervio en el brazo a tres dedos de la curva del codo. Si tú golpeas ahí, es bastante doloroso. Puse mis dedos en su carne, para poder encontrar ese nervio y sacarlo a la superficie. Yo estaba enfadada, y quería hacerle daño. Lo hice. Ella dio un pequeño grito, su mano se abrió y pude sacar su brazo hacía atrás, con los dedos aún en el nervio. Ella no luchaba, sólo gemía y me miraba con sus grandes ojos desenfocados, el dolor estaba mandando el alcohol lejos. Si lo mantenía lo suficiente, la podría devolverle a la sobriedad, oh, más o menos en unos quince minutos.

Hablé en voz baja, pero mi voz sonó realzada. El escenario tenía una gran acústica.

—Mi turno. —La mujer morena se arrastró lejos del hombre, demasiado deprisa para su apretada falda, así que se cayó de bruces. Debía de estar muy borracha para caer estando de rodillas. Se apoyó sobre un codo, y con voz raspada, y con pánico dijo:

—Es tuyo.

Dirigí a la rubia a unos pasos más allá del hombre y solté lentamente su brazo. Yo le dije:

—Quédate ahí.

Ella sostuvo su brazo contra su cuerpo, acurrucada sobre él. La mirada que me dio no era amistosa, pero no dijo nada. Creo que ella tenía miedo de mí. Yo no estaba teniendo una gran noche. En primer lugar, dejo que le violen la mente a una buena mujer, entonces aterrorizo a turistas borrachos. Habría dicho, que la noche no podía empeorar, pero lo peor estaba por venir. Mire hacía al hombre casi desnudo, y no sabía qué hacer con él.

Volví junto a él porque no podía imaginar una manera elegante de salir del escenario. Probablemente hubiera echado a perder mi tapadera como

turista, pero Edward había dejado que llevara pistola y cuchillos al club. De hecho, todos nosotros íbamos cargados con todo para los vampiros o lo que sea. Los gorilas, a menos que fueran idiotas, tenían que haber visto algún arma. No era sólo que fuera un verdugo de vampiros, sino que nunca hice bien el papel de víctima. Nunca debería haber subido al escenario, pero ahora era demasiado tarde.

El hombre y yo nos quedamos frente a frente, de espaldas todavía al público. Se inclinó hacia mí, su cálido aliento contra mi pelo. Me susurro:

—Mi heroína, gracias.

Asentí y el pequeño movimiento rozo mi cuello contra su cara. Mi boca estaba seca y me era difícil tragar. Mi corazón estaba latiendo demasiado rápido, demasiado fuerte, como si hubiera estado corriendo. Era una reacción ridícula a un hombre extraño. Yo era terriblemente consciente de lo cerca que estaba, lo poco que llevaba y como mis manos colgaban a mis costados, porque si las movía, las frotaría contra él. ¿Qué era lo que me pasaba? Yo no había sido consciente de los hombres así en St. Louis. ¿Había algo en el aire de Nuevo México? ¿Era sólo la falta de oxígeno por la altitud?

Froto su cara contra mi cuello y me susurro:

—Yo soy César. —Ese pequeño movimiento puso la curva de su mandíbula, la piel de su cuello contra mi cara.

Había un rastro de perfume de las otras mujeres mezclado en su piel, cubriendo su olor limpio, pero debajo de todo eso había un olor más agudo. Era el olor de la carne humana caliente, ligeramente almizcleño, tan rico que casi era un olor húmedo, como si pudieses bañarte en el olor como en el agua, pero en agua caliente, caliente como la sangre, más caliente. El olor era tan fuerte que oscilaba, y por un segundo podía sentirlo acariciando la piel de mi cara como terciopelo. Mi memoria sensorial se vertió por mí, y ahogó todo mi cuidadoso control. El poder se vertió a lo largo de mi piel. Había logrado cortar los lazos directos que me unían a los chicos, pero las marcas todavía estaban ahí, saliendo a la superficie a ratos, como en este momento. Los cambiaformas siempre se reconocen mutuamente. Sus animales siempre saben, y aunque yo no tuviera mi propia bestia, yo tenía un pedazo de Richard. Ese pedazo reaccionó ante César. Si lo hubiera estado esperando, yo hubiera podido ser capaz de impedirlo, pero ya era demasiado tarde. No era peligroso, sólo un derramamiento de calor, impulsos a través de mi piel, un baile de energía que no me pertenecía.

César se echó hacia atrás como si se hubiera quemado, después sonrió. Era una sonrisa de complicidad, como si compartiéramos un secreto. No era el primer cambiaformas que me confundía con uno de ellos. Que yo supiera, yo era uno de los únicos seres humanos que podría hacerle frente a un cambiaformas. Este era un weretigre, no un hombre lobo, pero los problemas eran similares. Era parte de un triunvirato vampiro, y nosotros no estábamos muy felices.

Las manos de César fueron hasta ambos lados de mi cara, dudando justo encima de mi piel. Yo sabía que él estaba sintiendo el empuje de energía como un velo que debía ser dejado de lado al tacto. Excepto que él no lo hizo. El derramó su propio poder en sus manos, por lo que me tenía entre unos impulsos de calor. Eso me hizo cerrar los ojos y ni siquiera me había tocado, no con las manos. Abrí la boca para decirle que no me tocara, pero mientras tomaba aire para hablar sus manos tocaron mi cara. Yo no estaba lista. Su poder se metió en el mío. Cayó como una sacudida eléctrica, levantando el vello de mi cuerpo, endureciendo las partes bajas de mi cuerpo, poniéndome la carne de gallina. El poder fluía hacía César, como una flor hacía el sol. No pude evitarlo. Lo mejor que podía hacer era tomar el poder en vez de luchar contra él.

Inclinó su rostro hacía el mío, aun sosteniendo mi cara entre sus manos. Puse mis manos sobre él, como si me apoyara. El poder brotó de su boca mientras se cernía sobre mis labios. El poder corrió por mi cuerpo y se derramó desde mis labios como un cálido aliento. Nuestras bocas se encontraron y el poder fluyó por cada uno de nosotros, mezclándose como dos grandes gatos rozándose el pelo de sus cuerpos. El calor creció, hasta que casi me dolía seguir pegada a sus labios, como si en un segundo mi carne se quemara, derritiendo mi piel, el músculo, el hueso, hasta llegar a mi centro, como metal fundido a través de capas de seda.

La energía se había convertido en sexual, como de costumbre… para mí. Vergonzoso, por cierto. Retrocedimos en el beso, al mismo tiempo, parpadeando el uno al otro como sonámbulos que despiertan de repente. Le di una risa nerviosa y se inclinó hacia mí, como para besarme de nuevo, pero le puse una mano sobre el pecho y lo mantuve lejos de mí, yo podía sentir el latido fuerte de su corazón contra la palma de mi mano. De pronto sentí como la sangre corría por su cuerpo. Mis ojos fueron atraídos por el pulso de su garganta, vi la rápida caída y el ascenso en el lado de su cuello como si fuera una especie de joya, algo deslumbrante y brillante. Mi boca

estaba seca de repente, y no era por el sexo. Di un paso hacía el, y apreté mi cuerpo contra él, acercando mi cara a su cuello y degustando su golpeteo de vida. Quería bajar contra esa suave piel, restregando mis dientes contra su carne, para saborear lo que había debajo. Sabía que ese conocimiento no era mío, que su carne estaría más caliente que la de un humano. No tibia pero si caliente, un torrente de caliente vida para calentar la fría carne.

Tuve que cerrar mis ojos, volver la cabeza y poner mis manos sobre los ojos. Yo no tenía relación directa con ninguno de los hombres, pero mantenían su poder en mí. El calor ardiente de Richard y la fría hambre de Jean-Claude. En un espacio de un latido de corazón había querido alimentarme de César. Cuando las marcas se abrieron entre nosotros, sus deseos me recorrían el cuerpo, las cosas que pensaban, eran demasiado horribles o tal vez demasiado exóticas. No por primera vez me preguntaba que parte de mi tenían ellos en sus cuerpos. ¿Qué oscuro deseo o extraño impulso deje atrás? Si alguna vez hablaba de nuevo con ellos, tal vez les preguntaría, o tal vez de nuevo, no lo haría. Sentí que alguien nos rodeaba. Sacudí la cabeza.

—No me toques.

—Volvamos al escenario, entonces podré pedir disculpas. —Era la voz del sacerdote.

Baje mis manos y lo encontré a mi lado. El me tendió una mano. Yo no lo toque.

—No queremos hacerte daño. —Apoyé mi mano izquierda en su piel y encontré su tranquilidad. No había nada, a parte del calor humano y la solidez de él. Me llevó hacía el extremo izquierdo del escenario. César ya estaba allí con las otras tres mujeres.

Los werejaguares estaban allí como guardias, y parecía que hacían a la rubia y a la morena valiente de nuevo. Fueron hasta César, que estaba besando de nuevo a Ramona y ella lo besaba de nuevo con entusiasmo. El sacerdote me llevo hacía ellos y me dejó detrás. Le susurre:

—No puedo. —Quería decir que no podía tocar a César de nuevo tan pronto. Yo no confiaba en mí, y no quería decirlo en voz alta. Yo no tenía que hacerlo. El sacerdote pareció entenderlo. Él se acercó:

—Por favor, solo quédate cerca de ellos. Nadie va a tocarte.

No sabía por qué le creía, pero lo hice. Yo estaba cerca de la orgía, tratando de no parecer tan incómoda como me sentía. Luego, una gran

pantalla grande y blanca descendió del techo, y antes de que se posara en su lugar, el sacerdote me llevó a un lado. Una mujer de mi tamaño con el pelo largo apreció y se dirigió hacia la mini-orgía. La vi unirse al grupo y un jaguar arrastro a la rubia fuera. Una mujer que coincidía con la rubia llegó para ocupar su lugar. Todos eran sustituidos, incluso César, por actores, que hicieron una orgía de sombras contra la pantalla blanca. Las actrices parecían las mujeres escogidas gracias a las sombras. Eso era lo que Dallas me había querido decir cuando dijo que necesitaban a alguien de mi tamaño y pelo largo para completar las novias.

Los actores no hacían realmente nada, pero debería tener una pinta horrorosa desde el punto de vista del público. La ropa voló y las mujeres estaban en topless. Yo me pregunté si las sombras se verían como si fueran reales.

El sacerdote me llevó lejos, hasta que quedamos en una zona con una pequeña cortina. Habló bajo, pero claramente, para que pudiéramos hablar sin ser escuchados en el escenario.

—Nunca hubieras sido elegida, si hubiese sabido que no eres humana. Nuestras más sinceras disculpas.

Me encogí de hombros.

—No ha pasado nada.

Me miró y había un peso de conocimiento en sus ojos que me decía que no podía mentirle.

—Tienes miedo de lo que hay dentro de ti, y no has hecho las paces con él.

Eso era cierto.

—No, no he hecho las paces con él.

—Debes aceptar lo que eres, o nunca vas a saber cuál es tu verdadero lugar en el mundo, tu verdadero propósito.

—No te lo tomes a mal, pero no necesito una noche de lectura.

El frunció el ceño ante eso, y hubo un destello de ira. No estaba acostumbrado a que le hablaran mal. Yo apostaba a que todo el mundo le tenía miedo. Tal vez debería tenerlo, pero el miedo hacia él o hacía ellos había desaparecido, cuando me había dado cuenta que quería morder el cuello de César. Eso me asustó más de lo que podía pasar esta noche. Bueno, casi todo lo que pudiera pasar esta noche. Nunca se debe subestimar la creatividad de un ser de cientos de años. La mayoría de ellos saben más sobre el dolor de los seres humanos de lo que ellos mismos

nunca sabrán. A menos que tuvieran muy, muy mala suerte. Yo esperaba tener suerte o ser estúpida.

Hizo un pequeño movimiento y el jaguar que me eligió vino hasta nosotros. Se dejó caer en una rodilla, con la cabeza inclinada. El sacerdote dijo:

—Tú escogiste a esta mujer.

—Si Pinotl.

—¿No sentiste su bestia?

Bajando aún más la cabeza.

—No, mi señor, yo no la sentí.

—Elige —dijo el sacerdote.

El hombre arrodillado sacó un cuchillo de su cinturón. El mango era de color turquesa en forma de jaguar. La hoja era de seis pulgadas de obsidiana negra. El hombre le dio el cuchillo al sacerdote con reverencia. El hombre se deshizo de algunos broches ocultos de la piel de jaguar y empujo su capucha dejando su cabeza al descubierto. Tenía el cabello grueso y largo, atado con una goma a la parte posterior de su cabeza. Levanto su cara oscura, cuadrada y cincelada, que parecía tallado como el templo azteca. Si fuera Mesoamericano, su perfil sería perfecto.

Levantó su rostro hacía el sacerdote. Su rostro estaba vacío de toda expresión, a la espera.

Hubo un clamor en el público que me hizo mirar hacía los actores, pero me volví hacía el sacerdote y el hombre antes de realmente ver nada. Tuve unos vislumbres de cuerpos semidesnudos y la impresión de algo enorme y fálico atado alrededor de un hombre. Normalmente, hubiera tomado un segundo vistazo, sólo para asegurarme que estaba viendo lo que pensaba que había visto, pero no importaba lo que pasaba ahí fuera, el verdadero espectáculo estaba aquí.

Yo no sabía exactamente lo que iba a suceder, pero tenía una idea. Él estaba siendo castigado por haber elegido un licántropo entre el público, en lugar de un ser humano. Pero yo era un ser humano, o al menos no un licántropo. No podía dejar que le cortara, ni siquiera si eso significaba descubrir quién era yo. ¿Podía? Toqué el brazo del sacerdote ligeramente. Mientras sostenía el cuchillo en alto.

—¿Qué vas a hacer con él? —El sacerdote me miró y sus ojos parecían cuevas profundas, un truco de sombras.

—Castigarlo.

Mis dedos se cerraron en su brazo, tratando de sentir a través de la suavidad de sus plumas.

—Sólo quiero asegurarme que no le vas a cortar el cuello o algo realmente dramático.

—Lo que haga con mis hombres es asunto mío, no tuyo. —La fuerza de su desaprobación fue lo suficiente fuerte para que soltara su brazo. Pero ahora me preocupaba que fuera hacer él. Maldición. Edward y su idea encubierta. Nunca trabajo bien fingiendo. La realidad siempre sale a flote.

El sacerdote pasó la hoja por la mejilla del hombre. No había miedo en su rostro, nada más que una misteriosa serenidad, que hizo que mi garganta se cerrara y un escalofrío de miedo recorriera mi espina dorsal. Dios, yo odiaba a los fanáticos y eso era lo que estaba viendo.

—Espera —dije.

—No interfieras —dijo el sacerdote.

—Yo no soy un licántropo —dije.

—Mentirías para salvar a un desconocido —no había nada más que desprecio en su voz.

—No estoy mintiendo.

El sacerdote llamó.

—César.

Parecía un perro bien entrenado yendo hacía su amo. Tal vez la analogía era injusta, pero no me sentía bien siendo caritativa ahora mismo. Si descubría mi tapadera, tenía que decir quién era, y no sabía si eso iba a interferir en algo que hubiera planeado Edward. Al decir quién y que era yo, no sabía si nos estaba poniendo en peligro. Edward no había compartido lo suficiente de sus planes conmigo, ya la tomaría con él al final de la noche, ahora la principal era nuestra seguridad. ¿Salvaría a un desconocido de ser cortado en rodajas en contra de salvar nuestras vidas? No. ¿Si un extraño podía morir valía la pena arriesgar nuestras vidas? Probablemente. Tenía tantas preguntas sin respuesta y tan poca información real que podía sentir la muerte de mis neuronas de tanto pensar en cuestiones que no tenían respuesta.

César apareció a mi lado, al otro lado de mí, lejos del sacerdote. Creo que había visto el cuchillo.

—¿Qué ha hecho?

—La cogió de entre el público y no notó a su bestia —dijo el sacerdote.

—Yo no tengo bestia —dije.

César se echó a reír, demasiado fuerte, se cubrió la boca con la mano por un momento, como para recordarse a sí mismo que debíamos de estar tranquilos.

—Vi el hambre en tu cara —dijo hambre como si fuera en letras mayúsculas. Genial, más jerga cambiaforma que no conocía. Traté de pensar en una versión corta que tuviera sentido.

—Es demasiado largo, así que resumiré.

El rostro del sacerdote se quedó en blanco e infeliz. Él no sabía sobre la referencia a la película. César contuvo una carcajada. Probablemente había visto la Princesa Prometida.

—El hambre que viste no era de alguna bestia —dije. El hombre puso toda su atención en el hombre arrodillado a sus pies. Era como si hubiera sido despedido. Corto la mejilla del hombre. Un corte fino que llenó su piel oscura de líneas de sangre.

—Mierda —dije. Puso el cuchillo contra la otra mejilla del hombre. Yo agarré su muñeca.

—Por favor, escúchame.

El sacerdote volvió sus oscuros ojos hacía mí.

—César.

—Yo no soy tu gato para llamar —dijo César. El sacerdote pasó su oscura mirada de mí al hombre que tenía al lado.

—Ten cuidado de que la ficción no se convierta en realidad, César. —Era una amenaza, aunque yo no entendía exactamente cuál era la amenaza, pero sabía lo que era una amenaza, cuando oía una. César se movió a mi lado.

—Ella solo quiere hablar, mi señor Pinotl. ¿Es mucho pedir?

—Ella también me toca.

Ambos miraron mi mano en su muñeca.

—Te soltaré si tengo tu palabra de que no le cortaras hasta que me hayas escuchado.

Sus ojos se volvieron a centrar en mi cara, y sentí su fuerza atronadora. Casi podía sentir la vibración bajo la piel de mi mano.

—Yo no voy a dejar que sangre por algo que no es su culpa.

El no dijo ni una palabra, pero sentí movimiento detrás de mí, y sabía que no era César. Mire hacia atrás y vi a dos de los jaguares viniendo hacía nosotros. Probablemente no me iban a hacer daño, sólo me impedirían intervenir. Me volví hacía el sacerdote, a sus ojos. Le solté la muñeca.

Tenía muy pocos segundos para decidir si sacar la pistola o un cuchillo. Ellos no estaban tratando de matarme, así que al menos les podía devolver el favor. Agarré el cuchillo, sosteniéndolo contra mi pierna, tratando de ser discreta. Había tomado la decisión de coger el cuchillo y no la pistola. Esperaba que fuera la decisión correcta.

Uno de los jaguares era bronceado de ojos azules. El otro era el primer afroamericano que había visto al entrar en el club. Se acercaron a mi enturbiando mi energía, un gruñido salía de sus gargantas, la menor de las amenazas. Un pequeño sonido en la parte de atrás de mi cuello. El sacerdote había puesto la hoja de obsidiana en la mejilla derecha del hombre. No había comenzado a cortar.

—¿Sólo les vas a cortar las mejillas? ¿Te detendrás ahí? —La punta de la hoja se clavó en la mejilla. Incluso en la oscuridad podía ver la primera gota de líquido, con un leve resplandor, como una joya oscura—. Si lo que deseas es sólo cortarle un poco, está bien. Es tu asunto. Yo no quiero verlo mutilado o muerto por algo que no podría haber percibido.

El sacerdote cortó muy lentamente la mejilla. Creo que estaba empeorando las cosas. Le pregunte en voz alta, a todos y a nadie en particular.

—¿Estoy empeorando las cosas?

La mejilla comenzó a sanar mientras estaba mirando, y me dio una idea. Me acerque al sacerdote y al hombre arrodillado. Estaba pendiente de los jaguares detrás de ellos, pero sólo miraban. Sólo estaban respaldándolo, tal vez era eso lo que ellos debían hacer.

Le toque la mejilla al hombre arrodillado y gire su rostro hacía mí. La otra mejilla estaba completamente curada. Yo no había visto nunca utilizar una hoja de obsidiana y no sabía si funcionaba como la plata. Pero no era así. El cambiaformas sanaba bien. El sacerdote todavía sujetaba el cuchillo de obsidiana en posición vertical.

El público estalló en aplausos el sonido de un trueno atravesó la zona de bastidores. Los actores estaban saliendo de la pantalla blanca. El espectáculo casi había terminado. Todo el mundo se había convertido en ruido y movimiento, incluso el sacerdote. Puse mi dedo contra la punta del cuchillo de obsidiana y presione. La punta era como vidrio, el dolor fue agudo e inmediato. Me retiré con un silbido.

—¿Qué has hecho? —exigió el sacerdote, su voz era demasiado fuerte, debido al ruido de la multitud. Hable más alto.

—No voy a curar, no tan rápido como él. Así demostraré que no soy un licántropo. —La ira del sacerdote llenó el aire con algo caliente y tangible.

—Tú no entiendes.

—Si alguien hablara, en vez de abrazar sus secretos, yo no haría cosas descabelladas.

El sacerdote entregó de nuevo la hoja al hombre arrodillado. Él tomó el cuchillo y se inclinó ante él. Luego, lamió la hoja, con cuidado alrededor de los borde, hasta que llego hasta mi sangre. Él se deslizo la punta entre sus labios, en su boca, chupando hacía abajo como una mujer le haría a un hombre con su boca. Su boca se movía alrededor de la hoja, y sabía que se estaba cortando mientras el tragaba. Yo sabía que se estaba cortando, pero él lo hacía ver como si fuera algo erótico, maravilloso, orgásmico, como si estuviera teniendo un buen momento.

Él me miraba mientras lo hacía, y sus ojos eran serenos. Estaban llenos de calor. El mismo calor que se podía ver en los ojos de un hombre cuando piensa en sexo. Pero no cuando el hombre está chupando una hoja afilada, cortándose la boca, la lengua, la garganta, bebiendo su propia sangre, y saboreando mi sangre como un cazador. Alguien me cogió la mano y me giró. Era César.

—Tenemos que ir al escenario. Debes ir a tu asiento. —Yo miraba al hombre de rodillas, y a los demás hombres, con cuidado. Él me acercó al grupo, y todos me siguieron como si fuera una gacela herida.

Las tres mujeres ya estaban en su lugar, de pie detrás de la pantalla blanca, ahora tenue. Se había quitado algo de ropa. La rubia se reía en sujetador y bragas azul pálido, sin dejar de mover su cabeza. La morena se había quitado la falda y estaba con un par de bragas color carmesí que coincidía con la camisola roja que todavía llevaba. Ella había mantenido sus tacones rojos y altos, ella y la rubia se inclinaban la una contra la otra, balanceándose y riendo. Ramona no se reía. Ella todavía estaba en silencio, inmóvil. La voz del sacerdote salió de entre bastidores.

—Desvístanse para nuestro público. —Su voz era suave, pero Ramona agarró la parte inferior de su camisa y la levanto. El sujetador era un sujetador normal, blanco y sencillo. Dudaba que hubiera planeado mostrarla esta noche. Ella dejo caer su camisa al suelo. Sus manos se dirigieron al primer botón de su pantalón. Me aparte de César y agarre las manos de Ramona.

—No, no.

Sus manos se aflojaron en las mías, como si esa pequeña interferencia hubiera roto el hechizo, pero ella no me miraba. No veía lo que estaba delante de ella, sólo algo en su interior. Cogí su camiseta y la puse sobre sus manos. Se aferró de forma automática, cubriendo la mayor parte de su pecho. Cesar me cogió del brazo.

—La pantalla está subiendo. No hay tiempo. —La pantalla comenzó a levantarse lentamente.

—No puedes ser la única vestida —dijo. Intento deslizar mi chaqueta por mis hombros, hasta que descubrió la funda de la pistola.

—Vamos a asustar al público —dije.

La pantalla ya estaba por las rodillas. Él agarró la parte delantera de mi camisa, sacándola fuera de mis pantalones, dejando al descubierto mí estómago. Él se dejó caer de rodillas y lamió mi estómago, cuando la pantalla salió por completo. Traté de coger un puñado de pelo para tirar de él, pero no tenía suficiente pelo para agarrar. El cabello era mucho más suave de lo que parecía, mucho más suave si el pelo fuera rasurado. Sus dientes se hundieron suavemente en mi piel, y yo le puse una mano en la barbilla, levantándole la cara, para alejar sus dientes de mi piel y evitar una mordedura profunda. Se dejó apartar, dejándome levantar su cara para mirar sus ojos. Había una mirada en sus ojos que no podía entender, pero era algo mayor y más complejo de lo que se veía en los ojos de un extraño. Complejo no era lo que necesitaba esta noche.

Se puso en pie en un movimiento tan líquido y elegante que supe que Edward lo catalogaría por lo que es, no un humano. Él se acercó a la morena en primer lugar, dándole un beso que limpiaría sus amígdalas. Luego, él la giro en un paso de baile, y los jaguares estaban allí para acompañarla hasta su mesa con la ropa en sus brazos. La rubia fue la próxima. Ella lo beso, recorriendo su pálida piel con las uñas. Ella dio un pequeño salto y envolvió sus piernas alrededor de su cintura, forzándolo a aguantar su peso. El beso fue largo, pero ella tenía el control de él. César la acercó a la orilla del escenario, todavía adhiriéndose a su cuerpo como una lapa.

Los jaguares la cogieron lejos de él, separando cada extremidad cada vez, llevándola en volandas, mientras ella luchaba y finalmente se desplomaba, riendo mientras la llevaban a su mesa. Ramona pareció despertar. Ella parpadeó mirando a su alrededor como si no supiera donde estaba. Miró hacía abajo a su blusa y gritó. César trató de ayudarla a

ponerse la blusa, pero lo palmeó lejos. Me acerqué a ella, tratando de ayudarla, pero parecía tener miedo de mí también, como si él pánico se extendiera para incluirnos a todos.

Los jaguares intentaron ayudarla a bajar del escenario, pero tropezó intentando que no la tocaran. Finalmente fue un hombre de su mesa quien vino y él la saco del escenario de los extraños. Ella estaba llorando y hablando en voz baja en español mientras iba de vuelta a la mesa. Yo tendría que hablarle a alguien sobre ella. Yo no podía dejar la ciudad sin saber si sus trucos mentales eran permanentes. Si hubiera sido un vampiro quien lo hubiera hecho, él podría llamarla en cualquier momento, cualquier noche, y ella respondería a la llamada. Ella no tendría otra opción.

César se paró delante de mí. Levantó mi mano, creí que para besarla, pero miraba mi mano para ver si no se había curado. No es que estuviera preocupada. César levantó mi mano y miró la pequeña herida. Era un pequeño corte y no sangraba mucho, pero aún no había curado. Si hubiera sido un licántropo, el pinchazo ya estaría curado. El me miró sobre el dedo ensangrentado.

—¿Qué eres? —susurró.

—Es una larga historia —le susurré.

El beso mi herido dedo como una madre hace con un niño, entonces su boca se deslizó sobre mi dedo, hasta mi mano. Apretando poco a poco. La sangre fresca llego hasta la punta de mi dedo, luminosa, brillante bajo la luz. Su lengua raspó sobre ella, rodando la gota de sangre hacía su boca. Se inclinó como si fuera a besarme, pero moví mi cabeza y me dirigí hacía los escalones que me llevarían fuera del escenario y lejos de él.

Los jaguares estaban allí para ayudarme a salir del escenario, pero los miré y se echaron hacía atrás, dejándome bajar por mí misma las escaleras. Edward me acercó la silla, y yo le dejé. La comida había sido servida mientras estaba en el escenario. Edward me dio una servilleta de lino. Me envolví el dedo en ella, ejerciendo presión.

Dallas realmente se levantó de su silla y se acercó a hablar conmigo, apoyada en mi respaldo.

—¿Qué ha pasado? He sido voluntaria muchas veces y nunca he visto a nadie herido.

La miré, su cara en penumbra, sus rasgos más graves y preocupados.

—Si piensas que nadie sale herido, entonces no has estado prestando atención.

Ella frunció el ceño, mirándome desconcertada. Sacudí la cabeza. Ya era demasiado tarde, y de repente me sentí demasiado cansada para explicarlo.

—Me corte afeitándome.

Ella frunció más el ceño, pero entendió que no quería hablar.

Se sentó y me dejó con Edward. Se inclinó hacia mí, poniendo su boca contra mi oreja y susurro tan bajo como si estuviera respirando en mi oído. Él sabía lo bueno que era un cambiaformas en audición, por no hablar de los vampiros.

—¿Saben quién eres?

Me volví poniendo mi boca contra su oído, tuve que poner mi rodilla entre sus piernas, para poner mi cuerpo en línea con el de él. Parecía íntimo, pero me permitía decirle al oído en voz tan baja para asegurarme que nadie oía.

—No, pero saben que no soy humana, no una turista. —Puse mi brazo alrededor de sus hombros, sosteniéndolo para que no se alejase. Yo quería que me respondiera a la siguiente pregunta—. ¿Qué tienes pensado? —Se volvió hacía mí, con una mirada intima en su cara, demasiado como una broma intima. Se inclinó hacia mí, la boca tan cerca de mi oído que los demás pensarían que tenía su lengua en él.

—No hay un plan, solo pensé que asustarías a los monstruos antes de que hablaran.

Era mi turno para susurrar.

—No hay ningún plan. ¿Lo prometes?

—¿Te mentiría?

Me eché hacía atrás, y le golpeé en el hombro, era difícil, pero tenía su punto. ¿Me mentiría Edward? ¿Salía el sol por las mañanas? Si a ambas cosas.

Los actores que habían ocupado nuestros lugares salieron finalmente al escenario, con trajes. El sacerdote con las plumas estaba entre ellos, recibiendo el aplauso que se merecían. Me alegraba de que arruinaran el truco y no dejaran a Ramona convencida de que había hecho cosas terribles.

—Vamos a permitirles que coman antes del siguiente acto y regresemos con nuestro espectáculo.

Las luces se encendieron y todos nos dirigimos hacia nuestras comidas. Yo creía que la carne era de cerdo, pero cuando puse el primer bocado en

mi boca, la textura me dijo que estaba equivocada. La camarera me trajo más servilletas y escupí el trozo en una de ellas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bernardo. Él comía la carne y disfrutaba de ella.

—Yo no como carne de ternera… —dije. Tome un bocado de un vegetal irreconocible, y me di cuenta de que era batata. No reconocí las especias que llevaba. Pero por supuesto, la cocina no era mi área de especialización. Todo el mundo comía carne menos yo y, extrañamente, Edward. Le había dado un mordisco, pero después se había concentrado en el pan blanco y las verduras.

—¿Tú no comes carne de ternera también Ted? —preguntó Olaf. Mientras ponía otro bocado en su boca y masticaba lentamente, como si intentara sacar cada gramo de sabor.

—No —dijo Edward.

—Yo sé que no es porque te den pena los pobres terneros —dije.

—¿Y tú te preocupas por los pobres terneritos? —dijo Edward. Él me dio una larga mirada. Yo no podía leer sus ojos, pero no estaban en blanco, yo sólo no los podía leer. ¿Otra cosa nueva?

—Yo no apruebo el tratamiento en animales, pero la verdad es que no me gusta la textura. —Dallas nos miraba a todos como si estuviéramos hablando de algo más interesante que carne.

—¿No te gusta la textura de la carne de ternera?

Negué con la cabeza.

—A mí no. —Olaf se centraba en la otra mujer. Él tomó su último bocado de carne y se lo ofreció a ella desde el final de su tenedor.

—¿Usted come ternera? —Ella tenía una sonrisa un poco extraña en su cara.

—Yo como carne de ternera aquí casi todas las noches. —Ella no mordió lo que le ofrecía, pero dio otro bocado de su propio tenedor. Sentí que algo fallaba, pero antes de que pudiera preguntar, las luces se apagaron de nuevo. El último acto estaba a punto de empezar. Si todavía tenía hambre, seguro que podía coger algo camino a casa. Por lo general, siempre volvía.



VEINTICUATRO

Las luces se apagaron hasta que la habitación quedó a oscuras. Un pequeño punto de luz cortaba la oscuridad. La luz no era más que un pequeño resplandor hasta que finalmente se detuvo. Una figura entró en el pálido brillo. Una corona de brillantes plumas rojas y amarillas se inclinaba hacía la luz. Un manto de pequeñas plumas cubría la figura desde el cuello hasta el borde de la luz. La corona se inclinó mostrando un pálido rostro. Era César. Volvió la cara hacía un lado mostrando su perfil y enseñando unos pendientes que iban desde el lóbulo hasta la mitad superior de la oreja. El oro brillaba mientras movía la cabeza y la luz se hizo más fuerte. Levantó algo en sus manos y notas de música llenaron la oscuridad cercana. La nota era aguda como la de una flauta, pero no lo era. La canción era hermosa, pero extraña, como si alguien estuviera llorando. Un jaguar le quitó el manto y desapareció en la oscuridad. Un collar de oro macizo colgaba en su pecho y hombros. Si era de verdad, valdría una fortuna. Manos

aparecieron en la oscuridad, apareciendo en la luz, cogiendo la corona de plumas sin mostrarse.

César caminaba lentamente y a la mitad de la habitación pude ver lo que estaba haciendo. Parecía una zampoña, pero no exactamente. El tocaba la canción andando en la oscuridad, arrastrado por ella, en un momento se elevaba, al siguiente parecía triste. Parecía que el realmente tocaba, y si era así era realmente bueno. Los jaguares le despojaron de todo lo que llevaba: un pequeño escudo, un palo extraño que parecía una especie de arco, pero no lo era y una bolsa de flechas cortas o algo parecido. Estaba lo suficientemente cerca como para ver la decoración de jade que llevaba en la parte delantera de su falda, aunque sabía que no era una falda, pero tampoco era otra cosa. El frente estaba cubierto de plumas y el resto era de ricas telas. Más manos entraron en la luz para deshacer la prenda y sacársela, llevándose el jade. Le quitaron todo hasta que solo quedó el tanga del color de su piel que ya había llevado antes, o uno parecido al menos.

La canción creció en la oscuridad a medida que se acercaba a las últimas filas de mesas. Casi se podían ver las notas subiendo hacía arriba como pájaros. Normalmente no me creo el lado poético de la música, pero esta era diferente. De alguna manera sabías que no era solo una canción, sino algo para escuchar y no olvidar, para escucharla como un zumbido en los momentos más extraños. Cuando tú piensas en la música ritual, tú piensas en tambores, o algo con un ritmo que nos recuerde a nuestros corazones, y el pulso de nuestros cuerpos. Pero no todas las músicas rituales se hacen para que recordemos nuestros cuerpos. Algunas están hechas para recordar el ritual en sí mismo. Todos los rituales son a favor de una divinidad. Está bien, no todos, pero la mayoría. La mayoría de nosotros gritamos, hey Dios, mírame, míranos, espero que te guste. Todos somos como niños en el fondo, con la esperanza de que a mamá o a papá les guste el regalo que hemos elegido. Por supuesto a veces mamá y papá pueden tener un gran temperamento. César dejo la flauta de tubos colgada de una correa alrededor de su cuello. Se arrodilló y se sacó sus propias sandalias y luego se las entregó a la mujer de una mesa cercana. Hubo un cambio en la penumbra, como si ella no estuviera segura de lo que él quería. Tal vez después del espectáculo anterior tenía miedo de cogerlas. ¿Realmente no la culpaba por eso?

Se detuvo en la mesa justo detrás de la otra y habló en voz baja con otra

mujer. Se levantó y cogió uno de los pendientes de su oreja. Luego fue de mesa en mesa, dejando a veces a hombres, pero sobretodo a mujeres que sacaran hasta la última pieza de decoración de su cuerpo. Lo que probablemente explicaba por qué los pendientes eran los menos caros, las piezas menos auténticas que estaba usando. A excepción de los pesados pendientes. De la mitad del tamaño de una pelota de golf echa de jade puestos en cada lóbulo de su oreja, colgando hacía abajo, moviéndose cuando movía la cabeza, balanceándose al caminar. A medida que se acercaba se podía ver la figura de una divinidad en cuclillas tallada en el jade.

Se detuvo en nuestra mesa y me sorprendió porque cuidadosamente había ignorado a las otras novias en este recorrido. Él se arrodillo a mis pies con una mano en la mía, luego movió la cabeza para que pudiera ver el pendiente. Yo no quería estropear el show, pero era un regalo demasiado caro para aceptar a menos que fueran falsos. En el momento que toque la fría piedra, supe que el jade era real. Era demasiado pesado, y demasiado suave para ser de otra forma.

No usaba pendientes y nunca tuve las orejas perforadas, por lo que traté de palpar la parte posterior del lóbulo, tratando de averiguar cómo deshacer el pendiente. Finalmente extendió la mano y me ayudó, haciendo lo que yo había intentado de forma rápida y casi con elegancia. Al verlo me di cuenta que debía desenroscar, cuando volvió la cabeza, pude conseguir el segundo por mí misma. Yo sabía lo suficiente sobre joyería como para saber que la rosca era moderna. El jade era real, de oro puro, pero no era una antigüedad, a al menos los cierres eran modernos.

Las piedras descansaban pesadas y sólidas en mis manos. Se inclinó y me susurró, con un cálido aliento en mi mejilla.

—Me los devolverás después de la actuación. No interfieras.

Puso un tierno beso en mi mejilla y se acercó al escenario. Cogió la flauta que llevaba alrededor del cuello y rompió una de las cañas. Me senté de nuevo, con el jade en mis manos. Me incline hacía Edward.

—¿Qué es lo que va a pasar?

Él negó con la cabeza.

—Nunca he visto este show en particular.

Mire a través de la mesa a la profesora Dallas. Quería preguntarle qué estaba pasando, pero tenía su atención fija en el escenario. César había roto parte de la flauta a cada paso que daba mientras caminaba entre las mesas.

Cuatro jaguares estaban esperando en la parte superior, agrupados en torno a una piedra pequeña y redonda. El sacerdote estaba allí, pero sin la capa, era más amplio de hombros de lo que parecía con ella, y aunque no daba la impresión de tener fuerza, parecía tener un físico duro. Parecía más un guerrero que un sacerdote.

César ya había llegado a la parte superior del templo. Los cuatro jaguares lo agarraron por las muñecas y los tobillos, levantándolo sobre sus cabezas y estabilizando su cuerpo con sus manos. Se paseaban por el escenario manteniéndolo por encima de sus cabezas, mostrándolo en las cuatro esquinas del escenario, incluso al público más apartado. Luego lo llevaron a la piedra pequeña y redonda, poniendo su cuerpo a través de ella, de modo que su cabeza y sus hombros quedaran hacia atrás y la parte más baja de su pecho y la parte superior de su estómago se curvaran sobre la piedra en forma de arco.

Estuve de pie antes de ver la hoja de obsidiana en la mano del sacerdote, cuando Edward me agarro del brazo.

—Mira a tu izquierda —dijo.

Eche un vistazo y vi a dos jaguares esperando. Si corría hacía el escenario, apostaba a que intentarían detenerme. César me había dicho que volvería para recuperar sus pendientes después de la actuación. Lo que implicaba que estaría vivo para hacerlo. Me había advertido de que no interfiriera. Pero, maldita sea, le iban a apuñalar. Yo sabía que se iba a levantar. Lo que no sabía, era como de mal iba a estar.

Dallas se había levantado de su asiento y agarró mi otro brazo, susurrando:

—Es parte del espectáculo, es parte de su trabajo. —Habló en voz baja y con dulzura, como le hablarías a un loco en una cornisa. Deje que ella y Edward me devolvieran a mi sitio, apretando los pendientes de jade tanto que los bordes herían mis manos.

Dallas se arrodilló a mi lado, manteniendo una mano en mi brazo, pero ella miraba hacía la escena. Los jaguares lo agarraban, se podía ver la fuerza que con la que apretaban, todos tomamos una respiración colectiva. La cara de César no mostraba nada, ni miedo, ni anticipación, sólo estaba a la espera.

El sacerdote apuñalo con la hoja la carne justo debajo de sus costillas. El cuerpo de César reaccionó bruscamente, pero no gritó. Movió la hoja a través de la carne, excavando, ampliando el agujero. Su cuerpo se movía

con la herida, pero no hizo ningún ruido. La sangre se derramaba por la pálida piel de César, brillante y casi irreal bajo las luces. El sacerdote metió la mano en la herida casi hasta el codo y César gritó. Agarré el brazo de Dallas.

—Él no puede vivir sin su corazón, ni siquiera un cambiaformas puede sobrevivir sin él.

—Ellos no sacarán el corazón, te lo juro. —Me acarició la mano, como si estuviese calmando a un perro rabioso. Me incliné hacía ella y susurre—: Si ellos sacan su corazón cuando yo los habría podido parar, voy a tener tu corazón en un cuchillo antes de irme de Nuevo México. ¿Aún estas dispuesta a jurar? —Sus ojos se ampliaron. Creo que contenía la respiración, pero asintió con la cabeza.

—Lo juro.

Lo curioso fue que se creyó la amenaza al instante. A la mayoría de las personas les dices que les vas a sacar el corazón y no te creen. La gente cree que los puedes matar, pero si eres demasiado gráfico, piensan que es una exageración. La profesora Dallas me creyó. Se veía en su cara. La mayoría de los profesores de la universidad no lo hubieran hecho. Me hizo pensar mejor de Dallas de lo que ya lo hacía.

La voz del sacerdote llenó la sala completamente en silencio.

—Tengo su corazón en la mano. En otros tiempos lo sacaría de su pecho, pero esos tiempos desaparecieron, —se podía oír la tristeza en su voz—. Nosotros adoramos como podemos, no como lo hacíamos. —Deslizó la mano lentamente y estaba lo suficiente cerca para oír la humedad, y el sonido de la carne mientras retiraba su mano de la herida. Levantó la mano llena de sangre por encima de su cabeza, y el público aplaudió. Aplaudieron. Jodidamente aplaudieron.

Los hombres jaguar levantaron a César del altar y lo arrojaron por las escaleras. Cayó de cualquier manera descansando en el suelo a sólo unos pasos de nosotros. Estaba tumbado sobre su espalda, jadeando, luchando por respirar y me preguntaba si el sacerdote había dañado alguno de sus pulmones, mientras intentaba llegar al corazón.

Me quedé allí, mirando fijamente. Lo hacía dos veces al mes. Era parte de su trabajo. No sólo no lo entiendo, tampoco quería. Si le gustaban el dolor y la muerte, no necesitaba saber nada más. Yo estaba en el centro del ojo de los wereleopardos sadomasoquistas cuando llegue a casa. Yo no necesitaba más. El sacerdote hablaba, pero no lo oía. No oía nada, tenía un

rugido en mis oídos. Vi cómo se contraía, con acaloradas sacudidas, la sangre corría por sus costados, pero mientras miraba, la sangre se desaceleraba. Era difícil ver a través de toda la sangre y la carne desgarrada, pero yo sabía que se estaba curando.

Dos de los guardias humanos llegaron y lo recogieron, agarrándolo por debajo de los tobillos y otro por debajo de los brazos. Lo llevaron a través de las mesas, cerca de la nuestra. Me levanté, y los detuve. Dallas estaba a mi lado, como si tuviera miedo de lo que yo pudiera hacer. Mire a los ojos de César. No había un dolor real. Él no estaba teniendo un buen momento o eso parecía. Pero debía estar escondiendo ese dolor a menos que él estuviera disfrutando a algún nivel. Sus manos estaban sobre su pecho, como si tratara de mantenerse unido. Le cogí una mano. La piel se me mancho de sangre. Apreté los pendientes contra su mano, y cerré sus dedos alrededor. Me susurró algo, pero no me incliné para escucharlo.

—No te me acerques de nuevo.

Me senté de nuevo y se lo llevaron. Empecé a alcanzar una servilleta para limpiarme las manos, pero Dallas me alcanzó el brazo.

—Ella está lista para verla.

Yo no había visto a nadie acercársele y hablar con ella, pero no la cuestionaba. Si ella decía que era el momento, bien. Me encontraría con el Maestro de la Ciudad y me largaría de aquí. Empecé a coger la servilleta de nuevo, pero ella la saco otra vez de mi alcance.

—Es apropiado que te encuentres con ella con la sangre del sacrificio en tus manos.

Me miró y sacó la servilleta de mis manos. Ella en realidad se esforzó por sacarla y tuvimos un pequeño tira y afloja antes de que me la quitara. En ese instante apareció una mujer a mi lado. Llevaba una capa roja con capucha que le llegaba hasta los hombros, pero incluso antes de que se girara para que viera la cara que había dentro de la capucha, sabía quién era. Itzpapalotl, la Mariposa de Obsidiana, el Maestro de la Ciudad, y la autoproclamada diosa. No había sentido su llegada.

Yo no la había oído o sentido. Ella acababa de aparecer a mi lado como por arte de magia. Había pasado mucho tiempo desde que un vampiro había sido capaz de hacerme eso. Creo que dejé de respirar durante un segundo o dos, cuando la miré a los ojos.

Su rostro era tan delicado como el resto de ella, su piel era como café con leche pálido. Sus ojos eran negros, no café, sino realmente negros

como la hoja de obsidiana, con la que era nombrada. La mayoría de los ojos de los Maestros vampiros son como piscinas en las que te ahogas, están hechas para caer en ellas y ser atrapados, pero sus ojos eran tan negros que te reflejabas en ellos. Me vi en sus ojos, un reflejo en miniatura perfecto como un camafeo negro. Luego la imagen se dividía, se duplicaba, triplicaba. Mi cara en el centro, una cabeza de lobo por un lado, y un cráneo por el otro. Mientras observaba, las tres imágenes se acercaban, hasta que el lobo y el cráneo se superpusieron sobre mi rostro y por una fracción de segundo no pude decir donde empezaba uno y terminaba el otro.

Una imagen flotaba sobre el resto. El cráneo estaba por encima de los otros dos, derramándose hacia arriba a través de la oscuridad, llenando sus ojos hasta que el cráneo lleno mi visión, y tropecé, a punto de caer. Edward estaba allí, me agarró. Dallas se había trasladado al lado de los vampiros.

Bernardo y Olaf estaban detrás de Edward, y supe en ese momento que si hubiera dicho algo, ellos tendrían sus armas en sus manos y dispararían. Era una idea reconfortante. Suicida, pero reconfortante. Porque ahora podía sentir a su pueblo, lo que significaba que ella los había tenido bloqueados, ocultos. Sentí los vampiros debajo del edificio, alrededor de ella, a través de ella. Había cientos de ellos, y la mayoría tenían cientos de años. ¿Y la Mariposa de Obsidiana? La miré, pero intentando no mirar sus ojos. Hacía años que no evitaba los ojos de un vampiro. Se me olvidaba lo difícil que era ver a alguien a la cara sin ver sus ojos, era como un juego elaborado. Ellos intentan captar tu mirada, y yo esquivando, intentando mantener la distancia.

Tenía flequillo, pero el resto de su pelo estaba recogido para dejar ver sus orejas donde colgaban unos pendientes de jade. Ella era una cosa delicada, menuda, incluso de pie al lado de la profesora Dallas y yo, pero no me podía dejar engañar por el envase. Lo que había dentro era un vampiro antiguo. Ella no tenía más de mil años. Pero ella había conocido mucho más, era mucho más antigua, yo nunca había conocido un vampiro que tuviera mil años y su poder hiciera eco de esa forma en mi cabeza. Su poder respiraba fuera de ella como una nube invisible, y había aprendido suficiente sobre vampiros para saber que ese eco de poder no era intencionado. Algunos maestros con habilidades especiales, como causar miedo o lujuria, echaban fuera su poder de forma constante como el vapor de una olla. Era involuntario, al menos en parte. Pero yo nunca había

conocido a uno que filtrara ese poder, poder puro.

Edward me estaba hablando, probablemente me estaba hablando desde hace tiempo. Yo no lo había oído.

—Anita, Anita, ¿estás bien?

Sentí la presión de su arma en mi espalda, utilizando mi cuerpo para protegerla de la vista. Las cosas podían ponerse feas muy rápido.

—Estoy bien —pero mi voz no sonaba muy bien. Sonaba hueca y distante, como si estuviera en shock. Quizás lo estaba, un poco. No había perdido realmente mi mente, pero ella supo cosas sobre mí en ese primer contacto. Me di cuenta de repente que ese era su tipo de poder. Ese era su don, ser capaz de leer el poder.

Su voz tenía un fuerte acento y era mucho más profunda de lo que su frágil garganta debería tener, como si su voz fuera un eco de su inmenso poder.

—¿De quién eres siervo?

Ella sabía que yo era un siervo humano, pero no sabía de quien era yo. Me gustaba, me hacía sentir mejor. Sólo leía el poder, no los detalles, eso, al menos que estuviera fingiendo. Pero me hizo pensar que si lo ignoraba. Seguro que le gustaría presumir de su conocimiento. ¡Respiraba arrogancia igual que respiraba poder! Entonces. ¿Por qué no ser arrogante? Ella lo era, después de todo, una diosa, aun así autoproclamada. Tú tenías que ser arrogante o un loco para reclamar la divinidad.

—Jean-Claude, dueño de la Ciudad de St. Louis.

Ella ladeo la cabeza a un lado como si escuchara algo.

—Entonces tú eres la ejecutora. Tú no diste tu verdadero nombre en la puerta.

—No todos los vampiros hablarían conmigo si saben quién soy.

—¿Acerca de que deseas hablar?

—Sobre los asesinatos de mutilación.

Una vez más ladeo la cabeza como si escuchara algo.

—¡Ah, sí! —Ella parpadeó y me miró—. El precio para una audiencia está en tus manos. —Debí verme tan sorprendida como me sentía, porque ella siguió—: La sangre, la sangre de César. La quiero aprovechar de ti.

—¿Cómo? —pregunté, llena de sorpresas. Ella simplemente se volvió y comenzó a caminar. Su voz fue como el sonido de una película mal doblada, el sonido vino mucho después de que ella hubiese hablado.

—Ven conmigo y no te limpies las manos.

Mire a Edward.

—¿Confías en ella? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Yo tampoco —dije.

—¿Nos quedamos? —preguntó Olaf.

—Yo voto por irnos —dijo Bernardo. No lo había mirado realmente desde que él sacrificio empezó. Estaba un poco más pálido. Olaf no lo estaba. Olaf parecía fresco y con los ojos brillantes, como si disfrutara de la noche.

Dallas dijo:

—Sería un grave insulto si deniegas su invitación. Rara vez da entrevistas personales. Tú la debes de haber impresionado.

—No la impresiono. Le atraigo —dije.

Dallas frunció el ceño.

—¿Atraer? A ella le gustan los hombres.

Negué con la cabeza.

—Puede tener relaciones con hombres, pero lo que le atrae es el poder, profesora.

Ella me miró, buscando algo en mi cara.

—¿Tú tienes ese tipo de poder?

Suspiré.

—Vamos a averiguarlo, ¿no?

Comencé a caminar en la dirección en la que se había ido. Ella no nos había esperado mientras decidíamos. Ella se alejó. Como dije, arrogante. Por supuesto, estábamos siguiéndola a su guarida privada. Eso era arrogancia, también, o estupidez. Arrogancia o estupidez a veces no hay mucha diferencia entre las dos.



VEINTICINCO

Yo no sabía por dónde ir, pero Dallas si lo sabía. Ella nos llevó hacía una pequeña puerta a un lado de la escalinata del templo, oculto por las cortinas. La puerta estaba abierta, como una negra boca. Conducía una escalera. ¿A dónde si no? Me gustaría ver sólo una vez en la que el escondite de un vampiro no fuera yendo hacia abajo.

Dallas bajo los escalones como si fuera un resorte y tarareaba una canción en su corazón. Su cola de caballo rebotaba mientras bajaba las escaleras. Si tenía recelo alguno por bajar en la oscuridad, no lo mostraba. Dallas me confundía. Por un lado, no veía que Olaf era peligroso y tampoco no tenía miedo de los miembros del club. Pero por otro parte, ella me creyó cuando le dije que le sacaría el corazón. Que había visto en mis ojos. ¿Cómo podía creer la amenaza de un extraño y no ver el peligro en los demás? No tenía sentido para mí, y no me gustaba lo que no entendía. Parecía totalmente inofensiva, pero sus reacciones eran raras, por lo que

pondría un signo de interrogación en ella. Lo que significaba, que no le daría la espalda o la trataría como un civil hasta que estuviera segura de que lo era.

Yo iba muy despacio para Olaf. Así que pasó junto a mí y siguió la cola de caballo de Dallas por las escaleras. Tenía que agacharse para no golpearse la cabeza con el techo, pero no parecía importarle. Me parecía bien. Que tome la primera bala. Pero continué hacía abajo en la oscuridad. Nadie había sido violento, no realmente, todavía no. Así que parecía grosero tener un arma al aire, pero… Me disculparía más tarde. Yo sabía que me gustaba tener un arma en la mano la primera vez que veía a un vampiro. O tal vez fuera que la escalera era demasiado estrecha, y las paredes de piedra se cerraban a nuestro alrededor como un puño. ¿Mencione que soy claustrofóbica?

Las escaleras no eran muy largas y no había ninguna puerta al final. El retiro de Jean-Claude en St. Louis era como una fortaleza subterránea. La puerta no estaba oculta, las escaleras eran cortas, no había una segunda salida, la arrogancia de nuevo.

Olaf bloqueó mi vista de Dallas, pero la vi llegar a la puerta con poca luz. Él tuvo que inclinarse para salir por ella y dudó antes de pararse al otro lado. Había sensación de movimiento a su alrededor. Rápida, casi inexistente, como cuando ves por el rabillo de los ojos. Me recordaron a las manos que habían desnudado a César, mientras caminaba entre la luz y la oscuridad. Se quedó solo en la puerta, su cuerpo casi llenándola por completo, bloqueando la poca que había. Llamé:

—Olaf ¿estás bien?

No hubo respuesta. Edward lo intentó.

—¿Olaf?

—Estoy bien.

Miré a Edward. Nos miramos fijamente durante un rato a los ojos, los dos pensando lo mismo. Esto podría ser una trampa. Tal vez ella estaba detrás de los asesinatos. Quizás sólo quería matar a la ejecutora. O tal vez era un vampiro antiguo que nos quería hacer daño por quien sabe que infiernos.

—¿Podría estar mintiendo Olaf?

—¿Te refieres a trucos de mente? —pregunté.

El asintió.

—No tan rápido. A mí no me gusta, pero él es más fuerte que eso.

Lo mire buscando su rostro en la penumbra.

—¿Podrían obligarlo a mentir?

—¿Te refieres a un cuchillo en la garganta? —dijo Edward.

—Sí. —Me dio una leve sonrisa.

—No, él es rápido, siempre.

—¿Estás seguro de eso? —pregunte.

—Pongo mi vida en ello.

—Estamos apostando nuestras vidas por él.

El asintió.

—Sí, lo estamos.

Pero si Edward decía que Olaf no nos vendería por miedo a la muerte o al dolor, entonces le creía. Edward no siempre puede comprender porque las personas hacían esto o lo otro, pero siempre sabía lo que eran capaces de hacer. Él rara vez se equivocaba. Así que… Seguí bajando por las escaleras.

Me esforcé en mi visión periférica, tratando de ver a ambos lados de la puerta, mientras caminaba a través de ella. Yo no tenía que agacharme para pasar. La habitación era cuadrada y pequeña, de dieciséis por dieciséis. También había vampiros de esquina a esquina. Puse mi espalda contra la pared a la derecha de la puerta, agarrando el arma con las dos manos, apuntando al techo. Yo no quería apuntar a nadie, a cualquiera. Me dolían los hombros por la tensión de no poder hacerlo. Nadie me estaba amenazando. Nadie estaba haciendo nada, excepto estar de pie, mirando. Entonces. ¿Por qué me siento como si acabara de entrar en una sala de tiro?

Vampiros altos, vampiros bajos, vampiros delgados, vampiros gordos, de todos los tamaños y formas, estaban alrededor de esa habitación de piedra. Después de lo ocurrido arriba con su amo, me estaba cuidando de no tener contacto visual con ninguno. Mi mirada se extendía por el espacio, mirando las pálidas caras y obteniendo un tanteo rápido. Cuando llegue a sesenta, me di cuenta de que la habitación era mucho más grande de lo que había pensado. Por lo menos el doble. Solamente era que estaba demasiado llena. Solo se veía pequeña, porque estaba repleta.

La luz de las antorchas añadía ilusión, parpadeaba, bailaba, la luz era incierta.

Edward se quedó en la puerta, de espaldas a ella, tocando su hombro con el mío. Su arma hacía arriba como la mía, sus ojos buscando.

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Míralos. —Mi voz era entrecortada, no porque tratara de susurrar, lo cual sería inútil, sino porque mi garganta estaba cerrada, mi boca seca. Él echó un vistazo a la multitud de nuevo.

—¿Y? —Mis ojos lo miraron, después volvieron a los vampiros.

—Mierda, Ed… Ted. Mierda. —No sólo era su número. Era mi propia capacidad de sentir lo que era el problema. Había estado alrededor de un centenar de vampiros con anterioridad, pero nunca me había afectado así. Yo no sabía si eran las marcas que me relacionaban con Jean-Claude las que me hacían más vulnerables a ellos, o si mi nigromancia había crecido desde entonces. O tal vez Itzpapalotl era mucho más poderosa que el otro maestro. Tal vez era su poder el que los hacía mejores que otros vampiros. Había cerca de un centenar en esta sala. Yo recibía impresiones de todos ellos, o de la mayoría. Mis escudos eran buenos, pero aunque fuera buena en lo sobrenatural, esto era demasiado. Si tuviera que adivinar, no había un vampiro de menos de cien años en la sala. Tenía destellos individuales si los miraba durante un tiempo, una bofetada en la cara de su edad, su poder. Las cuatro mujeres de la esquina derecha tenían más de quinientos años de edad. Ellas me miraban con ojos oscuros, piel oscura como si no hubiera sol. Ellas cuatro me miraban pacientes, casi vacías.

Su voz llegó desde el centro de la habitación, pero ella estaba escondida detrás de los vampiros, protegida por ellos.

—Dije que no habría violencia, pero habéis sacado las armas. Tú buscas mi ayuda, pero me amenazas.

—Esto no es personal, Itz… —me atragante con su nombre.

—Puedes llamarme Mariposa de Obsidiana. —Era extraño hablar con ella sin poder ver a través de las filas de vampiros.

—No es personal, Mariposa de Obsidiana. Sólo saqué el arma, porque las oportunidades de apuntar a uno de tus siervos antes de que desgarren mi garganta son malditamente pequeñas.

—Tú desconfías de nosotros —dijo.

—En la medida de que tú desconfías de nosotros —dije.

Se rió. Su risa era la de una mujer joven, normal, pero los ecos tensos de los otros vampiros no eran nada normales. Sus risas tenían una nota salvaje, de desesperación, como si tuvieran miedo de reír. Me pregunté cuál era la pena si no seguían su ejemplo.

La risa se desvaneció, excepto por un sonido de una voz masculina aguda. Los otros vampiros estaban callados, tan en calma que ellos

parecían estatuas hechas de piedra y pintura, no reales, no vivas. Ellos esperaron como buenos anfitriones. ¿Esperando que? El único sonido era esa risa alta y demencial, elevándose como los sonidos de manicomios, o de laboratorios de científicos locos. El sonido me levanto los pelos de punta y no era magia. Sólo era escalofriante.

—Si bajas tus armas, echaré a la mayoría de mi gente. Eso es justo, ¿no?

Era justo, pero no me gustaba. Me gustaba tener la pistola desnuda en mis manos. Por supuesto, la pistola sólo funcionaría si disparando a algunos los otros se detuvieran, y eso no lo harían. Si ella les decía que nos mandaran al infierno, ellos lo harían. Las pistolas sólo eran una manta de seguridad, una táctica dilatoria antes del fin. Al cabo de unos segundos de pensar en ello, esa risa atroz seguía como una de esas muñecas escalofriantes.

Sentí el hombro de Edward presionando contra el mío. Él esperaba que respondiera, confiando en mi experiencia. Tenía la esperanza de hacer que no nos mataran. Puse la pistola en su funda. Froté mi mano contra la pierna. Había estado sosteniendo el arma demasiado tiempo y apretándola demasiado. ¿Nerviosa yo?

Edward bajo la pistola. Bernardo estaba en la escalera, y me di cuenta de que estaba asegurándose de que nada bajara por las escaleras y bloqueando nuestra única salida. Era una especie de trabajo agradable, tener a dos personas de tu lado y saber que estaban dispuestos a disparar a cualquier cosa que se moviera. Nada de corazones sangrantes, nada de empatía, sólo negocios.

Por supuesto Olaf estaba a un lado con Dallas. No había sacado la pistola. Él la había seguido rebasando a muchos vampiros, detrás de su cola de caballo hacía la destrucción. O por lo menos a la destrucción potencial.

Los vampiros respiraron, cada aspiración como una sola, como si fueran muchos cuerpos pero una sola mente. La vida, por falta de un término mejor, regresaba a ellos. Algunos de ellos casi parecían humanos, pero muchos de ellos estaban pálidos, hambrientos y débiles. Sus rostros estaban demasiado delgados, como si los huesos de sus cráneos fuesen a salir fuera de su enferma piel. Todos estaban pálidos, aunque la piel natural de muchos de ellos era oscura, pero aun así eran pálidos, pero no era la palidez fantasmal que estaba acostumbrada a ver. Me di cuenta que la mayoría de los vampiros que conocía eran de raza blanca. Aquí, la piel

blanca era una minoría. Un cambio agradable.

Los vampiros comenzaron a deslizarse hacia la puerta. O por lo menos algunos de ellos se deslizaban. Algunos arrastraban los pies, como si no tuvieran energía, como si estuviesen realmente enfermos. Para mi conocimiento los vampiros no podían coger enfermedades, pero estos vampiros parecían enfermos. Uno de ellos tropezó y cayó a mis pies, aterrizó sobre todo con las manos y las rodillas. Se quedó dónde estaba con la cabeza gacha. Su piel era blanca como la nieve sucia, la cual había permanecido demasiado tiempo en una carretera muy transitada, de un blanco grisáceo. Los otros vampiros se trasladaban a su alrededor como si fuera un bache en su camino. Ellos pasaban por delante de él y no parecían verlo. Sus manos parecían las de un esqueleto, apenas cubiertas de piel. Su pelo era rubio y tan ligero que parecía blanco, colgando alrededor de su rostro. Alzó el rostro lentamente, y era como mirar un cráneo. Sus ojos se habían hundido en su cabeza que parecían formar un largo túnel negro. Yo no tenía miedo de mirar a los ojos de este. No tenía suficiente poder para manipularme.

Una lengua pálida se deslizó entre los labios finos casi transparentes. Sus ojos eran de un verde pálido, como unas esmeraldas malas. Las delgadas paredes de su nariz se movían como si estuviese olfateando el aire. Probablemente lo estaba. Los vampiros no se basaban en el aroma como un cambiaformas lo haría, pero tenían un buen olfato, mucho mejor que los humanos. Cerró los ojos mientras respiraba profundamente. Se estremeció y parecía a punto de desmayarse, débil. Yo nunca había visto a un vampiro así. Me cogió con la guardia baja y era mi culpa.

Lo vi tensarse y mi mano fue directa a la Browning, pero no tuve tiempo. Estaba a menos de un metro de distancia. Yo ni siquiera pude tocar mi arma antes de que se estrellara contra mí. Sacó todo el aire de mi cuerpo. Su mano estaba en mi cara, volviéndome la cabeza hacía un lado, dejando mi cuello al descubierto, antes incluso de que pudiera volver a respirar. Había sensación de movimiento alrededor, pero no podía ver nada. Sentí su cuerpo tenso y sabía lo que venía. No hizo ningún esfuerzo por controlar mis manos. Intenté sacar el arma, pero no podía, y se me acababa el tiempo. Iba a hundir sus colmillos en mi cuello y no podía detenerlo. Era como un accidente de coche. Tenías el tiempo justo para verlo venir y pensar, «no lo puedo parar». Ni siquiera tenías tiempo para tener miedo.

Algo sacó al vampiro hacía atrás. Su mano estaba agarrada a mi

chaqueta y no me soltaba. Su puño desesperado casi me levanta, pero agarre la pistola incluso antes de ponerme en pie, así que no me importó. Un gran azteca-vampiro agarraba al esquelético vampiro, sosteniéndolo apretado contra su cuerpo, sólo su brazo lo mantenía apretado contra el cuerpo mucho más grande. Edward tenía su pistola en la mano apuntando a varios vampiros. Había sacado la pistola primero, pero no había sido empujado contra la pared y dañado. ¿Habría manejado al vampiro? El vampiro grande le dio un tirón al delgado que casi me hace caer, pero la mano permaneció sujeta a mi chaqueta, agarrando incluso mi camisa. La Browning apuntaba al pecho del vampiro, aunque no estaba segura de sí la munición Hornady era para disparar a la distancia de un brazo cuando una persona esta apretada contra otra. No estaba segura de sí la munición atravesaría al primer vampiro y daría también al segundo. El segundo vampiro me había ayudado. Realmente no era educado hacer un agujero en él.

Los otros vampiros salían de la habitación deprisa para ir lejos de nosotros y subir las escaleras, fuera de peligro. Cobardes. Pero las filas se hacían más pequeñas, lo que era genial. Con el tiempo, me alegraría de que hubiera menos vampiros en la sala, pero ahora el mundo se reducía al vampiro que me había atacado. Primero lo primero.

El vampiro grande mantenía la distancia, tratando de que el esquelético me soltara. Seguíamos moviéndonos por la habitación. Edward iba con nosotros, apuntando con el arma en sus manos a la cabeza del vampiro. Finalmente puse el cañón debajo de la barbilla del vampiro. Yo le podía volar los sesos sin dañar al segundo vampiro.

La voz de la Mariposa de Obsidiana atravesó la sala como un látigo. El sonido me hizo poner una mueca de dolor, apretando los hombros como si hubiera recibido un golpe.

—Estos son mis invitados. Como te atreves a atacarlos. —El vampiro esquelético comenzó a llorar, y sus lágrimas eran claras, humanas. Las lágrimas vampiras son teñidas de rojo. Ellos lloran lágrimas de sangre.

—¡Por favor, por favor, permíteme alimentarme, por favor!

—Tú te alimentas como todos nos alimentamos, como corresponde a un Dios.

—Por favor, por favor, señora, por favor.

—Tú me deshonras ante nuestros invitados. —Luego habló bajo y rápidamente en un idioma que era una especie de español, pero no era

español. Yo no hablaba español, pero lo había oído con suficiente frecuencia como para saber cuándo lo oía, y este no lo era. Cualquier cosa que ella estuviera diciendo trastornó a ambos vampiros.

El vampiro grande tiró fuerte del otro tanto que caí sobre mis rodillas porque el otro vampiro todavía me mantenía sujeta. Acabé de rodillas, con la chaqueta y la camisa balanceándose en la mano del vampiro, con su brazo en un ángulo difícil. Mi pistola estaba ahora apretada contra su estómago, y me pregunté otra vez si esta munición a quemarropa mataría a los dos vampiros. Era un milagro que no le hubiera disparado accidentalmente a la cabeza. Edward estaba todavía al lado, apuntando a su cabeza. El primer destello que tuve de que algo había fallado fue un débil resplandor. El resplandor fue creciendo en algo puro y blanco. Mi cruz había salido fuera de mi camiseta. El vampiro mantuvo su agarre sobre mí, pero comenzó a gritar en voz alta, lamentándose. La cruz luminosa y brillante quemaba tanto que tuve que volver la cabeza y escudar mis ojos. Era como tener un quemador alrededor del cuello. Sólo brillaba así cuando algo realmente malo estaba cerca. Yo no creía que lo realmente malo fuese esa cosa que seguía agarrada a mí.

—Permite que él siga su destino —dijo ella. Sentí el brazo que todavía me agarraba aflojarse. Lo sentí arrodillarse, sintiendo como la pistola todavía se apretaba contra él. Edward dijo:

—¿Anita? —Era una pregunta, pero todavía no tenía la respuesta. Parpadee más allá de luz, intentando ver. El vampiro llevó sus manos a cada lado de mis hombros.

Tenía los ojos cerrados contra la luz. Su rostro estaba distorsionado por el dolor. La luz blanca se reflejaba en sus colmillos cuando se trasladó para alimentarse.

—Para, o muere —dije. No estaba segura de que me hubiera escuchado. Su mano acariciaba el borde de mi mejilla, y era como el toque de unos palos carnosos. Sus manos ni siquiera se sentían de verdad. Le grité:

—Te voy a matar.

—Hazlo. Es tu elección. —Su voz era tan resulta, tan insensible, que me hizo no querer hacerlo.

Su mano agarro mi pelo, tratando de girar mi cara hacía un lado. Su cabeza bajando, pero no podía ver más allá del resplandor de la cruz. Pero se las arreglaría para hacerlo. Tan débil como estaba debería haber salido

corriendo por el dolor.

—Anita —la voz de Edward no era pausada, era más apremiante.

El vampiro lanzó un grito desesperado. Su cabeza se echó hacía atrás y luego hacía abajo, su rostro moviéndose como una mancha blanca hacía mí. La pistola se disparó antes de darme cuenta ni siquiera de haber apretado el gatillo, solo fue un reflejo. Una segunda arma se hizo eco tan seguida de mi disparo que sonó como si fueran una sola. La cabeza del vampiro explotó bruscamente. Sangre y algo más grueso roció un lado de mi cara.

Me fui levantando en un silencio súbito. No se oía nada, solo pequeños pitidos en mis oídos, como campanas de hojalata. Me volví en una especie de cámara lenta para ver el cuerpo del vampiro tendido a un lado, mientras termine de ponerme en pie, todavía no se oía nada. A veces es por el shock. Otras por el ruido de los disparos junto al oído.

Raspé la sangre y los trozos más gruesos del lado izquierdo de mi cara. Edward me dio un pañuelo blanco, algo que probablemente llevaría Ted, pero lo cogí igual. Empecé a limpiarme.

La cruz todavía brillaba como una estrella en cautividad. Yo ya estaba sorda. Y si no dejaba de tener que entrecerrar los ojos alrededor de la luz, también me iba a quedar ciega. Mire alrededor del cuarto. La mayoría de los vampiros habían subido por la escaleras alejándose del resplandor de la luz, pero todavía quedaban algunos reunidos alrededor de su Diosa, protegiéndola, creo que de nosotros. Parpadee mientras los miraba y creo que vi miedo en una o dos caras. A veces no se puede ver, el valor en un vampiro de cientos de años. Podría haber sido a causa de la cruz, pero creo que no era eso. Guarde la cruz de nuevo dentro de la camisa. La cruz de plata estaba fría. Como si nunca hubiera quemado carne de vampiro. Pero si tocaba a uno se incendiaba como una bengala y pasaba a quemar también la carne humana que estuviera en contacto a la vez que el vampiro. Por lo general el vampiro se aleja antes de recibir quemaduras de segundo grado, así que nunca había conseguido una cicatriz de una de mis propias cruces.

Los vampiros permanecieron delante de su señora, y el miedo todavía seguía allí por lo menos en alguna cara. La cruz los podía mantener a raya, pero eso no era lo que temían. Mire hacía el cuerpo. El agujero de entrada era una pequeña cosa roja, con marcas negras de quemadura alrededor, pero el agujero de salida era el doble de grande. No había cabeza en el cuerpo, solo la parte baja de la mandíbula y parte del cerebro. Lo demás estaba esparcido sobre el suelo y sobre mí.

La boca de Edward se movía, pero el sonido me llegó como con efecto Doppler, así que solo escuche el final de lo que decía.

—¿… munición estas usando? —dijo. Se arrodillo cerca del cuerpo e inspeccionó la herida del pecho.

—Pensé que la Hornady XTP no haría tal desastre al salir. —Su voz sonaba como si todavía estuviese lejos, pero pude escuchar lo que decía, por lo que mi audición volvería a la normalidad con el tiempo.

—No creo que hicieran pruebas de tiro a quemarropa.

—Hace un agradable agujero a quemarropa.

—Entra como un centavo y sale como una pizza —dije.

—¿Tenía preguntas sobre los asesinatos? —dijo la Mariposa de Obsidiana—. Pregunta.

Estaba de pie en medio de su pueblo, ya no estaba blindada. No sé si había decidido que no iba a disparar contra ella, o pensó que era una cobardía esconderse detrás de otros, o tal vez hubiera pasado algún tipo de prueba. Pero si estaba dispuesta a responder a mis preguntas, me daría igual como lo hubiera conseguido.

Vi a Dallas y Olaf a un lado de los vampiros. Dallas tenía el rostro oculto contra el pecho de él, y él la sostenía, consolándola, ayudándola para que no viera el lío que se había formado en el suelo. Olaf la miraba como si fuera algo precioso. No era amor, era la manera en la que un hombre mira un coche que quiere tener.

La miraba como una cosa bonita que quiere tener, pero no espera obtener. Le acariciaba el pelo, pasando sus dedos a través de su cola de caballo una y otra vez, jugando con su pelo, y viéndolo caer por su espalda. Yo no era la única que estaba mirándolo.

—Cruz, lleva arriba a la profesora. Ella ha visto suficiente por una noche. —Un vampiro masculino bajo, hispano, fue hacía ellos, pero Olaf dijo:

—Yo la llevaré arriba.

—No —dijo Edward.

—No lo creo —dije—. Eso no será necesario. —Los tres intercambiamos una mirada, aunque con ojos vacíos. Pero hubo entendimiento entre nosotros, creo. Olaf tenía que permanecer lejos de la profesora. Tal vez un estado o dos por medio.

Cruz sacó a Dallas de en medio de los brazos de Olaf y se llevó a la mujer por las escaleras mientras lloraba, lejos del horror que había en el

suelo. Nosotros realmente no habíamos llevado el horror al vampiro, pero habíamos acabado con él. Itzpapalotl lo había matado de hambre hasta que él se vio obligado a enfrentarse a una cruz en llamas por la oportunidad de alimentarse. Tan muerto de hambre que había dejado que dos seres humanos lo apuntaran con sus armas y ni siquiera alejarse. Había querido hundir sus colmillos en carne humana mucho más de lo que quería vivir. Normalmente no me siento tan cercana con los vampiros que intentan alimentarse de mí, sobre todo sin permiso, pero esta vez era una excepción. Había sido lamentable. Ahora estaba muerto. La lastima nunca me había impedido disparar, y Edward no sentía lastima. Podía mirar hacía lo que quedaba de su cuerpo y pensar, pobre, pero no sentir nada acerca de su muerte. No era sólo que no sintiera remordimiento. No sentía nada, absolutamente nada.

Mire a Edward y el me miró, y habría dado cualquier cosa por un espejo en ese momento. Mirando fijamente la cara en blanco de Edward, esos ojos vacíos que no sentían nada, me di cuenta de que no necesitaba un espejo. Ya tenía uno.



VEINTISEIS

Por un minuto tuve miedo de mi revelación, pero los vampiros comenzaron a moverse hacia nosotros. La supervivencia en primer lugar, las cuestiones morales más tarde. Richard decía que era uno de mis mayores problemas. Jean-Claude no. Hay más de una razón por la que Richard y yo no nos hemos establecido en una relación de felices hasta la muerte y hay más de una razón por la que no cortaba con Jean-Claude.

Itzpapalotl se deslizó hacía delante todavía envuelta por un manto púrpura. No podía ver sus pies y se movía tan suavemente que parecía que iba sobre ruedas. Había algo artificial en ella.

Las cuatro mujeres se trasladaron en silencio a su izquierda, y algo me molestaba en la forma en que se movían. Me llevó un segundo o dos en darme cuenta de lo que era. Se movían al unísono, en un paso perfecto. Una llevó su mano hacía un mechón de pelo que caía sobre su rostro y las demás siguieron su movimiento como títeres, aunque no había cabello

sobre sus rostros. Desde la subida de su pecho con cada aspiración, al movimiento nervioso de un dedo, se imitaban mutuamente. No, no se imitaban, esa era una palabra demasiado suave. Era como un ser con cuatro cuerpos. El efecto era inquietante porque no se parecían. Una de ellas era baja y gruesa. Otra alta y delgada. Las otras dos eran delicadas y se parecían bastante. Todas ellas tenían la piel más pálida que la de Itzpapalotl, como si en vida no hubiera sido mucho más oscura de lo que eran ahora.

El vampiro grande que había sacado al vampiro de encima de mí estaba a su derecha. Era más alto de lo que sería un azteca puro, seis pies por lo menos, con hombros musculosos. Su pelo caía negro hasta la mitad de su espalda, y lo apartaba de su rostro con una corona de plumas y de oro. Su nariz estaba perforada, aunque eso era una palabra demasiado suave para las tres pulgadas de oro que dividían su cara en dos. Tapones de oro estiraban sus lóbulos en una fina línea de carne. La piel era de color marfil envejecido, como bronce, pero más pálido que el cobre. El color era llamativo con el pelo negro y los ojos perfectamente negros. Se movía dos pasos más atrás a la derecha de ella e igual que las mujeres a su izquierda se movían como si ese fuera siempre su lugar.

Tres vampiros se movían a poca distancia del hombre. Los cuales eran del color marfil que estaba acostumbrada a ver. Iban vestidos con la misma ropa que los gorilas, la falda, tanga, traje de baño. Pero sin adornos. Sus brazos y sus piernas estaban pálidos y vacíos. Iban incluso descalzos. Sabía que eran sirvientes en cuanto los vi, o incluso esclavos.

Uno de ellos era de mediana estatura, con el cabello castaño y rizado muy corto y con una pequeña línea de barba y bigote esbozada sobre su blanca piel. Sus ojos eran de color azul pálido. El segundo hombre era más bajo, con el pelo corto salteado con blanco, como si hubiera muerto después de que el pelo se le volviera gris. El rostro estaba cubierto, pero parecía duro y el cuerpo era musculoso, por lo que a qué edad había muerto era difícil de decir. Mayor que los demás, cuarentón, aunque yo no podía juzgar a que edad morían los vampiros. Sus ojos eran de color gris oscuro como nubes de tormenta, haciendo juego con su color de pelo.

Tenía una correa en la mano, y en el extremo de la correa arrastraba un tercer hombre, no a cuatro patas, pero si sobre sus manos y sus pies, con las piernas encogidas, como un mono o un perro apaleado. Su pelo era corto y sorprendentemente amarillo, rizado suavemente. Era en lo único que

parecía vivo. Su piel era como papel viejo, agarrado a sus amarillos huesos. Sus ojos estaban hundidos por lo que no podía decir de qué color eran. El final de la comitiva era un guardaespaldas hispano, muy azteca. Los guardaespaldas a pasar de su cultura, a pesar de su edad, a pesar de su vida. ¿Serían aun así en su muerte?

Olaf había vuelto a estar con nosotros, y los tres estábamos frente a ellos mientras Bernardo se quedaba cerca de la escalera, asegurándose de que nuestra retirada no fuese cortada. Era tan agradable trabajar con otros profesionales. Olaf tenía también ahora su pistola, y miraba hacia adelante con una mirada nada neutral. Era hostil. Yo no sabía por qué pero parecía enojado.

Los vampiros se pararon a unos metros de nosotros. El vampiro muerto yacía en medio de nosotros. El cuerpo ya había dejado de sangrar. Cuando sacas la cabeza a un vampiro, ellos sangran igual que un humano, litro a litro de materia roja. Era un lío de mierda decapitar a alguien. Pero este vampiro solo había sangrado un poco sobre el suelo de piedra, apenas un pie de ancho en la cabeza, y un pequeño charco a la altura del pecho. No tenía suficiente sangre en él. El silencio se extendía y Olaf lo llenó.

—Puedes comprobar su pulso si quieres.

—Olaf, no —dijo Edward. Olaf se movió, ya sea incomodo, o con la necesidad de hacer algo mientras cerraba la boca.

—Tú eres el jefe —dijo, pero no lo dijo en serio.

—Dudo que tenga pulso —dije, mientras miraba a los vampiros—. Se necesita mucha energía para hacer un latido de corazón en un vampiro y él no tenía ninguna.

—Sientes lastima por él —dijo Itzpapalotl.

—Sí, supongo que sí.

—Tu amigo no. —Miré a Edward. Su rostro no mostraba nada. Era bueno saber que todavía había algunas diferencias entre nosotros. Yo sentía lastima. Él no.

—Probablemente no.

—Pero no hay arrepentimiento en ninguno de los dos, ninguna culpa.

—¿Por qué deberíamos sentirnos culpables? Solo lo matamos. No lo convertimos en algo que se arrastra, muerto de hambre. —Incluso tras su manto de ocultación, pude sentir crecer esa quietud que sólo los antiguos tienen. Su voz era caliente con un primer hilo de ira.

—Te atreves a juzgarme.

—No, sólo indicaba los hechos. Si no estuviera muerto de hambre, nunca me habría atacado.

También pensé que hubiera sido más difícil sacarlo de encima de mí pero no lo dije en voz alta. Yo realmente no quería que ella se echara encima de nosotros a todos esos vampiros centenarios. Sin tener en cuenta a los werejaguares.

—Y si yo les dijera a mis muertos de hambre que se podían alimentar de vosotros. ¿Qué haríais? —preguntó ella.

El vampiro hambriento de la correa, nos miró. Sus ojos no se paraban demasiado tiempo en nadie, pasando de cara en cara, como si hubiese oído hablar de él. Mi estómago se hizo un nudo apretado lo suficiente para hacer daño. Tuve que tomar aliento para que mi voz no sonase con el golpeteo de mi pulso. Había al menos diez o quince muertos de hambre.

—Ellos nos atacarían —dije.

—Ellos caerían sobre vosotros como aves rapaces —dijo ella. Asentí, con la mano en la culata de mi pistola.

—Sí. —Si ella diera la orden, mi primera bala iría entre sus ojos. Si iba a morir, la querría llevar conmigo. Vengativo, pero cierto.

—La idea te asusta —dijo ella. Traté de ver su cara dentro de la capucha, pero algún truco con las sombras solo dejaba una pequeña boca inclinada visible.

—Si puedes sentir esas emociones, entonces puedes distinguir una mentira de una verdad.

Ella levanto su rostro, con un movimiento rebelde. Una mirada pasó sobre su rostro, el más elemental parpadeo de calma. Realmente no podía distinguir una mentira de una verdad. Sin embargo, sentía el remordimiento, la pena, el miedo. La verdad y la mentira vendrían de alguna parte.

—Los muertos de hambre pueden ser útiles de vez en cuando.

—Así que los dejas morir de hambre deliberadamente.

—No —dijo—. El gran Dios creador considera que son débiles y no los mantiene como él nos sostiene a nosotros.

—No lo entiendo.

—Se les permite alimentarse como a los dioses, como alimento, no como animales.

Fruncí el ceño.

—Yo todavía no lo entiendo.

—Te mostraremos como se alimenta un Dios, Anita. —Ella dijo mi nombre separándolo en tres silabas, haciendo que pareciera más exótico.

—Cambiaformas bajando —dijo Bernardo. Él lo apuntaba con su pistola.

—He llamado a un sacerdote para alimentar a los dioses.

—Que baje —dije. Miré su rostro delicado y traté de leer algo allí, pero no decía nada, por lo menos nada que yo entendiera—. Yo no quisiera parecer insultante, mis disculpas sí parece eso, pero hemos venido a hablar de los asesinatos. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Su vasto conocimiento de las cosas arcanas y aztecas nos ha traído hasta usted —dijo Edward. Luché por no levantar las cejas en sorpresa, sólo asentí.

—Sí, se lo que ha dicho.

Ella sonrió.

—Todavía creen que yo y mi pueblo sólo somos vampiros. Todavía no os creéis que seamos dioses. —Nos tenía, pero ella no podía oler una mentira.

—Soy cristiana. Viste como la cruz brillaba. Eso significa que soy monoteísta, por lo que si sois dioses, eso representa un problema para mí. —Eso fue demasiado diplomático, tanto que me impresionó.

—Te lo demostraremos, ofreceremos a nuestros invitados hospitalidad, y después hablaremos de negocios.

Aprendí a lo largo de estos años que si alguien dice que es un Dios, no discutes con ellos a menos que estés armado. Ella estaba loca y tenía suficiente respaldo de músculos en este edificio como para hacer su locura contagiosa, o incluso mortal. Así que haría esa mierda de vampiro arcano, y a continuación cuando la autoproclamada diosa estuviera satisfecha haría mis preguntas. ¿Qué tan malo podría ser que demostraran que eran dioses? No respondí a eso.

El werejaguar que entró era el rubio de ojos azules que había pasado tan cerca de nuestra mesa que había tocado su piel. Entró con cara neutral, con los ojos vacíos como si no estuviera tan seguro de querer estar aquí.

Su mirada fue por la habitación y dudó sobre el vampiro muerto en el centro. Sin embargo cayó de rodillas delante de Itzpapalotl, de espaldas a nosotros y a nuestras armas, la cabeza cubierta de piel inclinada.

—¿Qué quiere mi amada señora?

Luché por mantener mi cara en blanco. ¿Amada señora?

—Quiero demostrar a nuestros invitados como se alimenta un Dios. —Miro hacia arriba, mirándole a la cara.

—¿A quién voy a servir de culto, amada señora?

—Diego —dijo. El vampiro de cabello castaño se sobresaltó al oír su nombre y aunque su rostro estaba en blanco, vacío, yo sabía que no estaba feliz.

—Sí, mi diosa oscura. ¿Qué quieres de mí?

—Seth se ofrecerá en sacrificio a ti. —Puso su mano delicada a través de la capucha de piel del hombre.

—Como quieras, mi diosa oscura —dijo Diego. Su voz era tan vacía como lo pretendía ser su rostro.

El werejaguar, Seth, se arrastraba a cuatro patas, imitando al animal cuya piel llevaba. Apretó su frente contra sus manos, postrado a los pies de Diego.

—Levántate sacerdote de la diosa oscura y haz de sacrificio para nosotros.

El werejaguar se puso de pie y era casi el doble de alto que el vampiro. Hizo algo en el frente de la capucha de piel y la abrió, sacándola de su cabeza, de modo que los ojos de cristal del animal sin vida nos miraban a nosotros desde sus hombros.

La cabeza caía como con el cuello roto. Su pelo era como miel, cortado corto para que la capucha se deslizara con facilidad.

—Gírate para que nuestros invitados puedan verlo todo —dijo Itzpapalotl.

Los hombres se giraron para que tuviéramos una vista lateral. Los lóbulos del werejaguar estaban cubiertos por cicatrices blancas. El saco un cuchillo de plata del cinturón, con la empuñadura tallada en jade. Colocó la hoja contra su lóbulo, sujetándolo con la otra mano y cortó. La sangre se derramaba en líneas de color escarlata entre sus dedos, hasta la hoja, goteando sobre los hombros de piel de jaguar.

Diego se acercó al hombre más alto, poniendo una mano detrás de su cuello y otra en su espalda. Parecía un extraño beso, cuando comenzó a bajar la cabeza del werejaguar. La boca del vampiro se selló alrededor de la oreja, algo así como un cuchicheo. Su garganta empezó a trabajar, tragando, chupando la herida. El azul claro de sus ojos se había convertido en un fuego brillante como zafiros pálidos al sol. Su piel empezó a brillar como fuego blanco desde dentro. El marrón de su pelo, o tal vez fuera una

ilusión, porque como la brillante piel también parecía blanco.

El werejaguar había cerrado los ojos, con la cabeza echada hacía atrás, su aliento capturado en su garganta, como si se sintiera bien. Una de sus manos estaba sobre el hombro desnudo del vampiro y se podía ver la presión de sus dedos en la pálida carne brillante. Diego se echó hacía atrás, retrayendo los colmillos.

—La herida se cierra.

—Otra ofrenda, mi gato —dijo. El vampiro se separó lo suficiente para que el hombre pudiera utilizar la cuchilla en su otra oreja. Entonces cayó sobre el como un amante. Amarrándolo por la espalda, con sus ojos azules brillando. Parecía ciego y bajó los parpados cuando se separó de él.

—La herida se cierra.

En realidad, era interesante que la herida se cerrara tan rápido como lo hacía. Los vampiros tienen un anticoagulante en la saliva, y la plata tendría que obligar al cambiaformas a curar más despacio. Como un humano, pero la herida se cerraba muy rápido, no lo suficiente rápido como para hacerme sentir incomoda, pero más rápido de lo que debería. Lo único que se me ocurría era que Itzpapalotl le había dado a sus cambiaformas más capacidad de curación, incluso más de la de un cambiaformas normal. Tal vez las balas de plata no trabajan de lo forma normal en ellos, o no los mata de todos modos. Era algo en lo que pensar, por si acaso.

—Quiero que vean lo que es ser un dios, Diego. Muéstraselo, mi gato.

El werejaguar abrió una costura de la piel como si estuviera pegada con adhesivo. El cortó el frente de la piel, teniendo que parar y desatar el cinturón en el que llevaba cuchillos y una pequeña bolsa. El cinturón cayó al suelo y la piel resbaló por su cuerpo. Tenía un bronceado dorado por todas partes, completamente… ya sabes. Tomaba el sol desnudo, lo que era poco sano. El jaguar salió de la piel hasta que estuvo completamente desnudo. Todavía tenía el cuchillo de plata en la mano. Yo no tenía ni idea de cómo iba a utilizarlo, pero al estar desnudo no era buena señal. El cogió su propio pene, el cual había salido se su suave piel, duro y excitado. Puso la punta de la hoja contra la delicada piel e hizo una suave línea de color carmesí. Su aliento salió desigual. Resople por mí y por Olaf. Bernardo dijo:

—¡Mierda! Eeeayh. —Yo no sentía tanta empatía como los chicos, pero eso debía doler. Edward fue el único de nosotros que no hizo ni un sonido. O él sabía lo que se avecinaba, o no le sorprendió.

—Diego —dijo Itzpapalotl—, muéstrales que significa ser un Dios. —Había un hilo de advertencia en su voz, como si le advirtiera que tenía que hacer su trabajo. No estaba segura de por qué, Diego parecía disfrutar de la succión del lóbulo. ¿Por qué no iba a hacer esto otro? Diego cayó de rodillas, y la sangre estaba muy cerca de su rostro, todo lo que tenía que hacer era acercarse y tomarlo. Pero él se quedó de rodillas, mirando a la carne cortada con sus ojos ardiendo con un fuego azul pálido. Se quedó de rodillas hasta que el corte comenzó a sanar, hasta que finalmente se desvaneció como si la carne lo absorbiese. Yo nunca había visto a un cambiaformas curar una herida de plata tan bien. Nunca. Seth miró por encima de su hombro, una mano todavía alrededor de su pene desnudo, aunque estaba empezando a marchitarse un poco.

—Amada señora, ¿Qué quieres que haga?

—Sacrificio —dijo, y había tanto calor en esa palabra que me hizo temblar. Seth puso la hoja contra su carne de nuevo. Parecía más difícil conseguir un corte limpio cuando no estaba totalmente erecto, pero se las arregló. Propagando regueros de sangre por su piel, manchando sus dedos con pequeñas manchas rojas. Diego se quedó de rodillas, pero no hizo ademán de comer. El fuego desapareció de sus ojos, el resplandor se desvaneció de su piel, dejándolo todavía hermoso, un contraste entre su piel oscura y sus ojos azules, pero parecía derrotado, con las manos inertes en su regazo. Las cuatro mujeres se movían detrás de Itzpapalotl, deslizándose como una unidad hasta que se pararon en un semicírculo detrás del vampiro arrodillado.

—Tú me has decepcionado una vez más, Diego —dijo la diosa. Sacudió la cabeza y la inclinó, cerrando los ojos.

—Los siento, mi diosa oscura. No la decepcionaría ni por el sol ni por la misma luna. —Pero su voz sonaba cansada cuando dijo eso, como si lo tuviera memorizado, pero no pusiera su corazón en las palabras.

Las cuatro vampiresas que lo rodeaban sacaron unas barras de cuero negro de sus cinturones, levantándolas de unas bolsas de cuero. Docenas de cuerdas delgadas de cuero se esparcieron fuera de cada bolsa como flores obscenas. Pelotas de plata estaban trenzadas en las cuerdas de manera que brillaban a la luz de las antorchas. Era como un látigo de nueve puntas, sólo que este tenía más puntas.

—¿Por qué insistes en rechazar este honor, Diego? ¿Por qué me haces castigarte?

—Yo no soy amante de hombres, mi diosa oscura, y no voy a hacer esto. Siento el dolor causado por mi negativa, pero sólo una cosa no haré, y es ésta. —Una vez más su voz sonaba cansada, como si hubiera dicho esto antes, muchas veces antes. Tenía alrededor de quinientos años, al igual que las cuatro mujeres que lo rodeaban. ¿Habría estado rechazando el «honor» por cinco siglos?

Las cuatro mujeres, miraron a su diosa, sin ni siquiera miraron al vampiro a sus pies. Itzpapalotl asintió débilmente. Cuatro brazos se movieron, quemando en el aire, los látigos abriéndose en abanicos de plata y cuero. Se giraban en el aire con vida propia. Lo golpearon en secuencia, de derecha a izquierda, cada látigo aterrizando con un golpe, luego el siguiente, el siguiente, el siguiente. Los golpes caían tan juntos que el sonido era como el de lluvia cayendo fuerte, sólo que la lluvia golpeaba carne y se oía como un ruido sordo. Lo azotaron hasta que le sacaron sangre, entonces se quedaron inmóviles en torno a él, esperando.

—¿Todavía te niegas?

—Sí, mi diosa oscura, todavía me niego.

—¿Cuándo violaste a estas mujeres hace mucho tiempo, soñaste con el precio que pagarías?

—No, diosa oscura, no lo hice.

—Tú no creíste en nuestros dioses, ¿no?

—No, mi diosa oscura, no lo hice.

—Tú pensaste que su blanco Cristo te podría ayudar, ¿no?

—Sí, mi diosa oscura, lo hice.

—Te equivocaste. —Su cabeza se encogió entre sus hombros como si estuviera imitando a una tortuga. La metáfora era divertida. El gesto no lo era.

—Sí, mi diosa oscura, estaba equivocado.

Ella movió otra vez la cabeza, y las mujeres empezaron a pegarle como una imagen borrosa que hacía que los látigos de plata parecieran rayos en sus manos. La sangre corría en serpentinas por su espalda, pero él nunca grito, nunca pidió perdón. Debí hacer algún movimiento, porque Edward se acercó a mí, no agarrando mi brazo, pero si tocándolo. Me miró a los ojos y dio un leve movimiento de cabeza. No iba a arriesgar la vida por un vampiro que no conocía, en realidad yo no lo haría, pero no me gustaba.

Olaf hizo un pequeño sonido. Estaba mirando con los ojos brillantes como un niño el día de Navidad. Había enfundado la pistola, sus grandes

manos estaban cruzadas sobre su pecho, apretándolas tan fuerte que estaban moteadas, un leve temblor subía por sus brazos. A mí no me gustaba, pero a Olaf lo hizo. Mire a Edward con un leve asentimiento con la cabeza en dirección al hombre grande. Edward hizo el más elemental movimiento de cabeza. Lo vio, pero le hacía caso omiso. Lo intenté. Miré a Bernardo. Tenía la mirada fija en el hombre grande, con una mirada cercana al temor en su rostro. Se volvió, concentrándose en las escaleras, dando la espalda a toda la habitación. Me hubiera gustado ir con él, pero no podía dar la espalda. No sólo era la mierda esa del macho, ya sabes. Si Edward podía soportar ver, yo también podía hacerlo. Sobre todo, si Diego podía soportarlo, yo podía verlo. Si no lo podía parar, al menos tenía que ver. Pero dar la espalda y no hacer nada sería demasiado cobarde para mí. Lo mejor que podía hacer era centrarme en las cosas a su alrededor. La manera en la que los brazos de las mujeres subían y bajaban como maquinas, como si nunca se cansaran.

Los cinco guardias permanecían impasibles, pero el vampiro que estaba a la derecha de Itzpapalotl miraba con los labios medio separados, observaba fijamente como si le aterrorizara perder el mínimo movimiento. Él era casi tan viejo como la misma diosa, setecientos, ochocientos años y quinientos de esos años él había estado viendo ese espectáculo en particular y todavía lo disfrutaba. Supe en ese momento que no quería ser enemiga de las criaturas de este cuarto. Yo nunca quería estar bajo su misericordia. Porque ellos no tenían ninguna.

Los otros dos supervivientes españoles habían retrocedido hasta la pared, tan distantes de la exposición como pudieran. El del pelo canoso miraba fijamente el suelo como si allí hubiera algo de gran interés. El muerto de hambre unido a la correa se había puesto en posición fetal, como si tratara de desaparecer eternamente. Las mujeres envolvieron a Diego en cintas de sangre. Un fondo rojo se formaba a sus pies. Se encogió sobre sus rodillas como si fuera una coraza de dolor. La sangre comenzó a gotear por sus hombros para formar un segundo charco delante de él. Estaba encogido, incluso en el suelo, como si se fuera a desmayar. Tenía la esperanza de que se desmayara pronto. Finalmente di un paso hacia adelante y Edward me agarró el brazo.

—No —dijo.

—Tú sientes lastima por él —dijo Itzpapalotl.

—Si —dije.

—Diego es uno de los extranjeros que llegaron a nuestras tierras. Pensaba que éramos unos bárbaros. Que éramos cosas para ser conquistadas, raptadas, violadas, asesinadas. Diego nunca nos vio como personas. ¿Verdad, Diego? —No hubo respuesta esta vez. No estaba exactamente inconsciente, pero lo suficiente cerca para no entender las palabras—. No pensabais que éramos personas, ¿verdad Cristóbal?

Yo no sabía quién era Cristóbal, pero un sonido de lamento lo delató. Era el vampiro de la correa. Él se desplegó desde su posición fetal. El lamento terminó en esa risa atroz que había oído antes. La risa subió y subió hasta que el vampiro de la correa dio un fuerte tirón, tirando como quien disciplina un perro. Yo me di cuenta de que era una correa de ahogo. Mierda.

—Respóndeme, Cristóbal. —El vampiro aflojó la correa para que el hombre pudiese respirar entrecortadamente. Su voz cuando llegó, era extrañamente culta, lisa y satinada.

—No, no pensé que fueran personas, mi diosa oscura. —Luego llegó esa risa irregular de sus delgados labios y se acurrucó en sí mismo otra vez.

—Ellos entraron en nuestro templo y violaron a nuestras sacerdotisas, nuestras sacerdotisas vírgenes, nuestras novicias. Doce de ellos violaron a estas cuatro sacerdotisas. Ellos hicieron cosas indecibles y viles, ellos las forzaron con dolor y amenazas de muerte para que hicieran todo lo que los hombres quisieran.

Las mujeres no hicieron ni un movimiento durante el discurso, como si se tratara de otras personas. Habían dejado de azotar al hombre. Sólo esperaban mirándolo sangrar.

—Las encontré muriendo en el templo y les ofrecí la vida. Les ofrecí venganza. Las hice diosas, y luego persiguieron a los extranjeros que las habían violado, que las dejaron morir. Tomaron a cada uno de ellos, les hicieron uno de nosotros, para que así el castigo fuera para siempre. Pero mis teyolloquanies eran demasiado fuertes para la mayoría de ellos. Había doce de ellos una vez. Ahora solo quedan dos…

Itzpapalotl me miró y había un desafío en su rostro, una mirada que exigía una respuesta.

—¿Aún sientes lastima por él?

—Sí, pero entiendo el odio y la venganza es una de mis mejores cualidades.

—Entonces ves la justicia en esto. —Abrí la boca, pero la mano de

Edward apretó mi brazo, hasta que dolió. Me obligó a pensar antes de contestar. Ya me había cuidado de eso, pero él no lo sabía.

—Hizo algo terrible, algo imperdonable. Deben tener su venganza. —En mi cabeza añadí, a pesar que quinientos años de dolor parecía demasiado. Yo mataba a la gente cuando se lo merecía, más allá de que fuera un dios. Yo no tomaba decisiones que duraran quinientos años. Edward relajó el apretón y empezó a soltarme, cuando ella dijo:

—¿Así que estás de acuerdo con nuestro castigo? —Su mano se cerró de nuevo en mi brazo, tal vez algo más fuerte que antes. Le dirigí una mirada y silbe mi respiración.

—Vas a dejarme moratones. —Me dejó libre, poco a poco, a regañadientes, pero la mirada de sus ojos era advertencia suficiente. No nos matarán. Lo intentaría.

—Yo nunca me atrevería a cuestionar la decisión de un dios. —Lo cual era cierto. Si conociera un dios, yo no cuestionaría su decisión. No era una mentira y me pareció perfecto para la situación.

Ella sonrió, y fue por un momento la pequeña y hermosa joven que algún día debió de ser. Era casi chocante con el resto. Yo podía esperar un montón de cosas, pero no que Itzpapalotl mantuviera una pizca de humanidad.

—Estoy contenta —dijo y lo parecía. Complací a la diosa, la hice sonreír.

Ella debió hacer alguna señal porque los azotes continuaron. Lo golpearon hasta que el blanco de la columna vertebral se veía en los lugares donde la piel se había desgastado. Una persona habría muerto mucho antes de que llegaran tan lejos, o incluso un cambiaformas, pero el vampiro estaba tan vivo como cuando había empezado. Se había derrumbado en una bola, con la frente en el suelo, los brazos atrapados debajo de su cuerpo, su peso descansando sobre sus piernas. Estaba inconsciente, pero el cuerpo no se movía. Estaba apoyado en su propio peso.

Olaf respiraba cada vez más rápido y más rápido. Si fueran otras las circunstancias, habría dicho que estaba llegando a un orgasmo. Si eso era lo que estaba pasando, no lo quería saber.

El werejaguar se quedó allí en medio de todo, desnudo, el cuerpo inerte al ver al vampiro desgarrado. Lo miraba con cara neutra, pero cuando un golpe era demasiado atroz, o se vislumbraba un poco de hueso, el hacía una mueca, la mirada se deslizaba fuera como si no quisiera ver, pero en

realidad tuviera miedo de volver la cabeza.

—Suficiente. —Sólo una palabra y los látigos se detuvieron, cayendo como flores marchitas. Las bolas de plata estaban rojas y la sangre goteaba desde la punta de los látigos con lentas salpicaduras. Las caras de las mujeres nunca cambiaron, como si sus caras fueran máscaras, y lo que hubiera debajo era humana y mostraba todas las emociones que las máscaras no podían. Como si la monstruosidad de su interior fuera más humana que lo que ellas llevaban.

Las cuatro mujeres caminaron en línea hacia un pequeño cuenco de piedra en una esquina. Ellas sumergieron los látigos en agua cada una a su vez, pasando sus manos cariñosamente por cada lengüeta amorosamente. Olaf tragó dos veces antes de hablar, tenía que aclararse la garganta y finalmente dijo:

—¿Utilizan jabón para cuero y aceite de visón sobre el cuero? —Las cuatro mujeres se volvieron como una hacía el. Entonces miraron a Itzpapalotl. Ella respondió por ellas.

—Pareces informado sobre esas cosas.

—No tan bien informado como ellas —dijo él y parecía impresionado, como si viera un violonchelista Yo-Yo Ma por primera vez.

—Ellas han tenido siglos para perfeccionar su arte.

—¿Usan su arte sobre los cuerpos de los hombres sólo para hacerles daño? —preguntó.

—No siempre —dijo ella.

—¿Pueden hablar? —preguntó. Él las miraba como si fueran algo precioso y encantador.

—Ellas han tomado un voto de silencio hasta que el último de sus verdugos este muerto. —Tuvo que preguntar.

—¿Son ejecutados de manera periódica?

—No —dijo.

Fruncí el ceño y la pregunta se debió reflejar en mi cara.

—Nosotros no ejecutamos. Nos limitamos a hacerles daño y si se mueren de sus heridas que así sea. Si sobreviven, entonces podrán vivir para otra noche.

—¿Así que no vamos a darle a Diego atención medica? —pregunte.

La mano de Edward no me había soltado durante la tortura, como si verdaderamente no confiara en mí, por lo menos no para que no hiciera algo heroico y suicida. Su mano excavaba en mi brazo y llegue al límite.

—Vete a la mierda, o vamos a tener un desacuerdo… Ted. —No me sentía bien mirando a Diego sangrar. Me sentía mal porque no me había molestado tanto como suponía. Lo habría ayudado si hubiera podido, siempre y cuando no fuera un suicidio por un extraño y un vampiro. Yo no me jugaba la vida por él y eso era todo. ¿Habría algún momento en el que hubiera puesto en peligro a todos por un vampiro extraño? Simplemente no lo sé.

—Diego ha sobrevivido a cosas peores que ésta. Es el más fuerte de todos ellos. Rompimos a los demás antes de morir. Ellos hicieron todo lo que les pedimos al final. A excepción de Diego, que todavía lucha contra nosotros. —Sacudió la cabeza, como para despejar todo—. Pero tenemos que mostrar cómo se debe hacer correctamente. Chualtalocal, muestra como el sacrificio debe ser aceptado.

El vampiro que estaba a su mano derecha dio un paso hacia delante. Caminó al lado de donde Diego estaba caído como si fuera un montón de basura que debe esquivarse y dejar que otra persona lo limpie. Se encaró con el werejaguar como Diego se había encarado, pero las cosas habían cambiado. Seth había estado todo inflado después de que le chuparan el lóbulo de la oreja y se hubiese desnudado, duro y deseoso de complacer. Ahora estaba desnudo y sus ojos se dirigían a la masa sanguinolenta en la que Diego se había convertido, como si se preguntara si era su turno.

—Haz tu ofrenda mi gato —dijo. Seth pasó del cuerpo de Diego a los vampiros delante de él.

—Mi querida santa, estoy dispuesto, ya sabes que lo estoy, pero… me parece que… —trago con fuerza—. Me parece que…

—Haz tu sacrificio, Seth, o sufre mi ira.

Las cuatro raras mujeres habían colgado los látigos de nueve puntas en unos pequeños ganchos en la pared, en una versión sadomasoquista de los siete enanos y sus cosas todas idénticas. Se deslizaron de nuevo hacía todos nosotros, como tiburones oliendo sangre en el agua.

Seth parecía verlas. De hecho se agarró a sí mismo y trató de conseguir ponerlo en marcha, pero sus ojos se agitaban frenéticamente por la habitación como si estuviera buscando una salida. Estaba haciendo el esfuerzo, pero no funcionaba. Edward ya no me cogía el brazo, tal vez fuese eso, o tal vez es que ya había tenido suficiente por una noche.

—Tú lo has cagado de miedo. Es difícil que lo consiga cuando tiene miedo. —Ella y Chualtalocal me miraron, y sus ojos negros tenían

expresiones idénticas, no es que mirara mucho a sus ojos, pero allí había desprecio. ¿Cómo me atrevía a intervenir? Edward estaba a punto de agarrarme de nuevo. Levanté la mano hacía el.

—No me toques. —Dejó caer su mano hacía atrás, pero sus ojos no estaban contentos conmigo. Muy bien, yo no estaba ahora mismo contenta con nadie.

—¿Y te ofreces para ayudarle a superar su miedo? —preguntó Itzpapalotl. La mirada en su rostro decía claramente que esperaba que no aceptara.

—Claro —dije.

No sé quién parecía más sorprendido, pero creo que era Edward, aunque Bernardo lo seguía de cerca. Olaf me miraba como un zorro viendo un conejo a través de la valla, buscando un agujero grande para pasar a través de él. No le hice caso. Lo mejor era probablemente ignorar a Olaf, si era posible. No hacerle caso o matarlo.

Ese era mi voto.

Le tendí la mano al werejaguar. Vaciló, mirando al vampiro delante de él, a mí, y a la diosa detrás de él. Moví mis dedos hacía él.

—Vamos, Seth. No tenemos toda la noche.

—Ve con ella haz lo que ella te diga, para poder hacer un sacrificio apropiado.

Cogió mi mano, tímidamente y aunque media más de seis pies, desnudo, flaco, había algo de muchacho en su cara. Quizás el pánico lo acercaba más a su lado juvenil. Estaba espantado, tenía tanto miedo que parecía que iba a acabar en el suelo, hecho jirones por las cuatro hermanas extrañas. Yo no lo culpaba por estar preocupado. Pensaba que si yo no hubiera dado el paso así era exactamente como acabaría. Pero yo había tenido toda la tortura que podía soportar por una noche. No era indignación moral. Era simplemente indignación. Quería hacerle mis preguntas y salir de una maldita vez de aquí. Los vampiros pueden vivir mucho tiempo, en teoría, para siempre, lo que quería decir que su idea de ir al grano era malditamente lenta. Los vampiros tenían toda la eternidad. Yo no.

Me lleve a Seth el werejaguar a una esquina de la habitación. Lo más fácil hubiera sido hacer el trabajo a mano, pero yo no quería hacerlo. La opción no era simple, pero era lo único que estaba dispuesta a hacer. Yo iba a llamar a esa parte en mí que era la marca de Richard. No a la conexión con él, que estaba bajo paredes distantes. Me había preparado tan duro, que

ni siquiera estaba segura de poder abrir la marca, incluso a propósito. Pero tenía una parte de él en mí. La misma parte que había reconocido a César, la misma parte que me permitía hacer frente a los wereleopardos al llegar a casa. Ese pico de energía eléctrica era algo de los cambiaformas. Lo cual había descubierto accidentalmente. Ahora iba a tratar de hacerlo a propósito.

Pero no era como un interruptor. Tal vez lo sería algún día, pero ahora me tomaba un poco de preparación ponerlo en marcha. Era alucinante como algo salía sin querer, cuando no querías, pero se niega a salir cuando quieres, pero la mierda psíquica es así, impredecible. Es una de las razones por las que es tan difícil estudiarla.

Me puse las manos en las caderas y lo miré de pies a cabeza, no sabía por dónde empezar. Mi vida sería más fácil, si practicara el sexo casual, pero para bien o para mal, ese no era mi estilo.

—¿Puedes soltarte el pelo?

—¿Por qué? —Parecía sospechar y yo no lo culpaba.

—Mira, podría haber dejado que te torturasen, pero no lo hice. Así que trabaja conmigo.

Sus manos se dirigieron al nudo en la parte superior de su cabeza. Saco alfileres de su pelo y finalmente saco un broche hecho de hueso. El cabello se deslizó lentamente, como si fuera un sueño, deslizándose en masa hasta la mitad de su espalda. Caminé hacía detrás de él y empezó a moverse mirándome. Toqué su hombro, le hice mirar de frente.

—No te haré daño. Soy probablemente la única persona de esta habitación que no lo haría.

Mantuvo su cara hacía adelante, pero sus hombros estaban tensos, su espalda demostraba que no le gustaba. No me importaba. Tenía que ser rápida. Llámalo intuición, pero la diosa no me parecía muy paciente.

Desenrollé su cabello, ayudando a que se deslizara por su espalda. El color era extraordinario, de un color amarillo brillante, oro puro, pálido, pero casi blanco, todo mezclado, mezclándose unos con los otros, distintos pero formando un todo. Le pase la mano por el grueso calor de su cabello hasta que se extendió por la espalda una pulgada por encima de su cintura. Agarré dos puños de pelo y los apreté contra mi mejilla. No había olor a sudor, era el olor de su piel. Había algo de colonia, muy débil en su piel, algo dulce, olía como a caramelo. Separé el pelo hasta que pude ver la piel de su espalda, y puse mi rostro contra el calor de su piel. Olía cálido, como

si pudiera clavar mis dientes en el como algo recién salido del horno. Caminé a su alrededor, pasando las manos ligeramente por su piel, tocando la caída de su pelo.

Me puse delante de él, lo miré de arriba abajo, todavía había miedo en sus ojos, pero cuando miré hacia abajo había hecho algunos avances con su cuerpo, no lo suficiente, pero algo.

No miré a los vampiros, o a Edward, ni a nadie. Me concentré sólo en el hombre delante de mí. Para no perder terreno. Cogí su mano y su piel bronceada parecía más oscura contra mi pálida piel, baje mi cara sobre su mano como si la fuera a besar, pero sólo rocé mis labios contra su piel, moviendo el brazo, respirando el aroma de su piel. Abrí la boca, respirando sobre su piel hacía arriba por su brazo. Su piel se puso de gallina.

Flexionó la mano que yo sostenía, atrayéndome hacía el apoyando mi espalda contra la pared. Su otro brazo me envolvió el otro costado, envolviéndome en el calor de su cuerpo. Puso su rostro en la parte superior de mi cabeza, y su pelo cayó a mí alrededor como una cortina olorosa, dulce y cálida.

La luz de las antorchas bailaba en su pelo, como oro, convirtiéndolo en una jaula de color ámbar, tallada en luz. Me besó la cabeza y luego puso un tierno beso contra mi pelo, en mi pómulo, en mi mejilla. Era tan alto que a medida que se inclinaba me envolvía con su cuerpo, cubriéndome con sus sensaciones. Respiraba el olor dulce de su colonia a lo largo de su piel y mi cuerpo se contrajo. El olor era la clave. El poder se derramó hacía arriba como líquido caliente desde la punta de mis pies, me hizo querer restregarme como un gato contra él, con ganas de impregnarme con su olor. Mi cuerpo se retorcía del poder con ondas de dolor, tan cálidas, que casi quemaban, aumentando contra mi cuerpo como vapor invisible.

Una mano se mantenía alrededor de mi cintura, la otra me tocaba la barbilla, moviendo mi cara hacía el encuentro con su boca. Me besó y por un segundo me tensé, pero había aprendido que si llamas al poder, no luchas contra él. Tú lo abrazas. Si lo enfrentas, entonces no lo controlabas. Le devolví el beso. Yo esperaba que el poder se fuera por su boca como fue con César, pero no fue así. Su calor empujó contra el mío, su poder era como una sombra temblorosa derramándose a lo largo de la mía. Nos quedamos envueltos en la cortina de su pelo, en un círculo de brazos y una manta de piel vibrando que bailaba con el poder cambiaformas.

Se estremeció contra mí, abrazándome más cerca en sus brazos. Me di

cuenta de que estaba listo para el sacrificio, sin mirar, pero tenía que mirar hacía debajo de todos modos. Estaba listo. Me aleje de él, suavemente.

—Estás listo para volver con el vampiro, Seth. Creo que estás listo para hacer el sacrificio. —Lo miré a los ojos. Se inclinó y me besó la frente, con suavidad.

—Gracias.

—De nada.

Volvimos junto al vampiro cogidos de la mano. Pero no eran los vampiros quienes me hacían sentir incomoda al cruzar la sala. Eran los seres humanos. Bernardo parecía estar considerando mi condición de Madonna intocable. Y Olaf tenía un aspecto casi hambriento en su cara. Estaba cerca de la forma en la que los hombres lobo te miran en una noche de luna llena a una mujer. Edward tenía un pequeño gesto en su mirada, lo que significaba que estaba preocupado por algo. Los vampiros miraban a su alrededor como si no me esperaran. Itzpapalotl estaba seria, como si no hubiese sabido que podríamos haber guiado el poder hasta el final. Era por eso que habían pedido disculpas por arrastrarme al escenario.

Le di a Seth a Chualtalocal como un padre entrega la novia al novio. Luego me fui hasta el lado de Edward. Me miró, como si esta vez él estuviera intentando leer algo y yo no. Casi vale la pena si podía confundir a Edward.

—¿Te divertiste mucho mi gato? —preguntó la diosa.

—Sí, mi santa señora, lo hice.

—¿Estás dispuesto para el sacrificio?

—Sí, mi amada señora.

—Pues hazlo. —Ella miro más allá de mí, como si no le gustara lo que veía. Algo de lo que había hecho con Seth la había perturbado. Había esperado que me lo llevara a una esquina y se lo hiciera manualmente como los estímulos en una película porno. El hecho de que lo había hecho con poder axial como con sexo suave, ¿la había perturbado? ¿O había visto algo que yo no, o que no hice? No había manera de saberlo.

Seth cogió de nuevo el cuchillo de plata. Acunó su pene en su mano y puso la punta del cuchillo contra el mismo. Miré a Bernardo darse la vuelta hacía la puerta. Hasta el vampiro, desvió la mirada. Creo que todos lo hicimos, excepto Olaf. Podría haberse sorprendido la primera vez, pero no era un combate. La sangre se derramaba, sea de quien sea. Olaf no podía faltar.

Pero vio el corte, pero luego apartó la mirada viendo sólo por el rabillo del ojo, y yo tuve que mirar. Tenía que ver que era lo suficiente malo para que Olaf apartara la vista.

El vampiro estaba de rodillas. Supongo que esperaba que el lamiera la sangre, pero él no lo hacía. Estaba chupándola de la manera que Diego chupo el lóbulo de la oreja de Seth, excepto que esto no era una oreja. El vampiro había tomado casi cada centímetro de Seth en su boca. Seth tenía los ojos cerrados y tenía una expresión de concentración en su rostro.

Aparté la mirada y me encontré con la mirada de ojos muertos de las cuatro novicias. Esas caras vacías y enojadas eran casi más duras de mirar que al vampiro arrodillado. Les di literalmente la espalda a todos y encontré que Olaf había hecho lo mismo. Él se abrazaba y miraba fijamente hacia la nada. Su malestar subía por él como ondas casi visibles. Aún girada dando la espalda, los sonidos me llegaban. Desee que el ruido de los coches llegara hasta aquí abajo.

Suaves sonidos de succión, sonidos húmedos, sonidos de carne contra carne y una inconstante respiración que probablemente era de Seth. Su respiración se rompió en tres partes y habló:

—Por favor, santa señora, no estoy muy seguro de mi control esta noche.

—¿Sabes la pena? —dijo ella—. Sin duda es incentivo suficiente para mantenerte a raya.

Mire y encontré a Seth mirando por encima del hombro a las cuatro mujeres de la esquina. Cuando se volvió, parecía asustado. El vampiro todavía se alimentaba, succionando, su garganta tragaba. Sin duda, la herida todavía no había cicatrizado, a menos que se hubiera hecho una segunda herida mientras yo estaba avergonzada y no miraba.

Seth clavó las uñas en las palmas de sus manos. Sus manos palidecieron por la fuerza con la que apretaba. De repente echó la cabeza hacia atrás, respirando cada vez más rápido, más rápido. El vampiro se alejó de él, dejándolo duro e intacto.

—La herida se ha cerrado.

Chualtalocal se puso en pie y volvió con su amada. En el momento en el que se abrió espacio entre ellos, Seth cayó sobre sus rodillas, abriendo lentamente sus manos, como si le dolieran. Tenía una medialuna sangrienta, donde las uñas habían dañado las manos. Pero había funcionado. Cualquier distracción para mantenerse fuera de las garras de

los monstruos mascota de la diosa.

—Te ofrezco hospitalidad para ti y tus amigos. Puedes tener a Seth si tú quieres y terminar con lo que su cuerpo parece necesitar. —De repente me di cuenta de lo que quería decir con lo de la hospitalidad. De alguna manera me acordé que la cultura azteca había enviado a Cortés y sus hombres, mujeres, además de alimentos y oro. Tal vez esto no era diferente. Pero no me quería meter con ella.

—El alba llega. Puedo sentirla empujando la oscuridad como si su peso desplazara la noche —dije. Inclinó la cabeza hacía un lado y parecía pensativa, o tal vez sólo detectaba la noche, el aire, algo.

—Si —dijo—, también lo siento.

—Entonces, si no es demasiado insulto. ¿Podemos omitir la hospitalidad esta noche y llegar a los asesinatos?

—Sólo si me das tu palabra de que regresarás y saborearas nuestra hospitalidad antes de regresar a St. Louis. —Miré a Edward. Se encogió de hombros.

—No estoy de acuerdo en tener relaciones sexuales con tu gente, pero estaré de acuerdo con una nueva visita.

—Pareció que te gustaba Seth. Te ofrecería a César, ya que a tu poder pareció gustarle incluso más, pero él no hace el sacrificio, ni actúa como hospitalidad. Es el precio por permitirnos llegar tan cerca de matarlo dos veces al mes.

—¿Quieres decir que porque te deja herir su corazón dos veces al mes no tiene que hacer el sacrificio u otras cosas?

—Eso quiero decir.

Eso me hizo pensar mejor de César. Yo había visto el show y ahora que había visto lo que había detrás de escena, ya no sabía que era lo peor. Dejar que alguien te abra el pecho y toque tu corazón mientras late, o dejar que los vampiros chupen tu sangre de las partes sensibles de tu cuerpo y te ofrezcan para sexo con extraños. No, no tenía que pensar en ello, yo habría abierto mi pecho siempre y cuando supiera que después sanaría completamente.

—No es que Seth no sea hermoso. Estoy segura que sería un placer estar con él, pero no tengo sexo casual. Sin embargo, gracias por pensar en mí. Sé que la policía habló contigo.

—Lo hicieron. No creo que sacaran nada de valor de mí.

—Tal vez porque no hicieron las preguntas correctas —dije.

—¿Y cuáles son las preguntas correctas?

Yo estaba a punto de hacer algo que a la policía no le iba a gustar en absoluto. Estaba a punto de decirle a los monstruos, alguien que sospechaba podría ser el asesino, detalles de los crímenes. Pero necesitaba los detalles para reconocer si había una peluda mano azteca. Yo sabía lo que la policía había hecho. Habían sido generalistas, y eso era inútil. Entendía por qué lo hicieron. Una vez que abriera la boca y le diera los detalles a Itzpapalotl, ella estaría contaminada. Nunca sería capaz de saber si decía la verdad en un interrogatorio, porque ella sabría los detalles secretos.

Lo que yo sabía pero la policía no es que nunca podrían interrogarla verdaderamente. Ella era el tipo de vampiro que podía sentarse en una sala oscura y una vez vieras los colores interiores de sus ojos eras contenido. Lo único que la podría poner en peligro era una pena de muerte. Una vez que alguien sabe que va a ser ejecutado, ya no se puede negociar con él.

—¿Se puede limpiar un poco la habitación?

—¿Qué quieres decir?

—¿Puede haber menos gente presente? Voy a compartir información policial confidencial contigo y no quiero que se filtre.

—Lo que digas en esta sala seguirá en esta sala. Aquí nadie va hablar de ello más. Puedo prometer eso. —Ella estaba totalmente segura de sí misma, arrogante. Pero ¿por qué no? Todos los de su pueblo le tenían pánico. Si lo que le hizo a Diego era lo común, entonces que sería lo extraño. Si se dictaba que los secretos estaban a salvo, es que estaban a salvo. Edward se acercó a mí. Bajó la voz aunque no era un susurro.

—¿Estas segura de esto?

—Estoy segura, Edward. Ella no nos puede ayudar si no tiene suficiente información. —Nos miramos uno a otro durante unos segundos, luego asintió con la cabeza. Me volví hacía el vampiro que me esperaba—. Muy bien —dije y le conté sobre los muertos y los supervivientes.

No sé lo que esperaba, quizás que se excitara, o dijera, aja y nos diera el nombre del monstruo responsable. Lo que conseguí fue una gran atención, preguntas buenas en los momentos correctos, y un vislumbre de una mente muy inteligente detrás de todos esos juegos. Si ella no tuviera delirios, fuera sádica, megalómana, una aspirante a diosa, ella quizás habría sido simpática.

—La piel del hombre es valiosa para Xipe Totec y Tlazolteotl. Los

sacerdotes desollaban y desgastaban la piel para el sacrificio. El corazón tenía muchos usos para los dioses. Incluso la carne se utilizaba, al menos en parte. A veces, en el interior de un sacrificado había algo extraño y eso era un presagio. Luego, los otros órganos podían mantenerse durante un tiempo y se estudiaban, pero era raro.

—¿Puedes pensar por que cortarían las lenguas?

—Para evitar que hablaran de los secretos que vieran. —El modo en el que ella lo dijo, parecía literal. No parecía que tuviera ningún sentido ritual, supongo.

—¿Y por qué cortar los parpados?

—Así ellos no verían la verdad y ellos no hablarían de ella. Aunque no sé por qué harían cosas tan atroces.

—¿Por qué alguien cortaría las características sexuales?

—No entiendo —dijo, y ella se acurrucó en la capa como si tuviera frío. Habíamos estado hablando bastante tiempo, tuve que recordarme que no debía mirarla a los ojos.

—Los órganos sexuales de los hombres y los senos de las mujeres fueron eliminados. —Ella se estremeció, y supe que sabía algo que antes no. Itzpapalotl, la diosa de la hoja de obsidiana, se asustaba.

—Parece que son algunas de las cosas que hicieron los españoles a nuestro pueblo.

—Sin embargo, el desollado y sacar los órganos es más azteca que europeo. —Ella asintió.

—Sí, pero nuestros sacrificios eran mensajes para los dioses. Hacíamos daño sólo para propósitos sagrados, no por crueldad o capricho. Toda la sangre era sagrada. Si tú murieras a manos de un sacerdote, morirías sabiendo que servías a un propósito. Literalmente, tu muerte servía para que cayera la lluvia, hacer crecer el maíz, hacer que salga el sol en el cielo. No sé de ningún dios que despelleje a la gente y la deje con vida. La muerte es necesaria para que el mensaje llegue a los dioses. La muerte es parte de la adoración de un dios. Los españoles nos enseñaron a matar para causar muerte, no por el deber sagrado, sólo por la masacre. —Ella miró más allá de mí a las cuatro mujeres que esperaban pacientemente a un aviso, a un propósito.

—Hemos aprendido la lección, pero habría sido feliz en un mundo donde no supiera la verdad. —Vi en su cara un indicio de lo que había perdido, lo que sus vampiros habían perdido cuando ella decidió que ellos

serían tan crueles como sus enemigos—. Los españoles mataron a nuestra gente camino de Acachinanco y ellos se ataron pañuelos blancos por el hedor de los cuerpos en descomposición.

Ella me miró y el odio de sus ojos quemaba mi piel. Después de quinientos años, todavía había rencor. Había que admirar a alguien que podía mantenerse en el odio con estilo. Pensé que yo sabía cómo mantener el rencor, pero mirando su cara, me di cuenta de que estaba equivocada. No había lugar en mí para el perdón. En la cara de Itzpapalotl había espacio para una sola cosa, el odio, había estado enfadada durante más de quinientos años. Había estado castigando a las mismas personas por los mismos delitos durante quinientos años. Era impresionante, una especie de psicosis.

Yo no había aprendido mucho más sobre los asesinatos que cuando había entrado por la puerta. Había aprendido en su mayoría cosas negativas. Un verdadero azteca no reconocía los asesinatos como el trabajo de ningún dios ni culto asociado con el panteón azteca. Era bueno saber algo para tachar en la lista. El trabajo de policía es en mayor parte negativo. Averiguando lo que no sabes, así puedes decidir qué hacer. Yo no sabía nada positivo sobre los asesinatos. Pero escuchando las atrocidades que habían hecho a su pueblo y la ira que se reflejaba en su vos llegué a una conclusión. Yo nunca desearía que esta mujer volviera su locura hacía mí. Había dicho a muchas personas que los seguiría hasta el infierno para tener mi venganza, pero probablemente no lo haría. Itzpapalotl ponía significado a cada palabra.



VEINTISIETE

Todavía estaba oscuro cuando Edward nos llevó a casa. Todavía era de noche, oscuro de verdad, todavía vagaban los vampiros, pero la orilla suave del aire te permitía saber que la luz llegaba. Si nos apurábamos, estaríamos en la cama antes de que llegara el alba. Si íbamos despacio, conseguiríamos ver el sol salir. Ninguno de nosotros parecía andar despacio. Nosotros nos sentamos en el coche en un silencio que nadie parecía dispuesto a romper.

Dejamos el club atrás y salimos de las colinas más allá hacía Santa Fe. Las estrellas se extendían como una manta fría a través de la suave seda negra del cielo. El cielo tenía algo sobrenatural, esa particularidad vacía que parece agua en el desierto.

La voz de Olaf salió de la oscuridad, baja y extrañamente íntima de la forma en la que las voces pueden estar en un coche por la noche.

—Si hubiéramos aceptado su hospitalidad, ¿crees que podría haber tenido al vampiro que azotaron?

Levanté una ceja.

—Define tener —dije.

—Tener, para hacer lo que quisiese.

—¿Qué hubieras hecho con él si lo tuvieses? —dijo Bernardo.

—Tú no lo quieres saber, y yo no quiero oírlo —dijo Edward. Parecía cansado.

—Pensé que te gustaban las mujeres, Olaf —dijo Bernardo. Yo no lo dije, era honesto.

—Para el sexo yo prefiero las mujeres, pero tanta sangre. No debería malgastarse. —El sonó nostálgico. Giré en mi asiento intentando verlo en la oscuridad.

—Así que no sólo las mujeres tienen que tener cuidado contigo, ¿es eso? ¿Sólo tienen que sangrar para ser atractivos?

—Déjalo, Anita, sobre eso, déjalo joder solo. —Me giré para ver a Edward. Raras veces discutía, y sonaba realmente cansado y abrumado, como lo hacía ahora.

—Bien, quiero decir, claro.

Edward miró por el espejo retrovisor. No había ningún coche en cualquier dirección en millas. Creo que miraba a Olaf. El miró fijamente durante mucho tiempo por el espejo. Creo que ellos tuvieron algún tipo de entendimiento visual. Por último parpadeó y volvió a mirar fijamente la carretera, pero no parecía feliz.

—¿Qué no me estás diciendo?

—Nos —dijo Bernardo—. ¿Qué no nos está diciendo?

—De acuerdo. ¿Qué no nos estas diciendo?

—No es mi secreto para decirlo —dijo Edward, y eso era todo lo que diría. Él y Olaf tenían un secreto, pero no estaban dispuestos a compartirlo.

Terminamos el resto del viaje en silencio. El cielo estaba todavía negro, pero algo más claro, las estrellas desaparecían. El alba estaba temblorosamente cerca cuando entrábamos en la casa. Yo estaba tan cansada, que mis ojos quemaban. Pero Edward me cogió del brazo y me dirigió hacía el pequeño pasillo lejos de los dormitorios. El mantuvo la voz baja.

—Sé muy cuidadosa con Olaf.

—Es grande y malo. Lo entiendo.

Dejó caer la mano de mi brazo y movió la cabeza.

—No creo que lo entiendas.

—Mira, sé que es un condenado violador. Vi la manera en que miraba a la profesora Dallas esta noche, y vi su reacción a la sangre y la tortura. Yo no sé lo que no me dices, pero sé que Olaf me haría daño si él pudiera.

—¿Tienes miedo de él?

Respire.

—Sí, tengo miedo de él.

—Genial —dijo Edward. Vaciló y después dijo—. Tú eres su perfil de víctima.

—¿Perdón?

—Sus víctimas preferidas son mujeres pequeñas, por lo general caucásicas, pero siempre de pelo largo y oscuro. Te digo que nunca lo habría metido en este caso si hubiera sabido que tendría que llamarte. No es simplemente porque seas mujer. Tú eres su ideal físico para una víctima.

Lo miré fijamente por unos segundos, abrí la boca, entonces la cerré y trate pensar en algo que decir.

—Te doy las gracias por decírmelo, Edward. Mierda. Deberías habérmelo dicho antes.

—Esperaba que pudieran trabajar juntos, pero también lo vi esta noche. Estoy preocupado por que explote. Simplemente no quiero que estés en el camino cuando pase.

—Envíalo de donde quiera que venga, Edward. No lo necesitamos si es un problema.

Sacudió la cabeza.

—No, él tiene una especialidad que es perfecta para este caso.

—¿Y qué especialidad puede tener?

Él me dio una pequeña sonrisa.

—Acuéstate, Anita. Casi está amaneciendo.

—No —dije—, casi pero no del todo.

Él estudió mi cara.

—¿Puedes realmente sentir el amanecer sin mirar?

Asentí.

—Sí.

El me miró, y era como si tratase de leerme. Por primera vez sentí que quizás, sólo quizás, Edward estaba a veces tan desconcertado conmigo como yo lo estaba con él. Me acompañó a mi cuarto y me dejó en la puerta como un padre sobre protector.

Me alegré de haber preparado la seguridad de la habitación antes de

irme. Si alguien venía por la ventana, tirarían las muñecas o al dar un paso estropearían el espejo. La puerta estaría con la silla y la maleta delante de ella. El cuarto estaba tan seguro como podía. Yo me desnudé, poniendo las pistolas y los cuchillos en la cama hasta decidir donde los pondría por la noche. Agarre una camiseta muy grande de hombre que me llegaba por las rodillas del bolso de viaje. Comencé a coger una muda de ropa, el pijama y los artículos de aseo del bolso de viaje y mi pingüino de peluche Sigmund. Yo sólo dormía con Sigmund alguna que otra vez, pero últimamente, él había sido mi compañero bajo las sábanas. Una chica necesita algo que abrazar por la noche.

La Browning Hi-Power era mi compañero constante, en casa permanecía en la funda que había junto a mi cabecera. Aquí la puse bajo la almohada, lo que la hace más segura para alcanzar. Siempre me ponía nerviosa poner una pistola cargada bajo mi almohada. Me parecía menos seguro, pero casi tan peligroso como estar desarmado si Olaf entraba por mi puerta. Había traído cuatro cuchillos conmigo.

Uno de ellos estaba entre el colchón. Puse la Firestar detrás de la maleta. Deseaba algo más grande que una pistola de mano. Tal vez una escopeta de cañones recortado y un mini-Uzi. Normalmente habría traído pistolas más grandes, pero como sabía que Edward tendría más y mejores, y que él compartiría. Yo por último me decidí por el mini-Uzi modificado que tenía treinta series con suficiente potencia para cortar a un vampiro por la mitad. Era un regalo de Edward por lo que la munición era ilegal, pero era un fusil fuerte. Casi me había sentido avergonzada de utilizarlo al principio, pero una noche el pasado mes de agosto la utilice de verdad. Apunté a un vampiro, y apretando el gatillo, lo corté por la mitad. Parecía que su cuerpo hubiese sido cortado por la mitad por una mano gigante. La parte superior de su cuerpo había caído lentamente hacía un lado. Su parte inferior se desplomo sobre sus rodillas. Yo todavía veía eso como a cámara lenta. No había horror ni pena. Era sólo un recuerdo. El vampiro había venido con cien de sus amigos para matarnos. Había tratado de matar a uno de ellos lo más desagradable posible para que los demás nos dejaran en paz. No había funcionado, pero eso sólo fue porque los vampiros le tenían mucho más miedo al Maestro de la Ciudad que a mí.

Quizás la Uzi tenía demasiada fuerza de destrucción para un humano, pero si por alguna casualidad vaciaba la Browning en el pecho de Olaf y el no caía, quería asegurarme de que no llegaba a mí. Lo cortaría por la mitad

y ver si las piezas se arrastraban.



VEINTIOCHO

Eran después de las cinco cuando finalmente cerré mis ojos. Dormir me succionaba hacia abajo como un giro de agua negra, arrastrándome profundo, e instantáneamente dentro de un sueño. Yo estaba de pie en un oscuro lugar. Había pequeños árboles atrofiados en todos lados, pero ellos estaban muertos. Todos los árboles estaban muertos. Podía sentirlo.

Algo chocó a mi derecha, algo largo se movía a través de los árboles, y un sentido de terror subió delante de eso como un viento. Yo corrí, con las manos levantadas para protegerme la cara de las ramas secas. Tropecé con una raíz y caí de boca.

Aquí estaba yo con un dolor afilado en mi brazo. Estaba sangrando. La sangre manaba hacia abajo, pero no podía encontrar una herida.

La cosa se estaba acercando. Podía oír los troncos de los árboles chascando con las afiladas explosiones. Estaba viniendo. Estaba viniendo a por mí. Yo corrí, y corrí, y corrí, y los árboles muertos se extendían

siempre y no había escape. Un sueño típico, pensé, y en el momento en que lo pensé, me di cuenta que era un sueño, y el sueño cambió, caí en otro sueño. Richard estaba de pie sin nada excepto una sábana, un bronceado brazo musculoso se levantó hacia mí. Su pelo castaño caía en una espuma de ondas alrededor de su cara. Le alcancé, y cuando mis dedos rozaron los suyos, una sonrisa curvó sus labios, el sueño se hizo trizas, y me desperté.

Me desperté, parpadeando dentro de un parche de luz del sol que se extendía a través de la cama. Pero no había sido la luz lo que me había despertado. Había una voz explotando sobre mi puerta. Una voz de un hombre.

—Edward dice que te levantes.

Me llevó un momento darme cuenta que era la voz de Bernardo. No cogió a Freud analizar el sueño al final con Richard en una sábana. Iba a tener que ser cuidadosa alrededor de Bernardo. Vergonzoso, pero cierto. Me senté en la cama, gritando a través de la puerta.

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—Bien, ya voy.

Escuché pero no le oí alejarse. O las puertas eran más sólidas de lo que parecían, o Bernardo era silencioso. Si sólo hubiera sido Edward, me hubiera puesto un par de pantalones debajo de la camiseta, y tendría algo de café. Pero había compañía en la casa y no eran todos machos. Me las arreglé para entrar en el cuarto de baño y vestirme sin encontrar a nadie en el pasillo. Estaba llevando unos pantalones azul oscuro, una camiseta azul, con calcetines de correr blancos, y las Nike negras. Normalmente, habría dejado las pistolas fuera hasta que saliera al gran mundo malo, pero la casa de Edward era el gran mundo malo y estaba en la siguiente habitación para poner la Firestar 9mm en una pistolera interior, dejándola en la mano derecha para sacarla. Me cepillé, me limpié y me armé. Deambulando hacia el olor del bacón.

La cocina era pequeña, estrecha y blanca. Pero todos los electrodomésticos eran negros, y el escueto contraste era casi demasiado para la primera cosa de la mañana. Había otro ramo de flores salvajes en medio de una pequeña mesa de madera blanca. Donna había golpeado otra vez, pero ciertamente estaba de acuerdo con ella. La cocina necesitaba algo para suavizarla. Los dos hombres sentados en la mesa no hacían nada para humanizar la habitación. Olaf se había afeitado para que el único pelo que

quedara fueran las negras líneas de sus cejas. Él llevaba una camiseta de combate blanca, vestido de negro. No podía ver sus zapatos, pero apostaba en una mirada mono cromada. Él también llevaba una funda con una gran automática de algún tipo. No reconocí la marca. Una empuñadura negra de un cuchillo estaba en la funda debajo de su brazo izquierdo. Las fundas sobaqueras sobresalían cuando yo llevaba camisetas de combate, pero hey, no era mi problema.

Bernardo llevaba una camiseta de manga corta blanca y pantalones negros. Él había apartado la parte de arriba de su pelo hacia el otro lado con una larga cinta multicolor. Había extendido completamente el pelo para caer pasando sus hombros, escueto y negro contra la pura blancura de su camiseta. Él llevaba una diez mil Beretta justo detrás de su cadera derecha. No podía ver el cuchillo en él, pero apostaba que estaba allí. Edward estaba en la estufa, vaciando una cacerola de huevos revueltos en dos platos. Él también llevaba pantalones negros haciendo juego con las botas de cowboy, y una camiseta blanca que era una gemela de la que él llevaba ayer.

—Oigan, chicos, ¿tengo que volver a mi habitación y cambiarme?

Todos me miraron, incluso Olaf.

—Lo que llevas está bien —dijo Edward. Él llevó los platos a la mesa y puso uno delante de cada silla vacía. Había un plato de bacón en el centro de la mesa al lado de las flores.

—Pero no hago juego —dije. Edward y Bernardo sonrieron. Olaf no lo hizo. Gran sorpresa—. Tus chicos parecen como de uniforme —dije.

—Creo que lo hacemos —dijo Edward. Se sentó en una de las sillas vacías. Me senté en la otra.

—Deberías haberme dicho que hay un código para vestir.

—Nosotros no lo hacemos a propósito —dijo Bernardo.

Asentí.

—Lo cual es lo que lo hace divertido.

—Yo no estoy cambiando las ropas —dijo Olaf.

—Nadie te ha preguntado —dije—. Estoy haciendo una observación. —Mis huevos tenían trozos de cosas verdes y rojas en ellos—. ¿Qué hay en los huevos?

—Pimiento verde, chilis rojos, y dados de jamón —dijo Edward.

—Oye, Edward, no deberías haberlo hecho.

Me gustaban mis huevos revueltos de la manera en la que Dios

pretendía, sencillos. Medio plato estaba casi cocinado, la otra mitad hecha para unas patatas. Fui a por las patatas.

El bacón del plato de Olaf estaba crujiente, también. Oh, bueno. Dije gracias por la comida. Edward siguió comiendo, pero los otros dudaron, incómodos con sus bocas llenas. Siempre era divertido dar gracias a una mesa con gente que no lo hacía. Ese incomodo silencio. El pánico mientras ellos se preguntaban si seguir masticando o parar. Acabé de rezar y tomé un trozo de bacón. Yum.

—¿Cuál es el plan de juego para hoy? —pregunté.

—Tú no has acabado de mirar los expedientes —dijo Edward.

Bernardo gruñó.

—Creo que es una pérdida de tiempo —dijo Olaf—. Hemos estado sobre los expedientes. No creo que ella encuentre algo nuevo.

—Ella ya ha hecho eso —dijo Edward.

Olaf le miró, un trozo de bacón a medio camino de su boca.

—¿Qué quieres decir? —Edward lo dijo.

—No es nada —dijo Olaf.

—Eso es más de lo que tú has conseguido —dijo Edward, tranquilamente.

—Si soy una carga semejante en este trabajo, quizás debería dejarlo —dijo Olaf.

—Si no puedes trabajar con Anita, quizás deberías. —Olaf le miró.

—¿Preferirías tenerla protegiendo tu espalda en lugar de a mí?

Él sonaba asombrado.

—Sí —dijo Edward.

—Puedo romperla por la mitad sobre mi rodilla —dijo Olaf. El asombro se volvió enfado. Yo sospechaba que muchas emociones se volvían en enfado para Olaf.

—Quizás —dijo Edward—, pero dudo que ella te dé la oportunidad.

Levanté mi mano.

—No hagas esto una competencia, Edward.

Olaf se giró hacia mí, lentamente. Él habló muy lentamente, muy claramente.

—Yo no compito con mujeres.

—¿Te da miedo no estar a la altura de las circunstancias? —pregunté. En el momento en que lo dije, deseé no haberlo hecho. La momentánea satisfacción no valía la mirada en su cara cuando él se levantó de su silla.

Me incliné en la mesa y saqué la Firestar, apuntándola en su dirección general debajo de la mesa. Olaf estaba de pie, amenazándome, como un árbol muscular.

—Edward ha pasado esta mañana hablándome de ti. Intentando convencerme que tú mereces ser escuchada. —Sacudió su cabeza—. Tú eres una bruja y yo no. La cosa que nosotros cazamos podría ser mágica y nosotros necesitamos tu experiencia. Quizás esta es toda la verdad, pero no seré insultado por ti.

—Tienes razón —dije—. Lo siento. Fue un golpe bajo.

Él parpadeó.

—¿Te estás disculpando?

—Sí, es raro, las raras ocasiones cuando estoy equivocada, puedo disculparme.

Edward me estaba mirando a través de la mesa.

—¿Qué? —pregunté. Él solo sacudió su cabeza.

—Nada.

—El odio de Olaf hacia las mujeres es un tipo de impedimento, e intento no reírme de la gente con impedimentos.

Edward cerró sus ojos y sacudió su cabeza.

—Tú solamente no podías dejarlo pasar, ¿verdad?

—No estoy lisiado.

—Si tú odias a todo y a todos con un irracional, intransigente odio, entonces tú estás ciego, ese odio es preocupante. La policía me echó a patadas de una escena del crimen ayer, porque la policía en cambio está en su derecho de limpiar a Christian, y él me considera el engendro del diablo. Así que él había preferido más a la gente que consiguió matar y mutilar que tenerme de ayuda para resolver el caso. Él me odia más de lo que quiere coger a ese monstruo. —Olaf aún estaba de pie, pero algo de la tensión se había drenado. Él parecía estar escuchándome ahora—. ¿Tú odias a las mujeres más de lo que quieres coger a este monstruo? —Él me miró, y por una vez sus ojos no estaban enfadados. Ellos estaban pensativos—. Edward me llamó porque soy la mejor. Nunca me he alejado de un trabajo hasta que la presa esté muerta. Y si tomas mi experiencia preternatural para ayudar a matar al monstruo, ¿puedes tratar con eso?

—No me gusta eso —dijo él.

—Eso lo sé, pero no es lo que he preguntado. ¿Puedes manejar mi destreza ayudándote a matar al monstruo? ¿Puedes tomar mi ayuda si es lo

mejor para el trabajo?

—No lo sé —dijo él. Al menos él estaba siendo honesto, incluso razonable. Era un comienzo.

—La pregunta, Olaf, es ¿qué amas más: el matar o tu odio a las mujeres? —Podía sentir la tranquilidad de Edward y Bernardo. La habitación agarraba las respiraciones colectivas esperando la respuesta.

—Preferiría matar más que hacer cualquier otra cosa —dijo Olaf.

Asentí.

—Genial, y gracias.

Él sacudió su cabeza.

—Si tomo tu ayuda, eso no significa que te considere mi igual.

—Yo tampoco —dije.

Alguien me dio una patada debajo de la mesa. Creo que fue Edward. Pero Olaf y yo asentimos mutuamente, no exactamente sonriendo, pero creo que nosotros teníamos una tregua. Si él controlaba su odio, y yo podía controlar mis impulsos sabihondos, la tregua podría durar bastante tiempo para que nosotros resolviéramos el caso. Me las arreglé para enfundar la Firestar sin que él lo notara, lo cual me hizo pensar menos de él. Edward lo había notado, y creo, que también Bernardo. ¿Cuál era la especialidad de Olaf? ¿Qué tenía de bueno si él no sabía dónde estaban las pistolas?



Después del desayuno nos dirigimos de vuelta al salón. Bernardo se ofreció como voluntario para lavar los platos. Creo que él estaba buscando una excusa para quitarse del papeleo. Aunque estaba empezando a preguntarme si Bernardo se había espantado por las mutilaciones como Edward lo hizo. Incluso los monstruos tienen miedo de estos.

La pasada noche yo había estado lista para mirar en los siguientes informes forenses, pero en la clara luz del día podía admitir que era cobardía. Leer sobre eso no era tan malo como verlo. Así que yo no quise mirar las fotos. Tenía miedo de verlas, y en el momento que admití eso a mí misma, las moví a la parte superior de mi lista. Edward sugirió que nosotros claváramos todos las fotos en las paredes del salón.

—Y hacer agujeros en tus bonitas paredes limpias —dije.

—No seas bruta —dijo Edward—. Usaremos cinta autoadhesiva. —Él levantó un pequeño paquete de los rectángulos maleables amarillos.

Despegó algo y nos lo entregó a Olaf y a mí. Yo apreté la cosa entre mis dedos, girándolo en una bola. Eso me hizo sonreír.

—No he visto esta cosa desde la escuela elemental.

Los tres pasamos la siguiente hora poniendo los cuadros en las paredes. Sólo manejando la cinta autoadhesiva me hacía recordar cuarto grado y ayudar a la Señorita Cooper colgando las decoraciones de Navidades en las paredes. Nosotras colgábamos alegres Santas, gordos bastones de golosina, y bolas brillantes. Ahora estaba arremetiendo cuerpos viviseccionados, primeros planos de caras sin piel, fotos en habitaciones llenas de partes de cuerpos. En el momento en que nosotros tuvimos una pared cubierta yo estaba ligeramente deprimida. Finalmente, las fotos tomaban todo el espacio vacío de la blanca pared. Yo estaba de pie en el centro de la habitación y la miré entera.

—Jesús bendito.

—¿Demasiado fuerte para ti? —preguntó Olaf.

—Desiste, Olaf —dije. El comenzó a decir algo más pero Edward dijo:

—Olaf. —Era alucinante cuanta amenaza podía poner en una palabra ordinaria. Olaf pensó en ello durante un segundo o dos, pero al final él lo dejó pasar. U Olaf se estaba volviendo inteligente o él tenía miedo de Edward, también. Me pregunto de cual manera fui votada. Nosotros habíamos agrupado las fotos de la escena del crimen en un largo grupo. Esta era mi primera vista de los cuerpos que habían sido desgarrados en trozos. El doctor Evans había descrito lo cuerpos como si fueran cortados con una cuchilla de origen desconocido, luego deshilvanados por una mano. Pero eso había sido una descripción muy clara de lo que actualmente habían hecho.

Al principio, todo lo que mis ojos podían ver era sangre y trozos. Incluso sabiendo lo que estaba buscando, mi mente se negaba a verlo al principio. Era como buscar en uno de esos cuadros 3D donde al principio todo son colores y puntos, luego de repente lo veías. Una vez que lo veías, no podías dejar de verlo. Mi mente estaba intentando protegerme de lo que estaba buscando por simplemente no permitirme tener sentido de eso. Mi mente me estaba protegiendo, y eso sólo lo hacía cuando es malo, realmente, realmente malo.

Si sólo me hubiera ido ahora antes de que mis ojos tuvieron sentido de eso, yo podría escapar del horror. Podía girar sobre mis talones y marcharme de aquí y negarme a tener algo más de horror en mi mente.

Probablemente era una buena idea para mi propia cordura, pero eso no ayudaría a la siguiente familia que esa cosa consiguiera atrapar. Eso no detendría las mutilaciones, las muertes. Así que me quede de pie y me hice a mí misma mirar a la primera foto, esperando ver lo que realmente había. La sangre era más brillantes que una película sangrienta, un rojo cereza. Ellos habían conseguido esta escena antes de que la sangre hubiera empezado a secarse. Hablé sin girarme.

—¿Cómo encontró la policía los cuerpos tan rápidamente en esta casa? La sangre aún está fresca.

—Los padres del marido supuestamente se reunirían con ellos para un desayuno temprano, antes de trabajar —respondió Edward.

Yo tuve que apartar la mirada de la foto, hacia el suelo.

—¿Quieres decir que sus padres lo encontraron así?

—Eso no es lo peor —dijo Edward.

—¿Cómo podría ser posiblemente peor? —pregunté.

—La esposa le dijo a su mejor amiga que ella estaba embarazada. La reunión del desayuno era para decirles a los padres del marido que ellos iban a ser abuelos por primera vez. —La alfombra se emborronó en mi visión, como buscar a través del agua. Yo alcancé otra vez una silla y facilité mi camino hacia ella. Puse mi cabeza entre mis rodillas y respiré muy cuidadosamente.

—¿Estás bien? —preguntó Edward. Asentí sin levantarme. Esperé a que Olaf hiciera un comentario sarcástico, pero no lo hizo. O Edward le había amenazado o él pensaba que era horrible, también. Cuando estuve segura de que no iba a caerme o desmayarme, hablé con mi cabeza aún entre las rodillas.

—¿Cuándo llegaron los padres a la casa? ¿A qué hora?

Oí el susurro de papeles.

—Seis y media. —Descansé mi mejilla contra mi rodilla. Se sentía bien.

—¿Cuándo salió el sol?

—No lo sé —dijo Edward.

—Averígualo —dije. Oye, la alfombra del suelo era bastante bonita. Me levanté lentamente, aun practicando ricas respiraciones. La habitación no se emborronó. Bien—. Los abuelos llegaron a las seis y media. Lo que toma que, diez minutos, menos, para que ellos se recuperasen lo suficiente para llamar a los polis. Luego los uniformados llegaron a la primera escena.

Eso podía llevar treinta minutos o una hora, más, para que llegara un fotógrafo a la escena del crimen, y todavía la sangre está fresca. No estaba sin brillo aún, dejando solo un principio de marrón.

—Los padres casi entraron —dijo Edward.

—Sí —dije.

—¿Qué diferencia tiene eso? —preguntó Olaf.

—Si el amanecer estaba cerca de las seis y media, entonces el bicho puede salir a la luz del día, o salió de un agujero cerca de la escena del crimen. Si no estaba cerca del amanecer, entonces podría estar limitado a la oscuridad.

Edward me estaba sonriendo como un padre orgulloso.

—Incluso con tu cabeza entre tus rodillas, aún estás pensando en el trabajo.

—Pero que ganamos —dijo Olaf—, ¿si la criatura está limitada a la oscuridad o a la luz del día?

Le miré. Él me estaba amenazando otra vez, pero yo seguí sentada. No parecería muy dura si estaba de pie y me caía.

—Si está limitado a la oscuridad, entonces eso podría ayudarnos a averiguar qué tipo de cosa es. Realmente no hay muchas criaturas preternaturales que está limitadas exclusivamente a la oscuridad. Eso ayudaría a estrechar la lista.

—Y si eso tiene la madriguera cerca de la primera escena del crimen —dijo Edward—, nosotros encontrarías rastros.

Asentí.

—Sí.

—La policía buscó por esa área pulgada por pulgada —dijo Olaf—. ¿Estás diciendo que tú puedes encontrar algo que ellos no pueden? —Su arrogancia se estaba mostrando.

—Con el primer asesinato, especialmente, la policía estaba buscando a un autor humano. Si tú estás buscando a un ser humano, tú buscas diferentes cosas que si es un monstruo. —Sonreí—. Además, si todos nosotros no pensamos que pudiéramos encontrar algo que la policía no pudo, no estaríamos aquí. Edward no nos habría llamado, y la policía no hubiera compartido los expedientes con él.

Olaf frunció el ceño.

—Yo nunca te he visto sonreír así, Edward, a menos que estés pretendiendo ser Ted. Pareces como un profesor orgulloso cuyos

estudiantes lo están haciendo bien.

—Más como Frankenstein con su monstruo —dije yo. Edward pensó en ello durante un segundo, luego asintió y sonrió tontamente, satisfecho consigo mismo.

—Me gusta eso.

Olaf nos frunció el ceño a ambos.

—Tú no la creaste, Edward.

—No —dije—, pero él ayudó hacerme la mujer que soy hoy. —Edward y yo nos miramos mutuamente, y las sonrisas cayeron de nuestras caras, dejándonos solemnes.

—¿Se supone que tengo que disculparme por eso? —preguntó él.

Sacudí mi cabeza.

—¿Sientes que tienes que disculparte por eso?

—No —dijo él.

—Entonces no, estoy viva, Edward, y estoy aquí. —Estaba de pie y no me balanceé después de todo. Vivir era bueno—. Averigüemos si algunas de las muertes tuvieron lugar después de la luz del día. Cuando he buscado en toda esta mierda, he visto algunas escenas de asesinato. —Miré a Edward.

—Si está todo bien contigo. Tú eres el jefe.

Él dio un pequeño asentimiento.

—Está bien, pero mantener a Ted trabajando con el Departamento de Policía de Santa FE, necesitaremos incluirles en los lugares de las muertes.

—Sí —dije—, a la policía no le gusta que los paisanos fastidien en sus escenas de asesinato, les hace irritables.

—Además, tú ya eres una persona non grata en Alburquerque —dijo Edward.

—Nosotros tenemos que evitar algunos de los policías que quieren acabar contigo.

—Y eso realmente me fastidia —dije—. Estoy excluida de las escenas del crimen más frescas, las evidencias más nuevas. No necesito otro impedimento en un caso como este.

—Tú no sabes lo que es tampoco, ¿verdad? —dijo Edward.

Sacudí mi cabeza, y suspiré.

—Ni una maldita prueba. —Bendije su corazón machista, pero Olaf no dijo nada, yo tampoco le dije nada.

Volví a mirar a las fotos, y de repente pude verlo. Solté una respiración,

y dije, lentamente, «Won». La habitación parecía caliente. Maldición, no iba a sentarme otra vez. Puse mis dedos a cada lado de la pared calmándome, pero eso debería parecer como si estuviera intentando una mirada más cercana. Finalmente tuve que cerrar mis ojos durante sólo unos pocos segundos. Cuando los abrí, estaba bien tan bien como debería ser.

Las partes de los cuerpos diseminadas como pétalos de flores, revueltas dentro de una masa roja. Mi ojo hojeó de un bulto cubierto de sangre a otro. Yo estaba casi segura de que era un antebrazo, y la bola de la unión de una rodilla mostraba cosas blancas entre todo lo rojo. Nunca había visto tantos trozos antes. Había visto cuerpos descuartizados antes, pero eso había sido para comer o castigar. Pero había una entereza en esta… destrucción. Me moví hacia una foto de la misma imagen pero desde un ángulo ligeramente diferente. Intenté poner el cuerpo junto en mi cabeza, pero evité acercarme a las partes pequeñas. Finalmente me giré.

—No hay ni cabeza ni manos. —Señalé a un pequeño bulto en la sangre—. A menos que esos sean los dedos. ¿Estaba el cuerpo completamente desunido incluso los huesos de los dedos?

Edward asintió.

—Cada víctima ha sido casi desmembrada completamente en las uniones.

—¿Por qué? —pregunté. Miré a Edward—. ¿Dónde está la cabeza?

—Ellos la encontraron en la colina detrás de la casa. El cerebro no estaba.

—¿Y el corazón? —pregunté—. Quiero decir hay columna vertebral, casi intacta, pero no veo ninguna víscera. ¿Dónde están todos los órganos internos?

—Ellos no los encontraron —dijo Edward. Me apoyé atrás, medio sentada en la mesa.

—¿Por qué cogerías los órganos internos? ¿Ellos se los comieron? ¿Es parte de algún ritual mágico? ¿O es sólo la parte de un ritual de la muerte en sí, un regalo?

—Hay muchos órganos en el cuerpo —dijo Olaf—. Ponlos todos en un contenedor y ellos pueden ser pesados, voluminosos. También se pudren muy rápidamente a menos que los pongas en alguna forma de conservante. —Yo le miré, pero él no me estaba mirando. Él estaba mirando las fotos. Él no había dado muchos detalles, pero algo en la manera en que lo hizo sonaba como si supiera de lo que estaba hablando.

—¿Y cómo sabes cuánto pueden pesar los órganos internos de un cuerpo humano?

—Él podía haber trabajado en la morgue —dijo Edward.

Sacudí mi cabeza.

—Pero no lo hizo, ¿verdad, Olaf?

—No —dijo él, y ahora él me estaba mirando. Sus ojos se habían vuelto oscuras cuevas, por las profundas marcas en su cara y un engaño de luz, o eso sería oscuridad. Me estaba mirando, y sin ver sus ojos pude sentir la intensidad de esa mirada, como si estuviera siendo estudiada, medida, diseccionada. Mantuve mi mirada sobre Olaf, pero pregunté:

—¿Cuál es su especialidad, Edward? ¿Por qué le llamaste para este caso en particular?

—La única persona que he visto hacer algo cercano a esto, es él —dijo Edward. Yo le miré, y su cara estaba tranquila. Me giré de vuelta a Olaf—. Yo te he dicho que fue encerrado por violación, no por asesinato. —Parecía bien conmigo y dije:

—La policía llegó demasiado pronto.

Una alegre voz llamó desde la parte de delante de la casa.

—Ted, somos nosotros. —Era Donna, y el «nosotros» podía sólo significar los niños.

Edward salió a un paso considerable, intentando cortarle el paso. Creo que Olaf y yo aún podríamos haber estado mirándonos mutuamente cuando ella vino hacia nosotros, pero Bernardo entró, y dijo:

—Supuestamente estamos escondiendo las fotos.

—¿Cómo? —preguntó Olaf—. Yo cogí el candelabro de encima de la mesa y dije:

—Pon el trapo de la mesa sobre la puerta.

Yo estaba de pie a un lado y dejé a Bernardo arrastrarlo fuera de la mesa.

Olaf dijo:

—¿No vas a ayudarle? Tú eres una de los chicos, después de todo.

—No soy lo suficientemente alta para colgarla sobre la puerta de entrada —dije. Él me dio una pequeña sonrisa, burlona, pero él se movió para ayudar a Bernardo a bloquear la puerta de entrada con el mantel de la mesa.

Yo me había quedado detrás de ellos con el candelabro de hierro negro en mis manos. Miré al hombre alto y calvo y estuve medio arrepentida de

que no fuera lo suficientemente alta para destrozar el pesado candelabro de hierro en su cráneo.

Igual de bueno. Yo hubiera debido otro favor a Edward si mataba a uno de sus refuerzos solo porque me asustaba.



Podía oír a Edward en su mejor voz consoladora de Ted, intentando convencerla de que ella no necesitaba decir Hola a todos. Ella discutía, cortés pero firme, que por supuesto que lo hacía. Por más que él intentaba mantenerla lejos, más ella quería mirar. Llámalo presentimiento, pero apostaba que era a mí a la que ella quería ver. La casa estaba arreglada para que tú no pudieras entrar a los tres dormitorios de invitados sin pasar a través el salón. Donna quería asegurarse donde estaba yo, y eso que yo no había estado en la cama de nadie excepto en la mía. O al menos no en la cama de Ted. ¿Ella pensaba que yo estaba corriendo hacia mi dormitorio para tirar las ropas sobre mi desnudez? Cual fuera el motivo, ella estaba viniendo en este camino. Oí la voz de Becca.

Mierda. Me agaché por debajo de la alfombra del suelo a través de la puerta y casi corrí hacia ellos. Donna paró de caminar con un pequeño uff de sorpresa. Sus ojos estaban abiertos ampliamente cuando ella me miró

como si la hubiera asustado. Peter me estaba observando con fríos ojos marrones, como si fuera todo demasiado aburrido para las palabras, pero por debajo el perfecto adolescente aburrido tenía un ligero interés. Todos se preguntaban por qué el mantel estaba delante de la puerta del pasillo. Fue Becca quien lo dijo.

—¿Por qué la alfombra está delante de la puerta? —Yo seguí llamándolo un mantel porque eso es lo que Edward estaba usando para la mesa, pero aún parecía como una alfombra. Los niños pegan lo básico. Donna miró a Edward.

—Sí, Ted, Porque está el mantel delante de la puerta.

—Porque lo estamos colgando —dijo Bernardo desde detrás de la improvisada cortina. Ella caminó cerca del mantel.

—¿Y por qué lo están colgando?

—Pregunta a Ted —dijeron Bernardo y Olaf juntos. Donna se giró hacia Edward. Yo normalmente se lo que Edward diría, pero con Donna yo estaba fuera de adivinanzas.

—Nosotros tenemos fotos del caso extendidos por toda la habitación. No es algo que quiero que tú o los niños ven. —Oye, él fue a por la verdad. Eso debería ser amor verdadero.

—¡Oh! —dijo ella. Ella pareció pensarlo durante un segundo o dos, luego asintió—. Becca y yo iremos a la cocina. —Ella levantó una blanca caja con una cinta alrededor, tomó a Becca por la mano y fueron juntas hacia la cocina. Becca estaba tensa por detrás, diciendo:

—Pero, mami, yo quiero ver las fotos.

—No, no lo harás, cariño —dijo Donna, y muy firmemente guió a la niña lejos. Yo pensaba que Peter las seguiría pero él estaba de pie allí, mirando a la puerta, luego miró a Edward.

—¿Qué tipo de fotos? —preguntó él.

—Unas malas —dijo Edward.

—¿Cómo de malas?

—Anita —dijo Edward.

—Algunas de las peores que he visto, y he visto algunas cosas horrorosas —dije.

—Quiero verlas —dijo Peter.

—No —dije yo. Edward no dijo nada, sólo le miraba. Peter frunció el ceño.

—Piensas que soy un niño.

—Yo no quería que tu madre tampoco las viera —dijo Edward.

—Ella es una debilucha —dijo él. Yo estaba de acuerdo con él, pero no en voz alta.

—Tu madre es quien ella es —dijo Edward—. No importa su debilidad. Eso sólo la hace ser Donna.

Yo le miré, intentando muy duro de no estar boquiabierta, pero quería hacerlo. Nunca le había oído cortar a nadie algo por nada. Edward no era un sentencioso. Él era un severo juez. ¿Qué alquimista químico hizo a la mujer tener algo para tener que ganarle? Yo no lo conseguí.

—Creo que… Ted está intentando decir que no es tu edad lo que nos hace no querer mostrarte las fotos.

—Crees que no puedo aguantarlo —dijo Peter.

—Sí —dije—, creo que no puedes aguantarlo.

—Puedo aguantar cualquier cosa que tú puedas aguantar —dijo él, los brazos cruzados sobre su delgado pecho.

—¿Por qué? ¿Porque soy una chica? —Él se ruborizó, como si estuviera avergonzado.

—No quería decir eso.

Pero por supuesto que lo hizo. Pero, hey, él tenía catorce años. Le permití el resbalón.

—Anita es una de las personas más fuertes que he conocido —dijo Edward.

Peter le entrecerró los ojos, los brazos aún abrazados a su pecho.

—¿Más fuerte que Bernardo?

Edward asintió.

—¿Más fuerte que Olaf? —Y yo pensaba más del niño que había puesto a los dos hombres en ese orden. Él sabía instintivamente cual era el hombre que daba más miedo, o quizás sólo era el tamaño de Olaf. No, creo que Peter tenía un presentimiento para los chicos malos. Es algo que tienes o no tienes. Eso no puede ser realmente enseñado.

—Incluso más fuerte que Olaf —dijo Edward.

Hubo un sonido de descontento desde detrás de la alfombra. El sonido del ego de Olaf había sido dañado. Peter me miró, y la mirada había cambiado. Tú casi podías verle pensando, intentando poner mi pequeña feminidad en la misma categoría que la agresiva presencia de Olaf. Él finalmente sacudió su cabeza.

—Ella no parece tan fuerte como Olaf.

—Si tú te refieres a una lucha cuerpo a cuerpo, no lo soy.

Él frunció el ceño y se giró hacia Edward.

—No comprendo.

—Creo que lo haces —dijo Edward—, y si no lo haces, no puedo explicártelo.

El ceño fruncido de Peter se profundizó.

—Parte del problema del código de los chicos fuertes —dije yo—, es que mucho no puede ser explicado.

—Pero tú lo comprendes —dijo Peter. Él sonaba casi acusatorio.

—He pasado mucho tiempo alrededor de chicos muy fuertes.

—No es eso —dijo Peter—. Eres diferente de cualquier chica que he conocido.

—Ella es diferente de cualquier chica que conocerás —dijo Edward. Peter nos miró a cada uno de nosotros.

—Mamá está celosa de ella.

—Lo sé —dijo Edward.

La voz de Bernardo llegó desde dentro de la habitación.

—¿Podemos bajar la alfombra ahora?

—No me digas que tú él hombre fuerte se está cansando —dije.

—El ácido láctico fortalece los músculos de todo el cuerpo, chiqui —dijo Bernardo. Yo había comenzado el nombre llamado así que dejé ir el comentario de «chiqui».

—Necesitas unirte con tu mamá y Becca en la cocina —dije.

—¿Lo hago? —Estaba mirando a Edward, y me di cuenta que él atraído hacia Edward, pidiéndole permiso.

—Si —dije y miré a Edward, intentando decirle con mis ojos, no hagas esto. Pero él sólo tenía ojos para el chico. Ellos se estaban mirando mutuamente, y algo pasó entre ellos, algún conocimiento, algo.

—Baja el mantel —dijo Edward.

—No —dije yo y agarré el brazo de Peter. Le giré en redondo, para que estuviera de espaldas hacia la puerta. Le había cogido por sorpresa, así él no opuso resistencia. Antes de que él pudiera decidir lo que hacer conmigo, Edward habló.

—Suéltale, Anita. —Le miré alrededor de los hombros de Peter y me di cuenta que él era más alto que yo por unas pocas pulgadas.

—No hagas esto.

—Él quiere verlo. Déjale verlo.

—A Donna no le gustará —dije.

—¿Quién va a decírselo a ella?

Yo miré dentro de los oscuros ojos de Peter.

—Él lo hará cuando él consiga enloquecer lo suficiente a ti, a ella o a ambos.

—Yo no haré eso —dijo Peter.

Sacudí mi cabeza. No le creí, y eso más que cualquier cosa me hizo saltarle el brazo y retroceder. Si Edward le mostraba a Peter esta pequeña esquina del infierno y la palabra regresaba a Donna, sería suficiente para separarles permanentemente. Yo estaba de acuerdo intercambiar algo de la inocencia de Peter por esto. Duro, pero cierto.

La alfombra cayó primero del lado de Olaf, luego Bernardo se alejó dejando caer la alfombra en sus brazos como un niño sin vida. Él miró a Edward y sacudió su cabeza, pero él retrocedió al lado de Olaf y dejó que Peter entrara en la habitación. Edward y yo le seguimos por detrás.

Olaf se había movido hacia atrás cerca de la puerta más lejana. Bernardo dejó el mantel sobre la mesa y retrocedió al borde más lejano. Yo me acerqué a la pared más lejana, casi reflejando a Olaf, pero en la puerta opuesta. Todos nosotros nos movimos en esquinas separadas de la habitación, y todos nosotros intentamos separarnos de lo que estaba ocurriendo. Yo no quería pensar ni siquiera que Olaf lo aprobaba. Peter abarcó todas las fotos girando y girando. Él palideció, y su voz es una pequeña respiración.

—¿Son personas?

—Si —dijo Edward. Él se quedó quieto en el lado de Peter, sin tocarle, no demasiado cerca, pero muy definitivamente con él. Peter caminó hacia la pared más cercana, a las fotos que yo había estado mirando.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó él.

—No lo sabemos aún —dijo Edward.

Peter miró las fotos, sus ojos ojeando de una imagen horrible a otra. Él no caminaba por la habitación o estudiaba alguna foto tan cerca como yo, pero él miraba, él veía lo que estaba allí. Él no gritó o se mareó o se desmayó. Él había demostrado su punto. Él no era un debilucho. Me pregunté si debería avisarle sobre la posibilidad de pesadillas. Nah, las tendría o no las tendría. Aún estaba pálido, con un ligero rocío de sudor en su labio superior, pero él se estaba moviendo, y su voz era respirada, pero tranquila.

—Yo mejor ayudo a mamá en la cocina. —Él salió aun abrazando sus brazos alrededor de sí mismo como si tuviera frío. Nadie dijo ni una palabra cuando él salió. Cuando yo estaba bastante segura que estaba fuera de alcance para oír, caminé hacia Edward.

—Bueno, eso fue mejor de lo que yo pensaba.

—Fue de la manera que pensaba que iría —dijo Edward.

—Mierda, Edward, el chico va a tener pesadillas.

—Quizás, quizás no. Peter es un chico fuerte. —Él estaba mirando a través de la puerta como si aún pudiera ver al chico. Su mirada estaba perdida. Yo le miré.

—Estás orgulloso de él. Orgulloso del hecho que él mirase esto, —gesticulé hacia las fotos—, y no enloqueciese.

—¿Por qué no debería estar orgulloso? —preguntó Olaf.

Yo le miré.

—Si Edward fuera el padre de Peter, quizás. Pero no lo es. —Me giré de vuelta hacia Edward. Le miré. Su cara era la normal sin expresión, pero había un estremecimiento alrededor de sus ojos. Toqué su brazo, y el toque fue suficiente. Él me miró—. Le estás tratando como a un futuro hijo. —Sacudí mi cabeza—. No puedes tener esta familia.

—Eso lo sé —dijo él.

—No creo que lo sepas —dije—. Creo que de hecho tú estás empezando a pensar en hacerlo, real. —Él tiró su mirada hacia abajo, sin encontrar mis ojos—. Mierda, Edward, mierda.

—Odio admitirlo, pero estoy de acuerdo con ella —dijo Olaf—. Si sólo fuera el chico, entonces no vería el problema. Creo que tú puedes hacerlo como tú quieras, pero la mujer y la chica… —Él sacudió su cabeza—. No funcionará.

—No comprendo por qué tú quieres una familia —dijo Bernardo.

—Por diferentes razones. Ninguno de ustedes cree en el matrimonio —dijo Edward.

—Cierto —dijo Olaf—, pero si un hombre como nosotros se casa, no sería con una mujer como Donna. Ella es demasiado… —él se encogió de hombros buscando una palabra, y finalmente dijo—: inocente, y tú sabes que yo no digo eso de cualquier mujer.

—Quizás ese es uno de sus atractivos —dijo Edward, y él parecía tan verdaderamente extrañado como el resto de nosotros.

—Tú la estás fastidiando ya. ¿Por qué casarte con ella? —dijo

Bernardo.

—Si todo lo que quisiera fuera sexo, lo conseguiría por ahí —dijo Edward.

—¿Ella es buena? —preguntó Bernardo.

Edward sólo le miró, una larga mirada.

Bernardo levantó sus manos.

—Lo siento, lo siento, sólo curiosidad.

—No tengas curiosidad de Donna —dijo Edward. Él se giró hacia mí.

—Tú crees en el matrimonio. Debajo de toda esa fortaleza hay una medio occidental chica que aún cree en la cerca blanca del jardín.

—Yo creo en el matrimonio, pero no para la gente como nosotros, Edward. —No sé lo que él tendría que decir a eso, porque el teléfono sonó y él fue a responderlo.

—Salvada por la campana —dije.

—Él piensa casarse con esta mujer —dijo Olaf.

Asentí.

—También estoy asustada.

—Si él quiere casarse con ella, no es asunto suyo —dijo Bernardo. Olaf y yo le miramos hasta que la sonrisa en su cara cayó en una mirada de perplejidad.

—¿Qué?

—Olaf podría ser un violador en serie, Bernardo, o incluso un asesino en serie, pero en su pequeña manera retorcida él tiene más escrúpulos que tú. ¿No te preocupa eso?

Bernardo sacudió su cabeza.

—No.

Suspiré.

Edward regresó a la habitación. Su cara estaba de vuelta en su «cara de Edward» normal, como si todas las revelaciones cercanas de sólo hace un minuto nunca hubieran ocurrido.

—El monstruo hizo otro par en Alburquerque anoche.

—Mierda —dije—. ¿Vas a llevarme contigo? —Edward estaba observando mi cara sólo un poco demasiado cerca, así supe que había una sorpresa en camino.

—Tu presencia ha sido requerida en el lugar.

Pude sentir la sorpresa en mi cara.

—¿El Teniente Marks no está a cargo?

—Era él el del teléfono.

—Te estás burlando de mí —dije.

Edward sacudió su cabeza y sonrió.

—No lo hago.

—Apostaría que alguien superior en la cadena de mando mordió su culo por echarte a patadas. Ellos probablemente le dieron una oportunidad de trabajar contigo, o estaría fuera del caso.

Yo tuve que sonreír.

—Un caso como este puede hacer una carrera.

—Exactamente —dijo Edward.

—Bueno, ahora conocemos el precio de Marks.

—¿Precio? —preguntó Bernardo—. ¿Lo sobornaron?

—No —dije—, pero sus principios que él tan amablemente escupió en mi cara ayer no eran tan preciosos para él como su carrera. Siempre es bueno saber cuan fuerte son las convicciones de la gente.

—No son tan fuertes —dijo Edward.

—Aparentemente no —dije yo.

Oí a Donna venir por el pasillo, hablando en voz alta con Becca, pero creo que fue para avisarnos que ellas estaban de camino. Los hombres agarraron la alfombra a medio camino de la puerta. Edward dijo en su voz alta y alegre de Ted.

—Ensillar, chicos y chicas. Nosotros tenemos trabajo que hacer.

Yo fui a mi dormitorio. Si nosotros íbamos a salir fuera de la casa, yo necesitaba más armas.



TREINTA Y UNO

Me senté en el asiento delantero al lado de Edward. Probablemente era mi imaginación, pero podía sentir a alguien mirando de atrás de mi cuello. Si no me lo estaba imaginando, yo estaba apostando a Olaf.

Yo había añadido la sobaquera completa con una Browning Hi-Power. Por lo general, era la única arma que llevaba hasta que alguien trató de matarme, o un monstruo se presentase en carne y hueso. Pero mantuve la Firestar en la funda interior del pantalón. Demasiadas imágenes de cadáveres desmembrados para mi comodidad. Incluso tomé todos los cuchillos lo que dice cuan insegura me sentía. Ser observada era bastante como para taladrar un agujero a través de mi carne estaba empezando a alterar mis nervios, no era mi imaginación. Yo podía sentirlo.

En el asiento me di la vuelta y me encontré con los ojos de Bernardo. Había una expresión en su cara cuando me di la vuelta que era nada de lo que yo quisiera ver. Tuve un pensamiento incómodo de que él estaba

fantaseando y yo tal vez estaba en el papel estelar.

—¿Qué estás mirando? —pregunté. Él parpadeó, pero parecía llevarle mucho tiempo a sus ojos realmente enfocarse en mí bastante que lo que estaba dentro de su cabeza. Dio una lenta, casi perezosa, sonrisa.

—Yo no estaba haciendo nada.

—Como el infierno —dije.

—Tú no puedes decirme qué pensar, Anita —dijo.

—Estás suficientemente presentable. Ve a buscar una cita.

—Tendría que cenar y ofrecerle vino a ella, y aun así no podría contar con sexo al final de la noche. ¿De qué sirve eso?

—Entonces consigue una prostituta —dije.

—Lo haría si Edward me dejara salir por mi cuenta.

Me volví y miré a Edward. Me respondió sin tener que decirle la pregunta.

—He prohibido a Olaf las citas… mientras esté aquí. Olaf está resentido, así que le dije a Bernardo lo mismo.

—Muy bien manejado —dije.

—Es totalmente injusto castigarme a mí, porque Olaf es un psicópata —dijo Bernardo.

—Si no puedo satisfacer mis necesidades, ¿por qué deberías tu ser capaz? —dijo Olaf.

Había algo en su voz que me hizo mirarlo. Estaba mirando al frente, sin ningún contacto con los ojos de nadie. Me di vuelta en mi asiento y miré a Edward.

—¿De dónde sacas a esta gente?

—Del mismo lugar donde se encuentran los cazadores de vampiros y nigromantes —dijo.

Tenía un punto. Suficientes puntos para que nosotros terminemos el viaje a Albuquerque en silencio. Sentí que tenía suficiente autoridad moral para lanzar piedras, pero evidentemente Edward no estuvo de acuerdo. Desde que él conocía a Olaf mejor que yo, yo no iba a discutir. Al menos no ahora.

La gente habla de casas estilo rancho, pero en realidad este era un rancho. Un rancho como en vaqueros y caballos. Era un rancho de vacaciones para los turistas que aun así se cuenta como un rancho real, yo no estaba segura. Pero era lo más parecido a un rancho real en el que yo había puesto un pie. El rancho en realidad no estaba en Albuquerque, pero

si en medio de la nada. De hecho, la casa y los corrales se situaban en medio de un montón de nada. El espacio vacío con manojos de hierba seca y el extraño suelo paliducho extendiéndose hacia el horizonte. Colinas rodeaban el rancho, como pilas de roca lisa y arbustos. Edward nos llevó a una entrada que tenía un cráneo de vaca clavado en ella y dijo: «Dead Horse Ranch». Fue tan similar a un centenar de películas del oeste que había visto en la televisión que me pareció vagamente familiar.

Incluso el corral lleno de caballos extendiéndose en nerviosos círculos sin fin parecía una escena arreglada. La casa no era exactamente lo que había imaginado, al nivel del suelo y hecha de adobe blanco parecida a la casa de Edward, pero más nueva. Si podrías borrar el gran número de coches de policía, unidades de emergencia, e incluso algunos equipos de bomberos, habría sido pintoresco en un solitario sobre-la-pradera de alguna manera.

Muchos de los coches de la policía tenían luces giratorias, y el crepitar de las radios de la policía tensando el aire. Me preguntaba si era de las luces, el ruido o, simplemente, demasiada gente que ponía a los caballos nerviosos. Yo no sabía mucho de caballos, pero con seguridad, correr de un lado para otro en torno a su corral no era normal. Me preguntaba si habían estado corriendo en círculos antes de que la policía llegara o después. ¿A los caballos les gustan los perros? ¿Podían percibir cosas malas? No lo sabía, ni siquiera sabía a quién preguntar.

Nos detuvieron justo en la puerta un policía uniformado. Él tomó nuestros nombres y se fue a encontrar a alguien que nos dejara pasar, o encontrar a alguien para decirle que nos sacaran. Me preguntaba si el teniente Marks estaba aquí. Ya que él había emitido la invitación, parecía probable. ¿Qué tipo de amenaza a su carrera utilizaron para conseguir que me inviten de nuevo?

Esperamos. Ninguno de nosotros habló. Creo que a todos nos pasamos una gran parte de nuestra vida adulta en la espera de un uniformado u otro, que nos dieran permiso para hacer las cosas. Siempre me pone de los nervios, pero últimamente yo sólo esperaba. ¿Madurez, o estaba sólo demasiado cansada de discutir sobre cosas pequeñas? Me hubiera gustado decir madurez, pero yo estaba bastante segura de que no era eso.

El uniformado volvió con Marks detrás de él. Marks con un pálido bronceado, la chaqueta de su traje volaba con el viento caliente, dando un vistazo de su arma que cargaba justo detrás de su cadera izquierda. Miró al

suelo mientras caminaba, rápidamente, negocios, pero se cuidó de no mirarnos a nosotros, a mí, al menos.

El uniformado llegó a nosotros primero, pero se quedó un poco atrás de la puerta abierta del lado del conductor y dejo que el teniente lo alcanzara. Marks finalmente llegó, y miró fijamente a Edward, como si pudiera excluirme con solamente no mirarme.

—¿Quiénes son los hombres de atrás?

—Otto Jefferies, y Bernardo Spotted-Horse. —Me di cuenta de que Olaf tenía que utilizar un alias, pero Bernardo consiguió mantener su verdadero nombre. Adivino quien era buscado por crímenes en otros lugares.

—¿Qué son? —Yo no habría sabido cómo responder a esa pregunta, pero Edward sí.

—El Sr. Spotted-Horse es un cazador de recompensas, como yo, y el Sr. Jefferies es un trabajador jubilado del Gobierno.

Marks miró a Olaf a través del vidrio. Olaf lo miró a él.

—Trabajador del Gobierno. ¿Qué tipo de trabajador del gobierno?

—El tipo que si contacta con el Departamento de Estado, ellos confirmaran su identidad.

Marks golpeó en la ventana de Olaf. Olaf bajó la ventanilla con los silenciosos botones sobre la manija de la puerta.

—Sí —dijo con una voz que estaba totalmente desprovisto de su ronroneo alemán habitual.

—¿Qué hiciste para el Departamento de Estado?

—Llámelos y pregunte —dijo Olaf.

Marks sacudió la cabeza.

—Tengo que dejarte a ti y a Blake entrar en mi escena del crimen, pero no esos dos. —Señaló con el pulgar al asiento trasero.

—Se quedan en el coche.

—¿Por qué? —dijo Bernardo.

Marks lo miró a través de la ventana abierta. Sus ojos azules eran en su mayoría verdes ahora, y yo estaba empezando a darme cuenta de que eso significaba que estaba enojado.

—Porque yo lo digo, y yo tengo una placa y tú no. —Bueno, al menos él fue honesto.

Edward habló antes que Bernardo pudiera hacer más que sonidos inarticulados.

—Esta es su escena del crimen, teniente. Nosotros los civiles sólo estamos aquí con su consentimiento, nosotros lo sabemos. —Él giró en su asiento para dar a los dos hombres contacto visual directo, pero girando así Marks no podía ver bien su cara. Yo podía, y era fría y llena de advertencia —. Ellos estarán encantados de permanecer en el coche. ¿Verdad, chicos? —Bernardo se desplomó en su asiento, con los brazos cruzados sobre el pecho, enfurruñado, pero asintió. Olaf solo dijo:

—Por supuesto, cualquiera cosa que el buen oficial diga. —Su voz era apacible, vacía. La misma falta de tono era aterradora, como si estuviera pensando en algo muy diferente a esas las palabras.

Marks frunció el ceño, pero dio un paso atrás del coche. Su mano se cernía en torno a su cuerpo como si tuviera un repentino deseo de tocar su arma, pero no deseaba parecer asustado. Me preguntaba qué había en los ojos de Olaf cuando pronunció esas palabras apacibles. Algo, no apacible, de eso yo estaba segura. El policía uniformado había detectado algo en Marks. Se acercó a su teniente, una mano en la culata de su pistola. Yo no sabía que había cambiado en Olaf, pero él de pronto puso a los policías nerviosos. No se había movido. Sólo su rostro vuelto hacia ellos. ¿Qué estaba él haciendo con sólo la expresión de su rostro que los tenía tan nerviosos?

—Otto —dijo Edward en voz baja, de modo que el sonido no se escuchara fuera del coche. Pero como si estuviera en la casa cuando él dijo, Olaf, esa palabra llevaba una amenaza, una promesa de consecuencias nefastas.

Olaf parpadeó y volvió la cabeza lentamente hacia Edward. La expresión de su rostro era aterradora, salvaje de alguna manera, como si hubiera descendido su máscara lo suficiente para mostrar parte de su locura interior. Pero como yo lo miraba, pensé que esto era un rostro deliberado para asustar a las personas, una especie de burla. Este no es el verdadero monstruo, sino un monstruo que la gente pudiera entender y temer, sin pensarlo demasiado. Olaf parpadeó y miró fuera lejos por la ventana, con la cara suave y tan inofensiva como pudo. Edward apago el automóvil y le entregó sus llaves a Bernardo.

—En caso de que quieran escuchar la radio.

Bernardo le frunció el ceño, pero tomó las llaves.

—¡Caramba, gracias, papá!

Edward se volvió hacia los oficiales de policía.

—Estamos listos para ir cuando usted lo esté, teniente.

Él abrió la puerta, mientras lo decía. La oscilación de la puerta abriéndose hizo que Marks y el uniformado dieran un paso o más atrás.

Lo tomé como una indirecta y salí por mi lado. No fue hasta que llegue alrededor de la parte delantera de la Hummer en plena vista fue que Marks finalmente me prestó atención.

Me miró, y su rostro era duro. Él podía manejar no mostrar abiertamente el odio en su cara, pero no podía poner una neutral. Él no quería que yo estuviera aquí. No le gustaba ni un poquito. ¿Quién había torcido su cola en un nudo para obligarlo a que me dejara subir a bordo?

Abrió la boca como diciendo algo, la cerró, y solo comenzó a caminar hacia la casa. El oficial uniformado le siguió pisándole los talones, y Edward y yo detrás de su rastro. Edward tenía la cara de niño de bueno puesta en su rostro, sonriendo y saludando a los oficiales de policía, los trabajadores de emergencia, cualquiera y todo en su camino. Me quedé a su lado, tratando de no fruncir el ceño. Yo no conocía a nadie aquí, y yo nunca había estado cómoda saludando a extraños como amigos perdidos hace mucho tiempo.

Había un montón de policías en el patio. Vi al menos dos uniformes diferentes, y suficientes en ropa de civil como para abrir una tienda de descuento de hombres, y algunos detectives vestidos de civil que se destacaron. No sé lo que hacen durante el entrenamiento del FBI que los diferencia en cualquier otro lugar, pero normalmente puedes localizarlos. Sus ropas son ligeramente diferentes, más uniforme, menos individual que con la policía regular, pero es más un aura sobre ellos. Un aire de autoridad como si ellos saben que sus órdenes vienen directamente de Dios y el tuyo no lo hace. Yo solía pensar que era la inseguridad de mi parte, pero desde que soy raramente insegura, eso no puede ser. Cualquiera que «eso» era, ellos la tenían. Los federales habían llegado. Esto podría acelerar las cosas, ser de gran ayuda, o las cosas excesivamente lentas y joder el pequeño progreso avanzado que ya se había hecho. Que dependía casi enteramente de cómo la policía a cargo se llevaba bien con los demás, y como de protectores eran todos los demás con su territorio.

Estos crímenes fueron horribles, suficiente como para que nosotros en realidad viéramos algún tipo de cooperación entre las jurisdicciones. Los milagros ocurren. Normalmente, cuando hay un cuerpo en el suelo, la policía de cualquier clase está dentro de la escena caminando en la

evidencia. Pero había mucha gente aquí fuera. No podría ser que habría muchos más dentro de la casa. La casa era grande, pero no tan grande.

Sólo una cosa los mantendría afuera en el calor de Nuevo México. La escena era mala. Sangrienta, lastimera, temible, aunque nadie lo admitiría en voz alta. Elije un adjetivo, pero la policía se amotinaba por el patio en el calor con sus corbatas, las mujeres con tacones altos en la gravilla suelta. Cigarrillos habían aparecido en un montón de manos. Hablaban en voz baja, no les importaba sobre el crepitar de las radios. Se agruparon en pequeños grupos, o sentados solos en el borde de los coches, pero no por mucho tiempo. Todos estaban en movimiento, como si permanecer inmóvil fuera pensar y que eso fuera una cosa mala. Me recordaban al caballo nervioso que corría en círculos.

Un oficial de policía uniformado estaba sentado a las puertas abiertas de la ambulancia, el técnico de emergencia médica vendaba su mano. ¿Cómo había llegado a herirse? Me apresuré a alcanzar a Marks. Si él fuera el hombre a cargo él sabría lo que había sucedido. Edward estaba sólo a un paso detrás de mí, sin preguntas, siguió mi ejemplo. Él tenía problemas de ego conmigo a veces, pero en el trabajo no había nada más que trabajo. Tú dejas la mierda fuera de la puerta. Siempre puedes recogerla en tu camino de regreso. Alcancé a Marks en el largo envolvente estrecho porche.

—¿Qué pasó con el uniformado que tiene la mano vendada?

Marks se detuvo a medio camino y me miró. Sus ojos eran todavía duros, verdes despiadados. Siempre piensas que los ojos verdes son bonitos o suaves, pero los suyos eran como un verde vidrioso. Había un odio grande en ellos dirigidos a mí, uno grande.

Le sonreí dulcemente y pensando, vete a la mierda, también. Pero últimamente había aprendido a mentir, incluso con mis ojos. Era casi triste que pudiera mentir con mis ojos. Ellos en realidad son el espejo del alma, y una vez que se vayan, tú estás dañada. No más allá de la reparación, pero dañada. Nos miramos el uno al otro por uno o dos segundos, su odio como un buen peso ardiente, mi agradable sonrisa como mascara. Él parpadeó primero, como si no hubiera ninguna duda.

—Uno de los sobrevivientes lo mordió.

Mis ojos se abrieron.

—¿Los sobrevivientes siguen aún están dentro? —Sacudió la cabeza.

—Ellos están camino hacia el hospital.

—¿Alguien más resulto herido? —Cuando tú preguntas eso en una

escena donde hay caídos, tú casi siempre te refieres a otros policías. Marks asintió con la cabeza, y algo de la hostilidad se drenó de sus ojos dejándolos enigmáticos.

—Otros dos policías tuvieron que ser llevados al hospital.

—¿Qué tan grave? —pregunté.

—Malo. Uno casi consiguió que le arrancaran la garganta.

—¿Alguno de las otras víctimas mutiladas fueron tan violentos?

—No —dijo.

—¿Cuántas víctimas habían allí?

—Dos y uno muerto, pero nos falta por lo menos otras tres personas, tal vez cinco. Tenemos un par de desaparecidos, pero otros invitados les oyeron hablar sobre un picnic antes. Nosotros esperamos que se perdieran el espectáculo.

Le miré. Estaba siendo muy útil, muy profesional.

—Gracias, teniente.

—Conozco mi trabajo, Sra. Blake.

—Nunca he dicho otra cosa. —Me miró, y luego a Edward, y finalmente fijo su mirada en mí.

—Si tú lo dices. —Se volvió bruscamente y caminó a través de la puerta abierta detrás de él.

Miré a Edward. Se encogió de hombros. Seguimos a Marks, aunque me di cuenta de que habíamos perdido al oficial uniformado en algún lugar de la caminata por el patio. Nadie pasaba más tiempo dentro de lo necesario.

La sala parecía como si alguien hubiera tomado un líquido blanco y lo vertiera para formar inclinados muros, las puertas curvas que guiaban alejándola fuera de la casa, la chimenea de forma libre. Había un cráneo de vaca blanqueado por encima de la chimenea. Un sofá de cuero marrón puesto en frente del fuego. Había almohadas con impresiones de Native American sobre ellos. Una manta enorme que parecía casi idéntica a una que Edward tenía ocupaba la mayor parte del centro del piso. De hecho, todo el lugar parecía una versión actualizada del sitio de Edward. Tal vez aún no había visto el sentido de estilo de Edward. Tal vez esto era sólo un tipo de estilo del suroeste que yo nunca había visto. Había una sección abierta de gran tamaño que es la zona del comedor. La mesa estaba todavía allí. Había incluso una lámpara de araña formada de lo que parecía ser los cuernos de un venado. Había una pila blanca, de trapo rojo empapado en un lado de la mesa. Sangre se filtraba fuera de la parte inferior del bulto de

tela, goteando en el piso de madera pulida en diminutos arroyos carmesí y oscuros fluidos.

Un fotógrafo estaba tomando fotos de algo arriba de la mesa. Mi vista fue obstaculizada por tres espaldas cubiertas en traje. Garras de pánico en mi garganta, y de repente se me dificulto respirar. Yo no quería que los hombres se movieran. Yo no quería ver lo que estaba sobre la mesa. Mi corazón latía en mi garganta, y tuve que tomar una profunda y temblorosa respiración, aclarando mi garganta. La respiración profunda había sido un error. El olor de muerte fresca es como una mezcla entre un retrete y un matadero. Había un olor acre, y yo sabía que los intestinos habían sido perforados. Pero había otro olor debajo casi un olor dulce como de demasiada sangre. Un olor a carne. Había tratado de encontrar otras palabras para él, pero fue lo más cerca que podría llegar a describirlo. Era como ahogarse en el aroma de hamburguesas crudas. La carne, una persona reducida a tanta carne.

Ese sólo olor me dio ganas de correr. Sólo girar sobre mis talones y caminar lejos. Este no era mi trabajo. Yo no era un policía. Estaba aquí como un favor a Edward. Si me iba ahora, él podría facturármelo. Pero, por supuesto, ya era demasiado tarde. Porque yo no estaba aquí sólo por un favor a nadie. Yo estaba aquí para ayudar a impedir que esto no ocurriera de nuevo. Y que era más importante que cualquier pesadilla que yo iba a acumular.

Una pequeña línea gruesa de líquido rezumaba por el borde de la mesa y cayó lentamente al suelo con un destello de carmesí de la brillante araña de luces. El hombre bajo en el medio se volvió y alcanzó a dar un vistazo de nosotros. Su rostro era sombrío, pero cuando nos vio a nosotros, a mí, algo parecido a una sonrisa se dibujó en sus labios. Dejó a los demás agrupados en torno a la mesa y vino hacia nosotros. Era bajo para ser un agente del FBI, pero el Agente Especial Bradley Bradford caminaba con balanceadas zancadas seguras que cubrían camino y hacía que hombres más altos a veces tuvieran que darse prisa para no quedarse atrás.

Nos conocimos hace un año en Branson, Missouri, en un caso que había resultado ser vampiros, sumando algo de más edad y menos local. Personas habían muerto, pero la mayoría de los monstruos también. Bradford debe haber sido feliz con mi rendimiento, ya que se mantuvo en contacto. Yo sabía que él ahora estaba asignado a la nueva división sobrenatural del FBI. Lo último que supe es que la estaban llamando la

Sección Especial de Investigación, al igual que la unidad Serial Killer Profiler ahora se la llamaba Investigación de Apoyo. El FBI trata de evitar las palabras de moda sensacionales como asesino en serie o sobrenatural o monstruo. Pero llámalo como te gusta, un vampiro es un vampiro.

Empezó a poner su mano hacia adelante para saludarnos, luego se detuvo. Tenía las manos enfundadas en unos guantes de plástico manchadas con sangre, y un punto a un lado que era demasiado negro, demasiado grueso, para ser sangre. Sonrió una disculpa mientras bajaba las manos.

Yo ya sabía quién había torcido la cola de Marks y metido de nuevo en el juego de pelota. Tomé respiraciones superficiales, aun así respiraba y trate de no avergonzarlo. Yo no había vomitado en una escena de asesinato en casi dos años. Una pena echar a perder mi record ahora.

—Anita, es bueno volver a verte.

Asentí y me sentí sonriendo. Yo estaba feliz de ver a Bradley, pero…

—Realmente nosotros tenemos que empezar a vernos cuando no hay cuerpos en el suelo. —Vi la luz, en broma, que podría ser genial. Y también yo estaba retrasando el paseo final a lo que estaba sobre la mesa. Yo podía ser semi-inteligente durante todo el maldito día, si yo no tenía que ver lo que estaba sangrando en el comedor.

¿Por qué este me llego tan gravemente? No tengo respuesta, pero lo fue. Otro agente se unió a nosotros. Él era alto, delgado, de piel oscura en realidad lo suficiente como para ser llamado negro. Tenía el pelo cortado muy bajo, una sección bien peinada. Se ajustó la corbata, y acomodó su abrigo en su lugar con los dedos largos de su mano que parecían bailar aún en esos pequeños movimientos. Yo no soy una de esas mujeres que se dan cuenta de las manos generalmente, pero había algo en las suyas que me hizo pensar en poeta, músico, como si hiciera otras cosas con ellas, además de la práctica de tiro.

—Agente especial Franklin, este es Ted Forrester y Anita Blake.

Dio la mano a Edward, pero no respondió a la sonrisa de Ted con una de los suyas. Se volvió con ojos serios hacia mí. Su mano era lo suficiente más larga que la mía por lo que el saludo fue un poco incómodo, pero lo manejamos. Pero fue un apretón de manos de alguna manera insatisfactoria como si nosotros todavía no nos hubiéramos medido el uno al otro. Algunos hombres todavía usan un apretón de manos como una forma de medirte.

—¿Cuánto tiempo ha estado en la casa, Sra. Blake? —preguntó.

—Sólo acabo de llegar aquí —dije.

Él asintió con la cabeza como si fuera importante.

—Bradford ha pintado una imagen brillante de ti.

Había algo en su voz que me hizo decir…

—Lo comprendo supongo que tú no compartes la opinión de Bradford sobre mí. —Sonreí cuando se lo dije.

Él parpadeó y pareció sorprendido, y luego sus hombros se relajaron sólo un poco, y una sonrisa muy pequeña jugaba a través de sus labios.

—Digamos que soy escéptico con civiles sin entrenamiento especial entrando en la escena del crimen. —Levanté las cejas en lo de «sin entrenamiento especial». Edward y yo nos miramos. La cara de Ted se le deslizaba, dejando algo de su propio cinismo natural se filtrara en sus ojos azules, era casi una cara infantil.

—Civiles —dijo en voz baja.

—Nosotros no tenemos placas —dije.

—Eso debe ser —dijo, la voz siguió siendo suave, y vagamente divertida. Franklin frunció el ceño ante nosotros.

—¿Estamos divirtiéndolo? —Bradford se interpuso entre nosotros casi literalmente.

—Vamos a dejar que vean la escena, entonces vamos a decidir las cosas.

Franklin frunció el ceño más profundamente.

—No me gusta.

—Su objeción se ha señalado, Franklin —dijo Bradford, y hubo un tono en su voz que dijo que había tenido suficiente del joven hombre.

Franklin debe haberlo oído también, porque aliso la corbata perfecta una vez más y abrió el camino hacia el comedor. Bradford le siguió. Edward me miró, haciendo una pregunta con sus ojos.

—Ya voy —dije. Una vez traté de ser más machista que la policía. Nada me agradó. Yo estaba con un montón-grande-cazador-vampiro. Pero últimamente, me importaba una mierda. Yo no quería hacer esto. Fue casi un shock para mí darme cuenta de que realmente no quería estar aquí, yo había visto demasiados horrores en un corto espacio de años. Yo me estaba quemando, o tal vez yo ya me había quemado y no me había dado cuenta.

El pánico oprimió un duro nudo en mi estómago. Tuve que ponerlo bajo control. Tuve que separarme a mí misma de la tarea por delante, o me

iba a perder. Traté de tomar unas cuantas calmadas respiraciones, pero el olor vino denso sobre mi lengua. Tragué, desee no hacerlo, y mire la punta de mis zapatos. Me quedé mirando los extremos de mis Nike, cuando ellas tocaron el borde de la alfombra del comedor hasta que el nudo en mi estómago se calmó y me sentí tranquila.

Todavía había un suave aleteo en mi pecho, pero era lo mejor que podía hacer.

El agente Franklin dijo:

—Sra. Blake, ¿está bien?

Levanté los ojos y vi lo que había sobre la mesa.



TREINTA Y DOS

Se me escapó un bajo «Wow».

—Sí —dijo Bradford—, wow es bueno.

La mesa era de un pálido color natural de pinos, casi madera blanca. Coincidía con las paredes y el resto de la decoración y hacía un dramático espectáculo de la cosa sobre la mesa. Cosa, ningún otro pronombre serviría. Distancia, distancia, no tenía que pensar que eso fue una vez un ser humano.

Al principio todo lo que pude ver fue sangre y pedazos de carne. Era como un rompecabezas con piezas que faltaban. De lo primero que estaba segura era del cuello. Pude ver el borde quebrado de la columna vertebral que sobresalía por encima de la carne del cuello. Miré a mí alrededor buscando la cabeza, pero ninguno de los bultos cubiertos de sangre era del tamaño correcto. Pero había una pierna casi perfectamente entera, sólo arrancada fuera de la cadera, pero estaba intacta. No había sido

desarticulada. Una vez que lo vi, encontré una mano tendida en la espalda, los dedos, ahuecados como meciendo algo.

Me incliné más cerca, con las manos en los bolsillos, porque me había olvidado mis propios guantes quirúrgicos allá en St. Louis. Que profesional de mí. Me incliné sobre la mano y no estaba oliendo más el hedor. Yo no estaba pensando, mi Dios, qué horror. El mundo reducido a un bulto del tamaño de un níquel yaciendo en la mano. Vi lo que estaba allí. La mano tenía largos dedos, uñas bien cuidadas, algunas rotas, como si hubiera luchado. Ella. Miré hacia el dedo anular y encontré un anillo de bodas que parecía pesado y costoso, a pesar de estar segura de que tendría que mover la mano y yo no estaba preparada para eso aun. Registre toda la información con una gran distancia debido a que había encontrado una pista. Me concentré en eso como si se tratara de una línea de vida, y quizá lo era.

—Hay algo en la mano de ella. Puede ser sólo una pieza de tela, pero… —me incliné sobre ella tan bajo que mi aliento acariciaba la piel y trajo un olor hacia arriba de él hacia mí. Humedad, un olor animal. Mi respiración hizo otra cosa. Se movió el borde de la cosa en la mano. El extremo pequeño no era como la sangre registrada, y se movía cuando yo soplaba sobre la mano. Me incorporé—. Creo que es una pluma. —Miré alrededor de la habitación tratando de ver de dónde pudo haber venido. A excepción de la araña de cornamenta nada más en la habitación parecía estar hecho de animales. Bradford y Franklin se miraron el uno al otro—. ¿Qué? —pregunté.

—¿Qué te hizo decir que es ella? —preguntó Franklin.

—Las uñas y el anillo de bodas. —Eché un vistazo al resto del cuerpo. La única otra pista que decía que había sido una mujer fue tal vez el tamaño del delicado cuello—. Era pequeña, de mi tamaño, tal vez un poco más pequeña. —Me oí decirlo y no sentí nada. Me sentía como una concha vacía arrojada a la arena, vacía y hueca. Se sentía un poco como estar en estado de shock, y yo sabía que más tarde iba a pagar por ello. Tampoco habría gritos histéricos una vez que tuviera un poco de intimidad, o habría roto algo en mí que tal vez nunca regrese, nunca podría arreglarse.

—Además del hecho de que es mujer, ¿qué ves? —preguntó Franklin. No me gusta ser probada, pero de alguna manera, no tenía la energía para quejarme sobre ello.

—Las otras víctimas fueron desarticulados hasta los huesos de los

dedos. Este no lo fue. Cuando me enteré de que los sobrevivientes estaban siendo cuidadosamente despellejados después mutilados, y que todos los muertos eran destrozados, pensé que podríamos estar tratando con un par de asesinos. Uno muy organizado y a cargo, y el otro desorganizado y seguidor. Pero los cuerpos no fueron arrancados. Fueron muy cuidadosamente disecados. Fue organizado, muy bien pensado. Pero esto… —Hice un gesto a la cosa en la mesa—. Esto no fue organizado. O nuestro asesino organizado comienzo a disolverse y convertirse en menos coherente, o tenemos dos asesinos como yo pensaba originalmente. Si tenemos dos asesinos, y luego el organizado a cargo ha perdido el control sobre su seguidor. Este asesinato no estaba bien planificado. Eso significa errores, los cuales nos ayudarán. Pero también puede significar que cualquier persona que se cruce con esto está muerta. Habrá un conteo superior de cuerpos de aquí en adelante, muertes más frecuentes, tal vez, tal vez no.

—No está mal, Sra. Blake. Incluso coincido con usted en la mayor parte de lo que dijo.

—Gracias, agente Franklin. —Quería preguntarle en qué partes él no estaba de acuerdo, pero estaba bastante segura de que no estaríamos de acuerdo—. ¿Todavía cree que es un asesino en serie humano? —Él asintió con la cabeza.

—Si lo creo.

Miré a los restos de los bultos con pintura roja arrojados sobre la mesa. Las manchas de sangre se habían extendido hasta donde yo estaba de pie en el borde de ella. Los policías odiaban que tú llevaras sangre por todas partes. Di un paso atrás, y la mancha se expandió hacia fuera hacia mí. Di otro paso atrás. Mi pie crujió con algo. Me arrodillé y encontré sal en el suelo. Alguien había sido desordenado durante el almuerzo. Me puse de pie.

—Esta es una muerte fresca, Agente Franklin, realmente fresca. ¿Cuánto tiempo le toma a una persona, incluso a dos personas, para reducir a otro ser humano a esto? —Sus largas manos estaban jugando de nuevo sobre su corbata. Me pregunté si él sabía que hacia eso cuando estaba nervioso. Si no, me gustaría jugar al póquer con él cualquier día.

—Yo realmente no podría dar una estimación, y no sería preciso.

—Bien. ¿Cree realmente que una persona es lo suficientemente fuerte como para destrozar a alguien así tan rápido para tener sangre tan fresca?

La maldita cosa está sangrando como si estuviera aún con vida, es tan malditamente fresca. No creo que un ser humano pueda hacer este gran daño rápidamente.

—Tiene derecho a su opinión.

Sacudí la cabeza.

—Mire, Franklin, era lógico suponer que el asesino o asesinos, eran humanos. Por lo general, es humano en su línea de trabajo. Estoy asumiendo que está con la Unidad de Investigación.

Él asintió con la cabeza.

—Excelente. Eso es lo que hace. Ellos son monstruos, pero no verdaderos monstruos. Yo no cazo gente. Cazo monstruos. Eso es casi todo lo que hago. No creo que haya sido llamada en este caso donde el perpetrador era humano, o al menos donde la magia no estuviera involucrada.

—Su punto —dijo, muy rígido, con ojos llenos de ira.

—Mi punto es para empezar que habían pensado en que esto era un monstruo, ellos han enviado a la nueva unidad de Bradford. Pero ellos no lo hicieron, ¿no?

Sus ojos estaban un poco menos enojados, más incierto.

—No, no lo hicieron.

—Todo el mundo pensaba que era humano, ¿por qué no debías tú asumir la misma cosa? Si ellos no habrían pensado que era no-humano, no le habrían enviado a usted, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Excelente. Entonces, vamos a trabajar juntos, no con propósitos cruzados. Si nosotros dividimos nuestra mano de obra entre la búsqueda de personas y la búsqueda de monstruos, eso costará tiempo.

—Y si te equivocas, Sra. Blake, si es un ser humano el que está haciendo estas cosas terribles y deja de investigar por ese camino podría costar más vidas. —Sacudió la cabeza—. No es mi informe inicial estoy esperando, Sra. Blake. Está la posibilidad de que se trata de un perpetrador humano. Seguiremos tratando esto como una investigación normal. —Miró a Bradford—. Esa es mi recomendación final. —Se volvió a Edward—. Y usted, Sr. Forrester, ¿nos va a deslumbrar con su perfil de habilidades? —Edward sacudió la cabeza.

—No.

—¿Qué ofrece a esta investigación, entonces?

—Cuando lo encontremos, voy matarlo.

Franklin sacudió la cabeza.

—No somos juez, jurado y ejecutor, Sr. Forrester. Somos el FBI.

Edward le miró, y el encanto de chico bueno parecía haberse filtrado de sus ojos, dejándolos fríos e incómodos.

—Tengo dos hombres que me acompañaban en el coche, uno de ellos es un experto en este tipo de delito. Si esto fue hecho por una persona, entonces él será capaz de decirnos cómo se ha hecho. —Su voz se había ido suave, lisa y vacía.

—¿Quién es este experto? —preguntó Franklin.

—¿Por qué sigue en el coche? —dijo Bradford.

—Otto Jefferies, y porque el teniente Marks no le dejó entrar —respondió Edward.

—Por cierto —dije—, gracias por haberme puesto en el caso, Bradley.

Bradley sonrió.

—No me des las gracias. Ayúdanos a resolver la maldita cosa.

—¿Quién es Otto Jefferies? —preguntó Franklin.

—Él es un trabajador jubilado del Gobierno —dijo Edward.

—¿Cómo puede un trabajador jubilado del Gobierno tener experiencia en este tipo de asesinato?

Edward le miró hasta que Franklin comenzó a inquietarse, suavizando sus manos no sólo por la corbata, sino también por la chaqueta. El incluso chequeaba los puños, aunque para hacer el movimiento realmente eficaz necesitaba gemelos. Los botones simplemente no funcionaban.

—Estoy seguro de que se lo que implica algo tan señalado por su mirada, pero mi pregunta sigue en pie. ¿Cómo dominios un trabajador del gobierno tienen este tipo de experiencia? —Franklin puede haber estado nervioso, pero también era terco.

—Llame al Departamento de Estado —dijo Edward—. Ellos contestaran a sus preguntas.

—Quiero que usted conteste a mis preguntas.

Edward dio un pequeño encogimiento de hombros.

—Lo siento, si le digo la verdad, tendría que matarle —dijo lo último con la sonrisa de un niño bueno, y una impresionante humildad brillo en sus ojos. Lo que probablemente significaba que era grave.

—Trae a tus hombres dentro —dijo Bradley.

—Debo protestar la participación de más civiles en este caso —dijo

Franklin.

—Tomo la debida nota. —Bradley miró a Edward—. Tráigalos dentro, Sr. Forrester. Soy el agente a cargo en el sitio. —Edward se fue hacia la puerta.

—Por ahora —dijo Franklin. Bradley miró al hombre más alto.

—Creo que tiene que estar en otra parte, Franklin.

—¿Dónde estaría mejor que supervisando la escena del crimen?

—En cualquier lugar que esté lejos de mí —dijo Bradley. Franklin empezó a decir algo, y luego nos miró a ambos por turno, y finalmente a Bradley.

—No me olvidaré de esto, Agente Bradford.

—Tampoco yo, Agente Franklin.

Franklin giró bruscamente y salió con las manos deslizándose sobre su ropa, cuando él estaba fuera del alcance del oído, dije:

—No parece que le caigas bien.

—Crear una nueva división de crímenes sobrenaturales no fue un movimiento popular para todos. Hasta ahora, la División de Investigación ha estado manejándolos a ellos.

—Vaya, y yo pensaba que el FBI estaba por encima de esas disputas mezquinas. —Bradley se rió.

—Dios no lo quiera.

—Este es una muy, muy fresca escena, Bradley. No le digo a usted como hacer su trabajo, pero ¿no deberíamos estar buscando en la zona a la criatura?

—Hicimos una búsqueda por tierra, no encontramos nada. Todavía tenemos el helicóptero en el aire. También enviamos por mapas geológicos de la estancia en caso de que haya cuevas que perdiéramos.

—¿Acaso un experto Geólogo cubrirá ruinas hechas por el hombre? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Esta zona del país se supone que es pésimo en ruinas. El hecho de que nada es visible sobre la tierra no significa que no habrá algo enterrado. Una habitación, o incluso una kiva.

—¿Qué es una kiva? —preguntó Bradley.

—Una sala subterránea sagrada de magia ceremonial. Es una de las pocas cosas que la mayoría de las tribus del suroeste, o pueblos, tienen en común.

Bradley sonrió.

—No me digas que eres también un experto en las prácticas religiosas indias, ¿también lo eres?

Sacudí la cabeza.

—No. Tuve una breve reseña en mi clase de religión comparativa en la universidad, pero no tomé la de nativos americanos como una de mis asignaturas optativas. Sabiendo que existe un Kiva y su uso general casi agota mi conocimiento de las tribus del suroeste. Ahora, si necesita conocer los detalles sobre los rituales de adoración al sol Sioux, esos si los recuerdo.

—Voy a comprobar con la compañía de agrimensura y ver si el hombre marcó construcciones.

—Bien.

—Los agentes llamaron algunos perros de rastreo. Los perros no querían entrar en la casa. Se negaron a seguir una pista.

—¿Eran perros de presa? —pregunté.

Bradley asintió.

—¿Por qué?

—Los sabuesos son una raza muy amigable. No son perros de ataque. A veces, con cosas malas sobrenaturales se niegan seguir la pista. Usted necesita unos *trollhunds*.

—¿Troll-qué? —preguntó Bradley.

—*Trollhunds*. Originalmente fueron criados para cazar al mayor Forestal Europeo Trolls. Cuando los Trolls se extinguieron, la raza casi se extinguió. Siguen siendo una especie rara, pero son lo mejor que se puede encontrar para el seguimiento de los chicos malos sobrenaturales. A diferencia del *Bloodhound* que van a atacar y matar a lo que rastreen.

—¿Cómo sabes tanto acerca de los perros? —dijo Bradley.

—Mi papá es veterinario.

Edward había regresado con Olaf y Bernardo en su espalda. Él había oído lo última.

—Tu padre, un médico de perritos. Yo no sabía eso.

Estaba mirándome fijamente, y me di cuenta de que Edward realmente no sabía mucho más acerca de mí de lo que yo sabía acerca de él.

—¿Hay algunos *trollhunds* en esta área? —pregunto Bradley a Edward.

Sacudió la cabeza.

—No. Si hubiera lo sabría. Los habría utilizado.

—¿Tu sabías de Trolls-que mierda también? —preguntó Bernardo.

Edward asintió.

—Si eres un cazador de alimañas, lo sabes.

Bernardo frunció el ceño ante las críticas, y se encogió de hombros.

—Yo trabajo más de guardaespaldas que asesino de bichos en estos días.

Estaba mirando a todo el mundo, todo, pero menos la mesa y su contenido.

—Tal vez deberías volver a proteger los cuerpos de otras personas —dijo Edward.

No sé lo que me había perdido, pero Edward estaba enfadado con él. Bernardo lo miró.

—Tal vez debería.

—Nadie te detiene.

—¡Maldito seas…! Ted.

Bernardo se fue.

Miré a Olaf, por una pista de lo que había sucedido, pero Olaf sólo tenía ojos para los restos. Su rostro se transformó. Me tomó unos segundos para darme cuenta de la expresión de su rostro, porque estaba mal. No coincidía con lo que estaba sucediendo. Él se quedó mirando los restos de esa mujer con lujuria en sus ojos lo suficiente como para quemar la casa. Era una mirada que debería haber sido guardada en privado, para ser compartida entre tu amada y tú mismo. No era una mirada para el consumo público, cuando tú estás viendo restos sangrantes de una mujer que no conocías.

Mirando a la cara de Olaf, yo estaba fría. Miedo, pero no del monstruo, o mejor dicho, no de ese monstruo. Si me hubieras dado a elegir entre lo que estaba haciendo estos asesinatos o de Olaf, en ese momento yo no habría sabido que quien escoger. Era una clase de cómo elegir entre un tigre y un tigre.

Tal vez estaba demasiado cerca, no lo sé. Él de repente volvió la cabeza y miró de frente hacia mí. Y al igual que yo sabía lo que pensaba Bernardo en el coche, yo sabía que Olaf buscaba una estrella en su propia pequeña fantasía. Levante mis manos arriba, moviendo la cabeza, y me aleje de él.

—Ni siquiera lo pienses… Otto.

Estaba empezando a odiar realmente todos estos alias.

—Era casi exactamente de tu altura. —Su voz era suave, casi de calidad

de ensueño. Sacar una pistola y dispararle era probablemente demasiado, pero ciertamente no tenía que estar allí y ayudar a su imaginación. Me volví a Bradley.

—Alguien dijo que había otros cuerpos. Vamos a verlos.

Hace cinco minutos, tendrían que haberme arrastrado hasta la próxima cámara de horrores. Ahora agarre el brazo de Bradley y medio tiré de él, medio le dejé llevarme hacia lo más profundo en la casa, yo podía sentir la mirada de Olaf contra mi espalda como una mano, cálida y estrecha. No mire hacia atrás. Nada delante de mí, podría ser peor que ver a Olaf observando los restos de la mujer, sabiendo que él estaba pensando en mí mientras lo hacía.



TREINTA Y TRES

Bradley me llevó hacia una puerta que había quedado medio arrancada de sus bisagras. Algo grande había pasado a través de aquí. Bradley tuvo que usar ambas manos para abrir la puerta a un lado. Parecía estar estable en la alfombra, sosteniéndose a sí misma. Él se echó para atrás, y yo salté, con el pulso en la garganta.

—Malditas astillas. —Levantó la palma de su mano enguantada y hubo una pequeña mancha carmesí en el plástico. Tiró el guante. La astilla parecía haber salido con el guante, pero estaba sangrado libremente.

—Algunas astillas —dije.

—Maldición.

Bradley me miró.

—Es mejor que deje a alguien mirar eso. —Él asintió con la cabeza, pero no giró para irse.

—No te sientas insultada, pero no todos están contentos conmigo por

obligarte a estar en este caso. No puedo dejarte sola aquí con las pruebas. Si alguna vez hubiera preguntas planteadas, sería difícil de explicar.

—Yo nunca he tomado evidencia de una escena del crimen en mi vida.

—Lo siento, Anita, pero no puedo correr el riesgo. ¿Me seguirías afuera a la ambulancia? —Tuvo que poner su mano como una taza debajo de la otra para recoger la sangre así no llegará a la alfombra. Yo fruncí mi ceño, pero asentí con la cabeza.

—Bien. —Comenzó a decir algo, entonces se volvió y regresó a la sala de estar. Estábamos a punto de una cuarta parte del camino a través de la sala cuando Edward preguntó:

—Otto quiere abrir el paño de la tabla y ver qué hay dentro.

—Voy a enviar el fotógrafo y al Agente Franklin para supervisarlo. —Bradley seguía hacia la puerta teniendo que apresurarse un poco para evitar que su propia sangre contaminara la escena.

Ni Edward ni la Olaf ni el uniformado que había aparecido por arte de magia para verlos manejar las pruebas, le preguntó cómo se había lastimado la mano. Tal vez a nadie le importaba.

Seguí a Bradley a través de la grava girando alrededor de la ambulancia. Todavía había demasiada gente reflexionando en el exterior. ¿No deberían estar en busca de la criatura? No era mi trabajo decirles cómo hacer su trabajo, pero esta era todavía una fresca escena del delito, y simplemente no parecía haber suficiente actividad frenética para mi gusto.

Bradley se sentó al final de la ambulancia y dejó que los técnicos le trataran la herida. Debido a que era una herida. Astilla, mi culo. Se había apuñalado a sí mismo. Traté de ser una buena chica y me quede ahí parada, pero creo que mi impaciencia se mostró, porque Bradley empezó a hablar.

—Hemos enviado gente a buscar cuando llegamos, y llegamos malditamente rápido.

—Yo no he dicho nada. —Sonrió, luego hizo una mueca cuando el paramédico hizo algo en su mano la herida dolió.

—Camina lo suficientemente lejos de la casa para dar un aspecto 360. Luego regresa y dime qué lo que ves.

Le miré. El me indicó con su mano buena que me fuera. Me encogí de hombros y empecé a caminar. El calor era como un peso sobre mis hombros, pero sin la humedad que no era tan malo. La grava crujía bajo mis pies, más fuerte de lo que debería haber sido. Caminé en la dirección opuesta a la de los caballos del corral. Los caballos estaban aún en marcha

en su persecución sin fin, como un maniático alegre-yendo-alrededor. Pasé mi camino a través de los autos, marcados y no marcados. El autobomba se había marchado. No estaba segura de por qué había estado aquí en primer lugar. Aunque a veces cuando tú llamas al 911, se obtienen más vehículos de emergencia de los que necesitas, especialmente si es una llamada con pánico y no es lo suficientemente específica.

Me detuve en silencio junto a las luces giratorias de un coche. ¿Quién había llamado a la policía? ¿En realidad nosotros tenemos algún testigo? Si lo teníamos, ¿por qué nadie lo ha mencionado? Si no lo teníamos, entonces ¿quién había llamado por ayuda?

Caminé hasta que un viento seco y caliente atravesó los matojos de hierba, era más ruidoso que el graznido eléctrico de las radios. Me detuve y me volví hacia la casa. Los coches eran lo suficientemente pequeños que podría haber cubierto uno de ellos con la mano. Probablemente había caminado más lejos de lo que yo necesitaba ir. Lo suficientemente lejos que si gritaba para pedir ayuda, tal vez ellos no me oirían. No es brillante. Debía caminar más, pero yo lo necesitaba para estar libre de eso por un tiempo. Tenía que estar afuera en el viento, sola. Estaba comprometida. Saque la Browning y le saque el seguro, señalando el cañón al suelo, con una sola mano. Ahora podía disfrutar de la soledad y aun estar a salvo. Aunque, sinceramente, yo no estaba segura de si lo que estábamos persiguiendo le importara una mierda las balas, de plata o de otra manera.

Bradley había dicho que mirara. Miré. El rancho estaba en un valle grande y redondo o tal vez en una meseta, ya que había tenido que subir algunos cerros para llegar esta aquí. Sea cual sea, la tierra se extendía plana y llana de millas hasta el borde de las colinas distantes. Por supuesto, me había sorprendido por las distancias de aquí, así que tal vez las colinas eran realmente montañas, y la tierra se extendía por un camino muy largo en cada dirección. No había árboles. Casi no había vegetación, por encima de la altura de mi muslo. Lo que había llevado esa puerta fuera de su lugar había sido grande, más grande que un hombre, aunque no por mucho. Me volví lentamente en círculo, explorando el suelo, y no había nada que algo tan grande pudiera ocultar. Habían caminado en esta tierra cuando llegaron por primera vez, llenos de confianza en que la criatura no podría haber llegado muy lejos. Ellos marcharon, afuera, y no encontraron nada. El helicóptero sobrevoló el área, lo suficientemente alto para que no perturbe con el viento, pero lo suficientemente bajo que estaba bastante segura de

que me estaba mirando.

Estaban buscando algo raro, y yo estaba aquí por mí misma, lo suficientemente inusual.

El helicóptero voló en círculos varias veces, y luego voló lejos para buscar en alguna otra parte. Miré hacia la tierra vacía. No había donde esconderse. ¿Dónde había ido? ¿Dónde pudo haber ido? Bajo tierra, tal vez, o se fue volando. Si se fue volando, no podía ayudarles a encontrarlo, pero si fue bajo tierra… Cuevas, o un viejo pozo, tal vez. Yo eso le sugeriría a Bradley, y probablemente me diría que ya habían sido chequeados. Pero hey, yo estoy aquí para ofrecer sugerencias, ¿no era así?

Oí a alguien detrás de mí y me volví. Yo tenía la pistola a medio camino cuando me di cuenta que era el Detective Ramírez. Tenía las manos hacia arriba y hacia cada lado, lejos de su arma. Solté el aliento que había estado manteniendo y enfunde la pistola.

—Lo siento.

—Está bien —dijo. Llevaba otra camisa blanca de vestir con las mangas enrolladas sobre los antebrazos. La corbata era de un color diferente, pero aun colgaba suelta como un collar, y los dos botones superiores de su camisa estaban abiertos entonces se podía ver el suave hueco de su garganta.

—No, no está bien. Yo no estoy por lo general tan nerviosa. —Me abracé a mí misma, no porque tuviera frío. Lejos de eso. Pero porque quería tanto que alguien me sostuviese. Yo quería ser consolada. Edward tenía muchos usos. Consolar no era uno de ellos. Ramírez llegó a mi lado. No trató de tocarme, sólo se quedó muy cerca y miró hacia la tierra donde yo estaba mirando. Habló sin dejar de mirar en la distancia.

—¿El caso te caló hondo?

Asentí.

—Sí, no sé por qué.

Soltó una carcajada aguda y se volvió hacia mí, su cara entre el asombro y el humor.

—¿Tú no sabes por qué?

Fruncí el ceño.

—No, no lo sé.

Sacudió la cabeza, sonriendo, pero sus ojos eran suaves.

—Anita, este es un caso terrible. Yo nunca he visto algo tan malo.

—He visto cosas tan malas como las víctimas de la vivisección, los que

murieron.

Su rostro se puso serio.

—¿Has visto cosas tan malas antes?

Asentí.

—¿Qué hay de las mutilaciones? —preguntó. Tenía la cara muy seria ahora, su suave casi negro, ojos estaban viendo mi cara.

Sacudí la cabeza.

—Nunca he visto nada parecido a los sobrevivientes. —Me reí, pero no era un sonido feliz—. Si lo de sobreviviente es la palabra para ellos. ¿Qué tipo de vida van a tener, si viven? —Me abracé a mí misma más fuerte, mirando al suelo, tratando de no pensar.

—He tenido pesadillas —dijo Ramírez.

Miré hacia él. La policía no admite cosas como esas tan a menudo, sobre todo, no a los consultores civiles que acaban de conocer. Nos miramos el uno al otro, y sus ojos eran tan dulces, tan reales. A menos que él fuera un actor mucho mejor que yo pensaba que era, Ramírez me estaba dejando ver el verdadero él. Y lo aprecié, pero no sabía cómo decirlo en voz alta. Tú no verbalizas algo así. Lo mejor que podía hacer es devolver el favor. El problema era que no estaba segura cual era la verdadera yo, ya no. Yo no sabía qué poner en mis ojos. Yo no sabía qué dejarle ver. Finalmente deje de tratar de escoger y elegir, y creo que se establecieron por lo confusa que estaba, al borde del miedo.

Me tocó el hombro ligeramente. Cuando yo no le dije nada, se movió hacia mí, rodeándome con sus brazos sobre mi espalda, sosteniéndome contra él. Yo me quedé tiesa en sus brazos por un segundo o dos, pero no los retiré. Me relajé contra él en pulgadas, hasta que mi cabeza descansaba en la curva de su cuello, mis brazos estaban provisionalmente, alrededor de su cintura. Susurró:

—Todo va estar bien, Anita.

Sacudí la cabeza sobre su hombro.

—No lo creo.

Trató de ver mi cara, pero yo estaba demasiado cerca, en un ángulo demasiado incómodo. Me retiré para que pudiera ver mi cara, y de repente me sentí incómoda de pie allí con mis brazos alrededor de un extraño. Me aparté, y me dejó ir, sólo dejé los dedos de una mano agarrando las suyas. Le dio a mi mano una leve sacudida.

—Habla conmigo, Anita, por favor.

—He estado haciendo casos como estos desde hace cinco años. Cuando no estoy mirando un muerto desagradable, yo soy la caza vampiros, o un granuja cambiaformas, tu silo. —Él estaba sosteniendo mi mano firmemente ahora, envuelta en el calor de su piel. Yo no la retiré. Necesitaba algo humano a qué aferrarse. Traté de poner en palabras lo que yo había estado pensando por un tiempo—. Una gran cantidad de policías nunca utilizan sus armas, no en treinta años. He perdido la cuenta de cuánta gente he matado. —Su mano se cerró sobre la mía, pero no interrumpió—. Cuando empecé, pensé que los vampiros eran monstruos. Realmente lo creía. Pero últimamente no estoy tan segura. Y a pesar de lo que son, tienen un aspecto muy humano. Puedo recibir una llamada mañana que me podría enviar hasta el depósito de cadáveres por poner una estaca en el corazón de un cuerpo que se ve tan humano como tú y yo. Una vez que tengo una orden judicial de ejecución, estoy legalmente sancionada para disparar y matar a un vampiro o vampiros en cuestión, y cualquiera que se interponga en mi camino. Esto incluye a los sirvientes humanos o las personas con sólo una mordida en ellas. Un mordida, dos mordidas, pueden sanarse, ser curadas. Pero los he matado para salvarme, para salvar a otros.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

Asentí.

—Quizás, quizás, pero eso realmente no importa. No importa si tengo razón para hacerlo, o no. Simplemente porque es una muerte justa, no significa que no me afecta. Yo solía pensar que si tenía razón, sería lo suficiente, pero no lo es.

Me atrajo un poco más cerca con su mano.

—¿Qué estás diciendo?

Sonreí.

—Necesito unas vacaciones.

Entonces él se río, y era una buena risa, abierta y alegre, nada de especial, pero su propio asombro. Yo había oído mejores risas, pero no cuando lo necesitaba más.

—Unas vacaciones, ¿solo vacaciones?

Me encogí de hombros.

—Yo no me veo a mi misma haciendo arreglos florales, detective Ramírez.

—Hernando —dijo. Asentí.

—Hernando. Esto es parte de lo que soy. —Me di cuenta de que

estábamos todavía sosteniéndonos las manos, y me aparté de él. Él me dejó, no protestó—. Tal vez si me tomo un descanso, voy a poder volver a hacerlo.

—¿Y si las vacaciones no son suficientes? —preguntó.

—Voy a cruzar ese puente cuando llegue a él.

No fue sólo el día brutal dentro y fuera del trabajo. Mi reacción al cuerpo de Bernardo dejo un perfecto confort desconocido que me era tan diferente. Yo estaba perdiendo a los chicos, pero era más que eso. Cuando dejé a Richard, dejé la manada, todos mis amigos hombre lobo.

Cuando deje a Jean-Claude, perdí a todos los vampiros, y extrañamente uno o dos de ellos eran amigos. Tú puedes ser amigo de un vampiro, siempre y cuando recuerdes que son monstruos y no seres humanos. ¿Cómo se puede hacer ambas cosas al mismo tiempo?, realmente no puedo explicarlo, pero me las arreglo. Yo no sólo corté con los hombres de mi vida durante seis meses. Me separé de mis amigos. Incluso Ronnie, Verónica Sims, uno de mis pocos amigos humanos tuvo un romance caliente. Ella estaba saliendo con el mejor amigo de Richard, que hacia la socialización algo extraña. Catherine, mi abogada y amiga, sólo se había casado hace dos años, y no me gustaba interferir con ella y Bob.

—Estás pensando en algo muy serio —dijo Ramírez.

Yo parpadee y lo miré.

—Simplemente acabo de darme cuenta de lo aislada que estoy aún en casa. Aquí, yo soy así… —Sacudí la cabeza sin terminarlo. Él sonrió.

—Tú sólo estás aislada si lo quieres, Anita. Me ofrezco para mostrarte los lugares de interés turístico local.

Sacudí la cabeza.

—Gracias, de verdad. En otras circunstancias, yo diría, sí.

—¿Qué te detiene? —preguntó.

—El caso para empezar. Si yo empiezo a salir con uno de los policías locales, a continuación, mi credibilidad se va por el drenaje, y yo no estoy demasiado arriba en alguna lista.

—¿Qué más?

Tenía un rostro muy gentil, suave, como si él fuera gentil en todo lo que hiciera.

—Tengo a dos hombres que me esperan al volver a casa. Esperando ver a quién voy a elegir, o si voy a dejarlos a ambos.

Sus ojos se agrandaron.

—Dos. Estoy impresionado.

Sacudí la cabeza.

—Lo sé. Mi vida personal es un desastre.

—Siento oír eso.

—No puedo creer que acabo de decirte todo eso. No parezco yo misma.

—Soy un buen oyente.

—Sí, lo eres.

—¿Puedo escoltarte de regreso?

Sonreí, una antigua frase pasada de moda.

—¿Puedes tu responder a algunas preguntas primero?

—Pregunta.

Se sentó en el suelo en sus pantalones de color marrón oscuro, levantando del pantalón las piernas para que no se arrugara. Me senté junto a él.

—¿Quién llamó a la policía?

—Un huésped.

—¿Dónde está él o ella?

—En el hospital. Con una conmoción severa producida por el trauma.

—¿No hay lesiones físicas? —pregunté. Sacudió su cabeza—. ¿Quiénes eran las víctimas mutiladas esta vez?

—El hermano de la esposa y dos sobrinos, todos más de veinte. Ellos vivían y trabajaban en el rancho.

—¿Qué pasa con los otros invitados? ¿Dónde estaban?

Cerró los ojos, como si visualizara la página.

—La mayoría de ellos estaban fuera en una salida prevista, un viaje de campamento durante la noche en las montañas. Pero el resto tomó prestado los coches del rancho que se tienen para uso de los huéspedes y se fueron.

—Déjame adivinar —dije—. Se sentían inquietos, nerviosos, y tenían que salir de la casa.

Ramírez asintió.

—Al igual que los vecinos en torno a todas las otras casas.

—Es un hechizo, Ramírez —dije.

—No me hagas pedirte de nuevo que uses mi nombre.

Yo sonreí y desvíe la vista de la burlona mirada en sus ojos.

—Hernando, esto es un hechizo o algún tipo de capacidad que la criatura posee para causar miedo, temor, en los que no quiere matar o herir. Pero estoy apostando por un hechizo.

—¿Por qué?

—Porque es muy selectivo para ser una ansiedad natural como la capacidad de un vampiro para hipnotizar con sus ojos. Un vampiro puede lanzar un hechizo sobre una persona o una habitación llena de gente, pero no puede hacerlo a toda una calle entera a excepción de una casa. Es muy exacto. Tienes que ser capaz de organizar tu mágica para esto, y eso significa un hechizo.

Recogió una de las ásperas hojas de la hierba, moviéndola entre sus dedos.

—Así que estamos buscando una bruja.

—Sé algo sobre Wicca y otras clases de brujería, y no sé ninguna manera de que un wiccan solitario, o incluso una secta podría hacer esto. Yo no estoy diciendo que no haya un humano trabajando con hechizos involucrado en alguna parte, pero definitivamente es algo de otro mundo, no-humano, trabajando aquí.

—Tenemos algunos rastros de sangre de la puerta rota.

Asentí.

—Excelente. Quisiera que alguien me dijera cuando encontraremos una pista. Todo el mundo, incluyendo a Ted está jugando tan cerca, me he pasado la mayor parte de mi tiempo volviendo sobre asuntos que alguien ya ha descubierto.

—Pregunta y te diré todo lo que quieras saber. —Tiró la brizna de hierba a la tierra—. Pero será mejor que volvamos antes de que llegues a tener peor reputación que sólo salir conmigo.

No discutí. Pon a cualquier mujer en un área manejada en su mayoría por hombres y los rumores van a volar. A menos que dejes muy claro que estás fuera de los límites, también hay una cierta competitividad que se establece. Algunos hombres están tratando de correrte para que salgas de la ciudad o entres en sus pantalones. No parecen saber otra manera de tratar con una mujer. Si tú no eres un objeto sexual, eres una amenaza. Siempre me pregunto qué clase de infancia tuvieron.

Hernando se quedó cepillando la hierba y la suciedad de la parte posterior de sus pantalones. Parecía haber tenido una infancia estupenda, o al menos había salido bien. Felicidades a sus padres. Algún día llevará a casa una chica agradable y tendrá buenos hijos en una bonita casa con trabajo de jardín en los fines de semana, y cena cada domingo con algunos de los abuelos. Una vida agradable si tú puedes conseguirla, y él aún tiene

que resolver los asesinatos. Hablando acerca de tenerlo todo.

¿Qué tenía yo? ¿Qué realmente tenía yo? Yo era demasiado joven para una crisis de mediana edad, y demasiado vieja para un ataque de conciencia. Empezamos a caminar de nuevo hacia los coches. Yo me estaba abrazando otra vez, y tuve que obligarme a detenerme. Bajé los brazos a los costados y caminé junto a Ramírez… Ah, Hernando, como si nada hubiera pasado.

—Marks dijo que uno de los primeros policías en llegar a la escena tiene su garganta casi desgarrada por una mordida. ¿Cómo es eso?

—Yo no estaba aquí en la primera patrulla. —El teniente esperó a llevarme dentro. Había un rastro de dureza en su voz. Era amable, pero no si tú lo empujas—. Pero he oído que las tres víctimas que viven atacaron al policía. Tuvieron que someterlos con bastones. Simplemente continuaron tratando de sacarse piezas de ellos.

—¿Por qué harían eso? ¿Cómo lo harían? Me refiero a que despelleja a la mayoría de las personas y arrancarle pedazos, y ellos no van a tener ganas de pelear.

—Ayudé a recoger a algunos de los primeros sobrevivientes, y ellos no pelearon. Ellos simplemente estaban allí, gimiendo. Ellos estaban heridos y actuaron como heridos.

—¿Alguna vez han rastreado a Thad Bromwell, el hijo de la primera escena que vi?

Los ojos de Hernando se ensancharon.

—¿Marks no te llamo?

Sacudí la cabeza.

—Él es un idiota.

Estuve de acuerdo.

—¿Qué? ¿Encontraron el cuerpo?

—Está vivo. Se fue en un viaje de camping con sus amigos.

—Está vivo —dije. Entonces, ¿de quién era el alma que había visto flotando en el dormitorio? Yo no lo dije en voz alta porque me había olvidado de mencionar el alma a la policía. Marks habría estado dispuesto a echarme de la ciudad. Si yo hubiera empezado a hablar de las almas flotando cerca del techo, el habría conseguido fósforos y madera.

Pero alguien había muerto en esa habitación, y el alma todavía estaba confundida sobre a dónde ir. La mayoría de las veces, si el alma se cierne, se cierne sobre el cuerpo, los restos. Sólo tres personas vivían en la casa,

dos de ellos mutilados, y el niño en otro lugar. Tuve una idea.

—Estas nuevas víctimas de mutilación, ¿siguieron luchando, siguieron tratando de morder a los oficiales? —Asintió con la cabeza—. ¿Estás seguro de la mordedura, no sólo golpes, sino como si estuvieran tratando de alimentarse?

—Yo no sé acerca de la alimentación, pero todo eran heridas por mordedura. —Él me miraba raro—. ¿Has pensado en algo? —Asentí.

—Tal vez. Tengo que ver el otro cuerpo, el que está detrás de la puerta, pero luego creo que es hora de volver al hospital.

—¿Por qué?

Empecé a caminar de nuevo, y él me agarró.



TREINTA Y CUATRO

La cara del hombre que me miraba, los ojos anchos, vidriosos, sin ver. Su cabeza aún estaba adjunta a su espina, pero el pecho había sido abierto como si dos grandes manos hubieran excavado en su caja torácica y tirado. El corazón no estaba. Los pulmones habían sido rasgados, probablemente cuando abrió la caja torácica. El estómago había sido agujereado, dando como un olor agrio a la pequeña habitación. El hígado y los intestinos tumbados en un montón húmedo a un lado del cuerpo como si todos ellos hubieran sido sacados al mismo tiempo. La parte inferior de los intestinos aún giraban hacia abajo dentro de la parte baja de la cavidad del cuerpo. Por el único olor de que estaba bastante segura era que los intestinos no habían sido atravesados.

Me senté sobre mis talones al lado del cuerpo. La sangre se había extendido a la parte inferior de la cara del hombre, las gotas dispersadas a través del resto de su cara y en su pelo grisáceo. Violento, muy violento, y

muy rápido. Miré hacia sus ojos sin vista y no sentí nada. Yo volvía a estar entumecida y no me estaba quejando. Creo que si hubiera visto este cuerpo primero, entonces hubiera estado horrorizada, pero los restos del salón me había acostumbrado para el día. Esto era horrible, pero había cosas peores, y esas cosas estaban en la habitación de al lado. Pero no era el cuerpo en lo que estaba interesado. Era la habitación. Había un círculo de sal alrededor del cuerpo. Un libro tumbado dentro del círculo cubierto tan espesamente en sangre que no podía leer las páginas en las que estaba abierto. Ellos habían tomado todas las fotos y videos que ellos necesitaban dentro de la habitación para que yo usara guantes prestados para levantar el libro. Estaba atado con cuero en relieve, pero no había título. La mitad del libro se había empapado de tanta sangre que las páginas estaban pegadas. No intenté separarlas ni curiosear.

La policía y los Federales tenían técnicos para trabajo delicado. Fui cuidadosa de no cerrar el libro y perder el lugar que el hombre probablemente estaba leyendo. Por todo lo que sabía, el libro había estaba encima del escritorio que el hombre empujó contra la puerta, y simplemente se había caído al suelo, abriéndose por sí mismo. Pero pensar que significaba que no teníamos pruebas, así que todos pretendimos que estábamos seguros de que el hombre deliberadamente había abierto el libro. En la mitad de una persecución por un monstruo que solo masacró a su mujer, él fue a por este libro, lo abrió, comenzó a leerlo. ¿Por qué? El libro estaba escrito a mano y leí bastante para saber que era un libro de las sombras. Era el libro de hechizos, del tipo, de una bruja practicante. Una que seguía una tradición más ortodoxa y más antigua que el movimiento neo-pagano Gardian o Alexandrian, quizás. Aunque otra vez no podía estar segura. Había tenido un semestre en la universidad sobre la comparativa brujería, aunque ahora estaba segura de que ellos lo llamaban comparativa Wiccan. De los practicantes Wiccan sabía personalmente, que ninguno de ellos practicaba algo tradicional. Puse el libro cuidadosamente en el suelo donde lo había encontrado y me puse de pie. Las estanterías contra la pared cercana estaban llenas de libros sobre búsqueda psíquica, lo preternatural, la mitología, el folklore, y la Wicca. Yo tenía algunos de los mismos libros en casa, así que los libros solos no eran pruebas suficientes. Pero el factor decisivo era el altar. Había candelabros de plata con velas parcialmente quemadas en ellos. Las velas tenían runas talladas en ella. Aparte del hecho de que eran runas, no podía leerlas.

Había un espejo rodeado sin marco situado en el suelo entre las velas. Había un pequeño cuenco de hierbas secas a un lado, y cuenco más grande de agua, y una pequeña caja estrictamente cerrada.

—¿Es eso lo que creo que es? —preguntó Bradley.

—Un altar. Él era un practicante. Creo que el libro es su libro de las sombras, su libro de hechizos por falta de un término mejor.

—¿Qué ocurrió aquí?

—Hay sal en el suelo del salón.

—No es inusual —dijo Bradley.

—No, pero lo es un círculo de sal. Creo que él estaba en algún lugar más lejos en la casa. Él oyó a su mujer gritar u oyó a los monstruos. Algo le alertó. Él no vino corriendo por una pistola, Bradley. Él vino corriendo con un puñado de sal. Quizás él tenía algo más en sus manos o en su persona, algún hechizo o amuleto. No lo veo, pero eso no significa que no esté aquí.

—¿Estás diciendo que él tiró sal a esa cosa?

—Sí.

—¿Por qué, por amor de Dios?

—La sal y las llamas son dos de nuestros agentes purificadores más antiguos. Yo uso sal para obligar a un zombi a volver a su tumba. Puedo tirarla sobre los duendes, hadas, un grupo completo de bichos, y eso les haría dudar, quizás no mucho más.

—Así que él tiró sal y quizás algún hechizo a la criatura, luego ¿qué?

—Creo que es por lo que el monstruo paró, y por lo que el mantel lleno de trofeos aún está en la mesa.

—¿Por qué no volvía el monstruo y consiguió los trofeos después de que él mató al hombre?

—No lo sé. Quizás él acabó el hechizo antes de morir. Quizás él lo expulsó de la casa. Me gustaría conseguir un Wiccan real aquí para mirar la escena.

—Con Wiccan, te refieres a bruja.

—Sí, pero muchas de ellas prefieren el término Wiccan.

—Políticamente correcto —dijo Bradley.

Asentí.

—Sí.

—¿Qué nos podría decir una Wiccan real que tú no puedes?

—Ella podría saber que hechizo usó él. Si el hechizo expulsó a la cosa de la casa, entonces nosotros seriamos capaces de usar una versión del

mismo hechizo para atraparlo o incluso destruirlo. Algo con que este hombre expulsó a la criatura fuera de esta casa antes de que estuviera listo para irse. Es la primera debilidad que hemos visto en esta cosa.

—A Franklin no le gustará traer a una bruja. Ni a los locales. Si fuerzo a todos a traer una bruja, y no funciona o ella habla con la prensa, entonces la siguiente vez que te vea no seré una agente del FBI.

—¿No se supone que tienes que intentar cada ángulo para resolver este crimen? ¿No es ese tu trabajo?

—El FBI no usa brujas, Anita.

Sacudí mi cabeza.

—¿Cómo infiernos me metiste aquí entonces?

—Forrester ya te había metido en el caso. Todo lo que tuve que hacer era estar de pie hacia Marks.

—Y Franklin —dije.

—Parece ser uno de sus talentos naturales.

—No quiero conseguir tu entusiasmo, Bradley. —Me fui hacia el escritorio girado y comencé a abrir cajones. Había un armario de armas en el salón. Mucha gente que tenía un armario lo llenaba para mantener una protección personal.

—¿Qué estás buscando? —preguntó.

Abrí un gran cajón superior, y ahí estaba.

—Ven aquí, Bradley.

Él vino para mirar fijamente el cajón. La pistola 9 mm Smith & Wesson. Dejada a un lado del cajón donde se había caído cuando el escritorio se cayó. Bradley miró hacia la pistola.

—Quizás no está cargada. Quizás él tenía la munición cerrada en el salón.

—¿Puedo tocarla? —La levanté, y justo por el peso estuve bastante segura de que estaba cargada, pero no era una pistola con la que estaba familiarizada, así que saqué el cargador y se la mostré a Bradley.

—Llena —dijo, la voz suave.

—Llena. —Deslicé el cargador otra vez dentro de la pistola, golpeándola fuertemente con la palma de mi mano para hacer clic—. Él tenía una 9 mm cargada en su escritorio, pero agarró sal y su libro de las sombras. Él no malgastó el tiempo en agarrar la pistola. O él sabía lo que era la cosa, o él sintió algo en ella y sabía que la pistola no funcionaría, y ese hechizo podría. —Levanté la pistola para que Bradley la mirara, el

cañón apuntaba al techo—. El hechizo funcionó, Bradley. Necesitamos saber que era, y la única manera de saberlo es conseguir a una bruja.

—¿Puedes coger el libro y sólo mostrarle las fotos?

—¿Y si la posición del libro es importante? ¿Y si hay pruebas del hechizo en el círculo? No practico este tipo de ritual mágico, Bradley. Por todo lo que se si traes a alguien aquí, ellos podrían ser capaces de sentir algo que yo no puedo. ¿Realmente quieres tener la oportunidad de que con las fotos y con sólo ver el libro en su propia casa será tan bueno como verlo aquí, así?

—Me estás pidiendo que arriesgue mi carrera.

—Te estoy pidiendo que arriesgues tu carrera —dije—, pero también te estoy pidiendo que no arriesgues más vidas inocentes. ¿Realmente quieres ver esto en otra pareja, otra familia?

—¿Cómo puedes estar segura de que esta es la clave?

—No estoy segura, pero es lo más cercano que hemos visto para un descanso en este caso, odiaría perderlo por ponerte nervioso por tu carrera.

—No es sólo eso, Anita. Si usamos algo más exótico que los psíquicos y fallamos, entonces toda la unidad podría ser disuelta.

Coloqué la pistola en su mano. Él la miró.

—Confío en que hagas lo correcto, Bradley. Ese es el por qué eres de los chicos buenos.

Él sacudió su cabeza.

—Y pensar que chantajeé a Marks para traerte de vuelta al caso.

—Sabías que soy un dolor en el culo cuando luchaste para traerme de vuelta al caso. Es uno de mis muchos encantos. —Eso me ganó una débil sonrisa. Él aún estaba agarrando la culata de la pistola a través de su mano. Sus dedos se tensaron alrededor.

—¿Conoces alguna bruja en el área?

Sonreí.

—No, pero apuesto a que Ted sí. —Sacudí mi cabeza—. Nunca he abrazado a un agente del FBI, pero estoy tentada. —Eso le hizo sonreír, pero sus ojos se quedaron precavidos, infelices. Yo le estaba pidiendo mucho. Toqué su brazo—. No te pediría traer a una bruja si no supiera que es nuestro mejor punto. Ni siquiera te pediría un capricho. —Me dio una larga mirada.

—Lo sé. Eres una de las personas menos caprichosas que he conocido.

—Diría que deberías verme cuando no estoy hasta el cuello de

cadáveres, pero eso realmente no importa. No conseguí iluminar mucho más que esto.

—He comprobado los casos que has ayudado a resolver en el departamento de policía de St. Louis, Anita. Algo truculento. ¿Cuántos años tienes ahora?

Fruncí el ceño a la pregunta luego la respondí.

—Veintiséis.

—¿Cuánto tiempo has estado ayudando a la policía?

—Cerca de cuatro años.

—La Agencia saca a sus agentes de la mierda de los asesinatos en serie cada dos años. Ellos preguntan si quieres ser transferido o no. Luego después de un descanso, ellos pueden volver.

—¿Crees que necesito un descanso?

—Todos se queman eventualmente, Anita, incluso tú.

—Actualmente, estoy pensando en unas vacaciones cuando vuelva a casa.

Asintió.

—Eso es bueno.

Yo le miré.

—¿Parezco como si necesitara un descanso?

—Lo he visto antes en los ojos de otros agentes.

—¿Ver el que? —pregunté.

—Cómo tus ojos son una taza, y cada horror que ves es otra gota para añadir. Tus ojos están llenos de las cosas que has visto, las cosas que has clonado. Sal mientras están aún en alguna sala para cosas que no sangran.

—Eres malditamente poético para un agente del FBI.

—Un amigo se quedó con eso hasta que él tuvo un ataque al corazón.

—Creo que soy un poco joven para eso —dije.

—Otro amigo se comió su pistola.

Nos miramos mutuamente.

—No soy del tipo suicida.

—No quiero verte en una celda.

Mis ojos se abrieron.

—Wow. No sé de lo que estás hablando.

—El departamento del estado confirmó que Otto Jefferies es un funcionario retirado del gobierno, pero ellos no pudieron acceder al resto de su expediente actualmente. He conseguido a un amigo del departamento

de estado con una autorización secreta de nivel dos. Él no pudo acceder a los expedientes de Otto Jefferies tampoco. Él está completamente tapado, lo cual significa que él es un espectro de algún tipo. Tú no quieres involucrarte con los espectros, Anita. Si ellos intentan reclutarte, di no. No intentes averiguar quién es Otto, o lo que hizo. No te entrometas o acabarás en un agujero en algún lugar. Sólo trabaja con él, déjale solo, y continua.

—Suenas como si hablaras de una experiencia personal —dije.

Sacudió su cabeza.

—No voy hablar sobre eso.

—Sácalo —dije.

—He dicho bastante para llamar tu atención, espero. Sólo confía en mí en esto. Aléjate de esa jodida gente.

Asentí.

—Está bien, Bradley. No me gusta… Otto. Y él odia a las mujeres, así que no te preocupes. No creo que se le ocurra intentar reclutarme.

—Bien.

Él puso la pistola de vuelta en el cajón del escritorio y lo cerró.

—Además —dije—, ¿qué querría el equipo alto secreto de mí?

Él me miró, y fue una mirada a la que no estaba acostumbrado a conseguir. La mirada decía, que estaba siendo ingenua.

—Anita, puedes levantar a los muertos.

—¿Y?

—Puedo pensar en una media docena de usos para ese sólo talento.

—¿Cómo qué?

—Prisioneros muertos en interrogatorios. No importa. Levantarle otra vez. Un líder mundial es asesinado. Nosotros necesitamos unos días para preparar a nuestras tropas, levantar al líder durante unos días. Darnos tiempos para controlar el pánico, o para la revolución.

—Los zombis no están vivos, Bradley. Ellos no podrían pasar por un líder de estado.

—Pero a distancia, dos o tres días, ni siquiera lo intentan y digo que tú no podrías conseguir eso.

—Yo no lo haría —dije.

—Incluso si eso significa que cientos de vidas podrían estar a salvo, o cientos de americanos podrían ser evacuados por seguridad.

Le miré.

—Yo… no lo sé.

—No importa como de buena parezca la causa al principio, Anita, eventualmente no lo será. Eventualmente, cuando estés demasiado lejos no verás la luz del día, ellos te pedirán cosas que tú no querrás hacer.

Me estaba abrazando a mí misma otra vez, lo cual me irritaba. Nadie se me había aproximado para hacer algo a nivel internacional. Olaf pensaba que yo era buena para sólo una cosa y eso no incluía ayudar al gobierno. Pero me hacía preguntarme como le había conocido Edward. Edward era espeluznante, pero ¿era él un espectro? Miré hacia la cara seria de Bradley.

—Tendré cuidado. —Luego tuve un pensamiento—. ¿Alguien se te acercó por mí?

—Estaba pensando en ofrecerte un trabajo con nosotros. —Levanté una ceja. Él rió—. Si, después de mirar en tu expediente, fue decidido que eras demasiado independiente, una tarjeta demasiado salvaje. Fue decidido que no prosperases en un juego burocrático.

—Tienes razón en eso, pero estoy halagada de que pienses eso de mí.

Su cara volvió seria, y había líneas en su cara que no había visto antes. Eso le hacía cuarenta años más. Mucho tiempo que él no tenía.

—Tu expediente sigue marcado, Anita. Subirá en la línea. No sé a dónde o quién lo pedirá, pero hay trabajo gubernamental ahí fuera para las tarjetas salvajes independientes si ellos tienen habilidades bastante especializadas.

Abrí mi boca, la cerré, y finalmente dije:

—Te diría que estás bromeando pero no lo estás, ¿verdad?

Él sacudió su cabeza.

—Desearía estarlo.

Edward había dicho que él no hubiera traído a Olaf si él supiera que yo venía. Eso lo hacía sonar como si Olaf hubiera sido invitado a venir, no voluntariamente, pero yo le había preguntado a Edward. Estaba segura.

—Gracias por decírmelo, Bradley. No sé mucho sobre esta cosa pero sé que estás tomando la oportunidad de decirme todo.

—Tenía que decírtelo, Anita. Ves que fui yo quien sacó tu expediente en primer lugar. Fui el único que empujó para invitarte a entrar. Te traje por la atención de alguien. Por eso soy efusivamente terrible.

—Está bien, Bradley. No lo sabías.

Él dio una pequeña sacudida de cabeza, y la mirada en su cara era glacial.

—Pero debería haberlo sabido.

No sabía que decir a eso. Eso disipó que no tuve que decirle nada a Bradley al salir de la habitación. Esperé un segundo o dos, luego le seguí fuera. Pero no podía sacudirme el malestar. Él quería asustarme, y lo había conseguido. Era todo el Gran Hermano observando y la paranoia. Él ya me había preguntado si Olaf se había invitado él mismo, o incluso si Edward podía haberle pedido reclutarme. No me sorprendería que Edward trabajara para el gobierno, al menos una parte del tiempo. Él cogía dinero de cualquiera. Eso hubiera parecido ridículo si no hubiera visto la mirada en la cara de Bradley. Si él no me hubiera hablado sobre mi expediente. Él dijo expediente, como si todos tuvieran un expediente. Quizás ellos lo tenían. Pero alguien había requerido el mío. Tuve una imagen repentina de mi vida, mis crímenes, todo impreso en una letra pulcra atravesando un impreciso escritorio después otro hasta que lo alcance, ¿dónde? ¿O la pregunta sería quién? Blake, Anita Blake. Incluso sonaba divertido. Por supuesto, el gobierno federal nunca ha sabido de este sentido del humor.



TREINTA Y CINCO

Edward me dejó conducir su Hummer hacia el hospital. Él se quedó detrás para esperar a la bruja. Ella era amiga de Donna así que él jugaría a Ted y agarraría su mano a través de la escena del crimen. Sería para ella su primera escena del crimen. Hablando de ser tirada a lo profundo para hundirte o nadar. Incluso yo había tenido una dulce introducción en un trabajo policial como este.

Olaf se quedó para estar en comunión con los cuerpos. Bien por mí. Yo no quería estar en un coche, o algún espacio pequeño confinada con Olaf sin Edward al lado como acompañante. Creo que la policía y los Federales con mucho gusto me lo entregarían para aguantarle. Todo lo que realmente había hecho era confirmar mi suposición de que el asesino no estuvo de acuerdo en dejar sus trofeos detrás, aunque Olaf sabía menos sobre magia que yo. Él no sabía por qué el asesino se fue. Yo era la única persona con un escenario así, e incluso me hubiera aliviado si la practicante Wicca

secundaba mi opinión. Si ella no lo hacía, entonces nosotros estábamos ciertamente fuera de conjeturas.

De hecho, casi nadie quería ir conmigo. Franklin pensaba que yo estaba chiflada. Lo que yo quería decir que los sobrevivientes no eran sobrevivientes, sino ¿muertos vivientes? Bradley no estaba de acuerdo en dejar a Franklin como el agente al mando. Los mapas geológicos estaban de camino, y yo no creía que él quisiera que Franklin cambiara la búsqueda. Marks no dejaría la escena del crimen a los Federales, y él también creía que estaba chiflada. Ramírez y un uniformado me siguieron en un coche sin marcar. Yo realmente no creía que ellos hubieran encontrado al monstruo. No había ni rastro. Sin pistas significaba que o podía volar o se desmaterializaba. Ni el camino que ellos no iban a encontrar, ni a pie, ni con mapas. Así que me sentí libre de ir al hospital.

Otra razón para ir a Alburquerque era que Edward me había encontrado un nombre. Un hombre que era conocido como un brujo, una bruja. Donna sólo le había dado a «Ted» el nombre con la condición de que no lo usaría para amenazar al hombre. Ella sólo le había dado el nombre con la estricta comprensión de que la amenaza no venía de él. La única que dio el nombre no quería que el brujo volviera y la cazara. Él trabajaba hechizos malignos por dinero, tan buenos como la venganza personal. Si tú podías probar en un juicio que él ejecutaba magia real para propósitos viles, era una auténtica sentencia de muerte. Su nombre era Nicandro Baco, y él se suponía que era nigromante. Si él lo fuera, él hubiera sido el primero, aparte de mí, que hubiera conocido. El nombre llegó con otra advertencia. Se cuidadosa con él. Él era mucho más peligroso de lo que parecía. Justo lo que necesitaba… un nigromante con una actitud. Oh, espera, yo era una nigromante con una actitud. Si él sacaba mierda conmigo, nosotros veríamos quien era el pescado más grande. ¿Eso era una astilla en mi hombro o sobre confianza? Ya lo veríamos.

Oh, y Bernardo fue conmigo. Él se sentó en el asiento del acompañante desplomado hasta que el cinturón de seguridad que yo había insistido en que se pusiera cortó a través de su cuello. Su amable cara estaba en un ceño fruncido, los brazos cruzados sobre su pecho. Creo que él hubiera cruzados sus piernas si él hubiera tenido sitio. Las palabras como clausurado, incubando, vinieron a mi mente.

Las sombras se extendían en la carretera, aunque no había árboles ni edificios para lanzarlas. Era como si las sombras salieran de la tierra por sí

misma para tumbarse a través de la carretera como una promesa de que la noche llegaba. Si mirabas tu reloj en la muñeca, era temprano por la tarde. Si mirabas el nivel de la luz del sol, era tarde por la tarde. Nosotros teníamos cerca de tres horas de luz del sol.

Conduje a través de la reunión de sombras con un sentimiento de urgencia presionando contra mí. Quería estar en el hospital antes de oscurecer. No sabía por qué, y no lo preguntaría. Nosotros estábamos siendo seguidos por un coche de policía. Seguramente, ellos podían arreglar el ticket.

Estaba aterrada por lo rápidamente y suavemente que el coche iba a ochenta sin que yo lo notara. Había algo sobre la carretera y por la manera en que ellos se derramaban fuera y fuera a través del vacío paisaje que hacía que al bajar la velocidad pareciera como si se arrastraran. Yo seguí sólidamente a ochenta, y Ramírez siguió conmigo. Él parecía ser el único que me creía. Quizás él sentía la urgencia también. El silencio en el coche no era exactamente acompañante, pero no era incómodo tampoco. Además, tenía suficientes problemas sin jugar a llorar en el hombre de lo sofisticados amigos de Edward. Bernardo rompió el silencio.

—Vi que tú y ese detective paseabais por la hierba. —Le fruncí el ceño. Él me estaba mirando con ojos hostiles. Creo que estaba intentando conseguir una discusión. No sabía por qué.

—Nosotros no estábamos paseando —dije.

—Parecía bastante íntimo para mí.

—¿Celoso? —pregunté. Su cara se endureció, disminuyendo en unas líneas enfadadas.

—Si duermes alrededor. Pero no con nuestros chicos malos.

Sacudí mi cabeza.

—Fue un abrazo agradable, no es que sea algo de tu incumbencia.

—¿No crees que sea del tipo de abrazo agradable?

—No lo eres.

—Ya —dijo él.

—Así que este caso está cogiéndome.

—Eso he oído —dijo él. Le miré. Su cara estaba girada, solo un fino borde del perfil mostraba a través de su pelo como la luna justo antes de la oscuridad. Regresé a la carretera. Si él no quería contacto visual, por mí bien.

—Pensaba que tú estabas evitando las fotos y al equipo forense —dije.

—He estado aquí dos largas semanas que tú no tienes. He visto las fotos. He visto los cuerpos. No necesito verlo otra vez.

—¿Qué discutieron exactamente tú y Edward hoy?

—Discutir —dijo y dio una risa baja—. Sí, podrías decir que discutimos.

—¿Sobre qué?

—No sé por qué infiernos estoy aquí. Dime que o a quien disparar, y lo haré. Incluso vigilo los cuerpos si el precio es correcto. Pero no hay nada a lo que disparar. Nada excepto cuerpos muertos. No sé ni una mierda sobre magia.

—Pensaba que tú eras un caza recompensas licenciada que se especializó en bichos preternaturales.

—Yo estaba con Edward cuando él limpió un nido de licántropos en Arizona. Quince de ellos. Nosotros lo segamos con pistolas automáticas y granadas. —Él tenía un casi nostálgico tono en su voz. Ah, los buenos viejos días—. Antes de que matase a dos licántropos granujas, pero después tuve muchas llamadas por esta mierda. Tomé las que eran básicamente golpear. La única diferencia era que la víctima no era humana. Eso lo puedo manejar, pero no soy un detective. Llámame cuando el asesino está a la vista, y yo estaré allí, pero no esto. Esta jodida espera, buscando pruebas. ¿Quién demonios busca pruebas? Somos asesinos, no Sherlock Holmes.

Él cambió en su asiento, y luchó por sentarse derecho, los brazos aun agarrándose tensamente. Él hizo una sacudida de cabeza para conseguir que su pelo se apartara de su cara. La sacudida de cabeza es un gesto muy femenino. Un hombre tiene que ser muy macho para no serlo. Bernardo se las arreglaba.

—Quizás él asumió que desde que le ayudaste con los cambiaformas tú serías útil con esto.

—Él estaba equivocado.

Me encogí de hombros.

—Entonces vuelve a casa.

—No puedo.

Le miré. Podía ver más de su perfil, y era uno bonito.

—¿También le debes un favor?

—Sí.

—Permíteme preguntar ¿qué tipo de favor?

—El mismo que tú.

—¿Mataste a uno de sus otros guardaespaldas?

Asintió, y tuvo que recorrer su mano a través de su pelo para apartarlo de su cara.

—¿Quieres hablar sobre eso?

—¿Por qué? —Me miró, y su cara, por una de las pocas veces, no era burlona, sino seria, incluso solemne. Él parecía menos agradable con la sonrisa y el brillo en sus ojos, pero también parecía más real. Ser real conseguía meterme en problemas más rápido que cualquier montón de hechizos—. ¿Quieres hablar sobre como mataste a Harley? —preguntó.

—Ciertamente no.

—Entonces ¿por qué preguntas?

—Pareces honrado. Pensaba que ayudaría hablar, o ¿sólo es una cosa de chica? —sonrió, y casi alcanzó sus ojos.

—Creo que es una cosa de chicas, porque no quiero hablar sobre eso.

—Bien, hablemos sobre algo más.

—¿Qué?

Él estaba mirando por la ventana a lo lejos ahora, un hombro presionaba contra el cristal. La carretera iba entre dos colinas, y el mundo de repente era gris oscuro. Nosotros estábamos literalmente huyendo de la luz del sol. Pero este último ataque había sido más un ataque a la luz del sol definitivamente. Así que ¿por qué estaba tan preocupada por la llegada de la noche? Quizás sólo eran los años cazando vampiros, donde la oscuridad significaba que nosotros los humanos no teníamos ninguna ventaja. Esperaba que sólo fueran los viejos hábitos, sino la sacudida en mi estómago no creía que lo fuera.

—¿Desde cuándo conoces a Edward? —pregunté.

—Cerca de seis años.

—Mierda —dije.

Entonces me miró.

—¿Qué ocurre?

—Le he conocido durante cinco años. Esperaba que tú le hubieras conocido más tiempo.

Él me sonrió.

—Esperando a bombardearme por información, ¿eh?

—Algo así. —Se giró en el cinturón de seguridad hasta que mucho de su cuerpo estaba de frente a mí, una pierna establecida encima del asiento —. Déjame bombardearte, y tú puedes bombardearme todo lo que quieras.

—Su voz había caído una muesca o dos. Su cabeza estaba a un lado, el pelo barría a través del asiento como un pelaje negro. Se giró en el cinturón de seguridad hasta que la mayoría de su cuerpo estaba frente a mí, con una pierna levantada en el asiento. Sacudí la cabeza.

—Estás caliente, y estoy disponible. Eso no es muy halagador, Bernardo. —Se movía en su asiento, extendiendo su pelo de lado devuelta en el asiento.

—Ahora eso es una cosa de chicas.

—¿Qué es?

—Complicar las cosas, la necesidad de que el sexo sea algo más que sexo.

—Yo no lo sé. Conozco a un tipo o dos que lo hacen tan complicado.

—No pareces feliz con él o ellos.

—¿Edward te llamó antes que Olaf o después? —pregunté.

—Después, pero estás cambiando el tema.

—No, yo no lo hago. Edward es un experto en la gente. Él sabe a quién llamar para cualquier situación dada, para cualquier matanza. Olaf tiene sentido. Yo tengo sentido. Tú no tienes sentido. Él sabe que esto no es tu tipo de delito.

—Me he perdido.

—Edward me animó a dormir contigo.

Bernardo me miró, sorprendido, creo. Es bueno saber que él podía estarlo.

—Edward casamentero. Estamos hablando del mismo Edward, ¿verdad?

—Tal vez Donna lo ha cambiado —dije.

—Nada cambia a Edward. Es una montaña. El sólo está allí.

Asentí.

—Es cierto, pero no estaba animándome a elegir cortinas contigo. Él dijo, y cito: «*Lo que necesitas es una agradable cogida sin complicaciones*».

Las cejas de Bernardo subieron hasta su cabello.

—¿Edward dijo eso?

—Sí, lo hizo.

Él me miraba ahora. Podía sentir su mirada en mí, incluso mientras veía la carretera. No era sexual ahora. Fue intenso. Tenía su atención.

—¿Estás diciendo que Edward me trajo para tentarte a ti?

—No lo sé. Tal vez. Tal vez me equivoque. Tal vez sea sólo una coincidencia. Pero no está contento con mi elección de amantes.

—Primero, no hay coincidencias cuando se trata de Edward. En segundo lugar, ¿con quién podrías estar durmiendo que molestaría a Edward? A él no le importa si tú lo estás haciendo con tu perro. —No hice caso al último comentario, porque yo no podía pensar en cómo responderle. Aunque me di cuenta de que yo no estaba en desacuerdo. Por lo general, Edward sólo quería saber si podía disparar. Cualquier otra cosa no era importante.

—Voy a responder a tus pregunta, si tú respondes a las mías primero.

—Pruébame.

—Tu podrías parecer el chico de la cubierta americana nativa GQ, pero ¿no hay sentido de que vienes de una cultura diferente?

—¿Demasiado blanco para ti? —y su voz estaba enojada. Yo toque el chip en su hombro.

—Mira, la familia de mi madre es mexicana-americana, y tú tienes un sentido de su cultura al interactuar con ellos. La familia de mi padre es alemana, y todos ellos dicen cosas, hacen cosas que son de tipo europeo o tienen un sabor extranjero para ellos. Tú no pareces tener ninguna cultura específica o de fondo. Hablas con medios genéricos media Americanos, como la televisión o algo así.

Me miró, y él estaba enfadado ahora.

—Mi madre era blanca. Mi padre era indio. Me han dicho que murió antes de que yo naciera. Ella me dio al nacer. Nadie quería un bebé interracial, así que me fui de una casa de acogida a otra. Cuando yo tenía dieciocho años, me uní al ejército. Se dieron cuenta de que podía disparar. Maté cosas por mi país por algunos años. Luego me fui al exterior. Y aquí estoy. —Su voz se había vuelto cada vez más intensa hasta que casi me dolía oírlo. Decirle que lo sentía habría sido insultante. Decirle que lo entendía habría sido una mentira. Gracias por responder a la pregunta parecía mal, también—. ¿Nada que decir? —preguntó—. ¿Sorprendida? ¿Lo sientes por mí? Dame un poco de sexo por lastima.

Lo miré.

—Si alguien tiene sexo contigo, no es por lastima, y tú lo sabes muy bien.

—Pero tú no quieres tener sexo conmigo.

—No es a causa de tu origen étnico, o tu ausencia, o tu fondo. Tengo

dos chicos esperándome en casa. Dos es demasiado. Tres sería ridículo.

—¿Por qué no le gustan a Edward? —preguntó Bernardo.

—Uno es un hombre lobo y el otro es un vampiro.

Mis palabras eran suaves, pero he visto su cara lo suficiente para ver la reacción. Se quedó boquiabierto. Por último, cerró la boca, y dijo:

—Tú eres la ejecutora, el azote de los muertos vivientes. ¿Cómo puedes estar haciéndolo con un vampiro?

—No estoy segura de poder responder a esa pregunta, incluso a mí misma. Pero en la actualidad, no estoy haciéndolo con él en absoluto.

—¿Creías que el hombre lobo era un ser humano? ¿Estaba tratando de pasar por uno?

—Al principio, pero no por mucho tiempo. Yo sabía lo que era cuando lo llevé a la cama.

Lanzó un silbido.

—Edward odia a los monstruos. Pero yo no creo que le importe un bledo si uno de sus refuerzos se acuesta con ellos.

—A él le importa. No sé por qué, pero lo hace.

—¿Así qué pensaba que una noche conmigo iba a cambiar tu religión? ¿Haría que tú insultaras a los monstruos? —Ahora me estaba mirando, estudió mi cara—. He oído que los cambiaformas pueden cambiar la forma de su cuerpo a voluntad. ¿Es eso cierto?

—Algunos de ellos pueden —dije. Estábamos en las afueras de Albuquerque. Centros comerciales y restaurantes de comida rápida.

—¿Puede tu novio?

—Sí.

—¿Puede cambiar la forma de todo su cuerpo, a voluntad?

Sentí el rubor esparcirse desde mi cuello hacia mi cara y no lo podía detener. Bernardo se echó a reír.

—Creo que él puede.

—Sin comentarios. —Todavía estaba riendo en voz baja para sí mismo, una sonrisa muy masculina—. ¿Es tu vampiro uno viejo?

—Cuatrocientos años y contando —dije.

Habíamos dejado atrás los centros comerciales y se convirtió en una zona residencial. Llegábamos hasta el primer hito en la dirección que Edward me había dado. Habíamos agotado casi una hora de luz. Estuve a punto de dejar pasar por delante el desvío al lugar de Nicandro Baco, pero si yo tenía razón, si la cosa con la que estábamos tratando era otro tipo de

muertos vivientes cualquier otra del que yo no había oído hablar, y entonces otro nigromante podría ser bueno tenerlo al alrededor. Por todo lo que sabía, este tipo de no-muertos era una especialidad regional, y Baco sabría más que yo. Me volví, comprobando el espejo retrovisor para ver que Ramírez estaba detrás de mí. Estábamos realmente yendo al límite de velocidad.

—¿Puedes leer las instrucciones para mí? —pregunté. Él no contestó, sólo recogió el pedazo de papel del tablero, y empezó a leer los nombres de las calles.

—Estás a salvo en las direcciones un poco. Volvamos a nuestra charla.

Yo le frunció el ceño.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Déjame aclarar esto —dijo Bernardo—. Tú has estado revolcándote con un cambiaformas que tiene un fino gran control de su cuerpo que puede hacer una parte de él más grande…

—O más pequeño —dije. Estaba contando las luces de la calle, debajo mi respiración. No quería perderme el giro. Teníamos tiempo de ver a este tipo y llegar al hospital antes de que anochezca, pero no si nos perdemos gravemente.

—Nadie hace las cosas más pequeñas durante el sexo. No me importa lo que es, sigue siendo macho.

Me encogí de hombros. Yo no iba a discutir el tamaño de Richard con Bernardo. La única persona con la que había discutido era con Ronnie, y eso había soltado muchas risitas, mientras que ella comparte hechos embarazosos de su novio Louie. Ha sido mi experiencia que las mujeres dicen detalles más íntimos de sus amigos que los hombres. Los hombres pueden jactarse de más, pero las mujeres hablan de lo esencial y comparten la experiencia.

—Entonces, ¿dónde estaba? —dijo Bernardo—. ¡Ah!, estás haciéndolo con este cambiaformas que tiene un gran fino control, que puede cambiar cualquier parte de su cuerpo grande o pequeño a voluntad. —Yo me retorcía en el asiento, pero finalmente asentí. Bernardo sonrió feliz—. Y estas haciéndolo con un vampiro que ha estado teniendo relaciones sexuales por más de cuatrocientos años. —Él de repente, sonó falso británico—. ¿Se puede asumir que él está bien calificado por ahora?

El rubor que había estado disminuyéndose volvió con una quemadura. Casi habría dado la bienvenida a la oscuridad para esconderme detrás.

—Sí —dije.

—Mierda, amiga, puede que sea bueno, pero yo no soy tan bueno. Sólo soy un pobre niño mortal. No puedo competir con el señor de los muertos vivientes y el Hombre Lobo.

Estábamos en una sección de la ciudad, que parecía casi desierta. Gasolinera con barrotes en las ventanas y graffitis repartidas en todo como una contagiosa enfermedad. La tienda de en frente había subido las ventanas y más graffiti. La tarde seguía densa con la luz solar reflejada, pero de alguna manera la luz no alcanzó la calle, como si hubiera algo aquí que la mantenía a raya. La piel de mi espalda se movió tan duro, yo salte.

—¿Qué pasa? —preguntó Bernardo.

Sacudí la cabeza. Mi boca estaba repentinamente seca. Sabía que habíamos llegado antes que él dijera:

—¡Ahí está!, Los Duendos, los enanos.

El aire era denso y opresivo con el peso de la magia. Magia Muerta. Cualquiera de ellos acababa de matar algo para ganar poder para un hechizo o que estaban trabajando activamente con la muerte en este mismo momento. Dado que el sol todavía estaba arriba, eso era un engaño. La mayoría de los animadores no podían levantar a los muertos hasta la noche. En teoría, soy lo suficientemente poderosa para levantar a los muertos a mediodía, pero no lo hago. Me dijeron una vez que la única razón que no podía hacer eso era que yo creía que no podía hacerlo. Pero Nicandro Baco no parecía compartir mis dudas. Tal vez yo no era el pez más grande después de todo. Ahora tengo un ataque de dudas. Demasiado tarde para traer a Edward aquí como refuerzo. Si Baco tiene un tufillo con la policía, él tampoco había corrido, ser poco cooperativo, o tratar de hacernos daño. Su poder respiraba a lo largo de mi cuerpo, y yo seguía sentada en el auto. ¿Cómo iba a ser como en persona? Malo. ¿Cuán malo? Como dice el viejo refrán, sólo hay una manera de averiguarlo.



TREINTA Y SEIS

Yo había aparcado en un estacionamiento abandonado a unas dos cuadras hacia abajo y alrededor de la esquina del Bar. Ramírez se había estacionado a mi lado, y él y el uniformado, oficial Rigby, se acercaron a nosotros. Rigby era de mediana altura, bien construido, y se movía como si él hubiera hecho pesas. Tenía confianza, y una sonrisa fácil que iba todo el camino hacia sus ojos. Él estaba demasiado cómodo en su propia piel, como si nada realmente malo lo había tocado nunca. Carecía totalmente del aire que la mayoría de los policías tienen o han de haber tenido un paseo duro y puesto mojado. Parecía mayor que yo, pero sus ojos eran más jóvenes, y eso me molestaba.

Ramírez había pasado su tiempo chequeando a Nicandro Baco, alias Nicky Baco. Era sospechoso de asesinatos, pero los testigos tenían una extraña manera de desaparecer o de olvidar lo que habían visto. Se le relaciona con una pandilla de motociclistas locales, ah, club. Las Pandillas

de motociclistas actualmente prefieren el término más políticamente correcto club, según Ramírez. El local «club» se llama Los Lobos.

—No se debe confundir con el grupo de música —dijo Ramírez.

Yo parpadeé. Entonces entendí la broma.

—Oh, sí, Los Lobos, el grupo de música.

Me miró.

—¿Estás bien?

Asentí. Incluso a dos cuadras pude sentir un toque de magia de Baco. Y apostaba a que alguien se había tomado el tiempo, ellos encontraron hechizos, encantos, conjuros, y han puesto aquí y allá, en la zona circundante. Yo pensaba que él no era consciente de mí aún. Creo que la única razón por lo que le había sentido tan fuerte era porque él estaba en medio de un hechizo. El encanto se dispersaba por todo el vecindario a despedir un cierto desasosiego. Podría haber literalmente expulsado a las otras empresas fuera del negocio. Ilegal, así como poco ético. Por supuesto, por qué querría destruir toda la economía de la zona que rodea su bar era un misterio para mí. Me preocuparía de eso más tarde. El asesinato y caos en primer lugar. Posible estafa de bienes raíces más tarde. Algunos días sólo tienes que priorizar.

—Los Lobos es un local pequeño, pero ellos tienen una mala reputación —dijo Ramírez.

—¿Qué tan mala? —pregunté.

—Tráfico de drogas, asesinato, asesinato a sueldo, asalto, asalto con asesinato, intento de asesinato, violación, secuestro.

—¿Secuestro? —dijo Bernardo. Como si los demás crímenes eran de esperarse, pero no la última. Ramírez lo miró, y sus ojos pasaron de amistosos a fríos. No le gustaba Bernardo por alguna razón.

—Creemos que secuestraron a una adolescente, pero nadie apareció, y el único testigo sólo vio como la arrastraban a una furgoneta que se parecía a la de su líder, Roland Sánchez, el propietario en el momento. Sin embargo, muchas personas tienen furgonetas grises.

—¿Ha tenido un montón de chicas adolescentes desaparecidas? —pregunté.

—De nuestra parte, pero no, no hemos notado un patrón en los secuestros de mujeres jóvenes por la banda. Yo no estoy diciendo que ellos no lo hicieran, pero no lo están haciendo una costumbre.

—Me alegra oír eso —dije.

Ramírez sonrió.

—Estás armada, y… —Me dio un teléfono móvil delgado—. Pulsa este botón y va a llamar a este teléfono. —Levantó un teléfono igual—. Rigby y yo vendremos corriendo con refuerzos. —Mis ojos se fijaron a Rigby, que de hecho se quitó el sombrero para mí.

—A sus órdenes, señora.

¿Señora? O él tenía cinco años menos de lo que parecía, o utiliza señora para todas las mujeres. Me volví de sus pacíficos ojos hacia Ramírez. Sus ojos eran amables, pero no eran pacíficos. Había visto demasiado de la vida para verdadera tranquilidad. Me gustaban más sus ojos.

—¿No vas a tratar de discutir que sólo Bernardo y yo entremos al bar?

—Sospechamos que Baco usa magia para matar gente. Se trata de una sentencia de muerte automática. Si nosotros le damos una señal de la policía, entonces ellos saldrán fuera y comenzarán a pedir un abogado. Si deseas información de él, tendrás que jugar a ser el ordinario ciudadano. Ahora, si tú planeas ir allí sola, sin Bernardo o un hombre contigo, entonces discutiré.

Fruncí el ceño.

—Yo puedo cuidar de mí misma.

Sacudió la cabeza.

—En el mundo que este grupo tiene las mujeres no existen, excepto a través de los hombres.

Mi ceño se frunció.

—Tú me has perdido.

—Todas las mujeres son madre de alguien, hija, esposa, hermana, amiga, amante. Ellos no sabrán qué diablos hacer contigo, Anita. Iras como la novia de Bernardo. —Tenía su mano levantada, impidiéndome interrumpir antes de que pudiera abrir la boca y reprobar—. Confía en mí en esto. Es necesario tener algún tipo de estatus que ellos puedan captar de forma rápida y fácil. Mostrando tu licencia de reanimadora está demasiado cerca de una placa. Ninguna mujer en su sano juicio justo entrará allí para tomar una copa. Tiene que haber algo. —Miró a Bernardo como si no estuviera feliz—. Me gustaría ir contigo como tu novio, pero nos guste o no, me parezco a un policía, o eso me han dicho.

Le miré. No estaba segura de qué era sobre la mayoría de los policías, pero después de un tiempo realmente lucían como policías, incluso a veces fuera de servicio. Parte de ello era la ropa, en parte un poco de ese aire

indefinible de autoridad o de mala actitud o algo así. Cualquiera que sea «eso», Ramírez lo tenía.

Rigby estaba en uniforme, y yo no lo habría tomado como refuerzo de todos modos. Me ponía nerviosa con su aire de satisfacción. Los policías nunca deben de estar satisfechos de sí mismos. Esto significa que no han tenido mucha experiencia todavía. Miré la cara sonriente de Bernardo.

—De acuerdo, bajo protesta.

—Bien —dijo Ramírez, pero él miraba a Bernardo, también, como que no le gustaba la expresión de su cara. Él tenía un dedo levantado cerca de la cara del hombre alto—. ¡Tú te sales de la línea de allí con Anita, y yo personalmente haré que lo sientas! —Los ojos de Bernardo cambiaron de entretenidos a fríos. Me recordó a los ojos de Edward que perdían la emoción hasta que estaban vacíos y de alguna manera severos. Me puse entre ellos, lo suficiente para que ambos me miraran.

—Yo puedo cuidar de mí misma cuando se trate de Bernardo, detective Ramírez. Gracias de todos modos.

Había utilizado su título para recordarle a Bernardo que y quien era. Incluso Edward andaba suavemente alrededor de la policía. La cara de Ramírez estaba cerrada y vacía.

—Haz lo que quieras, Sra. Blake.

Me di cuenta de que él pensó que yo había usado su título porque estaba enfadada con él. Mierda. ¿Por qué siempre estaba hasta el culo de profundo, en egos masculinos en el medio de una crisis determinada?

—Está bien, Hernando. A mí me gusta recordar a todos que soy una niña grande.

Toque su brazo ligeramente. Me miró, y su mirada se suavizó.

—Muy bien.

Eso era un corto disculpa y disculpa aceptada. Aunque la verdad, si una de las partes involucradas no hubiera sido mujer, lo corto habría sido más corto. Me alejé de ambos y cambie de tema.

—Increíble cuántos chicos malos y monstruos hablarían conmigo y no a la policía.

Él asintió con la cabeza, su rostro aun serio.

—Increíble. Ésa es una de las palabras para ello.

La mirada que me dio era tan estudiada, buscando, que me preguntaba si él había estado registrándome, así como Baco.

Yo no le pregunté. Yo realmente no quería saber. Pero él tenía razón

acerca de Baco. Si era lo que decía la gente, entonces no le gustaría a la policía en cualquier lugar cerca de su casa o su área de trabajo. No estaban bromeando acerca de la pena de muerte automática. La última ejecución en este país de un hechicero había sido hace dos meses. Había estado en California, que no es un estado con pena de muerte por cualquier otro delito.

Ellos habían juzgado y condenado a una Hechicera, o eran hechiceros, de traficar con lo demoníaco. Ella había utilizado un demonio para matar a su hermana para que ella pudiera heredar el patrimonio de sus padres. Se sospechaba que también había matado a sus padres, pero no podían probarlo. ¿Y quién le importaba? Sólo podían matarla una vez. Yo había leído algunas de las actas del juicio. Ella había sido culpable. Yo no tenía ninguna duda sobre ese punto. Pero había sido de tres meses desde la detención, a la condena, a la ejecución de la sentencia. Era algo insólito en el sistema de justicia estadounidense. Infierno, por lo general tarda más que eso para obtener una fecha de audiencia, y mucho menos un juicio en toda regla. Pero incluso en California han aprendido la lección hace unos años. Habían detenido a un brujo por delitos muy similares. Habían tratado de darle al brujo la espera normal de un juicio por algún diputado que sostenía que la pena de muerte no debe permitirse ni siquiera en los casos de asesinato mágico.

El brujo había llamado a un demonio mayor en su celda. Mató a todos los guardias en el pabellón, y algunos de los prisioneros. Por último, había sido localizado con la ayuda de un aquelarre de wiccanos blanco. El total de muertos había sido cuarenta y dos, cuarenta y tres, algo así. Él fue asesinado durante el intento de captura. Él tomo treinta babosas, lo que significa que gente había vaciado clips en su cuerpo una vez que estaban adentro. Para que ninguno de los policías quede atrapado en el fuego cruzado, deben haber estado de pie encima de él, apuntando hacia abajo. Exagerando, tu apuesta, pero yo no los culpo. Nunca se ha encontrado todas las partes del cuerpo de los guardias de la prisión.

Nuevo México era un estado con pena de muerte. Yo estaba apostando a que California sería capaz de superar los tres meses, desde el arresto hasta la finalización de la pena. Quiero decir, después de todo, en este estado ellos realmente podrían darte muerte por un buen anticuado asesinato. Añade magia a eso, y ellos estarían dispersando tus cenizas al viento más rápido de lo que se podría decir Belcebú.

El método actual de ejecución es el mismo para todos. Estados Unidos no permite la quema en la hoguera por ningún delito. Pero después de que estas muerto, ellos queman el cuerpo a cenizas si ha sido condenado por un delito que entrañe magia.

Luego esparcen las cenizas, generalmente en el agua corriente. Muy tradicional. Hay partes de Europa donde es legal todavía quemar una «bruja» en la hoguera. Hay más de una razón por la que no viajo mucho fuera del país.

—Anita, ¿sigues con nosotros? —preguntó Ramírez.

Yo parpadeé.

—Lo siento, sólo pensaba en la última ejecución en California. No culpo a Baco por estar preocupado.

Ramírez sacudió la cabeza.

—Yo tampoco. Ten mucho cuidado. Ellos son malas personas.

—Anita sabe acerca de las malas personas —dijo Bernardo.

Los dos hombres se miraron el uno al otro, y de nuevo tuve la intuición de que Ramírez no le agradaba él. Bernardo parecía estar burlándose de él. ¿Se conocen? Decidí preguntar.

—¿Ustedes se conocen?

Ambos negaron con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó Bernardo.

—Ustedes parecen tener algún tipo de mierda personal andando.

Bernardo sonrió, y Ramírez parecía incómodo.

—No es personal conmigo —dijo Bernardo. Rigby se giró de espalda, tosiendo. Si yo no hubiera conocido mejor, habría dicho que estaba cubriendo una carcajada. Ramírez no le hizo caso, tenía toda su atención en Bernardo—. Sé que Anita sabe cómo manejarse a sí misma en torno a los chicos malos, pero a una hoja de cuchillo en la espalda no le importa lo bueno que eres. El orgullo de los Lobos es sobre el uso de cuchillas en lugar de armas.

—Las armas son para mariquitas —dije.

—Algo así.

Tenía la chaqueta negra del traje puesta sobre la remera polo azul marino. Si abotonaba dos botones, la chaqueta ocultaba la Firestar delante y todavía me dejaba mucho espacio para tenerla al alcance, y la Browning. De hecho, el teléfono móvil delgado balanceándose en el bolsillo del lado derecho era más notable que las armas.

—Sólo me encanta llevar un arma a una pelea de cuchillo.

Bernardo se había puesto una camisa de vestir negra de manga larga por encima de su camiseta blanca. Desplegadas en la espalda y cubría la Beretta 10 milímetros en la cadera.

—Yo también —dijo y sonrió. Era una sonrisa feroz, y me di cuenta que esto puede haber sido la primera vez en las últimas semanas que iba en contra de algo de carne y sangre y matable.

—Vamos a entrar en busca de información, no para hacer la matanza en el corral. ¿Entiendes eso? —dije.

—Tú eres el jefe —dijo, pero no me gustaba la forma en que sus ojos miraban. Eran de anticipación, ansiosos.

Me había sentido paranoica esta mañana cuando me metí el cuchillo en la funda de la columna vertebral. Ahora moví mi cabeza un poco hacia atrás y hacia los lados con la sensación de tener el mango en contra de mi cuello. Era reconfortante. Casi siempre llevaba las fundas de la muñeca y sus respectivos cuchillos, pero la funda de la columna vertebral era opcional. Un minuto estás paranoica y empacas demasiado armamento, la próxima vez tienes miedo, y estás poco armado. La vida es así, o mi vida es así.

—¿Sabes lo que son los duendos? —preguntó Ramírez.

—Bernardo dijo que quería decir enanos.

Ramírez asintió.

—Pero aquí es el folclore. Son pequeños seres que habitan en cuevas y roban cosas. Pero se supone que son ángeles que quedan suspendidos entre el cielo y el infierno durante la rebelión de Lucifer. Así que muchos ángeles se iban del cielo y Dios cerró las puertas y los duendos quedaron atrapados fuera de los Cielos. Fueron suspendidos en el limbo.

—¿Por qué no acaban de ir al infierno? —preguntó Bernardo. Era una buena pregunta.

Ramírez se encogió de hombros.

—La historia no lo dice.

Miré a Rigby de pie detrás de Ramírez. Estaba de pie, tan fácil, listo, preparado como un adulto Boy Scouts. No parecía preocupado por nada, me ponía nerviosa.

Estábamos a punto de entrar en un bar que estaba lleno de motociclistas, con chicos malos. Había un nigromante dentro tan poderoso que se me erizaba la piel a manzanas de distancia. El resto de nosotros

parecía seguro, pero era la confianza que nacía de haber estado allí y haber hecho eso y haber sobrevivido, la confianza de Rigby me pareció falsa confianza, no falsa, pero basada en una premisa falsa. Yo no podía saber con seguridad sin preguntar, pero yo estaba apostando a que Rigby nunca había estado en alguna situación en la que pensó que no podría salir al otro lado. Había suavidad en él a pesar de sus músculos delgados. Yo haría algunos músculos menos y más profundidad a los ojos cualquier día. Tenía la esperanza de que Ramírez no tuviera que entrar con Rigby como su refuerzo solamente. Pero yo no lo he dicho en voz alta. Todo el mundo pierde una cereza en algún momento, en algún lugar, si las cosas iban mal, esta noche podría ser la noche de Rigby.

—¿Tú nos dijiste esa pequeña historia por una razón, Hernando? ¿Quiero decir que no creo que Baco o esta pandilla de motociclistas son los Duendos?

Sacudió la cabeza.

—No, simplemente pensé que tal vez querían saber. Nos dice algo acerca de Baco de ponerle un nombre a su bar como los ángeles caídos. —Abrí la puerta del conductor del Hummer. Bernardo entendió la pista y se fue hacia la puerta del lado del pasajero.

—No ángeles caídos, Hernando, solo atrapados en el limbo.

Hernando se asomó a la ventana abierta del coche.

—Pero ya no están más en el Cielo, ¿no?

Con ese último comentario críptico dio un paso atrás y dejó que levantara la ventana. Él y Rigby nos miraban marcharnos. Miraron con una clase de tristeza parados allí en el abandonado y roto estacionamiento. O tal vez era yo sintiéndome triste. Miré a Bernardo.

—No mates a nadie, ¿ok?

Se deslizó de nuevo en su asiento, apretándose contra el cuero. Parecía más relajado de lo que lo había visto en horas.

—¿Si tratan de matarnos?

Suspiré.

—Entonces nos defendemos —dije.

—Mira, yo sabía que ibas a ver las cosas a mi manera.

—No empieces la lucha —dije.

Me miró con ansiosos ojos marrones.

—¿Puedo terminarla?

Miré hacia atrás en el camino en busca de un espacio en el

estacionamiento. Cualquiera que sea el hechizo en que Baco había estado trabajando se había terminado. Era un poco más fácil respirar en el ambiente. Pero todavía quedaba algo en el aire como un cercano rayo en espera de caer.

—Sí, podemos terminarlo.

Empezó a tararear en voz baja. Creo que era el tema de «Los Siete Magníficos». Para citar y sobre explotar una línea de película, tuve un mal presentimiento sobre esto.



TREINTA Y SIETE

Para el momento en que encontró un espacio de estacionamiento, Bernardo y yo teníamos un plan. Yo era una nigromante de fuera de la ciudad con ganas de hablar con uno de los otros nigromantes de los que jamás había oído hablar. Si no hubiera estado tan cerca de la verdad, habría sido una pésima historia de cobertura. Aun siendo la verdad, casi, sonaba débil. Pero nosotros no teníamos todo el día, y además, no creo que el secreto fuera un punto fuerte para cualquiera de nosotros. Ambos estábamos más cómodos con la escuela medio cuerpo abajo y empezar a disparar, que el inventar una historia con buena cobertura e infiltrarnos.

Bernardo me acercó la mano justo antes de cruzar la calle, yo le fruncí el ceño. El movió la mano hacia mí.

—Vamos, Anita, juego limpio.

Me acercó la mano derecha. Me quedé mirando la mano ofrecida por un instante, pero finalmente acepté. Sus dedos se deslizaron alrededor de mi

mano un poco más lento, y un poco más privadamente de lo necesario, pero podía vivir con ello. Por suerte para nosotros yo era diestra, y Bernardo era zurdo. Podríamos tomarnos de las manos y no comprometer nuestras manos hábiles con armas de fuego. Por lo general, yo era la única armada cuando estaba abrazando, así que era sólo la mano hábil de la que había que preocuparse. He salido con hombres con los que no podía caminar de la mano, como un ritmo torpe entre nosotros. Bernardo no era uno de esos hombres. Redujo su ritmo para que pueda adaptarme a sus piernas más largas, hasta que comprendió que iba un paso por delante de él, tirando de su mano. Tengo un montón de amigos altos. Ninguno se queja de que no pueda seguir el ritmo.

La puerta del bar era negra y se mezclaba muy bien con la fachada del edificio que casi la perdí. Bernardo me abrió la puerta, y lo dejé. Puede volar nuestra tapadera por discutir sobre quién abre la puerta a quien. Aunque si hubiera sido mi novio real, habría tenido una discusión. Ah, bueno.

El minuto que pasé dentro del bar, no, al segundo de entrar en el bar, yo sabía que no íbamos a poder mezclarnos. Nosotros no estábamos tan mal vestidos sino con demasiada ropa. Si Bernardo se deshiciera de la camisa de vestir negra y simplemente llevara la camiseta blanca, y si no pareciera como nuevo, entonces podría haberse mezclado. Yo era la única con chaqueta en la habitación. Pero incluso la camisa de polo y jeans parecía un poco de más al lado de lo que algunas de las mujeres llevaban. ¿Se le puede decir, a los short cortos?

Una niña cerca de nosotros, y quiero decir niña —si ella tenía dieciocho años, me comería algo repulsivo— me miró con ojos hostiles. Tenía el pelo largo castaño que giró sobre los hombros. El pelo limpio y brillante, incluso en la penumbra. Su maquillaje era luminoso, pero aplicado con pericia. Ella debe haber decidido a quién llevar al baile de graduación. En cambio, llevaba un sujetador de cuero negro con clavos de metal y pantalones cortos que parecían que habían sido pintados sobre las estrechas caderas. Un par de esas torpes plataformas de tacón alto completaba su apariencia. Los zapatos de plataforma, habían sido feos en los años setenta y ochenta, y todavía eran feos dos décadas más tarde, incluso si estaban de moda de nuevo.

Ella estaba muy colgada de un tipo que tenía que tener treinta o más años mayor que ella. Su pelo y barba irregular eran grises. A primera vista

uno pensaría que estaba gordo, pero era la forma de gordura de un guarda línea ofensiva, la carne con el músculo debajo de ella. Sus ojos estaban ocultos detrás de las gafas de sol redondas y pequeñas, a pesar de que el bar estaba en un crepúsculo permanente. Sentado en la mesa más cercana a la puerta, las grandes manos apoyadas en la madera. Él estaba totalmente en reposo, pero todavía tenía un sentido muy amplio de cómo era, cómo físicamente imponente. La chica era delgada y más baja que yo. Yo esperaba que ella fuera su hija, pero dudaba.

Se puso de pie, y una ola de energía se alejó de él en una encrespada, casi visible ola de poder. De pronto, fue un esfuerzo respirar, y no era el humo de los cigarrillos rodando como una niebla baja a través de la habitación. Venía con la expectativa de encontrar a un nigromante. No me esperaba un hombre lobo. No puedo estar cien por ciento segura del tipo de animal, lo llaman un presentimiento «Los Lobos» tenían que ser hombres-lobo.

Miré sobre esa habitación llena de gente, y sentía su poder alzarse como pelos de punta invisible. Bernardo puso su mano derecha sobre mi hombro y me llevó hacia a barra, lentamente. Tomó casi todo el sistema de control que tenía no tomar una de las armas de fuego. No nos habían ofrecido violencia. Es probable que siempre hicieran este espectáculo a los turistas no deseados. Casi cualquier persona recibe el mensaje y se va. El irse en realidad parecía una buena idea. Lamentablemente, tenía negocios y una exhibición muy buena de la amenaza no era motivo suficiente para detenernos. Lástima. Debido a que no les gusta el hecho de que no nos íbamos. ¿Qué pasa si la pequeña exhibición de esta tarde no era la norma? ¿Y si trataban de echarnos, porque había algo ilegal debajo? De mal en peor.

La larga barra de madera se había vaciado a medida que avanzábamos hacia ella. Me parecía muy bien. Yo no quería ser desbordada. La camarera era una mujer, sorpresa, una enana, ah, persona pequeña. Yo no podía ver por encima de la barra, pero tenía que haber algo sobre lo que estaba de pie. Ella tenía el cabello corto y grueso, oscuro, atravesado por líneas de color blanco. Su cara era el áspero cuadrado típico, pero sus ojos eran tan duros como cualquiera que haya visto nunca. Su rostro estaba muy arrugado no con la edad, pero si con el desgaste. Una ceja estaba dividida en dos por una pesada cicatriz blanca. Lo único que necesitaba era una señal por encima de su cabeza que dijera: «He tenido una vida difícil».

—¿Qué quieres? —preguntó. Su tono estaba a juego con el resto de ella, duro. Yo casi esperaba que Bernardo respondiera, pero su atención era para la habitación y el aire creciente de hostilidad.

—Estamos buscando a Nicky Baco —dije.

Sus ojos no parpadeaban.

—Nunca he oído hablar de él.

Sacudí la cabeza. Su respuesta había sido automática. Ni siquiera tenía que pensar en ello. Yo podría haber preguntado a ver a cualquier persona en la sala y la respuesta hubiera sido la misma. Bajé la voz, aunque sabía que la mayoría de las cosas en la habitación oirían incluso el más leve susurro.

—Soy un nigromante. Escuché que Baco es uno, también. He conocido a muchos levantadores de zombis, pero nunca otro nigromante.

Sacudió la cabeza.

—No sé de qué estás hablando.

Ella empezó a frotar la parte superior de la barra con un trapo de colores. Ni siquiera me estaba mirando, como si me hubiera convertido en algo totalmente sin interés.

Se apartaban por un rato, luego se ponían impacientes y trataban de sacarnos. A menos que estuviéramos dispuestos a comenzar a disparar a la gente, van a tener éxito. En caso de duda, decir la verdad. No es mi táctica habitual, pero bueno, voy a intentar cualquier cosa una vez.

—Soy Anita Blake —y eso era todo lo que dije antes de que su mirada fuera bruscamente hacia arriba, y realmente me mirara por primera vez.

—Demuéstralo —dijo.

Empecé a buscar en el interior de la chaqueta mi ID. Escuché el clic del arma debajo de la barra, sacó el martillo. Sólo por el sonido yo diría que era una escopeta antigua, recortada o no hubiera cabido debajo de la barra.

—Poco a poco —dijo ella. Cogí el movimiento de Bernardo por el rabillo del ojo. Dándose vuelta hacia nosotros, quizá yendo por un arma.

—Está bien, Bernardo. Está todo bajo control. —Creo que no me creyó. Le dije—: Por favor. —Yo no decía por favor a menudo. Bernardo dudó, pero finalmente volvió a ver la concurrencia de lobos. Siseó.

—Date prisa.

Hice lo que la señora con la escopeta que me apuntaba al pecho dijo, me moví muy, muy lentamente, y le entregue mi ID.

—Ponla en la barra.

La puse sobre la barra.

—Las manos sobre la barra. Inclínese en ella.

La barra superior era pegajosa, pero yo apoye mis manos y me incliné hacia ella, en una especie de posición realzada. Podría haberme pedido que asumiera la posición de una anchura de pierna fuera de ella.

—Él también —dijo.

Bernardo la había oído.

—No —dijo. Algo pasó por sus ojos que hubiera puesto a Edward, orgulloso sabía que lo haría.

—O haces lo que ella dice o lárgate de aquí —dije.

Se movió para poder ver la sala en general, me vio y a la señora detrás de la barra. Estaba al lado de la puerta exterior. Un movimiento rápido y podría estar afuera en el sol de la tarde. Él no fue a la puerta. Me miró. Sus ojos se posaron en la mujer detrás de la barra. Creo que él vio en su cara lo que yo había visto, porque suspiró fuerte como para que los hombros cayeran. Sacudió la cabeza, pero se dirigió hacia la barra. Se movía con rigidez, como si cada pequeño movimiento le doliera. Su postura, su rostro, gritó que no le gustaba hacerlo, pero él se inclinó a mi lado en la barra.

—Las piernas más lejos —dijo—. Recuéstese en ella quiero ver esa cara bonita en el esmalte. —Oí a Bernardo tomar una respiración que silbaba, pero extendió sus piernas y se acercó lo suficiente para ver el barniz en la barra marcada con una cicatriz.

—¿Puedo decir ahora que esto es una mala idea? —dijo.

—Cállate —dije. La mujer abrió la ID en la barra superior, una mano todavía oculta bajo la barra. Habían unido la escopeta debajo de la barra de algún modo. Me preguntaba qué otras sorpresas tenían.

—¿Por qué quieres ver a Nicky? —preguntó ella. Ella no me había dicho que deje de inclinarme, por lo que no lo hicimos.

—Le dije la verdad. Quiero hablar con otro nigromante.

—¿Por qué no me dijiste quien eras al inicio?

—Yo trabajo con la policía a veces. Pensé que tal vez te pondrías nerviosa.

Tuve que rodar mis ojos para ver su rostro. Fui recompensada con una sonrisa. Parecía casi torpe en sus facciones duras, pero era un comienzo.

—¿Por qué quieres hablar con otro nigromante?

Dejé que la verdad se derrame de mi boca, sin concentrarme en el hecho de que pensaba parar antes de haberle dicho todo. Me refiero que

Nicky Baco era un nigromante, y si la nigromancia estaba involucrada en los asesinatos… Así que sólo una parte de la verdad hasta que yo sepa si era un mal tipo.

—Tengo un pequeño problema que involucra a los muertos. Quiero una segunda opinión.

Se rió entonces, un sonido áspero, como el graznido de un cuervo. Salté, y te juro que podía sentir a los hombres lobo detrás de mí acobardarse. Si yo no los hubiera conocido mejor, hubiese dicho que eran sólo un poco de miedo de esta pequeña mujer. Yo sé que lo era.

—A Nicky le encantará. La famosa Anita Blake viene a consultarle. Oh, simplemente el amará eso. —Hizo un gesto con la cabeza—. ¿Quién es él?

—Bernardo, es… un amigo.

Sus ojos se endurecieron.

—¿Qué tan buen amigo?

—Cercano, muy cercano —dije. Ella se inclinó sobre la barra, poniendo su cara junto a la mía, su mano aún bajo la barra en la escopeta.

—Debería matarte. Lo siento. Le vas a hacer daño a Nicky.

Me miró a los ojos a centímetros de distancia. Yo esperaba ver ira o incluso odio, pero no había nada. Fue el gran vacío que me dio la pista. Si ella apretaba el gatillo, no sería la primera vez.

Mi pulso era de repente un ruido sordo en la garganta. Arrancado por una camarera enana psicótica, irónico. Mantuve mi voz baja y uniforme la manera de hablar a los suicidas en las cornisas, y a las personas con un arma apuntándote.

—No pienso hacerle daño a Nicky. Honestamente sólo quiero consultar con él, de un nigromante a otro. —Ella sólo me miraba, sin siquiera parpadear. Se levantó lentamente.

—Si te mueves, te mato. Si se mueve, te mato. —La forma en que lo dijo que prometió que iba a suceder, era algo que no le va a gustar. Ella volvió la mirada a Bernardo e inclinó su cabeza para que estuviera oblicua mirándolo, su oído casi pegado a la barra—. ¿Me has oído, novio?

—Te he oído —dijo, y su voz era baja y calma, también. Lo había visto, demasiado. Ella quería una excusa para matarme. Yo nunca la había conocido antes, así que no podía ser personal. Sin embargo, personal o no, yo estaría muerta.

—No dejamos a los forasteros llevar armas en nuestra casa.

—Sin faltar el respeto a propósito —dije—. Yo siempre voy armada. Nada personal.

Se recostó al lado de la cara de Bernardo.

—¿Y tú? ¿Siempre vas armado?

—Sí —dijo. Él frunció el ceño y volvió a mirar fijamente la barra. Suerte que hoy se había puesto un pasador de pelo o su hermosa cabellera se habría cubierto de sustancia pegajosa. Mis manos se sentían como si fueran quedando permanentemente pegadas a la madera.

—No aquí no —dijo.

Fue el hombre grande quien nos registró. De alguna manera yo había sabido lo que sería. Su poder golpeo contra mi espalda como un muro casi sólido de energía. Mierda. Me dio una palmadita hacia abajo como lo había hecho antes. Él encontró los cuchillos en la muñeca y la espalda, así como las armas de fuego. También encontró el teléfono celular, pero lo colocó en la barra delante de mí en vez de tomarlo.

Se podía ver el esfuerzo que le tomó a Bernardo que el hombre lo tocara, lo palpara, tomo la pistola. También tomó un cuchillo de una de las botas de Bernardo. Todo era una mejora en la escena del último crimen, pero el día en realidad no iba bien.

—¿Podemos ahora levantarnos? —pregunté.

—Todavía no —dijo. Bernardo me dio una mirada que decía claramente que si moría, iba a volver a atormentarme porque era mi culpa. Mantuve mi voz calmada, trató de sentirlo.

—Usted sabe que soy Anita Blake. ¿Sabes por qué estoy aquí? ¿Qué más quieres?

—Harpo, comprueba la cartera del hombre. Averigua quién es —dijo.

¿Harpo? El hombre grande, la montaña vibrante de energía mística fue llamada Harpo. No he dicho nada de esto en voz alta. Realmente soy cada vez más inteligente. Harpo sacó la cartera de Bernardo. Había puesto las cosas de Bernardo por un lado de los pantalones y mi Browning en el otro lado. Yo no vi la Firestar o los cuchillos. Tal vez la había metido en los bolsillos.

—La licencia de conducir, dice, Bernardo Spotted-Horse, pero no hay ninguna tarjeta de crédito, sin fotos, ni nada.

Los ojos de la mujer se habían vuelto despiadados.

—¿Usted dice que es un amigo cercano?

—Sí —dije. Estaba empezando a sentir miedo de nuevo.

—¿Tu amante? —preguntó ella. Si ella no hubiera tenido una escopeta apuntándome, le diría que se vaya al infierno, pero lo hacía, por lo que le contesté.

—Sí. —Yo estaba confiada en que Ramírez sabía de lo que estaba hablando, que tenía que pertenecer a un hombre. Yo esperaba que la mentira fuera la respuesta correcta.

—Demuéstralo —dijo.

Alce las cejas.

—¿Perdón?

—Perdón —ella me imito, lo que trajo un ruido bajo de risas del resto de la habitación—. ¿Está circuncidado? —preguntó ella. Dudé. No pude evitarlo. La pregunta me sorprendió con la guardia baja. Tragué, y dije:

—Sí. —Tuve una oportunidad de cincuenta y cincuenta, y siendo americano y menor de cuarenta años tuve una mejor incluso que al azar. Ella sonrió, pero dejó los ojos, como un vaso vacío.

—Puedes pararte ahora.

Luché contra la tentación de limpiar mis manos en mis pantalones. No quería insultar su limpieza, pero también quería desesperadamente lavarme las manos. Me acerqué a Bernardo, como si yo quisiera un abrazo. Incluso puse mi brazo izquierdo alrededor de la cintura, aunque me preguntaba si estaba logrando ensuciar su agradable camisa blanca. Su brazo se deslizó sobre mis hombros, pero realmente sólo quería salir de la línea de fuego de la condenada escopeta. Me apuesto a que estaba en un montaje fijo y no en un sistema móvil. Tenía la esperanza de que yo tuviera razón. Sus manos estaban de vuelta a la vista. Una buena señal.

—Bájate los pantalones, Bernardo —dijo ella. Lo sentí tenso a mi lado. Los dos nos miramos. Empecé a decir perdóneme de nuevo, pero Bernardo dijo:

—¿Por qué? —Le pidió que repitiera, sólo para asegurarse de que yo había entendido. Él sólo le preguntó por qué, como si esto le hubiera ocurrido antes.

—Así podemos ver si está circuncidado.

Moví mi mano desde detrás de la espalda de Bernardo, muy juntos, pero no enredados en los brazos del otro. Podríamos estar en una pelea después de todo.

—Dije que sí. ¿No es eso suficiente?

—No. Mira, tienes razón. Trabajas mucho con la policía. Tú sola

hubieras estado bien de ver a Nicky, pero él, no sabemos nada de él. Si es tu amante, pues bien, pero si no, entonces a lo mejor es un policía.

Bernardo se echó a reír, y el sonido sobresaltó a todos nosotros, creo.

—Esto es algo nuevo. Que yo sea confundido con un policía.

—¿Qué, si no eres un policía? —preguntó ella.

—A veces me siento un guardaespaldas. A veces soy alguien que usted necesita para proteger un cuerpo. Depende de quién paga mejor. —Su voz sonaba muy segura de sí misma, muy práctica.

—Tal vez lo eres, y quizás no lo eres. Bájate los pantalones, y ya veremos.

Empezó a desabrocharse el cinturón. Me alejé de él, aunque no demasiado lejos. No quería volver al frente de la escopeta de nuevo.

—¿Qué pasa? Lo has visto sin sus pantalones antes —dijo. Estaba empezando a pensar que no me había creído.

—No frente a una multitud —dije. Dejé la justa indignación arder en mi voz. Obtuve más risas de la multitud. Las mujeres comenzaban a cantar, «Quítalo, Quítalo todo,» y peor. La niña que había estado colgada de Harpo estaba justo detrás de él, viendo el espectáculo con brillantes ojos excitados.

Bernardo no se quejó o ruborizó. Sólo desabrochó sus pantalones y los empujó al muslo alrededor de la mitad, y se quedó allí. Alejé la mirada automáticamente. Las mujeres gritaron y silbaron. Una voz gritó: «¡grande papá, sí!». Los hombres se juntaron, lo felicitaban y especulaban sobre la forma en que lo hacía sin hacerme daño.

Tuve que mirar. No pude evitarlo. Tenía que saber si había acertado, encontraba francamente que tenía que mirar. Vergonzoso, pero cierto. Me tomó unos segundos para registrar que estaba circuncidado, porque lo primero que vi fue su enorme tamaño. Estaba bien, bien dotado.

Me sonrojé, y no pude evitarlo. Pero yo sabía que si me quedaba boquiabierta las mentiras serían todas en vano. Traté de actuar como si se tratara de Richard o Jean-Claude allí de pie. ¿Qué habría hecho? Me gustaría cubrirlo.

Me moví para estar delante de él, aunque tuve cuidado de no tocar. Aunque admito que yo no era capaz de mirar en otro sitio. Richard era impresionante. Bernardo había pasado de impresionante y pasado al miedo. Yo lo protegía de la vista con mi cuerpo, poniendo las manos en ambos lados de la cintura para no perder el equilibrio. Yo estaba muy ruborizada,

y estaba mareada. La miré, todavía protegiéndolo de la sala.

—¿Suficiente? —pregunté. Incluso mi voz sonaba estrangulada con el malestar.

—Dale un beso —dijo.

Me miró.

—Que se ponga los pantalones y lo haré.

Sacudió la cabeza.

—Yo no he dicho que el beso sea en los labios.

Si me sonrojaba con más fuerza, mi cabeza iba a explotar. Me di la vuelta para que no pudiera verlo.

—No haremos eso.

—Creo que va a hacer todo lo que queramos —dijo. No sé lo que yo habría dicho debido a que sonó la voz de un hombre:

—Suficientes juegos, Paulina. Devuélveles sus armas, y déjalos ir.

Todos nos dimos vuelta. Viniendo desde el oscuro fondo de la sala había otro enano, persona pequeña. Era tal vez la mitad de una cabeza más alto que la barman, Paulina, y era evidentemente más hispano y más joven. Su pelo era de un negro enriquecido, su piel bronceada y sin arrugas. Parecía de veinte y algo, pero el aura de poder que se propagaba fuera de él como un perfume abrumador se sentía antiguo.

—Soy Nicandro Baco, Nicky para mis amigos.

La multitud se separó de él como una cortina que se hacía para atrás. Él me tendió la mano, y yo la tomé, pero no sacudió la mano. Me llevó la mano a sus labios y la besó. Pero mantuvo los ojos fijos en mi cara, y algo sobre la forma en que sus ojos miraban, su boca en mi piel, me recordaba de lugares más íntimos que la boca de un hombre. Retiré la mano tan pronto como pude y aun así, ser cortés.

—Señor Baco, gracias por recibirme.

Sonaba tan de negocios, como si Bernardo no estuviera de pie detrás de nosotros con los pantalones alrededor de los muslos.

—Vístete —dijo.

Apenas una mirada a Bernardo. Pero le oí subiéndose los pantalones, luchando para conseguir meter todo en su lugar, aunque francamente me sorprendió que sus jeans pudieran contener todo.

—¿Por qué está aquí, Sra. Blake?

—Yo realmente quería hablar a otro nigromante.

—Suena como que ha cambiado de opinión —dijo. Me observaba

minuciosamente, estudiando mi rostro. Cuando moví una mano para tocar mi cabello, sus ojos la siguieron.

—La grandilocuencia ha tomado todo el tiempo. Tengo una cita con la policía que realmente no la puedo perder.

Yo había añadido la parte de la policía a propósito, porque tenía la sensación de que Baco sabía exactamente lo que estaba sucediendo aquí, no nos habían hecho daño, sólo nos avergonzaron o a mí. Llegó justo a tiempo. Sí, claro.

—Al igual que los dos policías que están esperando fuera por usted.

Sentí el conocimiento verse en mi cara, una leve reacción, pero fue suficiente.

—¿Ustedes nos acusan de tener respaldo?

—¿Estás diciendo que tienen miedo de nosotros?

Esto trajo un murmullo a través de la sala, como si todos ellos hubieran respirado juntos.

—Sería una tonta si no lo tuviera —dije. El inclinó su cabeza hacia un lado en un movimiento casi similar a las aves.

—¿Y tú no es una tonta, verdad, Anita?

—Trato de no serlo.

Hizo un gesto a la mujer en pie detrás de la barra.

—Paulina no es como tú. ¿Sabes por qué?

Era mi turno para mover la cabeza.

—No.

—Ella es mi esposa.

Debo haber tenido la mirada en blanco.

—Lo siento, yo no lo entiendo.

—Ella sabe que tengo debilidad por las mujeres con poder.

Yo fruncí el ceño.

—Ella no tiene que preocuparse. Estoy ocupada.

Él sonrió.

—No más mentiras, Anita. Tú y él no son amantes.

Tomó mi mano y me miró con esos ojos negros. Me di cuenta por primera vez que se consideraba un mujeriego. Y que su esposa tenía razones para preocuparse, no por mí, sino de otras mujeres. Fue allí en los ojos, la forma en que me acarició la mano.

Alejé la mano de él y me moví cerca de Bernardo. En realidad él acercó la suya a mi mano, y la tomó. Ambos teníamos las manos pegajosas de la

barra, pero me aferré a él.

Baco era en estatura medio cuerpo, más corto de lo que yo era, pero él me puso nerviosa. Parte de ello era el empuje de su magia que como una cortina espesa llenaba la habitación. Pero parte de ello era la forma en que cualquier hombre puede ponerme nerviosa. No me gustó lo descarado que era, con nosotros, sin armas. Miré a Paulina, y su dura cara se vio afectada. ¿Fue un partido que jugó con ella? ¿Atormentándola? ¿Quién sabía?, pero yo quería salir de aquí.

—Tengo que estar en algún lugar antes de que oscurezca. Si usted no quiere hablar conmigo, bien. Nos vamos.

Empecé a avanzar hacia atrás, usando mi cuerpo para empujar a Bernardo detrás de mí hacia la puerta.

—¿Sin sus armas? —Baco hizo una pregunta, su voz melódicamente alta. Bernardo y yo nos congelamos. Estábamos lo suficientemente cerca de la puerta que podríamos haber hecho una carrera hasta ella, probablemente lo haríamos, pero…

—Nuestras armas estarían bien —dije.

—Todo lo que tenía que hacer era preguntar —dijo Baco.

—¿Podemos tener de nuevo nuestras armas? —dije.

Él asintió con la cabeza.

—Harpo, devuélveselas.

Harpo nunca cuestionó, sólo nos devolvió las armas, los cuchillos. Luego retrocedió para unirse al resto de los observadores silenciosos. Las armas y cuchillos de muñeca eran fáciles de poner en su lugar. El cuchillo con la vaina en la columna era otra cosa. Tuve que usar mi mano izquierda para palpar la vaina, entonces sentía la punta de la hoja en la boca de la vaina. Yo había adquirido el hábito de cerrar los ojos para que todo se concentrara en el tacto. En realidad, tomó sólo unos segundos hacerlo. El verdadero truco estaba en no cortar un trozo de mi cabello cuando la hoja se deslizara a su lugar. Cuando abrí los ojos, Baco me estaba mirando.

—Es tan agradable ver a una mujer que no se basa exclusivamente en la vista. El tacto es un sentido tan importante para las ocasiones íntimas. —Tal vez estar armados de nuevo me hizo valiente, o tal vez yo estaba cansada del nivel de tensión.

—Los hombres que convierten todo en sexo, son unos aburridos.

Se disgustó, la ira llenó su cara, volviendo sus encantadores ojos en espejos negros, como los ojos de una muñeca.

—¿Demasiado buena para joder a un enano?

Sacudí la cabeza.

—No es la altura el problema, Baco. De donde yo vengo, no haces una mierda como esa en frente de tu esposa. —Se rió entonces, y brillaba su rostro a través de sus ojos.

—¿El sacramento del matrimonio? ¿Estás ofendida por el amor de mi esposa? Eres una chica graciosa.

—Sí, yo y Bárbara Streisand.

El humor se desvaneció un poco de su rostro. No creo que le llegara la broma. Extrañamente, fue la joven con shorts cortos, quien buscó mis ojos. Creo que ella entendió la broma. Si a ella le gustaban las primeras películas de Streisand, tal vez no era un alma completamente perdida. Bernardo me tocó el hombro, y salté.

—Nos vamos ahora, Anita.

Asentí.

—Estoy contigo.

—Nunca hizo sus preguntas —dijo Baco.

—¿Has sentido eso? —pregunté. Su rostro estaba repentinamente serio.

—Hay algo nuevo aquí. Es como nosotros. Se trata de la muerte. La he sentido.

—¿Dónde? —pregunté.

—Entre Santa Fe y Albuquerque, aunque comenzó cerca de Santa Fe.

—Se está moviendo más cerca de Albuquerque, a usted —dije. Por primera vez él parecía incierto, no con tanto miedo, pero no feliz tampoco.

—Sabe que estoy aquí. He sentido eso, también. —Miró hacia mí y ahora no había malicia en los ojos—. Sabe que estás aquí, también Anita. Sabe que estás aquí, también.

Asentí.

—Podríamos ser capaces de ayudarnos mutuamente, Nicky. He visto los cadáveres. He visto lo que esto hace. Confíe en mí, Nicky. No quiere irse de esa manera.

—¿Qué propones? —preguntó.

—Que reunamos nuestros recursos a ver si podemos detener esta cosa antes de que llegue aquí, a usted. Y dejar de jugar. No más burlas. No más juegos de poder.

—¿Sólo negocios entre nosotros? —dijo.

Asentí.

—No tenemos tiempo para nada más, Baco.

—Vuelve más tarde esta noche, y haré lo que pueda para ayudarle. Aunque la policía no querrá compartir la información conmigo. Yo soy un hombre muy malo, ya sabes. —Me sonrió.

—Tú eres un hombre malo, Nicky, pero no estúpido. Tú me necesitas.

—Como tú me necesita, Anita —dijo.

—Dos nigromantes son mejores que uno —dije.

Él asintió con la cabeza, con el rostro solemne.

—Vuelve esta noche cuando haya terminado su negocio con la policía. Estaré esperando.

—Puede que sea tarde —dije.

—Ya es más tarde de lo que piensa, Anita. Ruegue, si usted es la clase de las que rezan, que no sea demasiado tarde.

—¿Anita? —dijo Bernardo.

—Vamos. —Dejé que Bernardo me llevara a la puerta, su mano en mi hombro me guiaba hacia atrás. Tenía que ver la habitación, confiar en él para asegurarme de que nada iba a venir detrás de nosotros a través de la puerta. Los hombres lobos sólo nos miraban, infelices, pero dispuestos a recibir órdenes. Baco tenía que ser su *vargamor*, su brujo residente. Yo nunca había conocido antes a una manada que temiera a su *vargamor*.

Fue el rostro de Paulina el que se quedó conmigo. Ella miraba a Baco, y el odio en su rostro era crudo. Supe en ese instante que una vez lo había amado, de verdad lo amó, porque sólo un amor verdadero puede torcer a ese odio. Miré a los ojos de Paulina y eran como el cañón de una pistola. Creo que Nicky Baco tenía más problemas que los monstruos del desierto. Si yo fuera él, estaría durmiendo con un arma.



TREINTA Y OCHO

Llegamos al hospital con el mundo envuelto en un atardecer azul oscuro. Un crepúsculo tan sólido que era como de tela, algo que podría envolver alrededor de las manos o usar como un vestido. Lo había llamado por adelantado, usando el teléfono celular de Ramírez. ¿Cómo se puede demostrar que alguien está realmente muerto? Yo había visto los sobrevivientes. Se notaba la respiración. Supuse que había un latido del corazón o los médicos lo habrían mencionado. Sus ojos te miraban y parecían estar conscientes. Ellos reaccionaban ante el dolor. Estaban vivos.

¿Pero que si no lo estuvieran? ¿Qué pasa si sólo son buques de un poder que hizo Nicky Baco y yo los miro como charlatanes callejeros? Quizás haya un hechizo para probarlo, pero no se puede utilizar los resultados de un hechizo en la corte y obtener un permiso para quemar los cuerpos. Y eso era lo que quería.

Finalmente, llegaron con las ondas cerebrales. Yo estaba apostando a

que las funciones cerebrales no estaban funcionando. Era lo único que podía pensar en que podría mostrar que algo andaba mal con los otros supervivientes, además de no tener la piel y partes faltantes del cuerpo.

Por desgracia, el doctor Evans y compañía había hecho un seguimiento de actividad de ondas cerebrales hace mucho tiempo. Todos ellos tenían las funciones superiores del cerebro. Tanto para mi brillante idea. El Doctor Evans había querido hablar en la sala de los médicos, pero insistí en hablar cerca de la habitación de los sobrevivientes. Hablamos en voz baja en el pasillo. Él no me dejaba hablar delante de los supervivientes sobre el hecho de que podrían estar muertos. Porque si yo estaba equivocada, podría causarles angustia. Tenía un punto. Pero yo no pensaba que estaba equivocada.

Los sobrevivientes en el hospital ya se habían vuelto agitados y violentos, resistiéndose al personal del hospital como perros encadenados. Nadie había sido herido, pero el momento coincidió con los últimos asesinatos. ¿Por qué los que no tenían piel fueron más violentos? ¿Fue el hechizo utilizado para desterrar lo que fuera que había en la casa? ¿Había aumentado de alguna manera? Tal vez asustó a la criatura tras la que estábamos. Yo no lo sabía. Yo simplemente no lo sabía.

Todo lo que sabía era que yo podía sentir la oscuridad presionando, como una mano a punto de aplastar a todos nosotros. Era la sensación de pesadez en el aire antes de una tormenta, pero peor, mucho más cerca, más difícil de respirar. Algo malo iba a venir, y está atado a la oscuridad. Yo no era capaz de convencer al Doctor Evans de que sus pacientes habían muerto, pero mi urgencia debe haber sido convincente porque les dio permiso a los dos agentes que ya estaban en el hospital para vigilar el interior de la habitación en lugar desde afuera. La única prueba de que había policías dentro de la habitación era un sombrero tirado en una de las sillas en la puerta.

Yo quería ir a la sala por mí misma, pero para el tiempo que me llevaría ponerme el traje y la mascarilla, ya sería de noche. Estaba tan cerca, como una línea temblorosa. Así que me quedé en el pasillo y fingí que estaba bien con eso, porque no podía hacer nada más.

Desde que el Oficial Rigby y Bernardo eran nuevos, tenían la consigna de no disparar dentro de una atmósfera de oxígeno. Sería malo, aunque no iba a explotar, que es lo que pensé que haría. Sería un destello de fuego para poner fin a todos los incendios repentinos, convirtiendo la sala en un

círculo del infierno más bajo para los pocos instantes que lleva consumir todo el oxígeno combustible en la habitación. Pero no iba a estallar en una lluvia de vidrio y yeso. Nada demasiado espectacular, simplemente mortal. Rigby preguntó:

—¿Y si se trata de comer a uno de nosotros?, ¿qué se supone que vamos a hacer? ¿Escupirlos?

—No sé —dijo Evans—. Todo lo que puedo decirles es lo que no debes hacer, y no debes disparar una pistola en una habitación llena de oxígeno. —Bernardo sacó un cuchillo de alguna parte. No se había inclinado cerca de su bota, lo que significaba que era un cuchillo diferente, y un hombre lobo en el bar se había perdido. Sostuvo la hoja a la luz, dejando que quede brillante.

—Los cortas.

La oscuridad cayó como una cortina de plomo, casi sonando en mi cabeza como el retumbar de un trueno. Esperé a que la puerta de la habitación se abriera. Esperé a que los gritos empezaran porque eso es lo que yo esperaba. No pasó nada. Entonces, la presión que se había estado construyendo durante horas, desapareció. Era como si algo se la hubiera tragado. Yo estaba de repente de pie en el pasillo con la sensación de vacío, mejor. Yo no entendía el cambio, y no me gusta lo que no entiendo.

Todos esperaron unos instantes tensos, entonces yo no podía soportarlo. Tiré un cuchillo en mi mano y llegué a la puerta. La puerta se abrió hacia el exterior. Salté hacia atrás. El enfermero que había sido introducido antes se quedó en la puerta mirando a la hoja desnuda en mi mano. Nunca quitó sus ojos de mí, pero él habló con Evans.

—Doctor, los pacientes están tranquilos, más silenciosos de lo que han estado todo el día. Los agentes de policía están queriendo saber si pueden salir de la habitación por un tiempo.

—¿Los supervivientes están más silenciosos de lo que han estado todo el día? —pregunté.

Ben el enfermero asintió.

—Sí, señora. —Di dos pasos atrás de la puerta, y deje salir la tensión en mi cuerpo en un largo suspiro.

—Bueno, Sra. Blake —preguntó Evans—. ¿Pueden salir los policías?

Me encogí de hombros y miré a Ramírez.

—Pregúntenle a él. Él es agente de más alto rango presente. Pero, sinceramente, creo que sí. Lo que yo he estado sintiendo pareció

desvanecerse cuando cayó la noche. No lo entiendo. —Deslice el cuchillo en su funda—. Creo que no va a haber una lucha.

—Suenas decepcionada —dijo Bernardo. Su cuchillo había desaparecido desde donde había llegado.

Sacudí la cabeza.

—No decepcionada, confundida. Sentí una gran cantidad de poder construyéndose durante horas, y simplemente desapareció. Tanto poder no sólo desaparece. Se fue a algún lugar. Aparentemente, no en los supervivientes, pero se ha ido a algún lugar esta noche, haciendo algo.

—¿Alguna idea de lo que está haciendo y dónde? —preguntó Ramírez.

Sacudí la cabeza.

—No realmente.

Se volvió hacia el médico.

—Diles que pueden salir.

—Ben el enfermero miró al doctor Evans para su confirmación. Evans asintió. El enfermero se fue al interior, la puerta se cerró poco a poco detrás de él. Evans se volvió hacia mí.

—Bueno, Sra. Blake, parece que se apresuró aquí para nada.

Me encogí de hombros.

—Pensé que a esta hora ya estaríamos viendo cadáveres comiéndose a la gente. —Me sonrió—. Es bueno estar mal de vez en cuando. —Todos sonrieron. La tensión se derramó de todos nosotros. Bernardo dio esa risa nerviosa que a veces dan cuando la emergencia ya ha pasado, o la bala pasó de largo.

—Estoy muy contento de que estaban equivocados, en esta ocasión, Sra. Blake —dijo Evans.

—Yo también —dije.

—Yo, tres —dijo Bernardo.

—Yo estoy feliz también —dijo Ramírez—, pero es decepcionante saber que no eres perfecta.

—Sino sabes que no soy perfecta, después de cuarenta y ocho horas de trabajo conmigo en una investigación policial, entonces no estás prestando atención.

—Estoy prestando atención —dijo Ramírez—, mucha atención. —Hubo un peso en su mirada, una intensidad de sus palabras que me hizo querer a retorcerme. Al tratar de no retorcerme. Vi los ojos de Bernardo. Él me sonreía, disfrutando de mi incomodidad. Me alegra que alguien

estuviera disfrutando.

—Si usted estuviera equivocada acerca de esto, usted puede estar equivocada acerca de que ellos están muertos —dijo Evans.

Asentí.

—Tal vez.

—¿Admite que puede estar equivocada? —al igual que Espinoza se mostró sorprendido.

—Esto es magia, no matemáticas, doctor Evans. Hay muy pocas reglas fijas. Hay menos reglas aun de la manera en que yo lo hago. A veces pienso que de dos en dos va a añadir hasta cinco, y tengo razón. A veces, todo lo que obtengo es de cuatro. Si se reduce el número de víctimas, no me importa estar equivocada.

La puerta se abrió y salieron dos hombres vestidos con uniformes de Albuquerque. Se habían dirigido a la puerta tan pronto como Ben el enfermero les dijo que podían ir. Yo no los culpo ni un poco.

Sus ojos parecían encantados. El más alto era rubio y todo cuadrado. Ancho de hombros, cintura gruesa, piernas pesadas, no de grasa, sólo sólido, fuerte. Su compañero era más bajo y casi totalmente calvo a excepción de un anillo de bajos rizos castaños en la cabeza. Al parecer, era el del sombrero sentado en la silla junto a la puerta.

—Doctor Evans —dijo—. Disculpe. —Se trasladó junto a él en la habitación. El rubio me miró, entrecerró los ojos, no amistosamente—. Bueno, si no es la bruja malvada del Oeste. Oigo que tenemos que agradecerle que estuviéramos sentados allí durante la última hora. —Yo no lo reconocí, pero al parecer me conocía a la vista.

—Sí.

El rubio se acercó más, usando su tamaño para intimidarme, o lo intentó. El tamaño sólo no es tan impresionante como la mayoría de los hombres piensa que es.

—Tal vez Marks tenía razón sobre ti. —¡Ajá! Debe de haber sido uno de los oficiales en el lugar cuando Marks me botó. Sentí a Ramírez comenzando a moverse, probablemente entre nosotros. Le puse la mano en su hombro.

—Está todo bien.

Ramírez no se movió del nuevo paso que había tomado, pero al menos no siguió adelante. Fue probablemente lo mejor que iba a salir de él. Pero eso significaba que estaba situado entre los dos hombres. El rubio de ojos

azules echó a Ramírez detrás de mí. La expresión de su cara era suficiente. Él quería una pelea y no le importaba quién estaba.

Estaba mirando a Ramírez ahora, y casi podía sentir el aumento de testosterona en cada lado. La testosterona suficiente para que el oficial esté en problemas, quizá suspendido cuando lo único que necesitaba para volar era un poco de vapor. Estaba tratando de limpiarse de los horrores en esa habitación.

Tanto su compañero como Bernardo se estaban quedando atrás. Yo no sabía lo que la pareja estaba haciendo, pero Bernardo estaba disfrutando del espectáculo.

—Usted debe haber sido uno de los oficiales que ayudaron a Marks echarme —dije. Yo estaba buscando un camino hacia el hombre, y él estaba mirando por encima de mí a Ramírez.

Le tomó un segundo para parpadear y mirarme. Él frunció el ceño hacía mí, y fue un gesto bueno. Apuesto a que hizo que un montón de chicos malos corriera como el infierno. Su compañero se le acercó por detrás.

—Sí, Jarman y yo estábamos allí. —El compañero parecía en calma, y creo que preocupado por su pareja. Buenos compañeros cuidan más que su salud física.

—¿Y usted es? —pregunté. Se presentó como si todo era normal.

—Jakes.

—¿Jarman y Jakes? —Hice una pregunta.

Él asintió con la cabeza, sonriendo.

—J y J a su servicio.

Sentí el apaciguamiento de las tensiones en el hombre grande en frente de mí. Difícil permanecer enojado cuando se está siendo ignorado, y todos los demás se están comportando. Apoyé la espalda en Ramírez, tratando de empujarlo a retroceder. Él tomó la sugerencia de retroceder un poco.

El oficial Rigby venía caminando por el pasillo. Había ido al coche para conseguir algo menos explosivo que su arma. Lo que llevaba era una pistola Tazer. Se trata de un suplemento de 30.000 a 60.000 voltios para un sospechoso. En teoría, se podría poner a alguien fuera de combate sin el peligro de matarlo. A menos que se tenga muy mala suerte, como cuando el ratero tiene un marcapasos. Ramírez fue sacudiendo la cabeza.

—¿Qué diablos es eso? —Rigby miró el Tazer.

—No puedo usar mi arma así que voy a usar esto.

—Rigby —dijo Jarman—, una Tazer hace una chispa. —Rigby parecía

perplejo.

—¿Y?

—Si la chispa al disparar un arma pondrá en marcha el oxígeno en la sala, imagine lo que será la chispa de un Tazer —dijo Ramírez.

—Ve de nuevo al coche y encuentra otra cosa, —dijo Jarman. Jakes y yo nos movimos a un lado, observando a Ramírez y Jarman. Nadie estaba enojado, burlón, condescendiente, pero no enojado. Cuando Rigby había desaparecido por las puertas en el otro extremo de la sala, Jarman se volvió a Ramírez.

—¿Es Rigby todo lo que Marks te dio para apoyo?

Ramírez asintió con la cabeza, se encogió de hombros.

—Va a aprender.

—Y alguien morirá para hacerlo —dijo Jarman.

Jakes tendió la mano baja, la palma hacia arriba. Estaba sonriendo. Choqué los cinco. Estaba sonriente, también, pero no porque su pareja no había golpeado a un detective. Yo estaba feliz de que me había equivocado. Yo había tenido mi cuota de cadáveres para el día. Diablos, para el año.

Bernardo estaba apoyado contra la pared de enfrente. Parecía sorprendido por mi interacción con la policía. Dudo que alguna vez se le ocurriera a Bernardo hacer amistad con ellos. Los dos uniformados tenían porras en sus cinturones. Ramírez parecía desarmado a excepción de su arma.

—¿Dónde está su bastón de mando, Hernando?

—Oooh, Hernando —dijo Jakes.

—Sí, Hernando —dijo Jarman, rodando el nombre de sus labios—, ¿dónde está su bastón de mando? —Estaban dispuestos a dar mierda a Ramírez significó que en condiciones normales él y Jarman no se llevaban bien. Hay un sabor diferente a las bromas cuando es hostil. Las bromas de parte de Rigby fueron cerca de hostiles, no del todo, como si no estaban seguros de sí era realmente uno de ellos todavía.

Ramírez tomó una vara corta de metal del bolsillo de la cadera. Hizo un pequeño movimiento de su muñeca, y la varilla telescópica salió disparada en una pieza sólida de metal de unos dos pies de largo.

—Un ASP —dije—. No me di cuenta que transportara uno cuando nos conocimos. Normalmente estoy muy consciente de las armas. Llevó la varilla de nuevo a su tamaño compacto.

—Un ASP es bastante pequeño cuando está guardado. ¿Cómo sabes

que no llevaba una? —Abrí la boca, luego la cerré, y lo miré. Me sonreía. Estaba debatiendo sobre la conveniencia de morder el anzuelo, o dejarlo pasar. Diablos, esto fue lo más divertido que había tenido todo el día.

—¿Estás insinuando que yo te estaba mirando el culo?

—¿Cómo, puedes saber que no tenía otra cosa del tamaño de una pluma en el bolsillo de atrás? —Sus ojos brillaban como joyas oscuras, brillantes, con humor.

Me encogí de hombros.

—Sólo comprobaba las armas.

—Eso es lo que dicen todos —dijo Jarman—. ¿Quieres comprobar por mis armas?

Le miré.

—Puedo ver tu arma desde aquí, Jarman.

El infló el pecho un poco, el gesto de los gallos pero sin mover los pies una pulgada.

—Cuando eres de mi tamaño, es difícil perder.

Miré a cada hombre, a su vez y tuve realmente que luchar contra el deseo de mirar a Bernardo. Yo estaba dispuesta a apostar que su arma era la mayor en el pasillo.

—Oh, no lo sé, Jarman. ¿Sabes lo que dicen? No es el tamaño lo que importa. Es el talento. —Una vez más, tuve que luchar contra la tentación de mirar a Bernardo. Jarman sonrió feliz.

—Confía en mí, bebé. Tengo el talento y el tamaño.

—Fácil de presumir cuando sabes que nunca tendrás que demostrarlo —dije, y sí, yo estaba jugando con él.

Jarman bajo el sombrero y me lanzó una mirada. Creo que se suponía que debía ser un aspecto cercano. Su gesto de miedo era mejor que su mirada sexy, pero bueno, apuesto a que tiene muchas más oportunidades para la práctica de miedo que sexy.

—Vamos a encontrar un poco de intimidad, cariño, y te lo demuestro.

Sacudí la cabeza, sonriendo.

—¿Y qué diría tu esposa acerca de que me llevaras a una prueba de manejo? Por cierto, lindo anillo de bodas.

Se rió, una buena risa estruendosa. Jakes respondió por él.

—Su esposa alimentaria su pene en un palo.

Jarman asintió con la cabeza, sin dejar de reír.

—Sí, mi Bren tiene un temperamento, sí que lo hace. —Lo dijo como si

fuera una cosa buena, cosa que valora. Me miró—. Mi Bren habría pateado a Marks en las pelotas, no lo habría besado.

—Yo lo pensaba —dije.

—¿Por qué no le pegaste? —preguntó Ramírez. El humor todavía brillaba en sus ojos, pero su rostro era más grave. Creo que quería una respuesta real, no una broma.

—Estaba esperando que lo golpeara. Tal vez quería que lo golpeara. Pudo haber presentado cargos de asalto, y haberme metido tras las rejas por un tiempo. —Esperaba que uno de los tres hombres dijera que Marks no lo haría, pero nadie lo hizo. Mire de un rostro a otro—. ¿Nadie va a defender el honor del teniente? ¿Protestar que no iba a hacer una cosa tan cobarde?

—No —dijo Jarman.

—Cobarde. Hablas muy bonito para un demonio asesino de culto —dijo Jakes.

Parpadeé.

—Repite eso por mí otra vez, poco a poco.

Jakes asintió.

—Según el teniente, eres sospechosa de la desaparición de varios ciudadanos, así como de bailar desnuda en la luz de la luna con el mismo diablo.

—Marks no dijo la última parte.

Jakes sonrió.

—No se puede culpar a un hombre por hacerse ilusiones.

Movió las cejas a mí.

Yo me reí. Se rieron. Un buen momento que había para todos. Salvo Bernardo, que se apoyó contra la pared, apartado de la buena voluntad general. Él me miraba como si nunca me había visto antes. Lo sorprendí de alguna manera.

—Marks trató de arrestarte bajo los cargos de maleficencia mágica, según los rumores —dijo Jarman. Me quedé mirándolo. Maleficencia mágica podría llevarme a una sentencia de muerte. Me quedé mirando Ramírez.

—¿Sabías que él estaba tratando de hacer eso?

Ramírez me tocó el brazo. Nos movimos por el pasillo hacia el lejano rumor de la risa masculina. Los dos oficiales probablemente seguían dándose buena mierda el uno al otro. Dado el calibre de la risa, si se trataba de mí, probablemente era algo que yo no quería oír. Siempre hay una línea

para las burlas que debe ser cuidadosamente evitada. Yo quería ser una mujer entre los hombres, no tener reputación de ser una zorra. Una delgada línea de caminar a veces.

Probablemente es mejor estar fuera del alcance del oído, pero yo no quería estar a solas con Ramírez en estos momentos. Me molestó que no me hubiera dicho lo que Marks había dicho de mí. Él era un virtual desconocido. No me debe nada, pero me hizo pensar menos de él.

Una enfermera afro-americana pasó junto a nosotros y se fue a la habitación. Dado que todo lo que había visto eran los ojos, por primera vez, no podía estar segura de sí era la misma enfermera que había vislumbrado antes en la sala. Era pequeña, aproximadamente del tamaño correcto, pero en su totalidad batas quirúrgicas, ¿quién sabe?

Los hombres se habían quedado en silencio mientras ella caminaba. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ella con seguridad, las risas volvieron a sonar. Ramírez, me miró con esa cara honesta, una línea de preocupación entre sus cejas como una pequeña arruga de descontento. Parecía aún más joven cuando fruncía el ceño.

—¿Eso no te molesta? —preguntó.

—¿Qué? —pregunté.

Volvió a mirar a los dos oficiales. Todavía estaban sonriendo.

—Jakes y Jarman.

—¿Te refieres a las burlas?

Asintió con la cabeza.

—Cuando besé a Marks delante de todos ellos, invite un poco a la burla. Por otra parte, en cierto modo yo lo comencé, o más bien tú lo hiciste. —Me encogí de hombros—. Además todos estábamos echando humo.

—La mayoría de las mujeres no lo ven de esa manera —dijo Ramírez.

—No soy la mayoría de las mujeres. Pero, francamente, una de las razones que muchas mujeres no representan ninguna broma es que algunos hombres no saben cuándo cruzan la línea de las burlas al acoso. Si yo tuviera que trabajar día a día con ellos, podría ser más cuidadosa. Pero no, así que puedo darme el lujo de empujar la línea un poco.

—¿Cuál es tu línea, Anita?

Estaba de pie, un poco, demasiado cerca para estar cómodos.

—Voy a dejar que todos sepan cuando han llegado a ella. No te preocupes. —Me alejé de él, dándome la distancia que yo quería.

—Estás enojada conmigo.

Parecía sorprendido. Me sonrió a medias.

—Créeme, detective, cuando esté enojada contigo, lo sabrás.

—Detective. Ni siquiera Ramírez. Ahora sé que estás molesta. ¿Qué hice?

Lo miré, estudiando esa cara honesta.

—¿Por qué no me dijiste lo que Marks dijo de mí? Lo que él les estaba diciendo a los otros policías de mí, eso me podría llevar a una sentencia de muerte.

—De ninguna manera Marks haría eso en serio.

—De todas formas deberías habérmelo dicho.

Pareció desconcertado por un momento, se encogió de hombros.

—Yo no sabía que debía.

Me frunció el ceño.

—Creo que no. —Pero yo no estaba contenta con su respuesta. Me tocó el brazo de nuevo, cada tanto a la ligera.

—Yo no creí que Marks te llevara detenida. Yo tenía razón. ¿No es eso suficiente?

—No —dije. Dejó caer la mano de mí.

—¿Qué bien habría hecho decírtelo? Te habrías preocupado por nada.

—Yo no necesito mis sentimientos protegidos. Necesito sentir que puedo confiar en ti.

—¿No confías en mí, porque no te dije todo lo que dijo Marks?

—No tanto como confié en ti antes.

El primer indicio de ira endureció sus ojos.

—Y tú me dijiste todo lo que paso en Los Duendos ¿No retuviste nada de tu entrevista con Nicky Baco? —Sus ojos no eran amables ahora. Ellos eran frescos, ojos de policía.

Miré hacia abajo una vez, luego luché para mantener el contacto visual cuando lo que quería desesperadamente hacer era echar la cabeza hacia atrás y decir ¡Oh Caramba me atrapaste! Me empujan hacia una esquina, y normalmente me enojo. Pero de alguna manera miraba a esos ojos de color marrón oscuro, y no podía levantar la indignación moral. Tal vez fuera que no tenía una alta moral de donde partir. Sí, eso podría ser.

—Yo no maté a nadie, si eso es lo que está insinuando. —Fue uno de mis comentarios habituales con menos de mi fuerza.

—Eso no es lo que estoy implicando y lo sabes, Anita.

Había algo familiar, casi íntimo en la conversación. Nos conocemos desde hace dos días, y sin embargo, interactuamos como si nos hubiéramos conocido de mucho más tiempo. Era desconcertante. No suelo crear lazos rápidamente con las personas o monstruos.

Pero si hubiera sido mi viejo amigo el sargento de policía Rudolph Storr de pie delante de mí, habría mentido. Si Nicky Baco tiene un soplón en la policía, daría marcha atrás, y nunca confiaría en mí de nuevo. La gente como Baco no da segundas oportunidades cuando se trata de la policía.

—Baco y Rigby sabían que estaban fuera del bar, Hernando. Tiene toda la zona con conexión de cable mágico. —Yo llevé mi mano atrás y hacia adelante, buscando la palabra adecuada—, cercas, hechizos. Él sabe lo que sucede en sus calles. Si vuelvo con la policía como respaldo, no importa cuán distante estén, no nos ayudará.

—¿Estás tan segura de que puede ayudar? —preguntó Ramírez—. Quizás sólo esté mintiendo, tratando de averiguar lo que sabes.

—Él tiene miedo, Hernando. Baco tiene miedo. Llámalo una corazonada, pero no creo que haya mucho que lo asuste a él.

—Acabas de decirme que está ocultando información a una investigación de asesinato en curso.

—Si me cabreas o insistes en enviar a alguien en cubierto conmigo perderemos a Baco. Sabes que tengo razón en esto.

—Podemos perder a Baco, pero no tienes razón —dijo, y la ira estaba de vuelta. Una ira frustrada que había visto antes en otros hombres que yo había conocido más y de manera más íntima. La ira de que no puedo ser una buena niña y jugar según sus reglas y al mismo tiempo ser lo que ellos quieren que sea. Me cansó escuchar ese hilo en la voz de Ramírez después de sólo dos días.

—Lo más importante para mí en este instante es poner fin a estos asesinatos. Ese es mi objetivo. Ese es mi único objetivo. —Pensé en lo que había dicho y añadí—: y mantenerme viva. Pero aparte de eso no tengo ninguna agenda. Detener a los malos. Permanecer con vida. Hace las cosas simples, Hernando.

—Me dijiste antes que querías que tu vida cambie, para ser más que sangre y horror. Si quieres que eso cambie, vas a tener que complicarte la vida, Anita. Y vas a tener que empezar a confiar en la gente, realmente confiar en ellos otra vez.

Sacudí la cabeza.

—Gracias por usar mi momento de debilidad en mi contra. Ahora recuerdo por qué no confío en extraños. —Finalmente me enojé yo. Se sentía bien. Me sentí familiar. Si pudiera estar enojada, podría dejar de ser tan condenadamente confundida.

Me agarró del brazo, y el agarre no era suave esta vez. No me dolió, pero yo podía sentir la presión de sus dedos en mi carne. Por primera vez desde que lo conocí, él me dejó ver la dureza debajo. Este núcleo de dureza que se tiene o adquieres si te quedas con la policía. Sin ese núcleo para protegerte a ti mismo, puedes permanecer en el trabajo, pero no prosperar. Sonreí.

—Que sigue, mangueras de goma y luces brillantes. —Se suponía que era una broma, pero mi voz no era clara cuando se lo dije. Los dos estábamos enfadados. Debajo de todas esas sonrisas y modales suaves había un temperamento. Vamos a ver cuál era peor el suyo o el mío. Habló bajo y con cuidado, como lo hago yo a veces, cuando cualquier otra cosa me haría gritar.

—Le podría decir a Marks de la reunión. Le podría decir a él que Baco nos está reteniendo información.

—Bien —dije—, hazlo. Marks probablemente arrestará a Baco y registrará su bar. Incluso podría encontrar suficiente parafernalia mágica para encarcelarlo por malversación mágica. Y eso nos llevará, detective, a Baco en la cárcel, y unos pocos días a partir de ahora a más gente muerta, más cuerpos destrozados. —Me apoyé en su cara enojada y le susurré—. ¿Cómo van a ser, entonces tus sueños, Hernando? —Él me dejó ir tan abruptamente que me tropecé.

—Realmente eres una perra, ¿no?

Asentí.

—Si la situación lo amerita, apuéstalo.

Sacudió la cabeza, frotándose las manos arriba y abajo de sus brazos.

—Si retengo esto y sale mal, podría costar mi carrera.

—Sólo di que no lo sabías.

Sacudió la cabeza.

—Demasiada gente sabe que fui tu escolta policial. —Se las arregló para hacer las dos últimas palabras cargadas de ironía—. Hay otra reunión prevista con él, ¿no? —Traté de mantener la sorpresa en mi rostro, pero una cara en blanco era igualmente malo. Era como cuando te preguntan si

estabas durmiendo con alguien, y te niegas a responder. Era tan buena respuesta como un sí. El miró de un lado del pasillo a otro—. ¡Maldita sea, Anita, me puedo permitir esto! —Me di cuenta de lo que hablaba.

Me quedé en su camino, por lo que tuvo que parar el ritmo y me miró.

—No lo puede saber Marks. Va a meter la pata. Si cree que estoy bailando con el diablo, él tendrá la histeria cuando me reúna con Nicky Baco.

La ira estaba empezando a perderse en sus ojos.

—¿Cuándo es la reunión?

Sacudí la cabeza.

—Promete en primer lugar, que no le dirás a Marks.

—Él está a cargo de la investigación. Si no se lo digo a él y se entera, puede ser que sí pierda mi placa.

—No parece muy popular por aquí —dije.

—Él sigue siendo mi superior.

—Él es tu jefe —dije—. Él no es de ninguna manera tu superior. —Eso me valió una sonrisa.

—Con halagos no conseguirás nada de mí.

—No es adulación, Hernando. Es la verdad.

Finalmente, se quedó tranquilo de pie y mirándome. Su expresión era casi lo único normal, o lo que yo pensaba que era normal para él. Por lo que yo sabía podría disecar cachorros en su tiempo libre. Bueno, yo no creía eso, pero yo realmente no lo conozco. Éramos desconocidos, y yo tenía que recordarme a mí misma eso. Seguía queriendo tratarlo como un amigo o mejor. ¿Cuál es el problema conmigo?

—¿Cuándo es la reunión, Anita?

—Si no te digo, entonces, ¿qué?

Una sombra de dureza se filtró en sus ojos.

—Entonces le digo a Marks que estás ocultando pruebas.

—¿Y si te digo?

—Pues voy contigo.

Sacudí la cabeza.

—De ninguna manera.

—Prometo no presentar el aspecto de un policía.

Lo miré, desde los lustrosos zapatos hasta el pelo corto y limpio.

—¿En qué realidad alternativa no te parecerías a un policía?

Oí que la puerta se abría detrás de nosotros, pero ninguno de nosotros

se volvió. Estábamos demasiado ocupados haciendo contacto con los ojos.

—¡Ramírez! —gritó Jarman.

Había un tono en la palabra que nos hizo girar a los dos. El Doctor Evans estaba apoyado en la pared, sosteniendo en posición vertical la muñeca. La sangre brillaba como un brazalete rojo alrededor de su brazo. Ramírez y yo empezamos a correr al mismo tiempo por ese corto espacio del pasillo como si tuviéramos que ir más lejos y menos tiempo para llegar allí. Jarman y Jakes fueron desapareciendo por la puerta. Bernardo dudó en la puerta, manteniéndola abierta el tiempo suficiente para que los gritos rompan el silencio de hospital. Bajo y sin palabras y con pánico, y yo sabía sin ver que era un hombre gritando. Yo estaba casi en la puerta, casi junto a Bernardo, con Ramírez detrás mío como una sombra.

—Esta es una mala idea —dijo Bernardo. Pero fue a través de la puerta, un latido del corazón antes de llegar a ella. Dios, no me gustaba estar en lo correcto todo el tiempo.



TREINTA Y NUEVE

La sala estéril había sido un tranquilo rincón del infierno. Ahora era una fuerte, esquina caótica del infierno. Una mano sin piel arrebató hacia mí. La corté con la hoja grande que había sacado de la vaina de la columna vertebral. La mano sangró y se echó para atrás. Podían sentir dolor. Sangraban. Bien. Había levantado la hoja de nuevo hacia el cuello del cuerpo en cuanto se abalanzo hacia mí de nuevo.

Ramírez bloqueo mis brazos.

—¡Son civiles!

Lo miré, y luego a esa cosa cruda que se sostenía a la cama sólo con la única muñeca que le quedaba. Se puso en marcha hacia mí de nuevo, reduciendo el aire con su mano ensangrentada, gritando sin palabras, aleteando la lengua masacrada como un gusano en las ruinas de su boca.

—Quédate fuera de su alcance —dijo y me tiró para atrás. Tuve tiempo de decir—: Son cadáveres, Ramírez, sólo cadáveres. —Levantó el ASP.

—No los mates. —Se trasladó a la lucha, aunque no era una lucha todavía. La mayoría de los cadáveres aún estaban restringidos a las camas. Lucharon, gritando, gimiendo, sacudidas de su carne en ruinas, desastre más sangriento contra las ataduras, los cuerpos destrozándose, ya que luchaban para liberarse.

Ben el enfermero estaba golpeando en la cabeza a un paciente. Había hundido los dientes en su brazo tan profundamente que no podía liberarse. Jarman estaba con él, golpeando la cabeza de la cosa con su bastón de mando desde muy atrás como habría golpeado a una pelota de béisbol. Se oía como melón suave, como procesador incluso por encima de los gritos.

Jakes y Bernardo estaban en la cama cerca de las ventanas. La enfermera afroamericana estaba sostenida por el brazo de un cuerpo que seguía atado a la cama por una mano y un tobillo. Su cabeza estaba enterrada en su pecho. La sangre en el vestido pegado a su cuerpo se veía como si alguien hubiera derramado un bote de pintura roja en ella. Donde la cosa estaba royendo no debería haber sido un lugar mortal, pero había demasiada sangre. Había llegado a algo vital.

Jakes estaba golpeando en la cabeza de la cosa tan fuerte que se levantaba en puntillas, su cuerpo casi dejaba el suelo con cada golpe. La cabeza del cadáver estaba sangrando a grietas, pero no la dejaba ir. Su cabeza estaba enterrada en el pecho como un niño monstruoso, alimentándose.

Bernardo estaba apuñalando al cuerpo en la espalda una y otra vez. La espada salió libre en un spray de sangre, pero no importaba. El de la puerta había reaccionado ante el dolor, pero una vez que comenzó a alimentarse, no eran más que carne. No puedes lastimar la carne, y te aseguro como el infierno que no puedes matarlo.

Caminé entre las camas con los cadáveres gritando, cuerpos retorcidos, y todos los ojos parecían iguales. Era como si sólo había un aspecto de la personalidad de cada par de ojos. Su maestro, lo que fuera, me miraba caminar entre las camas, me vio irme a la cama más lejana, lejos de Ramírez, y sus advertencias. Todavía no entendía lo que estaba a punto de ocurrir cuando todos se hubieran liberado. Teníamos que estar fuera de esta sala antes de que sucediera.

Me sitúe al lado de Bernardo, que lo colocó un paso atrás. Moví la hoja por debajo de la mandíbula de la cosa. Tomé un respiro profundo, me centré en mi misma de la forma que hago en la clase de artes marciales,

justo antes de romper algo grande y fijo, me imaginé al cuchillo saliendo por la parte superior del cráneo, y eso es lo que traté de hacer. Traté de empujar a través de su cabeza. La hoja atravesó el tejido blando debajo de la mandíbula con un fuerte movimiento húmedo, y luego golpeó la punta del hueso en el techo de la boca, y siguió su camino. La hoja no sale de la parte superior de su cabeza, pero sentí el extraño vacío de las cavidades nasales.

La mujer se echó hacia atrás, sus mandíbulas trataban de abrirse a través del brillo del cuchillo. Se agarraba su boca con una mano libre, dejando caer la enfermera de nuevo en la cama. Tuvimos nuestro primer vistazo de la herida. Había un agujero en el centro de su pecho. Fractura de costillas sobresalía hacia afuera como las partes rotas de un marco. El agujero era del tamaño justo para que un rostro humano lo atravesara. Miré en ese agujero oscuro, húmedo, y la mitad de su corazón se había ido, comido.

—¡Oh, Dios! —Jakes dijo.

La cosa en la cama había liberado su otra mano. Estaba tirando de la empuñadura del cuchillo, tratando de sacarla. Jakes, Bernardo, y yo intercambiamos una mirada entre nosotros. Una mirada, sin palabras, y nos volvimos hacia el resto de la habitación con un objetivo en mente, llegar a la puerta de cualquier manera posible. No había nada humano en esta sala, sólo nosotros. Miré hacia arriba y encontré a Ramírez y Jarman en la puerta del fondo con el enfermero caído entre ellos. Genial.

Grité:

—¡Corran!

Lo intentamos. Sentí el movimiento y me volví a tiempo para que el cuerpo nos pegara a pleno y nos enviara a los dos al suelo. Traté de ir por la mandíbula y llegar por los tientes como había hecho con el otro, pero se movió y sólo tuve la garganta. La sangre salpicó a través de mi cara en un torrente de líquido caliente. Me cegó por un segundo. Pude sentirlo moviéndose sobre mi cuerpo, cruzando las piernas sobre mi cintura. Mantuve mi mano empujando sobre su hombro, sosteniéndolo hacia atrás, mientras se abría paso por encima de mí. Me limpié la sangre de los ojos con el dorso de la mano con la que sostenía el cuchillo. Se quebró en mí como un perro, y grité. Corté su mejilla tan profundamente que la hoja raspo los dientes. Grito y hundió sus dientes en mi mano. Yo grité cuando sacudió su cabeza como un perro con un hueso. Mi mano se abrió, y el

cuchillo cayó.

Vino a mí, con la boca abierta, los ojos de color azul pálido tan increíblemente amplios. Fue por mi garganta. No hubo tiempo para ir por el último cuchillo. Fui a sus ojos. Metí mis pulgares en sus ojos, y su propio impulso, empujó más profundo de lo que yo podría haber conseguido. Sentí la ruptura de los globos oculares, explotó en una masa de cosas y líquidos calientes.

Gritó, agitando su cabeza hacia atrás y hacia adelante, sus manos arañando su cara. Bernardo estaba ahí de repente, tiro de él hacia atrás, arrojándolo con un brazo a través de la habitación para terminar deslizándose en la pared. Es sorprendente lo que puedes hacer cuando estás aterrado.

Yo estaba en mis rodillas, aprovechando el último cuchillo. Bernardo se arrastró a mis pies, y estábamos casi en la puerta. Rigby estaba allí con un hacha, cortando los cadáveres. Las manos y los restos menos identificables cubrían el suelo a su alrededor. Ramírez metió su ASP en la boca de un cuerpo, tan fuerte que la punta se mostró a través de la parte posterior de su garganta. Jakes arrastraba a Jarman por las muñecas, dejando un rastro rojo y espeso detrás de él. El cuerpo de Jarman estaba incrustado en la puerta. El hacha de Rigby había cortado dos de los cadáveres en suficientes piezas que estaban abajo. Dos de los cadáveres seguían recluidos en la cama con una última restricción. Ramírez estaba luchando con la que estaba tratando de tragarse su ASP. Un cadáver se lanzó hacia Rigby, y el hacha corto el aire. Oí el estruendo detrás de mí cuando Bernardo le gritó:

—Detrás de… —Yo estaba en el camino hacia el suelo, con eso montado en mi espalda, antes de que oyera a Bernardo gritar—… ti.

Gire mi cabeza, tratando de proteger mi cuello. Dientes mordieron a través de mi zapato sacando sangre. Sus dientes se hundieron en mi carne, pero la correa de cuero actúo como una especie de armadura. Clavé el cuchillo en su muslo, una vez, dos veces. No le importaba.

De repente, hubo una corriente de aire, y un fuerte golpe, la sangre derramada por mi pelo, los hombros y la espalda, en un baño hirviente. Me apresuré por debajo del cadáver y descubrí que era una cabeza. Rigby estaba sobre él con el hacha con sangre y una mirada salvaje en sus ojos.

—Ve, vete. Voy a cubrir tu espalda. —Su voz era aguda, el goteo del miedo, pero él se mantuvo firme y empezó a mover a todos hacia la puerta.

Uno de los cadáveres estaba en la espalda de Bernardo, pero no estaba

tratando de comerlo, él se golpeó la cabeza dos veces en el suelo, fuerte. Me miró. Había algo en sus ojos que no había estado en cualquiera de los otros. Era miedo. Miedo de nosotros. Miedo de ser detenido. Miedo, sólo tal vez, de morir.

Corrió a través de las puertas de cristal abiertas y pasó de largo a Jakes, como si tuviera un lugar a donde ir y otra cosa que hacer. Y yo sabía que tenía que ser detenido, sabía que si se escapaba sería muy malo. Pero puse la mano debajo del brazo de Bernardo y comencé a arrastrarlo hacia la puerta. Ramírez tomó el otro brazo y de repente era fácil arrastrarlo a través de esa puerta de vidrio.

Hubo un súbito movimiento en la sala detrás de nosotros. Rigby se tambaleó hacia atrás contra el botón que cerraba la puerta. Se cerraron con los gritos de Ramírez. Vi a Rigby mover el hacha, luego un cadáver llegó de ambos lados. Ramírez tomó el botón para abrir la puerta, pero el peso ya sea de Rigby o algo más había atascado la puerta. Ramírez, gritó:

—¡Rigby! —Había un gigantesco chorro de aire, como si un gigante hubiera elaborado un respiro, y la habitación se llenó de fuego. Las llamas se derramaron como un vaso de agua color naranja oro a través del vidrio. Podía sentir los golpes de calor contra el cristal. Las alarmas contra incendios se encendieron con un grito agudo. Me tiré al suelo en la parte superior de Bernardo, me cubrí la cara, esperando que el tremendo calor rompiera el vidrio y derrame el cristal sobre todos nosotros.

Pero no fue el calor lo que se derramaba sobre mí. Era frío, el agua. Levanté la cabeza a los rociadores que llenaban la sala. El cristal estaba ennegrecido, y el humo y el vapor acurrucado contra el vidrio como la niebla, mientras el agua mataba al fuego.

Ramírez llegó al botón, y se abrieron las puertas con el sonido de los torrentes de agua. La alarma era más fuerte ahora, y me di cuenta de que se trataba de dos diferentes alarmas ahora, mezcladas en un nervioso tintineo. Ramírez entró en la habitación, y oí su voz sobre el ruido enloquecedor.

—Madre de Dios.

Me quedé con el agua golpeándome, empapando mi cabello, y mi ropa. Yo no lo seguí a la habitación. Rigby estaba más allá de cualquier ayuda que podía darle. Todavía quedaba un cadáver en la carrera. Apoyé la punta de los dedos en el cuello de Bernardo, justo debajo de la mandíbula. El chirrido de las alarmas de fuego parecía tener dificultades para sentir su pulso, pero estaba ahí, fuerte y seguro. Estaba fuera de combate, pero él

estaba vivo. Jakes estaba arrodillado al lado de Jarman, las lágrimas corrían por su rostro. Estaba tratando de dejar una herida en el cuello de Jarman, con sus propias manos. La piscina de sangre que había derramado a ambos lados de la cabeza de Jarman estaba siendo arrastrada por los rociadores. Sus ojos estaban fríos y fijos, sin parpadear, mientras el agua caía sobre él.

Mierda. Yo debería haber cogido a Jakes y haberle dicho está muerto. Jarman está muerto. Pero yo no podía hacerlo. Me levante. Ramírez. Seguía mirando a la sala, a lo que quedaba de Rigby.

—¡Ramírez! —grité, y él se volvió, pero sus ojos estaban fuera de foco, como si no estuviera viéndome.

—Tenemos un cadáver más que pescar. No lo podemos dejarlo escapar. —Me miró con ojos apagados. Necesitaba un poco de ayuda aquí. Tomé los pasos para estar en la puerta con él, y lo abofeteé con tanta fuerza que mi mano se estremeció con el golpe. Le pegué más fuerte de lo que había sido la intención.

Su cabeza se movió con fuerza, y me preparé para que él me golpeara de vuelta, pero no lo hizo. Se quedó con las manos en puños apretados, agitando con la urgencia, con los ojos brillantes con una rabia que se esparcía por todas partes. No era yo la que lo había golpeado. Era todo. Al ver que no me abofeteó de vuelta, le dije:

—El maldito se fue por ese camino. —Señalé a la puerta—. Tenemos que ir tras él.

Empezó a hablar muy rápidamente en español. No podía entender la mayoría de las palabras, pero la ira a través de sus palabras se entendía bien. Entendí una palabra que yo conocía. Él me llamó una bruja. Eso significaba bruja.

A la mierda esto. Abrí la puerta, con el borde alrededor del cuerpo de Jarman. El sistema de riego en el pasillo, se había activado también. Evans seguía sentado de espaldas a la pared. Se había colocado su máscara hacia abajo, como si no pudiera obtener suficiente aire.

—¿Dónde ha ido? —pregunté.

—Bajo por las escaleras de incendios, al final del pasillo. —Tuvo que levantar la voz sobre el sonido de las alarmas de incendio, pero su voz era aburrida, distante. Tal vez más adelante, si yo era buena, podría entrar en shock, también. No oí la puerta detrás de mí, pero Ramírez gritó:

—¡Anita! —Me di media vuelta y corrí hacia la puerta.

—Estoy tomando las escaleras, tú toma los ascensores.

Gritó:

—¡Anita! —Me volví, y lanzó uno de los teléfonos celulares para mí. Lo cogí con una mano torpemente contra mi pecho.

—Si llego a la calle y no lo han encontrado, voy a llamar —dijo.

Asentí, guardé el teléfono en mi bolsillo trasero, corriendo por la puerta. Lo encontré. Tengo la Browning ahora. No había ninguna sala llena de oxígeno ahora. Vamos ver si las balas funcionan tan bien como los cuchillos. Abrí la puerta de salida de emergencia con todo mi cuerpo, hasta que quedó contra la pared, y yo sabía que la cosa no estaba detrás de la puerta. Entonces dudé un momento contra las paredes de concreto. Los rociadores van por aquí, también, como cascadas por en las escaleras de hormigón. Las alarmas de incendio llenaron el espacio con ecos agudos. Miré hacia arriba en la escalera ascendente, luego hacia abajo. No tenía idea de qué manera se había ido. Podría haber bajado en todas las plantas por encima o por debajo de mí.

¡Maldita sea!, tenía que encontrar esta cosa. Yo no estaba segura de por qué se sentía tan urgente no salir, pero había tenido razón sobre la oscuridad próxima y los cadáveres, yo confío en mi juicio. Sólo eran cadáveres animados, sólo una especie que nunca había visto antes. Pero ellos estaban muertos, y yo era un nigromante. Técnicamente, podía controlar cualquier forma de los muertos vivientes. A veces podía percibir un vampiro cuando estaba cerca. Tomé aire y centrado en mí una línea sólida, y llamé al poder, lo arroje lejos, buscando, de espaldas a la puerta, el agua que caía sobre mí, el grito de las alarmas de fuego es tan penetrante que es difícil pensar. Envié la magia hacia el exterior, las escaleras, las escaleras, como una línea invisible en la niebla.

Tiré en posición vertical. Había sentido algo así como un tirón en el final de una línea de pesca. Abajo, había bajado. Si me equivocaba, no había nada que pudiera hacer al respecto. Pero yo no pensaba que estaba equivocada. Comencé a correr por las escaleras de cemento húmedo, con una mano en la barandilla cuando me resbalé, y la otra con el arma apuntando hacia arriba. Había una mujer arrugada fuera de la siguiente salida, atravesada en la puerta, inmóvil, pero respiraba. Moví mi cara hacia el lado que no se inundó, y seguí mi camino. Abajo, iba hacia abajo, y no se tomaba el tiempo para alimentarse. Solo corría, corría lejos de nosotros, huyendo de mí.

Me puse en pie, deslizándome sobre las baldosas húmedas, sólo mis

manos en la barandilla de metal, me capturaban antes de que me cayera. Perdí mi conexión a la criatura cuando me resbalé. No podía mantener la concentración y hacer todo lo demás. Los rociadores se detuvieron bruscamente, pero las alarmas de incendio continuaron y, más penetrantes, sin el agua para amortiguarlas. Me levante y comencé a correr de nuevo. Muy distante, mucho más abajo, hubo un grito. Me salté el siguiente turno de la barandilla, deslizándome por el metal húmedo, casi me fui de cabeza en el siguiente turno de barandilla. Yo iba tan rápido como pude, lo más rápido mientras estaba a salvo. Corrí y resbalé y caí por las escaleras, y todo el tiempo tenía la creciente sensación de que iba a ser demasiado tarde. Que no importa lo rápido que corría, no llegaría a tiempo.



CUARENTA

No pude recuperar el vínculo con la cosa sin detenerse y concentrarme. Tomé la decisión de mantener la persecución, y esperaba no perderlo mientras corría delante de las puertas. Además, en el piso 19 había un grupo de pacientes con una enfermera, acurrucados y empapados en el agua. Todos ellos señalaron sin palabras abajo. En el 17 había un hombre con un ramo de flores con un labio ensangrentado que balbuceaba y me señaló hacia abajo. La puerta se abrió, en el 14, una enfermera con una blusa rosa salió y corrió hacia mí. Ella gritó, señalando con la espalda contra la pared, me miraba con ojos enormes. Ella tenía un bebé en cada brazo, en las mantas. Uno incluso tenía su pequeño gorro rosa en su lugar. Ambos bebés empezaron a gritar, un llanto tan alto que podía competir con la alarma de incendios.

La enfermera me miró, incapaz de hablar por el miedo. Tal vez no era el arma, tal vez era toda la sangre que había arrasado en los rociadores.

Levanté la voz por encima del ruido.

—¿Está en esta planta?

Ella asintió. Y se fue balbuceando algo una y otra vez. Tenía que apoyarme en ella para entenderla.

—Está en la maternidad. Está en la maternidad. Está en la maternidad.

No pensé que mi adrenalina pudiera llegar más alto. Estaba equivocada. De pronto sentí que la sangre corría por mi cuerpo, sentí mi corazón como algo doloroso en mi pecho. Abrí la puerta, oteando el pasillo con la Browning. Nada se movió. El corredor se extendía largo y vacío con demasiadas puertas cerradas para la comodidad. La alarma de fuego seguía gritando, haciendo que mi piel se apretara con el ruido. Sin embargo, sobre el grito de la alarma podía oír a los bebés llorando… gritando.

Me saqué el teléfono de mi bolsillo, pulsé el botón que él me había dicho que golpeara antes, y comencé a correr por el pasillo hacia los sonidos. Ramírez respondió en la mitad de la primera llamada.

—Anita.

—Estoy en la maternidad. Es el piso 14. Una enfermera dice que la cosa está en la guardería. —Estaba en la primera curva. Me arrojé contra la pared del fondo, pero en realidad no paré. Normalmente soy más cautelosa en las esquinas, pero el llanto era cada vez más cerca, más lamentable.

—Estoy en camino —dijo Ramírez.

Pulsé el botón que nos separó, pero aún lo tenía en mi mano cuando llegué a la esquina siguiente. Había un cuerpo a través de un cristal de seguridad. Me di cuenta de que era un hombre, pero eso era todo. La cara parecía una hamburguesa. Me tropecé con un estetoscopio en el suelo debajo de él. Médico o enfermero. No comprobé el pulso. Si estuviera vivo, yo no sabía cómo ayudarlo. Si estaba muerto, no importa. Una última puerta, luego una gran extensión de ventana. Pero yo no tenía que ver la ventana a tiempo para saber que era la guardería. Podía oír a los bebés llorando. Incluso por encima de la alarma de incendios, el sonido de los gritos de pánico hizo que mi corazón aleteara, me dieron ganas de correr y ayudarlos. Con una reacción que me había hecho llegar a la puerta. Todavía tenía el teléfono en mi mano izquierda, e hice un intento de meterlo en el bolsillo. La mordedura en la mano izquierda me lo hizo difícil. El teléfono se deslizó, y lo dejé caer al suelo.

El mango se volvió, pero dejó la puerta abierta a unos centímetros. Puse mi hombro en ella, y me di cuenta de que era un cuerpo, un cuerpo adulto.

Di marcha atrás y la golpeé de nuevo, pasando por dolorosas pulgadas. Hubo gritos de una mujer, no sólo de los bebés. No podía abrir la puerta. ¡Maldita sea!

Luego la ventana estalló hacia fuera en un aerosol de vidrio y un cuerpo. Una mujer cayó al suelo y se quedó allí tirada y sangrando. Dejé la puerta y fui por la ventana. Había pedazos de vidrio como espadas pequeñas en la parte inferior de la ruptura. Pero yo había tomado clases en judo de cómo caer en peores situaciones que esta. Yo había practicado la caída durante años. Miré para ver una cosa. El rebaño de las cunas de plástico fue impulsado a ambos lados. Tenía espacio. Di un salto corriendo a ella y me tiré sobre los vidrios rotos, rodando mientras caía. Sólo tenía una mano libre para golpear el suelo y tomar el impacto de la caída, pero yo quería el arma en la mano, lista para disparar. Golpee contra el suelo, y la fuerza de mi golpe, el salto, lo que sea, todavía estaba allí, así que seguí rodando. Lo usé para pararme antes de saber lo que estaba en la habitación.

No pude ver todo lo que estaba ocurriendo era como tomar fotos de cosas aisladas. Registré que una de las cunas volcó un pequeño bebé en el suelo como una muñeca rota, el centro de su cuerpo carcomido, como el centro un caramelo, las cunas todavía salpicadas de sangre, algunas con pequeños cuerpos retorcidos en el interior, algunas vacías excepto por la sangre, y luego en la esquina estaba el monstruo.

Sostenía un pequeño bulto envuelto en una manta. Puñitos agitando en el aire. Yo no podía oírlo llorar. No podía oír nada. No había más que vista, y esa cara sin piel, inclinado sobre el bebé. Mi primera bala lo tomó a través de la frente, el segundo a través de la cara con la cabeza echada hacia atrás por el impacto de la primera bala. Alzó al bebé en frente de su cara, y nuestros ojos fijos sobre la forma pequeña. Me miró. Los agujeros de bala en su cara llena parecían de arcilla blanda.

Le disparé en el estómago, porque eso es lo que podría golpear sin poner en peligro al bebé. Se echó hacia atrás, y se lanzó al suelo. Pero no cayó. En realidad no había daño. Se puso a cubierto detrás de una hilera de cunas pequeñas. Todos estaban hechos de tubos delgados sobre ruedas. Me agaché para ver entre las patas finas de metal, y lo vi en cuclillas, llevándose el bebé a su boca.

No hubo ningún disparo claro. Le disparé de todos modos, disparé en la pared junto a él. Dio un respingo, escabulléndose a la distancia, pero no dejó caer al bebé. Le disparé a través de las patas de las cunas con ruedas,

manteniéndome en movimiento. ¿Dónde estaba Ramírez?

Se levantó y corrió hacia mí. Le dispararé a su cuerpo. Se estremeció, pero siguió llegando. El bebé estaba desnudo, excepto por un pañal, pero estaba vivo. Me arrojó al bebé a mí. Ni siquiera fue una decisión. Lo capturé meciéndolo contra mi pecho, las manos en peligro. El monstruo me golpeó. El impulso nos llevó a todos por la ventana a través de la que había llegado. Dimos con el monstruo en el fondo como si nos hubiéramos volteado en el aire. El cañón de la pistola fue presionado en su estómago, y empecé a tirar del gatillo con la mano derecha antes de empezar a acunar al bebé apretado con la izquierda.

La criatura se sacudió como una serpiente deslavazada. Me puse de rodillas junto a él, disparando hasta que la pistola clickeo vacía. Se me cayó la Browning y me fui por la Firestar. Casi la tenía cuando me golpeó con el dorso de una mano, y el golpe me envió a chocar contra la pared. Yo había tratado de proteger al bebé de los efectos y tomé más de lo que era bueno para mí. Me quedé sorprendida por un segundo, y me agarró por el cabello, me giro hacia él.

Le dispararé en el pecho y el estómago. Cada bala tiró del cuerpo, y en algún lugar del sexto o el séptimo tiro, me soltó el pelo. Una bala más tarde y la Firestar clickeó vacía. Se puso sobre mí, y la boca sin labios, sonrió.

La alarma de fuego se detuvo. El repentino silencio era casi aterrador. Podía escuchar mi corazón latiendo en mi cabeza. El bebé en los brazos de repente lloraba más fuerte, más frenético el sonido. La cosa se puso tensa, y yo sabía un segundo antes que iba a correr a mí. Usé ese segundo, para tratar de poner al bebé en un pedazo de claro en el suelo. Yo estaba a media vuelta cuando me recogió y me arrojó contra la pared opuesta. Yo no tenía preocuparme más por el bebé. Me golpeé las manos y los brazos en la pared, tomando gran parte del impacto que podía. Cuando se cerró la distancia, no me sorprendió. Me tomó de un brazo superior, y yo luché para evitar que agarrara el otro.

Yo sabía cómo lidiar, pero no con algo que era liso y sin piel. No había nada a lo que agarrarse. Me recogió de la camisa, la otra mano bajo mi muslo, y el muerto me levantó como una barra. Me golpeó contra el muro como si hubiera tratado de lanzarme a través de él. Traté de protegerme, pero me dejó caer al suelo, aturdida, incapaz de respirar o pensar por un espacio de latidos del corazón.

Se arrodilló a mi lado, saco la camisa de los pantalones, dejando al

descubierto mi estómago y mi sostén. Puso una mano en mi espalda y me levantó casi con suavidad, inclinando la espalda, como si fuera a levantar mis ánimos, y bajo su cara hacia mi cuerpo desnudo, como si tuviera la intención de darme un beso. Oí una voz en mi cabeza. Susurró: «Tengo hambre». Todo parecía lejano, un sueño, y yo sabía que estaba cerca de perder el conocimiento. Levanté mi mano y casi no se sentía como si fuera mía. Pero se movió. Acaricié esa capa de rostro descarnado. Y rodó los extraños ojos sin párpados hacia mí, ya que redujo su boca que alimentar. Mi dedo se deslizó a lo largo de la carne, buscando sus ojos. No me detuvo. Me mordió en mi estómago, cuando mi pulgar se deslizó en su ojo. Los dos gritamos.

Se echó hacia atrás, dejándome en el suelo. Fue una caída corta, y yo estaba en mis rodillas, alejándome de él cuando la primera bala giró alrededor. Ramírez vino por el pasillo en la dirección de la escalera de incendios, disparando a dos manos a medida que avanzaba por el pasillo.

El cuerpo se estremeció, pero las heridas se cerraban más y más rápido, como si cuanto más le dispararan más rápido se curara. Yo esperaba que la cosa atacara a Ramírez o a mí, o que escapara, pero no lo hizo. Saltó a la ventana rota de la guardería. Y yo sabía lo que significaba. No estaba tratando de escapar. Trataba de tener tantas vidas como fuera posible antes de ser destruido. Su maestro se alimentaba de las muertes.

Ramírez fue a la puerta por la que yo había intentado antes. Lo dejé golpeándola con su hombro. Me fui hacia a la ventana. Le había desgarrado la manta a otro bebé, como si desenvolviera un regalo. Yo no sabía dónde estaban mis armas. Yo no tenía nada que lanzarle. En la silueta, el bebé estaba agarrando el aire con sus bracitos pequeños. La boca del monstruo abrió la boca y se veía de un rojo de sangre.

Ramírez había llegado a la puerta lo suficientemente abierta como para deslizarse en el interior. Le disparó a las piernas y la parte inferior del cuerpo, con miedo a disparar a la cabeza, tan cerca del bebé. El monstruo no le hizo caso, y todo se redujo a un momento cristalino. La cara baja, la boca cerca de ese pequeño corazón. Yo grité, y puse toda mi rabia, mi impotencia en toda esa nota. Tiré del poder que me permite resucitar a los muertos, lo tiré a mí alrededor como un objeto brillante y lo lancé hacia el exterior. En realidad lo podía ver en mi mente como una cuerda fina y blanca de niebla. Tiré mi aura, mi esencia, en torno a la cosa. Yo era un nigromante, y toda esta maldita cosa lo era, era un cadáver. Yo grité:

—¡Alto!

Se congeló a medio movimiento, el bebé estaba casi en su boca. Sentí el poder que lo animó. Lo sentí dentro de esa cáscara muerta. El poder de su amo era como una llama oscura en su interior. Tenía una mano extendida como si lo necesitara para mi punto de poder. Abrí mi mano y estalló la cuerda blanca sobre el cadáver. Lo cubrí en mi aura como cada vez que hago un nuevo cuerpo. Cerré mi aura como un puño en torno a la cosa y corté el poder que hacía que se moviera. El cuerpo se estremeció, y luego se derrumbó al instante como una marioneta cuyos hilos habían sido cortados.

Sentí a su amo. Lo sentí como un viento frío en mi piel. Sentí que venía por mí, siguiendo la línea de mi propia aura hacia mí, como una cadena a través de un laberinto. Traté de tirar de él hacia atrás, trató de doblarse en mí de nuevo, pero nunca había intentado nada como esto antes, y yo no era lo suficientemente rápida. Tu aura es tu escudo mágico, tu armadura. Cuando ataqué al cadáver, me abrí a nada y todo. Pensé que había entendido los riesgos, pero estaba equivocada.

El poder del amo me atacó como el fuego tras un rastro de gasolina, y cuando me tocó, hubo un momento donde me echó atrás la cabeza y no podía respirar. Sentí que mi corazón se detenía y aleteaba. Sentí mi cuerpo caer al suelo, pero no me dolió, era como si ya estuviera entumecida. Mi visión se puso gris, luego negra, y hubo una voz en la oscuridad.

—Tengo muchos sirvientes. El que detuviste no es nada para mí. Podré comer a través de otras personas. Vas a morir en vano. —Traté de formar las palabras para responder a esa voz y descubrí que podía.

—¡Jódete!

Sentí su rabia, su indignación de que yo pudiera desafiarlo.

Traté de reírme de él, de su impotencia, pero no quedaba suficiente de mí para reír. La oscuridad se convirtió en algo más grueso. Pasé más allá de la voz del maestro, más allá de mi misma, entonces no había… nada.



CUARENTA Y UNO

El primer indicio que había de que no estaba muerta era el dolor. El segundo fue la luz. Mi pecho ardía. Me eché atrás a la conciencia, con la respiración jadeante, tratando de sacar las cosas que me quemaban. Parpadeé hacia una luz brillante blanca, luego voces.

—¡Sosténganla! —Sentía peso en mis brazos y piernas, las manos sosteniéndome abajo. Traté de luchar, pero no podía sentir mi cuerpo lo suficiente como para estar segura de que me estaba moviendo en absoluto.

—¡Sesenta sobre ochenta BP rápido! —Vi formas, borrosas de luz en movimiento a mí alrededor. Un pinchazo agudo en mi brazo, una aguja. Vi la cara de un hombre, rubio, gafas de montura metálica. Su rostro se deslizó fuera de la vista en una niebla blanca.

Manchas grises cayeron como serpentinas gruesas a través de mi visión, y sentí que me hundía hacia atrás, hacia abajo, hacia el exterior. Una voz de hombre.

—¡La estamos perdiendo!

La oscuridad me dio la vuelta tomando el dolor, y la luz. Una voz de mujer flotando en la oscuridad.

—Déjame intentarlo. —Luego, el silencio en la oscuridad. No había ninguna voz extraña este momento. No había nada más que la oscuridad flotante y yo. Entonces sólo estaba la oscuridad.



CUARENTA Y DOS

Me desperté con olor de incienso de salvia. Sirve para la limpieza y librarse de la negatividad, o es lo que a mi profesora Marianne le gustaba decirme cuando me quejé por el olor. El incienso siempre me dio dolor de cabeza. ¿Estaba yo en Tennessee con Marianne? No me acuerdo de haber ido allí. Abrí los ojos para ver dónde estaba, y era una habitación de hospital. Si te despiertas en bastantes de ellas, reconoces los signos.

Me quedé allí parpadeando en la luz, feliz de estar despierta. Feliz de estar viva. Una mujer vino al pie de la cama. Ella sonreía. Ella tenía sobre el cabello hasta los hombros de color negro, el corte era despuntado en torno a un rostro fuerte. Sus ojos parecían demasiado pequeños para el resto de la cara, pero los ojos me miraron como si supieran cosas que yo no, y eran cosas buenas o por lo menos importantes. Llevaba algo largo y fluido, violeta con un toque de rojo en el patrón. Traté de hablar, aclaré la garganta. La mujer tenía un vaso en la mesita de luz pequeña, sus muchos

collares tintineaban cuando se movía. Se inclinó para que pudiera beber. Uno de los collares era un pentagrama.

—No es una enfermera —dije. Mi voz sonaba ronca. Ella me ofreció el agua de nuevo, y la tomé. Lo intenté de nuevo, y ésta vez mi voz sonaba más como yo—. Tú no eres una enfermera. —Sonrió, y la sonrisa se volvió de un rostro común a algo hermoso, al igual que antes la inteligencia en sus ojos le hacía trampa.

—¿Cuál fue tú primera pista? —Tenía un acento rudo, suave que no podía situar, mexicana, española, no.

—Estás demasiado bien vestida para serlo, y el pentagrama. —Traté de apuntar el collar, pero mi brazo estaba pegado a un tablero con una IV corriendo en mi piel. La mano vendada, y me acordé del cadáver que me mordió. Terminé el gesto con la mano derecha, que parecía ilesa. Mi brazo izquierdo parecía tener una señal que decía corte aquí, muerda aquí, cualquier cosa aquí. Moví los dedos de mi mano izquierda para ver si podía. Pude. Es que ni siquiera me dolió, sólo me apretó, como si la piel necesitara estirarse un poco. La mujer me miraba con esos ojos.

—Yo soy Leonora Evans. Creo que ha conocido a mi marido.

—Es la esposa del Doctor Evans.

Ella asintió.

—El mencionó que usted es una bruja.

Ella asintió con la cabeza, de nuevo.

—Llegué al hospital de la… ¿cómo se dice?, justo a tiempo, para ti. —Su acento creció cuando ella dijo: ¿cómo se dice?

—¿Qué quieres decir? —pregunté. Se sentó en la silla junto a la cama, y me pregunté cuánto tiempo había estado allí, mirándome.

—Te reiniciaron el corazón, pero no pudieron mantener la vida en tu cuerpo.

Sacudí la cabeza, y el comienzo de un dolor empezaba detrás de mis ojos.

—¿Puedes apagar el incienso? Siempre me da dolor de cabeza. —Ella no preguntó, simplemente se levantó y se trasladó a una de las mesitas plegables en ruedas que tienen en los hospitales. Había incienso atrapado en un pequeño brasero, una vara larga de madera, un pequeño cuchillo, y dos velas encendidas. Era un altar, su altar, o una versión portátil del mismo.

—No te lo tomes a mal, pero ¿por qué estás aquí y no una enfermera?

Ella habló de espaldas a mí, mientras apagaba el incienso.

—Porque si la criatura que te atacó intenta matarte por segunda vez, la enfermera probablemente no se percataría de lo que está ocurriendo hasta que fuera demasiado tarde. —Ella se acercó y se sentó de nuevo a la cama. Me le quedé mirando.

—Creo que la enfermera se daría cuenta si un cadáver que come carne entrara en la habitación.

Ella sonrió y fue paciente, incluso condescendiente.

—Tú y yo sabemos que tan horribles son sus agentes, el verdadero peligro está en el maestro.

Mis ojos se abrieron. No pude evitarlo. El miedo se clavó en mi garganta.

—¿Cómo sabes que…?

—Me tocó el poder, cuando ayudé a echarlo fuera de ti. Oí su voz, sentía su presencia. Estaba dispuesto a matarte, Anita, a drenarte la vida.

Tragué fuerte, mi pulso estaba demasiado rápido.

—Me gustaría una enfermera, por favor.

—¿Tienes miedo de mí? —Sonrió cuando lo dijo. Empecé a decir que no, pero luego…

—Sí, pero no es nada personal. Simplemente, que después de mi encuentro con la muerte, no sé en quién confiar, mágicamente hablando.

—¿Estás diciendo que te salvé porque este maestro me ha permitido hacerlo?

—No sé.

Ella frunció el ceño por primera vez.

—Confía en mí en esto, Anita, no fue fácil salvarte. Tuve que rodearte con la protección, y un poco de la protección era mi propio poder, mi propia esencia. Si no hubiera sido lo suficientemente fuerte, si los nombres a los que pedí ayuda no hubieran sido lo suficientemente fuertes, me habría muerto contigo.

La miré y quise creerle, pero…

—Gracias.

Suspiró.

—Muy bien, voy a buscarte una cara conocida, pero tenemos que hablar. Tu amigo, Ted me dijo una de las marcas que te atan al hombre lobo y el vampiro. —Algo tiene que haber demostrado mi cara, porque, dijo—: lo que necesitaba saber para poder ayudarte. Te salvé la vida en el

momento en que llegué aquí, pero yo estaba tratando de arreglar tu aura, y no pude. —Pasó una mano por encima de mi cuerpo y sentí un rastro de calor que dejaba su poder sobre el mío. Dudó sobre mi pecho, en mi corazón—. Hay un agujero aquí como si hubiera una pieza faltante de ti misma. —Sus manos se deslizaron más abajo en mi cuerpo, y vaciló bajo en el estómago, o en lo alto de mi abdomen dependiendo de cómo lo mire —. Aquí hay otro agujero. Los dos son los puntos chakra, los puntos de energía importante para tu cuerpo. Malos lugares para no tener capacidad de protegerse de los ataques mágicos. —Mi corazón volvió a latir más rápido de lo que debería.

—Ellos están cerrados. He trabajado durante los últimos seis meses para cerrarlos. —Leonora sacudió la cabeza, tendiendo sus manos suavemente hacia delante de mí.

—Si he entendido bien lo que tu amigo me habló de este triunvirato de poder que formas parte, estos espacios son como las tomas de corriente en la pared de tu aura, tu cuerpo. Las dos criaturas tienen los tapones que se ajustan a sus órbitas respectivas.

—No son las criaturas —dije.

—Ted pintó un panorama muy poco halagüeño de ellos.

Fruncí el ceño. Sonaba como algo que Edward haría.

—A Ted no le gusta el hecho de que soy… íntima con los monstruos.

—Ustedes son amantes, entonces.

—Lo que quiero decir… —Traté de pensar en una versión rápida—. Yo estaba durmiendo con ellos en diferentes momentos. Me refiero, por un rato, yo estaba… citando a los dos al mismo tiempo, pero no funcionó.

—¿Por qué no funcionó?

—Nos estábamos invadiendo los sueños los unos a los otros. Pensando los pensamientos del otro. Cada vez que tuvimos relaciones sexuales, era peor, como si el sexo nos atara más y más fuertes, —dejé de hablar, porque no porque había terminado, pero las palabras no eran suficientes. Volví a empezar—. Una noche los tres nos quedamos solos, hablando, tratando de resolver las cosas. Un pensamiento me vino a la cabeza, y no era mío, o yo no creía que fuera mío, pero yo no sabía de quién era. —Me miró, tratando de entender el momento de terror que había sido para mí. Ella asintió con la cabeza, como si entendiera, pero sus siguientes palabras dijeron que había perdido el punto.

—Eso te asustó.

—Sí —dije.

—La falta de control —dijo.

—Sí.

—La falta de intimidad.

—Sí —dije.

—¿Por qué tomaste estas marcas?

—Ellos habrían muerto si no lo hubiera hecho. Todos podríamos haber muerto.

—Así que lo hiciste para salvar tu propia vida.

Se sentó allí, con las manos cruzadas en su regazo, muy a gusto mientras me investigaba las heridas psíquicas. Odio a la gente que está en paz con ellos mismos.

—No, yo no podía perderlos a ambos. Podría haber sobrevivido a perder a uno, pero no a ambos, si no podía salvarles la vida.

—Las marcas te dieron el poder suficiente para superar a tus enemigos.

—Sí.

—Si la idea de compartir tu vida con ellos es tan terrible, ¿por qué sus muertes tienen tanta importancia?

Abrí la boca, la cerré, volví a intentarlo.

—Los amaba, me imagino.

—Tiempo pasado. Los amaba. No, los amo.

De repente me sentí cansada.

—Yo no lo sé. Ya no lo sé.

—Si amas a alguien, entonces tu libertad está restringida. Si amas a alguien, renuncias a buena parte de tu privacidad. Si amas a alguien, entonces ya no se limita a una persona, sino a la mitad de la pareja. Pero pensar o comportarse de otra manera es el riesgo de perder ese amor.

—No es como tener que compartir el baño, o discutir sobre qué lado de la cama elegir. Están tratando de compartir mi mente, mi alma.

—¿De verdad crees eso último sobre tu alma?

Me senté en la almohada, y cerré los ojos.

—No lo sé. Supongo que no, pero… —Abrí los ojos—. Gracias por salvarme la vida. Si alguna vez le puedo devolver el favor, lo haré, pero no te debo una explicación de mi vida personal.

—Tienes toda la razón. —Se enderezó los hombros como si tirara de ella hacia atrás, y de repente parecía menos intrusiva, más formal—. Volvamos a la analogía de los agujeros como tomas de luz, y los hombres

son los tapones que se adaptan a ellos. Lo que hiciste fue sellar sobre los agujeros, cubrirlos con yeso. Cuando el maestro atacó, su poder te arrancó la escayola y volvió a abrir los agujeros. No se puede cerrar estos agujeros con tu propia aura. No me puedo imaginar la cantidad de esfuerzo que te tardó en poner parches sobre ellos. Ted me dijo que estabas aprendiendo el ritual de una bruja.

Sacudí la cabeza.

—Ella es más psíquica que bruja. No es una religión, es una capacidad natural.

Leonora asintió.

—¿Ella aprueba el cierre de los agujeros de la forma en que lo hiciste?

—Yo le dije que quería aprender a defenderme de ellos, y ella me ayudó a hacer eso.

—¿Te dijo que era una reparación temporal?

Fruncí el ceño.

—No.

—Tu hostilidad crece cada vez que nos acercamos al hecho de que usted ha dado a estos dos hombres en efecto, las llaves de tu alma. No se puede bloquear de forma permanentemente, y tratando de hacerlo te debilita, y probablemente ellos también.

—Todos vamos a tener que vivir con eso —dije.

—Casi no vives con eso.

Tenía mi atención ahora.

—¿Estás diciendo que la razón de que el maestro era capaz de casi matarme era la debilidad de mi aura?

—Él te habría herido gravemente, incluso sin ellos, pero creo que los agujeros te hacen incapaces de resistirte a él, especialmente con los agujeros recién empezados como estaban. Piensa en ellos, tal vez, como heridas, recién abrió heridas que cualquier infección sobrenatural puede entrar por ahí.

Pensé en lo que estaba diciendo. Yo lo creía.

—¿Qué puedo hacer?

—Los agujeros están destinados a ser ocupados por una sola cosa, las auras de los hombres que amabas. El aura de ahora debe ser como un rompecabezas con piezas que faltan, y sólo ustedes tres juntos son un todo ahora.

—No puedo aceptar eso.

Ella se encogió de hombros.

—Acéptalo o no, pero aún es la verdad.

—No estoy dispuesta a renunciar a la lucha todavía. Gracias de todos modos.

Se puso de pie, con el ceño fruncido.

—Haz lo que quieras, pero recuerda que si te enfrentas a otros poderes sobrenaturales, entonces no serás capaz de protegerte de ellos.

—Ha sido así durante un año. Creo que lo puedo manejar.

—¿Eres tan arrogante, o simplemente no te determinas a hablar más de ello? —Me miró como si esperara una respuesta.

—Le di lo único que tenía. Ya no quiero hablar más.

Ella asintió.

—Entonces voy a buscar a tu amigo, y estoy segura de que el médico va a querer hablar contigo.

Se dio la vuelta y se marchó.

La habitación estaba muy tranquila, llena de silencio del que los hospitales son tan aficionados. Miré su altar improvisado y me pregunté qué había tenido que hacer para salvarme. Por supuesto, yo sólo tenía su palabra de eso. En el momento pensé que, lo siento. ¿Por qué fui tan desconfiada de ella? ¿Porque ella era una bruja?, De la misma manera que Marks me odiaba por ser un nigromante ¿O era sólo que no me gusta la verdad que me estaba diciendo? Que yo no podía defenderme de criaturas mágicas hasta que los agujeros en mi aura se hayan cubierto. Me había llevado la mayor parte de los últimos seis meses para llenar esos huecos. Seis meses de esfuerzo, y se abrieron de nuevo. Mierda.

Pero si estaban abiertas, ¿por qué no tengo la sensación de Jean-Claude y Richard? Si las marcas fueron verdaderamente abiertas de nuevo, entonces ¿por qué no hay un estallido de proximidad? Necesitaba llamar a mi profesora Marianne. Confiaba en que me dijera la verdad. Ella me había advertido que el simple bloqueo de las marcas era sólo temporal. Pero ella me ayudó a hacerlo porque sentía que necesitaba algún tiempo para adaptarme, para aceptar. Yo no estaba segura de que había otros seis meses para oración y meditación, visualización psíquica, y el celibato en mí. Había tomado todo eso, poder y energía. La suya y la mía.

Por supuesto, Marianne me ha enseñado otras cosas, y una de ellas las he podido comprobar yo misma. Podría pasar la mano por mi propia aura y ver si los agujeros estaban allí. El problema era que necesitaba mi mano

izquierda para eso, y estaba envuelto en vendas, atada a un cofre con un tubo en el mismo.

Ahora que estaba sola y no era molestada con preguntas difíciles, comencé a sentir mi cuerpo. Me dolió. Cada vez que movía mi espalda, me dolía. Algunos eran el dolor sordo de los golpes, pero hay dos puntos donde tenía una picadura aguda de las cosas que habían sangrado. Traté de recordar cómo me podría haber cortado mi espalda. El cristal de la ventana cuando el cuerpo nos llevó de vuelta a través de ella, tenía que ser eso.

Mi cara me dolía desde la mandíbula hasta la frente. Me acordé del cadáver pegándome un revés. No había sido casual, sino que me había tirado medio sin sentido. Sólo una vez me gustaría conocer a un tipo de muertos vivientes que no fuera más fuerte que una persona viva.

Levanté el cuello suelto de mi bata de hospital y encontré almohadillas redondas pegadas a mi pecho. Miré el monitor del corazón junto a la cama, el sonido tranquilizador me dijo que mi corazón todavía estaba trabajando. Tuve un repentino recuerdo del momento en que mi corazón se había detenido, cuando el maestro había querido que se detuviera. De repente me sentí fría, y no era el aire acondicionado. Era que había llegado muy cerca de la muerte ayer… hoy en día. Yo no sabía qué día era. Sólo el sol que presiona contra las persianas, me dejo saber que era de día y no noche.

Había manchas rojas en la piel de la parte superior del cuerpo, como quemaduras de sol. Toqué una, con suavidad. Me dolió. ¿Cómo diablos había recibido quemaduras? Levanté la bata hasta que se hizo una cueva y pude ver por la línea de mi cuerpo, por lo menos hasta la mitad del muslo, donde el peso de las sábanas me ocultó a la vista. Hubo un vendaje debajo de mi caja torácica. Me acordé de la de la boca de la cosa sobre mi piel mientras me acunaba con dulzura. El momento en que mordió… Empujé el recuerdo a la distancia. Más tarde, mucho, mucho más tarde. Miré mi hombro izquierdo, pero las marcas de raspaduras de los dientes ya habían formado costras.

Costras ¿Cuánto tiempo había estado fuera? Un hombre entró en la habitación. Él parecía familiar, pero yo sabía que no lo conocía. Él era alto con el pelo rubio y gafas de montura de plata.

—Yo soy el doctor Cunningham, y estoy muy contento de verte despierta.

—Yo también —dije. Él sonrió y me empezó a comprobar otra vez. Utilizó una linterna de bolsillo y me hizo seguir la luz, el dedo, y siguió

mirando a los ojos tanto tiempo, me tenía preocupada.

—¿He tenido una conmoción cerebral?

—No —dijo—. ¿Por qué? ¿Le duele la cabeza?

—Un poco, pero creo que es el incienso de salvia.

Parecía avergonzado.

—Lamento eso Sra. Blake, pero parecía que todo esto era muy importante y, francamente, no sé por qué estuvo a punto de morir, para empezar, o por qué no seguía muriendo, dejé que ella hiciera lo que quería.

—Pensé que mi corazón se detuvo —dije. Se puso el estetoscopio en los oídos y lo apretó contra mi pecho.

—Técnicamente, sí. —Dejó de hablar, escuchó mi corazón. Me pidió que respirara profundamente un par de veces, y luego hizo algunas notas sobre la tabla a los pies de mi cama—. Sí, su corazón se detuvo, pero no sé por qué se detuvo. Ninguna de sus heridas era tan graves, o para esa materia, ese tipo de lesión, —sacudió la cabeza y volvió a mirarme.

—¿Cómo me hice las quemaduras en el pecho?

—Hemos utilizado el desfibrilador para iniciar su corazón. Puede dejar quemaduras leves.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días. Este es su tercer día con nosotros.

Tomé una respiración profunda y traté de no entrar en pánico. Había perdido dos días.

—¿Han habido más asesinatos?

La sonrisa se marchito en el rostro, dejando sus ojos aún más grave de lo que habían sido.

—¿Te refieres a los asesinatos de la mutilaciones?

Asentí.

—No, han habido más.

Solté la respiración.

—Bien. —Tenía el ceño fruncido ahora.

—¿No más preguntas acerca de su salud? ¿Sólo sobre los asesinatos?

—Ha dicho que no sabe por qué casi me muero, o por qué no seguí adelante y morí. Supongo que eso significa que Leonora Evans me ha salvado.

Parecía aún más incómodo.

—Todo lo que sé es que una vez que le permití poner las manos sobre usted, su presión arterial comenzó a volver a subir, su ritmo cardíaco se

estabilizó. —Sacudió la cabeza—. Simplemente no sabemos lo que ocurrió, y si sabía lo difícil que es para un médico, cualquier médico, admitir la ignorancia, sería mucho más impresionante dicho por mí. —Me sonrió.

—En realidad, he estado en el hospital antes. Agradezco que me dijera la verdad y no tratara de reclamar el crédito de mi recuperación milagrosa.

—Milagrosa es una buena palabra para ello. —Me tocó la cicatriz de cuchillo fino en el antebrazo derecho—. Usted tiene una buena colección de heridas de guerra, Sra. Blake. Creo que usted ha visto muchos los hospitales.

—Sí —dije.

Sacudió la cabeza.

—Tiene ¿cuántos, veintidós, veintitrés…?

—Veintiséis años —dije.

—Te ves más joven —dijo.

—Está siendo cortes —dije.

—No —dijo—, no lo soy. Sin embargo, contar con este tipo de cicatrices a los veintiséis años no es una buena señal, Sra. Blake. Hice mi residencia en una sección muy mala de una ciudad muy grande. Solíamos tener una gran cantidad de miembros de pandillas. Si vivían para ver los veintiséis años, sus cuerpos se parecían al suyo. Cicatrices de cuchillo… —Se inclinó sobre la cama y levantó la manga de la bata suficiente para tocar la herida de bala curada en mi brazo—… las heridas de bala. Incluso teníamos una banda de Cambiaformas, por lo que he visto las marcas de garras y mordiscos, también.

—Usted debe haber estado en Nueva York —dije.

Él parpadeó.

—¿Cómo lo sabes?

—Es ilegal para un propósito dar licantropía a un menor, aun con su permiso, por lo que los líderes de pandillas fueron sometidos a una sentencia de muerte. Se enviaron a las fuerzas especiales, junto con Nueva York para acabar con ellos.

Asintió con la cabeza.

—Salí de la ciudad justo antes de que lo hicieran. Yo había tratado muchos de estos niños. —Sus ojos eran distantes, con el recuerdo—. Hemos tenido dos de ellos durante el tratamiento. Luego no los dejaban más en el hospital.

—La mayoría de ellos vivieron probablemente de todos modos, doctor

Cunningham. Si la herida inicial, no mata de inmediato, probablemente no se van a morir.

—¿Está tratando de consolarme? —preguntó.

—Tal vez.

Él me miró.

—Entonces te diré lo que le dije a todos ellos. Salta. ¡Salta fuera de esta línea de trabajo o no vivirás para ver los cuarenta!

—Yo realmente me preguntaba si iba a llegar a los treinta años —dije.

—¿Era una broma?

—Creo que sí.

—Usted conoce el viejo dicho, medio en broma, todo en serio —preguntó.

—No puedo decir que lo he oído.

—Escúchate a ti misma, Sra. Blake. Encuentre algo un poco más seguro que hacer.

—Si yo fuera un policía, no estaría diciendo esto.

—Nunca he tratado a un policía con muchas cicatrices. Lo más cercano que he visto nunca fuera de las pandillas era un marino.

—¿Le dijiste que dejara su trabajo?

—La guerra había terminado, Sra. Blake. Deberes militares normales, solos no son peligrosos. —Me miró, todo grave. Miré hacia atrás, inexpresiva, sin darle nada. Suspiró—. Haga lo que quiera hacer, no es de mi incumbencia de todos modos. —Se volvió y caminó hacia la puerta. Lo llamé.

—Aprecio la preocupación, doctor. De verdad.

Él asintió con la cabeza, una mano en cada lado de su estetoscopio como si fuera una toalla.

—Aprecia mi preocupación, pero va a pasar por alto mi consejo.

—En realidad, si vivo después de este caso, estoy planeando tomar un tiempo libre. No es el tipo de lesión, doctor. Es la erosión de la ética que está empezando a llegar a mí.

Tiró del estetoscopio.

—¿Me estás diciendo que si yo creo que te ves mal, tengo que ver el otro tipo?

Miré hacia abajo.

—Yo ejecuto a las personas, doctor Cunningham. No hay cuerpos que mirar.

—¿No significa que ejecutas a los vampiros? —dijo.

—Hace un tiempo, eso es lo que querría decir.

Tuvimos otro buen rato de mirarnos el uno al otro, entonces él dijo:

—¿Estás diciendo que matas a seres humanos?

—No, estoy diciendo que no hay tanta diferencia entre vampiros y seres humanos como me decía a mí misma.

—Un dilema moral —dijo.

—Sí —dije.

—Yo no envidio el problema, Sra. Blake, pero trate de mantenerse fuera de la línea de fuego hasta que averigüe la respuesta a ella.

—Yo siempre trato de permanecer fuera de la línea de fuego, doctor.

—Traté más duro —dijo y se marchó.



CUARENTA Y TRES

Edward entró por la puerta antes de que tuviera tiempo de verla cerrada. Llevaba una de esas camisetas de manga corta con pequeños bolsillos en el frente. Si hubiera sido marrón, hubiera dicho que parecía vestido para un safari, pero la camisa era negra. Lo mismo que sus pantalones vaqueros recién prensados, el cinturón que rodeaba su cintura estrecha, había negro hasta sobre la hebilla del cinturón, para que no brillara en la oscuridad y de reflejos. La hebilla de cinturón igualó la pistolera y el arma que se veía en el pecho. Había una línea blanca en el cuello de la camisa abierta, pero no se veía la oscuridad. Su pelo y los ojos son aún más pálidos. Era la primera vez que lo había visto sin el sombrero de vaquero en el exterior desde que llegué.

—Si estás vestido para mi funeral, es demasiado informal. Si es sólo ropa de calle, entonces debes asustar a los turistas.

—Estás viva. Bien —dijo.

Le di un vistazo.

—Muy gracioso.

—Yo no estaba siendo divertido.

Nos miramos uno a otro.

—¿Por qué tan serio Edward?, le pregunté al doctor, y él dijo que no había habido más asesinatos. —Sacudió la cabeza y llegó a estar a los pies de la cama, cerca del altar improvisado. Terminé mirando hacia abajo la longitud de la cama de él, y era difícil. Encontré el botón de control con la mano derecha y levanté la cabeza de la cama lentamente. Había estado en las camas de hospital lo suficiente para saber dónde estaba todo.

—No, no ha habido más asesinatos —dijo.

—Entonces, ¿Por qué con la cara larga? —Yo estaba prestando atención a mi cuerpo, mientras que la cama se levantaba, esperando a que doliera. Me dolía todo el cuerpo, eso tiende a pasar después de ser lanzada contra las paredes. Me dolía el pecho, y no fueron sólo las quemaduras. Me detuve cuando estaba sentada lo suficiente como para verlo sin esfuerzo. Me dio una sonrisa muy pequeña.

—Casi mueres, y me preguntas ¿qué tiene de malo?

Levanté las cejas ante él.

—No sabía que te importaba.

—Más de lo que debería.

No sabía qué decir a eso, pero lo intente.

—¿Significa esto que no me vas a matar sólo por deporte?

Él parpadeó, y la emoción se había ido. Edward estaba allí de pie mirándome, su vacuidad habitual se mostraba en su rostro.

—Sabes que sólo mato por dinero.

—Mentira —dije—. Te he visto matar a la gente cuando no estabas recibiendo un cheque de pago.

—Sólo cuando estoy contigo.

Traté de jugar duro y como un chico. Él no notó nada de eso. Traté con honestidad.

—Te ves cansado, Edward.

Él asintió con la cabeza.

—Lo estoy.

—Si no ha habido más asesinatos, ¿por qué estás tan agotado?

—Bernardo sólo salió del hospital ayer. —Arqueó las cejas.

—¿Qué tan grave fue herido?

—Brazo roto, una conmoción cerebral. Va a sanar.

—Bien —dije. Todavía había un aire de extrañeza en él, más que extrañeza, como si hubiera más que decir y él no quería decirlo.

—Tira el otro zapato, Edward.

Sus ojos estaban entornados.

—¿Qué quieres decir?

—Dime lo que tiene preocupados a todos.

—Traté de ver a Nicky Baco sin ti o Bernardo.

—¿Bernardo te dijo de la reunión?, —pregunté.

—No, tu amigo el detective, Ramírez —dijo. Eso me sorprendió.

—La última vez que hablé con él, insistía en ir conmigo a ver a Baco.

—Él todavía quería venir, pero Baco no volvería a ver ninguno de nosotros. Insistió en que tenías que ser tú y Bernardo, o por lo menos, tú tenías que estar allí.

—No estás molesto porque Nicky no habló contigo —dije—. Dime.

—¿Realmente necesitas a Baco, Anita?

—¿Por qué?

—Sólo responde la pregunta.

Conocía a Edward lo suficiente para saber que si no le contestaba su pregunta él no respondería la mía.

—Sí, lo necesito. Él es un nigromante, Edward, y lo que esta cosa es, es sólo una forma de nigromancia.

—Pero tú eres un mejor nigromante de lo que él es, más fuerte.

—Tal vez, pero yo no sé mucho acerca de la nigromancia ritual. Lo que yo hago está más cerca del vodoo que la nigromancia ritual. —Me dio una sonrisa tenue, sacudiendo la cabeza.

—¿Y qué es exactamente la nigromancia tradicional, y cómo estás tan segura de que Baco la practica?

—Si él fuera un animador, habría oído hablar de él. Simplemente no hay muchos de nosotros. Así que no levanta zombies. Pero tú y todos los demás en la comunidad metafísica en los alrededores de Santa Fe aseguran que Baco trabaja con los muertos.

—Yo sólo sé de su reputación, Anita. Yo nunca le he visto hacer esa mierda.

—Muy bien, pero lo he conocido. No hace vudú. He visto lo suficiente para saber los adornos y la sensación de ello. Así que si él no es un reanimador de zombis o un sacerdote vudú, y la gente todavía lo llama, un

nigromante, entonces debe hacer nigromancia ritual.

—¿Lo que es…? —dijo Edward.

—Que yo sepa es elevar los espíritus de los muertos para ordenarle los propósitos de la adivinación o para hacer consultas.

Edward sacudió la cabeza.

—Todo lo que Baco hace, tiene que ser peor que el aumento de algunos fantasmas. La gente tiene miedo de él.

—Hubiera sido amable de tu parte mencionarlo antes de que lo conociera por primera vez —dije. Tomó una respiración profunda, con las manos en las caderas, no me miraba.

—Fui descuidado.

Le miré.

—Eres un montón de cosas, Edward. Descuidado no es uno de ellas.

Asintió con la cabeza y me miró.

—¿Qué tal competitivo?

Fruncí el ceño.

—Competitivo, lo entiendo. Pero ¿qué tiene eso que ver con el Baco?

—Yo sabía que su bar es el lugar de reunión de los hombres-lobo locales.

Lo miré, solo lo miré. Cuando cerré mi boca, le dije:

—Tú y tu competitividad de mierda. Nos dejas ir a Bernardo y a mí sin prepararnos. Podrías haber conseguido que nos mataran.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme por qué te hice caminar a ciegas? —preguntó.

—Déjame adivinar. Querías ver cómo iba a manejarlo en frío, tal vez como Bernardo lo manejaría, o tal vez ambas cosas. —Él asintió con la cabeza—. Mierda, Edward. Esto no es un juego.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. Has estado ocultándome cosas desde el momento en que bajé del avión. Sigues probando mis nervios para ver si son mejores que los tuyos. Es tan de secundaria, tan condenadamente… —Tuve problemas para encontrar la palabra adecuada—… es una cosa tan de chicos.

—Lo siento —dijo, y su voz era suave. La disculpa me detuvo, agotada, parte de la justa indignación.

—Nunca te he oído disculparte por nada, Edward, con nadie.

—Ha sido un largo tiempo desde que dije que lo sentía a nadie.

—¿Significa esto que los juegos acabaron, y que vas a dejar de tratar de ver quién es la más grande y más mala persona?

Asintió con la cabeza.

—Eso es lo que significa.

Me quedé allí y lo miré.

—¿Se trata sólo de estar con Donna, o es algo más comenzando a abrirse de ti?

—¿Qué quieres decir?

—Si no dejas toda esta mierda sentimental, voy a empezar a pensar que eres un simple mortal como el resto de nosotros.

Sonrió.

—Hablando de los inmortales —dijo.

—No hablábamos —dije.

—Estoy cambiando de tema —dijo.

—Muy bien.

—Si este monstruo es realmente el coco versión azteca, entonces es un infierno de coincidencia que el Maestro de la ciudad, que resulta ser un azteca, no sabe nada al respecto.

—Hemos hablado con ella —dijo Edward.

—¿Crees que una vampiresa, incluso un Maestro de la ciudad, podría hacer todas las cosas que hemos estado viendo?

Lo pensé, pero finalmente dije:

—No sólo de los poderes vampíricos, no, pero si ella fue una especie de hechicera azteca en vida, podría mantener sus poderes después de la muerte. Yo no sé mucho acerca de la magia azteca. No se sabe un montón. Ella era diferente de cualquier vampiro que he conocido. Se podría decir que era un mago en la vida.

—Creo que necesitas volver a verla.

—¿Y qué, le pregunto si está involucrada en el asesinato y la mutilación de una veintena de personas?

Sonrió.

—Algo así.

Asentí.

—Está bien. Cuando salga del hospital, una visita al vampiro central sube a la cabeza de mi lista.

Su cara se puso muy blanca.

—¿Qué pasa, Edward?

—¿Realmente necesitas a Baco? —dijo.

—Sentí esto la primera noche de mi llegada o el primer día. Se volvió, y se protegió. No lo sentí tan fuerte desde esa vez. Baco puede percibirlo, también, y él le tiene miedo. Así que sí, quiero hablar con él.

—No crees que él está detrás de esto.

—He sentido el poder de esta cosa. Baco es poderoso, pero no es tan poderoso. Cualquiera que sea esta cosa, no es humana.

Suspiró.

—Bien. —Lo dijo como si hubiera tomado una decisión—. Baco dice que tienes que reunirte con él antes de las diez de esta mañana o no te molestes en ir. —Busqué en la habitación hasta encontrar el reloj en la pared. Eran las ocho.

—Mierda —dije.

—El doctor dice que necesitas por lo menos otras veinticuatro horas aquí. Leonora Evans dice que si el monstruo lo intenta de nuevo, no lo lograrás.

—Tienes un punto —dije.

—Casi no te lo dije.

Me estaba empezando a sentir molesta.

—Yo no necesito que me protejan, Edward. Pensé que de todas las personas, tú me conocías mejor eso.

—¿Estás segura de que estás a la altura? —Casi acabo de decir sí, pero estaba tan cansada. Era un cansancio de huesos que no tenía nada que ver con la falta de sueño. Estaba herida, y más allá de las magulladuras y cortes que yo podía sentir.

—No —dije.

Él parpadeó.

—Te debes sentir como una mierda para admitirlo.

—Me he sentido mejor, pero algo está asustando a Baco. Si él dice que cumpla antes de las diez de esta mañana, nos encontraremos. Tal vez el gran malo viene a buscarlo a las once de hoy. No nos podemos perder eso, ¿verdad?

—Tengo una bolsa de ropa limpia en el pasillo para ti. Cortaron tu sobaquera en la sala de emergencia, y la vaina de la columna vertebral.

—Mierda —dije—, la vaina de la columna vertebral fue un trabajo a medida.

Se encogió de hombros.

—Puedes pedir uno nuevo.

Se dirigió a la puerta, salió un momento y luego regresó con una bolsa de viaje pequeña. Dio la vuelta al lado de la cama, la silla de Leonora estaba en vacía. El otro lado de la cama estaba un poco demasiado, lleno con el equipo para los visitantes.

Lo abrió y comenzó a sacar la ropa. Su camisa negra encajaba perfectamente alrededor de las costillas. Expuso la ropa en montones aseados, jeans negro, camisa polo negro, calcetines negros, incluso la ropa interior y sujetador emparejado con el tema.

—¿Qué pasa con el esquema de colores funerarios?

—La camisa polo azul y los pantalones vaqueros están en la basura. Lo único que quedaba era negro, rojo y violeta para las camisas. Necesitamos algo oscuro el día de hoy, de autoridad. —¿Por qué estás de negro? entonces estaba viendo la manera en que la camisa estaba puesta. No era un arma de fuego. No pensé que eran cuchillos.

—¿Qué hay en la camisa?

—El blanco muestra la sangre.

—¿Qué hay debajo de tu camisa, Edward? —sonrió y se desabrochó los botones del medio. Él tenía lo que parecía una banda funda vientre atada a través de su cuerpo superior. Pero no era un arma de fuego. Eran piezas de metal, demasiado grandes para ser de munición y también de forma irregular en el extremo que pude ver. Parecían pequeñitos dardos de metal diminutos…—. ¿Son una especie de Itty-Bitty lanza-cuchillos?

Asintió con la cabeza.

—Bernardo dice que si les sacó un ojo a los desollados eso no les gusta.

—Le saqué los ojos a ellos dos veces, y cada vez parecía herirlos y desorientarlos. A decir verdad, no pensé que Bernardo se diera cuenta de lo que estaba haciendo. —Sonrió y comenzó a abotonarse la camisa.

—No debes subestimarlo.

—¿Podría realmente golpear un ojo al lanzar una de esas cosas?

Saco uno de su funda pequeña y lo tiró contra la pared en un movimiento de la mano. Atravesó uno de los diseños minúsculos en el fondo de escritorio de la habitación.

—Yo no puedo golpear una mierda con algo como eso.

Lo recuperó de la pared y lo reemplazó en el pecho, y se dirigió hacia mí.

—Puedes incluso tener tu propio lanzallamas, si lo deseas.

—¡Caramba, y ni siquiera es Navidad!

Él sonrió.

—No es Navidad, más parecido a la Pascua.

Fruncí el ceño hacia él.

—No entiendo la referencia de Pascua.

—Has vuelto de entre los muertos, ¿o nadie te lo dijo?

Sacudí la cabeza.

—Decirme, ¿qué?

—Tu corazón se detuvo tres veces. Ramírez te mantuvo con RCP hasta que los médicos llegaron. Pero te perdieron dos veces. Ibas hacia abajo por tercera vez cuando Leonora Evans, los convenció de que la dejaran intentar salvarte con algunos de sus trucos de religión de antaño. —Mi corazón estaba latiendo de pronto demasiado fuerte, y yo podría haber jurado que el interior de las costillas dolía con cada latido.

—¿Estás tratando de asustarme?

—No, sólo explicaba la referencia a la Pascua. Sabes, Cristo resucitó de entre los muertos.

—Ya entiendo, lo entiendo. —De repente me sentí asustada y enfadada. Soy rara vez lo uno sin ser lo otro.

—Si todavía eres creyente yo encendería una vela o dos —dijo.

—Voy a pensar en ello —dije, y mi voz sonaba defensiva incluso para mí. Él estaba sonriendo de nuevo, y estaba empezando a desconfiar de su sonrisa, casi tanto como del resto de él.

—O tal vez debas hablar con Leonora y preguntarle a quien pidió ayuda. Tal vez no es una vela de la iglesia lo que necesitas encender. ¿Necesitas la masacre de unas cuantas gallinitas?

—Las Wiccan no matan cosas para aumentar el poder.

Se encogió de hombros.

—Lo siento, no enseñan la religión comparada o la metafísica en la escuela de asesinos.

—Me has asustado, me recordaste cuán herida estoy, y ahora estás aprovechándote de mí, riéndote de mí. ¿Quieres que me levante de esta cama y cumpla con Baco o no? —Su rostro era serio, el último de los humores se escapaba como el derretimiento del hielo que se establece un plato caliente.

—Quiero que hagas lo que tienes que hacer, Anita. Pensé que querías llegar a este hijo de puta a cualquier precio. —Me tocó la mano derecha.

No la sostenía, sólo la tocaba, y luego se alejó—. Yo estaba equivocada. Hay algunas cosas que no estoy dispuesto a pagar.

Antes de que pudiera pensar en nada que decir, se volvió y se fue. No estaba segura de que me confundía más, este caso, o el Edward nuevo y más emocional. Pude ver el reloj. Mierda. Tenía una hora y cuarenta minutos para vestirme, salir del hospital en contra de las órdenes del médico, y conducir a Los Duendos. Yo estaba apostando a discutir con el doctor Cunningham iba a tomar más tiempo que cualquiera de los otros dos.



CUARENTA Y CUATRO

Apreté el botón para elevar lentamente la cama. Mientras más me acercaba a una posición sentada, más me dolía. Me dolía el pecho, como si los músculos alrededor de las costillas hubiesen sido usados en exceso. Los cortes en la espalda dolían al sentarme y probablemente, caminar. Había una cierta rigidez en la piel, como un zapato con cordones amarrados demasiado fuerte, eso me dijo que tenía puntos de sutura en la espalda. Sería un dolor mayor cuando me ponga en movimiento. Nada se siente tan mal como puntos de sutura. Me pregunté cuántos tenía en mi espalda. Se sentía como un montón.

Cuando ya estaba sentada, esperé unos segundos para escuchar a mi cuerpo quejarse. Por lo general no recibía este daño hasta el final de un caso. Yo ni siquiera había alcanzado a la gran cosa mala cara a cara todavía. Casi me mata desde una distancia supuestamente segura y agradable.

Me dediqué a pensar en eso por un momento. Casi había muerto. Parece como si debería obtener un par de días de gracia antes de tener que rastrear de nuevo a los malos. Sin embargo, la delincuencia y la marea no esperan a ninguna mujer, o algo así. Admito que lo pensaba sólo en palabras, sólo dejar que alguien más sea heroico para hacer un cambio. Sin embargo, el momento en que lo pensé seriamente, me aparecía en la guardería y veía las cunas salpicadas en rojo. Yo no podía estar aquí y confiar en que todo el mundo podría arreglárselas sin mí. Simplemente no podía hacerlo.

Estuve vestida hasta la mitad de mis brazos cuando me di cuenta que no podía sacarme las almohadillas adhesivas que me conectaban al monitor de corazón. Simplemente sacarlas daría al personal del hospital un poco de excitación.

Finalmente pulsé el botón de llamada de enfermera. Tenía que desenchufarme todos los goteros y las máquinas.

La enfermera vino casi de inmediato, significa que o bien en el hospital había más personal de enfermería en el personal que la mayoría de los hospitales puede permitirse en estos días, o yo estaba muy herida y estaban prestando especial atención a mí. Tenía la esperanza de un aumento de enfermeras, pero no apostaba a ello.

La enfermera era más baja que yo, muy pequeña, con el pelo rubio corto. Su sonrisa profesional se marchitó cuando me vio sentada y vestida, obviamente saliendo.

—¿Qué está haciendo, Sra. Blake?

—Vestirme —dije.

Sacudió la cabeza.

—No lo creo.

—Mira, yo prefiero ayuda para sacarme todos los tubos y cables, pero los sacaré igual, porque me voy.

—Traeré al doctor Cunningham.

Se dio la vuelta y se marchó.

—Hágalo —dije a la habitación vacía. Tomé un apretón de muerte en los pequeños cables y las almohadillas adhesivas y tiré. Se sentía como si me hubiera arrancado un pedazo de piel y todo con ellas, un fuerte, dolor, como si hiciera daño a tocar la piel. El grito alto de la máquina significaba que ya no oirían a mi corazón hacer bip-bip en el otro extremo de los cables. El sonido me recordó a la incómoda alarma de incendios, aunque

era mucho menos desagradable.

Las almohadillas me habían dejado grandes ronchas circulares en la piel, pero no eran tan grandes como se sentían. El hecho de que los cardenales fueran daño suficiente como para elevarse por encima de todos los otros malestares y dolores te permite saber que tan despellejada se sentía mi piel.

El Doctor Cunningham entró, mientras yo seguía trabajando en la cinta que me ataron en las manos junto a la IV. Se volvió hacia el monitor.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó.

—Vestirme.

—¡Cómo el infierno que no! —Miré su rostro furioso y simplemente no tenía ninguna ira para tirar hacia él. Yo estaba demasiado cansada y herida y sería una pérdida de energía hacer otra cosa más que el proceso de levantarme y salir de esta cama.

—Tengo que irme, doctor. —Seguí recogiendo la cinta y no estaba haciendo mucho progreso. Necesitaba un cuchillo—. ¿Dónde están mis armas? —Hizo caso omiso de la cuestión, y pregunto una él.

—¿Dónde podrías necesitar ir tan pronto como para salir de esta cama?

—Tengo que volver al trabajo.

—La policía puede manejar las cosas por unos días, Sra. Blake.

—Hay gente que quiere hablar conmigo que no habla con la policía. —Logré sacar un borde de la cinta hacia arriba.

—Entonces sus amigos en el pasillo pueden hablar con ellos. —El Doctor Cunningham recibió puntos por darse cuenta de que Edward y compañía eran la clase de hombres con las que las personas que evitan a la policía pudieran hablar.

—Esta persona no hablara con nadie más que yo. —Finalmente me detuve de recoger la cinta—. ¿Puedes secar esto de mí, por favor? —Tomó aliento, para discutir, creo, pero lo que dijo fue:

—Voy a ayudarte a sacarlos si dejas que te enseñe algo primero. —Debo haberlo mirado como sospechoso, como me sentía, pero asentí con la cabeza.

—Ya vuelvo —y salió de la habitación. Todo el mundo parecía estar haciendo eso hoy. Se había ido el tiempo suficiente para que Edward viniera a ver porque me retenían. Levanté el brazo agarrado, y sacó una navaja de su bolsillo. La hoja corto a través de la cinta como el papel. Edward siempre tuvo buen cuidado de sus herramientas. Yo todavía no

había olvidado que faltaba sacar toda la cinta y la IV del otro brazo.

—Si quieres rápido, lo haré —dijo Edward. Asentí, y arrancó la cinta de mi brazo, junto con la IV.

—¡Ay!

Sonrió.

—Mariquita.

—Sociópata.

El Doctor Cunningham entró con un espejo de mano grande. Su mirada se desvió a Edward y mi brazo ahora libre. No fue una mirada amable.

—Si puede dar un paso atrás por un momento, Sr. Forrester.

—Tú eres el médico —dijo Edward, volviendo a los pies de la cama.

—Lindo que lo recuerden —dijo el doctor Cunningham. Ocupó el espejo en frente de mi cara.

Me miré sorprendida, con los ojos demasiado amplios y tan oscuros que parecían negros. Soy naturalmente pálida, pero mi piel era de un fantasma blanco, etéreo, como el marfil flexible. Fue lo que hizo que mis ojos se vean aún más oscuros de lo normal, o tal vez fue el hematoma. Sabía que me dolía el rostro, y aún más, sabía por qué. Ser golpeada lo suficiente para atravesar la pared debe dejar una marca. El hematoma fue hasta el borde de mi mejilla, justo debajo del ojo, y en la esquina abajo de mi línea de la mandíbula justo debajo de la oreja. Mi piel es un arco iris de color púrpura-negro con un núcleo de piel de color rojo con un rojo más oscuro dispersos a través de ella. Era uno de esos golpes muy profundos que probablemente ni siquiera habrían mostrado más de una marca para el primer día, pero pasaría por todos los cambios de color una vez que comenzó. Había tonos de verde, amarillo y marrón a esperar. Si yo no hubiera tenido tres marcas de vampiros en mí, habría tenido al menos una fractura de mandíbula, o tal vez una fractura en el cuello.

Hubo momentos en que daría casi cualquier cosa para estar libre de las marcas, pero mirando el golpe, sabiendo que sanaron más rápido de lo normal para un ser humano y todavía se veía tan mal, no era uno de esos momentos. Yo estaba agradecida de estar viva. Dije una breve oración en silencio mientras me miraba a la cara. Gracias, Dios mío, por no está muerta. En voz alta, dije:

—Asqueroso, —y le entregué el espejo al médico. Él frunció el ceño, obviamente no era la reacción que él había querido.

—Hay más de cuarenta puntos de sutura en la espalda.

Abrí mis ojos como platos antes de que pudiera detenerlos.

—Caramba, eso es un récord, incluso para mí.

—Esto no es una broma, Sra. Blake.

—Podría ser divertido, doctor.

—Si empieza a moverse, se van a extraer los puntos abiertos. Ahora, si usted tiene cuidado, las cicatrices no serán malas, pero si comienza a moverse, tendrá una cicatriz.

Suspiré.

—Va a tener compañía, doctor.

Se quedó allí, moviendo lentamente la cabeza, el rostro fijado en líneas duras.

—Nada de lo que pueda decir va a hacer ninguna diferencia, ¿verdad?

—No —dije.

—Eres una tonta —dijo.

—Si me quedo aquí hasta que esté curada, ¿qué me voy a decir a mí misma cuando esté mirando hacia abajo en la próxima ronda cuerpos?

—Salvar el mundo no es su trabajo, Sra. Blake.

—Yo no soy tan ambiciosa —dije—. Sólo estoy tratando de salvar algunas vidas.

—¿Y realmente cree que sólo usted puede resolver este caso?

—No, pero sé que soy la única con la que… este hombre hablará. —Casi había dicho Nicky Baco, pero yo no quería que el doctor Cunningham llamara a la policía y dijera a dónde íbamos. No es que lo haría, pero es mejor prevenir que lamentar.

—Yo le dije que la dejaría ir si usted miraba sus lesiones. Puedo mantener mi palabra.

—Aprecio eso, doctor Cunningham. Gracias.

—No me dé las gracias, Sra. Blake. No me dé las gracias. —Se dirigió hacia la puerta, dando tanto el altar improvisado y Edward un medio amplio espacio, como si le incomodara. En la puerta se volvió—. Voy a enviar una enfermera para ayudarle a vestirse, ya que necesitará la ayuda. —Salió antes de que pudiera darle las gracias de nuevo. Probablemente igual de bien.

Edward permaneció hasta que llegó la enfermera. Era una enfermera diferente, alta, morena, si eso no fuera una contradicción. Su mirada se quedó en mi cara magullada más tiempo de lo normal, y cuando ella me ayudó a escapar de la bata, dio un silbido bajo en la espalda. Fue poco

profesional y tipo de no-como-enfermera. Eran por lo general con expresión alegre al punto de la náusea cuando estaba herida o contusa.

—Nada para cubrir lo que le ha sucedido, le molesta.

—Nunca vas a ser capaz de usar un sostén en los puntos de sutura en la espalda —dijo. Suspiré. Yo odiaba ir sin sujetador. Siempre me hizo sentir desvestida no importa lo que yo llevara.

—Vamos a conseguir la camiseta.

La sostuvo y me ayudó a deslizarla por encima de mi cabeza. Poner los brazos para ir a través de la manga hizo que el dolor en la espalda sea agudo e inmediato, como si la piel se separara si me movía demasiado rápido. Me pregunté si eso hubiera sido la analogía que había elegido, el doctor Cunningham no me había advertido acerca de los puntos separándose. Tendría que encogerme de hombros si no hubiera estado segura de que haría daño.

—Yo normalmente trabajo en el vivero —dijo la enfermera que me ayudó a enderezar la camisa, abrochándome los dos primeros botones. La miré, sin saber qué decir. Pero yo no tenía por qué preocuparme. Ella sabía exactamente qué decir.

—Ellos me llamaron después de que destruiste el monstruo. Para la limpieza… —Ella me ayudó a sentarme en el borde de la cama. Me quedé allí durante unos segundos con las piernas colgando fuera del borde, dejando que mi cuerpo se ajuste al hecho de que nos vestíamos, nos vamos a parar… en sólo un segundo.

—Siento que hayas tenido que verlo —dije, porque yo tenía que decir algo, yo ni siquiera estaba a gusto con ella diciendo que había destruido el monstruo. Lo hizo sonar todo muy heroico, y yo me había sentido desesperada. La desesperación es la verdadera madre de la invención, al menos para mí.

Ella empezó a ayudarme en la ropa interior negra, pero la tomé de entre sus manos. Si ni siquiera podía ponerme en mi propia ropa interior, estaba en serios problemas. Empecé a simplemente doblar la cintura, pero no era tan fácil. Bajé un poco a la vez, y todavía estaba muy lejos de lo suficientemente bajo.

—Permítanme comenzar para arriba de las piernas, para que no tengas que doblarte todo el camino —dijo la enfermera.

Finalmente me dejó, e incluso tirando de ellos sólo hasta cubrir parte de mi cuerpo, di en la espalda con una herida tan grande. Me apoyé en la cama

para no caerme, y ni siquiera discutí cuando se agachó para ponerme los calcetines. Nunca alegó que estaba demasiado triste como para marcharse. Era demasiado evidente para discutir sobre ello.

—Yo había trabajado con Vicki durante dos años. Fue el primer trabajo de Meg. —Sus ojos estaban secos, anchos, y me di cuenta de los círculos oscuros debajo de ellos, como manchas de color púrpura, como si no hubiera dormido mucho en los últimos tres días.

Me acordé del cuerpo que había bloqueado la puerta de la guardería, y la enfermera que había sido arrojada por la ventana. Vicki y Meg, aunque probablemente nunca sabría quién había sido quién, ya no importaba. Ellas estaban muertas y no le importaba, y la enfermera me ayudó a caer en un par de jeans negros, parecía demasiado frágil para las preguntas. Mi trabajo consistía en escuchar, y hacer ruidos cuando son necesarios.

Me puse los pantalones vaqueros por encima de mi culo sin ayuda, los botones y cremallera por mí misma. Las cosas estaban mejorando. Yo había intentado meterme la camisa en los pantalones por costumbre, pero requiere más movimiento de vuelta de lo que pensaba.

Además, con la camisa libre, mis pechos estarían un poco menos visibles. Yo estaba realmente muy bien dotada para llevarlos afuera, pero mi modestia no valía la pena el dolor, hoy no.

—Cada vez que cierro los ojos, veo a los bebés. —Estaba arrodillada con uno de mis zapatos en las manos, cuando levantó la vista—. Sigo pensando que debería soñar con mis amigos, pero sólo veo a los bebés, sus pequeños cuerpos, y su llanto. Cada vez que cierro los ojos, oigo los gritos de los bebés. Yo no estaba allí, y los oigo, cada noche. —Las lágrimas estaban finalmente allí, deslizándose en silencio por la cara como si ella no supiera que estaba llorando. Deslizó el zapato en el pie y miró hacia abajo, prestando atención a lo que estaba haciendo.

—Ve a un concejal o un sacerdote o en quien confíes —dije—. Necesitas ayuda. —Puso el otro zapato en la cama, y me miró, las lágrimas secas dejaron líneas por sus pálidas mejillas.

—He oído que hay una especie de bruja que toma estos cadáveres, y hace que ataquen a la gente.

—No es una bruja —dije—. Lo que está detrás de todo esto no es humano. —Puso el zapato en mi pie, con el ceño fruncido.

—¿Es inmortal como un vampiro? —No hice mi discurso habitual de que los vampiros no son inmortales, sólo difíciles de matar. Ella no

necesitaba esa conferencia en particular.

—No lo sé todavía.

Ató los cordones de mi zapato, pero no demasiado apretado, como si lo hiciera con regularidad. Ella me miró con esos ojos extraños, vacíos, el dolor todavía visible en su cara.

—Si no es inmortal, mátalo. —Su rostro mostró la confianza absoluta que suele reservarse para los niños pequeños o personas que no están absolutamente bien. No había duda en sus ojos sorprendidos, en aquel rostro pálido. Yo respondí a la confianza. La realidad podría esperar hasta que ella esté preparada para ello. Le dije lo que necesitaba escuchar.

—Si puede morir, voy a matarlo.

Lo dije porque era lo que necesitaba escuchar. Lo dije porque después de lo que lo había visto hacer, ese era el plan. Tal vez había sido el plan todo el tiempo. Conociendo a Edward, ese siempre fue su plan. Dijo que resolvería el caso cueste lo que cueste, lo que quiere decir, matar, matar a todos. Como un plan, que había oído mal. Como una forma de vida, que carecía de un cierto romanticismo. Como una forma de mantenerse con vida, fue casi perfecto. Como una forma de mantener tu alma intacta, anhelada. Pero yo estaba dispuesta a cambiar un pedazo de mi alma para parar esta cosa. Y tal vez es mi mayor problema. Siempre estaba dispuesta a ceder mi alma si sacaba el gran mal. Pero siempre parece haber otro gran mal, bajando por la carretera. No importa cuántas veces salve el día y saque el monstruo, siempre había otro monstruo, y siempre lo habría. El suministro de monstruos era ilimitado. Yo no lo era. Las partes de mí misma que estaba utilizando para matar a los monstruos era finita, y una vez que la use toda, no habría vuelta atrás. Sería Edward en lata. Podría salvar al mundo y perderme a mí misma.

Y contemplando el rostro de la mujer, viendo que la fe perfecta llenaba su mirada perdida, no estaba segura de que el trato era bueno, pero yo estaba segura de una cosa. No podía decir que no. No podía dejar que los monstruos ganaran, ni siquiera si ello significaba convertirme en uno de ellos. Dios me perdone si es arrogancia. Dios me protegerá, si no lo era. Me levanté de la cama y fui en busca de los monstruos.



CUARENTA Y CINCO

Tenía ya abrochado el cinturón de seguridad en el asiento delantero de la Hummer de Edward, sosteniéndome rígida y cuidadosa, contenta de que el viaje fue sin problemas. Bernardo y Olaf se encontraban en el asiento de atrás, vestidos con la idea de asesino elegante. Bernardo estaba con un chaleco de cuero. Su actuación se veía muy blanca y torpe, el brazo derecho en cuarenta y cinco grados, una correa de color blanco que va desde el brazo alrededor de su cuello. Su pelo largo lo llevaba en un estilo vagamente oriental, engañosamente sostenidos con lo que parecían dos palillos de oro largos. Amarró parte de su cabello, pero dejó la mayoría libre por la espalda. Jeans negros con agujeros en las rodillas y las botas negras que le había visto usar desde que llegué. Pero ¿quién era yo para quejarme? Tenía tres pares de zapatillas Nikes negras, y había traído a las tres conmigo.

Tenía un golpe aún hinchado al lado de la frente y contusiones como un

patrón de tatuajes de arte moderno en un lado de la cara. Su ojo derecho estaba hinchado alrededor de un borde. Sin embargo, no logró verse pálido o tan mal como yo. De hecho, si podía pasar por alto el elenco y los moretones, parecía mono. Yo esperaba que él se sintiera tan bien como parecía, porque yo me parecía una mierda y me sentía peor.

—¿Quién te arregló el pelo? —pregunté, porque con un solo brazo bueno, yo sabía que él no lo había hecho.

—Olaf —dijo, una palabra muy suave, muy vacía.

Amplié mis ojos y miré a Olaf.

Se sentó al lado de Bernardo en la parte detrás de Edward, tan lejos de mí como podía y todavía estar en el coche. No había me hablado ni una palabra desde que salió de la habitación del hospital y los cuatro de nosotros nos acercamos al coche. No me había molestado en el momento porque yo había estado demasiado ocupada tratando de caminar sin hacer ruidos pequeños de dolor con mi respiración.

Gimiendo mientras caminaba siempre fue una mala señal. Pero ahora yo estaba sentada y cómoda como probablemente no iba a estar por un tiempo. También estuve en un estado de ánimo momentáneamente mal porque tenía miedo. Me sentí físicamente débil y no lista para una pelea. Psíquicamente, mis escudos fueron duramente golpeados de nuevo, lleno de agujeros, y si el maestro lo intentaba de nuevo, yo estaba en una mierda muy profunda. Leonora Evans me había dado una bolsa tejida con cordón de seda. La bolsita era abultada, llena de pequeños objetos duros como rocas que se sentían, secas y cosas desmoronadas que probablemente eran las hiervas. Ella había dicho que no abra la bolsa debido a que permitiría salir toda la bondad que había dentro. Ella era la bruja, así que hice lo que me dijo.

La bolsa era un encanto de protección, y funcionaría si creía o no en su poder. Lo cual era bueno ya que a excepción de mi cruz yo no creía en mucho. Leonora había estado haciendo el encanto hace tres días, desde que me salvó en la sala de emergencia. Ella no tenía intención de que fuese una cura para todos los agujeros de mis defensas, pero fue todo lo que tenía para darme en tan corto plazo. Estaba casi tan enojada conmigo como el doctor Cunningham había estado por salir del hospital pronto.

Ella había tomado uno de sus propios collares y lo colocó sobre mi cabeza. Fue un gran trozo de piedra semipreciosa pulida. Un extraño color dorado oscuro, Citrina para la protección y para absorber la negatividad y

los ataques mágicos dirigidos a mí. Decir que yo no era una gran creyente en los cristales y la nueva era una subestimación, pero lo tomé. Principalmente porque estaba tan enojada y tan sinceramente preocupada por mí y mi aura abierta para los chicos malos. Yo sabía que tenía agujeros en mi aura. Pude sentirlos, pero todo demasiada, fórmula mágica para mí.

Así que me volví en mi asiento, con la sensación de los puntos de sutura en la espalda apretándome, añadiendo un poco de empuje al dolor que ya sentía, y miré a Olaf. Estaba mirando por la ventana, como si hubiese algo fascinante en las filas de pequeñas casas de ese lado del coche.

—Olaf —dije. Él no se movió, siguió viendo el paisaje—. ¡Olaf! —Era casi un grito en los pequeños confines del coche. Sus hombros temblaban, pero eso fue todo. Era como si yo fuera una especie de insecto a su alrededor. Puedes agitar una mano hacia ellos, pero no querrás hablar con ellos. Eso me molestó—. Ahora entiendo por qué no te gustan las mujeres. Debiste decir que eras homosexual, y mis sentimientos no habrían sido tan lastimados.

Edward dijo, en voz baja:

—Jesús, Anita.

Olaf se volvió muy despacio, casi en cámara lenta, como si cada músculo de su cuello, lo tirara en pequeñas sacudidas.

—¿Qué-dijiste? —dijo cada palabra llena de ira, caliente con el odio.

—Hiciste un gran trabajo en el pelo de Bernardo. Le da un aspecto muy bonito. —Yo no creía en ese estereotipo sexual en particular, pero yo apostaba a que Olaf sí. También estaba apostando a que él era homofóbico. Muchos hombres ultra masculinos lo son.

Se soltó el cinturón de seguridad con un solo clic notable. Tiré de la Firestar de la funda que estaba en mi regazo. Los pantalones que Edward había llevado al hospital eran un poco cortos para mi funda de los pantalones. Vi la mano de Olaf desaparecer por debajo de la chaqueta de cuero negro. Tal vez no había entendido el movimiento cuando desenfundé la pistola. Tal vez esperaba que apuntara la pistola y la pusiera a la vista a lo largo de la parte trasera del coche. Apunté con la pistola en el pequeño espacio entre los asientos. No era un ángulo perfecto, pero yo tenía mi arma apuntando en primer lugar, y eso contaba en un tiroteo.

Había sacado la pistola de debajo de la chaqueta, pero no apuntó. Si yo hubiera querido matarlo, habría ganado.

Edward pisó el freno. Olaf se estrelló contra la parte trasera del asiento,

con la pistola en un ángulo malo, su muñeca se fue hacia atrás. Estaba con el cinturón de seguridad, y caí en el salpicadero, no dolió, fue el ser lanzada hacia atrás en el asiento. Mi aliento salió en un fuerte grito. La cara de Olaf terminó muy cerca del espacio entre los asientos, y vio el cañón de la pistola apuntada, ahora, en su pecho. Me estaba doliendo tanto que mi piel se estremeció con la necesidad de retorcerse, pero mantuve mi mano apretada alrededor de la pistola.

La Hummer patinó hasta detenerse contra la acera. Edward tenía su cinturón de seguridad fuera y fue dando vueltas en su asiento. Cogí el flash de una pistola en la mano y tuve un latido del corazón para decidir si trataba de tomar el arma fuera de Olaf y apuntaba a Edward, o mantenía la pistola donde estaba. Me quedé con la pistola hacia Olaf, no pensé que Edward me dispararía, y Olaf podría.

Edward empujó el cañón de su pistola contra la parte posterior de la cabeza calva de Olaf. El nivel de tensión en el coche se disparó. Edward se fue a sus rodillas, sin mover la pistola de la cabeza de Olaf. Pude ver los ojos de Olaf enrollados. Nos miramos unos a otros, y vi que tenía miedo. Él creía que Edward lo haría. Y yo, aunque no sabía por qué, y con Edward siempre había una razón, incluso si sólo era dinero.

Tuve una vista de Bernardo sentado muy tieso en su lado del auto, tratando de alejarse de la confusión que estaba a punto de verterse en todo el coche.

—¿Quieres matarlo? —preguntó Edward. Su voz era tranquila y vacía, como si hubiera preguntado que le pase la sal. Yo podía hacer una voz indiferente, vacía, pero no como Edward. Yo nunca podría ser una desapasionada, no todavía. Le dije:

—No, —de forma automática, y luego añadí—: no así. —Algo pasó a través de los ojos de Olaf. No era miedo. Era más bien como sorpresa. Sorpresa que no había dicho, sí, dispárale, o sorpresa por otra cosa que no podía comprender. ¿Quién sabe? Edward tomó el arma de la mano de Olaf, a continuación, hizo clic en la seguridad fuera de su propia arma, y se echó hacia atrás siempre de rodillas en el asiento del conductor.

—Entonces deja de jugar con él, Anita. —Olaf se sentó en su asiento, lentamente, casi tieso como si temiera moverse demasiado rápido. Nada como tener una pistola en la cabeza que te enseñe la precaución. Se alisó las manos por la chaqueta de cuero, que todavía parecía demasiado para usar en el calor.

—No le debo mi vida a cualquier mujer. —Su voz era un poco tenue, pero era claro. Alivié la Firestar de entre los asientos, y dije:

—La consistencia es el duende de las mentes pequeñas, Olaf.

Frunció el ceño. Tal vez no consiguió la cita. Edward nos miró a los dos, moviendo la cabeza.

—Ustedes dos están asustados, y eso los hace a los dos estúpidos.

—No tengo miedo —dijo Olaf.

—Ídem —dije.

Frunció el ceño.

—Sólo saliste de una cama de hospital. Por supuesto, que tienes miedo. Te preguntas si la próxima vez que veas al monstruo será la última. —Miré hacia atrás de él, y no era una mirada amistosa.

—Así que sostuve un enfrentamiento con Olaf, ya que preferiría luchar contra él que tener miedo.

—Solo una mujer es tan irracional —dijo Olaf. Edward se volvió hacia el hombre grande.

—Y tú, Olaf, tienes miedo de que Anita sea mejor de lo que eres.

—¡Claro que no!

—Has estado en calma desde que viste el mal en el hospital. Desde que oíste lo que Anita hizo, cuánto daño tomó y sobrevivió. Te estás preguntando qué tan buena es ¿Es tan buena como tú? ¿Es mejor?

—Ella es una mujer —dijo Olaf, y su voz estaba cargada de emoción oscura, como si se estuviera ahogando en ella—. No puede ser tan buena como yo. No puede ser mejor que yo. Eso no es posible.

—No hagas de esto una competencia, Edward —dije.

—Porque vas a perder —dijo Olaf.

—No voy a discutir contigo, Olaf. Pero voy a dejar de molestarte. Lo siento. —Olaf me miró parpadeando, como si no pudiera seguir la conversación. No pensé que me había excedido en sus ingles, más como sus circuitos lógicos se sobrecargaron.

—Yo no necesito tu piedad. —Pasé de ser ella o una mujer a un pronombre neutro. Fue un comienzo.

—No es lástima. Actué mal. Edward tiene razón. Tengo miedo, y luchar contigo es una diversión agradable.

Sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

—Si te sirve de consuelo, tú me confundes, también.

Edward sonrió, con su sonrisa de Ted.

—Ahora, beso y un abrazo.

Ambos le fruncimos el ceño y dijimos al mismo tiempo:

—No te pases —y—, no lo creo.

—Bien —dijo Edward. Miró a Olaf, pistola en mano por un segundo, entonces la devolvió con una gran cantidad de peso—. Necesito que seas mi apoyo, Olaf. ¿Puedes hacer eso?

Él asintió con la cabeza y tomó el arma lentamente de la mano de Edward.

—Yo soy tu apoyo hasta que la criatura esté muerta, entonces vamos a hablar. —Edward asintió.

—Espero con ansias.

Miré a Bernardo, pero su cara no me dijo nada, nada, excepto que había quedado en blanco y vacío, y me confirmaron lo que yo pensaba. Olaf acababa de advertir a Edward que cuando el caso haya terminado, trataría de matarlo. Edward había accedido a ello. Así de bien.

—Sólo una gran familia feliz —dije en el espeso silencio que había llenado el coche. Edward se volvió en su asiento y con su cinturón de nuevo. Me dio chispeantes ojos de Ted—. Y al igual que la familia vamos a pelear entre nosotros, pero estamos mucho más ansiosos de matar a un extraño.

—La gran mayoría de los asesinatos son realizados por los parientes consanguíneos más cercanos y queridos —dije.

—O de su cónyuge, no te olvides de su cónyuge —dijo Edward, y puso el motor en marcha, tirando con cuidado hacia el escaso tráfico.

—Como he dicho, tus seres queridos.

—Pero dijiste parientes de sangre, y no hay sangre entre marido y mujer.

—Compartir un fluido corporal con otro, no parece importar. Matamos a los que están más cerca.

—No estamos cerca —dijo Olaf.

—No, no estamos cerca —le dije.

—Pero yo te odio igual —dijo.

Hablé sin volverme.

—Lo mismo para ti.

—Y yo pensé que ustedes dos no estarían de acuerdo en nada —dijo Bernardo. Su voz era alegre, bromeando. Nadie se rió.



CUARENTA Y SEIS

El color negro frente al bar parecía cansado al sol de la mañana. Se podía ver en la pintura que estaba agrietada y se empezaba a pelar. La parte frontal de la barra estaba casi tan olvidada como el resto de la calle. Tal vez Nicky Baco no había tratado de arreglar la salida de las otras empresas. Tal vez había sido un accidente. De pie en el calor suave de la mañana, sentí algo que no había sentido por la noche. Era como si la calle se hubiera utilizado con un sentido místico. Me sentía más fuerte aquí de que la última vez que Baco había agotado la vitalidad de la calle y causó que esto sucediera, pero si era cierto, la energía, entonces no había sido suficiente para sostenerlo. O tal vez todo lo que hizo con la negatividad fue finalmente volver a casa a descansar. La mayoría de los sistemas de la magia o el misticismo tienen reglas de conducta, las cosas que puedes hacer y cosas que no. Al romper las reglas es por tu cuenta y riesgo. Las wiccanos llaman la triple ley: lo que hace a los demás vuelve con creces.

Los budistas lo llaman karma. Los cristianos lo llaman responder por tus pecados. Yo lo llamo: Lo que da la vuelta viene de vuelta. Realmente, lo sabes.

Guardé la Firestar en la parte delantera de mi pantalón, menos la funda de la cadera, ya que la pistola podría estar más alta y no escarbar para sacarla. Edward me había prestado una funda de hombros para la Browning, y yo había terminado con ella al frente, me parecía a uno de esos pistoleros del oeste salvaje con dos pistolas cruzadas sobre las caderas. Aunque en realidad el polo negro era suficientemente largo como para ocultar las dos armas. La verdad es que la mayoría de las camisas me quedan demasiado largas. Me veía descuidada, a pesar de que ocultaba las armas si no se buscaba muy de cerca. La camisa Polo era un poco ajustada al cuerpo y mostraba protuberancias reveladoras, aunque Edward había sido considerado lo suficiente para que me cediera la chaqueta del traje negro, que ayudó a camuflar los grumos. La última vez que había estado aquí con armas de fuego había tenido el respaldo de la policía, pero ahora estábamos llevando armas en un bar ilegal en Nuevo México. Extrañamente, no era una gran preocupación, pero sí esperábamos que la policía no eligiera hoy una redada.

Todavía tenía las vainas, con los cuchillos en las muñecas. Ramírez había reunido todos mis cuchillos del infierno y se los había dado a Edward, que los lavó, limpió, engrasó y afiló a cada pulgada de su vida. Tuve que salir de la gran espada en el coche porque no podía encontrar la manera de ocultarla, y llevar lo que equivalía a una pequeña espada en las manos desnudas parecía demasiado agresivo.

Edward me había dado incluso una granada incendiaria para el bolsillo de mi chaqueta. Ayudó a equilibrar el Derringer en el bolsillo de mi mano derecha para que la chaqueta no se moviera demasiado mientras caminaba. El Derringer había sido su idea, también, aunque yo lo había traído conmigo de St. Louis. Yo no estaba segura de que realmente lo necesitara hoy, pero aprendí a nunca discutir con Edward cuando me diera un arma. Si él pensaba que podría necesitarla, era casi seguro que lo haría. Asustadizo pensamiento sobre la granada, ¿no?

Con alguna señal desconocida, Olaf subió y trató de abrir la puerta del bar. Estaba cerrada. Llamó dos veces, lo suficiente para arrancar a la puerta. También se colocó delante de ella. Después de mirar por una escopeta recortada la última vez que vine a la barra, tal vez no había pasado

de frente a esa puerta negra. Quizás Olaf no había oído hablar de la escopeta, o no le importaba. Tal vez estaba tratando de ser muy macho para mi beneficio, o tal vez para su propio beneficio. Si hubiera sido más seguro de sí mismo, entonces no habría sido tan fácil la mierda. Incluso estando de pie a un lado, el sonido de las esclusas estaban trabajando fuerte a la espalda. Bueno, eran cerraduras sólidas sólo por el sonido de la misma. La puerta se abrió lentamente, mostrando un buen pedazo de la oscuridad como una cueva presionando contra la luz solar. La puerta se fue abriendo como si tuviera su propio poder. Sólo en el último momento apareció un gran brazo fornido saliendo a la luz, echando a perder la ilusión.

Harpo estaba en la puerta mirando hacia nosotros, los ojos ocultos detrás de las mismas gafas de sol, pequeñas, negras, que había usado la primera vez que lo vi. Se había cambiado de ropa, sin embargo. Llevaba un chaleco de jeans abierto sobre un pecho muy peludo. Parecía más un oso que un hombre lobo. Parecía que estaba soñando y que había caído de la cama, se puso un poco de ropa mientras tocaban a la puerta. Incluso su energía parecía más débil que la última vez. Sin embargo, bloqueó la puerta con su grueso cuerpo, y gruñó:

—Anita, pero no los otros. —Me moví alrededor de Olaf, y de hecho regrese por lo que podría enfrentarse a Harpo. Olaf estaba más bonito, o pensé mejor, de lo que él en la puerta.

—Nicky me dijo que podía traer a algunos amigos.

Harpo miró hacia mí.

—Parece que usted necesita mejores amigos. —No he tocado el hematoma. No serviría de nada.

—Vamos a decir que se basaba en refuerzos de la policía y que llegaron tarde. —Lo cual era cierto, y yo todavía quería saber dónde diablos Ramírez había ido al mismo tiempo que había estado jugando al solitario. Me gustan los policías, pero yo sabía lo del comentario, por favor Harpo.

Lo hice. Dio una rápida sonrisa enseñando los dientes de lobo que brillaban en el espesor de la barba. Había, sin duda, pasado demasiado tiempo en forma de lobo. Hubo un murmullo de voz baja, masculino. Harpo se volvió a mirar sobre el hombro de gigante hacia la voz. Luego volvió a mirarme. La sonrisa había desaparecido.

—Boss dice que fuiste invitada, pero no los otros. —Me di un golpe muy pequeño en la cabeza, porque uno grande me hubiera herido.

—Mira, Nicky me invitó. Me dijo que podía traer a mis amigos. Los he

traído. Estoy aquí desde antes de las diez de la mañana, que mierda. Vine aquí a hablar de nuestro problema común, que no podré, rondando en torno a la puerta.

—Esto no es rondándola alrededor —dijo Harpo, haciendo bocina con las manos en la ingle—. Le puedo mostrar rondándola alrededor. —Levanté una mano.

—Bien, mi error para el uso de la palabra. Yo no he venido aquí a ser detenida en la puerta.

Todavía estaba frotándose a sí mismo, estaba tratando de cabrearme. Lo había logrado en el pasado. Yo estaba por los que no estaban aquí, con cuarenta y tantos puntos de sutura en la espalda de ver algunos hombres lobos muy monos antes de que yo hubiera tomado el café.

—Estoy demasiado cansada para esta mierda —dije—. Empezó hacer un lenguaje corporal poco común en él, sonriendo. Levanté la voz para que se escucharan a la puerta del bar. —Yo no voy a ninguna parte sin mis amigos. Si estás esperando a que yo ceda en ese punto, entonces estamos perdiendo el tiempo de los demás.

No hubo respuesta desde el interior de la barra. Harpo había conseguido un poco de acción de la cadera en su programa. Yo había tenido suficiente.

—Cuando el monstruo absorba la vida de Nicky, no me preocuparé. No me dolerá. Tenga un buen día. —Me volví a mis amigos—. No nos van a dejar ver a Nicky. —Edward asintió.

—Entonces, vamos. —Hizo un pequeño movimiento, y Bernardo y Olaf se alejaran por la acera. Edward quedo un poco atrás de mí. Creo que los dos estábamos esperando que Harpo tomara a mi farol. Excepto que era sólo parcialmente un farol. Podríamos haber forzado el camino allí con las armas, pero Nicky no quería hablar a punta de una pistola. Yo necesitaba un diálogo, no un interrogatorio. Empecé a caminar. Edward se puso a caminar detrás de mí, pero mantuvo un ojo en la espalda. Yo no era lo suficientemente flexible como para hacer mucho sin volver la espalda atrás, alrededor de todo mi cuerpo, lo cual era incómodo. Además de Edward y de su confianza para ver hacia atrás.

Admito que había una tensión en los hombros, en espera de que Harpo saliera corriendo y gritara vuelvan, vamos a hablar. Pero no lo hizo. Así que seguí caminando. Olaf y Bernardo fueron juntos a la Hummer a esperar a Edward para abrir las puertas. Estábamos realmente llegando al coche cuando Harpo apareció en la vereda y comenzó a caminar hacia nosotros.

Venía sin armas, pero no feliz. Me senté en el asiento, y cerré la puerta.

—Arranca el motor —dije.

Edward hizo lo que le dije.

Harpo empezó a trotar hacia nosotros agitando los grandes brazos. Algunos cambia formas corren como sus homólogos animales, toda gracia que Dios les ha dado al movimiento. Harpo no era uno de esos. Corría torpemente, como si él no lo hubiera hecho por un tiempo, al menos no en forma humana. Me hizo sonreír.

—Sólo quería verlo correr —dijo Edward—. Pequeña.

—Sí, es de poca monta. Divertido sin embargo —dije. Puso el motor en marcha, y Harpo se puso en una explosión de velocidad torpe. Llegó al coche cuando Edward estaba empezando a alejarse. En realidad golpeó con su gran mano carnosa en el capó. Edward se detuvo. Mi ventana se deslizó hacia abajo, y miré a Harpo. El sudor cubría su pecho desnudo. Su respiración era áspera y demasiado rápida.

—Mierda —dijo.

—¿Quieres algo? —pregunté.

—Dice Boss que pueden entrar todos vamos adentro. —Apoyaba las manos contra el Hummer, mientras recuperaba su aliento.

—Muy bien —dije. Edward sacó el coche de vuelta a la acera, mientras que Harpo se trasladaba por lo que era la habitación. Volvimos a salir del coche. Harpo no tenía todavía la respiración correcta—. El ejercicio aeróbico es la clave para una buena salud cardiovascular —dije, dulcemente, como se lo esperara empezar a caminar de nuevo a la barra.

—Jódase.

Pensé en volver al Hummer, pero yo sabía las reglas del juego por lo que yo estaba dispuesta a ir. Yo quería hablar con Bacco, pero sólo con refuerzos. Harpo había dicho que podía hacer ambas cosas. Había logrado mi objetivo. Todo lo demás era puro infantilismo. Yo me sentía pequeña, pero no de poca monta.

Cuando se recuperó, era una vez más, el hombre musculoso, con gafas de sol, y la cara impasible. Caminó de vuelta, las manos en puños, haciendo su mejor impresión de una montaña de carne. La energía de otro pasó como un hormigueo a lo largo de mi piel. Apenas un susurro de poder, como si se tratara de una fuga, sin él saber que lo hacía. Lo que probablemente significaba que estaba borracho. Las emociones fuertes hacen más difícil mantener toda esa energía que vibra en su interior.

Ninguno de nosotros habló en el corto camino de regreso. Los hombres no suelen ser buenos en una charla inútil o no ven la necesidad del mismo, y yo estaba demasiado ocupada concentrándome en caminar normalmente sin dar a conocer lo mucho que me dolía para charlar.

Harpo sostuvo la puerta para nosotros. Miré a Edward. Él no me dijo nada con los ojos de nuevo. Estupendo. Entré y los demás me siguieron. Hace tres días habían estado nerviosos de entrar en esa oscuridad con la energía vibrante de los hombres lobos en aumento como una marea invisible. Pero eso fue hace tres días, y allí no estaba el miedo, no quedaba mucho en mí. Mi cuerpo lastimado, pero el resto de mi cuerpo estaba extrañamente entumecido. Tal vez por fin había cruzado la línea que Edward parecía vivir detrás. Tal vez yo nunca iba a sentir algo de nuevo. Cuando ni siquiera pensaba en que no me asustaba, sabía que estaba en problemas.



CUARENTA Y SIETE

Tardé un segundo para que mis ojos se adaptasen a la oscuridad interior, pero no fue solamente mis ojos que me dijeron que algo andaba mal. Fue la piel en la parte de atrás de mi cuello. No discutí con ello. Yo tenía la mano en la Browning por debajo de la camisa y no me importaba si me regalaba el hecho de que llevara una pistola. Serían tontos para pensar que habíamos venido aquí sin armas. Los Lobos del Biker Club podrían tener un montón de defectos, pero sé que ellos no eran tontos.

Nicky Baco estaba en la barra con las manos atadas a los tobillos con las cuerdas formando una especie de equipaje de mano que pudieran manejar. Su cara estaba ensangrentada y con moretones, y las lesiones eran más frescas que las mías. Agarré la Browning, y sentí más que vi los otros tres en abanico, hasta que llegaran a las esquinas de una caja, y cada esquina tenía un arma. En cada rincón observaban su sección de la sala, y si nos gustamos o no, confiaba en todos nosotros para que cuidaran de

nuestras secciones de la sala, incluso Olaf. Era bueno para estar segura.

Mi parte de la habitación incluía la barra con Nicky sobre ella, un hombre alto con barba y con el cabello rizado, recogido en una cola de caballo, larga hasta la cintura, sobre un hombro, y dos lobos del tamaño de ponis y el cuerpo de un hombre mirando a ciegas la sala, su corte de garganta era como una segunda boca roja y gritando.

Tuve una sensación periférica de la sala y de lo lleno que estaba con el hacinamiento de los órganos. La energía era lo suficientemente espesa como para ahogarme. Oí un ruido a la derecha, hice tres cosas casi simultáneamente. Saqué la Browning por el ruido, saqué a la Firestar con la zurda y la apunté al hombre de la cola de caballo, y mis ojos giraran de lado a lado para ver lo que había oído. Excelente que yo hubiera estado practicando con la zurda los ejercicios de tiro. El sonido deslizándose pesado volvió detrás de la barra. El bar estaba en mi sección de la sala. Era mi bola, por así decirlo. Sentía a los demás con un interés creciente como una marea temblando a punto de tragarnos a todos. Podemos disparar a un montón de ellos, pero tenía que haber más de un centenar en esta sala y estaríamos muertos, si venían todos a la vez.

El temor me apretó el estómago, sentí sacudidas de mi pulso en mi garganta. Al igual que había desaparecido el entumecimiento, expulsado por la adrenalina, y el olor a almizcle de los lobos. Había más lobos que sólo los dos delante de mí en esa habitación de picnic, a oscuras. Pude oler. Mi estómago se tiró otra vez, pero no de miedo. La marca que me unía a Richard, me ató a su paquete, estaba viva otra vez. Se encendió en mi cuerpo como una pequeña llama renaciendo, esperando a ser alimentada para poder crecer. Genial, simplemente genial. Yo podría preocuparme más tarde. Mi concentración era necesaria ahora.

El hombre con cola de caballo se quedó allí sonriendo. Él era guapo pero tosco, estuvo en la prisión, también tatuado. Incluso en la penumbra sus ojos brillaban de un color ámbar lobuno, no humano. También sabía qué, o sería que, me estaba mirando. Este era su Ulfric, su rey lobo. Se puso de pie en un espacio vacío con la mayoría de los miembros de la manada amontonados más atrás en la habitación, y sin embargo su poder salía para ellos. Su poder casi llenó el lado vacío de la sala con un aumento progresivo de energía como un trueno justo antes de las huelgas. La tensión era lo suficientemente gruesa para que yo tuviera que tragar algo de ella antes de que pudiera hablar.

—Saludos, Ulfric del clan de Los Lobos. ¿Qué estas tramando? —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una gran y cordial sonrisa, de buen sonido talante que terminó con un aullido que salió de su garganta humana y en la espalda.

—Agradable efecto —dije—, pero esto es una investigación oficial de la policía en los asesinatos de mutilación. Estoy segura que has oído hablar de ellos. —Se volvió con los sorprendentes ojos pálidos hacia mí.

—He oído algo.

—Entonces usted sabe que no estamos investigando tu manada. —Puso una mano casual a Nicky, que gemía, aunque no creo que realmente de dolor.

—Nicky es mi *vargamor*. Si la policía quiere hablar con él, deberán solicitármelo a mí primero. —Sonrió, yo estaba lo suficientemente cerca como para notar que sus dientes eran humanos, no los colmillos de Ulfric.

—Lo siento. La otra manada que he conocido que tenía una *vargamor* no me hizo hablar con el Ulfric primero. Mis disculpas a la supervisión. —Tenía la esperanza de que lo que estábamos haciendo iba a terminar pronto, porque no podía mantener el arma en cada posición de la mano por mucho tiempo. Yo había practicado con la izquierda, pero aún era mi mano débil, y con la mordida, ya estaba comenzando un temblor leve en los músculos. Tenía que ser capaz de bajar la mano o pronto comenzaría a temblar.

—Si fueras policía, entonces aceptaría tus disculpas. Estamos siempre dispuestos a ayudar a la policía. —Esto último provocó una oleada de risitas en la casa de picnic—. Pero yo no veo ningún policía en esta sala.

—Soy Anita Blake. Soy un verdugo de vampiros…

Me cortó.

—Yo sé quién eres. Sé lo que eres. —No me gustó lo último, me puso nerviosa.

—¿Y qué soy yo?

—Eres la lupa del clan Roke Thronnos, y has llegado a mi clan en busca de ayuda, pero no me has honrado a mí o a mi lupa. Entraste a mi tierra sin permiso. Te pusiste en contacto con mi *vargamor* sin hablar conmigo primero, y no nos diste un tributo. —Su poder creció con cada frase, hasta que fue como estar en agua tibia hasta la barbilla, sabiendo que si se llega mucho más profundo te ahoga.

Pero he entendido las reglas. Lo insulté, y tenía que acabar con ese insulto. Traté de hacerlo dulcemente, pero no tenía mucha esperanza con él.

Además, mi brazo izquierdo estaba cansando. El infierno, por lo que era mi derecho. Lo que estaba detrás de la barra se movía en un rollo enorme de movimiento que se podía sentir y oír. Parecía más grande que un hombre lobo.

—Volé hasta aquí por negocios con la policía. No entré en sus tierras como lupa del clan Roke Thronnos. Vine aquí como Anita Blake, el verdugo, eso es todo.

—Pero entraste en contacto con mi *vargamor*. —Dio una palmada en el muslo de Nicky, que parecía hacerle daño, porque él cerró los ojos y se retorcía con el tacto, y con el esfuerzo a través de su mordaza para no gritar.

—No sabía que Nicky era tu *vargamor* hasta después de que había hablado con él. Nadie me dijo que este bar era su guarida. Eres Ulfric. Puedes oler que no estoy mintiendo.

Asintió con la pequeña cabeza.

—Dices la verdad. —Mire al hombre pequeño en la barra, corriendo la mano sobre el cuerpo de la forma en que haría a un perro, aunque el perro no hiciera mueca de dolor y tratara de retroceder—. Pero él sabía que era mi *vargamor*. Nicky sabía que eras una lupa de otro clan. Fuiste el tema caliente durante un rato, una lupa humana. Lupa a menudo sólo otra palabra para la novia del Ulfric —dijo. Volvió los ojos de oro para mí, más oro, porque las cejas pesadas negras los enmarcaban—. Nicky aceptó ayudar sin preguntar más tarde, o incluso me dijeran acerca de su visita. —Dio un gruñido que me puso la piel de gallina—. Soy Ulfric. Que llevo aquí. —Le dio una palmada a Nicky y corría sangre fresca de su nariz.

Yo anhelaba poner fin a los abusos, sólo por principio, pero no lo quería lo suficiente como para morir por él, así que esperaba y observaba Nicky Baco sangraba. No me gustaba, pero lo dejé pasar. Mi mano izquierda estaba empezando a darme calambres. La necesitaba ya sea para empezar a disparar a las personas o para poner mis armas arriba. Incluso sosteniendo los brazos hacia fuera para este tiempo me estaba poniendo una tensión en la espalda y el pecho.

—Anita —dijo Edward, y sólo el tono de mi propio nombre era suficiente. Estaba en silencio me decía que me apurase.

—Mira, Ulfric, yo no tenía intención de entrar en alguna disputa de pase interior. Estoy tratando de hacer mi trabajo. Tratando de evitar que más personas inocentes sean asesinadas.

—Los seres humanos son divertidos —dijo—. El sexo y la comida y que nunca puedan dejar sus coches. ¡Pero-no-eres-su-reina! —Su voz se elevó hasta con la última palabra que estaba gritando. Aullidos hicieran eco de la multitud que estaba presionando a cerrar más y más.

—Anita —dijo Edward, y esta vez hubo más de una advertencia en su voz.

—Estoy trabajando en ello, Edward.

—Trabaja más rápido —dijo.

—Es un racista, Ulfric —dije.

Me miró.

—¿Qué?

—Soy humana, así que soy lo suficientemente buena para coger, lo suficientemente buena para matar, pero no lo suficiente como para ser su igual, sólo porque soy humana. Eres un racista machista lobo feroz.

—Tú vienes a mi tierra, pides la ayuda de mi manada, no ofreces homenaje a mí o a mi lupa, y ahora me insultas. —No sé si hizo algún tipo de señal psíquica o su enojo era suficiente, pero los dos lobos gigantes a sus pies comenzaran a acechar y avanzar con las piernas rígidas. Mi mano izquierda comenzó a temblar, visiblemente. Lo que estaba detrás de la barra, sonaba grande y bestial. Mi mano izquierda estaba amenazando con desmayar por completo, y yo necesitaba las dos manos.

—Uno se muere primero, Ulfric —dije.

—¿Qué? —y el tipo se rió cuando lo dijo.

—Lo primero que salte a cualquiera de nosotros, le pego un tiro. No importa lo que pase hoy, estarás muerto. Sus dos lobos pony es mejor que paren donde están.

—Tu mano está temblando tanto, no creo que lo tienes en ti para matar a nadie. —Era mi turno de reír.

—¿Crees que mi mano tiembla porque siente remordimiento por el pensamiento de que le dispare? Muchacho, tienes la chica equivocada. Mira mi mano derecha, Ulfric, no está temblando. Un cadáver ambulante dio un mordisco en mi mano izquierda hace un par de días, así que estoy un poco inestable con la izquierda, pero confía en mí. Pegué lo que aspiras. —Esto es por lo general cuando doy mi pleno contacto con los ojos de la víctima y les digo que no soy un farol, pero se dividió entre los Ulfric, su comitiva, y el bar—. ¿Cuántos lobos estás dispuesto a sacrificar por tu orgullo herido?

—Si luchamos, Anita, tú y tus amigos morirán.

—Y te vas a morir, y algunas de tus mejores personas, por lo que sería agradable evitar la matanza y decirme qué demonios quieres de mí. Usted sabe que yo estoy diciendo la verdad. Yo no sabía que estaba pisando tus pies. Si Nicky está haciendo algún tipo de jugada por detrás de tu espalda, yo no lo sabía. Así que, dígame lo que usted quiere hacer, metí la pata protocolar entre nosotros, bien. Dilo antes de que mi mano izquierda empiece con espasmos tan malos que comenzaran a rodarse las cosas sólo porque tengo que hacerlo.

Él me miraba de manera muy dura, y vi la inteligencia detrás de todo el alarde y orgullo. Podría estar en la casa de alguien a negociar con él. Si no existe acuerdo, entonces va a morir. Nos íbamos a morir, no por el caso, pero porque yo había sido en un tiempo novia de Richard. Es una razón estúpida para morir.

—Tributo, quiero que la lupa del Clan Roke Thronnos me haga un homenaje.

—¿Te refieres a un regalo? —dije.

Asintió con la cabeza.

—Si es el tipo correcto de regalo, sí.

Si hubiera venido a Albuquerque con Richard por asuntos personales me habían esperado que hiciera un regalo para el paquete local. El regalo era por lo general un animal recién muerto, las joyas de la lupa, o algo místico. La muerte, joyas, o la magia. Yo no tenía ninguna joya, excepto el collar de Leonora, y yo no estaba exactamente segura de lo que podría hacer a alguien que no fuera yo. Por lo que sabía podría ser perjudicial, si sólo era entregado. Yo no tenía suficiente información. El encanto por lo tanto no debía salir de mi cuerpo.

Bajé mi mano izquierda. Primero, porque se retorcía, yo no estaba en un cien por ciento segura de que podría golpear cualquier cosa con ella. Dos, no podía seguir apuntando mis armas si no iba a matar a nadie. Tres, mi mano me estaba haciendo daño.

—Tu palabra de que si te doy un regalo adecuado, todos salimos de aquí, con seguridad.

—¿Tú tomarías la palabra de un ex convicto, de un traficante de drogas, del líder de una banda de motociclistas?

—No, pero voy a tomar la palabra del Ulfric del clan de La Lanza Rota.
—Existen normas, y si él rompe su palabra, como Ulfric, pierde puntos

brownie. Tenía que ser en un terreno inestable de todos modos para un ser humano, no importaba cuán poderoso por arte de magia, un *vargamor* que desafiaba su autoridad. Él no quería dar su palabra y romperla, no delante de su manada.

—Soy Ulfric del clan de la Lanza Rota, y doy mi palabra de que todos van a salir en condiciones de seguridad, si tu regalo es digno. —No me gustó el texto en ese término.

—No tuve tiempo para parar en Tiffany's y comprar algo para la pequeña dama. No pude ir a cazar en el camino hasta aquí desde el hospital. Cientos de policías no permiten que cacen a tiros los animales en la ciudad. La magia es una mierda más allá de mí hoy.

—Entonces, no tienes nada digno —dijo, pero él parecía perplejo, como si estuviera seguro de que tuviera un don de algún tipo.

—Vamos a ver qué hay detrás de la barra, y yo pondré mis armas y haré un homenaje. —Había tratado de poner la Firestar, pero mi mano izquierda estaba temblando tanto que no podía levantar la camisa y deslizarla en el interior de mis pantalones. Yo necesitaba las dos manos para ello. Lo que significaba que tenía que ser capaz de sacar de la funda con la Browning.

—Hecho —dijo—. Monstruo, a lugar, salude a nuestra invitada.

Se elevó por encima de la barra en una línea delgada de carne pálida como la aparición de una luna en cuarto creciente, a continuación, un rostro quedó a la vista. Era el rostro de una mujer con un ojo rígido y seco como una especie de momia. Cara por cara, se levantó, de color marrón y seco como un collar de cuentas monstruosas, unidas por piezas de cuerpo, brazos, piernas, e hilo negro y espeso como punzadas gigantescas que los unía todos juntos, dentro de la celebración de la magia. Se levantó y se alzaba contra el techo, se curvó como una serpiente gigante para mirar hacia mí. Yo calculé cuarenta cabezas más, antes de que yo perdiera la cuenta, o hubiera perdido el corazón para contar más. Los lobos habían retrocedido en la habitación como la marea cuando se retira hacia atrás. Temían a la cosa. Yo no los culpo. He oído a Bernardo decir:

—Mierda.

Olaf dijo algo en alemán, lo que significaba que no estaba viendo su parte de la habitación. Sólo Edward se quedó callado, siempre vigilante. Tengo que admitir que si los hombres-lobo habían querido ir conmigo al mismo tiempo que lo subieron por encima de mí como una serpiente loca

habrían sido lentos. Era demasiado horror para dejar espacio para nada más.

Yo sólo había visto algo parecido en otra ocasión. Ese monstruo había sido hecho por la sacerdotisa vudú más poderosa que jamás había conocido. Pero ella se había formado de zombis frescos y las llevó a la perfección juntas en una monstruosa bola de carne. Pura magia. Esto había sido cosido como el monstruo de Frankenstein, y los órganos debían estar muertos, como, secos, deliberadamente momificados, o después del efecto del hechizo. Arrastré mí mirada de la cosa a Nicky, todavía tirado en el bar, amordazado, atado y con sangre. He oído mi voz como algo lejano.

—¿Por qué, Nicky, malo, chico malo? —Había hecho una broma, cuando lo que quería hacer era ponerle una pistola en la cabeza y a golpes volarla. Algunas cosas no las hacía. Algunas cosas que simplemente no hacía.

—¿Ves por qué todavía está vivo? —dijo el Ulfric.

—Demasiado poderosa como para quitarla sola de encima —dije, con la voz todavía extraña de indiferencia, como si yo no estuviera realmente concentrada en lo que estaba diciendo.

—Yo cumplo mi amenaza. Pondría su magia en un lobo que se portara mal, y se convirtiera en lo que ves. Y él le apuntaba al monstruo. Pero mis lobos le temen más que a mí.

Asentía con la cabeza una y otra vez porque yo no podía pensar en algo bueno que decir. Vivos, estaban vivos cuando Nicky hizo su magia. Tuve un pensamiento verdaderamente horrible. De alguna manera me pareció mal si guardaba las armas, pero yo necesitaba mis manos para otras cosas. Levanté la camisa y deslicé la Browning a la funda, aunque no fue tan fácil como hubiera sido si conociera la funda. Pero mi mano izquierda estaba prácticamente fuera de acción. Tuve que alzar la camisa con mi mano derecha y con mucho cuidado del abdomen y colocar la Firestar en la parte delantera de mi pantalón. Incluso después de tener la mano vacía, seguía temblando incontrolablemente. No había nada que pudiera hacer, sino esperar a que se calmara por sí misma. Acaricié la mano contra mi cuerpo y me dirigí hacia el monstruo.

Me quedé en el otro lado de la barra, mirando a uno de esos rostros secos. La boca cosida se había cerrado en este caso. Yo no sabía por qué. Tomé unas cuantas respiraciones profundas, y había un olor de hierbas en él, pero más que nada un olor seco como a cuero curtido y polvo. Llegué

con mi mano izquierda. Incluso con las vendas y los calambres musculares esta era mi mano de poder, la mano para sentir la magia. La mayoría de la gente tiene una mano que es mejor para detectar cosas, por lo general la mano contraria de la que escribe. No tengo idea de lo que la gente ambidiestro hace.

Hubo una cantidad asombrosa de energía empujando hacia afuera de la cosa, pero la barra era amplia y estaba herida por lo que mi concentración no era buena, y yo todavía no podía responder a una pregunta que necesita respuesta. Utilicé mi mano derecha como una especie de salto para sentarme en la barra, luego subí las rodillas. Había una cara a nivel de mi ojo, y ésta tenía ojos. El rostro de un hombre, creo yo, con ojos de lobo gris pálido atrapado en una cara de momia seca. Esos ojos mirando hacia mí, y no había nadie en casa. Los muertos vivientes no muestran temor. Yo sabía lo que iba a sentir antes de estirar la mano hacia el rostro. No era el poder de Nicky como una cálida manta de gusanos, que se retorcía sobre mi piel. Era algo de la magia más incómoda que jamás había sentido, sucia, como si el poder mismo comiera mi carne, si me quedara muy cerca de él durante demasiado tiempo. Allí era donde la energía de Nicky se había ido, y por eso no importaba cuánta energía reuniera, nunca sería suficiente. La magia era negativa, este mal, es como una droga. Energía que se necesita más y más para obtener el mismo resultado, con efectos cada vez peor en el lanzador de conjuros.

Envié a mi propia magia a ese lío, no a la autonomía, pero buscando. Sentí el pincel fresco de un alma, y antes de que pudiera retirarme, mi poder corrió hasta la columna de la carne atrapada, y las almas brillaban detrás de mis párpados con luz blanca y fría. Ninguno de ellos estaba muerto cuando él hizo esto a ellos. Yo no estaba en un cien por ciento segura de que estaban muertos. Abrí los ojos y apreté la mano detrás de la cosa. Su poder me chupó la mano invisible como el barro. La saqué rápido con un pop casi audible. El rostro del hombre trasladó su boca seca, e hizo un ruido seco y largo, dos veces.

—Ayuda —dijo—, ayuda.

Me tragué una oleada de náuseas y estaba muy contenta de que me hubiera perdido el desayuno. Me metí en un brazo y las rodillas a Nicky. Me incliné sobre él y le susurré:

—¿Podría quemarte y liberar sus almas?

Sacudió la cabeza.

—¿Puedes liberar su alma?

Asintió con la cabeza.

Creo que si hubiera dicho que sí a la primera cuestión, le hubiera puesto la Browning en su cabeza y lo mataría. Pero yo lo necesitaba para liberarlos, y lo añadí a mi lista de cosas que hacer antes de irme de la ciudad. Pero no había nada que yo pudiera hacer por ellos hoy, con excepción de mantenerme con vida, y extrañamente, mantener a Nicky Baco vivo. Una de las ironías de la vida, que me pasaba.

Me senté en la barra con las piernas colgando sobre el borde, la mano acunada a mi pecho, aturdida con el mal absoluto. Yo había visto mi parte, pero esto era cerca de la cima. Esto estaba muy cerca de la cima después de lo que había visto en el hospital. Al menos los cadáveres se estaban comiendo los cuerpos, no a las almas.

—Parece que has visto un fantasma —dijo el Ulfric.

—Estás cerca de lo que es —dije.

—¿Dónde está nuestro regalo? —dijo.

—¿Dónde está la lupa?

Acarició la cabeza de uno de los lobos por sus piernas.

—Este es mi lupa.

—No puedo compartir el obsequio con cualquier persona en forma de animal —dije.

Frunció el ceño, y estaba muy cerca de estar enojado.

—Debes cumplir con nosotros.

—Tengo la intención. —Me di la vuelta de la manga de la chaqueta de nuevo por encima de mi brazo izquierdo. La vaina de la muñeca tenía que salir. La desaté, apoyando la hoja, la vaina y todo entre las piernas. El monstruo rondaba detrás de mí, mirando con curiosidad. Me distraía. No puedo salvarlos a ellos hoy, y no quería verlos nunca más, hasta que lo pudiera arreglar.

—¿Puede ordenar que salga de la habitación?

Me miró.

—¿Miedo?

—Puedo sentir el alma clamando por ayuda. Es una especie de distracción.

Me miró, y vi la fuga del color de su cara.

—¿Qué quiere decir eso?

Sonreí, pero no porque él era gracioso.

—¿No sabes que él captura las almas en esa cosa?

—Él dijo lo que era.

Su voz se había puesto más suave.

—No te creo —dije. El Ulfric estaba mirando las cosas como si nunca antes las hubiera visto.

—No te imaginabas algo así, ¿verdad?

—Yo.

Me encogí de hombros, deseé no haberlo hecho, y dije:

—Pero esta es mi línea de trabajo. ¿Puedes por favor enviarlo afuera?

Asintió, y habló con rapidez en español. Lo plegado sobre sí mismo y se marchó en los brazos y las piernas y los órganos como un ciempiés roto. Sentada en el bar, pude ver bajar una trampa detrás de la barra. Cuando el último segmento de lo que se deslizaba quedó fuera de la vista, me volví de nuevo al Ulfric. Todavía estaba pálido.

—Baco es el único que puede liberar a sus almas. No lo maten, hasta que él lo haya hecho.

—Yo no tenía intención de matarlo —dijo el hombre.

—Eso fue antes de que lo supiera. No conozco lo suficiente como para saber si cuando me vaya, tratará de poner fin a este mal. Por favor, hazlo o los condenarás a todos a la eternidad en eso. —Tragó saliva como si él estuviera teniendo un pequeño problema de mantenimiento por su propio desayuno.

—No voy a matarlo.

—Bien. —Saqué el cuchillo de entre las rodillas con la mano derecha —. Ahora reúnanse alrededor, niños y niñas, porque sólo lo voy a hacer este truco una vez.

Hubo un movimiento general, todos los lobos se adelantaron. Les di un vistazo a los muchachos que habían llegado conmigo. No habían guardado sus armas, pero apuntaban al suelo o al techo. Edward estaba mirando a los lobos, Bernardo también los estaba mirando, a pesar de que estaba pálido. Olaf me miraba. Yo los miraba realmente, no como él.

—Le doy honor al Ulfric y la lupa del Clan Lanza Rota. Doy el más precioso de los regalos al Ulfric, pero no lukoi verdadero, no puedo compartir este don con la lupa en su forma actual. Por eso, pido disculpas muy sinceramente. Si vuelvo de esta manera, mejor voy a la tienda. —Coloqué el cuchillo en la barra y me incline sobre el borde hasta que pudiera llegar a un vaso limpio. Uno de los trozos más gruesos que las

personas son tan aficionados en echar whisky. Fue un esfuerzo volver a la posición de sentada en el bar, pero lo logré con el vaso en una mano. Puse el vaso a mi lado en la barra y cogí el cuchillo. Coloqué la hoja contra mi brazo izquierdo, justo encima de la muñeca, y mire a todos, la carne pálida, con cicatrices. Había cicatrices justo encima de él, donde una bruja me había arañado cuando cambió de forma, y la cicatriz por quemadura en forma de cruz que ahora estaba un poco torcida por las marcas de garras, pero este parche estaba puro. Yo esperaba no tener más cicatrices, pero era una más.

Tomé una respiración profunda y rodé la hoja abajo de mi piel. Un suspiro recorrió por los hombres lobo, y un gemido de algunas de las gargantas. No les hice caso. Yo ya sabía que tendría una reacción de la multitud. Yo miraba mi carne y el daño que acababa de hacer con ella. La herida no sangraría de inmediato. Era sólo una delgada línea roja, a continuación, la primera gota se derramó de la herida, y el resto de la herida empezó a demarrarse en hilos carmesí por mi brazo. Más profunda de lo que yo quería, pero probablemente de lo que se necesitaba. Tuve la herida sobre el cristal. Algunos hilos salpicaron alrededor de los bordes, arrastrándose por los lados, pero me las arreglé para ponerlo en marcha en la taza. Yo ni siquiera necesitaba comprimir mucho la herida para fomentar el flujo. Más profundo de lo que me gustaría, oh sí.

El Ulfric se había acercado, tan cerca que estaba de pie con su cuerpo tocando mis piernas. El lobo que se había presentado como su lupa se trasladó hasta pegarse a mi rodilla, y él la golpeó. De la forma en que había golpeado a un perro que no le gustara mucho. ¿Dónde estaba la liberación femenina cuando la necesitaba? Ella fue a su vientre, llorando en forma de perro, diciéndole que ella no había querido hacer ningún daño con su cola enroscada ajustada a su grupa. Ningún otro trató de avanzar. Si la lupa no podía compartir, el resto de ellos sabían mejor que no intentasen. El Ulfric quedó presionado contra mis piernas.

—Casi me lo saca de su brazo. —Miró mi brazo sangrado como si me hubiera quitando la ropa para él, algo más allá del sexo, más allá del hambre, y sin embargo un poco de ambos. Levanté el brazo para que la sangre corriera por él en rápidas corrientes roja, salpicando hacia abajo en el cristal. Su mirada siguió el movimiento como un perro a un pedazo de alimento.

La verdad es que dejar que la gente lamiera la herida directamente

tendía a distraerme. A través de las marcas estaba obligada a un hombre lobo y un vampiro. Según las cuales la sangre era emocionante. Los pensamientos que me llenaron cuando compartí con nadie la sangre son demasiados primitivos, demasiado abrumadores. Especialmente ahora con mi escudo en ruinas, no podía correr el riesgo.

—¿El regalo es digno? —pregunté.

—Sabe que lo es —y su voz tenía una ronquera peculiar en los hombres cuando el sexo está en el aire.

—Bebe, Ulfric, bebe. No lo desperdicies. —Cogió el vaso de cristal con sangre. Lo tomó con reverencia en ambas manos. Bebía, y vi a su garganta convulsionar al tragar la sangre. Cabe que me podría haber molestado más, supongo, pero no lo hizo. El adormecimiento estaba de vuelta, un sentimiento casi cómodo distante. Yo buscaba en el bar hasta que encontré un montón de pañuelos de papel limpios y apreté mi brazo. Las servilletas quedaban empapadas de carmesí en momentos.

El Ulfric se había metió en el grupo con mi sangre en sus manos. Lo rodeaban, tocándolo, acariciándolo, rogándole a compartir. Metió su mano en la copa casi vacía y la mantuvo abajo para que los lobos lamieran.

Edward llegó cerca de mí. No dijo nada, sólo me ayudó a poner presión sobre la herida, tenían más servilletas de debajo de la barra y un paño limpio para amarrar el corte apretado. Nuestros ojos se encontraron, y él negó con la cabeza, la menor de las sonrisas apareció en su cara.

—La mayoría de las personas cobran dinero por la información.

—El dinero no interesa a la mayoría de las personas que enfrento. —El Ulfric me llamó de nuevo a través de los hombres-lobo. Tenía la boca manchada de sangre, barba y bigote. Me miró con sus ojos dorados y dijo:

—Si quieres hablar con Nicky, adelante.

—Gracias, Ulfric —dije. Me bajé de la barra, y Edward tenía que sostenerme o me habría caído. La pérdida de sangre fresca en la parte superior de todo lo demás no era lo que yo necesitaba. Yo les indiqué que fueran, y no discutieran. Edward deshizo las sogas de Nicky, y dio un paso atrás. El lobo se había retirado, dándonos la ilusión de privacidad, aunque sabía que cada hombre lobo en la sala nos escucharía, incluso si habláramos en voz baja.

—Hola, Nicky —dije.

Tuvo que intentar dos veces antes de que él dijera:

—Anita.

—Estuve aquí antes de las diez. —Puse las manos en la barra y apoyé la barbilla sobre ellas para que no tuviera que esforzarse. El movimiento hizo daño a mi espalda, pero de alguna manera yo quería estar a nivel con él. El vendaje improvisado voluminoso parecía estorbar, pero yo necesitaba mantener el brazo elevado. Nicky tenía peor aspecto de cerca. Un ojo estaba completamente cerrado, ennegrecido e hinchado por la sangre. Su nariz parecía rota, la sangre burbujeaba en ella cuando respiraba.

—Regresaste a la ciudad por principios.

—Pensé mucho. Has sido un niño muy malo, Nicky. Agobiar al Ulfric, haciendo juegos de poder detrás de su espalda cuando simplemente eres humano, ni siquiera un hombre lobo, y esa cosa. Eso no es vudú. ¿Cómo demonios hiciste eso?

—La mayoría es magia vudú —dijo.

—¿Qué clase de magia? —pregunté.

—¿Pensé que querías hablar sobre el monstruo que está matando a ciudadanos inocentes? —Su voz era tensa, llena de dolor. Normalmente, estoy en contra de la tortura, pero no pude encontrar mucha lástima en mi corazón por Nicky. Yo había visto su creación, y sentía el tormento de sus partes. No, yo no podía prescindir de mucha simpatía por Nicky. Nunca tendría bastante daño para compensar lo que había hecho, no al menos mientras él viviera. El infierno podría ser un lugar muy desagradable para Nicky Baco. Confié en la voluntad divina para que tuviera un mejor sentido de la justicia y la ironía que yo.

—Está bien, ¿qué sabes realmente sobre lo que hay ahí fuera? —pregunté.

Se quedó allí en la barra, con las muñecas y los tobillos atados, la sangre estaba goteando de su boca, y hablaba como si estuviera sentado detrás de un escritorio. Excepto por el poco de dolor que sentía y que por todos los sonidos echaban a perder algunos de los efectos.

—Lo sentí hace años, quizá diez. Sentí lo que pasó.

—¿Qué quieres decir después?

—¿No has entrado en su mente todavía? —preguntó, y esta vez escuché el miedo en su voz.

—Sí —dije.

—Ha sido lento al principio, como si se estuviera dormido o encarcelado, inactivo durante mucho tiempo. Se hacía más fuerte cada año.

—¿Por qué no le dijiste a la policía?

—Hace diez años la policía no tenía ninguna vidente o bruja que trabajase para ellos. Y yo ya tenía antecedentes penales. —Tosió, escupió sangre, y un diente en la barra. Me hizo levantar la cabeza, lo que obligó a Nicky a rodar un poco la cabeza—. ¿Qué iba a decir? Que esta cosa por andaba ahí, esa voz en mi cabeza, y se hacía más fuerte. Yo no sabía lo que podía hacer al principio. Yo no sabía lo que era.

—¿Qué es?

—Es un dios.

Levanté las cejas hacia él.

—Fue adorado como un dios una vez. Quiere ser adorado de nuevo. Se dice que los dioses necesitan homenaje para sobrevivir.

—¿Tienes todo esto de la voz sólo en la cabeza?

—Lo he tenido por diez años, él susurrando en mi cabeza. ¿Qué has aprendido en estos días?

Pensé en ello. Yo sabía que estaba matando a las personas, no sólo por deporte. Aunque disfruta de la masacre, yo lo había sentido, también. Sabía que tanto me temía y me quería. Temía a la muerte de otro trabajador en el lado opuesto, pero quería beber mi poder y lo tendría si Leonora no lo hubiese parado.

—¿Por qué ha empezado a matar a la gente ahora? ¿Por qué después de una década?

—No sé —dijo.

—¿Por qué a algunos los masacra y a otros le quita piel?

—No sé.

—¿Qué está haciendo con las partes del cuerpo que se lleva de las escenas? —Era un detalle que a la policía no le gustaría compartir con alguien fuera de la investigación, pero quería más respuestas, yo podría ser prudente.

—No sé. —Volvió a toser, pero no escupió nada. Bueno. Si hubiera continuado a escupir sangre, me quedaría preocupada por lesiones internas. Yo no quería tener que convencer a la manada de llevarlo al hospital. No pensé que tendría mucha suerte.

—¿Dónde está?

—Nunca he estado allí. Pero entiende que lo que ha estado matando a la gente no es el dios. Todavía está atrapado allí donde empezó. Sus siervos, han hecho todos los asesinatos, no él.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que si piensas que tienes problemas ahora, no has visto nada todavía. Puedo sentir la oscuridad, la mentira como una especie de cosa hinchada, llenándose de energía. Cuando esté lo suficientemente completo, va aumentando, y va a ser un infierno a pagar.

—¿Por qué no me dijiste todo esto antes?

—Estuviste con la policía la primera vez. Si me llevaras a ellos estaría muerto. Has visto lo que hago. Ni siquiera tendría un jurado. —Tenía un punto.

—Cuando esto termine, tienes que cortarlo. Tienes que liberar a sus almas, ¿de acuerdo?

—Cuando pueda volver a caminar, estoy de acuerdo. —Eché un vistazo a sus piernas y vi que había un bulto en la parte baja de su pantalón. Era un hueso de la pierna, una fractura abierta. Jesús. Algunos días hay tantas piedras para tirar en direcciones tan distintas que no sé ni por dónde empezar.

—¿Esto tiene un nombre de Dios?

—Se llama a sí mismo Marido de la Mujer Rojo.

—Eso no puede ser una frase original Inglés.

—Creo que él sabe lo que sabe de sus víctimas. En el momento en que vino a mí, hablaba en inglés.

—Así que piensas que ha estado aquí mucho tiempo.

—Creo que siempre ha estado aquí.

—¿Qué quieres decir?, ¿siempre? Como la eternidad, o realmente, realmente mucho tiempo.

—Yo no sé cuánto tiempo ha estado aquí. —Nicky cerró el ojo bueno, como si estuviera cansado.

—Muy bien, Nicky, está bien. —Me dirigí al Ulfric—. ¿Está diciendo la verdad? —El hombre asintió.

—Él no miente.

—Excelente. Muchas gracias por su hospitalidad y por favor no lo mates. Es posible que lo necesite en los próximos días para ayudar a matar a esta cosa, por no mencionar la liberación de las almas de sus compañeros de manada.

—Voy a despedirlo a los golpes. Es la cosa más cercana a la que iba a llegar, vamos a dejarlo ir.

—Grandioso, estaré en contacto.

Edward se quedó cerca de mí mientras caminábamos hacia la puerta.

No me ofreció su brazo, pero se quedó tan cerca que si me encontré que estaría allí. Bernardo ya tenía la puerta abierta. Olaf sólo nos miraba caminar hacia ellos. Me tropecé un poco a sólo los dos pasos a la puerta, y Olaf me cogió del brazo. Me miró a los ojos, y no era orgullo u honor o respeto lo que vi. Fue… hambre, un deseo tan grande que era una necesidad física, un hambre. Me aparté de él y deje una mancha de sangre en la mano. Edward estaba a mi espalda, me ayudaba con la puerta. Olaf se llevó la mano a la boca y se la lamió como un beso, pero él estaba haciendo lo mismo que los lobos. Fue degustación de mi sangre y le gustó. Hay todo tipo de monstruos. La mayoría de ellos anhelan la sangre. Algunos por alimento, algunos por placer, pero tú estarás muerto de cualquier manera.



CUARENTA Y OCHO

Todo el mundo estaba tranquilo en el coche. Olaf consumido por sus propios pensamientos, y yo no quería saber nada acerca de los detalles. Bernardo finalmente dijo:

—¿A dónde?

—Mi casa —dijo Edward—. No creo que en el día de hoy Anita haga cualquier otra cosa.

Por una vez, no discutí. Yo estaba tan cansada, estaba con náuseas. Si yo hubiera podido encontrar una posición cómoda, creo que podría haber dormido. Salimos de Albuquerque y nos dirigíamos hacia las montañas lejanas, brillantes y alegres a la luz de la mañana. Yo quería era un par de gafas de sol, porque de repente no eran ni alegres ni brillantes.

—¿Has aprendido algo para que valiera la pena salir del hospital antes del tiempo? —preguntó Edward.

—Aprendí que la cosa tiene un nombre, *Esposo de la Mujer Rojo*. Se

está escondiendo en algún lugar del cual no puede salir, lo que significa que si seguimos, nos puede matar. —Añadí, por si acaso, necesitaba saber—. Nicky dice que fue adorado como un dios, una vez, y que todavía piensa que es uno.

—No puede ser un dios —dijo Bernardo—, no es real.

—Le preguntas a la persona equivocada —dije—. Soy monoteísta.

—¿Edward? —Bernardo hizo de su nombre una pregunta.

—Nunca he conocido a alguien que fuera verdaderamente inmortal. Es sólo una cuestión de encontrar la manera de acabar con él.

En realidad había conocido a un par de cosas que parecían inmortales. Quizás Edward tenía razón, pero yo había visto cosas que todavía no podía encontrar la manera de matar. Por suerte para mí, los naga habían sido víctimas de un delito y no eran malos tipos, y la Lamia se había convertido a nuestro lado. Pero por lo que yo sabía ellos eran inmortales. Por supuesto, nunca les metí una granada incendiaria bajo los pantalones o traté de prenderles fuego. Tal vez yo no había tratado lo suficiente. Por el bien de todos, esperaba que Edward tuviera razón. No nos detuvimos en el largo camino que conducía, por lo que yo podía decir, sólo a la casa de Edward. Tenía un carro más fuerte de lo que yo había notado en la noche, hasta de una caída que de no ser un vehículo todo terreno significaba nada a menos que pudiésemos volar. Un camión blanco se detuvo detrás de nosotros y comenzó a seguirnos.

—¿Los conoces? —preguntó Olaf.

—No —dijo Edward.

Me las arreglé para girar en el asiento lo suficiente para ver el camión. No trataba de adelantarnos, ni nada. No había nada malo con el camión, excepto por el hecho de que estaba en el camino a la casa de Edward y él no lo reconocía. Agregue a eso que nosotros cuatro éramos paranoicos de profesión, lo que hizo aumentar la tensión. Edward se detuvo en el camino en frente de su casa.

—Todos a la casa hasta que sepamos quién es.

Todo el mundo en el coche era más rápido que yo, pero entonces sólo había conseguido que el sangrado en el brazo se detuviera. Por suerte para mí, Edward tenía un pesado equipo de primeros auxilios en el asiento trasero. Tenía un vendaje grande y bonito, pegada a mi brazo, y la vaina de la muñeca metida en el bolsillo.

Edward estaba en la puerta, abriéndola. Olaf estaba detrás de él.

Bernardo me esperaba, como si le hubiera gustado ofrecerse a ayudarme a salir del coche, pero le daba miedo. Yo estaba realmente con una sensación áspera suficiente como para que no me importaran los chicos, lo que di a entender que me sentía realmente mal.

Hubo un pequeño sonido agudo, un disparo, se estaba preparando de nuevo en un rifle, y todo sucedió de inmediato. Edward tenía su arma apuntada hacia el sonido. La pistola de Olaf apareció, pero no disparó. Bernardo tenía su arma apuntada, utilizando la puerta como un apoyo. Tengo que admitir que mi arma estaba en mi mano, pero no apuntando. Yo no estaba acostumbrada a la funda nueva, y tener que levantar la camisa con la mano izquierda herida. Maldición, era lenta. Harold el de cara llena de cicatrices se apoyaba en el otro extremo de la casa de Edward con un rifle de alto poder apuntándolo. Tenía la mayor parte de su cuerpo escondido detrás de la casa, y movió el fusil como si supiera lo que estaba haciendo. Si hubiera querido disparar a Edward, lo podría haber hecho antes de que Edward cayera sobre él. Que Harold no hubiera disparado a nadie todavía no significaba que había llegado para algo más que matar. Probablemente.

—Nadie entre en pánico, nadie saldrá herido —dijo Harold.

—Harold —dijo Edward—, ¿cuándo pagaste la fianza? —Todavía estaba mirando por el cañón de su Beretta a Harold. Casi podía garantizar que miraba a la parte superior de la cabeza del otro hombre, su objetivo era matar más de lo poco que quería disparar. Edward no dispara a herir.

—Sólo fue arrestado Russell —dijo Harold, el rifle se instaló cómodamente en su hombro—. Hablando del diablo. —Russell dio la vuelta en la esquina detrás de Harold. Su nariz estaba llena de algodón blanco y cubiertas con un vendaje duro.

—Me rompiste la nariz. Gran…

—Pensé que aterrorizar a las mujeres y los niños llevara más tiempo que esto —dije.

Me quedé con la pistola detrás de la puerta abierta. Yo no quería dar a nadie una excusa para empezar a disparar. El Tritón, muy alto, llegó en silencio por el otro lado de la casa con un revólver grande y brillante en sus manos. Se lo llevaba en las dos manos y se movía en cruz, con cada paso decía que sabía lo que estaba haciendo. Había una mujer junto a él, moviéndose como una sombra aceitada, suave. Ella medía seis pies, y la parte superior del cuerpo mostraba unos hombros y brazos que haría que la

mayoría de los hombres parezcan insignificantes. Sólo presionaba contra su pecho la camiseta y su sostén mostraba mucho de la chica.

Olaf apuntó su arma hacia ellos. Bernardo se trasladó con su arma, y la mujer se volvió hacia él. Olaf se volvió cuando Newt cruzó delante de él como en un baile. La mujer y Bernardo fueron más prácticos. Ellos se quedaron un poco separados y mirando el uno al otro sobre sus armas.

Sólo Russell siguió caminando y no sacaba una pistola. Traté de tirar de las mías apuntando hacia él. Él se detuvo, pero su sonrisa amplia y la mirada que tenía en sus ojos eran de lo peor, como si hubiera planes para mí, y todos estaban a punto de hacerse realidad.

—Tú me disparas y dispararán a tus amigos. Tú eres la única a quién nuestro jefe quiere —dijo Russell.

—Pero no estamos aquí para matar a nadie —dijo Harold, muy rápidamente, como si quisiera ser claro en eso. Si yo estuviera mirando por el cañón de la pistola que Edward mantenía, me gustaría ser claro, también. Russell comenzó a caminar hacia mí, aunque tenía la Browning apuntando su pecho.

—Nuestro jefe sólo quiere hablar contigo, eso es todo —dijo Harold—. Te prometo que sólo quiere hablar con la niña.

Yo estaba como un guardaespaldas con el arma extendida. Russell seguía caminando hacia adelante con mucha confianza. A menos que yo estuviera dispuesta a matarlo, él no estaba parado. Yo no quería ser la que dispara el primer tiro. La gente aquí se iba a morir, y yo no podía controlar cuál de ellos sería.

Podía oír el camión ahora, aplastando la grava. Hice lo único que podía pensar, me di vuelta y eche a correr. Oí un sorprendido, «Hey» detrás de mí. Pero yo estaba en el borde de la pendiente por el otro lado. De repente no estaba preocupada por el desgarro de mis puntos, o lo cansada que estaba. Mi corazón estaba en mi garganta, y me encontré con que no sólo pude caminar sin caerme, yo podía correr. Mi mente parecía estar trabajando rápido y más rápido. Vi a una lavadora en la base de la pendiente y un grupo de árboles a un lado. Me metí en la lavadora con un torrente de piedras pequeñas. Caí en cuatro patas, pesadas, y fui luchando con mis pies antes de sentir el primer goteo de sangre por mi espalda. Yo estaba detrás de los árboles, cuando escuché a Russell deslizarse por la pendiente detrás de mí.

No podía dispararle, pero no había otras opciones. Mi único fin era

llegar al grupo de árboles. Pero lo que no me gustó de Russell, era que podía correr, porque podía oír lo que lo hacía. Él no iba a darme tiempo suficiente para esconderme. Corrí allá a los árboles y sabía que no podía escapar de él. La adrenalina ya empezaba a desvanecerse, y el calor plegado a mi alrededor como una mano. Simplemente no estaba para una larga persecución en el día de hoy. Tenía que ponerle fin, en breve.

Tenía que levantarme, sólo un poco, uno para ahorrar energía, y dos, para que Russell no pusiera final al día. Tomé un bocado de aire grande y me preparé. Sabía lo que quería hacer. Pero mi cuerpo tenía que hacerlo. Yo no podía dudar, no por mi espalda o el brazo o cualquier otro daño. Arriesgué un vistazo hacia atrás, y Russell estaba casi sobre mí. Le di un puntapié con todas mis fuerzas, directamente en las bolas. Lo hice sin dudarlo, casi sin mirarlo, dejando que su propio impulso, lo llevara sobre mí. El choque del salto me envió hacia atrás, y yo hice lo que aún no era fácil en la clase, di una patada giratoria inversa, donde pensé que sería la cara, y así fue. Lo había derrumbado, agarrándome a mí misma, y él cayó de rodillas con la patada. Se quedó en cuatro patas moviendo la cabeza, pero no cayó. ¡Maldita sea! Una voz gritó desde arriba de la pendiente.

—Yo no los veo.

Había una larga pieza de madera blanqueada en el suelo de la colada. La cogí y le pegué dos veces, fuerte. Por último, se desplomó en el suelo y no se movió. No tuve tiempo para comprobar el pulso. La lavadora quedaba a unos cien metros abajo con el recipiente lleno al final del mismo. Había un lugar en el banco que estaba destruido más que el resto. Era como una cueva poco profunda. Tuve una fracción de segundo para decidir qué camino tomar. Me tomé la vaina de cuchillo de mi bolsillo trasero, y arrojé el cuchillo y todo como lo que pudiese arrastrarme. Fui a la cueva, luchando con los pies y las manos como un mono, manteniéndome abajo. Yo estaba en la fría sombra de la depresión cuando escuché los hombres bajando por la ladera.

—Yo no los veo —dijo el primero.

—Desaparecieron —la voz de una mujer. ¿Podrían ser dos tipos y la mujer mala, no me lo creo? ¿Significa eso que había un arma menos con Edward y los demás? Dejé que el pensamiento se fuera. Tenía mis propios problemas.

Rocas rosaron hacia abajo sobre el terreno como una cascada seca. Al menos uno de ellos bajaba directamente encima de mí. ¿El techo de la

cueva podría sostener el peso? Yo ya estaba lamentando estar escondida. Sin embargo, la lavadora se extendía abierta y directamente demasiado lejos. Nunca llegaría hasta el lugar donde se vacía y no había maleza. Sólo que hoy no era rápida. Si pensaban que había me había ido por otro lado y no me veían, entonces sería un buen plan. Si ellos se volvían y me veían, era un mal plan. Los oí venir, pero la voz del hombre estaba justo encima de mí. Esto me hizo saltar. Tenía que estar de pie justo a la derecha de la azotea.

—Jesús, es Russell. —Saltó a la lavadora y comenzó a correr hacia el hombre caído.

La mujer fue más cautelosa, deslizándose en el charco, buscando de arriba a abajo. Estaba tan cerca, podría haber alcanzado y tocado la pierna de sus pantalones vaqueros. Mi corazón estaba tronando en mi garganta, pero había dejado de respirar. Yo estaba aguantando la respiración, dispuesta a dejar ir a los hombres, a pie, y no mirar atrás.

—Está vivo —dijo el hombre. Entonces se habían levantado y avanzado hacia la vaina que había tirado.

—Ella se fue por allá. —Se fue de la brocha. La mujer se dirigió hacia él. Ya estaba en el borde, empujando a él.

—Maury, maldita sea, no iré hasta allí. —Tenía que correr para tener alguna posibilidad de alcanzarlo. Ella no miró hacia atrás y verme agachada en el agujero.

Cuando su amplia espalda desapareció en la maleza, y oí la maldición del hombre, me arrastré fuera del agujero y comencé a subir la pendiente en cuatro patas. Si la mujer y Maury salían ahora, pasaría a estar como un punto negro en una hoja blanca de papel. Pero no regresarán, y yo salí a la parte superior de la cuesta abajo de donde me había introducido, arrastrándome sobre el vientre a meterme bajo los arbustos de salvia que bordeaban el jardín de Edward.

Algo se deslizó fuera a mi derecha, y no era humano. Una serpiente. Una serpiente se deslizó afuera de lo más profundo en los arbustos. «¡Mierda!». Gracias, Dios mío. Un problema más y yo estaba sin soluciones. Por supuesto, ahora cada ruido parecía ser un reptil, y el hormigueo en mi vientre a través de los espesos matorrales, el olor espeso de la salvia en el aire caliente era una pequeña porción de la pesadilla. Seguí esperando escuchar el seco sonajero que me decía que yo había usado toda mi suerte. Cada rama que rozaba mi pierna parecía tener

escalas. Lo único que me impedía gritar era el conocimiento de que alguien probablemente me mataría antes de que supieran que era yo.

Por el momento me arrastré hasta el borde mismo de los arbustos una pulgada dolorosa a la vez, yo estaba sudando y sólo parcialmente por el calor. El sudor picaba en la espalda, y yo sabía que lo más grueso que se escurre es la sangre y no sudor. Pude ver el patio a través de la última pantalla de la salvia. Las cosas no habían mejorado.

La mujer y el hombre nuevo, habían abandonado el patio, pero otros tres habían tomado su lugar. Tenían los hombres de rodillas. A Olaf le habían atado las manos sobre su cabeza calva. Bernardo tenía su mano buena en la cabeza, y su reparto planteado tan alto como podía. Edward era el más cercano a mí. Newt estaba tan cerca que podría haber puesto el cuchillo en el pie. Harold estaba hablando por un teléfono celular. Estaba agitando una mano y tenía el fusil en un brazo. Él puso el teléfono alejado de la boca, y dijo:

—Él dice que den una búsqueda en la casa.

—¿Para qué? —dijo uno de los hombres nuevos, que tenía el pelo oscuro y un revólver.

—Para buscar un artefacto, algo que la chica usará contra el monstruo.

—¿Qué tipo de artefacto? —preguntó el hombre oscuro.

—Cualquier cosa extraña —dijo Harold.

El de pelo negro se quejó, pero hizo un gesto a los dos hombres a la izquierda para entrar por la puerta de la casa. Edward la debió haber abierto para ellos. ¿Qué diablos había ocurrido mientras me arrastraba a través de los arbustos? Los tres hombres entraron en la casa. Harold seguía hablando por teléfono. A la izquierda estaba justo Newt con su 45, y ni siquiera estaba apuntando a la cabeza de nadie. Nunca conseguiría algo mejor que esto. En cualquier momento los otros volverían a la lavadora o fuera de la casa. Me hubiera gustado haber al menos llegado a sus rodillas y clavar el cuchillo en un área vital, pero los arbustos eran demasiado gruesos. Nunca me empujé a mis rodillas, sin hacer toda clase de ruidos.

Si le disparo con una pistola, no me gustaría alertar a todos los demás. Mierda. Yo tenía dos cuchillos. Tuve una idea. Me puse la hoja de mi funda de brazo derecho, asegurándome de que mi mano izquierda tenía un buen agarre. Newt estaba de píe todavía tan tentadoramente cerca. Me tomé la invitación, apuñalé con el cuchillo la parte frontal del pie. Sentí clavarse la hoja en el suelo debajo de su zapato, cuando él gritó. Estaba de rodillas

detrás de él, mientras trataba de girar y llevar el arma a mí, pero tenía el arma apuntando a alguien de pie sobre su lado izquierdo, y yo no estaba allí. Le clavé el otro cuchillo en sus pantalones, en la parte delantera, mi mano estuvo entre las piernas, y fallé. No le di a la carne. Coño. Se estremeció la hoja a un lado y sentí, que no lo corté. Pero estaba muy, muy quieto. Le susurré:

—No te muevas. —Él no se movió. Se quedó como una especie de estatua torpe.

Harold comenzó a caminar hacia nosotros.

—¿Qué pasa, Newt? —Newt trago, y dijo:

—N-nada. Me pareció ver una serpiente.

Le susurré:

—Buen niño, Newt. Si desea conservar las joyas de la familia intacta, en voz muy baja, dame tu pistola. —Dejó que el 45 cayera en mi mano. Yo estaba lo suficientemente cerca para susurrarle a Edward.

—¿Qué quieres que haga?

—Llama Harold a tu lado.

—Ya lo oíste, Newt —dije.

El hombre nunca vaciló.

—Hey, Harold, ¿puedes venir aquí un momento?

Harold suspiró, cerrando el teléfono celular.

—¿Qué pasa ahora, Newt?

Estaba casi al lado de Edward cuando notó que habían desaparecido las armas de Newt. Yo todavía estaba oculta detrás del cuerpo del hombre más grande, ni siquiera veía el cuchillo que estaba oculta en la tela de sus pantalones.

—¿Qué diablos? —Bernardo sacó uno de los palillos de oro de su pelo, y era una hoja que terminó en el brazo de Harold. Edward le golpeó en el intestino, y lo desarmó.

Se puso de pie sobre él con el rifle. Olaf y Bernardo fueron a sus pies. No sé cuál habría sido el próximo plan, porque escuchamos las sirenas de policía.

—¿Has llamado a la policía, Harold? —preguntó Edward.

—No seas un asno —dijo Harold.

—Anita —dijo Edward.

—No los llame. Todavía tengo una 45 —apunté a Newt—. No te hagas el listo. —Pero le retire el cuchillo con mucho cuidado y se levantó. Seguí

con la pistola en su espalda, pero estaba empezando a dudar de que tuviera que matar a nadie. Las sirenas estaban casi aquí.

Los tres individuos salieron de la casa con sus armas a la vista. Miraron a Harold, lo vieran en el suelo, y Edward tenía el fusil al hombro y la mira del cañón en ellos.

Sus ojos acechaban a la policía que venía rápido, y de nuevo a Edward. Arrojaron sus armas hacia abajo y entrelazaron sus dedos en la cabeza sin que les dijeran. Dudaba de que fuera la primera vez que habían tenido que hacerlo.

Era un coche camuflado con un coche de marca que le seguía. Se deslizó hasta detenerse en los lados opuestos de la camioneta negra y cuatro policías salieron. Teniente Marks, Detective Ramírez, y dos uniformes que no conocía. Estaban apuntando con un arma, pero parecían poco seguros de quién eran los malos. No se les puede culpar. Todos teníamos armas.

—Detective Ramírez —dije—. Gracias a Dios.

—¿Qué está pasando? —dijo Marks, antes de que Ramírez, pudiera responderme. Edward les dijo que Harold y sus hombres habían saltado sobre nosotros y estaban tratando de interrogarnos acerca de los asesinatos de la mutilación. Marks encontró esto fascinante. Edward sabía que lo haría. Sí, Ted Forrester haría cargos de asalto. Cualquier buen ciudadano lo haría. Había esposas suficiente para todos, apenas.

—Hay dos más por ahí —dijo Edward en su mejor voz de ayuda.

—Hay uno inconsciente en el lavado de abajo —dije. Todo el mundo me miraba. Yo no tenía que pretender verme incómoda.

—Él me estaba persiguiendo. Pensé que iban a matar a los otros. —Me encogí de hombros y me estremecí—. Está vivo. —Sonaba como una excusa, incluso para mí.

Solicitaron más hombres para buscar en el área. Se llamó a una ambulancia para Harold, Newt, y Russell, cuando lo encontraron. Me senté en el suelo, esperando a que todos hicieran su trabajo. Yo estaba usando ambas manos para sostenerme a mí misma. Ahora que la situación de emergencia parecía haber terminado, no me encontraba tan bien. Marks me estaba gritando.

—¡Usted salió del hospital en contra de las órdenes del médico! No me importa un carajo, pero quiero un comunicado. Quiero saber exactamente lo que ocurrió en ese hospital. —Lo miré, y parecía ser más alta que él, más

lejos de alguna manera.

—¿Estás diciendo que todas las luces y sirenas son porque estaba enojado conmigo por no dar una declaración antes de salir del hospital? —Un rubor apareció en su rostro, y yo sabía que era exactamente. Uno de los uniformados lo llamo:

—Teniente.

—Quiero hoy su declaración. —Se dio la vuelta y se marchó. Yo esperaba que él se quedara allí. Ramírez se arrodilló a mi lado. Estaba vestido con su habitual camisa desasida, una corbata a rayas a media asta, en torno a un cuello abierto.

—¿Estás bien?

—No —dije.

—Fui al hospital hoy, y ya habías desaparecido. Era de noche, el ascensor había sido desactivado a causa de una alarma de incendio. Tuve que volver sobre tus pasos y bajé las escaleras, y vine detrás de ti. Es por eso que llegué tarde. Es por eso que yo no estaba allí para ti. —Para que fuera casi lo primero que salió de su boca, debo haber sido el escucha. Me gustó. Logré algo parecido a una sonrisa.

—Gracias por decírmelo. —Tenía tanto calor. El patio parecía estar nadando en el calor, como si estuviera mirando el mundo a través de ondulaciones de vidrio. Me tocó de nuevo, creo que me ayudó a levantar. Sacó su mano de mi camisa. Tenía la mano ensangrentada. Se fue a cuatro patas, utilizando una mano para abrir la camisa. Quedó empapada de sangre que tuvo que ver mi piel.

—Jesús y José, ¿qué demonios te has hecho?

—Ni siquiera me duele ya. —Me oí decir desde muy lejos, entonces me deslicé sobre sus brazos, sus piernas. Oí a alguien llamarme por mi nombre, y finalmente me desmayé. Me desperté en el hospital. El doctor Cunningham se inclinaba sobre mí.

Pensé:

—Tenemos que dejar las reuniones como ésta —pero ni siquiera traté de decirlo en voz alta.

—Has perdido sangre y he rehecho tus puntos de sutura. ¿Crees que te puedes quedar aquí el tiempo suficiente para que yo realmente te cure esta vez? —Creo que sonreí.

—Sí, doctor.

—Sólo en caso de que tengas alguna idea divertida sobre tu salida, te he

dopado con analgésicos como para hacerte sentir muy bien. Así que a dormir, y te veré por la mañana. —Mis ojos cerrados ondearan una vez, luego se abrieran. Edward estaba allí. Se inclinó sobre mí y me susurró:

—Arrastrándote a través de los arbustos en tu vientre, amenazando con cortar las bolas de un hombre. Eso fue realmente duro. —Mi voz era débil incluso para mí.

—Tenía que salvar tu culo. —Se inclinó y me besó en la frente, o tal vez soñé esta parte.



CUARENTA Y NUEVE

En algún momento durante el segundo día en el hospital, redujeron mis medicinas, y empecé a tener sueños. Yo estaba metida en un laberinto compuesto por altos setos verdes. Llevaba un vestido largo y pesado, hecho de seda blanca. Había cosas pesadas en virtud del mismo. Podía sentir la tensión de un corsé en el vestido, y yo sabía que no era mi sueño. Yo nunca sueño con ropa que jamás haya usado. Deje de correr por el laberinto verde, miré hacia un cielo azul impecable, y grité:

—¡Jean-Claude! —Su voz vino, rica, seductora. Podía hacer cosas con su voz que la mayoría de los hombres no podían hacer con sus manos.

—¿Dónde estás, *ma petite*? ¿Dónde?

—Tú te comprometiste a permanecer fuera de mis sueños.

—Sentimos que morías. Sentimos las marcas abiertas. Estamos preocupados.

Sabía quién era «nosotros».

—Richard no está invadiendo mis sueños, sólo tú.

—Yo he venido para saber de ti. Si hubieras cogido un teléfono para llamar a alguno de nosotros, esto no sería necesario.

Me di vuelta y había un espejo en el medio de la hierba y los setos. Era un espejo de cuerpo entero con un marco de filo dorado. Muy antiguo, muy Luis XIV. Mi reflejo era sorprendente. No era sólo la ropa. Tenía el pelo en una especie de montículo complicado, con rizos gruesos que cuelgan aquí y allá. Había también más cabello, y sabía que al menos algunos era una peluca o al menos postizos. Tenía incluso una marca de belleza en la mejilla. Yo esperaba estar haciendo el ridículo, pero no. Me veía delicada, como una muñeca de porcelana, pero no era ridícula. Mi reflejo vaciló, y luego creció más alto, y estaba Jean-Claude en el espejo, y mi reflejo desapareció.

Él era alto, delgado, vestido de pies a cabeza en satén blanco, con un traje que hacía juego con mi vestido. El brocado de oro brillaba por las mangas, por las costuras de los pantalones. Botas blancas de cabalgar, hasta las rodillas, atadas con cintas blancas y enormes botones de oro. Era un conjunto currutaco, Sissy para usar una palabra moderna, pero no parecía currutaco. Se veía elegante y cómodo, como cuando un hombre se quita la corbata y se pone algo más cómodo. Su pelo caía en largos rizos negro. Sólo la masculinidad delicada de la cara y sus ojos azules medianoche parecía normal, familiar. Sacudí la cabeza, y el peso del pelo lo hizo difícil.

—Estoy fuera de lugar —y empecé a destrozar el sueño.

—Espera, *ma petite*, por favor. Verdaderamente, tengo una advertencia para ti. —Miró hacia arriba como si viera al espejo como una especie de cárcel—. Esto es para hacerte saber que no te voy a tocar. Vengo sólo para hablar.

—Entonces, habla.

—¿Fue el maestro de Alburquerque quien te hizo daño? —Me pareció una pregunta extraña.

—No, Itzpapálotl no me hizo daño.

Hizo una mueca en su nombre.

—No uses su nombre en voz alta dentro de este sueño.

—Está bien, pero ella no me hizo daño.

—¿Pero la has visto? —preguntó.

—Sí.

Él parecía perplejo, y levantó un sombrero blanco y golpeó la pierna

como si fuera un gesto habitual, aunque yo nunca lo había visto hacerlo antes. Pero entonces yo no lo había visto en ropa como esta, y estaba luchando por nuestras vidas, de modo que realmente no había habido tiempo para notar las cosas pequeñas.

—Albuquerque es un tabú. El Consejo Superior ha declarado la ciudad fuera de los límites a todos los vampiros y sus secuaces.

—¿Por qué?

—Debido a que el Maestro de la ciudad ha matado a todos los vampiros o el siervo que ha entrado en su ciudad en los últimos cincuenta años.

Me quedé mirándolo.

—Estás bromeando.

—No, *ma petite*, no es broma.

Parecía preocupado, no, con miedo.

—Ella no intentó nada hostil, Jean-Claude, de verdad.

—Debe de haber una razón para ello. ¿La policía estaba contigo?

—No.

Sacudió la cabeza, golpeando el sombrero en la pierna de nuevo.

—Entonces ella quiere algo de ti.

—¿Qué podía querer de mí?

—No sé.

Dio una palmada con el sombrero en la pierna de nuevo y miró hacia mí a través de la pared de vidrio.

—¿Ha matado a algún vampiro que estaba de paso?

—*Oui*.

—¿Por qué el Consejo no envió a alguien a darle una patada en el culo?

Miró hacia abajo y hacia arriba, y había miedo en sus ojos de nuevo.

—El Consejo tiene miedo de ella, creo. Habiéndose reunido tres de los miembros del Consejo, personalmente, —levantó las cejas en la medida en que hablaba.

—¿Por qué? Quiero decir, sé que es poderosa, pero no es tan poderosa.

—Yo no sé, *ma petite*, pero sé que decretaron el tabú en el territorio, en lugar de luchar contra ella.

Eso era simplemente miedo.

—Hubiera sido bueno saberlo antes de llegar aquí.

—Yo sé que valoras tu privacidad, *ma petite*. No he tenido contacto contigo en todos estos largos meses. He respetado tu decisión, pero no es sólo nuestro romance, o la falta de él, que es importante entre nosotros. Tú

eres mi siervo humano lo quieras o no. Esto significa que no puedes simplemente entrar en el territorio de otro vampiro sin una diplomacia.

—Estoy aquí por negocios de la policía. Pensé que podría entrar en el territorio de nadie, siempre que era un asunto policial. Estoy aquí como Anita Blake, experto sobrenatural, no como tu siervo humano.

—Normalmente, eso es cierto, pero estás en las tierras de cuyo dueño no obedece los decretos del Consejo. Es una ley en sí misma.

—¿Qué significa eso para mí, aquí y ahora?

—Tal vez le teme a la ley humana. Tal vez ella no te hará daño, por miedo de que los humanos la destruyen. Sus autoridades pueden ser muy eficaces a veces. O simplemente quiere algo de ti. La has conocido. ¿Qué piensas tú? —dijo.

Llegó a mis labios antes de pensar en ello.

—Poder, que le atrae el poder.

—Tú eres una nigromante.

Sacudí la cabeza, y de nuevo los postizos lo hicieron difícil. Cerré los ojos en el sueño, y cuando los abrí, mi pelo quedó suelto hasta los hombros, normal.

—El cabello era pesado.

—Puede ser —dijo—. Estoy feliz de que hayas dejado el vestido. No puedo decir cuánto tiempo he querido verte en algo parecido.

—No te pases, Jean-Claude.

—Mis disculpas, —y él hizo un arco de barrido, con el sombrero en el gesto, de modo que atravesó el pecho.

—Creo que es más que la nigromancia. Pensó que yo era parte de un triunvirato el primer momento que me conoció. Sentí que tamizaba a través de nosotros tres, como desenrollando una cuerda. Ella lo sabía. Creo que eso es lo que quiere. Ella quiere saber cómo funciona.

—¿Podrías repetirlo? —preguntó.

—Tiene un siervo humano y los jaguares son animales que responden a su llamado. Teóricamente, supongo que puede, aunque, ¿puede hacer tres vías de marcas cuando ya tienes a un siervo humano, y un animal o no?

—Si las marcas son recientes, tal vez.

—No, no son recientes. Un par han sido hechas hace mucho tiempo.

—Pues no, la marca de su humano está demasiada afianzada para estirar a un tercero.

—Así que ¿puede estar interesada en mí para un poder que no puede

tener? ¿Si se entera entonces que no puedo ser de ayuda para ella? —dije.

—Tal vez sería mejor si ella no se entera de nada, *ma petite*.

—¿Crees que me mataría?

—Ella ha matado a todos los que se cruzaran en su camino por medio siglo. Yo no veo por qué debería cambiar su forma de actuar.

Yo estaba muy cerca del espejo ahora. Tan cerca que podía ver los botones de oro en su chaqueta, y el auge y la caída de su pecho, como se levantaba con su respiración. Esto era lo más cerca que había estado de él en meses. Era sólo un sueño, pero ambos sabíamos que no era sólo un sueño. Había puesto la barrera del espejo entre nosotros, porque una vez lo había utilizado para entrar en mis sueños con las demás fantasías. Había venido como un amante en mis sueños. Habíamos hecho la cosa real, también, pero los sueños habían sido dulces, a veces un preludio de lo real, a veces con un fin en sí mismos.

El vidrio se puso más delgado, como si se desgastara. Era como un cristal fino de azúcar hilado. Lo toqué con la punta de los dedos, y el vidrio se movía como plástico transparente, a mi contacto.

Mi mano tocó la suya, y la delgada barrera se desvaneció. Nuestros dedos se tocaron, y era sorprendente, eléctrico. Sus dedos se deslizaron sobre los míos, entrelazados, tocando las palmas de nuestras manos, incluso un toque casto enviaba mi aliento a la carrera.

Di un paso atrás, pero no le solté la mano, por lo que el movimiento lo sacó del espejo. Salió del marco de oro y de pronto estaba delante de mí, nuestras manos seguían entrelazadas en frente de nosotros. Podía sentir los latidos de su corazón a través de su palma, sentir el lugar y el pulso de su cuerpo a través de mi mano, como si todo él estuviera contenido en la mano, pálida donde quedó presionada contra la mía.

Se inclinó hacia mí, como si fuera a besarme, y empecé a alejarme, con miedo, pero el sueño se rompió, y de repente me desperté, mirando hacia el techo del hospital. Una enfermera estaba en la habitación, comprobando mis heridas. Ella me había despertado. Yo no estaba segura de sí estaba contenta o triste.

Las marcas se habían abierto en menos de una semana, y Jean-Claude ya me presionaba. Bueno, bueno, yo necesitaba la advertencia, pero… Oh, diablos. Mi maestra, Marianne, me había dicho que yo no podía ignorar los muchachos, que eso sería peligroso. Pensé que ella quería decir ignorando el poder que nos unía, pero tal vez quería decir más que eso. Yo era el

siervo humano de Jean-Claude, y las cosas se complicaron cuando viajé. El territorio de cada vampiro era como un país extranjero. A veces había tratados diplomáticos entre ellos. A veces no. En ocasiones, sólo había un par de vampiros maestros que eran enemigos, puro y simple, así que si perteneces a uno, te quedas en la mierda en las tierras del otro. Al negarme el contacto con Jean-Claude, podría arruinarme, podría ser asesinada o tomada como rehén. Pero yo había pensado que era seguro siempre y cuando yo estuviera en una comisión a servicio de la policía o animando zombis. Ese era mi trabajo. No tenía nada que ver con Jean-Claude y la política de vampiros. Pero siempre podía estar equivocada, como ahora.

¿Por qué, puedes decir, creo en Jean-Claude y su advertencia? Porque él no gana nada con mentir al respecto. También sentía su miedo. Una de las cosas sobre las marcas, generalmente se podría decir lo que la otra persona estaba sintiendo. A veces eso me molestaba. A veces era muy útil.

La enfermera empujó un termómetro con una funda de plástico debajo de mi lengua. Ella me tomó el pulso mientras esperábamos a que el termómetro sonara. Lo que realmente me molestaba en el sueño era como yo me sentía atraída por él. Cuando tenía las marcas cerradas, nunca me tocaba en mis sueños. Por supuesto, yo no le había permitido entrar en mis sueños cuando tenía las marcas bloqueadas. Con las barreras, yo había vigilado mis sueños, lo mantuve a él y a Richard a cabo. Todavía podía mantenerlos fuera, pero me tomó más trabajo hacerlo. Yo estaba fuera de práctica. Iba a tener que volver a la práctica, rápido. El termómetro sonó. La enfermera después de leer el pequeño monitor de su cinturón, me dio una sonrisa vacía que podía significar cualquier cosa, y tomó nota.

—He oído que nos vamos de aquí.

Me miró.

—Yo soy grande.

—El Doctor Cunningham pasará a verla antes de que salgas. —Sonrió de nuevo—. Parece que quiere supervisar su salida personalmente.

—Soy uno de sus pacientes favoritos —dije. La sonrisa de la enfermera bajó sólo un toque. Creo que ella sabía exactamente lo que el doctor Cunningham pensaba de mí.

—Debe llegar pronto para verte.

—¿Pero voy a salir definitivamente hoy de aquí? —pregunté.

—Eso es lo que he oído.

—¿Puedo llamar a un amigo para que me recoja?

—Puedo llamarlo por ti.

—Si yo me voy hoy, ¿no puedo tener un teléfono? —El buen doctor se había asegurado de que no hubiera teléfono en mi habitación porque no quería que yo tratara de hacer mi trabajo, cualquier trabajo, ni siquiera las llamadas telefónicas de negocios. Cuando le había prometido no usar el teléfono si acabara de darme uno, sólo me miró, hizo algún tipo de nota en su expediente, y se fue. No creo que él confiara en mí.

—Si el médico dice que puedes tener un teléfono, te traeré uno, pero por si acaso, deme el número y me pondré en contacto con tu amigo. —Le di el número de Edward. Escribió, sonrió y se fue.

Hubo un golpe en la puerta. Yo esperaba el doctor Cunningham, pero era el detective Ramírez. Su camisa hoy era de un marrón pálido. La corbata media asta era de color marrón oscuro con un pequeño diseño en color blanco y amarillo. Pero también traía una chaqueta de color marrón a juego con los pantalones. Era la primera vez que lo veía con un traje entero. Me preguntaba si cargaba las mangas enrolladas por debajo de la chaqueta. Traía un ramo de flores y brillantes globos de Mylar con personajes de dibujos animados sobre ellos. Los globos decían cosas como «buena salud», y «¡Oh, molesta!». Ese era el globo de Winnie the Pooh. Tuve que sonreír.

—Ya me enviaron flores. —Había un pequeño arreglo de margaritas y claveles en miniatura en la mesita de noche.

—Quería traer algo en persona. Lamento no haber estado aquí antes.

Mi sonrisa se marchito en los bordes.

—Este nivel de disculpa es generalmente reservado para novios o amantes, detective. ¿Por qué te sientes tan culpable?

—Sigo teniendo que recordarte que me llames Hernando.

—Siempre se me olvida.

—No, no. Tú siempre estás tratando de distanciarte.

Lo miré. Probablemente era cierto.

—Tal vez.

—Si yo fuera tu amante, yo te hubiera seguido al hospital y me hubiese quedado a tu lado cada minuto —dijo.

—¿Incluso con una investigación de asesinato andando? —pregunté. Tenía la gracia de encogerse de hombros y la mirada tímida.

—He tratado de estar aquí cada minuto.

—¿Qué ha estado ocurriendo al mismo tiempo que he estado aquí? Mi

doctor me ha asegurado que no han descubierto nada. —Ramírez puso los globos junto a las flores. Los globos tenían uno de esos pesos sobre ellos para evitar que se fueran a la deriva.

—La última vez que traté de verte, tu médico me hizo prometer no hablar sobre el caso.

—Yo no sabía que habías estado aquí antes.

—Estabas muy fuera de sí.

—¿Estaba despierta? —Sacudió la cabeza. Genial. Me pregunté cuántas otras personas habían desfilado por aquí, mientras yo estaba inconsciente —. Me voy hoy, así que creo que es seguro hablar sobre el caso. —Me miró, y la expresión fue suficiente. Él no me creyó—. ¿Nadie confía en mí?

—Tú eres como la mayoría de los policías, lo sé. Uno nunca deja de trabajar.

Levanté la mano en señal del saludo de boy scout.

—Sinceramente, la enfermera me dijo que hoy me dan de alta.

Él sonrió.

—Vi tu espalda, recuerdas. Aun si salieras, tú no vas a volver al caso, no en persona de todos modos.

—¿Qué? ¿Voy a mirar fotos y escuchar las pistas que los demás encuentren?

Asintió con la cabeza.

—Algo así.

—¿Me veo como Nero Wolfe? Yo no soy el tipo de chica que se queda en casa, fuera de la línea de fuego.

Se rió, y todavía era una buena risa. Una risa normal. No tenía nada del sex appeal tangible de Jean-Claude, pero en cierto modo, me gustaba más por su total normalidad. Pero… pero era agradable y cálido, como Ramírez, tenía el recuerdo del sueño de Jean-Claude en mi cabeza. Podía sentir el roce de su mano en la mía, el toque que quedó en mi piel del mismo modo que un perfume caro permanece en una habitación poco después de que la mujer que lo lleva se haya ido.

Tal vez era amor, pero lo que fuera, era difícil encontrar a un hombre que podía competir con él, no importa lo mucho que quería encontrar uno. Era como cuando él estaba conmigo, todos los demás hombres sólo se perdían en el fondo, a excepción de Richard. ¿Era eso lo que significa estar enamorada? ¿Lo era? Ojalá lo supiera.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Ramírez.

—Nada.

—El no hay nada, te hace ver muy seria, casi triste.

Se había acercado a la cama, los dedos tocando el borde de la sabana. Su rostro era agradable, sin preguntas, muy abierto. Me di cuenta de una vez que Ramírez tenía mi boleto. Él sabía que me golpeaba los botones, en parte, sólo una coincidencia, en parte, me leía bien. Leía lo que me gustaba y lo que yo odiaba en un hombre mejor que Jean-Claude había hecho por años. Me gustó la honestidad, la transparencia, y una especie de encanto de niño. Había otras cosas que llevaban a la lujuria, pero para mi corazón, era este el camino. Jean-Claude casi nunca habría nada. Siempre tenía una docena de diferentes motivos para todo lo que hacía. La honestidad no era su mejor cosa, o su pequeño encanto… no. Jean-Claude había llegado allí primero, y para mejor o peor así eran las cosas. Tal vez un poco de honestidad funcione aquí, también.

—Me pregunto cómo de diferente sería mi vida si yo te hubiera conocido o a alguien como tú primero.

—En primer lugar, implica que ya has conocido a alguien.

—Te dije que había dos chicos en la casa.

—También dijiste que no podías decidir entre ellos. Mi abuela siempre decía que la única razón por la que una mujer vacile entre dos hombres es que no han cumplido con el derecho.

—Tu abuela no ha dicho eso.

Asintió con la cabeza.

—Sí, lo dijo. Ella era cortejada por dos hombres, se dedicó por la mitad a ambos, luego conoció a mi abuelo y ella sabía por qué fue vacilante. Ella no quería a ninguno de los dos hombres.

Suspiré.

—¿No me digas que te tengo atrapado en algún folclore familiar?

—Nunca me dijo que había sido tomada. Dime que estoy perdiendo mi tiempo y paro. —Lo miré, realmente lo miré, permití que mi ojo siguiera la línea de la sonrisa en su cara, el humor brillaba en sus ojos.

—Estás perdiendo el tiempo. Lo siento, pero creo que lo estás.

—¿Segura?

Sacudí la cabeza.

—¡Basta, Hernando! Me llevan, está bien.

—Tú no has sido tomada hasta que tomes una decisión final, pero eso está bien. No soy el único. Si lo fuera, tú lo sabrías. Cuando te encuentres

con él, no tendrás dudas.

—No me digas que crees en el amor verdadero, el tipo de cosas de compañero del alma. —Se encogió de hombros, los dedos bailaban hacia arriba y hacia abajo en el borde de la sábana.

—¿Qué te puedo decir? Me crié con historias sobre el amor a primera vista. Mi abuela, mis dos padres, incluso mi bisabuelo dijo lo mismo. Se reunieron con esa persona especial, y no existía nadie más después de eso.

—Eres descendiente de una familia de románticos —dije.

Asintió con alegría.

—Mi bisabuelo hablaba de mi bisabuela, Amapola, como si fueran aún niños de escuela hasta su muerte.

—Suena bien, verdad, pero yo no creo en el amor verdadero, Hernando. Yo no creo que sólo haya una persona especial para tu felicidad en tu vida entera.

—No quieres creerlo —dijo.

Sacudí la cabeza.

—Se trata de ir de bonito a irritante, Hernando.

—Al menos estás utilizando mi nombre.

—Tal vez porque no te veo más como una amenaza.

—¿Una amenaza? ¿Simplemente porque tú me gustas? ¿El hecho de que te pedí que quedaras conmigo? —Frunció el ceño cuando lo dijo. Era mi turno para encogerme de hombros.

—Lo que quiero decir, Hernando, es que acaba de cortar el jugo. No vas a ninguna parte. Lo que yo decida, es entre los dos chicos que me esperan en casa.

—Parece que no estabas segura de ellos hasta ahora.

Pensé un latido del corazón, o dos.

—Sabes, creo que tienes razón. Creo que he estado buscando a otra persona, alguien más. Pero no es bueno.

—No pareces feliz por eso. El amor debe hacerte feliz, Anita. —Sonrió y sabía que era melancólica.

—Si crees que el amor te hace feliz, Hernando, nunca has sido bien el amor, o nunca ha estado enamorado el tiempo suficiente para que empezara a ponerte en peligro.

—No tienes edad suficiente para ser tan cínica.

—No es cinismo. Es la realidad.

Su rostro era suave y triste.

—Has perdido tu sentido del romance.

—Nunca tuve un sentido de romance. Confía en mí, los chicos en la casa me vuelven sobre ella.

—Entonces, estoy aún más triste.

—No me tomes a mal, pero que salga al diálogo sobre el verdadero amor y el romance, que no siento por ti. Te estás preparando para la gran caída, Hernando.

—No, si funciona —dijo.

Le sonreí y moví la cabeza.

—¿No es en contra de las normas de detectives de homicidios ser tan ingenuos?

—¿Crees que soy ingenuo? —preguntó.

—Yo sé que no, pero eres dulce. Te deseo suerte en la búsqueda de tu Sra. Ramírez.

La puerta se abrió y era el doctor Cunningham. Ramírez le preguntó:

—¿De verdad ella sale hoy, doctor?

—Sí, ella se va.

—¿Por qué nadie me cree? —pregunté.

Ambos me miraron. Es curioso cómo rápidamente la gente queda atrapada en ciertos aspectos de mi personalidad.

—Quiero hacer una revisión más a tu espalda, entonces serás libre para irte.

—¿Tienes quién te lleve de aquí? —preguntó Ramírez.

—Le pedí a la enfermera que llamara a Ted, pero no sé si lo hizo, o si está en casa.

—Voy a esperar para darte un paseo. —Antes de que pudiera decir nada, añadió—: ¿Somos, amigos?

—Gracias, y esto significa que puedes llenar mí caso de salida.

—Uno nunca debe darse por vencido, ¿verdad?

—No es acerca del caso —dije. Ramírez salió meneando la cabeza, dejando que el doctor y yo tuviéramos un poco de intimidad. El Dr. Cunningham asomó y pinchó, y, finalmente, sólo pasó las manos sobre mi espalda. Estaba casi curada.

—Es simplemente impresionante. He tratado a licántropos antes, Sra. Blake, y usted tiene una curación casi tan rápida. —Me flexionaba mi mano izquierda, estirando la piel donde la mordida todavía mostraba el desollado. La mordedura estaba de color rosa pálido, instalándose en una cicatriz

ordinaria, a sólo semanas antes de lo previsto. Me preguntaba si la cicatriz eventualmente desaparecería o si sería otra permanente.

—He hecho análisis de tu sangre. Incluso se mandó parte de tu sangre hasta el departamento de genética y los hice buscar algo no humano.

—El trabajo genético lleva semanas o meses —dije.

—Tengo un amigo en el departamento.

—Algún amigo —dije.

Él sonrió y fue más cálido de lo que debería haber sido.

—Es ella.

—¿Así que estoy libre de irme?

—Lo estás. —Su cara se puso toda seria—. Pero todavía me gustaría saber qué diablos eres.

—Usted no me creería, humana.

—Cuarenta y ocho horas después de la segunda lesión en el lugar, tuvimos que quitar los puntos de la espalda, porque la piel estaba empezando a crecer sobre ellos. No, no voy a creer que eres humana.

—Es una historia muy larga, doc. Si fuera algo que yo pudiera enseñar a utilizar en otras personas, yo lo diría, pero no es ese tipo de cosa. Pueden llamar primero curación o alguna mierda menos agradable que otros tengo que aguantar.

—A menos que la otra mierda sea realmente horrible, la curación lo compensa. Nunca hubieras sobrevivido a la lesión original si fueras humana.

—Tal vez.

—No tal vez —dijo.

—Estoy contenta de estar viva. Estoy contenta de estar casi curada. Me alegro de que no tomó meses para recuperarme. ¿Qué más quiere que diga?

—Pasó el estetoscopio sobre sus hombros, sujetando los extremos, frunciendo el ceño.

—Nada. Diré al detective Ramírez que le puede informar sobre el caso ahora y que vas a salir hoy. —Echó un vistazo a las flores y los globos—. ¿Ha estado aquí, que, cinco días?

—Algo así. —Tocó un balón, que rebotó en sus cadenas—. Trabaja rápido.

—No creo que sea yo la que funciona rápido. —Él dio un golpe más en los globos para que se balancearan y tejió como una criatura bajo el agua.

—Lo que sea, disfruta de tu estancia en Albuquerque. Trata de

mantenerte saludable. —Con eso se fue, y Ramírez volvió al cuarto.

—El doctor dice que puedo hablar del caso contigo de nuevo.

—Sí.

—No te va a gustar.

Miró todo grave.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido otro asesinato, y no sólo no te invitan a la escena, a mí tampoco.



CINCUENTA

—¿Qué estás diciendo?

—Marks está a cargo del caso. Él tiene el derecho a utilizar sus recursos como mejor le parezca.

—Deja de hablar de la retórica política y dime lo poco que el imbécil ha hecho ahora.

Él sonrió.

—Muy bien. Los hombres asignados al caso son uno de esos recursos. Decidió que era mejor utilizar en la sala de la propiedad de la policía más de los elementos que hemos confiscado en los hogares de las víctimas, y la congruencia de las imágenes y del vídeo que han hecho de algunas de las casas antes de los asesinatos.

—¿Fotos y videos para qué? —pregunté.

—Con fines de seguros. Muchas de las casas afectadas tenían suficientes piezas raras y antiguas de los asegurados, y significa que

necesitan una prueba de que estaban las piezas para empezar.

—¿Qué piezas ha encontrado en la última escena que estaba en un rancho? —La sonrisa no cambió, pero los ojos sí. Pasaron de agradables a astutos.

—No sólo eres linda. Me gusta tu forma de pensar.

—Dime.

—Había un montón de piezas similares ya que la mayoría de la gente había recogido las cosas de esta zona, o el suroeste, en general, pero nada fuera de lo común. Excepto por esto. —Llegó a la espalda por debajo de la chaqueta y sacó un sobre de manila que debía haber estado dentro de su cinturón por debajo de la chaqueta.

—Sabía que tenías que llevar la chaqueta por alguna razón.

Se echó a reír. Desplegó el sobre y derramó imágenes en mi regazo. La mitad de ellos eran fotos semis profesional de una pequeña pieza tallada de color turquesa. Una mirada y yo podía decir que era algo maya, azteca, de esa manera. Todavía no podía saber la diferencia con un sólo vistazo. La segunda serie de fotos, mejores tomadas, de algunos de los objetos en el estudio del hombre que había sido asesinado. El que había utilizado la sal para interrumpir la criatura. Luego de una serie de Polaroids, tomadas desde todos los ángulos.

—¿Cogiste la Polaroid? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Esta tarde, después de haber decidido que mi mejor uso no estaba en el lugar del crimen. —Levanté una de las primeras series de fotografías.

—Estos están sobre una superficie de madera, con mucha mejor luz natural, creo. ¿Fotos de Seguros?

Asintió con la cabeza.

—¿A quién le pertenece?

—La primera casa que viste.

—Los Bromwells —dije.

Levantó otra imagen.

—Ésta fue de los Carson y eso es todo. Cualquiera que tenía más de uno, o que no pensaban conseguirlo asegurar.

—¿La gente que no puede conseguir ese seguro, trato de asegurar a sus obras?

—Sí.

—Mierda —dije—. Yo no sé mucho de estas cosas, pero sé que es

valioso. ¿Por qué no tratan con una aseguradora de segunda mano?

—¿Y si ellos pensaron que eran *calientes*?

—¿Ilegales? ¿Por qué pensaron eso? —pregunté.

—Tal vez a causa de las dos casas que podemos demostrar que tenían, su historia de la pieza, en el que tengo, y cuando, no es real.

—¿Qué quieres decir?

—Algo como esto no sólo se presenta. Tiene que tener una historia si deseas que los aseguren. Llenaron sus papeles, lo que había dado a la compañía de seguros, y sólo un poco de investigación reveló que las personas que estaban en la lista y se supone que han descubierto la pieza, vendieron la pieza, nunca habían oído hablar de ellos.

—Ellos se negaron a asegurar —dije.

—Sí.

Había algo en su cara, una emoción contenida como un niño con un secreto.

—Tú te traes algo. ¿Qué es?

—¿Sabes lo que es Riker?

—Él es un cazador de olla, un traficante de artefactos ilegales.

—¿Por qué esta tan interesado en ti y en este caso?

—No tengo idea. —Miré las fotos en mi regazo—. ¿Estás diciendo que él vendió a las víctimas?

—No él personalmente, pero Thad Bromwell, el hijo adolescente, se encontraba con su madre cuando lo compró. Era un regalo para el cumpleaños del Sr. Bromwell. Lo compró en una tienda de ese conocido socio de Riker. Toma piezas y las hace parecer legítimas.

—¿Has hablado con los dueños de la tienda?

—Si no tienes una tabla ouija, no podemos hablando con él.

—Es una más de las nuevas víctimas —dije.

Ramírez asintió con la cabeza, sonriendo.

—Está bien. —Sacudí la cabeza—. Está bien, Riker está extraordinariamente interesado en el caso. Quería verme en concreto al respecto. Al menos dos de las víctimas son personas que compraron una de sus piezas. El propietario de una tienda que vende las piezas ahora está muerto, también. —Me miró—. ¿Es suficiente para una orden judicial?

—Ya hemos buscado en su casa. Los hombres de Riker son sospechosos en el asesinato de dos policías locales. No fue difícil encontrar un juez que nos diera una orden de la mierda que sacó a Ted de la casa.

—¿Qué demonios le da la orden para buscar? Ellos no mencionan artefactos robados en la casa de Ted. Simplemente apuntaron con armas y nos dijeron que Riker quería hablar sobre el caso.

—La orden era para buscar armas.

Sacudí la cabeza.

—Así que incluso si has encontrado artefactos robados, no serías capaz de usarlos en la corte.

—Fue sólo una excusa para buscar en la casa, Anita. Sabes cómo es.

—¿Ha encontrado algo?

—Pocas armas, dos sin licencia, pero la orden no nos permiten derribar los muros o destruir cosas. No podemos levantar la alfombra o tirar abajo las estanterías, Riker tiene un escondrijo de los artefactos, pero no encontramos nada.

—¿Ted fue contigo en la búsqueda?

—Sí.

Tenía el ceño fruncido ahora.

—¿Qué pasó?

—Ted quería tomar un martillo para tumbar algunas de las paredes. Parecía muy seguro de que había un cuarto oculto abajo, pero no hemos podido encontrar la manera de abrirlo.

—Y la orden no le permitía romper las cosas, —le dije.

—No.

—¿Qué pensaba Riker de toda la diversión?

—Él tenía su abogado gritando sobre el acoso. Ted se levantó frente su cara, no gritando, pero con su rostro tranquilo y hablando muy calmado. El abogado dijo que amenazó a Riker, pero no lo respaldan. Él no quiso decir qué le había dicho Ted.

—¿Crees que lo amenazó?

—Oh, sí. —No era como Edward amenazando a nadie, sobre todo delante de la policía. El caso era realmente llegar a él.

—Entonces, ¿qué diablos son estas pequeñas figuras?

—Nadie lo sabe. Según los expertos, son aztecas, pero el período, muy después de la conquista.

—Espera un minuto, ¿quieres decir que estas fueron esculpidas después de que los españoles llegaron y le dieron patadas a las colillas de los aztecas?

—No después, pero en la misma época.

—¿Quién era su experto?

Mencionó un nombre que no conocía en la universidad.

—¿Qué importa quién era?

—Pensé que estabas usando a la profesora Dallas.

—Marks cree que está pasando demasiado tiempo con los demonios impíos.

—Si él quiere decir con Mariposa de obsidiana, entonces estoy de acuerdo. Marks y yo de acuerdo en algo. Por Dios, que es casi aterrador.

—Así que crees que es una fuente contaminada, también.

—Pienso que Dallas cree que el sol brilla de la culata Itzpapálotl, de modo que sí. ¿Les ha mostrado alguna de estas fotografías a Dallas?

Asintió con la cabeza.

—La de los Bromwells.

—¿Qué te dijo?

—Que eso es falso.

Levanté las cejas a él.

—¿Qué cree el otro experto?

—Que se entiende por qué alguien podría pensar que era una falsificación de imágenes. La figura tiene rubíes en los ojos, y los aztecas no tenían acceso a los rubíes. Así que a partir de fotografías, tú puedes asumir que es falso.

—He oído un «pero» que viene —dije.

—El doctor Martínez, llegó a sostenerlo en su mano, lo miro de frente, y él es el único que piensa que es auténtico, lo hicieron después de la llegada de los españoles.

—Yo no creo que algo se hizo después de la llegada de los españoles. ¿No lo destruyeron todo?

—Si estos son los únicos auténticos, al parecer, no. El doctor Martínez dice que él va a necesitar más pruebas para estar el cien por ciento seguro.

—Hombre prudente.

—La mayoría de los académicos lo son.

Me encogí de hombros. Algunos lo eran. Algunos no lo eran.

—Digamos que por el bien del argumento, que Riker ha encontrado estas cosas, y las vendió a algunas personas que sabían que estaban calientes, o que sospechaban que lo eran, y vendió a algunas tiendas que las hicieran pasar como legítimas. Ahora, algo está matando a los clientes y siguiendo el camino de vuelta a Riker. ¿Es eso lo que le da miedo?

—Suena razonable —dijo Ramírez. Empecé a mirar las Polaroids. Estaban de vuelta y las fotos de frente, no grandes, pero desde todos los ángulos. Parecía que la cifra era de llevar una armadura, algo así. Sus manos estaban en las largas cadenas de las cosas.

—¿Qué dice Martínez de la imagen de esta foto?

—No estaba seguro. —Había gente enroscada alrededor de sus pies, pero eran delgados y huesudos, no robustos y cuadrados como la figura misma. Los ojos eran de rubíes, la boca abierta y llena de dientes. Había una larga lengua que salía de la boca, y parecía sangre que brota de la misma.

—Asqueroso.

—Sí. —Cogió una de las imágenes de la sábana, esperé a que hablara —. ¿Crees que esto es lo que sale por ahí matando a la gente?

Le miré.

—¿Un dios azteca, como la estatuilla real, por ahí matando gente?

Asintió con la cabeza, sin dejar de mirar la foto.

—Si te refieres a un dios de verdad con mayúscula, yo soy una monoteísta, por lo que no. Si te refieres a algún tipo de sobrenatural desagradable que se asocia a este dios en particular, entonces ¿por qué no?

Miró hacia arriba entonces.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—¿Acaso esperabas un definitivo sí o no? No sé mucho acerca cosas del panteón azteca, excepto que a la mayoría de las deidades son grandes y malas, y requieren un sacrificio, por lo general de un ser humano. Ellos no tienen mucho en su panteón de que no tenga un dios principal. Algo grande y malo que tú no puedes luchar contra él, simplemente tratar de evitar con la magia o el sacrificio, o la muerte. Y todo esto es lo que han estado haciendo con los asesinatos, no es tan malo. —Me acordé de lo que Nicky Baco me había dicho de la voz en su cabeza seguía atrapada, que lo que estaba asesinando era un siervo, no el verdadero dios.

—Te pusiste seria. ¿Qué acabas de pensar? —preguntó Ramírez.

Me miró y trató de decidir qué parte de un policía yo era, y qué parte de un jugador sería. Yo nunca podría haberle dicho a Dolph. Tendría que utilizar la información para cosas estrictamente de policía.

—Tengo información de un informante que no quiero nombrar ahora. Pero creo que lo que me dijo lo necesitas saber.

Su rostro era solemne.

—¿Podrías obtener la información legalmente?

—No hice nada ilegal para obtener esta información.

—No es exactamente un no —dijo.

—¿La quieres o no?

Tomó una respiración profunda y la soltó lentamente.

—Sí, la quiero.

Le dije lo que me había dicho Nicky acerca de la voz y la cosa que está atrapada. Terminé con:

—Yo no creo en un Dios real, pero creo que hay cosas ahí fuera tan terribles que hubo un tiempo en que eran adorados como dioses.

—¿Estás diciendo que no hemos visto lo peor de todo?

—Si lo que está causando la matanza es sólo un siervo, y el maestro no sólo está hacia arriba y su alrededor, sin embargo, entonces sí, estoy diciendo que lo peor está por venir.

—Realmente me gustaría hablar con este informante.

—Tú puedes ser bueno, pero las marcas que tiene este informante son malas, nunca irás a encontrar lo que esta persona sabe. Bofetearas una vez con una sentencia de muerte a alguien, que no tiende a cooperar.

Nos miramos uno al otro.

—Sólo hay una persona a la que he hablado que tiene una marca para llegarle con una sentencia de muerte. Con Nicky Baco. —Ni siquiera parpadeé. No sabía cómo lo había averiguado. Yo estaba preparada para ello, y yo había mejorado mucho en mentir.

—No tienes idea de con quien he hablado desde que llegué. He hablado con al menos tres personas que podrían poner cargos con una pena de muerte adjunta.

—¿Tres? —Me hizo la pregunta. Asentí.

—Por lo menos.

—O eres una mentirosa, mejor de lo que pensé que eras, o sí estás diciendo la verdad.

Me miró, le di la cara en blanco, pero seria. Aunque mis ojos estaban tranquilos y en condiciones de cumplir su mirada, sin pestañear. Ha habido un tiempo, no hace mucho, cuando yo no podría haberlo logrado. Pero eso era entonces, y yo no era la misma persona.

—Está bien, si hay algún tipo de dios azteca por ahí, ¿qué hacemos al respecto? —Había una sola respuesta.

—Itzpapálotl debe saber lo que es esto.

—Nosotros le preguntamos por los asesinatos.

—Yo también.

Me miró largo y duro.

—Te fuiste sin refuerzos de la policía, y no compartes lo que encontraste.

—Yo no he encontrado nada acerca de los asesinatos. Me habló de lo que dije, nada. Pero cuando hablé con ella, subrayó que no conocía ninguna deidad que sabía de desollar las personas y mantenerlas vivas. Más tarde me di cuenta de que estaban muertos. Hizo hincapié en que sólo mediante el sacrificio de muertos podría ser un mensaje adecuado a los dioses. Se repite casi palabra por palabra que no sabía de un ser o un dios que despellejara a la gente y los mantuviera vivos. Tal vez debería ir y preguntarle si sabía de alguna deidad o una criatura que despellejara a las personas y los mantenía con vida.

—¡Oh, vas a invitar a la policía!

—Te invito —dije. Él empezó a recoger las fotos y colocarlas de nuevo en el sobre.

—Yo tomé las fotos de la habitación de una propiedad, pero firmado por ellos. Traje al Doctor Martínez a ver la estatua, pero era oficial. Yo no he hecho nada malo, todavía.

—Marks va a estar tan molesto cuando se entere de cosas importantes, como cuando se refería a sólo sacarlo de la forma. —Ramírez sonrió, pero no era exactamente una sonrisa de satisfacción.

—Tengo más que eso. Marks tendrá crédito por la brillante idea de poner a uno de sus detectives más altos en el detalle especial para investigar las reliquias.

—Estás bromeando.

—Él me envió a la sala de la propiedad para ver lo que tomaban de las casas de las víctimas.

—Pero lo hizo para humillarte y sacarte de la forma.

—Pero eso no fue lo que dijo en voz alta. En voz alta dijo que iba a hacerme parecer inspirado.

—Ha hecho mierda como esta antes, a mí entender.

Ramírez asintió.

—Es un político muy bueno, y cuando él no está con el caballo de alta a su derecha, es un buen detective.

—Bien. Has mencionado que no estaba permitido ir a la escena del crimen tampoco. ¿Qué le da allí?

—Bueno, todos pensamos que estaban fuera del juego, pero tenía la compañía de Ted por conseguir el poder, lo excluyó de acuerdo en que no había sido de gran ayuda en el caso, y que sin ti, su nuevo experto, Ted no era necesario en la escena del crimen.

—¡Oh, apuesto a que a Ted le va encantar!

Ramírez asintió.

—Él era muy poco profesional…, a diferencia de sí mismo cuando se realizaron búsquedas en el lugar de Riker. Nunca he visto a Ted así… —Ramírez sacudió la cabeza.

—Yo no sé, me parecía diferente.

Edward había dejado un poco a la vista de su yo real a donde la policía podía ver. Tenía que estar bajo una enorme presión para ser así, o pensó que era necesario. De cualquier manera, las cosas estaban mal cuando Ted comenzó a perder el enfoque y el yo real de Edward vino a través de un accidente o a propósito. Se abrió la puerta sin llamar. Era Edward.

—Hablando del diablo —dije. Su cara era la de Edward, y lo vi moverse como líquido en Ted, sonriendo, pero todavía alrededor de los ojos cansados.

—Detective Ramírez, yo no sabía que estabas aquí.

Se estrecharon la mano.

—Yo estaba contándole a Anita algunas de las cosas que se había perdido.

—¿Le dijiste acerca de la búsqueda de Riker? —Ramírez asintió. Edward sopesó una bolsa de gimnasio.

—Ropa.

—Tú no tuviste tiempo para venir de tu casa hasta aquí desde que la enfermera te llamó.

—Me llenaron la bolsa la noche que pasé en el hospital. He estado viajando con ella en mi Hummer desde entonces. —Nos miramos unos a otros, y hubo un peso de las cosas sin decir y lo indecible en frente de la empresa. Tal vez lo mostró, o tal vez sólo Ramírez lo sintió.

—Yo voy a dejarlos solos. Es probable que tengan cosas de que hablar. Informantes misteriosos y cosas así.

Se fue hacia la puerta. Le dije:

—No te vayas lejos, Hernando. Cuando este vestida, vamos a ir a ver a

Mariposa de obsidiana.

—Sólo si es oficial, Anita. Entro, y hacemos un allanamiento con refuerzos de uniformes. —Era nuestro turno para un buen contacto visual y el peso de la mirada. Él parpadeó primero.

—Bien, vamos con los policías como buenos niños y niñas. —Mostré una sonrisa cálida que podía sacar de mi bolsa cualquier hora que quería, o tal vez era real y mi naturaleza cínica la estaba mostrando.

—Bien, voy a esperar afuera. —Vaciló, luego regresó y le entregó el sobre a Edward. Me miró una vez más, y se marchó. Edward abrió el sobre y miró dentro.

—¿Qué es esto?

—El vínculo, creo. —Le expliqué lo que Ramírez y yo habíamos estado hablando, acerca de Riker y por qué podría estar interesado en el caso en un nivel muy personal.

—Eso significaría que Mariposa de Obsidiana nos mintió —dijo.

—No, nunca mintió. Ella dijo que no sabía de ningún dios o una criatura que despellejara a la gente y la mantuviera viva. Ellos no están vivos. Están muertos. Técnicamente, no fue una mentira.

Edward sonrió.

—Eso es de corte muy fino.

—Ella es un vampiro de novecientos, cerca de ser un viejo vampiro de mil años. Ellos tienden a reducir la verdad muy poco.

—Espero que te guste lo que yo elegí para que puedas usar.

La forma en que lo dijo me hizo comenzar a tirar cosas fuera de la bolsa. Jeans Negro, T-shirt de cuello negro, calcetines de jogging negro, zapatillas Nike negra, un cinturón de cuero negro, la chaqueta del traje negro, el peor por estar doblado dos días, sujetador negro, bragas de satén negra, Jean-Claude había sido una mala influencia en mi ropa, y en virtud de todo ello era la Browning, la Firestar, todos los cuchillos, un clip adicional para la Browning, dos cajas de munición, y una plataforma de hombro nueva. Era una de las de nylon ligero, con la funda para llevar en la parte delantera, sacarla era favorecedor. Siempre necesitaba una con un ángulo muy agudo hacia abajo para evitar el desguace de mi pecho cada vez que halo la pistola. Había encontrado que la milésima de segundo que he perdido desde el ángulo se viera compensada en la segunda y he perdido cada vez que iba más allá de mi pecho y me estremecí con la reacción. Llevar oculto es un arte del compromiso.

—Sé cómo es con el cuero, pero la mayoría de las correas se tuvieron que adaptar abajo para ti. Las correas de nylon las que se puede ajustar hacia abajo son más pequeñas —dijo Edward.

—Gracias, Edward. Me estaba perdiendo mi equipo. —Lo miré, tratando de leer más allá de la melancolía de la maternidad neutral—. ¿Por qué tanta munición?

—Mejor si no lo necesitamos y lo llevamos —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Vamos a algún lugar donde voy a necesitar toda esta munición?

—Si yo pensara eso, tendría que llenar el mini-Uzi y la escopeta recortada. Esto son sólo las cosas normales para llevar. —Saqué la hoja grande que normalmente llevaría abajó por mi espalda.

—Cuando cortaron la sobaquera, cortaron a través de la funda de esta también.

—¿Fue un especialista?

Asentí.

—Pensé que esto debía ser porque le pregunté a todos y nadie tenía una funda para ocultar algo tan grande para la espalda, sobre todo cuando tú lanzas en la forma en que está maldita se estrecha a través de los hombros.

—Fue un trabajo hecho a la medida. —Dejé el cuchillo grande de nuevo en la bolsa, casi con tristeza—. No hay manera de ocultar esa cosa sin una plataforma para ello.

—Hice lo mejor que pude.

Le sonreí.

—No, es genial. Lo digo en serio.

—¿Por qué estamos llevando a la policía con nosotros a Mariposa de Obsidiana?

Le dije lo que Jean-Claude me había dicho, aunque no cómo el mensaje hubiera podido llegar.

—Con la policía en la espalda, ella sabrá que no es la política de vampiros y que probablemente será capaz de salir sin una pelea.

Estaba recostado contra la pared con los brazos cruzados. La camisa blanca mostraba su arma, pero sólo si sabías lo que estabas buscando. Llevaba una funda de pala o una funda con clip ya que el arma estaba montada fuera de los pantalones. Explicaba por qué la camisa blanca no era para ocultar, y el hecho de que llevaba una camiseta debajo de la camisa probablemente significaba que había algo en él que, para no rozar colocó

tela entre ella y su piel.

—¿Todavía estás con esa banda de dardos? —pregunté.

—No se puede ver. —Ni siquiera trató de negarlo—. ¿Por qué?

—Debido a que estás usando una camiseta, y porque es fuera de la camisa. Lo sé, es en parte para esconder el arma, pero nunca usas una camiseta, por lo que tienes que estar usando algo debajo de la camisa. —Él sonrió, y fue una sonrisa de satisfacción, casi orgulloso, como si hubiera hecho algo inteligente.

—Estoy llevando más que dos pistolas, un cuchillo, y un garrote. Dime dónde están, y te daré un premio.

Mis ojos se habían abierto.

—Un garrote. Incluso para ti eso es pequeño.

—¿Te rindes?

—No. ¿Existe un límite de tiempo?

Sacudió la cabeza.

—Tenemos toda la noche.

—¿Si yo lo digo mal, hay una penalización?

Sacudió la cabeza.

—¿Cuál es el premio si averiguo dónde está todo?

Sonrió abiertamente, la sonrisa secreta que decía que sabía cosas que no sé.

—Es un premio sorpresa.

—Vete para que pueda vestirme.

Tocó el cinturón que estaba sobre la cama.

—Esta hebilla no vino en negro. ¿Quién lo pintó?

—Yo lo hice.

—¿Por qué?

Él sabía la respuesta.

—Si estoy en la oscuridad, la hebilla no captura la luz y emite destellos.

Levanté la cola de la camisa blanca mostrando la gran hebilla de su cinturón de plata.

—Esto es como un objeto maldito después del anochecer.

Él me miró, sin hacer ningún movimiento para cerrar la camisa.

—Sólo los clips de la hebilla son reales.

—¿La hebilla de abajo?

—Es oscura —dijo. Nos sonreímos el uno al otro. Pasó todo el camino a nuestros ojos. Lo hicimos como uno del otro. Éramos amigos.

—A veces pienso lo que no quiero ser cuando sea mayor, Edward, a veces pienso que es demasiado tarde, ya estoy allí. —La sonrisa se desvaneció, dejando sus ojos del color del cielo de invierno y tan despiadado.

—Sólo tú decides hasta qué punto estás perdida, Anita. Sólo tú puedes decidir hasta dónde ir. —Miré las armas y la ropa de color negro como la ropa de funeral, hasta las cosas que me tocaran la piel.

—Tal vez sería un buen comienzo si comprara algo rosa.

—¿Rosado? —dijo Edward.

—Sí, ya sabes, rosa, como la hierba, Conejito de Pascua.

—Al igual que el algodón de azúcar —dijo—. O casi todo lo que las mujeres dan unas a otras en los baby showers.

—¿Cuándo estuviste en un baby shower? —pregunté.

—Donna me ha llevado a dos de ellos. Es lo nuevo, ir en parejas a baby showers. —Le miré con los ojos muy abiertos.

—Tú, en un baby shower de parejas, Edward.

—Tú usando algo del color de los dulces de los niños o de la ropa de muñeca. —Sacudió la cabeza—. Anita, tú eres una de las mujeres menos rosa que he conocido.

—Cuando yo era niña, me regalaron una cama con dosel rosa, y papel tapiz de bailarina, era perfecto. —Él me dio todo, con los ojos sorprendidos.

—Tú, en una cama con dosel de color rosa con papel tapiz de bailarina. —Sacudió la cabeza—. Sólo tratando de imaginarte en una habitación como esa me da dolor de cabeza. —Miré las cosas esparramadas en la cama.

—Yo una vez fui de color rosa, Edward.

—La mayoría de nosotros empezamos suave —dijo—, pero no podemos seguir así, y sobrevivir.

—Tienes que estar en algún lugar donde no ir, algo que no irás a hacer, alguna línea que no cruzarás, Edward.

—¿Por qué? —Con una palabra tenía más curiosidad que por lo general se permitía.

—Porque si no tenemos líneas, límites, entonces, ¿qué clase de personas somos? —pregunté. Sacudió la cabeza, pasando la mano bajo el sombrero de vaquero en la cabeza.

—Estás teniendo una crisis de conciencia.

Asentí.

—Sí, creo que estoy en una.

—No te vayas suave, Anita, no en mi moneda de diez centavos. Necesito que hagas lo que mejor sabes hacer, y lo que haces mejor no es blando o suave o en especie. Lo que haces mejor es lo que mejor sabes hacer.

—¿Y qué es eso? ¿Qué es lo que mejor sabemos hacer? —pregunté, y yo sabía que el vio a través de la ira en mi voz. Yo estaba enojada con Edward.

—Hacemos lo que sea necesario, lo que sea necesario, para hacer el trabajo.

—Tienes que haber más en la viabilidad final de la vida, Edward. Si te hace sentir mejor, tenemos diferentes motivos. Hago lo que hago porque me encanta. No es sólo lo que hago. Es lo que soy. Hacer el trabajo para salvar vidas, para evitar el daño. —Me miró con los ojos tan vacíos y sin fondo como cualquier vampiro.

—Pero te gusta, también, Anita. Te gusta, y te molesta.

—La violencia es una de mis tres respuestas ahora, Edward, tal vez mi número uno.

—Y te mantiene viva.

—¿A qué precio?

Sacudió la cabeza, y ahora el vacío fue sustituido por la ira. Fue de repente hacia adelante. Cogí su mano pasando por debajo de la camisa, y yo estaba rodando fuera de la cama, con la Browning en la mano. Había una bala en la recámara y fui cayendo en el suelo con el arma apuntando hacia arriba, con los ojos en busca de movimiento. Se había ido.

El corazón me latía con fuerza tan fuerte que apenas podía oír, y yo estaba tratando de escuchar. Un movimiento, algo. Tenía que ser en la cama. Era el único lugar donde podía haber ido. Desde mi ángulo no podía ver nada en la parte superior de la cama, justo en la esquina del colchón y el rastro de la sábana.

Conocía a Edward, la munición en la Browning era probablemente su cerveza de fabricación casera, lo que significaba que tendría de perforar la parte inferior de la cama y subir a lo que estaba encima de ella. Sentí el aire de movimientos pasando hacia el exterior de mi cuerpo y las vi en la parte de debajo de la cama. La primera bala le pegaría bien o haría que se moviera, entonces tendría una mejor idea de donde estaba.

—No dispares, Anita. —Su voz me hizo mover el cañón de la pistola sólo un poco más a la derecha. Le llevaría a la mitad del cuerpo porque estaba acurrucado allí, no acostado. Yo lo sabía sin verlo—. Era una prueba, Anita. Si yo quisiera ir en tu contra, yo te advertiría en primer lugar, tú lo sabes. —Yo lo sabía, pero… Escuché crujir la cama.

—No te muevas, Edward. Lo digo en serio.

—Ahora piensas que puedes detener, todo esto. No se puede. El genio ha salido de la botella para ti, Anita, al igual que lo es para mí. No puedes deshacerlo. Piensa en todo el esfuerzo, todo el dolor, te hizo lo que eres. ¿De verdad quieres tirar todo eso? —Yo estaba acostada sobre la espalda, con las armas en las dos manos apuntando. El suelo estaba frío, donde se abría la bata en mi espalda.

—No —dije, finalmente.

—Si tu corazón comienza a sangrar por todas las cosas malas que hacemos, no será la última cosa que sangrará.

—Realmente lo hiciste para probarme. ¡Hijo de puta!

—¿Puedo moverme ahora?

Saqué mi dedo fuera del gatillo y él se sentó en el suelo.

—Sí, te puedes mover.

Él se recostó por el otro lado de la cama cuando me levanté.

—¿Has visto lo rápido que fuiste al arma? Tú sabías dónde estaba, tenía el seguro puesto y una ronda en la recámara, y cubriste a la persona que estabas buscando, y tratabas de apuntarme. —De nuevo había orgullo, como un profesor con el alumno favorito. Miré a través de él.

—No siempre haré algo así otra vez, Edward.

—¿Una amenaza? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Ninguna amenaza, sólo el instinto. Llegué tan cerca de poner una bala en la cama y en ti.

—Y mientras lo estabas haciendo, tu conciencia no te molestaba. No estabas pensando, «Es Edward. Estoy a punto de matar a mi amigo».

—No —dije—. Yo no estaba pensando nada, sino cómo conseguir el mejor enfoque posible, antes de que tuvieras tiempo de dispararme. —No me hizo feliz decirlo. Me sentía de luto, como si me hubiera muerto, y la pequeña demostración de Edward había confirmado la muerte. Me puso triste, y un poco deprimida, y no contenta con Edward.

—Conocí a un hombre que una vez fue tan bueno como tú —dijo

Edward—. Empezó a dudar de sí mismo, de preocuparse si era una mala persona. No se hizo matar. Yo no quiero verlo muerto porque vaciló. Si tengo que renunciar, entonces yo quiero que sea porque alguien fue así de bueno o con suerte.

—Quiero ser incinerada —dije—, no enterrada.

—Cristiana buena, católica caída, practica la episcopal, y quiere ser incinerada.

—Yo no quiero a nadie tratando de levantarme de la muerte o robando las partes de mi cuerpo para hechizos. Simplemente quémenlo todo, gracias.

—Cremada. Lo voy a recordar.

—¿Y tú, Edward? ¿Dónde quieres que envíe tu cuerpo?

—No importa —dijo—. Voy a estar muerto, y no me importa.

—¿No tienes familia?

—Sólo Donna y los niños.

—Ellos no son su familia, Edward.

—Tal vez lo serán.

Puse el seguro en la Browning.

—No tenemos tiempo para hablar de tu vida amorosa y de mi crisis moral. Sal para que pueda vestirme. —Tenía la mano en la puerta cuando se volvió.

—Hablando del amor de la vida, llamó Richard Zeeman. —Eso me llamó la atención.

—¿Qué quieres decir con que llamó Richard?

—Parecía saber que algo malo te había pasado. Estaba preocupado.

—¿Cuándo llamó?

—A principios de esta noche.

—¿Dijo algo más?

—El hecho de que finalmente había llamado a Ronnie y ella tenía tu número y no localizaba a Ted Forrester. Parecía pensar que dejando un número de reenvío con él sería una buena idea. —Su rostro estaba completamente en blanco, vacío. Sólo sus ojos mostraban una leve insinuación de diversión.

Así, los chicos habían crecido, finalmente frustrados por mi silencio. Richard había llamado a mi buena amiga, Ronnie, que resulta ser una investigadora privada. Jean-Claude había tomado una ruta más directa. Sin embargo, ambos habían conseguido por fin saber de mí en la misma noche.

¿Se comparan las notas?

—¿Qué le dijiste a Richard?

Puse la pistola en la cama con el resto.

—Que estás bien. —Edward estaba mirando por la habitación—. ¿El Doctor Cunningham aún no te permite un teléfono aquí?

—No —dije. Yo había logrado desvincular la parte trasera de la bata.

—Entonces, ¿cómo Jean-Claude entró en contacto contigo? —Me detuve a medio movimiento. El vestido se deslizó de un hombro y tuve que cogerlo con la mano. Me agarró por sorpresa y nunca soy tan buena mentirosa en el fragor del momento.

—Nunca dije que fue una llamada de teléfono.

—Entonces, ¿qué fue?

Sacudí la cabeza.

—Sólo tienes que saber, Edward. La noche no se está haciendo más joven.

Él se quedó allí, mirándome. Su rostro se había puesto todo frío y sospechoso. Tenía el sujetador en una mano y la espalda a él. Me deje caer el vestido a la cintura, me recosté en la cama para mantenerlo en su lugar, y me deslicé en el sujetador. No se oía detrás de mí. Tenía las bragas y las puse por debajo de la bata. Colocaba el jeans por mis piernas bajo la cubierta de la bata, cuando oí la puerta abrir y cerrar.

Me volví y encontré la puerta vacía. Terminé de vestirme. Tenía mi WC en el cuarto de baño, así que le eché en la bolsa junto con el cuchillo grande, y las cajas de munición. La funda nueva de hombro se sentía rara. Yo estaba acostumbrada a una de piel con ajustes perfectos y seguros. Supongo que estaba segura con una de nylon, pero no era casi demasiado cómodo, como si pareciera menos importante que mi única funda había sido de cuero. Pero para vencer a los demonios debía de pegar abajo mis pantalones vaqueros.

Los cuchillos iban en las vainas de las muñecas. Miré para ver qué tipo de munición de la Firestar había en ella. Material de fabricación casera de Edward. Revisé la Browning, y vi que era su material, también. El clip extra de la Browning era la plata XTP Homady-Edge. Cambié el clip. Íbamos a la Mariposa de Obsidiana como policías, lo que significa, si tuviera que matar a alguien, tendría que explicar a las autoridades más tarde. Lo que significaba que no quería ir allí con algo de mierda de fabricación casera, posiblemente ilegal en mi pistola. Además de que yo

había visto lo que la plata Homady-Edge puede hacer a un vampiro. Era suficiente.

La Firestar entró en su funda interior de un pantalón tío Mike's, aunque la verdad los pantalones eran demasiado corto para una funda interior. Tal vez no iba a pasar mucho tiempo en el gimnasio. Yo había estado en la carretera más de lo que había estado en casa. El Kenpo era aseado, pero no era lo mismo que un entrenamiento completo con pesas y corriendo. Otra cosa a prestar más atención cuando llegara a St. Louis. Que había estado dejando un montón de cosas por hacer.

Finalmente posicioné el Firestar en la parte baja de la espalda y lo odiaba, pero se clava en la parte de al frente. Tengo una ligera influencia en la espalda por lo que siempre hay más espacio para una pistola allí, pero no era un lugar rápido para acceder. Algo acerca de la estructura de la cadera de una mujer hace que una pistola en la parte baja de ella no dividida la mejor idea. Me quedé con el arma en la parte baja de la espalda me dice qué tan apretados los pantalones eran. Definitivamente voy a tener que volver a un programa de gimnasio regularmente. Las primeras cinco libras de peso, son fácil de deshacerse, las segundas cinco son más difíciles, y se vuelve aún más difícil desde allí. Me había hecho gruesa en la secundaria, cerca de gorda, así que sabía de lo que estaba hablando. De modo que ningún adolescente ahí consiga la idea incorrecta e irá todo el anoréxico sobre mí, yo era un tamaño trece en vaqueros, y no estaba en cinco pies nada. Mira, yo realmente era fornida. Odio a las mujeres que se quejan de ser gordas cuando ellas se parecen a un tamaño cinco. Algo bajo el tamaño cinco no es una mujer. Es un muchacho con pechos.

Me quedé mirando el saco negro. Dos días doblado en una bolsa y necesitaba desesperadamente ir a la tintorería. Decidí llevarlo doblado sobre un brazo, en la teoría, sería para desarrugarlo un poco. Realmente no necesitaba ocultar las armas hasta que llegáramos al club. Los cuchillos eran ilegales si yo hubiera sido un policía o un civil, pero yo era un verdugo de vampiros, y llegamos a llevar cuchillos. Gerald Mallory, el abuelo de nuestro negocio, declaró ante un subcomité del Senado, o algo así, de cuántas veces los cuchillos le habían salvado la vida. Mallory era muy apreciado en Washington. Fue su base de origen. Así que la ley se cambió para dejarnos llevar cuchillos, incluso si son tan grandes. Si alguien me desafía, todo lo que tenía que hacer era sacar de repente mi licencia de verdugo, y yo era legal. Por supuesto, que basta con que ellos puedan saber

la laguna en la ley. No todos los policías en la jurisdicción van a saberlo. Pero mi corazón es puro porque soy legal.

Edward y Ramírez me estaban esperando en el pasillo. Ambos sonrieron y las sonrisas estaban tan cerca de idénticas. Era desconcertante. ¿Los chicos, muy bien por favor pónganse de pie? Pero nunca la sonrisa de Edward vaciló. Ramírez lo hizo. Su mirada dudó en la vaina de la muñeca. La chaqueta escondía la otra. Me acerqué a ellos sonriendo, y mis ojos estaban brillantes, también. Le puse una mano alrededor de la cintura de Edward y me rozó el brazo a lo largo de la pistola que había pensado que estaba allí en la parte baja de la espalda.

—He llamado por refuerzo —dijo Ramírez. Edward me había dado un abrazo de Ted rápido y me dejó ir, aunque sabía que había encontrado el arma.

—Excelente. Ha sido un largo tiempo desde que visité un Maestro de la ciudad con la policía.

—¿Cómo sueles hacerlo? —preguntó Ramírez.

—Cuidadosamente —dije.

Edward volvió la cabeza y tosió. Creo que estaba tratando de no reírse, pero nunca se puede decir con Edward. Tal vez sólo tenía un cosquilleo en la garganta. Lo vi caminando y me pregunté en qué lugar del mundo en él estaba escondido la tercera arma.



CINCUENTA Y UNO

Una de las cosas por lo que me gustaba trabajar con la policía era que cuando entraban en una empresa y pedían para hablar con el gerente o propietario, nadie argumentaba. Ramírez enseñó su placa y pidió para hablar con el propietario, Itzpapalotl, también conocida como Mariposa de Obsidiana.

La misma mujer elegante y oscura que nos había mostrado a Edward y a mí una mesa la última vez, Ramírez tomó la tarjeta de negocios, nos encamino a todos a una mesa, y nos dejó. La única diferencia fue que esta vez no tuvimos ningún menú. Los dos uniformados se quedaron en la puerta, pero nos mantuvieron a la vista. Me había puesto la chaqueta arrugada para cubrir las pistolas y cuchillos, pero me alegré de que el club estuviera oscuro, porque la chaqueta había visto mejores días. Ramírez se inclinó y me preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que nos haga esperar? —Es curioso cómo él no

me preguntó si ella nos haría esperar.

—No estoy segura, pero un tiempo. Ella es una diosa y acabas de ordenarle comparecer ante nosotros. Su ego no le permitirá ser rápida. —Edward estaba apoyado en el otro lado—. Media hora, por lo menos. —Una camarera vino. Ramírez y yo le pedimos Coca-Cola. Edward quería agua. Las luces en el escenario se atenuaron, luego se pusieron más brillantes. Nos acomodamos de nuevo para el show. César probablemente había sanado por ahora, pero no por mucho. Así que o bien sería un wereanimal diferente o un show totalmente diferente.

Había lo que parecía un ataúd de piedra levantado en el escenario, sentado en su extremo con la tapa tallada mirando a la audiencia. Nuestra mesa no era tan buena como la última vez. Vi a la profesora Dallas en su mesa de siempre, esta vez sola. A ella no pareció importarle.

En la tapa de piedra fue tallado un tigre agazapado con un collar de cráneos humanos. El sumo sacerdote Pínotl subió al escenario. Vestía sólo con lo que parecía una falda, un maxtlatl, que dejó la mayor parte de las piernas y las caderas desnudas. Le preguntaré a Dallas lo que la falda era. Su rostro estaba pintado de negro con una raya de color blanco a través de los ojos y la nariz. Su largo pelo negro se había formado en hebras individuales rizadas en los extremos. Llevaba una corona blanca, y me tomó un segundo para darme cuenta de que estaba hecho de huesos. Las luces del escenario oscilaba sobre los huesos blancos, lo que les hacía brillar, y casi el sangrado de color blanco cuando se trasladó la cabeza. Los huesos de los dedos se habían vuelto a encordar y formaban un abanico encima de la banda principal, una reminiscencia de las plumas que le había visto usar la primera vez. Sus pendientes de oro habían sido reemplazados por los huesos.

Parecía totalmente diferente de la primera vez, y sin embargo el momento en que salió en el escenario yo sabía que era él. Nadie más había tenido esa aura de mando. Me incliné hacia Ramírez.

—¿Llevas una cruz?

—Sí, ¿por qué?

—Su voz puede ser un poco abrumadora, sin un poco de ayuda.

—Es humano, ¿no?

—Él es su siervo humano. —Ramírez giro la cara de lleno en la mía, y estábamos muy cerca. Tuve que volver para no golpear la nariz.

—¿Qué? —¿Acaso no sabe realmente lo que era un siervo humano de

un vampiro? Yo no tenía tiempo para darle una lección sobrenatural, y este no era el lugar de todos modos. Son demasiados los oídos que escuchan. Sacudí la cabeza.

—Te lo explicaré más tarde.

Dos porteros muy aztecas subieron al escenario y levantaron la tapa del ataúd fuera. Caminaron a un lado con ella, y la forma en que la bajaron y el trabajo de los músculos en sus brazos y la espalda, parecía pesada. Había un paño-cuerpo envuelto en el ataúd. Yo no sabía con certeza que se trataba de un cuerpo, pero era la forma de un cuerpo. Simplemente no hay muchas cosas que sean de la forma de un cuerpo. Pínotl comenzó a hablar.

—Aquellos de ustedes que han estado con nosotros antes, saben lo que es hacer sacrificios a los dioses. Han compartido en la gloria, tomada de la oferta en sí mismos. Pero sólo los más valientes, los más virtuosos, se sacrifican en forma. Hay los que no están en condiciones de alimentar a los dioses con sus vidas, pero ellos también pueden servir. —Señaló el pedazo de tela en un solo movimiento, enviando el paño negro y cubierto de lentejuelas en amplia difusión como la red de un pescador. Cuando esa tela brillante cayó al escenario, se reveló el contenido de la caja. Jadeos, gritos se difundirán entre el público como las ondas en una piscina. Había un cuerpo en el ataúd. Seco y arrugado, como si el cuerpo hubiera sido enterrado en el desierto y momificado naturalmente. Sin conservantes artificiales. Miré con atención al ataúd que parecía muy brillante, duro. Mostró todas las líneas en la piel seca. La sombra de los huesos del esqueleto debajo estaba dolorosamente claro.

Estábamos sólo tres filas atrás, lo suficientemente cerca para ver más detalles de lo que yo quisiera ver. Al menos esta vez no cortarían a nadie. Realmente no estaba de humor para ver el interior del pecho de nadie esta noche. Yo estaba buscando en la gente, tratando de ver si ella venía o si estábamos a punto de ser rodeados por werejaguares. Me volví y miré. Los ojos de la momia muerta estaban abiertos. Miré a Edward. Él respondió a la pregunta sin que yo tuviera que hacerla.

—Sus ojos acaban de abrirse. Nadie lo tocó.

Miré el cráneo atrapado bajo la piel de pergamino seco. Los ojos estaban llenos de algo seco y marrón. No había vida en los ojos, pero ellos estaban abiertos. La boca empezó a abrirse lentamente, como si la boca estuviera en una dura bisagra. Con la boca abierta un sonido salió de él, un suspiro que se convirtió en un grito. Un grito que resonó en la habitación,

resonó en el techo, en las paredes del interior de mi cabeza.

—Es un truco, ¿verdad? —dijo Ramírez.

Moví la cabeza. No era un truco. ¡Dios mío!, no era un truco. Miré a Edward, y él negó con la cabeza. Nunca había visto este acto en particular tampoco.

El grito murió, y hubo un silencio tan denso que podría haber caído un alfiler y oído rebotar. Creo que todos contenían la respiración, esforzándose por escuchar. Para escuchar lo que yo no sabía, pero lo hacía, también. Creo que estaba tratando de oírlo respirar. Yo estudié el pecho del esqueleto, pero no subía y bajaba. No se movía. Dije una oración silenciosa de agradecimiento.

—Esta energía fue para alimentar a nuestra diosa oscura, pero es misericordiosa. Lo que fue tomada será devuelto. Este es Micapetlacalli, la caja de la muerte. Soy Nextepeua. En la leyenda yo era el marido de Micapetlacalli, y todavía estamos casados en la muerte. La muerte traspasa mis venas. Mis gustos de sangre de muerte. Sólo la sangre de un consagrado a la muerte liberará éste tormento.

Me di cuenta de que la voz de Pínotl era sólo una voz, una buena voz, como un buen actor de teatro, pero nada más. O bien trataba de cautivar a la audiencia, o no sé, quizás esta noche estoy más susceptible. El único cambio que hubo era el de las marcas. Ellas estaban muy abiertas ahora. Me habían dicho mi maestro y Leonora Evans de que las marcas me hacían más vulnerables a la agresión psíquica, pero quizás en algunas cosas tuvieran un vínculo directo con los chicos me ayude. Fuera lo que fuese, su voz no se movió esta noche. Genial.

Pínotl sacó un cuchillo de obsidiana de la espalda. Probablemente había estado llevándola a la manera de que Edward y yo llevábamos armas de fuego, en la parte baja de la espalda, extendió el brazo sobre el ataúd abierto, a la boca abierta. Cortó con el cuchillo a través de su piel. No estaba claro para la audiencia lo que había hecho. Una obra de teatro hubiera sido mucho mejor para Pínotl cortar el brazo donde el público podía ver un rosa carmesí primero. Para él, ocultarlo, tenía que haber algún significado ritual, cierta importancia, las primeras gotas de sangre iban hacia la boca del cadáver.

El goteo de sangre caía en la parte superior del cráneo de la cosa, se enjugó la frente en el medio de ese cráneo, le tocó a la garganta, el pecho, el estómago, el abdomen. Bajó de la línea de los chakras, los puntos de

energía del cuerpo. Yo nunca había creído en los chakras, hasta este año, cuando había encontrado que eran reales, y que parecía funcionar. Yo odiaba todo esto de la nueva era. Lo odiaba más cuando funcionaba. Por supuesto, esto no era materia nueva era. Aquello era muy viejo. Con cada toque de sangre seca sentí la magia. Cada gota de sangre lo hacía crecer, hasta que el aire zumbaba con ella y mi piel se deslizó en las ondas de la piel de gallina. Edward estaba inmóvil, pero Ramírez se frotaba los brazos, persiguiendo la piel de gallina.

—¿Qué está pasando? —Era por lo menos sensible. Creo que no podría ser atraída por un ser humano totalmente normal.

Le susurre:

—Magia.

Me miró, con los ojos mostrando demasiado blanco.

—¿Qué tipo?

Sacudí la cabeza. Yo no lo sabía. Tenía algunas pistas, pero nunca había visto nada parecido, no exactamente.

Pínotl caminaba alrededor del ataúd en contra las manecillas del reloj, la hemorragia del brazo, el cuchillo ensangrentado y con las palma hacia arriba mientras cantaba. El poder construido en el aire como un trueno cerca hasta que mi garganta se cerró con él, y tenía dificultad para respirar, Pínotl regresó a la parte frontal de la caja donde había empezado. Hizo algún tipo de señal con sus manos, y luego lanzó un chorro de sangre en el cuerpo, y comenzó a retroceder lentamente. Las luces se atenuaron hasta que la única luz era la blanca dura en la cosa en el ataúd.

El poder construido estaba a un paso de gritar. Mi piel estaba tratando de arrastrarse para fuera de mi cuerpo y ocultarse. El aire era demasiado espeso para respirar, como si se hubiera vuelto más sólido, grueso, con la magia.

Algo estaba sucediendo en el cuerpo. El poder se rompió como una nube llena de lluvia, y la lluvia invisible se rompió en el cuerpo, la habitación, sobre todos nosotros, pero el objetivo era él de la piel seca. La piel empezó a moverse, a temblar. Se contemplaba como el agua fluía por debajo de él. Algo de líquido se movía bajo la piel seca, y donde fluía, la piel comenzó a estirarse. Era como ver una de esas muñecas voladoras. Carne, la carne fluía bajo la piel. Se acomodó como una especie de masa obscena. El cuerpo del hombre comenzó a estirar y giró a los lados del ataúd. El pecho, finalmente se levantó, el dio una bocanada de aire, como si

estuviera luchando por la vuelta de los muertos. Era como el contrarío del estertor de muerte donde la respiración fluye por última vez. Por supuesto, eso era exactamente lo que era: la vida de regreso, el último aliento se está preparando de nuevo y cuando tenía aire para respirar, comenzó a gritar. Un grito irregular mucho tiempo después del otro. Tan rápido como la curación del pecho podría traer el aire, gritó.

El cabello seco en la cabeza se volvió rizado, marrón y suave. Tenía la piel bronceada y joven, suave y sin defectos. Debía de tener menos de treinta años cuando entró en el ataúd. ¿Quién sabía cuánto tiempo había estado allí? Incluso después de que parecía humano de nuevo, siguió gritando, como si hubiera estado esperando mucho tiempo para gritar.

Una mujer cerca de la parte delantera gritó y salió corriendo hacia la puerta. Los vampiros se habían trasladado silenciosamente a través de las mesas. Yo no los había percibido sobre el flujo de la sofocante magia, y el horror de la serie. Descuido de mi parte. Un vampiro llamo a la mujer que estaba corriendo, se acercó, y ella paró al instante. La llevó tranquilamente a su mesa, al hombre que estaba de pie, preguntándose qué debía hacer. Los vampiros se trasladaron a través de la multitud, acariciando una mano allí, calmante, relajante, diciendo la gran mentira. Que era seguro, era pacífico, que era bueno. Ramírez, viendo los vampiros. Se volvió hacia mí.

—¿Qué están haciendo?

—Calmando a la multitud para que no todos los tornillos salgan.

—Ellos no están autorizados a utilizar hipnosis en uno.

—Creo que no es personal, es más parecido a la hipnosis de multitud. —Miré hacia atrás al escenario y encontré el hombre que se había derrumbado, empujando su salida de la caja tan pronto como le llegó la fuerza. Estaba tratando de arrastrarse. Pínotl apareció en el círculo cada vez mayor de luz. El hombre gritó y levantó las manos delante de su cara como para protegerse de un golpe. Pínotl hablaba, no gritaba, por lo que debe haber utilizado un micrófono de algún tipo.

—¿Has aprendido la humildad? —preguntó.

El hombre gimió y se tapó la cara.

—¿Has aprendido la obediencia?

El hombre asintió con la cabeza una y otra vez, aún escondía la cara. Comenzó a llorar, grandes sollozos que le hacía sacudir los hombros. Tres filas atrás y le oía sollozar.

Pínotl hizo señas y los dos porteros que habían abierto el féretro

entraron en el escenario. Levantaron al hombre llorando, lo llevaron entre ellos. Sus piernas no parecían moverse sin embargo, por lo que lo llevaron, con un brazo en uno de sus hombros, los pies colgando del piso. Él no era un hombre pequeño, y otra vez tuve esa sensación de lo fuerte que eran los dos hombres. Eran humanos, también, no cambiaformas.

Dos werejaguares subieron al escenario con sus ropas de piel manchada, y entre ellos se juntó otro hombre. No, no es un hombre, un wereanimal. Era Seth. Había sido despojado de una tanga, que dejaba muy poco a la imaginación. Su pelo largo y amarillo, suelto, manchado de luz y color. Él no luchaba cuando lo llevaron al escenario. Los hombres jaguar se habían arrodillado al frente de Pínotl.

—¿Reconoces a nuestra diosa oscura como tu primera y verdadera amante? —Seth asintió.

—Sí. —Su voz no tenía la resonancia del otro hombre, y yo dudaba de que la gente en la parte de atrás pudiera oírlo.

—Ella te ha dado la vida, Seth, y es justo que ella deba pedir que le des la vida de nuevo a ella.

—Sí —dijo Seth.

—Entonces voy a ver su mano y tomar lo que es suyo. —El rostro de Seth estaba acunado entre sus manos. Era suave. Los dos hombres jaguar dejaron a Seth y retrocedieron. Pero se quedaron cerca, casi como si tuvieran miedo y que pudiera correr. Pero tenía su cara vuelta hacia arriba con una expresión beatífica, cerca de él, como si esto fuera maravilloso. Era raro que hubiera tenido tanto miedo de ser torturado por las cuatro hermanas de Itzpapálotl, pero ahora parecía en paz con lo que estaban a punto de hacer. Pensé que sabía, y yo esperaba que me hubiera equivocado. Sólo por una vez, cuando espero que algo verdaderamente horrible vaya a pasar, me gustaría estar equivocada. Sería un buen cambio.

No fue llamativo. No había fuego o luz, o incluso un rayo de calor. Aparecieron como veinte líneas en la piel de Seth. Los músculos debajo de su piel comenzaron a disminuir, como si tuviera una enfermedad degenerativa, pero lo que debería haber tomado meses estaba sucediendo en segundos. No importa qué tan dispuesto al sacrificio estaba, aún haría daño. Seth comenzó a gritar tan rápido como podía respirar. Sus pulmones estaban funcionando mejor que del otro hombre, y él tomó aire tan rápido, que era como un grito continuo. La piel oscura, estaba así como si fuera chupado hasta secar. Fue como ver un globo arrugado. Todavía había masa

muscular y cuando desaparecieron los músculos, no había carne, y, finalmente, no había más que piel sobre los huesos secos, y todavía él gritaba.

Me he convertido en una conocedora de los gritos con los años, y he escuchado algunos buenos. Algunos de ellos incluso han sido míos, pero yo nunca había oído nada como esto. El sonido dejó de ser humano y se convirtió en el sonido agudo de un animal herido, pero por debajo de todo ello, lo sabía en un nivel que no se podía explicar, que era una persona.

Por último, no había más aire para gritar, pero en seco, la boca vacía mantuvo la apertura y cierre, apertura y cierre. Mucho tiempo después que los gritos cesaron, esa cosa del esqueleto todavía se retorcía, aun lanzando su cabeza de lado a lado. Pínotl mantenía sus manos presionando para hacer frente a Seth. Lo sostuvo, y parecía amable todo el tiempo, pero debía agarrar con toda la fuerza que tenía, porque nunca perdió su control. Si bien la carne de ese hermoso rostro arrugado murió entre sus manos, nunca Pínotl se movió. Y a pesar de todo, Seth ni una sola vez alzó las manos para salvarse a sí mismo. No luchó porque no podía luchar, le hicieron mucho daño, pero nunca levantó las manos contra el otro hombre. Un sacrificio voluntario, un sacrificio necesario.

Tenía la garganta apretada, y algo quemando detrás de mis ojos. Yo sólo quería que pasara. Yo sólo quería que se detuviera. Pero no se detuvo. El esqueleto de Seth seguía manteniendo contracciones, abriendo y cerrando su boca, como si tratara de gritar.

Pínotl miró hacia arriba, rompió el contacto visual con Seth por un latido de corazón. Los dos hombres jaguar que lo habían escoltado en el escenario se acercaran a la luz. Uno de ellos tenía una aguja de plata con hilo negro sobre ella. El otro cargaba una bola de color verde pálido, pequeña, del tamaño de una canica tal vez. Si yo hubiera estado sentada más lejos, nunca hubiera sabido lo que era. De Jade, creo, una bola de jade. La coloco en la boca abierta, y la cerró. El otro jaguar empezó a coser la boca, conduciendo la aguja de plata a través de la carne sin labios secos, tirando con fuerza.

Miré también a la mesa, apoyando la frente sobre la fría piedra de la tabla. No me iba a desmayar. Nunca me desmayo. Pero yo tenía un recuerdo de la criatura que Nicky Baco había creado a partir de los hombres-lobo. Algunos de ellos habían tenido la boca cosida. Yo nunca había visto un poder como este. Era demasiado, una gran coincidencia que

dos personas en una ciudad pudieran hacerlo y no estar conectados. Ramírez me tocó el hombro. Levanté la cabeza y la sacudí.

—Estoy bien. —Miré hacia arriba y vi que estaban poniendo a Seth en el ataúd. Sabía, sin tratar de sentirlo, que todavía estaba allí. Aún consciente. Él no podría entender porque estaba dejando que ellos lo trataran así. Él no podía. ¿O sí?

Pínotl se dirigió a la audiencia, y sus ojos brillaban como fuego negro de la forma que un vampiro hace cuando su poder es fuerte. Negras llamas lamieron alrededor de las cuencas de sus ojos y su piel parecía brillar con el poder.

En lo que Seth se había convertido estaba cubierto con tela del mismo brillante negro que había cubierto el último cuerpo. Los asistentes jaguar cerraron el ataúd, garantizando la pesada tapa. Un suspiro colectivo pasó por la audiencia como si todos estuvieran aliviados de que se tapara. Yo no era la única que no quería verlo nunca más.

Itzpapalotl se deslizaba en el escenario. Ella llevaba el manto carmesí igual que antes. Pínotl se arrodilló delante de ella, extendiendo sus manos. Se puso las manos delicadas en sus fuertes brazos, y sentí la sensación de poder como el roce de las alas de un pájaro.

Pínotl estaba de pie, sosteniendo su mano, se volvió hacia el público y ahora los dos tenían los ojos de fuego negro, se extendiendo sobre el rostro como una máscara.

Puso de relieve la oscuridad de las tablas como gigantes, llena de luciérnagas suave. En cada luz se encontraba uno de los vampiros. Estaban pálidos y demacrados, con hambre, ayuno, tal vez, porque yo no era la única que podía decir que no se había alimentado. Escuchaba las exclamaciones entre el público, qué pálida, qué miedo, ¡oh, Dios mío! No, quería que todos los vieran como lo que realmente eran.

Ella y Pínotl con la mirada perdida en esa suave iluminación oscura y otra vez sentí la sensación de poder, como un vuelo de chillidos de aves, rozando por mi cara, mi piel, como si yo no cargara ropa, y el paso rápido de cosas con pluma acarició mi cuerpo. Sentía casi como una serie de golpes físicos como el poder de cada vampiro, y sus ojos se llenaron de fuego negro. Ellos se volvieron cosas resplandecientes con la piel de alabastro, bronce, cobre, todos brillantes, todos hermosos, con los ojos llenos de la luz de las estrellas de color negro.

Luego cayeron en línea y comenzaran a cantar. Una canción de

alabanza a ella, su diosa oscura. Diego, el vampiro que había visto azotado sin sentido, pasó por nuestra mesa con una correa en la mano. En el extremo de la correa había un hombre alto, de piel pálida con pelo rubio y rizado. ¿Era Cristóbal, uno de los muertos de hambre? No había muertos de hambre en línea. Todos ellos eran brillantes y bien alimentados y llenos a rebosar con un oscuro, dulce poder como de bayas maduras antes de que cayeran al suelo, cuando están en equilibrio entre lo más dulce de la madurez y la podredumbre, la vida es a menudo así, el mejor equilibrio en un filo de navaja.

Los vampiros abandonaron el escenario sin dejar de cantar sus alabanzas. Pínotl e Itzpapalotl caminaban mano a mano por la escalera, yo sabía de dónde venían, y no los quería cerca de mí. Todavía podía sentir el poder como si estuviera de pie en medio de una nube de mariposas, y golpeaban mi piel con suaves alas, superándome, tratando de entrar.

Llegaron y se pararan frente a nuestra mesa. Tenían la cara sonriente, suave mientras miraban hacia mí. Las llamas negras se habían calmado, pero sus ojos seguían siendo una oscuridad vacía con un destello de luz en sus profundidades.

Los ojos de Pínotl se hicieron eco de ella como un espejo, pero sin la llama negra. Era la negrura de la noche interminable, y no había estrellas en los ojos, una caída sin fin de estrellas. Edward tenía mi brazo. Él me había virado de cara a él. Los dos estábamos de pie, aunque no me acordaba haberme levantado.

—Anita, ¿estás bien? —Tuve que tragar dos veces para encontrar mi voz.

—Estoy bien, creo. Sí, estoy bien. —Pero el poder seguía luchando contra mí como frenéticas alas, gritando como las aves que habían sido excluidas en la oscuridad y que quieren entrar a la luz y el calor. ¿Cómo iba dejarlas llorando en la oscuridad cuando todo lo que tenía que hacer era abrir y estarían a salvo?

—Basta ya —dije. Me volví hacia ellos. Aún sin dejar de sonreír, dieron la bienvenida. Ella extendió su mano hacia mí, y al otro sin soltar la mano de Pínotl.

Sabía que si me tomaba la mano que este poder fluiría en mí. Que podría compartir con ellos. Era una ofrenda para compartir. ¿Pero a qué precio, porque siempre hay un precio?

—¿Qué quieres? —pregunté. Ni siquiera estaba segura de que estaba

pidiendo.

—Quiero el conocimiento de cómo se logró la triada del poder.

—Les puedo decir eso. No necesitas hacer esto.

—Sabes que yo no puedo discernir entre la verdad y la mentira. No es uno de mis poderes. Tócame y voy a obtener el conocimiento de ti. —Las alas estaban fluyendo sobre mi piel como si las cosas volando habían encontrado una corriente de aire justo encima de mi cuerpo.

—¿Qué gano?

—Piensa en una pregunta, y si tengo la respuesta, la sacarás de mi mente.

Ramírez estaba de pie. Hizo un gesto y yo sabía sin mirar que los policías estaban llegando.

—Yo no sé lo que está pasando, pero no lo estamos haciendo.

—Respuesta a una pregunta en primer lugar —dije.

—Si puedo —dijo.

—¿Quién es el marido de la Roja? —Su rostro no mostraba nada, pero su voz estaba desconcertada.

—La Mujer Roja era otro término para la sangre entre las Mexicanas, entre los Azteca. Sinceramente, no sé quién sería el Marido de la Roja. —Yo casi había llegado a ella. Realmente no significaba nada. Tres cosas pasaron casi simultáneamente. Ramírez y Edward me agarraran al mismo tanto para tirar de mí hacia atrás, y Itzpapálotl me cogió la mano.

Las alas estallaran en un torrente de aves. Mi cuerpo abierto, aunque sabía que no lo hacía, y los seres alados, sólo la mitad vislumbrando, derramándose en esa apertura. El poder fluyó en mí, por mí, y otra vez. Yo era parte de un gran circuito, y sentí la conexión con todos los vampiros que había tocado. Era como si fluyera a través de ellos, y ellos a través de mí como el agua que se unen para formar algo más grande. Entonces yo estaba flotando en la oscuridad, calmante, y no había estrellas, distantes y brillantes. Una voz, su voz dijo:

—Haz una pregunta, y será tuya —pregunté, aunque nunca mi boca se movía, siempre he oído las palabras.

—¿Cómo Nicky Baco aprendió a hacer lo que hizo Pínotl a Seth? —Con las palabras vino la imagen de una criatura tan clara que podía oler la sequedad de la misma de Nicky, y escuchar que susurraba la voz, «Ayúdame».

Las imágenes, tenían la fuerza que les gustan a las cosas cerrando de

golpe en mi cuerpo. Vi a Itzpapalotl en pie sobre la cima de un templo de la pirámide rodeado de árboles, selva. Pude oler los ricos aromas del verdor, escuchar la llamada en la noche de un mono, el grito de un jaguar. Se arrodilló Pínotl y alimentó con sangre de la herida en el pecho. Se convirtió en su siervo, y obtuvo el poder. Muchos poderes, y uno de ellos era este. Y comprendí cómo se había tomado la esencia de Seth. Más que eso entendí cómo se hacía, y cómo se deshacía. Yo sabía cómo deshacer la criatura de Nicky, a pesar de lo que había hecho con ellos puede significar que para traerlos de vuelta a la carne los mataría. No necesitamos a Nicky para deshacer el hechizo, y yo podría hacerlo. Pínotl podría hacerlo.

Ella no me preguntó si yo entendía. Ella sabía que lo tenía todo.

—Ahora mi pregunta. —Y antes de que pudiera decir o pensar «Espera», estaba dentro de mi cabeza. Señaló a mi memoria de: imágenes, piezas, y no pude detenerla. Vio Jean-Claude colocar la marca en mí, y vio a Richard, y vio a los tres de nosotros llamando al poder a propósito la primera vez. Ella vio que la noche anterior, cuando yo había tomado la segunda marca y la tercera para salvar nuestras vidas, todas nuestras vidas.

De repente me sentí de vuelta en mi propia piel, de pie a un lado de la mesa, todavía con la mano. Yo estaba jadeando, rápido y más rápido, y yo sabía que si no me controlaba, iba a hiperventilar. Ella me soltó la mano, y todo lo que podía hacer era concentrarme en mi propia respiración. Ramírez me estaba gritando, yo estaba muy bien. Edward tenía su arma apuntándola. Ella y Pínotl se quedaron allí, tranquilos. Podía ver todo como si estuviera mirando a través de un cristal. Los colores parecen más oscuros, más vivos. Estaban las cosas en relieve, y no se las cosas que normalmente me habría dado cuenta. La forma de la banda en el sombrero de Edward había una pequeña cresta en él, y yo sabía dónde estaba el garrote. Cuando finalmente pude hablar, le dije:

—Está bien. No pasa nada. No estoy herida. —Le toque la mano de Edward, bajando el arma a punto en la tabla—. Quieto, está bien, estoy bien.

—Ella dijo que el daño seria porque te obligó a dejarte ir pronto —dijo Edward.

—Podría ser —dije. Lo que yo esperaba era sentirme mal, agotada, cansada, pero no. Me sentía llena de energía, llena de júbilo—. Me siento muy bien.

—No te ves muy bien —dijo Edward, y había algo en su voz que me

hizo mirarlo. Él me cogió la mano y empezó a conducirme a través de las mesas a la puerta. Traté de frenar y me tiró con él, tirando de mí a lo largo.

—Estás lastimando mi muñeca —dije.

Empujó a través de las puertas con el arma aún desnuda en la mano, la muñeca se apoderó de la otra mano. Golpeó las puertas del hall de entrada con los hombros. Me acordé de que era más oscuro en el vestíbulo, pero no estaba oscuro. No era exactamente la luz. Simplemente no estaba oscuro. Abrió uno de los tapices de la pared, y no había puerta en la habitación de los hombres. Empujó la puerta antes de que pudiera decir nada. Los urinarios se extendían vacíos, y se lo agradecí. Las luces eran brillantes, me hizo entrecerrar los ojos.

Edward giró en torno a mí para hacer frente a los espejos. Mis ojos eran de un negro brillante sólidos. No había ningún alumno, ni blanco, ni nada. Miré ciega, sin embargo, podía ver todo, cada grieta en la pared, la fuerza más pequeña en el borde del espejo. Caminé hacia adelante, y me dejó ir. Llegué a cabo hasta que yo pudiera tocar mi reflejo. Salté cuando mis dedos se reunieran en el frío cristal, como si me hubiera esperado que mi mano atravesara para seguir adelante. Miré mi mano, y casi podía ver los huesos bajo la piel, los músculos trabajando cuando moví mis dedos. Debajo de eso, pude ver el flujo de sangre debajo de mi piel. Me volví y miré a Edward. Le miré despacio, y pude ver la ligera diferencia en el partido de los pantalones en la empuñadura del cuchillo sobresalía de la bota. No había la menor línea en el segundo cuchillo que estaba atado a su muslo, y podría llegar a través de bolsillo del pantalón y tocar los cojones. Había un bulto en el bolsillo del otro, pero pequeño, yo sabía que era una pistola, una Derringer probablemente, pero el último bit de mi conocimiento. El resto era esta visión extraordinaria. Era como un hechizo de la fantasía de una verdadera visión.

Si así es como todos los vampiros ven el mundo, entonces yo debería dejar de tratar de ocultar armas. Pero he engañado a vampiros antes, maestros vampiros de nivel. Así que esto era cómo se veía el mundo, pero no necesariamente la forma en que todos vemos el mundo.

—Di algo, Anita.

—Me gustaría que pudieras ver lo que estoy viendo.

—Yo no quiero hacerlo —dijo.

—El garrote está en la banda del sombrero. Tienes un cuchillo en una funda en tu bota derecha, y un cuchillo en tu muslo izquierdo. Se accede a

la empuñadura a través del bolsillo del pantalón. Tienes una Derringer en el bolsillo derecho del pantalón.

Palideció, y lo vi. Vi el pulso en la garganta latir más rápido. Pude ver los pequeños cambios en su cuerpo como el miedo corriendo a través de él. No es de extrañar que hubiera sido capaz de leerme con tanta facilidad. Pero debería haber funcionado como un detector de mentiras para ella. Eso es lo que los vampiros y otros wereanimales retoman, en los cambios mínimos que todos hacemos cuando nos mienten. Incluso los cambios de olor, por lo que dijo Richard. ¿Por qué no podía decir si alguien miente?

La respuesta llegó en una ola de claridad que por lo general tiene que meditar a tener. No podía leer cosas que no tiene dentro de sí misma. Ella no era una diosa. Ella era un vampiro, no como un vampiro que había conocido antes, pero eso era lo que era. Sin embargo, ella creía que era Itzpapálotl la personificación en vida de los cuchillos de sacrificio, la hoja de obsidiana. Ella estaba mintiéndose a sí misma, y por lo tanto no podía ver una mentira en alguien más. Ella no entendía lo que era verdad, así que no podía reconocerla tampoco. Ella se estaba engañando a sí misma en una escala cósmica. Y se debilitó. Pero yo no iba a marchar hacia allí afuera y señalar el error de sus formas. No era más que un vampiro, y no una diosa, pero yo había tenido el gusto de su poder y yo no quería estar en su lista negra.

Con su poder que fluye a través de mí como un viento en aumento, cálido y con olor a flores que yo no conocía, ni siquiera quería hacer estallar su burbuja. No me había sentido tan bien en días. Me volví hacia el espejo, y mis ojos estaban todavía con el negro propagándose. Debería sentir miedo o gritar, pero yo no tenía miedo, y todo lo que podía pensar era, genial.

—¿Si los ojos no vuelven a la normalidad? —preguntó, y de nuevo sentí la estanqueidad de miedo en él.

—Con el tiempo, pero si realmente queremos respuestas a nuestras preguntas, tenemos que volver y preguntar a ella.

Dio un rápido movimiento, después de ti, y me di cuenta de que Edward no confiaba en mí a su espalda. Él pensó que ella se había apoderado de mí. No discutí con él. Acaba de entrar por la primera puerta y volví a hablar con Itzpapalotl. Tenía la esperanza de que Ramírez no hubiera tratado de poner las esposas en ella. No le gustaría eso, y lo que no le gustaba, a sus seguidores no les gustaba tampoco, y había un centenar y

de vampiros. No tenía idea de cuántos werejaguares había. Se trataba de un alimentación no significaba nada más para ellos. Pero era un pequeño ejército, y Ramírez no había traído mucho refuerzo.



CINCUENTA Y DOS

Ramírez no había puesto las esposas a nadie, pero había pedido más refuerzos. Había cuatro uniformados más en la habitación, y unos veinte werejaguares. El público estaba viendo todo como si fuera parte del show. Supongo que si podían sentarse con lo que se había hecho a Seth, podían sentarse a través de una acción policial.

Yo iba por delante de Edward cuando llegamos a la habitación. Se colocó detrás de mí, en la forma en que a menudo hacíamos cuando uno de nosotros iba a estar a cargo en los próximos minutos. Tal vez mis ojos brillaban como pozos negros, pero Edward todavía confiaba en mí para calmar la situación. Lo que conviene saber.

El werejaguar se movía a través de las mesas, tratando de llegar al flanco de la policía. Los uniformados tenían las manos sobre sus armas. Las fundas estaban desabrochadas. No tardarían mucho para tener un arma en la mano y la mierda iba golpear el ventilador. Una vergüenza para los

vampiros pulsar este gran botón cuando no estaban tratando de hacer daño a nadie.

Uno de los jaguares se estaba moviendo de nuevo, tratando de cerrar el círculo alrededor de la policía. Me tocó el brazo. Su poder temblaba sobre mi mano, y era algo más que mi propio poder, o las marcas, que estalló y se apresuró en responder. Él me miró y me vio a los ojos o sintió mi poder, lo que fuera, cuando me dijo:

—Soy un refuerzo de la policía, debes ir de pie con los otros. —Él lo hizo. Progreso. Ahora bien, si sólo la policía sería así de razonable. Me dirigí a la policía y empecé a caminar hacia ellos. Uno de los nuevos uniformados, dijo:

—Mierda, —con la mano en el arma, y la otra como parando el tráfico —. No te acerques más.

—Ramírez —dije, y me aseguré de que mi voz se escuchara.

—Está bien. Ella está con nosotros —dijo.

—Pero sus ojos —dijo el del uniforme.

—Ella está con nosotros. Déjenla pasar, ahora. —La voz de Ramírez era baja, pero la ira fuerte.

Los uniformados se separaron como formar una cortina, muy cuidadosos de no tocarme mientras pasaba. Supongo que no los podía culpar, aunque yo quería. Finalmente fui a la mesa con Edward detrás de mí, y los policías nerviosos más allá de él. Me enfrenté a Itzpapálotl en la mesa. Pínotl estaba a su lado, pero ya no eran estaban agarrados de manos. Sus ojos seguían tan negros como los míos, pero en ella eran normales. Curiosamente, con la capucha hacia atrás para mostrar ese rostro delicado y esos ojos que se veían normales, parecía la más humana de nosotros tres. Ramírez había colocado algunas de las fotos sobre la mesa.

—Dime de qué se trata. —Sonaba como una pregunta que le había hecho antes. Ella me miró.

—¿Sabes qué es? —pregunté.

—No, verdaderamente no lo sé. Se parece lo que uno de nuestros artesanos hizo, pero los ojos son las piedras que llegaron con los españoles. No reconozco a todos los elementos del simbolismo.

—Pero reconoces a algunos de ellos —dije.

—Sí.

—¿Qué reconoces?

—El que tiene los cuerpos alrededor de su base podría ser el que

buscas.

—¿Quieres decir como lo hizo esta noche con Seth?

Asintió.

—¿Qué es lo que tiene en sus manos?

—Podrían ser muchas, pero creo que es la menor de las cosas del cuerpo. El corazón, los huesos, y muchas otras partes, pero este dios se alimenta de la… —frunció el ceño con la búsqueda de la palabra—… los intestinos y otras vísceras.

—Eso tiene sentido —dije.

Mi sentido cambio cuando Ramírez se acercó a mí, como si el mal quería decir bien. Sin embargo, se mantuvo en silencio, porque era un buen policía, y ella me estaba hablando. ¿Realmente importa por qué? No es correcto que el segundo no lo sepa.

—¿Has visto a la criatura qué…? —Vacilé. Si la policía sabía lo que Nicky había hecho, era una sentencia de muerte automática. Pero, francamente, se lo merecía. Los hombres lobo que había dejado secos no habían sido dispuestos a sacrificios. Y él los había matado, a sabiendas de que estaban vivos, había cortes y costuras en el monstruo detrás de la barra. Fue una de las peores cosas que había encontrado, y eso era mucho decir. Tomé mi decisión y sabía que al final le costaría a Nicky su vida.

—¿Has visto la criatura que Nicky Baco hizo?

Ella asintió.

—Yo lo vi. Es un regalo con mucha corrupción.

—¿Su maestro ganaba energía a través de ella al igual que usted?

—Sí, y Nicky Baco ganaba poder a través de él, por mucho que Pínotl hiciese. Como hizo contigo.

—¿Puede pasar el poder a otros?, ¿como la manada tal vez un a hombre-lobo? —Parecía pensar en eso, la cabeza a un lado, y finalmente asintió.

—Sería posible compartir con wereanimales si hay algún vínculo con ellos de carácter místico.

—Es *vargamor* de la manada local —dije.

—No estoy familiarizada con la palabra *vargamor*.

—Era un término lobo. Es su bruja, o su brujo, y están vinculados a la manada.

—Entonces, ciertamente podría compartir el poder con ellos.

—Nicky dijo que no sabía dónde estaba este Dios.

—Miente —dijo—. No se gana este poder sin el toque de la mano de tu Dios. —Yo lo había conseguido a partir de las imágenes que me habían llenado, pero quería confirmarlo.

—¿Entonces Nicky debe ser capaz de llevarnos al lugar donde el dios se esconde?

Ella asintió.

—Él lo sabe.

—¿Tienes algún problema con que nosotros casemos y matemos a un dios de tu panteón? —Una mirada que yo no entendía le cruzó la cara.

—Si es un dios, entonces no se puede matar, y si se puede matar, entonces no es un dios. Yo no lloraré la muerte de los dioses falsos. —Fue gracioso viniendo de ella, pero lo dejé pasar. No era mi trabajo convencerla de lo que era, o lo que ella no era.

—Gracias por tu ayuda, Itzpapalotl. —Ella me dio una larga mirada, y yo sabía lo que quería, pero…—. Tú eres una diosa, pero no puedo servir a dos amos —dije.

—Su poder es la lujuria, y niegan tu poder.

Sentí el pico de calor en mi cara y me pregunté si se parecía a un rubor con brillantes ojos negro. No era lo que había dicho. Era saber lo que había visto en mi cabeza. Ella sabía los detalles más íntimos de mi mejor amigo. Tal como había compartido lo que ella y Pínotl consideran un momento muy íntimo y privado de sus beneficios. Justo es justo, pero de alguna manera no pensé que Itzpapálotl se haya ruborizado.

—Pensé que era justo negarle el sexo. —Ella me miró de la manera en que vería a un niño que fue deliberadamente no comprendía.

—Dime, Anita, ¿cuál es la base de mi poder? —La pregunta me sorprendió, pero me hico ver que el tiempo que se extiende entre nosotros había pasado.

—Poder, que se alimenta de la energía pura, independientemente de la fuente. —Ella sonrió, y el hilo de energía en mí sonrió con ella, me hizo sentir glowy por todas partes.

—Ahora, ¿cuál es la base del poder de tu amo? —Había estado huyendo de esta verdad particular por un tiempo muy largo. No todos los vampiros maestros tenían una base de poder secundaria, otra forma de hacer energía, que no sean de sangre o agentes humanos o animales para llamar. Sin embargo, algunos lo hacían, y Jean-Claude era uno de ellos.

—Anita —dijo, como si me recordara que se suponía que iba a decir

algo.

—Sexo, su base de poder es el sexo —dije.

Una vez más, ella sonreía, feliz de mí, y sentí ruborizarme nuevamente. Era bueno para ser verdad. Fue bueno ser inteligente. Fue bueno para complacerla. Y que, por supuesto era uno de sus peligros. Si te quedas junto a ella el tiempo suficiente, podría convertirse en un fin en sí mismo a favor de ella. Aun pensando que, no podía tener miedo de ella. Bueno que yo no vivía en Albuquerque.

—Al negarte a él y a su lobo, no paralizas la tríada de poder, pero él. Se ha paralizado, Anita. Se ha paralizado tu maestro. —Me oí decir:

—Lo siento.

—No soy yo con quien te debes disculpar. Es él. Vete a casa y pídele perdón, ponte a sus pies y alimenta su poder. —Cerré los ojos, porque lo que realmente quería hacer era asentir y sólo estar de acuerdo. Estaba segura de que el hechizo desaparecería antes de llegar a casa a St. Louis, pero poner a esta mujer y Jean-Claude juntos como un equipo habría sido mi perdición. Incluso ahora, me alegré de que estaba a cientos de kilómetros de distancia, porque asentí con la cabeza, con los ojos todavía cerrados. Ella tomó el gesto de asentimiento.

—Bien, muy bien. Si el maestro está muy agradecido por mi ayuda en esta materia, lo dejó en contacto conmigo. Sé que podemos llegar a un entendimiento. —Y por primera vez sentí un escalofrío de miedo. La miré a través de un velo de su poder y tenía miedo de ella. Lo leyó en mí.

—Uno siempre debe tener miedo de los dioses, Anita. Si no tienes miedo, entonces eres una tonta y tú no eres una tonta. —Ella miró más allá de Ramírez—. Creo que he ayudado con todo lo que puedo, detective Ramírez. —Él dijo:

—¿Anita?

Asentí.

—Sí, es hora de ir a ver a Nicky Baco.

—Si Nicky nos ha mentido a nosotros, también lo hizo a su jefe de la manada —dijo Edward—, porque, Nicky dijo que estaba diciendo la verdad acerca de no saber lo del monstruo.

—Si Nicky puede compartir este tipo de poder con los hombres lobo, entonces yo sé por qué mintió a la manada.

—Los hombres lobo lucharan para proteger a Nicky —dijo Edward. Nos miramos unos a otros.

—Va a ser un baño de sangre si la policía entra en vigor.

Sacudí la cabeza.

—Pero ¿qué otra opción tenemos?

—Nicky no está en el bar —dijo Ramírez. Nos dirigimos a él, diciendo al unísono:

—¿Dónde está?

—En el hospital. Alguien le dio una paliza. —Edward y yo nos miramos, y ambos sonreímos—. De regreso al hospital, entonces —dije.

Asintió con la cabeza.

—Volveremos al hospital. —Miré a Ramírez—. ¿Si eso está bien contigo?

—¿Puedes demostrar lo que has estado diciendo acerca de Baco? —preguntó.

—Sí —dije.

—Entonces es una sentencia de muerte. Él lo sabe. He visto a Baco en un interrogatorio. Él es fuerte, y él sabe que no tiene nada que ganar y todo que perder si no nos dicen la verdad.

—Entonces tendremos que encontrar algo a lo que le tenga más miedo que a ser ejecutado. —No pude evitarlo. Me volví y miré a Itzpapálotl. Me miró a los ojos y no me tire a ellos ahora. Su propio poder me protegió de ella. Ni estrellas, ni noche sin fin, sólo un conocimiento oscuro de lo que pensaba, y su aprobación del plan.

—No podemos hacer nada ilegal —dijo Ramírez.

—Por supuesto que no —dije.

—Quiero decir que, Anita… —lo miré, y le vi flaquear cuando miró mis ojos.

—¿Te haría eso a ti? —Buscó en mi rostro, como tratando de descifrarlo. Era la forma en que veía a Edward a veces, o Jean-Claude. Por último, dijo—: no sé lo que harías. —Y que, para bien o para mal, era la verdad.



CINCUENTA Y TRES

Edward sacó sus gafas de sol de la guantera y me las entregó antes de entrar al hospital. Mis ojos no habían cambiado, aunque sabía que el efecto comenzaba a desaparecer, porque el hecho de que mis ojos estaban todavía negros y resplandecientes estaba empezando a preocuparme. Era una buena señal.

Nicky Baco no estaba en una habitación privada. La policía había trasladado a su compañero de habitación a otra, diferente. Nicky estaba en la tracción, y no iría a ninguna parte. Se tumbó en la cama y se vio más pequeño de lo que yo sabía que él era. La pierna quebrada estaba en un yeso desde el pie al muslo. Pequeñas poleas y cables unían su pierna en un ángulo extraño que debía ser un infierno para la espalda.

Ramírez había estado interrogando a Nicky durante unos treinta minutos y no conseguía nada. Yo me apoyé en la pared y Edward veía la escena. Pero Nicky había hecho exactamente lo que me temía que iba a

hacer. Había comprendido su situación y sus opciones de inmediato. Él iba a morir. Así que ¿por qué debería ayudarnos?

—Sabemos dónde está el monstruo, Nicky. Sabemos lo que hiciste. Ayúdanos a detener a esta cosa antes de que vuelva a matar.

—¿Y qué? —Nicky dijo—: Conozco la ley. No hay vida en la cárcel para un brujo que utiliza la magia para matar. Es una sentencia de muerte automática. No tienes nada que ofrecerme, Ramírez.

Me aparté de la pared y le toqué el brazo a Ramírez. Me miró, y ya estaba mostrando frustración. Había sido informado de que el teniente Marks estaba en camino. Quería quebrar a Baco antes de que Marks llegara por lo que obtendría el crédito y no su teniente. Políticos, pero era la realidad en la mayoría de las obras de la policía.

—¿Puedo hacerle unas cuantas preguntas, detective? —Tomó aliento, y lo soltó lentamente.

—Claro. —Dio un paso atrás y me quedé al lado de la cama. Miré a Nicky. Alguien había esposado una de sus muñecas a la barandilla de la cama. Yo no estaba segura de que fuera necesario con la tracción, pero hicieran un punto.

—¿Qué haría el marido de la Roja si supiera que regalaste su escondite secreto? —Me miró, e incluso a través de las gafas de sol pude ver el odio en sus ojos. También pude ver el rápido ascenso y la caída de su pecho, el ruido del pulso en su cuello. Estaba asustado.

—Respóndeme, Nicky.

—Me mataría.

—¿Cómo?

Frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con, cómo?

—Quiero decir ¿qué método de muerte iría a utilizar? ¿Cómo te mataría? —Nicky se movió en la cama, tratando de encontrar un lugar cómodo. La pierna estaba estirada, y tiró de la muñeca esposada, lo que sonaba arriba y abajo de la barra. Nicky no tendría una posición cómoda para esta noche.

—Probablemente me enviará a su monstruo después de ti. Cortará todo mí cuerpo y mi intestino se lo dará.

—Su siervo sacrificando todos los brujos o psíquicos, y piel mundana. Eso es todo, ¿no?

—Si eres tan inteligente, no necesitas preguntarme. Tienes todas las

respuestas.

—No todas ellas —dije. Toqué la barandilla de la cama en que estaba esposado envolviendo mis manos alrededor de ambos lados del manguito de modo que no se pudiera deslizar sin chocar con una de mis manos.

—He visto los cadáveres, Nicky. Es una mala manera de morir, pero hay cosas peores.

Soltó una dura carcajada.

—Ser eviscerado vivo, no hay mucho peor que eso —dijo. Me quité las gafas de sol y le permití ver mis ojos. Dejó de respirar durante un latido del corazón. Él sólo miraba hacia mí, los ojos cada vez más abiertos, atrapando el aire en su garganta. Le toqué la mano, y gritó.

—¡No me toques! ¡Por la porra no me toques! —Fue sacudiendo las esposas frenéticamente, una y otra vez, como si eso ayudara. Ramírez llegó a pararse en el otro lado de la cama frente a mí. Parecía hacerme una pregunta.

—Yo no le golpeé, Hernando.

—Jódete, ponla lejos de mí.

—Dinos dónde está el monstruo, y voy pedirle que salga de la habitación. —Nicky nos miraba de uno a otro, y mostraba el temor en su rostro. Tú no necesitas tener la visión de vampiros para saberlo. No puedes hacerme esto a mí. Eres policía.

—No te estamos haciendo nada —dijo Ramírez. Los ojos de Nicky se posaron de nuevo en mí.

—Eres policía. Puedes ejecutarme, pero no puedes torturarme. Esa es la ley.

—Tienes razón, Nicky. La policía no está autorizada a torturar a los prisioneros. —Me apoyé en la cama y le susurré—: Pero yo no soy policía. —Empezó a tirar de la cadena de nuevo, agitando de arriba a abajo la barra.

—Aléjala de mí, ahora quiero un abogado. Quiero un abogado de mierda. —Ramírez se dirigió a los dos policías uniformados que esperaban en la puerta.

—Vayan, el Sr. Baco llama a un abogado.

Los dos policías se miraron.

—¿Nosotros dos? —preguntó uno. Ramírez asintió.

—Sí, los dos. —Intercambiaron otra mirada y se fueron hacia la puerta. El más alto le preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que debe demorar esta llamada telefónica?

—Un tiempo, y llama antes de entrar. —Los uniformados se fueron por la izquierda, y sólo éramos Edward, Ramírez, Nicky y yo. Nicky estaba mirando a Ramírez.

—Eres un buen policía, Ramírez. Nunca he oído nada de suciedad sobre ti. Tú no le permitirás que me hagas daño. Eres un buen tipo. No le permitirás hacerme daño. —Su voz era alta y frenética, pero cada vez que lo decía, parecía más seguro de sí mismo, más seguro que la bondad de Ramírez sería su escudo.

Probablemente tenía razón en una cosa, Ramírez no me dejó hacerle daño, pero yo estaba dispuesta a apostar que Ramírez me dejó asustarlo. Estiré la cara como si hubiera tiempos de Niki. Se echó hacia atrás, fuera del alcance.

—Ramírez, mierda, por favor, no dejes que me toque.

—Voy a estar ahí si me necesitas, Anita. —Se alejó de la cama y fue a sentarse en una silla en el extremo de la sala, cerca de Edward. Nicky gritó después de él, dijo:

—¡Ramírez, por favor, por favor! —Le toqué la boca con los dedos, y se quedó paralizado en virtud de ese toque suave. Sus ojos se movían lentamente, muy lentamente, hasta que fue mirando a los míos.

—Shhh —dije y bajé la cara hacia la suya, como si le besara en la frente. Abrió la boca, respiró, y gritó. Tomé su rostro entre mis manos de la forma en que había visto a Pínotl hacer, pero yo sabía que no tenían que ser las manos. Podría chuparlo seco con un beso.

—¡Cállate, Nicky, cállate!

Comenzó a llorar.

—Por favor, ¡oh, Dios, por favor, no!

—¿Los hombres-lobo rogaron como tú? —pregunté—. ¿Fue así, Nicky? —Apreté las manos en su cara hasta que la piel se arrugó.

—Sí —dijo, apretó la voz por el grado de tensión que sostenía su rostro. Tuve que esforzarme para liberar su cara, o le iba a dejar marcas rojas. No le podía marcar y levantarme. No podía dar una razón a Marks para castigar a Ramírez.

Apoyé los brazos en la barandilla de la cama que estaba encadenado. Sacó la mano a la longitud de la cadena, pero no luchó. Me observó de la forma en que los ratones ven los gatos cuando saben que no hay salida. Me incliné hacia él. Fue un movimiento muy casual, pero no puse mi cara en la suya, lo suficientemente cerca como para no tocarlo, pero lo

suficientemente cerca para obtener un análisis de cerca de los ojos.

—Sabes, Nicky, hay cosas peores.

—Me necesitas para liberarlos. Tú me matas, y no puedo devolverles la vida.

—Verás, Nicky. No te necesito. Sé cómo traerlos de vuelta por mí misma. —Me incliné, equilibrándome en las puntas de mis pies y mis brazos apoyándose en la barandilla, como si fuera a susurrar en su oído—. Tus servicios ya no son necesarios.

—Por favor —susurró. Hablé con mi boca tan cerca de su rostro que podía sentir la respiración regresar de su piel en un pulso caliente.

—Los médicos te certificarán como muerto, Nicky. Te van a enterrar en una caja en alguna parte, y escucharás cada palada de tierra, ya que golpeará la tapa del ataúd. Tendrás que acostarte en la oscuridad y gritarás en tu cabeza, y nadie te escuchará. Tal vez tendremos que poner una cuenta de jade en tu boca, cerrarla y coserla para que permanezcas inmóvil. —Las lágrimas bajaban de sus ojos, pero su rostro estaba en blanco, como si él no supiera que estaba llorando—. Di quién es tu maestro, Nicky, o te juro que haré algo peor que matarte. —Le di un beso en la frente, muy suavemente. Gimió. Le besé la punta de la nariz, de la manera que se hace con los niños. Yo me cernía sobre su boca—. Dilo, Nicky. —Bajé mi boca sobre la suya, nuestros labios rozaron, y él volvió la cabeza.

—Te lo diré. Te diré lo que quieras saber.

Me alejé de la cama y dejé a Ramírez pasar a tomar su turno. Un teléfono sonó, y Edward sacó su teléfono celular del bolsillo trasero. Abrió la tapa y entró en la sala para tomar la llamada. La voz de Ramírez no era feliz.

—¿Qué quieres decir con no poder decirme cómo llegar? —Tenía su cuaderno abierto, su pluma en mano, y nada escrito. Empecé a caminar hacia la cama. Nicky levantó las manos como para protegerse de mí.

—Te juro que puedo llevarlos, pero no puedo darles direcciones y asegurarme de que lo encontrarán. No quiero que me envíen a la oscuridad, y que no me encuentren. Tú me echarás la culpa, y no es mía. —Ramírez me miró.

Asentí.

Estaba demasiado asustado para mentir, y era una historia demasiado estúpida que se recuperara.

—Puedo llevarte a ella. Si yo estoy allí, puedo llevarte a ella.

—Por supuesto, si estás ahí, puedes avisar a tu maestro —dije.

—Yo no haría eso. —Pero vi el cambio en el color de su piel, el aumento en la respiración, el parpadeo de sus ojos.

—Mentira —dije.

—Está bien, pero me gustaría ser un tonto para no tratar de escapar. Me van matar, Anita. ¿Por qué no debo tratar de escapar?

Supongo que no podía culparlo de eso.

—Llama a Leonora Evans. Ella es una bruja. Pídele que te enseñe, asegúrate de que no puede comunicarse con su maestro por otra cosa que no sea gritar.

—¿Y los gritos? —dijo Ramírez.

—Siléncialo cuando llegue el momento —dije.

—¿Tú confías que Leonora Evans va a hacer esto?

—Ella salvó mi vida, así que supongo que sí.

Ramírez asintió.

—Está bien, voy a llamarla. —Miró los cables de tracción—. Los médicos no van a querer que él vaya a ninguna parte esta noche.

—Habla con ellos, Hernando. Explícales lo que está en juego. Además, ¿qué bien le hace que lo cures si vas a dar la vuelta y ejecutarlo?

Ramírez me miró.

—Eso fue duro.

—Sí, lo fue, pero sigue siendo verdad.

Edward golpeó la puerta y entró lo suficiente para decir:

—Te necesito aquí.

Miré a Ramírez.

—Creo que lo podemos tomar desde aquí, gracias —dijo.

—Es un placer. —Me puse las gafas de sol en la espalda mientras yo seguía con Edward en el pasillo. El momento en que miré a la cara de Edward, yo sabía que algo malo había sucedido. No se mostró de la forma de una persona normal, pero estaba allí, la tensión alrededor de los ojos, la forma en que se movió, con cuidado, como si tuviera miedo de ir demasiado pronto, o se rompería.

—¿Qué pasa?

Entré en la sala, porque algo me decía que esto no era para todos. No creo que la policía me haya visto sin la visión de vampiros. Con Edward tan poco lo era. Me llevó del brazo por el pasillo, lejos de los uniformados que estaban mirando.

—Riker tiene a los hijos de Donna. —Su puño estaba apretado, y yo no le dije que dolía.

—Está con Peter y Becca. Los va a matar si no te llevan a él. Él sabe que estamos en el hospital. Me ha dado una hora para hacerlo, y luego empezará a torturarlos. Si no estoy allí en dos horas, va a matarlos. Si llevamos a la policía, los matará. —Le toqué el brazo. Si hubiera sido cualquier otro amigo, le hubiera abrazado.

—¿Donna está bien? —Pareció darse cuenta de que estaba cavando en mi brazo y me dejó ir.

—Esta es la noche de Donna con su grupo. No sé si la niñera está viva, pero Donna ni siquiera estará en la casa en dos, quizás tres horas. Ella no sabe.

—Vamos —dije. Nos dimos la vuelta y empezamos a caminar por el pasillo. Ramírez gritó detrás de nosotros.

—¿A dónde van ustedes dos? Pensé que te gustaría estar en esto.

—Emergencia personal —dijo Edward, y siguió caminando. Me di la vuelta, marcha atrás, tratando de hablar al mismo tiempo.

—En dos horas, llama a la casa de Ted. La llamada será enviada a su teléfono celular. Vamos a reunirnos contigo en la caza de los monstruos.

—¿Por qué en dos horas? —preguntó.

—La situación de emergencia se tendrá que resolver para ese entonces —dije. Tuve que tocar el brazo de Edward, para seguir caminando hacia atrás y no caer.

—Todo podría durar más de dos horas a partir de ahora —dijo Ramírez.

—Lo siento. —Edward estaba en la puerta que conducía a la siguiente sección del pasillo. Tiró de mí a través de las puertas que se cerraban detrás de nosotros. Él ya estaba marcando un número en el teléfono celular.

—Haré que Olaf y Bernardo se reúnan con nosotros en el desvío a casa de Riker.

No sé cuál de ellos respondió, pero le dio una larga lista de cosas para llevar, y le hizo escribirlas. Estábamos fuera del hospital, atravesamos el estacionamiento y entramos en su Hummer antes de que el teléfono hiciera el clic de apagado.

Edward conducía, y todo lo que tenía que hacer era pensar. No era una buena cosa. Me estaba acordando del mayo pasado, cuando algunos malos secuestraran a la madre de Richard y su hermano menor. Nos habían enviado una caja con un mechón de cabello de su hermano, y el dedo de su

madre en ella. Todos los que la habían tocado estaban muertos. Todos los que les habían hecho daño nunca más harían daño a nadie. Yo sólo tenía dos cosas que lamentar: uno, que yo no había llegado a tiempo para salvarlos de ser torturados, y dos, que los malos no habían sufrido lo suficiente antes de morir.

Si Riker hería a Peter y Becca… Yo no estaba segura de que quería ver lo que Edward les haría. Recé cuando nos dirigimos a través de la oscuridad. «Por favor, Dios, no permitas que les hagan daño. Que estén seguros». Riker podría estar mintiendo. Ya podrían estar muertos, pero yo no lo creo. Tal vez porque yo necesitaba pensar que estaban vivos. Me acordé de Becca con su vestido de girasoles con la rama de lilas en el pelo, riendo en los brazos de Edward. Vi el hosco resentimiento de Peter cuando Edward y su madre se besaran y me conmovió. Me acordé de la manera en que Peter se había enfrentado a Russell en el restaurante cuando amenazó a Becca. Él era un niño valiente. Traté de no pensar en lo que podría estar sucediéndole a ellos en este instante.

Edward estaba muy, muy tranquilo. Cuando lo miré, la visión de cristal oscuro me mostró aún más de él que lo que yo había visto antes. Yo no tenía que adivinar si quería a los niños. Lo pude ver. Él los amaba. Por mucho que sea capaz de hacerlo, los amaba. Si alguien los lastimaba su venganza iba a ser una cosa de gran terror. Yo no sería capaz de detenerlo, no importa lo que fuera hacer con ellos. Todo lo que podría hacer era ponerme de pie, ver y tratar de no conseguir demasiada sangre en mis zapatos.



CINCUENTA Y CUATRO

Era una noche oscura. No parecía estar solamente nublado, a oscuras, como si algo, además de las nubes estuviera bloqueando la luna. O tal vez era sólo mi estado de ánimo. Lo único que había querido evitar mientras yo estaba haciendo mi favor a Edward era tratar con su mayor parte ilegal. Habíamos recogido a Olaf y Bernardo en una encrucijada en medio de la nada con las colinas vacías y extendiéndose en la oscuridad. No ha habido tapadera, salvo algunos matorrales, y cuando Edward detuvo el coche y apagó el motor, pensé que tendríamos que esperar delante de él.

—Vete de aquí. Vamos a tener que adaptarnos. —Había salido sin tener que esperar a ver si iban a salir o no.

Salí. El silencio era tan grande como el cielo sobre su cabeza, un inmenso vacío. Un hombre se levantó a menos de cinco metros delante de mí. Tuve la Browning apuntando antes de que el hombre tuviera una linterna bajo su rostro y me di cuenta que era Bernardo.

Olaf había aparecido por arte de magia en el otro lado de la carretera. No había zanja a cada lado de la carretera. No había nada en el lado de la carretera. Lo que era aún más impresionante fue que se comenzarán a levantar grandes sacos negros de los equipos de la misma forma de ninguna parte. Si hubiéramos tenido tiempo, les hubiera preguntado cómo lo hicieron, aunque dudo que me dieran la respuesta. Cadenas probablemente. Cadenas que no tenían, aunque podría ser bueno conseguirla.

Por supuesto, la mayoría de las cosas que me escondía Bernardo podría haber oído del corazón y vencido Olaf sin importar lo bien que estaban ocultos. Fue casi un alivio estar en contra de los simples humanos. Quería decir que al menos se podían ocultar en la oscuridad.

Veinte minutos después estábamos en el camino de nuevo, y Edward no había hecho una broma sobre la adecuación entre las partes. Yo había tenido que tirar de mi sujetador y me puse un chaleco de kevlar. Era de mi tamaño. Lo que significaba que debía de ser una compra especial, porque Kevlar no viene en mi tamaño.

—Es tu premio por detectar todas las armas —dijo Edward. Él siempre sabía exactamente lo que comprarme.

Lo necesitaba para ajustar la funda del hombro después de colocarme el chaleco, pero me dijo que tenía que hacerlo en el coche. No discutí. Teníamos menos de diez minutos para llegar al lugar de Riker. Mi camiseta no encajaba en los chalecos antibalas. Quiero decir que me quedaba bien, pero no está bien. Bernardo me entregó una camisa de hombre negra, de manga larga.

—Ponla sobre la camiseta. Abotónala cuando estemos en camino solamente después de que ya tengas tu funda ajustada.

La funda del hombro era sólo una cuestión de reajuste de las correas. La funda interior de los pantalones no funcionó después que me puse el chaleco. Coloqué la Firestar en la parte delantera de mis pantalones vaqueros y hasta que yo era feliz con la forma tan inclinada que iba a tener. Todavía se hundía en mi estómago, pero la quería donde podía llegar rápidamente. Yo podría vivir con contusiones mañana.

Yo practiqué sacar la Browning a través de la camisa entreabierta, un par de veces, aunque es difícil de practicar en una posición sentada, pero no había tenido tiempo para practicar.

—Están poniéndome nerviosa.

—No se discute —dijo Bernardo.

—No tenemos tiempo para discutir. Dime qué hacer, lo haré. ¿Pero por qué el Kevlar?

—Olaf —dijo Edward.

—Riker emplea a veinte hombres, diez acaba de contratar por puro músculo. Nos hemos reunido con la mitad de ellos ya. Pero él tiene diez que se mantienen cerca de él. Tres ex-sellos, dos ex-Rangers del ejército, un ex-policía, y cuatro chicos que tienen archivos negros. Lo que significa que todo lo que hagan o no, son secretos o tal vez delincuentes. —Me acordé de lo que el agente del FBI Bradford había dicho sobre la Olaf. Que había un archivo en negro.

—¿No es esto demasiado comando raidish para un cazador de olla?

Olaf ha seguido como si yo no hubiera dicho nada. Bernardo empezó a mostrarme el contenido de un bolso grande de piel al mismo tiempo. Mientras escuchaba a Olaf y observaba a Bernardo.

—Riker tiene conexiones en América del Sur que le proporcionan el contrabando. Las sospechas son que están trayendo más que armas. Tal vez drogas. Los locales no tienen idea del gran mal tipo que ha llegado hasta aquí.

—¿Cuándo se ha encontrado todo esto?

—Después de que llegó a la casa —dijo Edward.

—¿Cómo encontraron todo esto? —pregunté.

—Si te digo, tendríamos que matarte —dijo Olaf.

Comencé a sonreír, pensando que era una broma, pero alcancé a ver su rostro con las luces del único coche que había visto pasar. No parecía que estaba bromeando. Bernardo dijo:

—Esto se parece a una lata de spray para el cabello. Incluso puede salir a chorro una pequeña cantidad de aerosol. —Él demostró—. Pero levanta aquí. —Lo hizo y puso de manifiesto una segunda capa de metal—. Este es el pin. Este es el depresor. Es una granada incendiaria. Tú alas el pin, sale arriba el depresor, y tú tiene tres segundos para obtener un mínimo de quince metros de distancia. Tiene fósforo blanco en él. Esta mierda se quema bajo el agua. Si te cae una pequeña cantidad en la manga, te va a comer a través de la tela, piel, huesos, todo el camino hasta el otro lado. —Hizo clic en el compartimiento secreto de un golpe y me lo entregó.

—Demasiado pesada para ser un spray de cabello —dije.

—Sí, pero ¿cuántos ex-marinos te vas a notar?

Tenía un punto. Luego había una pequeña cosa para refrescar el aliento

que era realmente pesada. Un llavero que cuando se pulsa el botón, una hoja de cuatro pulgadas salía. Había una pesada pluma de tinta que realmente escribía, que si se presionaba un poco el interruptor, una hoja de seis pulgadas salía al final. Un perfume real con un contenido de alcohol superior a lo normal.

—Ataca sus ojos —fue su consejo. Un encendedor desechable, porque nunca se sabe cuándo se puede necesitar un poco de fuego, y un paquete de cigarrillos para explicar el encendedor. Había un transmisor en el cuello de la camisa negra que les permitiría encontrarme dentro de los edificios o al menos encontrar la camisa. Estaba empezando a sentirme como si fuera Shanghaied en una película de James Bond. Me sacó un cepillo para el cabello con un peso superior a lo normal para manejarlo.

—¿Qué es esto?

—Es un cepillo para el cabello —dijo Bernardo.

Oh. Miré a Edward. Lo único que había cambiado era que se puso un chaleco antibala blanco bajo su camiseta blanca. Incluso estaba todavía con su sombrero de vaquero. Olaf y Bernardo estaban vestidos de negro, y las mochilas parecían repletas. Estaban cargadas de armas, oscuras para que no se vieran en la noche, pero no ocultas.

—Puedo entender que los chicos de aquí no van a la puerta principal con nosotros —dije.

—No —dijo Edward. Él pisó el freno, y Olaf y Bernardo salieran del coche y en la oscuridad. Porque sabía lo que estaban buscando, yo podía verlos en cuclillas corriendo por la colina. Pero si no estuviera buscando, no los vería.

—Me estás asustando, Edward. Yo no soy como una excursionista de comandos, chica tipo James Bond. ¿Dónde demonios has sacado una granada de laca para el cabello?

—Muchos de los servicios secretos femeninos los usan ahora. Es un prototipo.

—Es bueno saber dónde se va mi dinero de los impuestos.

Íbamos por un largo camino de grava. Había una gran casa asentada sobre una colina. Luces brillaban por las ventanas como si alguien hubiera prendido todos los artefactos y la luz, como si tuviera miedo de la oscuridad. Si Riker realmente pensaba que los monstruos se acercaban, la analogía sería exacta.

Edward esbozó su plan, tal como íbamos los últimos metros. Yo iba a

pretender hacer un hechizo de protección para Riker. Mientras lo retrasaba, Olaf y Bernardo tratarían de encontrar a los niños. Si no podían encontrarlos o no podían sacarlos, Olaf debía encontrar a un hombre y matarlo tan desordenadamente como fuera posible en un corto espacio de tiempo, dejar el cuerpo donde pudieran encontrarlo, y esperábamos hacer creer a Riker que los monstruos ya estaban en el interior. Puede que nos lleve hasta el punto de conseguir mi asesoramiento de experto para matar a los monstruos que se habían encontrado, quién los puso y quien estuvo con nosotros, esperamos con Riker, cerca de donde Olaf y Bernardo podrían ayudarnos a matarlos. Si esto fallaba, Bernardo comenzará destruyendo las cosas. Lo que crearía pánico y esperemos que nos permitiera encontrar a los niños. A menos que Bernardo decidiera que la estructura no era suficientemente fuerte para volar y no ceder en nuestro alrededor. Entonces, necesitaríamos otro plan.

Edward detuvo el coche en un camino de grava cerca de la cresta de la colina. Hombres armados con ametralladoras automáticas se dirigieran hacia el coche. Ninguno de ellos era Harold Russell. Se movían como Olaf y Edward, como depredadores.

—No crees que van a devolver a los niños, ¿verdad?

—¿Y tú? —preguntó. Había puesto sus manos sobre el volante, a las diez y dos, a simple vista. Levanté mis manos en el aire, donde las podrían ver.

—No —dije.

—Si los niños están bien, vamos a hacer lo posible de matar menos, pero si los niños no están bien, será cero sobrevivientes.

—La policía va a averiguar acerca de esto, Edward. Será un golpe de todo al infierno a tú imagen del buen chico Ted Forrester.

—Si los niños no salen fuera, me importa un bledo.

—¿Cómo saben Olaf y Bernardo si deben matar o no?

—Hay un hilo trabajado en mi chaleco. Tiene dos piezas de oído, de modo que serán capaces de oírnos.

—Vas a decirle cuando matar —dije.

—Si tengo que hacerlo… —Los hombres que portaban ametralladoras estaban en ambos lados del coche. Ellos nos invitaron a salir. Hicimos lo que querían, asegurándonos de mantener las manos a la vista. No queríamos ningún malentendido.



CINCUENTA Y CINCO

El chico de la pistola automática a mi lado no era muy alto, cinco pies o quizás más pequeño, pero sus brazos eran cordones con más músculo que venas sobresaliendo contra su piel como serpientes. Las venas de algunas personas salían si lo levantaban incluso un poco, pero muchas veces no conseguías que aparecieran sin algún esfuerzo mayor. Era como si él estuviera intentando completar la falta de peso con ser obscenamente fuerte. Muchos chicos envueltos en músculos son lentos y raramente saben cómo luchar. Pero este se movía suavemente, casi con alas en sus pies, a un lado, lo cual insinuaba algún entrenamiento de arte marcial. Él se movía bien, y sus bíceps eran más grandes que mi cuello. Él también me estaba apuntando con una pistola que parecía semi-automática muy moderna. Los músculos salieron, adiestrados para la lucha, y mejor armado que yo, ¿no había reglas contra eso?

—Apóyate en el capó, asume la posición —dijo él. Puse mis manos

sobre el capó y me incliné. El motor aún estaba cálido, no caliente, pero cálido. El hombre musculoso pateo mis piernas.

—Apártalas más. —Hice lo que él pidió. Miré a través del capó y encontré los ojos de Edward.

Él estaba consiguiendo el mismo trato en su lado por un hombre más alto y delgado que llevaba unas gafas plateadas. Los ojos de Edward estaban en su más despiadado vacío. Pero de algún modo yo sabía que él no estaba contento. Cuando le di cuenta de eso, me di cuenta que aún tenía las gafas de sol puestas, y mi visión aún era bastante buena a través de los oscuros cristales de noche. Gracioso, como ni Olaf ni Bernardo habían preguntado en el coche. No había tiempo para muchas preguntas.

La visión de vampiro se acabaría, pero aún estaba allí o yo habría estado ciega en la noche con las gafas puestas. Me preguntaba lo que el Hombre Musculoso cree de mis ojos. Él pateó mi pierna derecha otra vez, bastante fuerte para doler.

—¡Dije, hacia atrás!

Tenía esa voz de sargento de instrucción.

—Si me echo más hacia atrás, estaré tumbada.

Le sentí moverse detrás de mí y tenía mi cabeza girada a un lado cuando él me golpeó en la parte de atrás de la cabeza, bastante fuerte que mi mejilla golpeó el capó. Habría dolido si hubiera sido la frente, nariz o la boca. Él había querido que doliera.

—Haz lo que te he dicho, y no te haré daño. —Yo estaba comenzando a no creerle, pero me incliné, con la mejilla presionada en el capó, los brazos hacia fuera como si estuviera clavada, los pies extendidos tan lejos que un buen paso de barrido me tiraría al suelo. Pero era limpio e inseguro, de la manera que él lo quería aparentemente. De una manera era halagador. Él me estaba tratando como una persona peligrosa. Muchos chicos malos no lo hacen. Normalmente, ellos viven para arrepentirse, pero no siempre. Si el hombre musculoso moría esta noche, no iba a ser por falta de cuidado.

Me cacheó, a fondo, incluso recorriendo sus dedos a través de mi pelo. Él había encontrado la horquilla de aguja de Bernardo que los otros habían perdido en la casa. Él cogió las gafas de sol y las miró como si buscara cosas que nunca habría pensado en encontrar en un par de gafas de sol. Él realmente no miró mi cara, no cogió los ojos, o quizás ellos no estaban grillando más en negrura. El hombre musculoso encontró todo excepto el transmisor que estaba cosido en algún lugar en la camisa y los contenidos

del bolso. Él lo tiró al suelo y echó un vistazo sobre cada artículo. Él se aseguró de que el bolígrafo de tinta escribiera, que la horquilla se pulverizaba, y tomó el ambientador como si lo reconociera a la vista. Pero eso fue todo lo que sacó del bolso, aunque una vez estuvo vacío, él lo amasó con su mano izquierda, la derecha aún agarraba la pistola semi-automática.

—Esto no es uno de esos compartimento para una pistola, ¿verdad?

Levanté mi cabeza lo suficiente para mirarle vaciar el bolso, así que nosotros pudimos mirarnos mutuamente mientras él ponía la pistola sobre mí y miraba hacia las cosas.

—No, no lo es.

—Apuesto a que lo es —dijo él.

—No —dije yo.

Él acabó por quedarse sobre el bolso y pisarlo fuertemente. Me alegra que realmente no fuera mi bolso.

—Creo que no hay pistola —dijo él.

—Dilo ya.

Retrocedió tres grandes pasos, fuera del alcance. Me estaba tratando como si fuera peligrosa. Que le zurzan. Yo algunas veces contaba para pasar por inofensiva, pero creo que estaba empaquetando demasiado armamento para pasar por algo que no fuera peligrosa.

—Puedes ponerte de pie.

Me puse de pie.

Él me tiró las gafas de sol. Yo las cogí. Mis ojos estaban a la luz de la casa ahora, pero él nunca se estremeció. Aparentemente, la cosa brillante se había ido. Él se movió con la pistola hacia mí para levantar los contenidos del bolso. Puse todo de vuelta dentro. Dos razones: una, cuando la noche fuera demasiado oscura para llevarlas, sabría que la cosa vampiro me había dejado completamente; dos, conociendo a Edward, probablemente serían caros, y no quería conseguir rayarlas.

Él se movió con la pistola, y dijo:

—Camina despacio, directo a la casa, y todo estará bien.

—¿Por qué no te creo? —Pregunté. Él me miró con ojos tan muertos y vacíos como los de una muñeca.

—No me gustan las bocas inteligentes.

—Tendrás que esperar hasta que haga el hechizo antes de que puedas dispararme —dije.

—Eso me dijeron ellos. Sigue moviéndote.

El tipo delgado con gafas que había apuntado con la pistola a Edward estaba esperando al hombre musculoso para hacerme mover. Cuando comencé a caminar, movió a Edward hacia delante. Ellos nos mantuvieron caminando lado a lado, diciéndonos que siguiéramos juntos. Ellos nos seguían juntos por si ellos tenían que empezar a disparar así podrían matarnos a ambos con una ráfaga de balas. Verdaderos profesionales. Esperaba que Olaf y Bernardo fueran tan buenos como se suponía que debían ser. Si no lo eran, estábamos en graves problemas.

La casa era uno de esas con arquitectura nueva que la gente con más dinero saboreaba. Parecía como un gigante que había tirado un blanco concreto en una forma libre deslizada poniendo ventanas y puertas aquí y allí acrecentadas como en una galleta de harina de avena. Una bonita sorpresa, pero nunca donde tú esperas encontrarlas. Las ventanas sin iluminar hacían que la casa pareciera deformada. La puerta estaba fuera del centro pero redonda, como una boca abierta ampliamente. Las ventanas no eran las únicas redondas y sin iluminar, pero el número de ventanas estaban en las blancas paredes donde ninguna habitación podía ser posible.

Los blancos escalones subían hacia la puerta redonda como una de esas lenguas de dibujos animados que se extendían fuera de la boca e iba cayendo escaleras abajo. Los escalones no eran lo suficientemente anchos para que nosotros camináramos uno al lado del otro, así que Edward se movió un par de pasos hacia delante. Ninguno de los hombres detrás de nosotros protestaron, así que seguimos moviéndonos.

Eso había sido demasiado largo desde que llevaba un bolso en lugar de una riñonera, se sentía torpe en mi hombro. Tuve que mantener una mano encima de él para evitar que se balanceara. Me lo había puesto en mi hombro derecho, dejando mi mano izquierda libre. No es que hubiera dejado algo tirado o lo que fuera. Pero eso siempre era bueno para tener tu mano fuerte vacía, solo por si acaso. Así que Edward y Dolph siempre me lo decían. Encima del porche en un destello de luz amarilla extendida, ellos nos dijeron que parásemos. Nosotros paramos. Ellos se movieron para flanquearnos y retrocedieron un poco a cada lado. Yo no comprendí lo que ellos estaban haciendo al principio, hasta que la puerta se abrió y otro hombre nos apuntaba con el mismo tipo de semi-automática. Hombre musculoso y Gafas se apartaron de su línea de fuego y se movieron para que ellos nos tuvieran en la mira. No es fácil usar las pistolas semi-

automáticas en ese pequeño espacio sin cruzarte con tus propios hombres, pero ellos lo hacían parecer fácil, muy sutil. El otro hombre había llevado un cargador extra para las pistolas semi en una tensa funda, pero este tenía dos cargadores en su cintura.

El hombre de la puerta era afro americano y alto, de la altura de Olaf, seis pies muy sobrados. Él estaba casi completamente calvo como Olaf. Si ellos se conocieran, parecerían como dos versiones de luz y oscuridad de cada uno.

—¿Qué les ha llevado tanto tiempo? —preguntó; su voz hacía juego con el cuerpo, profunda.

—Llevaban muchas cosas —dijo Hombre Musculoso. El tipo nuevo me estaba sonriendo.

—Por la manera en que Russell habló esperaba que te parecieras a Amanda. Solo eres una pequeña puta.

—¿Amanda la Amazona que vino a la casa de Ted? —pregunté.

Asintió. Me encogí de hombros.

—No creas mucho de lo que dijo Russell.

—Dijo que le rompiste la nariz, le diste una patada en las pelotas, y le golpeaste la cabeza con un trozo de madera.

—Todo cierto excepto la última parte. Si le hubiera golpeada en la cabeza, él estaría muerto.

—¿Cuál es el retraso, Simón? —preguntó Hombre Musculoso.

—Deuce está teniendo problemas en localizar la varita.

—Deuce tendría problemas en mantener el rastro de su cabeza si no estuviera sujeta —dijo Hombre Musculoso.

—Cierto, pero aún esperamos. —Nos estaba mirando a ambos, la pistola agarrada fácilmente en sus grandes manos—. ¿Qué pasa con las gafas de sol, puta? —Dejé la mala palabra irse. Todos ellos tenían las pistolas.

—Parecen geniales —dije.

Entonces rió, un gruñido, sonaba cálido. Una bonita risa si él no hubiera estado armado.

—¿Qué te pasa, Ted? He oído que eres una mala duda. —Edward se transformó en Ted, como una decisión mágica que él iba a tener que representar después de todo.

—Soy un caza recompensas. Mato monstruos. —Simón le miró, y hubo algo en la manera en que lo hizo que dijo que la actuación de Ted no iba a

engañarle.

—Van Cleef reconoció tu foto, Director de pompas fúnebres. —¿Director de pompas fúnebres? Ted sonrió y sacudió su cabeza.

—No conozco a nadie llamado Van Cleef. —Simón solo miró a Gafas. Edward tuvo tiempo para girar su cabeza para tener una visión sobre su hombro. Él se movió un paso, pero no caería. Simon dio otra mirada. Gafas golpeó su rodilla, y Edward cayó.

—Nosotros sólo necesitamos a la chica arriba y corriendo —dijo Simón —. Así que te diré esto sólo una vez, ¿conoces a Van Cleef? —Yo estaba allí de pie, no estaba segura de lo que hacer.

Nosotros estábamos casi totalmente cubiertos por pistolas, y la prioridad que tenía es conseguir sacar a los niños. Así que nada de héroes hasta que estuvieran a salvo. Si ellos morían, yo no estaba cien por cien segura de que Olaf y Bernardo arriesgaran sus vidas para sacarlos. Así que me quedé de pie y miré a Edward arrodillado en el porche, esperando a que él me diera algún tipo de señal para lo que se suponía tenía que hacer. Edward miró a Simon.

—Sí.

—¿Sí, qué, gilipollas?

—Sí, conozco a Van Cleef. —Simón sonrió ampliamente, obviamente feliz consigo mismo.

—Chicos, este es el director de pompas fúnebres, el hombre que aún tiene la cuenta más grande de cuerpos de alguien entrenado por Van Cleef. —Sentí, más que lo que vi, a los dos hombres moverse. La información no sólo tenía sentido para ellos, sino que les asustó. Les hizo tener miedo de Edward. ¿Quién demonios era Van Cleef, y cuando había entrenado a Edward, y para qué? Quería saber las respuestas, pero no tenía valor para preguntar. Después, si sobrevivíamos, le preguntaría a Edward. Quizás él incluso me lo contara.

—No te conozco —dijo Edward.

—Vine justo después de que te fueras —dijo Simón.

—¿Simón? —Edward hizo del nombre una pregunta, y el hombre grande pareció comprender lo que estaba preguntando.

—Como en lo que fuera que el jodido Simon dice, tú mejor que lo hagas. —Que colorido, pensé, pero no lo dije en voz alta.

—¿Puedo levantarme ahora? —preguntó Edward.

—Si puedes ponerte de pie, entonces ayúdate tú mismo.

Edward se puso de pie. Si dolía, no lo mostró. Su cara estaba vacía, sus ojos como trozos de hielo azul pálido. Le había visto matar con esa cara. La sonrisa de Simon flaqueó alrededor de los bordes.

—Se suponía que eras el único hijo de puta.

—Van Cleef nunca dijo que lo fuera.

Sonaba muy seguro de eso. La sonrisa de Simon desapareció completamente.

—No, no lo hizo. Dijo que eras peligroso.

—¿Qué podría decir Van Cleef sobre ti? —preguntó Edward.

Ellos se miraron mutuamente, y hubo un peso y un examen como algo envuelto visible en el aire entre ellos. El nervioso Hombre Músculo rompió primero.

—¿Dónde infiernos está Deuce con la varita?

Simon parpadeó, y cambió sus ojos muy fríos hacia el hombre detrás de mí.

—Cállate, Mickey. —¿Mickey? Eso no tuvo bastante timbrazo para hacer los otros apodos. Por supuesto, Simon no había sonado demasiado duro hasta que fue explicado.

—Van Cleef no reconoció tu foto.

—No hay razón para que lo hiciera —dijo Edward.

—Los periódicos la llaman la Ejecutora.

—Así es como la llaman los vampiros.

—¿Por qué la llaman así?

—¿Por qué crees?

Simón me miró.

—¿Cuántos vampiros has conseguido matar, puta? —Si tenía una oportunidad esta noche, iba a enseñarle a Simon algunas maneras, pero no ahora mismo.

—No lo sé exactamente.

—Adivina.

Pensé en ello.

—Dejé de mantener la cuenta alrededor de los treinta.

Simón rió.

—Infiernos, cada hombre en este porche tiene más asesinatos que eso. —¿Más asesinatos que treinta? ¿Quién demonios eran estos tipos? Me encogí de hombros.

—No sabía que esto era una competición.

—¿Cuentas los asesinatos humanos? —preguntó Edward.

Sacudí mi cabeza.

—Él ha preguntado por los asesinatos de vampiros, no humanos.

—Añade esos —dijo él. Eso era difícil.

—Once, doce quizás.

—Cuarenta y tres —dijo Simon—, conseguiste golpear a Mickey, pero no a Rooster. —Aparentemente, Rooster era Gafas.

—Añade los cambiaformas —dijo Edward. Eso se había vuelto una competición. No estaba realmente segura de si quería parecer tan peligrosa como realmente era, pero confiaba en el juicio de Edward.

—Oh, infiernos, Edward, no lo sé. —Comencé a contar en mi cabeza. Finalmente, dije—: Siete.

—Así que cincuenta —dijo él.

Solo oírlo en voz alta me hizo querer encogerme. Sonaba a Sicópatas.

—He conseguido golpearte, puta —dijo Simón.

Él estaba comenzando a ponerme de los nervios.

—Los cincuenta sólo cuenta a la gente que lo hice personalmente con un arma.

—¿Quieres decir que no cuentas a los que mataste con las manos desnudas? —Sonrió cuando lo dijo, como si no lo creyera.

—No, conté esos.

La sonrisa fue positivamente condescendiente.

—Entonces que no contaste, pequeña puta.

—Brujas, nigromantes, cosas así.

—¿Por qué no les contaste? —Esto fue de Mickey.

Me encogí de hombros.

—Porque usar magia para matarlos es automáticamente una sentencia de muerte —dijo Edward.

Fruncí el ceño.

—Nunca dije algo sobre la magia.

—No somos amigos —dijo Simón—, pero puedes ser honesta esta noche, puta. No se lo diremos a los polis. ¿Verdad chicos? —Rió y ellos rieron con él, con ese mismo tipo de regocijo nervioso que los vampiros habían tenido de Itzpapalotl, como si tuvieran miedo de no reír. Me encogí de hombros.

—Muchos de los cincuenta estaban sancionados a morir. Los polis ya los conocían.

—¿Has estado en un juicio? —Esto fue del hasta ahora silencioso Rooster.

—No.

—Cincuenta asesinatos legales —dijo Simón.

—Más o menos —dije.

Simon miró a Edward. Ellos tuvieron otro de esas miradas de peso contestando.

—¿Le gustaría a Van Cleef?

—Sí, pero a ella no le gustaría.

—¿Por qué no?

—Ella no sigue las órdenes, y escucha a la gente sólo porque tienes una lista extra sobre sus hombros.

—Sin disciplina —dijo Simón.

—Está disciplinada. Sólo que tiene más categoría para hacerla que te escuche.

—Ella te escucha —dijo Simón—. Ella no quiere hablar sobre sus asesinatos, pero sigue tu conducta. —Diciendo eso quería decir que Simon era muy observador, demasiado observador para consolarme actualmente. Le había subestimado. Estúpida de mí. No, no era estúpida, descuidada.

Otro hombre llegó con una pistola idéntica en su mano. Él sólo era seis tímidos pies de alto, pero parecía más bajito, delicado de alguna forma. El pelo era marrón oscuro, corto y rizado. La cara era bonita como la de una niña. Su piel estaba tan curtida que no es realmente oscura del todo. Él tenía un conjunto de auriculares alrededor de su cuello, con cables conectados a una caja de metal y una pequeña varita… plana sujeta con un cordón a la caja. Tenía que ser Deuce y la varita. No supe lo que era, pero Edward estaba muy tranquilo. Él sabía lo que era, y no le gustaba. No tenía buena pinta.

—¿Dónde coño has estado? —dijo Mickey.

—Mickey —dijo Simón, y dijo «Mickey» de la manera que Edward podía decir «Olaf» y conseguir una obediencia perfecta. No hubo más comentarios de los que jugaban de apoyo. Simon miró a Deuce—. Hazlo. —Deuce se puse el auricular, golpeó el canal y algunos botones en la caja, y la luz se encendió en la caja. Él consiguió una distracción hacia dentro mirando a su cara como si él estuviera escuchando las cosas que nosotros no podíamos oír. Comenzó por el sobrero de Edward y bajó, dudando en el área del pecho, entonces continuó el barrido. Se arrodilló en el suelo al lado

de Edward y ondeó la varita hacia arriba por la parte de atrás de Edward. Fue cuidadoso de quedarse fuera de la línea de fuego de los tres tipos. Su propia pistola estaba en una funda que él alejó detrás de su espalda, manteniéndola fuera del camino con un codo bien situado cuando se movía. Se puso de pie, quitándose el auricular, y desenchufándolos de la caja.

—Escucha esto.

Agitó la varita sobre el pecho de Edward. Sonó frenéticamente.

—Quítate la camisa —dijo Simon.

Edward no discutió, se desabrochó la camisa y se la entregó a Deuce, que agitaba la varita sobre ella. La cosa se quedó en silencio. Deuce agitó la varita sobre el pecho de Edward de nuevo, y la varita sonó. Corrió la vara encima de la camisa en la mano, sin ruido. Deuce sacudió la cabeza.

—La camiseta —dijo Simón.

Edward tuvo que quitarse el sombrero. Me lo dio a mí, entonces se levantó la camiseta sobre su cabeza. El Kevlar parecía muy artificial y blanco. Le entregó la camiseta a Deuce, y fuimos a través de la misma rutina de nuevo.

—Toma el chaleco —dijo Simón.

—Dime una cosa en primer lugar —preguntó Edward—. ¿Los niños están bien?

—¿Por qué carajo te importan los niños, perro? —Edward se limitó a mirarlo, pero había algo en aquella mirada que hizo que Simón diera un paso atrás. Se dio cuenta de lo que había hecho y dio otro paso atrás, apuntando el arma muy sólida en el pecho de Edward.

—Quítate el maldito chaleco.

—Es demasiado caliente de todos modos —dijo Edward. Me pareció una cosa extraña que haya dicho eso Edward que es un hombre de pocas palabras, pero había que conocer a Edward para saber que era extraño. Tuve la sensación de que Edward acababa de poner la voz de cero sobrevivientes. Se soltó el velcro, la puso sobre su cabeza y se la entregó a Deuce.

Edward se quedó desnudo de la cintura para arriba. Parecía frágil, al lado del Mickey El musculoso o Simon El muy alto, pero lo que vieron en él lo que vi en él, porque sin armas y semidesnudos todavía estaban asustados de él. Fue allí, en la forma en que Simón reaccionó. La forma en que los demás, excepto Deuce mantuvieron su distancia. Deuce no parecía estar trabajando con los mismos instintos que el resto, aunque nunca una

vez se cruzó en la línea de fuego. Edward extendió la mano, o se puso de rodillas debajo de la línea directa de fuego. Ninguno de ellos estaba descuidado. No fue una buena señal. Corrió la varita sobre el chaleco. Cuando sonó la varita mágica, se la entregó a Simón. Luego se corrió la varita sobre el pecho desnudo de Edward. Silencio. Bien, porque creo que Simon habría dicho, «piel», con la misma voz que había dicho, camisa, camiseta, chaleco. El hecho de que Edward se ponía nervioso, no significa que no daba miedo a todos los suyos.

—Un chaleco blindado, eso es bueno —dijo Simón—. La mayoría de las personas, incluso si tienen que disparar, no usan armadura.

Edward se limitó a mirarlo.

—Siguiente.

Pato Deuce caminaba delante de nosotros. Sólo en caso de que alguien empezara a disparar, estaba a salvo. Todavía a nadie le habían dado un tiro. Por supuesto, la noche era joven. Se puso de pie al lado de mí. No se molestó en ponerse los auriculares, basta con que la varita corriera sobre mí. Pitó.

—Suelta el sombrero y colócate de espaldas a él, por favor. ¯«Por favor» refrescante después de escuchar que me llamaban perra una docena de veces.

—De acuerdo —dije y le entregue el sombrero de Edward de nuevo a él. Deuce levantaba la vista cuando hablaba, como si él no estaba acostumbrado a la cortesía con los demás, bien. La varita pasó por encima de mí, y sonó a nivel del pecho.

—Quítate la camisa, perra —dijo Simón.

Me estaba quitando la camisa y empecé a desabrochármela.

—Mi nombre es Anita, no puta.

—Me importa un carajo —dijo.

Muy bien, yo había intentado ser amable. Le entregué la camiseta a Deuce y su varita mágica. Que sonó, pero cuando corría detrás de mí, nada. Dejó la caja suavemente en el suelo, la varita en la parte superior de la misma, y empezó a buscar en la camisa. En menos de un minuto había encontrado un pequeño cable con un cocido ligeramente más grueso en el cuello de la camisa.

—Parece un transmisor, tal vez un faro de recalada. —Simón tiró el chaleco a Deuce—. Ábrela, quiero saber lo que hay dentro.

Deuce sacó un cuchillo de su bolsillo trasero, hizo un movimiento de

muñeca y extendió rápidamente la hoja de la navaja. Acercó el chaleco en primer lugar, con los ojos cerrados, luego empezó a cortar. Fue un largo cable, con una pequeña caja adjunta.

—Es un receptor. Alguien está oyendo todo lo que decimos.

—Destrúyelo.

Deuce lo aplasto con el talón, nos sonrió como si se hubiera hecho una cosa buena. Deuce estaba a unos pocos pasos. Es curioso cómo muchas personas se parecían a Edward.

—¿Quién está ahí fuera, Pompas Fúnebre? —preguntó Simón. Edward se había puesto el sombrero. Parecía divertido sin la camiseta, pero parecía muy a gusto. Si estaba nervioso, no lo podía notar—. Quería hacer esto, de una forma más agradable, entonces ahora no lo será. —Parecía cuadrado de hombros, como si él estuviera a punto de dar una paliza—. ¿Quién está en el otro extremo de este cable? ¿Quién está ahí? —Edward sacudió la cabeza. Simon asintió.

Gafas le golpeó en la espalda, y debe haber sido duro, ya que lo puso de rodillas. Algo en la culata de la pistola le rompió la piel en dos pequeñas incisiones. Se quedó en cuatro patas por unos segundos, como si lo hubiera aturdido, luego se levantó, cobre sus pies y se enfrentó a Simón.

—Responde a la pregunta, Pompas Fúnebres.

Edward sacudió la cabeza, de nuevo. Estaba listo para el próximo golpe. Se tambaleó, pero él no cayó. Los cortes no eran nada, pero mostró cuánta fuerza estaba utilizando. Él iba a ser golpeado con todo el infierno.

—Tal vez ella sabe —dijo Mickey.

—No sé quiénes son —dije, y la mentira cayó sin problemas en mi lengua—. Edward dijo que necesitábamos respaldo. Encontró algunos.

—¿Entraste en una situación como esta con gente desconocida cuidándote la espalda? No pareces tan estúpida —dijo Simón.

—Edward los garantiza —dije.

—¿Y confías en él?

Asentí.

—¿Le confías tu vida?

—Sí —dije.

Simón me miró, luego de regreso a Edward.

Edward parpadeó, y yo sabía que era él tratando de ganar tiempo para pensar qué respuesta sería la menos dolorosa.

—No.

—No estoy seguro de que te crea, a ninguno de los dos, pero si empezamos a golpear a la perra, y la dañamos mucho para hacer el hechizo, Riker se pondrá molesto.

—¿Por qué no le han pedido al refuerzo que entre? —dijo Deuce. Con lo que todo el mundo se congeló, y luego miró, Simón dijo—: ¿Qué dijiste?

—Si nos oye, ¿por qué no le han dicho que vengan, manos arriba, ese tipo de cosas?

Simón asintió y se volvió a mirar a Edward.

—Diles que vengan a la casa. Las manos donde pueda verlas.

—No van a venir —dijo Edward.

—Van a venir o le vuelo la cabeza a la puta. —Simón puso el arma corta al hombro, y puso el cañón sobre la frente de Edward—. Diles que entren en la casa. Manos arriba. Sin armas.

Es curioso cómo Simón nunca había pensado que podría ser policía de allí, como si él no creía que el empresario de pompas fúnebres traería a la policía a la fiesta. Edward se quedó mirando el cañón de esa arma, miró más allá de ella, a los ojos de Simón, y la mirada era su aspecto habitual. Sus ojos eran fríos y vacíos como los cielos de invierno. No había miedo. No había nada. Era como si no estuviera allí.

Edward puede haber estado tranquilo, pero yo no. Ya había visto suficiente a los hombres malos saben que Simón va en serio. Más que eso, él quería hacerlo. Se sentiría más seguro si Edward estuviera muerto. Yo estaba fuera de las ideas, pero yo no podía estar aquí y ver qué sucede.

—Diles, Pompas Fúnebres, o le vuelo la cabeza.

—Incluso si se les dijera, no vendrían.

Simón presionó el cañón, de modo que Edward tenía sus pies para prepararse contra él para evitar ser empujado hacia atrás.

Es mejor que vengan. No necesitamos que tú vivas, sólo ella.

—Lo necesito vivo —dije.

Los ojos de Simón se giraron a mí, entonces se recostó sobre Edward.

—Puta mentira.

—¿Eres una bruja, Simón? —pregunté, aunque sabía la respuesta. Me miraron como si hubiera sido un médico.

—¿Qué carajo tiene que ver?

—Entonces no sabes qué tengo que hacer para el hechizo, ¿no? Tu jefe estaría molesto si volaran a alguien que necesitaba para mantenerlo a salvo de los monstruos.

—¿Por qué lo necesitas? —preguntó Deuce.

Me aguanté y traté de pensar, nada bueno se avecinaba. Traté con la verdad. Cuando estoy fuera de otras opciones, aún funcionaba.

—Riker dijo que no haría daño a los niños. Dijo que no nos haría daño. Dijo que sólo quería que le salvara del monstruo. Si golpeas el cerebro de Ted y lo mandas al condado vecino, entonces no sería capaz de creer en ninguna de las promesas de este Riker. Segundo creo que Riker va a matar a los niños y a nosotros una vez que haga el trabajo, entonces no tengo ningún incentivo para ayudarlos. —Los ojos de Simón giraron a mí otra vez.

—Podemos darte incentivos.

No vi la inclinación de cabeza, pero sentí a Mickey moviéndose detrás de mí. Nunca he sido buena en tomar un golpe. Me trasladé sin pensar y se perdió mi hombro, pero yo tenía razón. Él sabía cómo luchar. Yo estaba volviéndome hacia él para hacer lo que, no estoy segura, cuando la culata de la pistola me agarró en la barbilla. Creo que lo hice enojar por eludirlo, porque me pegó duro.

Lo siguiente que supe es que estaba en el suelo, mirando hacia arriba. Deuce estaba arrodillado a mi lado, acariciando mi cara. Tuve la impresión de que había estado acariciándome por algún tiempo, como si me hubiera desmayado. No me acordaba de pasar hacia fuera. Las gafas de sol ya no estaban. Yo no sabía si Deuce me las quitó, o si volaron de la cabeza cuando me golpeó.

—Está despierta —dijo Deuce, con una especie de voz de ensueño. Me dio una suave sonrisa y siguió acariciando mi cara. Simón se arrodilló a mi lado, bloqueando la luz.

—¿Cuál es tu nombre?

—Anita, Anita Blake.

—¿Cuántos dedos?

Miré su mano moverse adelante y atrás, siguiéndolo con los ojos.

—Dos.

—¿Puedes sentarte?

Era una buena pregunta.

—Con ayuda, tal vez.

Deuce me pasó el brazo por la espalda y me levantó. Dejé una gran parte del peso, no porque fuera necesario, sino para que ellos pensaran que yo estaba más deteriorada, lo cual los podrían a pensar que yo era una

amenaza menor. Necesitamos algún tipo de margen.

Me apoyaba en el hombro de Deuce. Era algo sin melodía tarareando por lo bajo, su mano aún acariciaba mi rostro, acariciando mi piel, una y otra vez. Por fin pude ver todo. Edward estaba de rodillas con las manos entrelazadas en la parte superior de su sombrero vaquero. Gafas tenía una pistola apuntándole la cabeza. Edward no parecía herido. Más como que lo habían hecho para impedirle que hacer algo heroico. Mickey tenía un labio ensangrentado. No era cuidadosamente al contacto visual con nadie.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Simon.

—Con ayuda, sí.

—Deuce. —Deuce me ha ayudado a mis pies, y el mundo temblaba. Me aferraba a Deuce, las manos buscando el mundo han intentado deslizarse en mi oído. Tal vez yo no estaba fingiendo estar herida—. Mierda —dijo Simón—. ¿Puedes caminar si Deuce te ayuda? —Empecé a moverme, y eso me dio náuseas. Tenía que respirar a través de ella antes de que pudiera responderle.

—Creo que sí.

—Bien.

—Vamos. —Caminó hacia la casa, los ojos estaban mirando más allá de la oscuridad, aunque con todas las luces su visión nocturna es probablemente una mierda. Deuce caminó y me fui siguiéndolo. Edward tenía un alambre que colgaba de su cuello como un estetoscopio de médico. Edward fue el siguiente, con las manos todavía firmemente en la parte superior de la cabeza. Gafas, luego Mickey en la retaguardia. Se tambaleó con nosotros para que si alguien empezara a disparar, no había espacio para maniobrar. Simón comenzó a subir un tramo de escaleras. Miré el largo vuelo y éste pareció el mundo. Deuce llamó:

—Simon, no estoy seguro de que pueda subir las escaleras.

—Mickey. —El hombre en cuestión se trasladó hasta el pie de la escalera—. Llévala.

—No quiero que me toque —dije.

—No te pregunté —dijo Simón. Mickey dio su arma a Simon, entonces me tomó del brazo. Él me llevó demasiado rápido y de repente me vi en el aire en el hombro, la cabeza colgando hacia abajo. Yo no podía respirar. El mundo me daba vueltas, y yo iba a estar enferma.

—Voy a vomitar.

Él me dejó sin miramientos de nuevo a mis pies, y me caí. Fue Simón

que me sorprendió.

—¿Estás demasiado enferma como para hacer el hechizo?

Sabía que la respuesta a esa pregunta. Porque si Riker pensaba que no podía ayudarlo, nos iba a matar a todos.

—Yo puedo hacerlo si Mickey aquí no me cuelga encima de su hombro con la cabeza colgando hacia abajo. Tengo que permanecer de pie, o no me voy a poner mejor.

—Llévala en tus brazos, no sobre tus hombros —dijo Simón—. Todos los músculos tienen que ser buenos para algo.

Mickey me recogió en sus brazos como llevar a un niño pequeño. Se quedó allí como si no pesara nada. Era fuerte, pero realizar este tipo de movimiento es más difícil de lo que parece. Nos gustaría ver cómo lo hacía si hubiera más de un piso que subir. Aquí está la esperanza, no caerme. Puse mi brazo alrededor de los hombros. Tendría las manos unidas alrededor de su cuello para estar más segura, pero no pudo llegar a alrededor de su deltoides sin esfuerzo.

—¿Cuánto peso levantas?

—Tres noventa.

—Estoy impresionada —dije.

Se pavoneaba un poco. Mickey era peligroso, pero si puedo evitar que me ataque, era el más débil. Gafas siguió las órdenes muy bien. Deuce parecía inofensivo, pero había algo en esos ojos de ensueño que me asustaba un poco. Quizá me equivoque, pero me gustaría tratar más a Mickey antes de intentarlo con Deuce, por el engaño de todos modos. Luchar cuerpo a cuerpo me quedaría con Deuce. Mickey subió la escalera conmigo en sus brazos, sin esfuerzo. Podía sentir los músculos de las piernas empujando, trabajando. Una vez más, tuve la sensación de su inmenso potencial físico y rapidez.

—¿Qué quiere decir Mickey? —pregunté.

—Nada.

—Simón explicó su apodo, estoy queriendo saber qué significa el tuyo —respondió Deuce.

—Es por Mickey Mouse.

—Cállate, Deuce.

—Tiene un tatuaje de Mickey en el trasero —Deuce lo dijo como si Mickey no hubiera hablado.

La cara de Mickey estaba sombría, y se volvió para mirar al otro

hombre. Acabe luchando para mantener mi cara en blanco. ¿Qué clase de idiota quería tener a Mickey Mouse tatuado en su trasero? Pero no lo dije en voz alta, no con sus brazos envolviendo mi cuerpo. Si yo no hubiera tenido la marca, probablemente me hubiera matado con uno de los golpes. No, yo no quería a Mickey enojado conmigo.

Se detuvo un momento, y vino un segundo tramo de escaleras. Mickey ni siquiera dudó en el descansillo. Se fue para la siguiente serie de escaleras. Sus piernas se movían con la misma facilidad en el segundo set como en el primero. Nunca hizo una pausa para recuperar el aliento. De hecho, su respiración apenas estaba acelerada. Podría quejarme de cualquier cosa de Mickey, estar fuera de forma no era parte de ella. Yo se lo dije.

—¿Cuánto corres?

—Cinco millas, cada dos días. ¿Cómo lo sabes?

—Muchos de los esculturistas tienen problemas ahora. Ya que no hacen ejercicios aeróbicos, pero te mueves como una especie de máquina bien aceitada. Ni siquiera estás respirando con dificultad. —Había algo muy íntimo de ser llevado en brazos de alguien como este, un recordatorio de la infancia y los brazos de tus padres tal vez.

Las manos de Mickey estaban alrededor mío, la de mi muslo, comenzó a masajear la pierna. Yo no le dije que no. Mi experiencia me dice que si un hombre está interesado en tener sexo contigo, no se atreven a matarte antes que hayan tenido sexo. Esta regla no siempre es cierta, pero más a menudo. El truco es conseguir que el hombre piense más en sexo que en la violencia, así que es un poco confuso. Necesitábamos un poco de confusión entre nuestros enemigos ahora.

Estábamos en un pasillo blanco ancho que corría a lo largo de la parte superior de la casa. Había puertas de color blanco con botones de plata. Nada diferenciaba una de las puertas de la otra. Simón fue a la puerta más lejana, y Mickey lo siguió conmigo. Pude ver a Deuce ser el siguiente, y Edward sólo superando las últimas escaleras con Gafas detrás de él, caminando hacia atrás del brazo y de las piernas o, estos chicos eran buenos. Había llegado a donde he contado con los malos no están tan bien. Incluso si se tratara de vampiros y hombres lobo sería poco profesional.

Pero yo nunca había estado en torno a los malos profesionales que sean profesionales. También redujo las opciones de mal en peor. Simon abrió la puerta.

Estábamos aquí. Todavía estábamos vivos. La noche aún tenía posibilidades.



CINCUENTA Y SEIS

Mickey me sentó cerca de la mitad de una alfombra muy bonita. Él dejó un brazo alrededor de mi hombro, como si hubiera sido idea suya llevarme. Le di a su brazo un apretón antes de apartarme de él. No quería ser putilla, pero le quería dar esperanzas en caso de que fuera necesario. La habitación parecía como el estudio de un próspero académico. Había mapas antiguos enmarcando las paredes. Las estanterías alineadas casi en todo el espacio extra de la pared, muchos libros que parecían de buena lectura y bien usados. Había libros abiertos en el gran escritorio encima de cuero con marcadores en ellos y notas pegadas cubiertas de escrito, como si nosotros hubiéramos interrumpido alguna búsqueda.

Había hombre sentado detrás del escritorio. Era un hombre grande, alto y ancho. No gordo exactamente sino dirigido a ese camino. Se levantó de su silla con una sonrisa y caminó hacia nosotros, con la mano levantada. Se movió con confianza, paso fácil, como un ex atleta avanzando como la vida

normal. Su pelo oscuro estaba cortado muy corto y mayormente calvo en la parte superior. Sus manos eran grandes, y el nuevo peso mostraba en las manos donde un anillo universitario estaba comenzando a cortar en su carne. Él tenía callos en sus manos como si no tuviera miedo de hacer el trabajo real por sí mismo, pero los callos estaban perdiendo ese borde duro, suavizando, alisando de vuelta su piel. Probablemente él había hecho algún tipo de trabajo una vez, pero no más. Él agarró mi mano con las suyas, sus manos podían haberse tragado las mías.

—Me alegra que estés aquí, Sra. Blake —lo dijo como si hubiera sido invitada en lugar de chantajeada.

—Me alegra que uno de nosotros esté alegre por que esté aquí —dije.

La sonrisa se amplió, y me liberó la mano.

—Lamento nuestro pequeño teatro, Simon llamó y pensé que Mickey te había roto el cuello. Estoy tan feliz de que él exagerase.

—No por mucho, Sr. Riker.

—¿Te sientes lo bastante bien para hacer el hechizo? Podemos brindarte algo, dejarte descansar.

Me las arreglé para sonreír.

—Estoy agradecida de que sea tan civilizado, y un café estaría genial, pero ¿dónde están los niños?

Los ojos giraron hacia Edward. Él aún tenía sus manos agarradas en la parte de arriba de su sombrero, pero al menos ellos no le hicieron arrodillarse otra vez.

—Ah, sí, los niños.

No me gustó la manera en que lo dijo, como si fueran malas noticias.

—¿Dónde están? —preguntó Edward, y Rooster le golpeó en la espalda con la pistola otra vez. Eso le tambaleó, y tuvo que esperar para que se pasara antes de enderezarse. Sus manos nunca dejaron su cabeza, como si él supiera que ellos estaban buscando una excusa para hacerle daño otra vez.

—Nos prometiste que ellos no serían lastimados —dije.

—Llegas tarde —dijo Riker.

—No —dijo Edward.

—No lo hagas —dije, cuando Rooster levantó su mano para darle otro golpe. Él lo hizo de nuevo. Joder. Me giré hacia Riker.

—Cada cosa cruel que hagas ayuda a convencerme de que no tienes intención de que ninguno de nosotros salga vivo de aquí.

—Te aseguro, Sra. Blake, que tengo intención de dejarte ir.

—¿Y qué pasa con los otros?

Se encogió un poco de hombros, y caminó de regreso a su escritorio.

—Desafortunadamente, mis hombres creen que el Sr. Forrester es demasiado peligroso para permitirle vivir. Estoy de acuerdo con eso. —Él se sentó en su bonita silla giratoria, los codos sobre los brazos de la silla, espesos dedos de acero—. Pero él servirá para un propósito útil antes de morir. Si eres reacia, nosotros lo pagaremos con el Sr. Forrester. Desde que nosotros intentamos matarle de cualquier forma, podemos hacer lo que queramos, y realmente no importa. —Mi estómago estaba anudado fuertemente, mi pulso en mi garganta bastante fuerte que tuve que intentarlo dos veces para hablar.

—¿Qué pasa con los niños?

—¿Realmente te importan?

—Estoy preguntando, ¿verdad?

Alcanzó algo detrás del escritorio y lo presionó.

Las paredes traseras de la habitación se deslizaron a los lados, revelando bastante equipo para hacer orgullosa a la NASA. Había cuatro pantallas de TV negras, pero de alguna manera no creía que esta fuera el sistema de noticias de la TV Digital de Riker.

—¿Para qué demonios es todo esto? —pregunté.

—Realmente no es de tu incumbencia. He pedido hombres adicionales para que sean traídos. Cuando lleguen, entonces te mostraré a los niños.

—¿Por qué los hombres adicionales? —pregunté.

—Ya lo verás —dijo él.

Nosotros no estuvimos mucho tiempo esperando. Cuatro hombres vinieron a través de las puertas. Dos los reconocí: Harold de la cara de miedo y Newt quien casi le había hecho soprano. Harold tenía una escopeta, y Newt su gran chapada de níquel 45. Pero eran los dos hombres detrás de ellos los que eran el problema.

Uno era alto y plano nada excepto músculo y oscuro, piel pulida. Él no tenía el volumen de Mickey, pero no lo necesitaba. Entró en la habitación rodeado por una nube de su propio potencial violento. Dejó mi sentido de lagartija gritando, como si supiera que aquí había alguien a quien evitar. Él tenía la misma pistola que los otros profesionales llevaban, pero él había añadido el cuchillo. En sus antebrazos, la parte superior de sus brazos, ambas caderas, e incluso empuñaduras pegadas desde detrás de sus

hombros. Era muy primitivo de alguna manera y muy efectivo. Si él hubiera entrado a una celda, podrías haberte tirado de rodillas y rogar misericordia.

El otro era sólo de peso medio, el pelo castaño cortado muy corto, no demasiado oscuro, no demasiado claro, no demasiado nada. Tenía una cara que no recordarías dos segundo después de verle, porque no era lo bastante agradable o lo bastante feo para memorizarla. Era uno de las muchas personas irreconocibles que había visto, y aun cuando sus ojos marrones barrieron sobre mí, encontrando los míos durante un segundo, sentí una sacudida por todo el camino hacia mis pies. Un destello, y supe que de los dos hombres, cual te mataría más rápido.

Él tenía la misma pistola semi-automática que los otros, pero con ese par parecía como una 10 mil automática. No reconocí la marca. Mis manos no eran lo bastante grandes para una 10 mil como para no poner mucha atención.

—Simon, quiero dos hombres sobre nuestros invitados.

—Pon cuatro en él —dijo Simon.

—Me inclino por tu pericia.

Rooster hizo que Edward siguiera de rodillas. Simon hizo que Mickey fuera hacia Edward. Me pregunté si él no quería arriesgar al Hombre Musculoso para golpearme otra vez. Si ellos hubieran matado a Edward antes, ellos aún tendrían a los niños con los que chantajear.

Simon envió al hombre mediano hacia Edward, y Simon tomó un puesto con Edward. Ellos pensaban que él era un hombre muy peligroso, y tenían razón. Las náuseas habían ido cayendo, pero todos los preparativos me estaban poniendo de los nervios. Tenía miedo de lo que íbamos a ver. Si ellos no tenían miedo de mostrárnoslo, ellos no tendrían cuatro hombres sobre Edward. Yo estaba a la izquierda con Deuce y el tipo del cuchillo. Harold y Newt estaban cerca de la puerta. Harold parecía nervioso. Deuce tocó mi brazo, trazando el montón de cicatrices mi codo.

—¿Quién lo hizo?

—Vampiro. —Se levantó su camiseta, y su estómago era una masa de cicatrices blancas.

—Recorrido de mortero. —No estaba segura de lo que esperaba que dijera. Pero estuve salvada de la decisión porque el tipo del cuchillo agarró mi brazo y me giró para mirar a Riker. Él mantuvo su mano sobre mi brazo, y desde su mano completamente rodeando mi brazo superior, no iba a ser

fácil alejarse.

—Hora del espectáculo —dijo Riker. Él golpeó otro canal, y dos de los monitores parpadearon a la vida. Películas en negro y blanco de celdas. Al principio, todo lo que veía era la espalda de Russell en una habitación, y la espalda de la Amazona Amanda en la otra habitación. Luego mis ojos vieron piernas sobresaliendo alrededor de la mujer. Las piernas con pantalones y calcetines de deporte, tobillos atados juntos. Demasiado grande para ser Becca. Tenía que ser Peter. Ella estaba bajando hacia la cintura, y esa extraña espalda musculosa hizo que todos en esta habitación pareciéramos frágiles excepto Mickey. Fue solo la longitud de su pelo lo que me hizo adivinar. Ella se inclinó hacia delante, revelando más del cuerpo de Peter. Ella había bajado sus pantalones y la ropa interior hasta sus rodillas. Ella estaba jugando con él.

Miré al suelo, luego levanté la mirada. Ella intentó besarle, y cuando él giró su cabeza, ella le dio una bofetada dos veces muy fuerte, primero en una mejilla y luego en la otra. Ya había sangre en su boca como si no fuera la primera vez que le golpeaba. Se volvió a inclinar para besarle, revelando pequeños pechos tensos hacia la cámara. Ella le besó y esta vez él la dejó. Su mano nunca paró de trabajar en su cuerpo.

Me giré lentamente para mirar al otro monitor. Por favor, Dios, por favor, no dejes que Russell esté haciendo lo mismo con Becca. Él no lo estaba haciendo, y estuve agradecida. Él se giró con ella en su cadera, como si tuviera una audiencia para jugar ahora. Él la acunaba como si agarraras a un niño pequeño, pero había inmovilizado uno de los pequeños brazos, y dos de los dedos en la diminuta mano que estaban en un mal ángulo. Él rompió un tercer dedo mientras observábamos, y su boca se abrió en un grito silencioso.

—¿Deberíamos tener sonido? —preguntó Riker.

Becca estaba llorando alto y lastimosamente. Russell la acunó y murmuró cosas suaves. Él la cogió del pelo y miró directamente hacia la cámara. Su nariz aún estaba empaquetada y vendada. Él sabía que nosotros estábamos allí. La voz de Peter llegó alta. Él nunca sonaría más como un chico pequeño.

—Por favor, no lo hagas. ¡Por favor para!

Sus brazos estaban atados detrás de su espalda, pero él aún estaba luchando. Ella le abofeteó.

—Se sentirá bien, lo prometo.

Miré a Edward. Simon tenía la pistola contra su cabeza. El sombrero estaba en el suelo. El hombre mediano había sacado un cuchillo de algún lugar y presionaba en la garganta de Edward. Un rastro de sangre se deslizaba por su piel. Encontré sus ojos, y supe que todos en esta habitación, todos en esta casa estaban muertos. Ellos aún no lo sabían. Edward comenzó a decir algo, pero Simón dijo:

—No, no hables o Tirador cortará tu garganta.

El tipo mediano debía ser Tirador. El nombre no le hacía juego. Él parecía más como Tom, Dick, o Harry. Ellos no dejaron hablar a Edward, así que era un juego, pero ambos sabíamos dónde acabaría el juego. Muerte repentina.

—Consigue sacarlos de allí, Riker.

—¿Los niños? —hizo una pregunta cantarina en su voz.

—Ordénales que dejen a los niños solos, ahora.

—¿Y si no qué?

Sonreí.

—Entonces el monstruo vendrá aquí y te destripará.

Sus ojos se agitaron. Eso le molestó. Bien.

—Sabiendo lo que les está ocurriendo deberías darte prisa con el hechizo de protección, creo.

—Si no lo detienes, Riker, nada quedará a salvo.

—No lo sé. Creo que el chico lo está disfrutando, por el sonido de las cosas. —Estaba intentando no oír, pero la respiración de Peter era más rápida y más rápida, frenética, pero no era el sonido del dolor. Él gritó:

—No lo hagas, por favor no lo hagas.

Miré y deseé no haberlo hecho. Algunas visiones cortan a través de tu mente dejando una cicatriz detrás que nunca cura. Observar a Peter retorcerse de dolor cogido entre su primer placer y el horror de todo eso, era una de esas visiones. Me enorgullecía por no estremecerme nunca. Si alguien está siendo torturado no apartaba la mirada. Apartar la mirada sólo me salva del dolor, no a ellos. Si no podía salvarles del dolor, entonces me vería con un tipo de respeto y como un castigo por mí misma, para recordarme lo que ocurre a la gente cuando les fallo. Pero fallé a Peter dos veces porque aparté la mirada justo antes de un grito sin palabras desgarrara la forma de su boca. No era sonido de dolor. Me aparté, y quizás me moví demasiado rápido para la cabeza herida, o quizás era algo más, porque la sala nadó en brillantes colores. Intenté caer sobre mis rodillas, y

el hombre del cuchillo tiró de mi brazo, manteniéndome de pie. Bien, me tiré sobre él. Él tiró otra vez, soltó mi brazo. Caí sobre mis rodillas, agradecida de ser bajita hasta el suelo. Levantarse había traído rugiente dolor de cabeza. La voz de Riker vino a través de la siguiente ola de nauseas.

—Amanda, Russell, es mejor que dejen a los niños solos. Nuestra Sra. Blake está demasiado impresionada para hacer su trabajo mientras tiene miedo por su seguridad.

Levanté la mirada hacia los monitores para asegurarme que ellos actualmente salían de las habitaciones. Russell besó a Becca en la cabeza, luego la dejó acurrucada en la esquina, llorando por su mami. Amanda vendó los ojos de Peter mientras él le rogaba que no lo hiciera. Ella susurró algo en su oído que le causó acurrucarse en una bola. Ella dejó sus pantalones abajo, levantó su camisa del suelo y salió.

Me acurruqué en mi propia versión de una bola en el suelo. Me quedé de rodillas mientras intentaba decidir si iba a levantarme otra vez o no. Las náuseas como esta normalmente son una señal de una conmoción. El dolor de cabeza era otro. Pero creo que ponerme de los nervios me había empujado al límite. Solía levantarme para las escenas de crímenes totalmente un poco. Aparentemente, aún había cosas que no podía soportar, como el abuso de niños. Dios querido, por favor danos algo de ayuda aquí. Ayúdanos a sacarlos de aquí a salvo. Hubo un sonido, y Riker golpeó otro botón en su escritorio.

—¿Qué es?

—Tenemos dos muertos aquí. Están jodidamente masacrados.

Riker se puso pálido.

—El monstruo.

—Cuchillos, algún tipo de jodida arma grande.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Riker—. ¿Estás completamente seguro?

—Sí, señor.

—Parece que tenemos intrusos. —Miró hacia Simón—. ¿Qué vas hacer con nuestra compañía, Simón?

—Matarles, señor.

—Entonces hazlo.

—Disparador, Rooster, quédense con él y mátenlo tan pronto como Riker diga la palabra. Mickey, tú conmigo. —Miró hacia los hombres que

estaban conmigo—. Tú quédate con ella. Asegúrate de que nadie la golpeé. Harold, Newt, vengan conmigo. —Entonces ellos se fueron, y nosotros estábamos con los dos tipos malos de una pieza, y Riker. Nunca conseguiríamos algo mejor que esto.

—¿Hay un cuarto de baño? —pregunté.

—¿Vas a vomitar otra vez?

—Eso creo.

—Ustedes dos cójanla. Y Deuce, si puedes venir con algo creativo que no deje marca o daño físico a la Sra. Blake de alguna manera, pero la convencerá de que los niños y el Sr. Forrester no son los únicos que pueden ser heridos, hazlo también. Quizás puedas mostrarle tu tocayo. Tienes treinta minutos.

No hay muchas cosas que puedes hacer a una persona que realiza los requerimientos de Riker. Lo único que podía pensar eran la mayoría sexuales. Normalmente, el hablar de mi inminente violación me disgustaba, pero en todo lo que podía pensar por ahora era que tenía treinta minutos con dos hombres que querían follarme más que matarme. Todo lo que yo quería hacer era matarles. Hacía mis opciones más fáciles. Pero dije:

—¿Hay una razón para torturarme, también, o sólo es un hobby?

Sonrió, agradable, seguro.

—Pensaba que valdrías la pena para mis hombres, pero encuentro que eres débil, Sra. Blake. La debilidad debería ser castigada. Pero debe ser hecho cuidadosamente, así aún puedes hacer el hechizo, porque quieres hacer eso.

—No es la línea, esas cosas deben ser hechas delicadamente o dañas el hechizo.

Deuce rió. Riker frunció el ceño.

—Es del Mago de OZ —dijo Deuce—. La Malvada Bruja del Este se lo dijo a Dorothy.

—Llévatela, Deuce, —él arrugó su nariz—, y límpiate, Blade. Eres bienvenido para ayudar en el castigo, pero Deuce está al cargo. No quiero dañarla.

Deuce agarró mi brazo casi gentilmente y me ayudó a ponerme de pie. El tipo sobre el que me había lanzado, Blade, nos siguió unos pocos pasos. Evidentemente, no tenía elección. En la puerta apareció un hombre. Él era un hispano oscuro con el pelo bastante largo, una pistolera en el hombro, completa con una 9 mm. automática. Él parecía como si alquilara el

músculo local, pero no lo era. Él vibraba con poder. Un destello de energía voló fuera de él. Físico o quizás más.

—Sra. Blake, conozca a nuestro residente experto en lo sobrenatural, Alario. Él estaba al cargo de los hechizos de protección en todos mis establecimientos. Su arte le falló recientemente en una de mis tiendas, y mis trabajadores están muertos. Tú tendrás éxito donde él ha fallado.

Alario me miró con ojos oscuros, fríos. Su poder destelló sobre mí cuando Deuce me guió a su lado. Nosotros nos reconocimos mutuamente los poderes, pero no había tiempo para nada más, pero sería demasiado tarde. Lo cual era lo que me asustaba. Alario era una amenaza real, un practicante de las artes. Él averiguaría bastante rápido que no sabía una mierda sobre hechizos de protección, al menos no del tipo que Riker quería. Deuce me guió hacia el blanco vestíbulo, con Blade siguiéndonos. Nosotros estábamos fuera de tiempo. No podía volver a entrar en esa habitación y falsificar el hechizo. Olaf había fallado al hacer sus asesinatos lo bastante horrorosos para engañar a los chicos malos. Lo único bueno que él había hecho era dividir sus fuerzas, y yo tenía que tomar la ventaja de eso mientras durase. Lo cual significaba que sólo una persona iba a volver de ese cuarto de baño. Espero, que esa fuera yo.



CINCUENTA Y SIETE

Era uno de esos cuartos de baño con un doble lavabo separado del resto de los baños. Deuce me llevó dentro de la pequeño área, completa con ducha. Me las arreglé para hacer algún tirón seco, pero eso fue lo mejor que podía hacer, e incluso eso hizo que mi cabeza doliera. Ese dolor me hizo cerrar los ojos intentando mantener mi cerebro lejos de ellos. Si no era una contusión, era un infierno de una imitación. Deuce mojó una toalla y me la dio.

—Gracias. —La puse sobre mi cabeza e intenté pensar. Tan lejos como pude, Deuce no me había tocado. Blade estaba intentando limpiar el área del lavabo, pero él no quería la ducha tan pronto.

—Adoré mirar la cara de Blade cuando le vomitaste encima. Fue inestimable. —Puse el trapo mojado en la parte de atrás de mi cuello. Estaba pensando furiosamente sobre lo que estaba en el bolso y que opciones tenía. Pero mi voz era tranquila, punto para mí.

—¿Blade? ¿Cómo el personaje del comic?

Asintió.

—Sí, el asesino de vampiros. Ellos llevan cuchillos.

—Y ambos son afro-americanos —dije.

—Sí.

Miré su cara, con el trapo mojado que él me había dado tan amablemente aún sobre mi cuello. Intenté leer detrás de esos ojos agradables, ligeramente soñadores y marrones, pero era como intentar leer a Edward. No podía leer entre las líneas.

—Creo que Blade, de hecho, usaba cuchillos de madera y una ballesta en el comic —dije.

Deuce se encogió de hombros.

—O eres valiente, o no crees que te haré daño.

—Creo que me harás daño, si quieres hacerlo.

—Entonces eres valiente —dijo él. Estaba apoyado contra la pared, jugaba con la pistola ligeramente con los dedos. Era mi turno para encogerme de hombros.

—Sí, pero realmente no es valentía lo que me mantiene tranquila.

Me miró interesado por primera vez.

—¿Qué es?

—Después de lo que vi que le hacían a Becca y a Peter, no puedo conseguir bastante excitación por mí misma.

Blade golpeó la puerta.

—Nosotros no tenemos toda la noche, y quiero una ducha.

Deuce y yo saltamos cuando él golpeó la puerta, compartimos una de esas sonrisas avergonzadas, luego él abrió la puerta y me hizo pasar a través de ella. Blade había intentado fregar sus ropas en el lavabo, pero eso no había ayudado. Él intentó ir a través de la puerta, y Deuce entró en su camino.

—A Riker no le gustará que tomes una ducha.

—Me dijo que consiguiera limpiarlo.

—Simon nos dijo que mantuviéramos dos personas sobre ella. No podemos hacerlo si estás en la ducha.

Blade me miró.

—Creo que Simon la sobreestima. De todos los que se lanza a ver una tortura así, no tengo miedo. Ahora sal de mi camino, Deuce.

Deuce se movió a un lado, moviéndose sólo hacia delante y a un lado

de él. Blade nos rozó al pasar sin una palabra, su enfado viajaba detrás de él como un abrigo suelto. Él dio un portazo a la puerta detrás de él.

Fui al lavabo y remojé la toalla. Él me estaba mirando en el espejo ahora. Sus ojos aún eran agradables, pero algo más había crecido en ellos. Algo que prometía dolor, la manera en la que el viento puede traer el olor de la lluvia contra tu piel antes de comenzar a diluviar. Comencé a pescar en el bolso.

—Tengo alguna cosa para respirar aquí dentro en algún lugar.

—Podría encerrarte en el cuarto de baño con Blade. Él se quita la ropa bastante bien, y no está muy feliz contigo ahora mismo. —Mi mano se cerró sobre el bolígrafo con su cuchilla escondida.

—¿Realmente crees que él puede controlarse lo suficiente para sólo violarme y no hacerme otro daño? Como tú dijiste, no está muy feliz conmigo.

—Nunca preguntaste por mi apodo —dijo él. La conversación se estaba moviendo demasiado rápido para mí.

—Asumí que era algún tipo de cosa de tarjeta de juego.

Sacudió su cabeza mientras le observaba en el espejo. Entonces comenzó a bajarse la bragueta de los pantalones. Estaba demasiado lejos para tocarme, o para que le devolviera la lucha. Todo lo que podía hacer era esperarle a que viniera a mí.

Resbaló hacia dentro su vuelo abierto y se impulsó a sí mismo en un suave movimiento práctico. Era enorme, impresionante incluso lacio y suave. Si no hubiera visto a Bernardo antes, habría estado más impresionada. Por supuesto, nunca podías estar un cien por cien segura de cuán grande era un hombre cuando estaba erecto. Apenas algún cambio de tamaño. Algo creció un poco. Quizás él había sido muy impresionante. Entonces me di cuenta que tenía un tatuaje en él. Tuve que girarme y mirar, más que confiar en el espejo.

—¿Se supone que tengo que correr gritando o pedir tocarlo? —No estaba ni asustada.

Era demasiado extraño.

—¿Qué quieres hacer?

Admito que estaba teniendo un momento difícil para mirarle a la cara y no a su pene porque estaba creciendo, y podía ver el tatuaje más claramente.

—¿Hey, puedes violar con consentimiento?

Él sonrió, como si esta aproximación hubiera funcionado con las mujeres. Seguramente era algo que una chica no ofrecía todos los días.

—No lo diré, si no quieres.

—¿Eso es el dos de corazones en tu… pene?

Su sonrisa se amplió.

—¿Eso no dolió?

—No tanto como va hacerlo —dijo Deuce. Se movió lentamente hacia mí, así que pude tener una buena mirada. Tenía un don de teatro, que hacía a Deuce. No quería que usara su don o algo más en mí. Me giré y tropecé a propósito. Me cogió, como si me hubiera cogido las otras veces. Puse el bolígrafo contra su pecho, justo debajo de su esternón, angulado hacia arriba. Era una cazadora de vampiros. Si había algo que sabía hacer, era encontrar el corazón con el primer golpe. Presioné el botón al segundo de tocarle. No hubo un movimiento hacia arriba, ni sintió el empuje de la cuchilla, porque la cuchilla hizo su propio trabajo. Sus ojos se ampliaron, la boca abierta, pero ningún sonido salió. Giré la cuchilla a la izquierda, luego a la derecha, asegurándome que él nunca soltara la respiración para avisar al hombre en la otra habitación.

Deuce comenzó a deslizarse por los armarios. Le cogí y le bajé gentilmente hacia el suelo, me alegra que fuera uno de los hombres pequeños. Habría tenido problemas luchando alrededor del cuerpo de Mickey. El agua aún estaba corriendo en la ducha. Blade probablemente no habría oído el sonido del cuerpo golpeando el suelo sobre la ducha, pero mejor estar segura que lamentar.

Deuce tumbado allí en el suelo, la cuchilla fuera de su pecho, sus pantalones aún con la bragueta abierta, su tocayo desnudo al mundo. Él parecía muy triste tumbado allí muerto. Si tuviera tiempo antes de irme, le subiría la cremallera, pero primero Blade. Saqué la pistola de la funda del hombro de Deuce y la puse ligeramente en mi hombro. La comprobé para asegurarme que sabía dónde estaba el seguro, y que estaba sin él. El cambio de lado tenía tres juegos, no sólo dos como la Uzi. Puse el arma en alto. La lógica decía que tendría más balas saliendo en el espacio más corto de tiempo. Conseguí un cargador extra para la semi automática de Deuce. Un cargador sólo tenía veinte ráfagas. Normalmente, eso sonaba a mucho, pero no esta noche. No había bastante munición en el mundo para hacerme sentir segura esta noche. Puse los cargadores extra para ambas semi-automáticas y las pistolas de mano en el bolso y crucé las tiras del bolso a

través de mi pecho.

Las pistolas eran geniales, pero hacían mucho ruido. Si disparaba a Blade, eso traería al resto de los chicos malos sobre mí, y peor aún, ellos matarían a Edward antes de venir detrás de mí. Ellos tenían tres rehenes. Sólo necesitaban uno.

Necesitaba algo silencioso. El problema era que no pensaba que pudiera tomar a Blade con un cuchillo. Mano a mano, olvídalo. Eso me dejaba con los contenidos de mi bolso. Saqué la cuchilla del pecho de Deuce. La sangre brotó más oscura que la mayoría, como se suponía que era la sangre del corazón. Limpié la cuchilla automáticamente sobre la manga de su camisa y la deslicé dentro de mi bolsillo delantero.

Una de sus manos estaba tumbada contra las puertas del armario debajo del lavabo. Quizás tenía más de lo que había en mi bolso. Moví su brazo y miré. Era alucinante cuantas cosas letales mantenía la gente en los armarios de su cuarto de baño. Casi todo tenía avisos de etiquetas peligrosas, gritando agente cáustico venenoso, si hay contacto accidental con los ojos, lavar con agua inmediatamente. Pero había una pila de toallas grandes y esponjosas, y tenía la pistola de mano de Deuce. Silenciador casero. Pero iba a tener que agarrar la pistola al nivel de la cintura, cerca de mi cuerpo, para mantener las toallas lo bastante tensas para actuar como un silenciador. Agarrar la pistola de esa manera significaba que tenía que conseguir acercarme antes de disparar. Si Blade era tan bueno como el resto de ellos, él tenía su pistola cerca. Yo sólo conseguiría un disparo, y eso tenía que contar.

¿Cómo estar cerca de un hombre bien armado? Respuesta, quítate algunas ropas. Tenía que quitarme la camiseta y el chaleco. Eso no detendría un cuchillo, y la idea era que él no consiguiera un disparo, ¿verdad? Además, estaba intentando un romance o al menos lujuria. Creía que sólo el Kevlar asegurase algo.

Mantuve mi sujetador. Mis nervios no eran tan buenos. Además, si él demandaba que me quitara algunas ropas, eso me dejaría algo más que mis pantalones. Era como jugar al strip poker. Cuanta más ropa tengas más para trabajar.

La ducha paró. Mierda. Mi tiempo se había acabado. Mi corazón de repente estaba en mi garganta. Pero tenía que conseguir entrar ahí, antes de que él saliera aquí. Si él veía el cuerpo, no sería por la violación por lo que tendría que preocuparme.

Metí la pistola delante de mis pantalones, las toallas agarradas firmemente en mi pecho y estómago, y abrí la puerta. Cerré la puerta conmigo apoyada contra ella. Blade levantó la mirada. Su piel oscura estaba rodeada con agua, y Deuce había tenido razón. Blade desnudo era realmente bonito. Ahora, estaba tan asustada que estaba teniendo problemas para respirar.

Él alcanzó la pistola que había estado apoyada contra la bañera. Sus vainas de cuchillo estaban cubiertas a través de la estantería de toallas de atrás como si hubiera colgado el trapo mojado, para mantenerlas secas pero a mano. Él se detuvo a medio movimiento, los dedos se movían sobre la pistola.

—¿Qué quieres?

—Deuce dijo que te trajera toallas.

Dejé el miedo a un lado en mi voz, haciéndola con aliento.

—¿Cómo consiguió desnudarte? —Bajé la mirada, una inclinación de cabeza avergonzada.

—Me dio una elección, él o tú.

Blade rió, y fue un sonido puramente masculino.

—¿Él te mostró su cuarenta?

Asentí. Sin tener que pretender estar avergonzada. Solo no lo intentaba y lo escondí.

—Quítate el sujetador.

Enderezó, la mano se alejó de la gran pistola, pero aún estaba demasiado cerca de los cuchillos y su revólver en la estantería de toallas.

Me quité las tiras, y presioné las toallas en mi pecho, alcanzándolas de vuelta y desatando los broches. Aparté las toallas de mi cuerpo lo suficiente para sacar el sujetador y dejarlo todo caer al suelo. Mantuve las toallas tensas contra mí, por pura modestia, y escondí la pistola en mi cinturilla.

Salió de la bañera y comenzó a dar esos tres pasos que cerrarían la distancia. Giré mi cuerpo, hacia los lados, consiguiendo sacar la pistola, aun agarrándola detrás de las toallas.

Estaba justo delante de mí, tres pasos lejos de todas sus armas. Acurrucó sus dedos sobre la parte superior de la toalla y la empujó hacia abajo, exponiendo mis pechos una pulgada cada vez. Estaba a menos de diez pulgadas más allá de mí. Su mano golpeó la parte superior del montículo de mi pecho, y disparé. Su cuerpo se agitó, y yo creo que él dijo, «Joder». Seguí apretando el gatillo hasta que él cayó sobre sus rodillas, los

ojos girados hacia atrás. Su estómago y la parte baja de su pecho eran una ruina roja. Las toallas estaban hechas jirones, y cubiertas de negras manchas de pólvora. Los disparos habían sido apagados, pero no silenciados. Esperé allí en medio de la habitación, los disparos parecieron hacer eco en las paredes. Esperé a los gritos de alarma. Nada.

Levanté el sujetador, pero no perdí el tiempo en ponérmelo, antes de abrir la puerta y escuchar. Silencio. Genial. Me vestí y cogí todas las armas. El revólver de Blade era una Heckler y Koch. Buena pistola. La metí en la parte delantera de mis pantalones donde la Firestar habría ido normalmente. Puse ambas pistolas grandes sobre el mismo hombro, y las fundas de los cuchillos colocadas sobre el otro hombro. Traje la semi-automática alrededor, comprobando el seguro quitado, y estuve tan lista como iba a estarlo.

La última vez que había visto a Edward, él había estado de rodillas. Sus dos guardias habían estado de pie. Si era cuidadosa y la pistola no pegaba demasiado, podría sacarles por encima de la cabeza de Edward. Mi plan era rociar la habitación. Cuando el plan llegó, era crudo, y el secreto sería mucho menos si todo nos oían, pero una vez que supiese que el ruido no iba a conseguir matar a Edward, no me importaría demasiado. Ellos tenían que matar a Edward porque él era una amenaza, y ellos querían eliminar la amenaza de sus espaldas antes de girar para enfrentar una nueva amenaza. Los niños no eran una amenaza. Si Riker estaba muerto y no podía dar la orden para hacerles daño, entonces estarían bien hasta que les alcanzáramos. Esta era una teoría, y era la mejor que tenía.

Encrespada con las armas, escuché fuera de la puerta. Nada. La abrí justo un poco. El pasillo estaba vacío. Mejor. Cerré la puerta detrás de mí para así cuando la cerrase, la gente asumiera que estaba ocupado por más que gente muerta. Los cuchillos se movían demasiado colgados en mi hombro, así que les dejé en un montón contra la pared, siendo tan silenciosa como podía. El corredor que había parecido demasiado largo, ahora parecía corto porque este era uno de esos planes que o iban a funcionar realmente bien o serían un desastre total. En menos de dos minutos, estaría en la puerta, y nosotros lo veríamos.



CINCUENTA Y OCHO

La pistola tenía un pequeño almacén, pero lo reforcé contra mi hombro, y mis brazos eran los bastante pequeños para que probablemente fuera más fácil para mí que para los hombres. Estaba sólo a dos pasos de la puerta abierta del estudio. Las voces salían al pasillo.

—¿Qué quieres decir con que Antonio y Bandit se han perdido? —Ese era Riker—. Creía que tus hombres eran buenos, Simón.

Mierda. ¿Estaba Simon de vuelta en la habitación? No importaba. No cambiaba el plan. Pero había preferido que Simon estuviera en algún otro lugar, al menos hasta que Edward estuviera a salvo y armado. Pero la voz de Simon llegó diminuta y estática. Era el sistema de intercomunicador. Mierda, no quería que oyeran los disparos. Lo mejor que podía hacer era esperar hasta que no les oyera usarlo. Cuanto más merodeara por el pasillo, menos oportunidad tenía el plan. Alguien iba a subir las escaleras o salir de la habitación o salir del estudio. Si perdía la sorpresa, sería precario.

Tenía miedo, realmente tenían miedo, no por matar o ser matada, sino por disparar accidentalmente a Edward. Tenía una semi-automática desconocida en mis manos. Nunca había visto usar una así. Si apuntabas demasiado alto con una ametralladora, puedes perderlo todo. Tomé una última respiración profunda y me calmé alrededor del marco de la puerta. Conozco a gente que siempre se queda de pie en medio de las puertas en las películas, pero esa era una buena manera de que te matasen. Solía cubrirme cuando tenía que hacerlo.

Eché un vistazo durante un segundo para ver la habitación. Rooster y Shooter tenían a Edward cubierto, aún sobre sus rodillas. Alario el Brujo se había movido al lado del escritorio de Riker. Miré apuntando casi antes de que terminase de mirar. El sonido fue enorme, pero la pistola apenas tenía un retroceso. Tenía que ajustar mi objetivo porque había estado esperando tener que disparar la pistola, pero fue suave, para una semi-automática. Shooter actualmente tenía una quemadura de salida, pero estaba mal angulada y dio en el techo sobre mí. Rooster se giró, pero eso fue todo. Los segundos para ellos habían pasado, los segundos para mover la pistola en una ráfaga continua que salió de los paneles de control y monitores, y Riker, sentado detrás de su escritorio. Alario estaba más allá, y él tuvo tiempo de zambullirse en el suelo.

También me tiré al suelo, golpeando sobre mi estómago cuando le apunté. Estaba en un ángulo lejos de Edward. No tenía que ser cuidadosa. Mantuve el gatillo apretado y golpeé a Alario antes de que él pudiera conseguir disparar. Su cuerpo bailó con el golpe de las balas. Había algo fascinante en la manera que las balas le destrozaban, o quizás no podía soltar el gatillo.

Cogí un movimiento por el rabillo del ojo y giré sobre un hombro, apuntando la pistola. No apreté el gatillo justo a tiempo. Edward estaba arrodillado con una pistola en su mano en los cuerpos de los guardias. Él tenía una mano fuera como si rechazara las balas, como si él no se hubiera asegurado que lo había recordado a tiempo.

Nos quedamos de esa manera durante un segundo congelados, yo a mi lado, la semi-automática apuntándole, el dedo aún sobre el gatillo, pero sin presionarlo. Él con su mano fuera, la pistola automática en su manos pero apuntando hacia abajo. Su boca se movió, pero no podía escucharle. En parte sorprendida, y en parte disparando una ametralladora semi-automática sin protección en los oídos en una sala cerrada. Me tranquilicé para

arrodillarme y dejar de apuntarle con la pistola. Él pareció darse cuenta de que estaba teniendo problemas para oír porque levantó dos dedos y bajó los pulgares. Rooster y Shooter estaban muertos. Hurra.

Sabía que Alario estaba muerto. Le había echado por la borda. Miré a través de la sala hacia Riker. Él estaba sentado en su silla, la boca jadeando abierta y cerrada como un pez en tierra. La parte delantera de su bonita camisa y la chaqueta del traje estaba manchada de rojo en una hilera a través de la parte delantera de su cuerpo, incluyendo sus brazos. Él estaba sentado, así que podía ver sus manos claramente. No sé si la fuerza de los disparos había dado la vuelta en la parte de atrás de la silla o él había avanzado por ese camino.

Edward apuntó a Riker, y oí una palabra de la frase, «Guardia». Él quería que vigilara a Riker, sin matarle. Por supuesto, nosotros necesitábamos saber dónde estaban encerrados los niños. Esperé que él no muriese antes de decírnoslo.

Mi oído volvía a recuperarse. Podía oír a Riker diciendo:

—Por favor, no.

Era lo que Peter había estado diciendo en el monitor. Me agradó que Riker estuviera rogando. Edward volvió a comprobar el pasillo. Él tenía una de las semi-automáticas en las manos. Había cerrado la puerta para que si teníamos compañía, nosotros consiguiéramos un pequeño aviso. En el momento que él comenzó hacer preguntas a Riker, yo podía oír, pero había un sonido haciendo eco en mi oído que no parecía querer irse.

—Dime dónde encontrar a Becca y a Peter —dijo Edward. Estaba inclinado en el respaldo de la silla de Riker, la cara muy cerca de la suya.

Riker giró sus ojos para mirarle. Había espuma sanguinolenta en sus labios. Al menos le había partido un pulmón. Si hubieran sido ambos, estaría muerto. Si sólo era uno, entonces quizás podría sobrevivir si conseguía un hospital pronto.

—Por favor —se las arregló para decir otra vez.

—Dime dónde tienes encerrados a los niños, y dejaré que Anita llame a una ambulancia.

—¿Lo prometes? —dijo él, en una voz espesa con cosas que nunca deberían estar en una garganta.

—Lo prometo, sólo como tú me lo prometiste —dijo Edward.

O Riker no consiguió el juego de palabras, o él no quería hacerlo. La gente creerá muchas cosas cuando tienen miedo de morir. Él creyó que

nosotros llamaríamos a una ambulancia porque nos dio las direcciones con esa espesa voz húmeda. Nos dijo dónde estaban encerrados los niños.

—Gracias —dijo Edward.

—Ahora llama —dijo Riker.

Edward puso su cara casi cerca de la de Riker.

—¿Quieres estar a salvo del monstruo?

Riker tragó, tosió sangre, y asintió.

—Te mantendré a salvo del monstruo. Te mantendré a salvo de todo.

Y disparó a Riker en la cabeza con la Beretta 9 mm. que él había reclamado del cuerpo de Rooster. Mis pistolas aún las tenía Mickey en algún lugar ahí fuera.

Edward comprobó el pulso de Riker y no lo encontró. Me miró a través del cuerpo del hombre. Siempre había pensado que Edward mataba con frialdad, pero su tristeza azul tenía una fina y acalorada rabia, como un incendio forestal a penas bajo control. Él aún estaba controlado, pero por primera vez me pregunté si habría tenido un punto esta noche donde lo había perdido. Yo sólo podía quedarme de pie helada y serena cuando las cosas no importan. Y Peter y Becca le importaban a Edward. Ellos le importaban más de lo que nunca había pensado que nadie le importaría. Ellos y Donna, su familia.

Él me dijo que recargara la pistola semi-automática. Hice lo que me pidió. Si Edward decía que casi había vaciado un cargador completo sólo hace unos pocos segundos, yo le creía. Añadí el cargador extra del hombre muerto en el bolso.

Edward fue hacia la puerta, y yo le seguí. Yo había pensado que nada podía dar más miedo que Edward en su completa frialdad. Estaba equivocada. Edward el hombre de familia era total y absolutamente terrible.



CINCUENTA Y NUEVE

Horas después, aunque mi reloj decía treinta minutos, cubierta en la pared, agachada tan bajo como pude, intentando no salir disparada. Sabía que originalmente salía al rescate de los niños, y aún planeaba hacer eso, pero mi plan inmediato era sólo evitar llevarme una bala. Ese había sido el plan durante cinco minutos. Yo había oído la expresión una lluvia de balas, pero realmente nunca comprendí lo que significaba. Era como si todo el aire se hubiera puesto en movimiento, salpicando cosas, donde diminutos objetos se movían rápidos salpicando el aire a tu alrededor, pocos en la sólida pared de roca más allá y dejando los agujeros. Había dos ametralladoras bajando al vestíbulo, inmovilizándonos en un fuego cruzado. Nunca había sido disparada por ametralladoras completas antes. Estaba tan impresionada que, no había hecho nada en los cinco últimos minutos excepto abrazar la pared, y mantener mi cabeza baja.

El panel secreto había estado exactamente donde Riker dijo que estaría.

Edward había matado al guardia al otro lado con un cuchillo, rápido, eficiente. Nosotros habíamos matado a dos hombres más antes de Simon y su pandilla, o lo que estaba a la izquierda de eso, encontramos y comenzamos a devolver la pelea. Yo había pensado que era buena matando a gente. Había pensado que era buena en una pelea de pistolas, excepto que había sido un uno contra uno con pistolas semi-automáticas. Las balas gemían a mí alrededor en una constante corriente de ruido y percusión. Yo no estaba sacando mi cara de allí.

Era pura suerte que no hubiera sido disparada antes de conseguir esta distancia. Lo único que había hecho bien que había ayudado en mis oportunidades era usar cada trozo sorprendente de cobertura ofrecida. La comodidad a mi nueva cobardía encontrada era que Edward estaba agachado conmigo, aunque él seguía mirando alrededor por la esquina y disparando a los tiradores que nos habían arrinconado. Él me alcanzó, disparando. Podía sentir la vibración de la pistola contra mi cuerpo, el temblor de sus brazos cuando él la agarraba. Él se lanzó de vuelta detrás de la pared, y un fresco rastro de balas tronaron hacia nosotros. Edward agarró su mano y yo le entregué su otro cargador del bolso. Me sentí como una enfermera quirúrgica. Me apoyé cerca de su oído y susurré gritando.

—¿Quieres el chaleco? No lo estoy usando.

—Lo tengo puesto. —Deuce había dejado amablemente el chaleco a Edward en el estudio.

—Podrías ponerte el mío en tu cabeza —dije.

Ciertamente me sonrió como si hubiera hecho una broma. Se movió hacia mí deprisa, un conocimiento de ambos que yo no había hecho mucho. Tomó mi postura en la esquina de la pared, y aplané mi espalda donde él había estado. Se tiró sobre su vientre, disparando alrededor de la esquina. Sólo le llevó dos segundos mirar alrededor de la esquina, disparar y volver, pero mientras él estaba mirando hacia el corredor yo vi la esquina más diminuta de una cabeza mirar en redondo al círculo de las escaleras justo sobre nosotros. La cabeza se agachó fuera de la vista.

Comencé a tocar a Edward, dejándole saber que teníamos compañía, cuando algo vino nadando a través del aire. Algo pequeño y casi redondo. No recuerdo pensar en ello. Yo sólo estaba de rodillas, dejando la pistola oscilar. Cogí el objeto en mis manos y lo tiré de vuelta arriba por las escaleras, antes de que mi cerebro tuviera tiempo de formar la palabra granada. Me tiré al suelo, tocando la pierna de Edward, y entonces hubo

una explosión. El mundo tembló, y las escaleras se cayeron en una ducha de roca y polvo. La roca llovió sobre mis brazos donde los había acurrucado sobre mi cabeza. Pensé que si los chicos malos venían corriendo al vestíbulo ahora, yo no sería de mucha ayuda, lo cual me hizo levantar mi cabeza lo suficiente para ver la esquina y a Edward.

Tenía su cabeza cubierta por un brazo, pero estaba mirando alrededor de la esquina, con la pistola en una mano. Por supuesto, nada haría que Edward olvidara a los chicos malos, seguramente no algo pequeño como una explosión y el techo viniéndose encima de nosotros.

El silencio llegó gradualmente lleno de crujidos y gemidos de las piedras a nuestro alrededor. El polvo cayó como una delgada niebla en el aire. Comencé a toser, y la mano de Edward estaba justo de repente encima de mi boca. ¿Cómo lo había sabido? Él dio una pequeña sacudida de su cabeza. Tuve la idea de que él quería que me estuviera quieta, pero no supe por qué. Por supuesto no necesitaba saberlo. Nos quedamos quietos, y el silencio pareció construirse. Finalmente, oí el primer roce de un paso bajando al vestíbulo. Me tensé, y la mano de Edward presionó mi hombro. Fácil, estaba diciendo él, fácil. Tragué tan rápidamente como pude e intenté relajarme. Tranquila como podía. Relajada no estaba ocurriendo.

Los movimientos eran sigilosos, muy tranquilos. Alguien estaba entrando sigilosamente por el pasillo hacia nosotros. Preguntándose si nosotros habíamos recibido el golpe. Estábamos pretendiendo que lo había hecho, pero una vez el hombre consiguió bajar allí, la vibración aumentó. Nosotros podíamos matarle, pero había otro hombre al final del pasillo. Si él no se hubiera quedado sin munición, él podría tirar la pared contra nosotros. Él no quiso acercarse a nosotros, y nosotros necesitábamos salir de ese vestíbulo. Becca y Peter estaban en las celdas en el vestíbulo. Los chicos malos tenía la mano superior porque necesitábamos movernos hacia delante, y todo lo que ellos necesitaban hacer era tomar posición. Por supuesto, uno de ellos se nos estaba acercando.

Edward me hizo una pantomima para ir hacia delante y tumbarme. Supe que él quería que jugara a la muerta, pero eso estaba lejos de la pared que era la zona muerta. Si ellos comenzaban a disparar incluso tirada en el suelo, sería golpeada. Pero… Me arrastré hacia delante a través de los escombros, siendo muy, muy cuidadosa de no rozar ningún arma o el bolso contra el suelo o hacer que las rocas girasen. Estaba más allá de lo que quería cuando miré hacia atrás, y Edward me dio un asentimiento. Me

tumbé en el suelo, tranquilamente. Mi cara hacia abajo porque mis habilidades de actuación no eran adecuadas para jugar a los muertos. Mi pelo voló a través de mi cara y lo dejé allí, lo mejor para mirar a través. Seguí con la pistola en mi mano, pero Edward sacudió su cabeza. Solté la pistola, moví mi mano minuciosamente lejos de ella, y jugando a la muerta. Si Edward estaba equivocado, yo no estaría jugando durante mucho tiempo. Nunca habría conseguido la pistola a tiempo. Una vez el hombre despejó la esquina, estuvo hecho.

Me tumbé allí y me tensé por oír movimiento. Mayormente, lo que oí fue el ruido sordo de mi corazón. De alguna forma lo era, estaba siendo incluso más tranquila que antes. Quizás se había acobardado. Quizás él no se estaba acercando después de todo, no para moverse, no para respirar demasiado. Me sentí relajarme en el suelo, y casi tuve éxito cuando cogí un movimiento en el pasillo. Yo estaba bastante lejos de Edward para que tuviera una mejor vista del final del vestíbulo. ¿Él vería el brillo de mis ojos a través de mi pelo? Tomé una profunda respiración, cerré mis ojos, y lo agarré. O Edward le mataría, o me mataría a mí. Yo confiaba en Edward. Confiaba en Edward. Confiaba en Edward.

Ruidos, suaves, ruidos de deslizamientos, roce de ropa. Entonces una afilada exhalación de respiración. Nada lo habría oído del otro lado del pasillo. El silencio era tan espeso que era aterrador, pero Edward no había ganado, allí hubo un tiroteo. Abrí mis ojos una rendija, entonces más anchos, porque Edward estaba arrodillado sobre el cuerpo de Mickey, observándolo. Yo no había sido la única que pensaba que el silencio era uno largo porque la voz de un hombre sonó:

—¿Mickey, estás bien? —Edward respondió, y no sonaba como su voz. No era una imitación perfecta pero era buena—. Todo despejado.

—¿Cuál es el *roger*? —preguntó el hombre. No reconocí la voz. Uno de los hombres de Simon que ya nos habíamos encontrado cara a cara. Edward me miró y sacudió su cabeza. No sabía lo que era un *roger*, pero aparentemente, no podíamos falsificarlo, aunque Edward lo intentó.

—Trae tu jodido culo aquí y ayúdame a buscar los cuerpos. —La respuesta a eso fue un disparo. Yo ya estaba tan abajo como podía conseguirlo en la tierra, pero intenté bajar más. Las balas se rociaron sobre mí en la pared más allá y lo único que evitaba gritar era el orgullo.

Edward hizo un movimiento abrupto. Pensé que sabía lo que él quería. Cuando los disparos acabaron, yo arrastré el vientre hacia la pared.

Actualmente estaba casi allí cuando él disparó otra vez. Me congelé en el sitio, de cara al suelo. El tiroteo acabó, y me puse de espaldas a la pared al otro lado del cuerpo de Mickey de Edward. Mickey aún llevaba mis pistolas. Las cogí de vuelta. Edward tenía un bote en su mano que parecía sospechosamente como una granada incendiaria que ellos habían puesto en mi bolso, la laca camuflando el bote. Mis ojos se abrieron. Sacudió su cabeza, como si leyera mi mente, y vocalizó:

—Humo. —Bien. Se apoyó sobre el cuerpo, y yo me apoyé en él. Susurró—: Cúbreme mientras lo tiro. Arrastra el vientre hacia la pared. Cuando veas a alguien a través del humo, dispárales. —Entonces se inclinó hacia atrás, tirando de la anilla de la granada de humo, y se puso de pie con la pared aun ocultándole. Me arrastré hacia él, abrazando la pared y sus piernas, la pistola agarrada tensamente. Mi corazón estaba dentro de mi cabeza, latiendo lejos. Tuve tiempo para pensar.

—Mierda, el dolor de cabeza se ha ido —entonces Edward dijo, suavemente—: Ahora. —Miré alrededor de la esquina, con mi dedo en el gatillo, disparando al pasillo. Edward tiró la granada de humo. Él la lanzó alrededor de la esquina, y así lo hice yo. El espeso humo blanco llenó el pasillo. Me tiré sobre mi vientre, detrás de la pared, esperando a que el humo me encontrara. Edward hizo el movimiento de que tenía el otro lado, pero él apuntó hacia mí. Él se arrastró en combate y casi inmediatamente estaba perdido en el espeso humo. El humo era más grande, como algodón quemado remojado en algo malo.

Me arrastré con la pared a mi izquierda, la pistola alejada de mí. Yo tenía dos pistolas metidas en la parte frontal de mis pantalones ahora, y no era cómodo para arrastrarse, pero nada podía haberme persuadido de detenerme y ajustarlas. El bolso se quedó sólido contra mi espalda como una mochila. El mundo se había estrechado en el suave giro de humo, el sentimiento del suelo debajo de mis brazos y piernas, el roce de la pared contra mi codo izquierdo cuando me movía para acercarme a ello. No había nada excepto yo moviéndose por la pared, los ojos intentaban ver algo en la masa blanca de nubes. Nada se movía excepto yo.

Entonces las balas desgarraron a través del humo, y yo estaba lo bastante cerca para ver el destello de la pistola a través del humo. Yo casi estaba encima de él, y él estaba disparando de pie al humo. Me puse de cuclillas y le miré. Podía verle como una figura ensombrecida sobre mí cuando presioné el gatillo y observé a la sombra sacudiéndose. Giré hacia

mi lado y barrí mi línea de fuego subiendo por su cuerpo, aún asustada me puse de pie o incluso de rodillas hasta que supe que él no volvería a disparar. Cayó sobre sus rodillas, la cara de repente saliendo del humo. Disparé casi sin mirar a su pecho, y él cayó hacia atrás medio desaparecido en el humo debilitado, como si él hubiera caído en las nubes. Me quedé agachada y me di cuenta que podía ver sus pies. El humo casi se había ido al nivel del suelo, lo cual era una de las muchas razones para que Edward nos hubiera llevado a rastras.

—Soy yo —dijo Edward, antes de que se arrastrara fuera del humo. Fue prudente en avisarme. Mi dedo aún estaba en el gatillo, y yo estaba empezando a apreciar como podías disparar accidentalmente a tus amigos en una situación de combate, a menos que seas muy cuidadoso. Se movió un poco, y el humo estaba bastante disminuido para que pudiera ver y comprobar el pulso del hombre—. Quédate aquí. —Y se fue hacia el humo moribundo. Eso me cabreó, pero me quedé en el suelo con el hombre que había matado y esperé. Podría haber estado cabreada, pero nosotros estábamos en un tipo de pelea que no sabía casi nada. Yo de alguna manera había caído dentro de la otra vida de Edward, y él era mejor superviviente aquí que yo. Yo iba hacer lo que me había dicho. Eso era mi mejor y única esperanza de salir viva. Edward volvió, caminando en lugar de arrastrándose. Probablemente era una buena señal.

—El área está despejada, pero no será por mucho tiempo. —Tenía las llaves que habíamos tomado de Riker.

—Hazlo.

Abrió la celda que se suponía era de Peter y fue a través de la pared hacia Becca antes de que él hiciera más que empujar la puerta abierta. Me pregunté si tenía que conseguir a Peter. Me tiré sobre una rodilla y empujé la puerta abierta hasta que estuvo plana con la pared. Ves, nadie se esconde detrás. Si había alguien en la habitación, ellos probablemente dispararían sobre mi cabeza. Arrodillada, yo era un poco más pequeña que mucha gente. Pero una mirada mostró que la habitación estaba vacía excepto por la estrecha cama con Peter en ella.

Me puse de pie, debatiéndome por un segundo si cerrar la puerta y arriesgar que alguien la cerrase detrás de mí, o dejarla abierta y arriesgar que alguien venga detrás de mí con una pistola. La dejé abierta, no porque era la mejor opción, sino porque no quería que la puerta se cerrase conmigo dentro de la celda. Parte claustrofóbica, parte que sólo había sido encerrada

en demasiados lugares esperando que cosas me comieran. Algunas veces creo que la última parte contribuye a la claustrofobia. Había sido malo en el monitor en negro y blanco, pero era peor en persona. Peter estaba acurrucado en la bola más tensa que él podía manejar. Sus manos atadas detrás en su espalda, los tobillos atados metidos hacia arriba en sus nalgas desnudas. Sus ropas aún estaban agrupadas alrededor de sus rodillas, y la extensa pálida carne parecía increíblemente vulnerable. Ella había querido humillarle, dejándole así. La venda de los ojos aún estaba en su lugar, cortando un brillante parche de color a través de su pelo oscuro. Su boca estaba manchada con sangre seca, su labio inferior ya estaba hinchado, los moratones empezaban a extenderse a través de su cara como feos pintalabios de un beso muy entusiasta. No intenté quedarme quieta. Intenté darme prisa. Él me oyó acercarme porque él comenzó a hablar a través de la mordaza. Podía comprenderle.

—Por favor, no lo hagas, por favor no lo hagas. —Él siguió diciéndolo una y otra vez en una voz progresivamente más frenética hasta que su voz se rompió, no de adolescente, sino de miedo.

—Soy yo, Peter —dije. No pareció oírme, solo siguió suplicando una y otra vez. Toqué su hombro, y él gritó—. Peter, soy Anita. —Creo que él dejó de respirar durante un latido, luego dijo:

—¿Anita?

—Sí, estoy aquí para liberarte.

Comenzó a llorar, los delgados hombros le temblaban. Saqué una de las cuchillas de Blade y ajustándolo cuidadosamente entre sus muñecas, sacudiéndolo hacia arriba. El cordón se deslizó limpiamente hacia la cuchilla afilada. Intenté quitarle la mordaza, pero estaba demasiado tensa.

—Voy a tener que cortar la mordaza, Peter. No te muevas.

Su respiración se hizo más lenta, y él aún se agarraba cuando deslicé la cuchilla entre la mordaza y el lado de su cabeza. Era más difícil de cortar que la cuerda porque estaba más tensa en su piel y justo en un mal ángulo. Pero la cuchilla finalmente se deslizó a través de ello, y la mordaza cayó. Tuve una impresión de marcas rojas en su piel donde la mordaza le había marcado. Luego se lanzó hacia mí, abrazándome. Le devolví el abrazo, con el cuchillo en una mano. Susurró:

—Ella dijo que iba a cortarla cuando volviera. —Comenzó a llorar otra vez. Sólo se agarraba. Froté su espalda con mi mano libre. Quería darle comodidad, pero nosotros teníamos que salir de aquí.

—Ella no te volverá hacer daño, Peter. Lo prometo, pero tenemos que salir de aquí. —Me aparté de sus desesperados brazos hasta que pude ver su cara y él pudo ver la mía. Agarré su cara en mis manos, el cuchillo cuidadosamente apuntando hacia arriba. Le miré a sus ojos. Estaban abiertos y sorprendidos, pero no había mucho que pudiera hacer por eso ahora—. Peter, tenemos que irnos. Ted tiene a Becca, y tenemos que salir. —Quizás fue el nombre de su hermana, pero parpadeó y me dio un pequeño asentimiento.

—Estoy bien —dijo él, lo cual era la mayor mentira que había oído en toda la noche. Pero lo acepté y dije:

—Bien.

Tuve que ponerme de pie para alcanzar la cuerda en sus tobillos. Él solo era alto o yo era bajita. El abrazo le había puesto de cara hacia delante, y parecía de repente consciente de que estaba expuesto. Se había empezado a agarrar su ropa interior y los calzoncillos mientras intenté liberar sus tobillos. Tuve que retirar el cuchillo.

—Si no te tranquilizas, vas a terminar por cortarte.

—Quiero ponerme la ropa —dijo él. Me puse de pie en la cama, y dije:

—Vístete.

—No mires —dijo él.

—No estoy mirando.

—Pero me estás mirando —dijo él.

—Pero no te estoy mirando. —Pero no podía explicárselo, así que me giré y miré hacia la puerta mientras él forcejeaba con sus calzoncillos.

—Ahora puedes mirar.

Él tenía toda la cremallera subida y todo abotonado, y sólo le había tomado algo del miedo salvaje de sus ojos. Liberé sus tobillos, enfundé el cuchillo, y le ayudé a ponerse de pie. Él se apartó de mí, luego casi se cayó porque los tobillos habían estado atados demasiado tensos durante demasiado tiempo, y él no tenía toda la estabilidad de vuelta. Sólo mi mano en su brazo le mantuvo derecho.

—Necesitas caminar un poco con ayuda antes de que puedas correr —dije.

Me dejó ayudarle hacia la puerta, pero no me miró. Su primera reacción había sido la de un niño, agradecido por ser salvado, queriendo agarrarse a alguien, pero su segunda reacción era más antigua. Ahora estaba avergonzado. Avergonzado de lo que había ocurrido, y probablemente por

haberle visto casi desnudo. Tenía catorce años, una edad temblorosa entre niño y adulto. De alguna manera, creo que había sido más joven cuando entró en la celda que cuando salió. Edward nos encontró en el pasillo con Becca agarrada en sus brazos. Ella parecía más pálida y enferma. Los moratones ya habían comenzado a florecer en su cara. Pero fue su mano la que me hizo querer llorar. Esa diminuta mano que yo había agarrado sólo hace unos días, mientras Edward y yo la balanceábamos en el aire. Tres de sus dedos parecían lisiados, en ángulos antinaturales. Estaban hinchados, la piel descolorida. Era temprano para eso, lo cual significaba que estaban mal rotos y no curarían fácilmente. Ella dijo:

—Anita, vienes a salvarme, también. —Su voz era alta y delgada. Hizo que mi garganta se tensara.

—Sí, cariño, vine a salvarte, también. —Peter y Edward estaban de pie mirándose mutuamente. Fue Edward el que levantó la mano primero, sólo su mano, porque el brazo estaba debajo de las piernas de Becca. Peter tomó esa mano y ambos se abrazaron. Sus dedos se cernieron sobre la mano de Becca, y lágrimas frescas cayeron por su cara, pero no hubo sollozos ahora, sólo lágrimas tan tranquilas que no habrías pensado que él estaba llorando si no las veías.

—Ella estará bien —dijo Edward. Peter le miró, como si él no estuviera seguro de creerle, pero él quería hacerlo. Pero se alejó de ellos, frotándose las lágrimas de su cara con sus manos.

—¿Puedo tener una pistola? —Yo abrí mi boca para decir, no, pero Edward habló primero.

—Dale tu Firestar, Anita.

—Estás de broma —dije.

—Le he visto disparar. Puede manejarla.

Yo había seguido las órdenes de Edward por un rato. Normalmente tenía razón pero…

—Si bajamos, le quiero armado. —Edward me miró, y el peso de sus ojos fue suficiente. No quería que Peter y Becca fueran tomados otra vez. Si él ponía una pistola en la mano de Peter, ellos le matarían sin torturarle. Si ocurría lo peor, Edward había decidido como saldría el chico. Y, Dios me ayude, estaba de acuerdo. Saqué la pistola de la cintura de mis pantalones.

—¿Por qué la Firestar?

—La empuñadura es más pequeña.

Se la entregué a Peter, sintiendo vagamente como pervertía a un niño, o quizás le corrompía.

—Tiene nueve si llevas una en la recámara. Sólo tiene ocho. El seguro está aquí. —Tomó la pistola y quitó el seguro para comprobarla, luego pareció vagamente avergonzado.

—Ted dice que siempre hay que comprobar si algo está cargado. —Volvió a poner el seguro, puso una bala en la recámara para que estuviera lista para disparar.

—Intenta no disparar a ninguno de nosotros —dije.

Comprobó el seguro.

—No lo haré.

Mirando a sus ojos, le creí.

—Quiero volver a casa —dijo Becca.

—Vamos a casa, cariño —dijo Edward.

Edward guió el camino alrededor de la esquina aun llevando a Becca. Peter era el siguiente, y yo estaba en la parte trasera. No quemaría las burbujas de nadie, pero sabía que teníamos un largo camino hacia la seguridad. Teníamos que atravesar a Simon y al resto de sus hombres, sin mencionar a Harold y a Newt y a los chicos locales. ¿Dónde estaban Russel y Amanda? Realmente esperaba verles antes de irnos. Había prometido a Peter que ella nunca le haría daño otra vez. Yo siempre mantenía mis promesas.



SESENTA

El pasillo desembocaba en un gran espacio abierto. Edward paró, y Peter y yo también lo hicimos. Becca aún estaba siendo llevada, así que ella no tenía mucha elección. Mantuve un ojo a nuestra espalda rastreando y esperando a que Edward decidiera que hacer. No podía ver como de grande era el espacio abierto, así que me figuré que era bastante grande para que Edward se preocupara de que nosotros estuviéramos muy al descubierto. Él finalmente se movió lentamente hacia delante, de espaldas a la pared de la izquierda. Cuando pude ver la sala claramente, me di cuenta por qué Edward había dudado. No era sólo el enorme espacio abierto. Había tres túneles a mano derecha, bocas oscuras donde nada podía merodear, como Simon y el resto de sus hombres. Pero había cuatro aberturas con las escaleras hacia arriba. Subir era lo que necesitábamos.

Caminé con mi espalda a la sólida pared detrás de mí, intentando mantener un ojo en el vestíbulo por el que salimos y a los tres túneles a la

derecha. Dejé las escaleras hacia Edward. La subida de las escaleras era estrecha, a penas lo bastante ancha para que dos personas delgadas caminaran juntas. Era una subida fatigosa y tenía un afilado ángulo en la parte superior, una esquina ciega. Yo seguí mirando detrás de nosotros, porque sabía que si los tiradores venían detrás de nosotros y delante de nosotros al mismo tiempo, estábamos muertos. Era un lugar perfecto para una emboscada.

Peter pareció sentir la tensión porque se movió más cerca de Edward, casi tocándole cuando ellos se movieron escaleras arriba. Estábamos a tres cuartos del camino arriba hacia esa primera esquina ciega, cuando Edward dudó, mirando a los escalones. Peter dio una paso extra. Edward le golpeó con su hombro, haciéndole retroceder. Él tiró a Becca a los escalones, aun agarrando su brazo bueno, intentando salvarla de una caída completa. Creo que si sólo hubiera soltado a Becca, él podría haber conseguido que todos saliéramos dañados del camino, pero ese último esfuerzo le costó el segundo que él necesitaba. Vi un borrón de movimiento, y hubo una estaca de madera hincada en la espalda de Edward.

Comencé a ir hacia él, pero él dijo:

—Sube las escaleras, ahora. Dispárales. —No hice preguntas. Subí los últimos escalones tan rápido como pude y me tiré alrededor de la esquina sobre mi costado, y estaba disparando al pasillo antes de ver a lo que disparaba. Harold, Russell, Newt, y Amanda estaban corriendo a otro nivel de escaleras. Disparé hacia ellos, batallando el ángulo para hacer que la ráfaga les golpeara. Los tres hombres cayeron, pero Amanda giró a la esquina por la que había venido. Me aseguré de que los hombres no se levantaran, disparando hacia sus cuerpos, luego me puse de pie y corrí hacia las escaleras detrás de ella. Me agaché en la esquina, pero las escaleras estaban vacías. Joder. No desafiaría la persecución y dejaría a los niños y a Edward solos. Regresé hacia los escalones y patiné sobre la sangre para que acabara sentada en los duros escalones, mi codo golpeó el cuerpo de Harold, y el cuerpo gruñó. Puse el cañón de la pistola contra su pecho cuando sus ojos se agitaron abiertos.

—No hagas el lado de la emboscada ahora. Simon va a estar furioso —dijo él, y el tono de su voz dijo que estaba herido.

—No creo que tengas que preocuparte por Simon más, Harold. No vas a estar por aquí para preguntarle.

—Nunca aprobé hacer daño a los niños —dijo él.

—Pero no lo detuviste —dije. Él tomó una respiración y eso pareció doler, también.

—Simon llamó a alguien por radio. Dijo que había fallado. Dijo que necesitaban limpiar el desorden. Creo que vienen para matarnos a todos.

—¿Quién viene? —Abrió su boca, y creo que me lo hubiera dicho, pero su respiración salió en un largo suspiro. Sentí por el pulso de su cuello, que no estaba allí. Había sabido que estaba muerto, pero aun así lo comprobé. Comprobé a Russell y a Newt sólo para estar segura, pero estaban muertos. Actualmente dejé las pistolas de todos porque no podía llevar más.

Oí voces cuando me acerqué a la curva que me llevaría de vuelta hacia Edward. Joder. Entonces reconocí una de las voces. Era Olaf. Vine por la esquina y encontré a Olaf y a Bernardo arrodillados con Edward. Peter estaba sentado sobre los escalones agarrando a Becca. Ella estaba llorando. Él no. Él estaba mirando a Edward, la cara blanca en shock. Bernardo me señaló primero.

—¿Están muertos?

Asentí.

—Russell, Newt, y Harold. Amanda se fue. —Los ojos de Peter giraron hacia mí, y eran enormes y oscuros en su pálida, pálida cara. Los moratones de su boca destacaban contra su piel como si fuera maquillaje, demasiado brillante para ser real. Edward hizo un pequeño sonido, y Peter se giró de vuelta hacia él.

—Lo lamento, Ted —dijo él—. Lo siento.

—Está bien, Pete. La próxima vez sígueme mejor. —Su voz era tensa, pero Peter pareció tener corazón para hablar de una próxima vez. Yo no estaba segura.

Olaf y Bernardo le habían girado para que pudieran ver el afilado borde de la estaca que había hincada en su pecho. Estaba en la parte superior de su pecho, cerca del hombro izquierdo. Había evitado el corazón o él estaría muerto, pero podía haber roto el saco del corazón, y la sangre podría estar llenando ese saco cuando nosotros mirábamos. O podría haberlo evitado completamente. Estaba bastante arriba para que probablemente evitara los pulmones. Probablemente.

—¿Cómo sabías que estaban de camino? —Pregunté.

—Los oí, —y su voz me recordó a la de Harold, tenso dolor. De repente estaba fría, y no era la temperatura. Comencé a arrodillarme con ellos, pero Edward dijo—: Vigila nuestras espaldas.

Así que me puse de pie, puse mi espalda hacia la pared, y dejé que mi visión periférica intentara mantener el rastro hacia arriba y debajo de las escaleras. Pero mis ojos seguían de vuelta hacia él. ¿Se estaba muriendo? Por favor, Dios, que no sea así. No era sólo Edward. Era la mirada en la cara de Peter. Si Edward moría, Peter se culparía a sí mismo. El chico estaba teniendo una noche bastante mala. Ese tipo de culpa no la necesitaba.

—Dame tu camiseta —dijo Olaf.

Le miré.

—Necesitamos tapar la herida y evitar que la estaca se mueva. No podemos moverla aquí. Está demasiado cerca del corazón. Necesitaremos un hospital.

Estuve de acuerdo con eso.

—Alguien más vigile a los chicos malos mientras me desnudo.

Bernardo se puso de pie y tomó mi lugar en la pared. Noté que había una cuchilla fuera de su funda como un encabezado. La cuchilla estaba manchada con sangre. Me quité la camiseta y se la entregué a Olaf. Él ya se había quitado su chaleco negro Kevlar, empujando su propia camisa alrededor de la herida.

—¿Necesitas la mía? —preguntó Peter.

—Sí —dijo Olaf.

Peter movió a Becca hacia delante sobre su cadera y se quitó la camisa. La parte superior de su cuerpo era delgado y pálido. Era alto, pero el resto de él no lo había alcanzado. Olaf usó los trozos de la camisa de Bernardo para agarrar el vendaje provisional en su lugar. La herida parecía horrible, pero no estaba sangrando mucho. No sabía si era una buena señal o una mala.

—Nosotros tomamos la otra mitad de tu emboscada en este camino de las escaleras —dijo Bernardo.

—Me preguntaba por qué no eran más —dije. Recordé lo que Harold había dicho—. Antes de morir Harold, dijo que Simon llamó a alguien. Les dijo que él había fallado y que necesitaban limpiar el desorden. ¿Eso significa lo que creo que significa? —Edward me miró, cuando Olaf movió más camisas para atar su brazo izquierdo, así él no lo movería y arriesgaría a sacudir la estaca dentro de algo vital.

—Ellos mataran todo lo que encuentren. —Su voz era casi normal, ligeramente sin respiración, un toque tenso—. Quemarán el lugar hasta las

cenizas. Quizás ellos incluso pongan tierra. —Creo que lo último era la herida hablando, pero nunca se sabía con Edward. Olaf levantó a Edward, pero la diferencia de peso era demasiado. Edward no pudo mantener su brazo sobre los hombros del gran hombre.

—Bernardo tendrás que ayudar tú.

—No, Anita puede hacerlo. —Olaf abrió su boca para discutir, creo, pero Edward dijo:

—Bernardo solo tiene un brazo bueno. Necesita ese para disparar.

Olaf cerró su boca en una tensa línea, pero me entregó a Edward. Puse mi brazo izquierdo alrededor de su cintura. Intentamos un par de pasos, y funcionó bien. Olaf guió el camino. Yo era la siguiente con Edward, luego Peter, llevando a Becca abrazada alrededor de su cuerpo como un pequeño mono triste. Bernardo estaba en la parte de atrás. Olaf miró hacia los cuerpos de los hombres muertos cuando pasó. Habló sin mirarme.

—¿Tú hiciste esto?

—Sí. —Normalmente habría salido con algo sarcástico como—: ¿viste a alguien más?— pero estaba demasiado preocupada por Edward para malgastar el esfuerzo. El sudor estaba saliendo de su cara, como si fuera demasiado seguir. El problema era, que llevarle como un bombero molestaría la estaca, y si alguno de nosotros podía llevarle en sus brazos, era Olaf, pero eso significaba que no sería capaz de disparar. Nosotros necesitábamos la pistola.

—¿Estás bien, Edward? —pregunté.

Él tragó antes de decir:

—Bien.

No le creí, pero no pregunté otra vez. Esto era probablemente tan bueno como iba a conseguir por un rato. Edward intentó girar y decir algo a los niños, pero eso dolió, y yo tuve que girarle, moviéndonos ambos para hacer frente hacia atrás.

—Cubre los ojos de Becca, Peter.

Peter había enterrado la cara de Becca contra su hombro y mantuvo su mano presionando la parte de atrás de su cabeza. Él no tenía la Firestar en su mano. Me pregunté dónde estaba pero no quise preguntar. Me giré con Edward, y nosotros comenzamos a subir las escaleras otra vez. Olaf casi estaba en la siguiente curva en las escaleras, cuando paró. Estaba mirando hacia abajo por los escalones. Me congelé y dije:

—Que nadie se mueva.

—¿Es una trampa? —preguntó Edward.

—No —dijo Olaf.

Entonces lo vi, delgados regueros de sangre bajando por los escalones hacia nosotros. Giraba a los pies de Olaf y goteaban su camino hacia Edward y yo. Peter no estaba tan lejos de nosotros. Él preguntó:

—¿Qué es eso?

—Sangre —dijo Olaf.

—Por favor dime que es obra tuya, Olaf —dije.

—No —dijo él. Observé la sangre fluir alrededor de mis Nikes y supe que nuestros problemas sólo habían empeorado.



SESENTA Y UNO

Apoyé a Edward contra la pared. Él quería que estuviera libre para disparar si Olaf me lo decía. Olaf siguió explorando primero y ver cuál era el problema. Desapareció alrededor de esa esquina, y me presioné hacia la pared y echar una breve mirada delante. Las escaleras acababan justo delante. Las luces eléctricas mostraban una cueva, creo. Las luces brillaban sobre sangre y cuerpos. Olaf retrocedió, y volvió hacia nosotros otra vez.

—Puedo ver la salida.

—¿De quiénes son los cuerpos?

—Los hombres de Riker.

—¿Qué les mató?

—Creo que es nuestro asesino bestia. Pero no hay otra manera de salir. La otra entrada ha sido bloqueada por una explosión. Tenemos que salir por este camino. —Me figuré que si nuestro asesino bestia nos estaba esperando arriba, Olaf hubiera tenido más éxito. Así que volví hacia

Edward. Su piel era del color de la mala pasta. Sus ojos estaban cerrados. Se abrieron cuando le toqué, pero estaban más brillantes de lo que deberían estar—. Casi estamos fuera —dije. Él no dijo nada, sólo me dejó poner su brazo sobre mi hombro. Aún estaba agarrado sobre mí, pero cada paso que dábamos, mi brazo alrededor de su cintura estaba tomando más y más de su peso—. Aguanta, Edward, sólo un poco más.

Su cabeza se sacudió como si él me hubiera oído, pero sus pies seguían moviéndose conmigo. Íbamos hacerlo, todos nosotros. La sangre era más espesa cuanto más caminábamos. Edward resbaló en ella, y tuve que cogerle y apenas me las arreglé para mantenernos a ambos de pie. Pero fue un movimiento repentino, y soltó un pequeño sonido de dolor. Mierda.

—Vigila tus pasos, Peter —dije—. Está resbaladizo.

Olaf nos estaba esperando hacia los cuerpos. Sólo había tres de ellos. Uno era una mujer que no reconocí, pero reconocí la pistola cerca de su cuerpo. Era uno de los hombres de Simon. Simon estaba tumbado en la piscina de sangre y oscuros fluidos. La parte baja del pecho completa, estómago y abdomen estaban abiertos. Sus intestinos salían hacia la cueva del suelo, pero sus ojos aún estaban parpadeando hacia arriba, aún estaba vivo. El tercer cuerpo era de Amanda, y aún se estaba moviendo, también. Pero Olaf la había cubierto, así que mantuve mi atención en Simon. Sonrió hacia nosotros.

—Al menos maté al Director de la funeraria.

—Él no está casi tan muerto como tú, —dije.

—Están todos muertos, puta.

—Sabemos que invitaste compañía —dije.

Sus ojos parecían desconcertados.

—Jódete. —Sus manos estaban a pulgadas de su pistola que aún estaba en el suelo a su lado. Destripado, moribundo, con más dolor del que podía imaginar, y él intentaba coger su pistola. Caminé hacia su mano, clavándola en la tierra. Más fuerte para hacerlo de lo normal con Edward colgado sobre mí, pero me las arreglé.

—Peter, tú y Becca vayan con Bernardo delante de la cueva. —Apunté el cañón de la pistola en la cabeza de Simon. No podía dejarle atrás porque no confiaba en él a mi espalda. Incluso estando herido, no estaba de acuerdo en darle una oportunidad.

—Espero que el monstruo te destripe, Puta.

—Es Señora Puta para ti —dije y apreté el gatillo. Un disparo a quema

ropa, pero más disparos hicieron eco al mío. Giré, la pistola levantada, y encontré a Peter de pie sobre el cuerpo de Amanda. Vació la Firestar en su cuerpo mientras observaba. Olaf sólo le estaba observando hacerlo. Miré a Bernardo y le encontré agarrando a Becca cerca de la boca de la cueva. Edward comenzó a caer sobre sus rodillas. Me arrodillé con él, intentando mantenerle derecho. Susurró:

—Los niños, fuera, saca… los, —y se desmayó. Olaf estuvo allí sin preguntarme. Levantó a Edward en sus brazos como un niño. Si el monstruo venía ahora, todos teníamos nuestras manos llenas. Mierda. Peter había agotado las balas, pero él aún apretaba el gatillo, una y otra vez y otra. Fui hacia él.

—Peter, Peter, está muerta. La mataste. Cálmate.

No pareció oírme. Toqué sus manos, intentando levantar la pistola de él. Tiró, violentamente, los ojos abiertos. Siguió disparando al cuerpo de la mujer. Le empujé contra la roca de la pared, fuerte, un brazo a través de su garganta, el otro clavando sus manos que aún sujetaban la Firestar. Sus ojos estaban abiertos y luchaba, pero me miró.

—Peter, está muerta. No puedes matarla más de lo que está.

Su voz se sacudió entonces cuando dijo:

—Quiero hacerle daño.

—Le dolió. Ser descuartizada es una mala manera de morir.

Sacudió su cabeza.

—No es suficiente.

—No —dije—, no es suficiente, pero la mataste, Peter. Eso es tan bueno como la venganza. Una vez les matas, no hay otra manera.

Le quité la Firestar de sus manos, y le liberé. Intenté abrazarle, pero me alejó, luego se fue caminando. El tiempo para ese tipo de consuelo había pasado, pero había otros tipos de consuelo. Destruir cosas dentro de ti que el dolor principal no harían daño. Algunas veces no es una cuestión de si te gusta o no que un trozo de tu alma vaya a perderse. Peter cogió a Becca. Olaf llevaba a Edward. Bernardo y yo tomamos la delantera. Buscábamos surgir de la oscuridad con nuestras pistolas, atrás y delante, atrás y delante. El aire se sentía tan bien contra mi cara, y me di cuenta que realmente no esperaba salir, no viva. El pesimismo, no era para mí.

Bernardo guió el camino de vuelta al círculo de la casa. Intentaríamos el coche de Edward, pero queríamos asegurarnos de que nadie o nada estaba esperando para comernos cuando fuéramos hacia el coche. Olaf era

el segundo, llevando a Edward muy tranquilo. Estaba rezando fuerte para que él estuviera bien, aunque extrañamente se sentía raro rezar a Dios por Edward, como si estuviera rezando en la dirección equivocada. Peter y Becca estaban justo delante de mí. Él tropezó cuando nos dirigíamos hacia el charco más espeso. Tenía que estar cansado, pero yo no podía afrontar llevar a Becca. Necesitaba tener mis manos libres para luchar. Sentí el roce pinchazo de la magia. Dije:

—Chicos, hay algo aquí fuera.

Todos pararon y comenzaron a buscar en la oscuridad.

—¿Qué ves? —preguntó Olaf.

—Nada, pero algo aquí afuera está haciendo magia.

Olaf hizo un ruido en su garganta como si no me creyera. Entonces la primera onda de miedo barrió sobre nosotros. Tanto miedo que cerraba la garganta, disparó el latido del corazón, hizo que nuestras palmas sudaran. Becca comenzó a temblar violentamente en los brazos de Peter. Di dos pasos para ayudar a Peter a controlarla, pero ella luchó libre, cayendo al suelo, y corriendo como un conejo dentro de la madriguera. Peter gritó:

—¡Becca! —Y fue detrás de ella.

—¡Peter, Becca! ¡Oh, mierda!

Y corrí por la maleza detrás de ellos. ¿Qué más podía hacer?

Les oí justo delante, retumbando a través de la maleza, Peter llamando a Becca. Tuve una sensación de movimiento hacia mi derecha, y vi algo. Era más grande que un hombre e incluso a la luz de la luna podías ver que era de diferentes colores. Disparé hacia eso cuando abrió una enorme boca afilada, pero la garra seguía viniendo hacia mí, como si las balas no fueran nada. La garra cercana se cerró en mi cabeza. Me tiró y golpeé el duro suelo. La oscuridad giró a través de mi visión, y cuando pude ver otra vez, la cosa estaba justo sobre mí. Mantuve mi dedo sobre el gatillo, hasta que el cargador se vació. El monstruo nunca dudaba. Llenó mi visión con una cara que era casi como un pájaro, y tuve un momento para pensar que era bastante buena antes de que me golpeara otra vez, y no hubo nada excepto oscuridad.



SESENTA Y DOS

Me desperté al instante, mi piel saltaba con un torrente de magia que me dejó sin aliento. Mi cuerpo tenso, se movía como el poder cabalgaba sobre y a través de mi cuerpo en una oleada de fuego que seguía creciendo. Mis manos y piernas estaban tensas contra las cadenas que me sujetaban. ¿Cadenas? Me volví y miré mis muñecas, la cabeza todavía dolía, mi cuerpo sacudido por el poder rugió a través de mí. Mis brazos y piernas se sacudieron bruscamente, no porque estaba luchando contra las cadenas, sino como una reacción al poder.

La magia comenzó a desvanecerse, dejando mi aliento viniendo en los pantalones. Una cosa que yo conocía. Si no mantenía mi respiración bajo control, iba a hiperventilar. Al parecer de nuevo estaba mal. Dios sabía que me despertaba a una segunda vez. Me concentré en mi respiración, obligándome a estar tranquila y hacerla profunda, incluso, en respiraciones normales. Es difícil ser totalmente presa del pánico cuando estás haciendo

ejercicios de respiración. Sirvió como una falsa tranquilidad sobre mi cuerpo y mi mente. Pero me dejaba pensar, era bueno.

Estaba acostada sobre mi espalda, encadenada a una superficie de piedra lisa. Había una curva de la pared de la cueva junto a mí, y por encima un techo que se perdía de vista en la oscuridad. Me habría gustado creer que Bernardo y Olaf me habían rescatado y estábamos de regreso en la entrada de la cueva, pero las cadenas arruinaron este agradable pensamiento. Esta cueva era mucho más alta, y, sin mirar sólo se sentía más grande. La luz del fuego rebotaba en las sombras de color naranja a lo largo de la cueva, como estar en una bola de luz y la oscuridad de oro.

Finalmente volví la cabeza hacia la derecha y ver lo que estaba allí, al principio pensé que era Pínotl, el sirviente humano de Itzpapalotl, estuve unos segundos maldiciéndome a mí misma por creer cuando ella dijo que no sabía nada del monstruo, entonces me di cuenta que no era él. Se veía como él. Misma plaza, frente cincelada, la piel oscura, rica, y el corte de pelo negro largo y extrañamente cuadrado, pero este hombre era estrecho a través de los hombros, delgado, y no hubo aire para ordenarle ir hacia él. También llevaba un par de Calzoncillos puestos en lugar de la ropa que Pínotl llevaba.

No era una piedra suave y redondeada como la de la mariposa de obsidiana. Había un cuerpo envuelto en esa piedra. Dibujo las piernas y los brazos, el pelo oscuro y corto, y por un momento pensé que era Nicky Baco, entonces vi el pecho desnudo con más claridad, y era Paulina, la esposa de Nicky. Había un agujero bajo sus costillas como una gran boca abierta. Se había roto su corazón. El hombre desconocido estaba allí sosteniendo el corazón en sus manos, por encima de su cabeza como una ofrenda. Sus ojos parecían negros en la incierta luz. Él bajó los brazos, caminando hacia mí con el corazón en sus manos ahuecadas. Tenía las manos con la sangre tan espesa que parecía que llevaba guantes rojos. Había cuatro hombres en posición de firmes alrededor del altar. Llevaban algún tipo de cuero suave en sus cuerpos, y casi los cubría de pies a cabeza. Había algo malo en lo que llevaban puesto, pero mis ojos no podían darle sentido, y yo tenía otros problemas más inmediatos que lo que llevaban.

Yo llevaba todavía el chaleco de kevlar y todo el resto de mi ropa. Si pretendía tener mi corazón, tendría que llevar la ropa. Era un pensamiento muy reconfortante que el hombre, el sacerdote, se acercara a mí con el corazón en sus manos. Puso el corazón en mi pecho y empezó a cantar en

un idioma que sonaba como el español, pero no lo era.

La sangre goteaba desde el corazón, salpicó sobre el chaleco. Esto me hizo saltar. La calma de los ejercicios de respiración se estaba desgastando. Yo no quería que me tocara con esa cosa. No era ni siquiera la lógica, el miedo de algún hechizo o magia. Era repulsión pura. Yo no quería ser tocada por un corazón que había sido arrancado del cuerpo de alguien. He puesto mi parte de participaciones a través de los corazones. Incluso he cortado algunos, pero de alguna manera esto era diferente. Tal vez era porque estaba encadenada e impotente, o quizás era el cuerpo de Paulina tumbado sin vida sobre el altar, como una muñeca rota. La única vez que yo la había encontrado me había parecido que ella había sido tan fuerte, que me amenazaba con un arma, pero mucha gente lo había hecho. Edward solía hacer eso todo el tiempo. Partiendo de una relación en la punta de un arma no significa que no pueden ser amigos en el camino. A menos que uno esté muerto. No hay amistad ahora. No hay nada por Paulina.

El hombre terminó el canto y comenzó a bajar el corazón hacia mí.

Me esforcé en contra de las cadenas aunque sabía que era inútil, y le dije:

—No me toques con eso.

Parecía seguro y fuerte, pero si entendía el inglés, yo no podría decir porque seguía bajando las manos con sangre, más y más. Puso el corazón en mi pecho, y yo estaba casi tan agradecida de que el Kevlar no me dejaba tener la sensación en mi piel, había sido por la protección adicional de las balas.

El corazón puesto sobre mi pecho como sólo carne. No había magia en él. Se acababa de morir. Entonces el corazón tomó aire, o eso es lo que parecía. La piel subía y bajaba. Estaba sobre mi pecho desnudo, y adjunto a la nada y por impulsos. De repente yo era consciente de mis propios latidos. En el momento en que me di cuenta de mis latidos, el corazón de Paulina tartamudeó, y luego empezó a golpear al mismo tiempo que el mío. Y en el momento de que los ritmos eran compartidos, pude oír un segundo corazón latir. Salvo que el corazón de Paulina no tenía sangre para bombear, ni un pecho dónde resonar. Debería haber sido un sonido débil frente a la cosa real, pero era un pulso sólido y rítmico. Era como si el sonido me alcanzara a través del chaleco, a través de mi piel, mis costillas, y me partiera el corazón. El dolor era agudo e inmediato, el robo de mi aliento, incliné la espalda.

—Sujétenla —gritó el hombre.

Los hombres que habían estado de pie junto el altar corrieron hacia mí, con las fuertes manos presionándome sobre las piernas, sujetándome los hombros. Mi columna intentó arquearse por el dolor, y un tercer juego de manos presionó mis muslos, tres de ellos me depositaron en la piedra, me obligaron a viajar con el dolor y no luchar.

El corazón de Paulina latía más y más rápido, con vivacidad, exceso de velocidad, hacia alguna gran culminación. Mi corazón tronó contra mis costillas, como si se tratase de lágrimas suelta de los tejidos. Era como si un puño golpeara en el interior de mi pecho, tratando de abrirse una salida. Yo no podía respirar, como si todo lo de mi pecho se viera atrapado en la carrera desenfrenada, y no hubiera tiempo para nada más.

El dolor se centró en mi pecho, pero se extendió por mis brazos, piernas, llenándome la cabeza hasta que pensé que tal vez no sea mi corazón, lo que explorara. Podría ser la parte superior de mi cabeza.

Podía sentir los dos corazones como amantes separados por una pared, derrumbando entre ellos hasta que se pudieran tocar. Hubo un momento en que sentí el tacto, sentí las espesas paredes húmedas de dos órganos entre sí. Tal vez era sólo el dolor. Entonces el corazón se paró como una persona atrapada en medio de movimiento, y mi corazón se detuvo con él. Por un instante el aliento de mi corazón se sentó en mi cuerpo y no hizo nada, como esperando. Luego dio un golpe, luego otro, y me llenó el aire en mis pulmones en una carrera frenética, y tan pronto como lo tuve, grité. Entonces me quedé allí, escuchando el latido de mi corazón, sintiendo cómo el dolor empezaba a desvanecerse como el recuerdo de una pesadilla. Minutos más tarde, el dolor había desaparecido. Mi cuerpo ni siquiera estaba herido. De hecho, me sentía llena de energía, maravilloso.

El corazón en mi pecho se había encogido en un gris, utilizado pedazo de carne. No era reconocible como un corazón, sólo una bola seca más pequeña que la palma. Parpadeé y vi el rostro del hombre con los hombros hacia abajo. Estaba segura de que había estado mirándome durante un tiempo, pero yo no lo había visto o no había entendido lo que estaba viendo. Llevaba una máscara sobre su rostro. Sólo sus labios, los ojos y los oídos se mostraban a través de la delgada cubierta. Su cuello estaba desnudo, y luego un cuello de arco irregular de la misma tela de la máscara le cubría. Creo que parte de mí sabía lo que estaba viendo, antes de que el resto de mí lo aceptara. No fue hasta que cumplí mi cabeza todo lo que

pude a un lado, y vio las manos que yo sabía lo que llevaba. Las manos vacías agrupadas en sus muñecas como la cojera, carne de encaje. Era la piel humana. Por fin había localizado lo que había ocurrido a algunos de los que habían perdido la piel.

Los ojos que miraba de esa cosa horrible eran marrones y muy humanos. Miré hacia abajo a la línea de mi cuerpo y encontraré que los otros dos hombres llevaban las mismas cosas en las piernas, pero las pieles no eran todas de los mismos colores. Una oscura, dos claras. Habían sido cosidos con un grueso cordón a través de ella, donde los pechos y pezones habrían estado, por lo que no había ninguna pista de si la piel había sido de hombre o mujer. El primer hombre que había visto dio un paso adelante.

—¿Cómo te sientes?

Su inglés tenía un fuerte acento, pero claro. Le miré por un segundo. Tenía que estar bromeando.

—¿Cómo voy a sentir? Me desperté en una cueva en la que se acababa de realizar un sacrificio humano. —Mire al hombre que aún me sujetaba—. Estoy siendo presionada por hombres vestidos con trajes de piel humana desollada. ¿Cómo diablos me voy a sentir?

—Estoy preguntando por tu salud corporal. Nada más —dijo.

Empecé a decir algo más sarcástico, pero me detuve y me puse a pensar en su pregunta. ¿Cómo me sentía? En realidad, me sentía bien. Me acordé del torrente de energía y bienestar que se había extendido sobre mí cuando el hechizo se terminó. Todavía estaba allí. Me sentía mejor de lo que me había sentido en días. Si no hubiera requerido el sacrificio humano, habría sido un buen tratamiento médico.

—Me siento bien.

—¿No hay dolor de cabeza?

—No.

—Bien —dijo. Hizo un gesto, y los tipos de las pieles se apartaron de mí. Ellos regresaron contra la pared con el cuarto hombre que no había sido necesario para sostenerme. Se quedaron como buenos soldados, en espera de sus próximos pedidos. Me volví a mirar el otro tipo. Todos en la habitación daban miedo, pero al menos no era alguien que llevara la piel de alguien más.

—¿Qué me hiciste?

—Te hemos salvado la vida. La criatura de nuestro maestro era demasiado entusiasta. Había sangre en tu cabeza. Te necesitábamos viva.

—Pensé en ello—. Has utilizado la fuerza vital de Paulina para curarme.

—Sí.

—Honestamente, estoy contenta de estar viva. —Miré más allá de él en el cuerpo de Paulina falsamente roto y olvidado—. Pero ella no se ofreció voluntariamente para el cambio de su vida por la mía, ¿no?

—Nicky Baco comenzó a sospechar del precio que tendría que pagar por la bendición de nuestro señor. Era un rehén para asegurarse de que llegara a nuestra última reunión —dijo el hombre.

—Déjame adivinar. No apareció —dije.

—Él ya no responde a la llamada de nuestro amo.

Aparentemente, Ramírez había seguido mi consejo de que Leonora Espinoza hiciera algún tipo de barrera mágica en torno a Nicky por lo que no se pudo contactar a su maestro. Es bueno saber que estaba trabajando, pero intenta hacer lo correcto y termina encima consiguiendo a alguien muerto. ¿Por qué era siempre la forma en que funcionaba? Pero admito que yo estaba más feliz por mí, que pena por Paulina. No sobre el cambio de su vida por la mía, pero si Nicky estaba siendo protegido por arte de magia, entonces él y la policía estaban en camino. Todo lo que tenía que hacer era detener y evitar que hicieran lo que fuera que habían planeado para mí.

—Así que cuando Nicky no se presentó, no tenían la necesidad de mantenerla viva. —Mi voz sonaba tranquila, pero mejor que eso, yo estaba en calma. Una calma anormal, Pero la fría calma distante que aprendías hacer durante las cosas realmente malas, o corrías gritando. Que había hecho con todos los gritos que pensaba dar esta noche.

—Su vida no importa. La tuya si.

—Estoy contenta de estar viva, y no te lo tomes a mal, pero ¿por qué te importa si vivo o muero?

—Te necesitamos —dijo una voz masculina detrás de mí. Tuve que arquear mi cuello y estirar mi cabeza hacia atrás para ver al propietario de esa segunda voz. Yo no vi al hombre en primer lugar, porque estaba rodeado de los desollados. Hubiera sabido que Edward estaba preocupado de que había perdido algunos órganos. No tenía ni idea. Debía haber habido veinticinco, treinta y cinco cadáveres reanimados de pie detrás de mí. Habían estado de pie tan tranquilamente, yo no los había oído ni percibido. Se quedaron allí ahora como robots con el interruptor de apagado, en espera de vida para volver. Los zombis nunca consiguen esa tranquilidad, nunca tienen ese vacío. Al final, cuando empiezan a podrirse habría que

ponerlos de nuevo en la tumba antes de que se fundieran en pequeños charcos, estaban más a salvo que aquí. Me di cuenta en ese instante que se plantearon los órganos, pero la persona dentro de ese cuerpo no se planteó. El capitán se comió lo que los hizo personas. Comía lo que les hizo más que músculo y tanta piel. No se comió las almas, porque yo había visto una de ellos en una casa donde dos más de los desollados se habían hecho. Pero él sacó algo de sus cuerpos, algo de memoria o resto que queda en cuando resucitó a los muertos. Se quedaron como piedras talladas de carne, completamente vacía. Al menos los que están en el hospital habían pretendido que todavía seguían vivos. No había ninguna pretensión aquí.

Mis ojos finalmente encontraron al hombre. Llevaba un casco de acero y la coraza como los libros de historia son siempre los conquistadores muestran desgaste, pero el resto del equipo fue sacado de una pesadilla.

Llevaba un collar de lenguas, y todos estaban aún frescas y rosa, ya que sólo habían sido cortadas hacía unos segundos. Llevaba una falda de los intestinos que se retorcían y retorcían como serpientes, como si cada capítulo de brillante espesor tuviera una vida propia e independiente. Sus brazos estaban desnudos, fuertes y musculosos, y cubiertos por los párpados que les faltaban a las víctimas. Cuando él se acercó, los párpados abiertos y cerrados. Él vino a mi lado, junto al primer hombre. Los párpados parpadearon y había agujeros en forma de ojo debajo de cada tapa que vi. Los agujeros de la oscuridad y celebraban la fría luz de las estrellas.

Me volví porque me estaba acordando de los ojos estrellados de Itzpapálotl. Yo no quería caer en esos ojos. En ese segundo si me había dado una elección, había tomado el vampiro de la ciudad a la cosa que estaba de pie delante de mí.

Después de lo que había visto en la escena del crimen, lo que esperaba era sentir el mal que emanaba de él, pero no había mal. No era el poder como estar al lado de una batería del tamaño del edificio Chrysler. La energía tarareaba mi piel, pero era energía neutra. Ni bueno ni malo en sí mismo, la forma en un arma de fuego no es ni buena ni mala, pero puede ser hacia fines aviesos.

Me quedé mirando la línea de su cuerpo, y la lengua se movió como si todavía estuviera tratando de gritar. Se quitó el casco y mostró un delgado, hermoso rostro que me recordó a Bernardo, no la pura etnia azteca que había estado esperando. Había orejeras de color turquesa en sus lóbulos, y juego con el color azul verdoso de sus ojos. Él me sonrió, con un rostro

fresco. Podía sentir el peso de la edad en su mirada como un enorme peso que ejerce presión sobre mí, Como si sólo tener esta cercanía lo hacía difícil para respirar.

Alargó la mano para tocar mi rostro, y me eché hacia atrás. Un movimiento que parecía romper su poder sobre mí. Me podía mover. Yo no podía respirar. Si podía pensar. Había estado en el extremo receptor de glamour mágico suficiente para saber cuándo lo sentía. O eres un dios, o no lo eres. No lo era. Y no fue sólo mi muestra del monoteísmo. Sentí la magia de los monstruos y bestias sobrenaturales de todo tipo, y yo conocía a uno, cuando lo veía. El poder no te convierte en una deidad. No sé exactamente lo que hace, pero el poder no es todo. Algunas chispas de lo divino no estaban en la que se contempló frente a mí. Si era sólo un monstruo, tal vez podríamos hacer frente.

—¿Quién eres? —Y yo estaba feliz de que mi voz estaba segura, normal.

—Yo soy el *marido de la Roja*. —Me miró con ojos tan pacientes, tan amables—. ¿Crees que los ángeles deben tener los ojos así?

—La *mujer roja* es la frase azteca de sangre. ¿Qué significa, qué eres el *marido de la sangre*?

—Yo soy el cuerpo, y ella es la vida —dijo como si respondiera a mi pregunta. No lo hizo.

Algo húmedo y pegajoso me tocó la mano. Dio un respingo, pero la cadena no me dejó ir muy lejos. La duración de la animación intestinal seguía en mi mano, acurrucándose como un obsceno gusano. Me tragué un grito, pero no podía mantener la aceleración del pulso.

Se reía de mí. Era una risa muy normal para un aspirante a dios, pero fue muy bien condescendiente y tal vez así es como los aspirantes a dioses se reían. Pero fue una condescendencia masculina particularmente, largamente pasada de moda. La risa, dice, «pequeña chica tonta, ¿no sabes que yo soy el hombre grande y fuerte, y tú no sabes nada, y yo lo sé todo?». O tal vez estoy demasiado sensible.

—¿Por qué los intestinos? —pregunté. La sonrisa cayó alrededor de sus bordes. Cara amable parecía un rompecabezas.

—¿Te estás burlando de mí?

El intestino cayó de mi mano como un dato que había rechazado. Bien por mí.

—No. Sólo me preguntaba por qué intestinos. Tú obviamente sólo

animas cualquier parte del cuerpo. Puedes seguir separado de parte que se descomponen como las pieles que llevaban tus hombres. Con todo eso para elegir, ¿por qué los intestinos de las personas y no algo más? —La gente adora hablar sobre sí mismo. Cuanto más grande el ego, más lo disfrutaban. Esperaba que *El marido de la mujer roja* fuera igual a los demás, al menos en esto.

—Llevo las raíces de sus cuerpos para que así todos lo que me vean sepan que mis enemigos son cáscaras vacías y tengo todo lo que era suyo.

Hice una pregunta tonta.

—¿Por qué las lenguas?

—Así las mentiras de mis enemigos no serán creídas.

—¿Los párpados?

—Yo abriré los ojos de mis enemigos para que ellos nunca los puedan cerrar otra vez a la verdad. —Estaba respondiendo a las preguntas tan amablemente que decidí intentar más.

—¿Cómo les quitaste la piel a la gente sin usar una herramienta de ningún tipo?

—Tlaloci, mi sacerdote, llamó a la piel de sus cuerpos.

—¿Cómo? —pregunté.

—Clonó mi poder —dijo él.

—¿No quieres decir el poder de Tlaloci?

Frunció el ceño otra vez.

—Todo su poder deriva de mí.

—Seguro —dije.

—Soy su maestro. Él me obedece en todo.

—Suena como si te perteneciera.

—No sabes lo que estás diciendo. —Estaba enfadando. Probablemente no era lo que yo quería. Intenté otra pregunta más delicada.

—¿Por qué tomas los pechos y los penes?

—Para alimentar a mi subordinado. —No hizo nada, pero de repente sentí el aire en la caverna moverse, y fue como si las sombras mismas se dividieran como una cortina revelando un túnel de treinta pies desde donde yo estaba tumbada. Algo se arrastró fuera del túnel. La primera impresión fue un verde brillante iridiscente. Las escalas cambiaron de color en cada giro de la luz. Primero verde, luego azul, luego azul y verde todo en uno, luego blanco perla más brillante de lo que pensé que debería haber sido, hasta que giró su cabeza y destelló un punto débil blanco. Las escalas de

verde estuvieron más cerca del azul real cuando el color se movía hacia la cabeza, hasta que el cuadrado hocico fue un azul claro puro de color del cielo. Había un fleco de plumas delicadas en un arco iris de colores alrededor de esa cara. Se giró y me miró, abanicando las plumas alrededor de su cabeza escalada en una exposición que habría sido la envidia de cualquier pavo real. Sus ojos eran redondos y enormes, tomando mucho de su cara como los ojos de un pájaro de presa. Un par de delgadas alas estaban dobladas en su espalda, el arco iris de colores en el fleco, pero supe al ver que en la parte inferior las alas serían blancas. Se empujó sobre las cuatro patas. Conteniendo las alas, era un animal de seis miembros.

Era un *Quetzalcoatl Draconus Giganticus*, o al menos esa era la última clasificación del latín de la que era consciente. Algunas veces ellos eran clasificados como una sub-especie de dragones, algunas veces como una sub-especie de gárgolas, y algunas veces tenían su propio grupo de todos ellos. Cualquier clasificación, el *Giganticus* era el más grande y supuestamente extinguido. El *Spaniards* había matado a muchos de ellos para desanimar a los nativos de quienes tenían miedo, y porque era sólo lo que el europeo hacía. Veo un dragón, lo mato. No era una filosofía compleja.

Sólo había visto fotografías en blanco y negro, y uno disecado en el Museo de Chicago Field. Las fotos no estaban cerca de hacerle justicia, y el disecado, bueno, quizás era un trabajo malo de taxidermo. El brillo en la habitación era un brillante giro de color y músculo. Era literalmente una de las cosas más maravillosas que había visto nunca. Era probablemente también lo que había destripado a la gente. Abrió su hocico azul cielo y bostezó mostrando hileras de dientes como sierras. El sonido de sus garras repiqueteó sobre el suelo de piedra como algún perro de pesadilla.

El marido de la mujer roja dejó su yelmo español en la piedra de mis piernas y fue a saludar a la criatura. Descendió su cabeza para ser acariciado, como un perro. Le golpeó sobre las crestas del ojo e hizo un sonido bajo, girando, los ojos cerrándose hasta una rendija. Estaba ronroneando. Le envió lejos con un empujón juguetón contra uno de sus musculosos hombros. Yo le vi desaparecer a través del túnel como si no fuera real.

—Creía que estaban extinguidos.

—Mi subordinado ayudó a traernos a este lugar, luego durmió un mágico sueño, esperando a que me levantara.

—No sabía que los *Quetzalcoatl* pudieran hibernar.

Frunció el ceño otra vez y vino a colocarse en mi cabeza.

—Sé lo que significa la palabra hibernar, pero fue un sueño mágico, hecho por los últimos de mis sacerdotes guerreros. El sacerdote se sacrificó a sí mismo, poniéndonos a todos en un sueño encantado, sabiendo que no había nadie para ayudarle, y que él moriría solo en este extraño lugar antes de que me levantara.

Sueño encantado. Sonaba como la Bella Durmiente.

—Eso es lealtad verdadera, sacrificarte por el bien.

—Me alegra que estés de acuerdo. Eso hará lo que tiene que ocurrir mucho más fácil. —No me gustó el sonido de eso. Quizás los halagos no eran la manera de seguir. Intentaría algo más normal para mí, sarcasmo, y vería si eso nos alejaba del tópico de mi difícil muerte.

—No te debo ninguna lealtad. No soy una de tus seguidores.

—Sólo porque no lo comprendes —dijo él, y esos ojos sonrientes me miraron con una mirada de casi perfecta paz.

—Eso es lo que Jim Jones dijo justo antes de que diera a todos el Kool-Aid.

—No conozco ese nombre, Jim Jones. —Entonces giró su cabeza hacia un lado, y me recordó a Itzpapalotl cuando escuchaba las voces de yo no podía oír. Ahora me di cuenta que sólo sería una manera de acceder a los recuerdos de otras personas—. Ah, ahora sé quién es. —Me miró con esos ojos tranquilos y beatíficos—. Pero yo no estoy loco. Soy un dios.

Se estaba distrayendo, como si le importara que yo creyera que él era un dios. Si él tenía que convencerme que él era divino antes de matarme, entonces estaba a salvo. Podía matarme, pero nunca me convencería de que era un dios. Frunció el ceño.

—No me crees. —Sonaba sorprendido otra vez. Y me di cuenta que a pesar de todo su poder, él parecía joven. Las edades rugían a través de los ojos en sus brazos como si pudiera ver de vuelta al principio de la creación, pero él, él mismo, parecía joven.

O quizás él sólo no estaba acostumbrado a que la gente no se tirara al suelo y le adorara. Si eso era todo lo que él hubiera sabido de su existencia, entonces todos los que no lo adorasen podrían estar horrorizados.

—Soy un dios —repitió, y su voz tuvo ese tono condescendiente otra vez.

—Lo que tú digas. —Pero me aseguré que mi duda se mostrara en mi

voz. Frunció el ceño más profundo, y otra vez estaba recordando la fuerza de un niño haciendo pucheros. Un niño malcriado y haciendo pucheros.

—Debes creer que soy un dios. Soy *El marido de la mujer roja*. Soy el cuerpo que será vengado en esos que destruyeron a mi gente.

—¿Te refieres a los Conquistadores Españoles?

—Sí —dijo él.

—No hay muchos conquistadores en Nuevo México —dije.

—Su sangre aún corre en las venas de los hijos de los hijos de sus hijos.

—No te ofendas, pero no conseguirás esos ojos azul turquesa de ningún local. —Frunció el ceño otra vez, y pequeñas líneas se formaron entre sus ojos. Si él seguía hablándome, iba a conseguir frunciendo las líneas.

—Soy un dios creado por las lágrimas de mi gente. Soy el poder que fue dejado de los Aztecas, y soy la magia que el Español hizo carne. Nosotros usaremos su propio poder para destruirles.

—¿No es un poco tarde para destruirles? Cerca de quinientos años demasiado tarde.

—Los dioses no consideran el tiempo como los hombres.

Creí que él creía lo que estaba diciendo, pero también pensé que él estaba razonando. Él hubiera pateado los culos de los españoles hace quinientos años si él hubiera sido capaz de hacerlo. Quizás se mostró en mi cara porque dijo:

—Era un dios nuevo entonces, y no tenía la fuerza para derrotar a nuestros enemigos, así que el *Quetzalcoatl* me trajo aquí para esperar hasta que creciera en bastante fuerza para nuestro propósito. Estoy listo para guiar a mi armada hacia delante ahora.

—Así que estás diciendo que te llevó quinientos años para que tú pasaras de un dios pequeño a un gran dios infernal, de la manera en la que la sopa necesita hervir durante un tiempo realmente largo antes de que sea sopa. —Rió.

—Piensas de una manera rara. Estoy triste de que mueras pronto. Te haría la primera de mis concubinas, y la madre de los dioses, para que los niños que nacieran de ti fueran grandes hechiceros, pero tristemente, tengo necesidad de tu vida. —Estábamos volviendo a matarme, y no quería estar ahí. Su ego pareció bastante frágil para una deidad. Había visto cuan frágil.

—La oferta no suena muy atractiva, sin ofender. —Me sonrió, los dedos viajando a lo largo de mi brazo.

—Que nosotros tomemos tu vida no es una oferta. Es un hecho.

Le di mi mejor mirada inocente.

—Pensaba que me estabas ofreciendo ser tu concubina, ¿la madre de los dioses?

Frunció el ceño más duro.

—No te ofrecí una oportunidad de ser mi concubina.

—Oh —dije—. Lo siento. Te malinterpreté. —Sus dedos aún estaban tocando mi brazo, pero ellos estaban como si él hubiera olvidado que me estaba tocando.

—¿Rechazarías mi cama? —Sonaba verdaderamente perplejo. Genial.

—Si —dije.

—¿Es tu virtud lo que estás protegiendo?

—No, es tu oferta particular la que no me atrae.

Él realmente estaba teniendo problemas con el concepto de que no le encontraba atractivo. Recorrió sus dedos por mi brazo desnudo en un roce haciéndome cosquillas. Me tumbé allí y le miré. Yo estaba dándole algo de lo mejor del contacto visual que le había dado a nadie en este viaje porque si miraba a cualquier lugar más, seguiría viendo varias partes de cuerpos moviéndose por sí mismo. Es difícil para ser dura como las uñas cuando tú lo que quieres es comenzar a gritar. Él tocó mi cara, y le dejé esta vez. Sus dedos trazaron mi cara, delicadamente, gentilmente. Sus ojos ya no parecían pacíficos. No, definitivamente estaba inquieto.

Se inclinó hacia mí como si fuera a besarme, y las pestañas de sus brazos se agitaron en besos de mariposa a lo largo de mi cuerpo. Di un pequeño grito. Se apartó.

—¿Qué pasa?

—Oh, no lo sé. Varios párpados se agitaron contra mi piel, los intestinos que se retuercen como serpientes alrededor de tu cintura, el collar de lenguas intentando lamerme. Escoge uno.

—Pero eso no debería importar —dijo él—. Deberías verme maravilloso, deseable.

—Hice mi mejor movimiento de hombro que pude con mis manos más altas que mis hombros.

—Lo siento, pero no puedo apartar lo que estás llevando.

—Tlaloci —dijo él. El hombre en calzoncillos se acercó, y cayó sobre una rodilla delante de él.

—Sí, mi señor.

—¿Por qué ella no me ve tan maravilloso?

—Aparentemente, el aura de su divinidad no funciona sobre ella.

—¿Por qué no? —Y había enfado ahora en su voz, en esa cara una vez pacífica.

—No lo sé, mi señor.

—Tú dijiste que ella reemplazaría a Nicky Baco. Dijiste que ella era una *nauhuli* como él. Dijiste que ella había sido tocada por mi magia, y era el olor de mi magia lo que lanzó al *Quetzalcoatl* hacia ella. Pero ella miente bajo el toque de mis manos y no siente nada por mí. Eso no es posible si mi magia sube por ella.

Pensaba, y si no es su magia, pero no lo dije en voz alta. ¿Y si era Itzpapalotl? El estar delante de mí casi me había matado desde una distancia. Había rugido sobre mi mente y me tomó, y no habría sido capaz de detenerle. Ahora, él me estaba tocando, y evidentemente intentando cosas en mí, y no estaban funcionando. Lo único que había cambiado era el poder de Itzpapalotl llenándome durante un rato. ¿Eso había hecho la diferencia? Tlaloci estaba de pie, la cabeza aún inclinada.

—Debe ser la magia más poderosa para que funcione aquí, mi señor. Primero Nicky Baco está perdido para nosotros, y ahora este está cerrado a tu visión.

—Ella debe abrirse a mi poder o no puede ser el sacrificio perfecto —dijo *el Marido de la Mujer Roja*.

—Lo sé, mi señor.

—Tú eres el mago, Tlaloci. ¿Cómo puedo deshacer esta magia? —El mago puso algún pensamiento serio en eso. Varios minutos pasaron mientras él pensaba. Yo sólo me tumbé allí sin llamar su atención hacia mí. Finalmente, Tlaloci levantó la mirada.

—Para creer en tu visión, ella debe creer en ti.

—¿Cómo la convenzo para creer que soy un dios si ella no puede sentir mi poder?

Era una buena pregunta, y esperé pacientemente para que Tlaloci la respondiera. Pensó en eso largamente, estaba consiguiendo retrasar el tiempo. Ramírez estaba viniendo. Tenía que creer eso porque mis opciones estaban limitadas a menos que pudiera averiguar una manera de que me desataran. Podía sentir el bolígrafo aún en mi bolsillo con la cuchilla escondida. Estaba armada, si podía liberar mis manos, y si el acero podía cortarle. Por supuesto, estaban los cuatro ayudantes, y Tlaloci, y una pequeña armada de desollados. Así que incluso si el dios podía morir, yo

tenía que hacer algo sobre todos los demás. Ellos probablemente se enfadarían si mataba a su dios. No estaba segura de cómo conseguiría salir de esta.

Si Ramírez no llegaba con la caballería, estaba en la mierda profunda. Edward no estaba fuera buscándome esta vez. Por primera vez desde que vine, me pregunté si Edward estaba vivo. Por favor, Dios, déjale vivir. Pero vivo o no, Edward estaba fuera del juego de rescate por esta noche. Admití que necesitaba ayuda en esto, y la única esperanza con la que podía contar era Ramírez y la policía. Él había llegado tarde al hospital. Si él llegara tarde esta noche, probablemente yo no estaría por aquí para quejarme.

Tlaloci se movió para que su dios le siguiera y alejarse un poco de mí. Creo que ellos estaban susurrando cosas que no querían que supiera. ¿Por qué preocuparse si les oía o no? ¿De que posiblemente estaban hablando que necesitaban esconderlo de mí? Ellos alegremente me dijeron que iban a venir a matarme. ¿Así que qué estaba pasando?

El marido de la mujer roja deshizo el collar de lenguas y se las entregó al sacerdote. Se quitó el peto y uno de los chicos de las pieles vino y lo cogió de él, arrodillándose delante de él. Se quitó la falda de intestinos, y otro tipo de la piel se dio prisa para tomarlo. El «dios» nunca les pidió ayuda. Era casi perfectamente arrogante, pero su ego era frágil, un arrogante que nunca había sido examinado en el mundo exterior. Él era como uno de esos cuentos de hadas de princesas que había crecido en una torre de marfil con la única persona que les decía lo maravillosos que eran, lo inteligentes, lo buenos, hasta que la bruja llega y las lanza una maldición. Quizás yo podía ser la bruja, aunque ciertamente no había conocido una maldición si me golpeaba en el culo. Quizás podía ser el príncipe que venía y le apartaba. En este momento yo no era quisquillosa.

El «dios» llevaba maxilatl como todos en el Mariposa de Obsidiana. Pero este era negro con un fleco pesado de hilo dorado colgando delante. Llevaba sandalias negras con turquesa, lo cual extrañamente no había notado cuando llevaba todas esas partes de cuerpos. Divertido como no te concentras en los pequeños detalles cuando tienes miedo.

Se dirigió hacia mí, mostrando confianza en cada paso. El maxilatl izquierdo en la parte inferior de su cuerpo abierto a un lado desde la cintura a las sandalias. Era una buena longitud desde los muslos, pero ya sabes lo que dicen. Mucho te hace bonito.

—¿Así está bien? —preguntó, con voz clara, casi burlona, sus ojos

contemplaron de nuevo con satisfacción, como si las cosas hubieran ido siempre a su manera, y no veo por qué ahora debería ser diferente. Itzpapalotl había sido arrogante, pero no pacífica.

—Mucho mejor —dije. Pensé comentarle lo mucho que me gustaba ver a los hombres casi desnudos, pero no quería llevarlo a un tono tan obviamente sexual, a menos que me quedara sin opciones.

Se acercó a mí otra vez. Los parpados estaban todavía en sus brazos, como el parpadeo de las luces de las luciérnagas, al azar, y exóticas.

—Es una gran mejora —dije—. No se puede hacer nada con los ojos en los brazos, ¿verdad? —Frunció el ceño de nuevo.

—Son parte de mí.

—Ya veo —dije.

—Pero ellos no son nada a lo que temer.

—Si tú lo dices.

—Quiero que me conozcas, Anita. —Era la primera vez que usó mi nombre. No había pensado en que él lo sabía, hasta ese momento. Por supuesto, Paulina sabía quién era yo. *El marido de la mujer roja* alcanzó mi muñeca derecha, y deshizo ese pedazo de metal que sostenía la manilla cerrada.

El hombre despellejado que seguía de pie al otro lado de la piedra dio un paso adelante, con la mano en el cuchillo de su cinturón. Me quedé inmóvil, sin saber si realmente va iba a permitir tener mi mano libre. El dios levantó la mano libre de la cadena y puso sus labios en la palma de mi mano.

—Tócalos. Mira que no tienes nada que temer de ellos. —Me tomó un segundo para darme cuenta de que «ellos» significaba los ojos de sus brazos. Me sentí aliviada al darme cuenta de que no quería decir nada por debajo de la cintura, y feliz de que no se refería a todos los ojos. No quería tocarlos. No quería tener nada que ver con todo lo que había sido arrancado de un cuerpo muerto, sobre todo mientras esa persona todavía había estado viva. Me tomó la muñeca y trató de llevar mi mano sobre su brazo, pero yo me quedé con el puño apretado.

—¡Tócalo! Anita, suavemente. No te hará daño. —Empezó a acechar mi demora abiertamente, y no podía luchar contra él. Podría haber luchado más duro, tal vez romperle un dedo o dos, para persuadirme, pero al final iba a perder este combate de lucha libre, así que le permití extender mi mano abierta. No quería tener nada roto si podía evitarlo.

Guió mi mano por encima de su brazo, y los párpados temblaron bajo mi tacto. Salté cada vez que uno de ellos parpadeó, pero los párpados en movimiento contra mi piel en una línea de besos de mariposa no era tan espantoso. La piel de las tapas parecían llenas, como si hubiese un ojo detrás de ellos, y no lo había. Ya había visto eso.

—¿Qué hay dentro de ellos? —pregunté.

—Todo —dijo. Lo que no me dijo nada—. Explóralos, Anita. —Apretó uno de mis dedos en el borde de un ojo. Entonces él me instó a que pusiera el dedo dentro del ojo.

Empujé mi dedo en ese ojo que parecía vacío, y había una resistencia como si empujara contra algo delgado y carnoso, entonces mi dedo tocó lo que había dentro. Caliente, un calor que fluía a través de mi mano, mi brazo, y se extendió como una manta sobre mi cuerpo. Me sentía segura, cálida. Me miró fijamente y me pregunté ¿por qué yo no lo había visto antes? Era tan hermoso, tan amable, tan… Mi dedo estaba frío, tan frío que dolía. Era un dolor punzante, justo como el que tienes antes de perder toda la sensibilidad en las extremidades, y se empieza a congelar y se derrama sobre su cuerpo, cayendo en un apacible sueño, nunca lo volvería a despertar. Moví la mano hacia atrás, y parpadeé despertando, con un jadeo.

—¿Qué está mal? —preguntó, y se inclinó sobre mí, tocando mi cara. Me aparté, sosteniendo mi mano contra mi pecho, la mirada fija en él, con temor.

—¿Tienes frío en el interior? —Dio un paso atrás de mí, mostrando sorpresa en su rostro.

—Deberías sentirte segura, cálida. —Se inclinó sobre mí, tratando de que mirara en su ojos turquesas.

Sacudí la cabeza. Sintiendo que estaba regresando en mi dedo un punzante escozor, de manera que la circulación regresa después de la congelación. El palpitante dolor me ayudó a pensar, y a evitar su mirada.

—No estoy segura —dije—, y tampoco tengo calor. —Miré lejos de él, mirando fijamente al tipo ligeramente vestido. Pero la verdad era incluso mejor que mirar fijamente al «dios». El contacto de Itzpapalotl estaba ayudándome, pero tenía sus límites. Si me cayera en sus ojos, donde quiera que fuese, simplemente me matarían, y podría ir de buena gana, con entusiasmo en ese oscuro pasado.

—Me lo estás poniendo difícil, Anita. —Mantuve la mirada fija en la pared del fondo.

—Lo siento, te estoy arruinando la noche.

Acarició la curva de mi cara. Retrocedí como si él me hiriera. Había pensado que estaba intentando retrasar mi muerte. Ahora me di cuenta que yo estaba tratando de retrasar caer en su poder. Ellos me matarían después de eso, pero me gustaría haber desaparecido antes de que el cuchillo cayera. Paulina había ido así, de buena gana, deseosa de complacer, ¿al «dios»? Tenía la esperanza de que, por su bien. Por el mío, aunque no estaba tan segura.

—Quiero creer que tu muerte será un gran propósito.

—Lo siento, no compro tierras pantanosas hoy.

Casi podía sentir su perplejidad como una obra de energía a lo largo de mi piel, sentía ira, lujuria, miedo danzando a lo largo de mi piel de los vampiros y wereanimales, pero nunca había sentido antes la perplejidad. Y no había sentido sus emociones antes de tocar el primer maldito ojo. Él estaba chupándome de una pieza a la vez. Él agarró mi mano.

—No —dijo con los dientes apretados. Podría romperme los dedos en este momento, pero no acaba de abrir y tocar de nuevo. Yo no podía cooperar más con él, ni siquiera para ganar tiempo. Tuve que empezar a luchar ahora con él, o no habría nada de mí. Yo había tenido a los vampiros rodando en mi mente antes, pero nunca había sentido nada como él. Una vez que tuviera una buena ancla en mi mente, no era al cien por cien, seguro de que yo regresara. Hay muchas maneras de morirse. Estar muerto es sólo uno de las más obvias. Si él rodó en mi mente y no quedaba nada de quién era yo, entonces estaba muerta o me gustaría estarlo.

Flexioné mi brazo, mientras lo abrazaba en mi pecho, forzando los músculos para mantenerlo allí. Levantó la muñeca y la parte superior del cuerpo entero con él, pero puse el brazo, con los dedos cerrados en un puño.

—No me hagas daño, Anita.

—No estoy haciendo nada. Hagas lo que hagas, es tu elección para hacerlo, no la mía. —Me puso hacia abajo, con suavidad.

—Podría aplastar tu mano. —Sonaba como una amenaza, pero su voz seguía siendo suave.

—No voy a tocarte de nuevo, así no, no voluntariamente.

—Pero pon tu mano sobre mi pecho, por encima de mi corazón. Eso no es una cosa dura, Anita.

—No.

—Eres una mujer muy testaruda.

—No eres el primero en decirlo —dije.

—No te forzaré.

El hombre desnudo avanzó hasta que estuvo directamente contra la piedra, reflejo de su «dios». Señaló a una hoja de obsidiana y se inclinó sobre mí. Me tense, pero no le dije nada. No podía tocarle otra vez y podría prometer que saldría al otro lado. Si yo fuera a morir, me moriría entera, no poseída por un aspirante a ser Dios.

Pero él no me apuñaló. Él resbaló la punta de la hoja bajo el hombro del chaleco de Kevlar. Kevlar no quiere decir detener un movimiento de la puñalada, pero no es una cosa fácil para cortar a través de ella, sobre todo con un cuchillo de piedra. La mano superficial vacía que decoraba su muñeca tambaleó de un lado a otro, mientras serraba. Me quedé junto a él en la pared del fondo, pero mi visión periférica simplemente no podía deshacerse de esa mano cansada. Finalmente tuve que mirar hacia el techo, pero era sólo oscuridad. Es difícil fijar la vista en la oscuridad cuando hay otras cosas que ver, pero lo intenté.

Casi les preguntó si sabían lo que era el velcro, pero no lo hice. Les tomaría cortar el chaleco con una hoja de obsidiana un rato. Caray, no podía tener que hacer nada más les retrasara. Sería por la mañana cuando la obsidiana cortara el material. Desgraciadamente, no fui la única que dedujo eso.

El hombre volvió a poner la hoja en su vaina y arrancó un segundo cuchillo de una vaina detrás de su espalda, de la manera que llevarías un arma auxiliar. Cuando la levantó a la luz del fuego, que brillaba de plata, acero. Con o sin alto contenido en plata, todavía sería mejor para cortar el chaleco mucho más rápido que la obsidiana. Metió la punta bajo la costura del hombro del chaleco. Finalmente tuve que decir algo.

—Simplemente ¿planeas arrancarme el corazón?

—Tu corazón se mantendrá en el pecho donde le corresponde —dijo, el «dios».

—Entonces, ¿por qué quiere quitarme el chaleco? —Finalmente volvió la cabeza y me miró, aunque no con cualquiera de sus ojos.

—Si no vas a tocar mi pecho con la mano, hay otras partes de tu cuerpo que puedes sentirme —dijo.

Fue casi suficiente para hacerme dar la mano, casi. Yo no confiaba en lo que podría considerar otras partes de mi cuerpo que podía sentir. Pero se

necesitaría mucho tiempo para conseguir bajar el chaleco, y si le diera la mano, no le tomaría ni una hora en total. Y yo necesitaba el tiempo.

El chaleco salió más rápido de lo que parecía. No fue diseñado para enfrentarse a una hoja de sierra. Sacaron las piezas del chaleco de mí, tirando del último trozo debajo de mi espalda.

El marido de la mujer roja se subió a mi lado. Se puso de rodillas, mirándome, aunque no me estaba mirando a la cara. Trazó el contorno de mi sujetador con la punta de un dedo. Detrás de, oh, tan suavemente, a lo largo de mi piel.

—¿Qué es esto? —Trazó en el marco del sostén adelante y atrás, adelante y atrás.

—Ropa interior —dije. Trazó el encaje negro en la parte superior del sujetador.

—Hay tantas cosas nuevas para aprender.

—Me alegra que te guste —dije. No cogió el sarcasmo. Tal vez era inmune a ello.

Hizo lo que yo había pensado que iba a hacer. Se subió encima de mí. Pero sin llegar a la posición misionero normal. Deslizó la parte inferior del pecho presionado contra mí. Con nuestras diferencias de altura, con seguridad puso la ingle por debajo de la mía. Así que no era una violación lo que nosotros estábamos haciendo. Tal vez era simplemente que estaba preocupada por eso. Pero de alguna manera saber que no era sexo fue lo que me asustó más. Había cosas peores que él podría tomar de mí además del sexo, como mi mente.

Su pecho se apretó contra el mío, suave, cálido, muy humano. Nada malo pasó. Cómico, eso no retardó el ritmo frenético de mi corazón, o me hizo mirarlo a los ojos.

—¿Lo sientes? —preguntó.

Miré fijamente la pared de la cueva.

—¿No sé a qué te refieres?

Su pecho se apretó más duro contra mí.

—¿Sientes el latido de mi corazón? —No fue la pregunta que me había estado esperando, así que en realidad pensé en ello. Intenté sentir el latido de su corazón contra mí, pero lo único que sentía era mi propio pulso con pánico.

—Lo siento, todo lo que puedo sentir es el mío.

—Y ese es el problema —dijo.

En realidad lo miré entonces, obtuve una breve visión de su cara, apoyado estrechamente por debajo de mí, la visión sorprendente de sus ojos violeta en esa cara oscura. Miré hacia atrás a la pared.

—¿Qué quieres decir?

—Mi corazón no late.

Traté de sentir su corazón, entonces, intentado sentir el pulso de su vida a través de la piel caliente de su pecho. Concentrándome en lo lento de mi propio corazón. No siempre eres consciente de los latidos del corazón de un hombre contra tu cuerpo, pero cuando están mintiendo pecho a pecho, por lo general lo siento. Pero su pecho se apretó tranquilamente sobre el mío. Moví mi mano libre lentamente hacia él. Se levantó, apoyándose con las manos, para que yo pudiera presionar mi mano contra su pecho. Su piel era cálida y suave, casi perfecta, pero nada venció en la mano. O no tenía corazón, o no le latía.

—Yo soy sólo cuerpo. *La Mujer Roja* no vive en mí. Mi corazón no es un sacrificio adecuado sin su toque. —Eso me hizo mirar hacia detrás de él. Miré sus ojos pacíficos.

—¿Sacrificio? ¿Vas a sacrificarte?

Sus ojos eran gentiles y esperanzadores.

—Voy a ser un sacrificio para los dioses creadores. Es necesario que se alimenten de la sangre de un dios como lo hicieron en el principio del tiempo. —Traté de leer algo en ese hermoso rostro pacífico. Alguna duda, miedo, nada que yo pudiera entender.

—¿Vas a dejar que tu sacerdote te apuñale?

—Sí, pero voy a volver a nacer.

—¿Estás seguro de eso? —dije.

—Mi corazón será lo suficientemente fuerte como para vencer fuera de mi cuerpo, y cuando se vuelva a colocar dentro de mí, los antiguos dioses regresaran del exilio que el Cristo blanco ha impuesto. —Su rostro, más que sus palabras, dijo que él se lo creyó. Yo había leído lo suficiente de la conquista de México por los españoles para dudar de que Cristo tuviera mucho que ver con eso, no importa cuántas cosas se había hecho en su nombre.

—No culpes a Jesucristo por lo que los españoles le hicieron a tu pueblo. Nuestro Dios nos dio libre albedrío, y eso significa que puedes elegir el mal. Creo que eso es lo que sucedió a los hombres que conquistaron a tu gente.

Me miró, y se sorprendió de nuevo.

—Tú crees eso. ¿Puedo creerte?

—Con todo mi corazón —dije. No es un juego de palabras pensé. Se sentó, cruzándose sobre mi cintura. La mayoría de las personas que han sido tomadas como ofrendas no creía en casi nada. Los que no creen, no creen en tu Cristo blanco.

Se tocó la cara.

—Pero tú lo haces.

—Sí —dije.

—¿Cómo se puede creer en un dios que te permitiría ser llevado a este lugar y sacrificado a un dios extranjero?

—Si crees solamente cuando es fácil, realmente no creo —dije.

—¿No es irónico qué tú, un seguidor del Dios que les destruyó, será lo que me permita entrar en mi poder? Cuando haya tomado tu esencia, voy a ser lo suficientemente fuerte para hacer el precioso líquido, y estaré libre por fin de este lugar.

—¿Qué quieres decir, con tomar mi esencia? —Había dejado de tener miedo, sólo porque había estado hablando tanto tiempo, o tal vez simplemente no pude soportar el miedo tanto tiempo. Finalmente, si no me matan o me hiere, dejo de tener miedo.

—Lo haré, pero con un beso y te convertirás en forma de luz y seca como el maíz viejo. Tú me alimentarás como el maíz alimenta a los hombres. —Empezó a tumbarse a mi lado derecho, cerca de mi mano libre. De repente sentí miedo otra vez. Yo esperaba equivocarme, pero yo estaba bastante segura de que ya había visto lo que quería hacerme en la mariposa de obsidiana.

—¿Quieres decir que me extraerás la vida y voy a terminar pareciéndome a una momia seca? —Acarició con un dedo mi mejilla, sus ojos tristes ahora, arrepentido.

—Será mucho daño, y lo siento por eso, pero incluso tu dolor me fortalecerá. —Inclinó su rostro hacia el mío. Tenía una mano libre y un cuchillo en el bolsillo, pero si me iba demasiado pronto y fallaba, me quedaría sin opciones. ¿Dónde diablos estaba Ramírez?

—Vas a torturarme. Mucho —dije.

Se apartó de mí, sólo un poco.

—No es tortura. Es el camino para todos mis sacerdotes esperando mi despertar.

—¿Quién te trajo de vuelta, tus sacerdotes? —pregunté.

—Me despertó Tlaloci, pero estaba débil y no tenía más sangre para dar a los demás. Entonces, antes de que pudiéramos levantar a los otros, el hombre que tú llamas Riker perturbó nuestro lugar de descanso. —Miró hacia el espacio, como si lo estuviera viendo otra vez—. Encontró lo que tú llamaste, las momias de mis sacerdotes. Muchas fueron destrozadas por sus hombres, en busca de joyas en su interior. —La ira oscureció su rostro, robándole la tranquilidad de sus ojos—. Quetzalcóatl aún no estaba despierto o nosotros los habríamos matado a todos. Se llevaron cosas que pertenecían a mis sacerdotes. Me obligó a encontrar una manera diferente a devolverles sus vidas.

—Las pieles —dije.

Me miró.

—Sí, hay maneras de dar la vida.

—Así que cazaste a la gente que profanó tu lugar para dormir…, y a la gente que compró las cosas que pertenecían a tu pueblo.

—Sí —dijo. Creo que desde cierto punto de vista, es justo. Si no tenías capacidad de sentir piedad, entonces era un bonito plan.

—Has matado y tomado los órganos de las personas que estaban dotados —dije.

—¿Dotados? —preguntó.

—Brujas, brujos.

—¡Ah, sí! No quería dejarlos vivos, cazarlos antes de entrar en mi poder. —Tocaba mi rostro, acariciándolo. Creo que se volvió a encarrilar para darme su «beso».

—¿Qué significa exactamente llegar a tu poder? —pregunté. En la medida en que pudiera seguir hablando, él no estaría matándome. No podía pensar mucho que preguntar toda la noche.

—Voy a ser mortal e inmortal.

Abrí los ojos hacia él.

—¿Qué quiere decir mortal?

—Tu sangre me hará mortal. Tu esencia me hará inmortal.

Fruncí el ceño.

—¿No entiendo lo que quieres decir?

Me tomó la cara entre sus manos como un amante.

—¿Cómo es posible comprender las maneras de los dioses? —Él tendió la mano, y el otro hombre le entregó una aguja de hueso larga. Tal vez no

sabía lo que iba a hacer.

—¿Qué es eso? —Sostuvo la aguja, quizá de unos diez centímetros de largo, girándola despacio entre sus dedos.

—Yo agujerearé el lóbulo de tu oreja y beberé tu sangre. Será una pequeña molestia.

—Dices que quieres que crea en ti, pero tú eres el único que no parece tener dolor. Vuestros sacerdotes, las personas que te robaron, todos los sacrificios, todo el mundo les duelen menos a ti. —Se apoyó en un codo, con su cuerpo cómodamente contra el mío.

—Si me duele te convencerás de mi sinceridad, entonces que así sea.

Apuntó la aguja en el dedo, hasta el fondo, bastante profundamente para tocar el hueso. Él sacó la aguja despacio, mientras hacía la herida tanto como podía. Esperé para que la sangre llegara a la superficie, pero no lo hizo. Sostuvo el dedo para poder ver el orificio de la aguja al salir, pero el agujero estaba vacío, no había sangre. Mientras observaba, la herida se cerró como el agua suavemente, perfecto una vez más. El cuchillo no iba a hacerme ningún bien, no contra él.

—¿Mi dolor hace menos tu dolor? —preguntó.

—Se lo haré saber —dije.

Sonrió, tan paciente, tan amable. Tan lleno de él. Empezó a mover la aguja hacia mi oreja izquierda. Podría haber luchado con mi mano libre, pero si todo lo que iba hacer era perforar mi oreja como si me hubiera visto en la discoteca, entonces podría hacer eso. No me gustaba la idea, pero no iba a pelear con él. Si luchara ahora, es posible que encadenaran mi mano detrás. Quería tener libre la mano más de lo que quería evitar que me chupara la oreja.

La verdad es que no me gustan las agujas, no sólo las agujas médicas, cualquiera de ellas. Tengo fobia a las pequeñas cosas que apuntaba en mi cuerpo. Los cuchillos no parece que me molesten, pero no las agujas. Vaya figura. Era una fobia. Para evitar dificultades, finalmente tuve que cerrar los ojos porque de lo contrario habría luchado. No podría evitarlo.

El dolor era aguzado e inmediato. Jadeé abrí los ojos, vi su rostro enjuto sobre mí. Por un segundo pensé que lo había soltado. Pensé que iba recto al beso, entonces su boca pasó por mi boca. Volvió la cara hacia la derecha, suavemente, dejando al descubierto la oreja, y la larga línea de mi cuello. Me recordó a los vampiros, sólo que esta boca lamía mi oreja, un rápido movimiento. Hizo un pequeño suspiro cuando se tragó la primera gota de

sangre, luego, cerró la boca sobre el lóbulo de mi oreja, la boca chupó en la herida, la lengua degustó la sangre de la herida. Apretó el cuerpo a lo largo del mío, con una mano ahuecó la cabeza, la otra jugueteo bajo la línea de mi cuerpo. Quizás era sólo sangre, pero nunca acaricio mi carne, mientras estaba comiendo.

La línea de su mandíbula se apretó contra mi cara. Podía sentir su boca moviéndose mientras ingería. Había tenido a los vampiros tomando sangre sin estar bajo su hechizo, por lo que me había lastimado. Esto casi no me dolió. Era más bien como un amante con exceso de celo con un fetiche por la oreja.

Inquietante, pero no realmente doloroso. Su mano se movió de mi cara para deslizarse dentro de mi sujetador. Eso no me gustó.

—Pensé que habías dicho que no estabas ofreciendo sexo.

Sacó su mano de mi sujetador y se apartó de mi oreja. Sus ojos estaban muy abiertos y desenfocados y ahogados en el resplandor del color turquesa como los ojos de cualquier vampiro, cuando su sed de sangre aumentaba. Pensé que entendía lo que quería decir, pero haría cada pregunta que se me ocurriera esta noche. Cualquier cosa para seguir hablando.

—¿Qué quieres decir? —Se rió y puso de su parte para apuntalar a sí mismo en el codo de nuevo. Apuntó la aguja en el dedo de nuevo, y con voz entrecortada. La sangre brotó de la herida, sangre carmesí. Volvió a reír—. Tu sangre corre por mi cuerpo, y soy mortal, una vez más, con todos los apetitos de un hombre mortal.

—Necesitas sangre para tener tensión arterial —dije—. Conseguiste ponerte duro por primera vez en siglos. Lo entiendo. —Me miró con los ojos ahogados.

—Podría tenerte. —Se movía de manera que su cuerpo se apretaba contra el mío, y lo sentía presionado contra mis pantalones vaqueros, ansioso, y listo.

Iba a decir lo de siempre, pero me detuve. Mis opciones eran ser violada o asesinada, cuando pensé que la ayuda estaba en camino… debatí, y realmente no sé lo que yo había dicho, porque otro hombre corrió de detrás de nosotros donde otros desollados esperaron en silencio. Oí pisadas del hombre y lo vi abrirse paso a través de los desollados. Se arrodilló delante *del marido de la mujer roja*.

—Mi señor, los extraños armados están acercándose. El pequeño brujo

está con ellos, llevándolos a nosotros. —*El marido de la mujer roja* lo miró.

—Mátalos. Retrásalos. Cuando entre en mi poder, será demasiado tarde.

Los hombres-pieles sacaron las armas de su pecho y salieron corriendo. Volví mi cabeza para mirar los desollados arrastrarse detrás de ellos. Sólo Tlaloci el sacerdote se quedó atrás. Éramos sólo los tres. Ramírez iba a venir. La policía llegaba. Sin duda, yo podría entretenerle unos minutos más. Sus dedos tocaron mi cara, mientras me moví para mirarle.

—Tú podría ser la primera mujer en siglos para mí, pero no hay tiempo. —Comenzó a bajar su cara hacia mí—. Siento que tengo que tomar como un sacrificio lo que no quiere porque no has dañado lo mío o a mí.

Me puse la mano en mi bolsillo. Cerrando los dedos sobre la pluma. Volví la cabeza hacia un lado para que no pudiera darme el beso, pero lo que realmente yo estaba buscando era ver en qué lugar de la habitación estaba Tlaloci. Él se había trasladado de nuevo al altar. Había arrojado el cuerpo de Paulina a un lado como si fuera basura. Y estaba limpiando el altar, creo que preparándolo para la muerte de su dios. *El marido de la mujer roja* me acarició la cara, tratando de darme vuelta suavemente hacia él. Susurró, un cálido aliento contra mi cara.

—Voy a usar tu corazón en el collar de lenguas, para que todos mis seguidores puedan recordar tu sacrificio para toda la eternidad.

—Qué romántico —dije. Empecé sacando la pluma fuera de mi bolsillo.

—Mírame, Anita. No me hagas hacerte daño. —Sus dedos se cerraron en la barbilla y empezó a girarme la cara lentamente hacia él. Sentí su fuerza en los dedos, y sabía que podía aplastar mi mandíbula con sólo un encorvar su mano. No pude evitar volver la cara hacia él. No podía parar, pero yo tenía la pluma en la mano ahora.

Tenía mi dedo sobre el botón que liberaría la hoja. Tenía que asegurarme de que estaba sobre su corazón.

Los disparos sonaban afuera de la cueva, y sonaban cada vez más cerca, la entrada no estaba muy lejos. Luego hubo un sonido como un rugido, y yo sabía lo que era porque lo había escuchado antes. La policía había llevado lanzallamas o se habían encontrado algunos de la Guardia Nacional para unirse a la fiesta. Me preguntaba, de quien había sido la idea. Era una buena. Yo esperaba que todos ellos se quemaran. Me miró fijamente, con

los dedos en la cara para mantenerme mirando.

—¿Tienes realmente tu corazón latiendo por mí? —pregunté.

—Mi corazón late. La sangre corre a través de este cuerpo. Tú me has dado la vida, y ahora me darás la inmortalidad.

El marido de la mujer roja se inclinó sobre mí como un Príncipe Azul a punto de conceder el beso que haría todo bien otra vez. Su boca se cernía a unos centímetros por encima de la mía. El recuerdo de cómo el cuerpo de Seth se había secado, agonizando, era demasiado intenso. Tengo que apresurarme para poner el lápiz en posición justo por encima de su corazón. Se retiró una fracción de centímetros, interrogando con los ojos. Pulsé el botón, y la hoja le atravesó el corazón. Sus ojos se abrieron ampliamente, la decoloración de fuego de color turquesa se fue, habían dejado los ojos con aspecto humano.

—¿Qué has hecho?

—No eres más que otro tipo de vampiro. Yo mato vampiros.

Rodó fuera de la piedra, cayendo al suelo. Ofreció una mano a Tlaloci. El sacerdote se apresuró sobre él. Yo no esperé ver si había una cura para el «dios». Deshice mi muñeca izquierda y bajé para alcanzar mis tobillos.

El marido de la mujer roja se derrumbó a sus rodillas, y el sacerdote se derrumbó con él. Estaba llorando.

—No, no, no. —Apretó sus manos alrededor de la empuñadura, mientras intentaba detener la sangre. Su «dios» cayó con convulsiones en el suelo. Él intentó sostener sus manos encima de la herida, para detener la sangre.

Yo conseguí liberar mis tobillos y rodé al otro lado de la piedra. Llámalo un presentimiento, pero pensé que Tlaloci se enojaría conmigo. Se levantó, con las manos ensangrentadas estiradas hacia mí. Nunca había visto a nadie parecer tan horrorizado, tan desolado, como si yo hubiera destruido su mundo. Y quizás lo hice.

No dijo una palabra, sólo cogió la hoja la obsidiana de su cintura y se acercó furtivamente hacia mí. Pero la piedra a la que yo había sido encadenada era del tamaño de una gran mesa de comedor, y la mantuve entre él y yo. Guardé la distancia entre nosotros, incluso él no podría cogerme. El tiroteo estaba acercándose. Él lo debió de haber oído, también, porque de repente rodó encima de la piedra para acuchillarme con el cuchillo. Yo me separé de la piedra, salí a la luz que era lo que él quería.

Me volví y lo enfrenté. Él se acercó a mí agachado, sostuvo el cuchillo

suelto pero firme, como si supiera lo que estaba haciendo. Había dejado la hoja en el vampiro. Me enfrenté con las manos separadas de mi cuerpo, no segura de qué hacer, excepto que no me cortaran. Pensé en alguna cosa. Grité:

—¡Ramírez!

Tlaloci se me acometió, rozando con la hoja. Me volví, sintiendo la corriente de aire cuando la hoja pasó. Había gritos en las escaleras, sonidos de lucha cercanos. Tlaloci acuchilló contra mí como un loco. Todo lo que podía hacer era mantener la distancia, intentando permanecer fuera de su alcance. Yo estaba sangrando por ambos brazos, y un corte en el pecho, cuando me di cuenta que me había apoyado en el altar.

Tropecé sobre del cuerpo de Paulina por un segundo lo miré, para evitarlo. Bajé a su lado, su cuerpo estaba atrapado debajo de mis piernas. Le di una patada sin mirar dónde estaba, algo que lo mantuviera a distancia.

Agarró mi tobillo, mientras fijaba mi pierna contra su cuerpo. Nos miramos fijamente, y vi mi muerte en su cara. Levantó el cuchillo con una sola mano para cambiar el agarre preparándose para una puñalada. Tenía mi pierna izquierda atrapada, pero mi pierna derecha estaba en el suelo. Aseguré mi parte superior del cuerpo con los brazos, apoyé hacia abajo los hombros y retiré mi pierna derecha. Me alineé con su rótula. Tlaloci inició el movimiento hacia abajo. Le di una patada al borde inferior de la rótula con todas mis fuerzas. Vi la rótula desplazarse a un lado, dislocada. Su pierna se desmoronó, él gritó de dolor, pero la hoja seguía viniendo.

La cabeza de Tlaloci estalló en una lluvia de cerebro, y huesos. Las partes caían sobre mí, y el cuerpo cayó a un lado, dejando caer la hoja de obsidiana a lo largo del suelo de piedra cuando la mano convulsionó en torno a la empuñadura. Yo miré a través de la cueva y vi a Olaf a los pies de la escalinata de piedra.

Todavía estaba de pie en su posición de tiro, con una sola mano, el arma seguía apuntando a los pies, donde el sacerdote había estado. Parpadeó, y lo vi salir de la concentración de su rostro, miró al derrame de humanos. Empezó a caminar hacia mí, con la pistola a un lado. La otra mano sostenía un cuchillo, con sangre hasta la empuñadura. Yo estaba limpiando el cerebro Tlaloci de mi cara cuando Olaf se paró delante de mí.

—Nunca pensé que diría esto, pero ¡maldita sea! me alegro de verte.

Sonrió.

—Te salvé la vida.

Eso me hizo sonreír.

—Lo sé.

Ramírez bajó las escaleras con lo que parecía un equipo SWAT de combate completo detrás de él. Se colocaron hacia los lados, apuntando las armas y mirando cada centímetro de la caverna. Ramírez se quedó allí, con fusil en mano, buscando algo para disparar. La Guardia Nacional con el lanzallamas aparecieron después, la boquilla del lanzallamas estaba apuntando al techo.

Olaf limpió su cuchillo en sus pantalones, lo envainó, y me ofreció una mano. La mano estaba manchada de rojo, pero yo la tomé. Su piel estaba pegajosa por la sangre, pero apreté su mano y le permití tirar de mí para levantarme.

Bernardo entró en el cuarto con más policías detrás de él. Su ropa era roja con sangre, la hoja que sobresalía tan oscura estaba llena sangre, parecía negro. Él dijo:

—Estás viva.

Asentí.

—Gracias a Olaf.

Dio un pequeño apretón en mi mano, y me dejó ir.

—Llegué tarde de nuevo —dijo Ramírez.

Sacudí la cabeza.

—¿Importa quién salva el día, siempre y cuando esté viva? —Los otros policías estaban comenzando a relajarse cuando se dieron cuenta que no había nadie a quien disparar.

—¿Es esto todo? —Uno de los policías vestidos de negro preguntó. Miré hacia atrás en el túnel ahora.

—Hay un Quetzalcóatl por ese túnel.

—¿Un qué?

—Un… dragón. —Incluso a través de la ropa de batalla se podía ver todas las miradas que intercambiaron.

—Un monstruo, si te gusta mejor la palabra, pero está allí abajo.

Entraron en filas y pasaron a mi lado hasta el túnel en una carrera agachada. Dudaron en la entrada del túnel, pero se deslizaron por allí, todos a la vez. Por una vez yo les permití ir. Yo ya había hecho mi parte por una noche. Además, estaban mucho mejor armados que yo, ¡caray! Uno de ellos llamó a Ramírez y algunos de los civiles buscando a otros policías para escoltarlos a la superficie. Ramírez llegó a estar delante de mí.

—Estás sangrando. —Y tocó el corte en el brazo. Me volví para poder ver algunos de los otros cortes.

—Elige uno. —Bernardo y los otros policías que habían sido pedidos para quedarse detrás vinieron a mirar a los dos hombres muertos.

—¿Dónde está el *Marido de esta Mujer Roja* el que el pequeño canalla seguía hablando? —uno de los policías preguntó. Señalé en el cuerpo con la hoja que salía de su pecho. Dos de los policías se pararon sobre el cuerpo.

—No se parece mucho un dios.

—Era un vampiro —dije. Eso llamó la atención de todos.

—¿Qué dijiste? —preguntó Ramírez.

—Vamos a concentrarnos en los detalles importantes aquí, hoy. Tenemos que asegurarnos de que el cuerpo no regrese. Confía en mí. Es un poderoso hijo de perra. Queremos que se quede muerto. —Un policía le dio un puntapié al cuerpo que rodaba flácidamente, como sólo se mueven los muertos de verdad.

—Para mí parece muerto.

Viendo el despliegue del cuerpo inerte me hizo saltar, como si fuera a sentarse y decir, bromeando, no estoy muerto. El cuerpo se quedó quieto, pero no me había quedado tranquila.

—Tenemos que cortar la cabeza y sacar su corazón. Después los quemamos por separado y esparciremos las cenizas sobre diferentes partes con agua. Luego, quemaremos el cuerpo a cenizas y esparciremos por encima de un tercer río o lago.

—Tienes que estar bromeando —dijo uno de los policías.

—El desollado sólo cayó y ellos se detuvieron —dijo Ramírez—. ¿Tu hiciste eso?

—Probablemente cuando le clavé el cuchillo a en su corazón.

—Las balas no habían hecho nada en cualquiera de ellos, hasta que uno de los desollados cayó, entonces las balas empezaron hacerles daño.

—¿Ella hizo eso? —preguntó el policía—. ¿Hizo que nuestras balas funcionaran?

—Sí —dijo Ramírez, y probablemente tenía razón. Probablemente había sido yo. Independientemente, no me iba a plantear cualquier duda. Quería que ellos me escucharan. Quería asegurarme que el «dios» permaneciera muerto.

—¿Cómo vamos a cortarle la cabeza? —preguntó el mismo policía.

Olaf fue al pecho que los hombres habían conseguido retirar sus armas y levantó una pala llana y grande con trozos de obsidiana incrustados en ella. Se enfundó la pistola y se dirigió hacia el cuerpo.

—Mierda, eso es una de esas malditas cosas que utilizaron contra nosotros —dijo el policía.

—Más bien es irónico utilizarlo en su dios, ¿no te parece? —preguntó Bernardo. Olaf se arrodilló al lado del cuerpo.

—Hey, no hemos dicho que podías hacer eso —dijo el policía. Olaf miró a Ramírez.

—¿Qué dices, Ramírez?

—Yo digo que hay que hacer lo que dice Anita. —Olaf se volvió a la pala como si estuviera pensándoselo. También se mantuvo a la distancia con el policía. Me miró.

—Voy a cortar la cabeza. —Saqué el cuchillo de la mano de Tlaloci's. Él no lo iba a necesitarlo más.

—Me quedo con el corazón. —Caminé hacia él, con el cuchillo en la mano. La policía se mantuvo alejada de nosotros. Me paré sobre el vampiro. Olaf se arrodilló en el otro lado, mirándome.

—Si hubiese dejado que te mate, Edward habría pensado que yo fallé.

—¿Edward está vivo entonces?

—Sí. —Una opresión en el lado izquierda de mis hombros que ni siquiera me había dado cuenta que estaba allí desapareció—. Gracias a Dios.

—No fallé —dijo Olaf.

—Te creo —dije.

Nos miramos fijamente, uno al otro, y todavía quedaba algo en sus ojos que no podía leer ni entender, un paso más allá de lo que me había convertido. Me miró con ojos oscuros y sabía que aquí había un monstruo, no tan poderoso como el que yacía en el suelo, pero tan mortal en las circunstancias adecuadas. Y yo le debía mi vida.

—Cortas primero la cabeza.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de que si saco el cuchillo mientras el cuerpo este todavía intacto él se sentará y empezara a respirar de nuevo. —Olaf levantó las cejas hacia mí.

—¿No estarás bromeando?

—Nunca hago bromas sobre los vampiros —dije.

Me miró largamente.

—Podrías haber sido un buen hombre. —Tomé el cumplido, porque eso es lo que era, tal vez, el mejor cumplido que nunca había dado una mujer.

—Gracias —dije. El equipo SWAT volvió a salir del túnel.

—No hay nada allí abajo. Está vacío.

—Entonces se escapó —dije. Miré el cuerpo que todavía estaba allí—. Corta la cabeza. Quiero salir de esta maldita cueva.

El líder del equipo SWAT no le gustó que nosotros cortáramos el cuerpo. Él y Ramírez entraron en un combate a gritos. Mientras todos estaban mirando los pruebas, asentí a Olaf y él decapitó el cadáver en un golpe. La sangre se derramó hacia el suelo de la cueva.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Uno de los policías SWAT preguntó, con su arma apuntando hacia nosotros.

—Mi trabajo —dije. Puse la punta de la hoja debajo de las costillas. El policía llevó el arma al hombro.

—¡Fuera del cuerpo! hasta que el capitán le diga que está bien hacerlo. —Me quedé con el cuchillo contra el cuerpo.

—Olaf.

—Sí.

—Si él me dispara, mátalo.

—Sera un placer. —El hombre grande volvió los ojos a la policía, y había algo en aquella mirada que hizo que el hombre fuertemente armado, diera un paso atrás.

El capitán en cuestión, dijo:

—¡Abajo, Reynolds! Ella es un verdugo de vampiros. Déjala hacer su trabajo.

Le metí la hoja en la piel, y se deslizó con seguridad. Corté un agujero justo debajo de sus costillas, y metí la mano en el agujero. Era firme, húmedo y resbaladizo, y metí las dos manos para obtener el corazón, una para cortar los tejidos de unión, y la otra para sostenerlo. Lo saqué del pecho, manchada de sangre hasta los codos. Vi a Ramírez y a Bernardo mirándome, con una apariencia casi idéntica en sus rostros. Yo no creo que ninguno lo olvidara en una fecha a corto plazo. Ellos siempre recordarían que yo corté y saqué el corazón de un hombre, y esa memoria mancharía todo lo demás. Con Bernardo, no me importa una mierda. Con Ramírez, me dolió ver esa mirada en sus ojos.

Una mano tocó el corazón. Me quedé mirando aquella mano, levanté la

vista para encontrarme con los ojos de Olaf. Sin rechazo. Acarició el corazón, las manos se deslizaron encima de las mías. Me aparté, y nos miramos el uno al otro por encima del cuerpo que nosotros habíamos matado. No, Olaf no sentía repulsión. La mirada en sus ojos era pura oscuridad que sólo llena los ojos de un hombre en la más íntima de las situaciones. Levantó la cabeza decapitada por el pelo y casi la sostuvo como si me permitiera besarlo. Entonces comprendí que la estaba sosteniendo sobre el corazón, como un par coincidente. Tenía que alejarme de lo que le vi en la cara.

—¿Alguien tiene una bolsa para que pueda llevar esto?

Alguien encontró finalmente una bolsa de empaquetar vacía y me permitió dejar el corazón en ella. El policía me dijo que me podía quedar la bolsa. Él no la quería de vuelta.

Nadie ofreció una bolsa a Olaf, y él no preguntó.



SESENTA Y TRES

Ellos encontraron mis pistolas en el pecho con el resto de las armas, aunque las pistoleras se habían perdido. Yo sólo no podía mantener una pistolera intacta en este trabajo. Pero coloqué las pistolas en mis pantalones. Los cuchillos no estaban en el pecho. Ramírez me llevó personalmente a un crematorio para que pudiera ver el corazón y la cabeza ardiendo hasta las cenizas. Cuando tuve dos pequeños contenedores de cenizas, era casi el amanecer. Caí dormida en el asiento a su lado, o él habría tenido una pelea sobre llevarme al hospital. Pero él insistió que los médicos me reconocieran. Bastante alucinante, ninguno de los cortes eran lo bastante profundos para los puntos. No conseguiría unas nuevas cicatrices. Milagrosamente.

Uno de los hombres que me había dado la chaqueta que decía FBI en ella me cubrió la parte superior de mi cuerpo casi desnudo. Varios de los uniformados y muchos del equipo del hospital asumieron que era una

agente federal. Conseguí tener a la gente correcta, y finalmente me di cuenta que los médicos de la sala de urgencias pensaban que mi reconocimiento significaba que tenía una contusión y no sabía quién era. Cuanto más discutía más se preocupaba él. Pidió una serie de rayos-X de mi cabeza, y no pude persuadirle. Yo actualmente estaba sentada en una silla de ruedas esperando a ser escoltada a los rayos-X cuando Bernardo llegó.

Él tocó la chaqueta del FBI.

—Estás subida en el mundo.

—Cuando el enfermero vuelva, me llevará a los rayos-X.

—¿Estás bien?

—Solo preventiva —dije.

—Volví de comprobar a los enfermos.

—Olaf dijo que Edward viviría.

—Lo hará.

—¿Cómo están los niños?

—Peter está bien. Ellos pusieron a Becca en una habitación. Ella tendrá que llevar una escayola en el codo. —Miré a su escayola manchada en un broceado sucio.

—Esa cosa va a comenzar a apestar con toda esa sangre seca en ella.

—El médico quiere ponerme una nueva escayola, pero quería comprobar a alguien primero.

—¿Dónde está Olaf?

Bernardo se encogió de hombros.

—No lo sé. Desapareció una vez los monstruos estuvieron todos muertos y Ramírez te tuvo en su coche. Él dijo algo sobre que el trabajo estaba hecho. Me pregunto si volvió abajo a esa roca donde Edward lo encontró.

Comencé a asentir, luego recordé algo que Edward había dicho.

—Edward te dijo que no podías tener una mujer porque él había prohibido a Olaf tener mujeres, ¿verdad?

—Sí, pero era sobre el trabajo, nena. Me dirijo al primer bar abierto.

Le miré, asintiendo.

—Quizás es donde está Olaf.

Frunció el ceño.

—¿Olaf está en un bar?

—No, él sacó sus cenizas a rastras, a su manera.

Ambos nos miramos mutuamente, y hubo un momento donde el horror clareó en la cara de Bernardo, y él susurró:

—Oh, Dios mío, él salió a matar a alguien.

Sacudí mi cabeza.

—Si él sólo saliera a matar al azar, no habría manera de encontrarle, pero ¿y si no fuera al azar?

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas como miró a la Profesora Dallas?

Bernardo me miró.

—No crees… quiero decir él no haría… oh, mierda.

Me levanté de la silla de ruedas y dije:

—Tengo que decirle a Ramírez lo que estamos pensando.

—No sabes si él está allí. No sabes si él está haciendo algo malo.

—¿Crees que sólo volvió a casa? —pregunté. Bernardo pareció pensar sobre eso durante un segundo, luego sacudió su cabeza.

—Yo tampoco.

—Él salvo tu vida —dijo Bernardo.

—Lo sé.

Fuimos hacia el ascensor. Las puertas del ascensor se abrieron y el Teniente Marks estaba allí de pie.

—¿Dónde coño crees que vas?

—Marks, creo que la Profesora Dallas está en peligro. —Entré en el ascensor.

Bernardo entró a continuación.

—¿Crees que me creería algo de lo que digas, bruja?

Él golpeó el botón que mantuvo las puertas abiertas.

—Ódiame si quieres, pero no la dejes morir.

—Tu mascota agente del FBI me mantuvo apartado del gran asalto.

No sabía lo que quería decir, pero estaba bastante segura de a quién se refería.

—Lo que hizo Bradley, lo hizo sin que yo lo supiera, pero ese no es el punto.

—Puedo hacerlo el punto.

—¿Has oído que Dallas está en peligro? ¿Oíste esa parte? —pregunté.

—Ella está tan corrupta como tú.

—Así que está bien que ella muera en una muerte horrible —dije.

Él solo me miró.

Me moví como si fuera hacia los botones. Bernardo cogió mis ideas. Él golpeó a Marks en la cabeza con su escayola. El hombre cayó, y yo golpeé el botón de cerrar las puertas. Las puertas se cerraron en silencio cuando Bernardo bajó a Marks hacia el suelo.

—¿Quieres que lo mate? —preguntó Bernardo.

—No. —Pero ahora si quería a Ramírez por ayuda, Marks creería que él había estado en esto. Mierda—. ¿Tienes el coche de Edward?

—Sí.

—¿Cómo conduce Olaf, entones?

Bernardo me miró.

—Si él realmente hace eso, él robara un coche y lo dejará en la cuneta de la escena del crimen. Él no usaría por casualidad el coche de Edward.

—Vamos a volver a la casa de Edward por su bolsa de sorpresas —dije. Las puertas se abrieron en la planta en la que él había aparcado. Nosotros salimos.

—¿Qué quieres decir con bolsa sorpresa?

—Si él va a cortarla en pedazos, entonces él querrá las herramientas que normalmente usa. Los asesinos en serie son muy anales cuando van a tratar con las víctimas. Ellos pasan mucho tiempo planeando exactamente qué harán y como.

—¿Así que él está en la casa de Edward?

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que se fue?

—Tres horas, quizás tres y media.

—No, él estará en la casa de Dallas, si es donde está después de todo. —Bernardo abrió el coche, y entramos. Tuve que sacar la Browning de mis pantalones. El cañón era demasiado largo para sentarme. Acabé dejándola en mi cadera. Observé a Bernardo conducir con su brazo escayolado—. ¿Necesitas que conduzca yo?

—Estoy bien. Sólo dime donde vive Dallas, y yo conduciré.

—¡Mierda! —Puso el coche en el aparcamiento y me miró—. La policía sabría la dirección.

—Cuando Marks se levante, tendremos suerte de salir de la cárcel —dije.

—Nosotros no sabemos ni siquiera si Olaf está en su casa —dijo él.

—Tengo algo mejor. ¿Cómo explicar que nosotros sabemos que él era un asesino en serie y no avisamos a la policía antes?

—¿Tienes el móvil de Edward? —pregunté. No discutió, sólo se apoyó

hacia delante y abrió el compartimento delantero. Yo saqué el teléfono.

—¿A quién vas a llamar?

—Itzpapalotl. Ella sabrá la dirección.

—Ella se comerá la cara de Olaf.

—Quizás, quizás no. No hay manera de que tú consigas sacarnos del área de estacionamiento antes de que Marks se levante y comience a gritar.

Él nos sacó del aparcamiento y avanzó lentamente por la calle. Yo marqué información, y el operador estuve feliz de marcar al Mariposa de Obsidiana por mí. Era de día. Sabía muy bien que peguntar por Itzpapalotl sería perder el tiempo, así que pregunté por Pinotl y les dije que era una urgencia y que era Anita Blake.

Creo que fue mi nombre lo que consiguió algo, como si ellos hubieran estado esperando la llamada. Pinotl llegó a la línea con su rica voz.

—Anita, mi señora dijo que llamarías.

Apostaba que ella estaba equivocada del por qué, pero…

—Pinotl, necesito la dirección de la casa de la Profesora Dallas. —El silencio venía al otro lado del teléfono—. Ella está en peligro, Pinotl.

—Entonces nosotros nos encargaremos de eso.

—Voy a tener que llamar a la policía por esto, Pinotl. Ellos dispararían a tus hombres jaguares si están a la vista.

—¿Te preocupas por nuestra gente? —dijo él.

—Dame la dirección, y me encargaré de esto por ti, Pinotl. —Silencio excepto por su respiración—. Dile a tu señora, que gracias por la ayuda, Pinotl. Sé que estoy viva ahora porque ella me ayudó.

—¿No estás enfadada de que no te dijera todo lo que sabía?

—Ella ha sido un vampiro durante un siglo, Pinotl. Ellos no pueden ayudarme algunas veces.

—Ella es una diosa.

—Estamos discutiendo sobre semántica, Pinotl. Ambos sabemos que no lo es. Por favor dame la dirección.

Me la dio. Leí las indicaciones hacia Bernardo, y salimos.



SESENTA Y CUATRO

Llamé a la policía por el camino. Como llamada anónima. Diciendo que había oído gritos. Colgué sin dar mi nombre. Si Olaf no estuviese allí, entonces habría asustado a Dallas, y me disculpo. Incluso pagaría por cualquier cerradura rota.

—¿Por qué no les dices la verdad? —preguntó Bernardo.

—¿Qué? Creo que un asesino en serie está allí asesinándola. ¿Y cómo lo sabe, señora? Bueno, oficial, es que eso es así. Sabía que era un asesino en serie desde hace días, pero nuestro amigo mutuo, Ted Forrester le había prohibido atacar a las mujeres mientras estaba aquí ayudando a resolver los asesinatos sobre mutilación. Has oído hablar de los asesinatos de la mutilación. ¿Quién es? Es Anita Blake, la verdugo de los vampiros. ¿Y qué hace un verdugo sabiendo acerca de asesinatos en serie? Más de lo que puede pensar.

Miré a Bernardo.

—Está bien, está bien. Todavía estarían preguntando cuando llegásemos a casa.

—De esta manera te enviarán en un coche de policía de Albuquerque lo antes posible. Llegarán antes de que incluso pueda venir a cerrar.

—Yo no creo que ni siquiera te gustara Dallas cuando la conocimos.

—No importa si me gusta o no.

—Sí que importa —dijo.

—Si no me gusta, entonces dejamos a Olaf que la mate, ¿es eso?

—Él salvó tu vida. Salvó la mía. No le debemos nada a esta mujer.

Lo miré, tratando de leer sólo su rostro de perfil.

—¿Estás diciendo que no estarás conmigo en esto, Bernardo? Porque si no estás a mi lado en esto, tengo que saberlo, porque si vamos en contra de Olaf, y tú dudas, entonces vas a hacer que te mate, y tal vez a mí.

—Si voy, estaré preparado para matarlo.

—¿Si? —dije.

—Le debo mi vida, Anita. Mientras estábamos con Riker, nos salvamos la vida mutuamente. Contamos con ellos y sabíamos que el otro estaría allí. Yo no debo nada a esta chica Dallas.

—Entonces quédate en el coche. —Una idea se me ocurrió—. ¿O estás diciendo que estás de su lado, de verdad de su lado? —Tuve la Browning en la mano ya. Yo puse el seguro fuera, y él lo oyó. Yo lo vi rígido.

—Bien, eso no es justo. Si saco mi mano izquierda con una pistola, entonces nosotros nos hundiremos.

—No me gusta la forma en la que la conversación está yendo —dije.

—Todo lo que estoy diciendo, Anita, es que si podemos salvar a Dallas y dejar escapar Olaf debemos dejarlo ir. No habría más cosas entre todos nosotros.

—Si Dallas está ilesa, voy a pensar en ello. Eso es lo mejor que puedo hacer. Pero permíteme recordarte que si piensas en matarme a mí para ayudar a la Olaf, Edward va a vivir. Te dará caza, y lo sabes.

—Hey, yo nunca dije nada sobre derribarte.

—Sólo estoy tratando de probar los límites de nuestra incomprensión, Bernardo, porque confía en mí, no quisieras que te malinterprete.

—No hay ningún malentendido —dijo Bernardo, y no había burla en su voz, sólo una seriedad seca que me recordó a Edward—. Creo que es una mierda a su vez devolver a Olaf a la policía.

—Ellos estarán allí, Bernardo.

—Si sólo hay dos hombres de uniforme, podemos ayudarle a escapar.

—¿Estás hablando de matar a los policías?

—Yo no dije eso.

—No. No vayas allí, porque no sólo no te seguiré, te enterraré allí.

—Por dos policías que ni siquiera conoces.

—Sí, por dos policías que ni siquiera conozco.

—¿Por qué? —dijo.

Sacudí la cabeza.

—Bernardo, si tienes que preguntar eso, no entenderías la respuesta.

Me miró.

—Edward dijo que eras una de las mejores lanzadoras que había visto, rápida para matar. Me dijo que sólo tenías dos defectos. Tienes un trato demasiado cercano y personal con los monstruos, y que pensabas demasiado como un policía honesto.

—Un policía honesto, me gusta eso —dije.

—Te vi, Anita. Tú eres más un asesino como Olaf, o yo. No eres un policía. Nunca lo fuiste.

—Da igual lo que yo sea, no vamos a matar a los policías apenas estén a la vista. Si Dallas está ilesa, hablaremos de dejar libre a Olaf, pero si está lastimada, entonces pagará. Si no te gusta el plan, entonces deja las armas y espera en el coche. Voy a entrar sola.

Bernardo me miró.

—¿Qué me impide mentirte, manteniendo mis armas, y disparándote por la espalda?

—Tienes más miedo de Edward que la gratitud que le tienes a la Olaf.

—Tú das eso por hecho —dijo.

—Sé que Olaf tiene más normas sobre el honor que tú. Si te sintieras realmente agradecido de ese maldito me habrías dicho algo antes de llamar a los policías. Ser el protector de Olaf no es tu primer o segundo pensamiento, o incluso el tercero.

—Edward dijo que eras una de las personas más leales que jamás había conocido. ¿Por qué no estás protegiendo a Olaf?

—Se alimenta de las mujeres, Bernardo. Se alimenta de ellas, no porque le pagan o porque ellas le hicieran algo, lo hace simplemente porque le gusta y le da placer, es como un perro vicioso que se mantiene atacando a la gente. Con el tiempo, tienes que sacrificarlo.

—Tienes la intención de matarle —dijo Bernardo.

—No, no, no. Recuerda que si mato a uno de ustedes, le deberé a Edward otro favor o simplemente voy a tener que sacar una pistola y finalmente averiguar cuál de los dos es mejor y la verdad no creo que sobreviva a esa contienda, conozco a Edward muy bien y sé que él no tendrá ninguna duda en matarme, no quiero estar en un tiroteo con él, no es mi estilo.

—No es el estilo de nadie —dijo Bernardo.

—Acabaras acostumbrándote a él.

—Uno no se acostumbra a cosas así, pero tú… tú puedes sacar el corazón de alguien sin pestañear, eres toda una profesional.

Me encogí de hombros.

—La práctica hace la perfección.

—Esta es la calle —dijo Bernardo.

En la calle sólo se sentía el silencio del amanecer. Los coches seguían aparcados inmóviles, pero había gente de pie en las entradas de sus casas y asomándose por el coche de la policía, que estaba estacionado en frente de la casa de Dallas. Una de las puertas estaba abierta y el graznido de la radio alteraba ese silencio sepulcral. La casa de Dallas era un pequeño rancho con los muros de adobe falso, del cual la gente de aquí era aficionada, la luz del amanecer hacia ver casi todo dorado, como si brillara. Bernardo se estacionó junto a la carretera.

—¿Y bien? —pregunté.

—Estoy contigo. —Pero antes de que pudiéramos sacar las armas de fuego, los dos uniformados salieron de la casa con Dallas. Nos sentamos allí, mirando hacia ella, pudimos verla sonreír a los policías, mientras se disculpaban con ella por haberla molestado. Ella miró a su alrededor y se dio cuenta de que nosotros nos encontrábamos allí, su cara era de absoluta sorpresa, pero igualmente nos saludó.

—Anita, mira el buzón —dijo Bernardo. Nuestro coche estaba casi en frente del buzón. Había un sobre blanco fijado al frente del buzón con un cuchillo. Mi nombre estaba impreso en letras mayúsculas en la parte frontal del sobre. Nadie se había dado cuenta del sobre todavía, pero nosotros sí, el coche de Edward era lo suficientemente alto, como para ocultarlo de los vecinos por lo que tendríamos que actuar rápido.

—¿Puedes ayudarme a tomarlo sin que lo vea la policía?

—Es un placer.

Me bajé del coche, dejando a la Browning en el asiento porque no

podía encontrar una manera de ponerla debajo de la cintura de los pantalones sin que la policía la viera y yo no tenía ninguna identificación sobre mí, salvo la del oficial que habíamos asaltado Bernardo y yo, a esta hora tendríamos en nuestro culo más cargos de lo que hubiéramos querido, hacerse pasar por él, no era uno de los que quería sumar a la lista. Bernardo sacó el cuchillo del buzón y con un movimiento natural enrollé el sobre en la parte trasera de mis pantalones, de esta forma daba la impresión, de que yo lo llevaba allí, desde que me bajé del coche y ninguno de los policías se dio cuenta del hurto. Yo no sabía lo que Bernardo había hecho con el cuchillo, no se veía por ningún lado.

—Hola, Dallas, ¿qué pasa aquí?

—Algún bromista, hizo una llamada telefónica diciendo que había gritos que provenían de mi casa.

—¿Quién haría una cosa tan ruin? —preguntó Bernardo.

Fruncí el ceño. Él me sonrió, satisfecho de sí mismo.

—¿A ti también te llamaron? —preguntó ella.

—Por supuesto —dijo Bernardo—. Llamaron al celular de Edward, dijeron que estabas en peligro.

Los uniformados, cometieron el mismo error que el personal del hospital y se presentaron por su rango y nombre, mientras nos estrechaban la mano.

—Anita Blake —dije—. Este es Bernardo.

—No es un… —el policía parecía incómodo tan pronto como lo empezó a decir.

—No, yo no soy un agente federal —dijo Bernardo. No había rastros de amargura en su voz.

—Es el cabello —dije.

—Nunca he visto un agente masculino con el cabello largo. —Los uniformados se fueron, después que se despidieron, nos dejaron frente a la puerta de Dallas, con todo el curioso vecindario asomado para ver que estaba ocurriendo a una hora antes del amanecer en esta calle tan tranquila.

—¿Les gustaría entrar? El café debería de estar ya listo.

—Claro. —Bernardo me miró, mientras me seguía a la cocina, esta era pequeña, cuadrada y muy pulcra daba la impresión de no ser utilizada con frecuencia. Pero se veía alegre con ese resplandor a la luz del sol de la mañana.

—¿Qué está pasando en realidad, Anita?

Me senté en su mesa y abrí el sobre con mi nombre escrito en letras mayúsculas.

ANITA:

Estaba seguro de que pensarías como yo, lo supe desde esa noche, me pareció reconocer donde irías a cazar y no me equivoqué, ahora estás aquí.

YO ESTOY CERCA.

Eso me hizo mirar hacia afuera.

—Él dice que está cerca. —Bernardo sacó su pistola. Se puso de pie y comenzó a ver las ventanas. Volví a retomar la lectura de la nota.

Te estoy observando, has venido a rescatar a la buena de la profesora, te vi tomar el sobre y sé que lo estás leyendo en este momento. Yo menosprecié a EDWARD, cuando habló sobre las almas gemelas, por lo tanto le debo una disculpa. Cuando te vi tomar ese corazón, por como lo hacías, por tu cara, por tus gestos, supe que eras como yo. ¿Cuántos has matado?, ¿Cuántos corazones has arrancado?, ¿Cuántos vidas de hombres has tomado?

Tú debes estar pensando que no eres como yo, pero déjame decirte que tal vez a ti, no te guste tomar souvenirs como a mí, pero eso no te hace diferente, Anita, tú vives para matar, para vengarte, te marchitarías y morirías si no lo hicieras. Me gustaría saber, ¿Qué jugarreta del destino te ha hecho ser físicamente una mujer asesina, una mujer que trae la muerte una y otra vez?, ¿Cómo es posible que en ese cuerpo tan diminuto, esté la otra mitad de mi alma?, ¿Te gusta matar más a vampiros que a humanos?, ¿Tienes alguna víctima de tu preferencia? Me gustaría cazar contigo a mi lado, cazaríamos, por supuesto, tu tipo de víctima, sé que no te gusta cazar mujeres como a mí, pero eso no me importaría, sólo me importa que lo hagamos juntos, mataríamos y luego le arrancaríamos todos los órganos, sería más de lo que nunca he soñado compartir con una mujer…

La nota no estaba firmada, cosa no me sorprendía, él no la había

firmado por si caía en manos de la policía.

—Estás pálida —dijo Dallas.

—¿Qué dice la nota? —preguntó Bernardo. Se la entregue a él.

—No creo que él esté aquí, para matarla a ella o a nosotros —dije.

—¿De quién están hablando? —preguntó ella. Yo le respondí, pero ella se empezó a burlar de mí—. Tú ya debes saber que soy una verdugo de vampiros.

—Sí.

—Anoche mate a otro vampiro. Uno que Itzpapálotl quería matar. Ella me ayudó a hacerlo, le arranque el corazón.

Bernardo leía más rápido de lo que yo me hubiera imaginado.

—Jesús, Anita, Olaf se ha enamorado de ti.

—Una mierda —dije.

—Un flechazo, ¡Dios!, no tengo otras palabras para describirlo.

—¿Puedo leerlo? —preguntó Dallas.

—Creo que es porque no espera que yo le tenga miedo, sólo quería verme, por eso dijo que la masacraría, sabía que yo vendría a impedirlo. —Ella trató de reírse de ello, pero debió haber visto algo en mi cara que hizo que se tragara la risa y con las manos temblorosas tomo la carta. Lo leyó y dijo:

—¿Quién es este?

—Olaf —dije.

—Pero él es tan agradable.

Bernardo hizo un sonido áspero.

—Confía en mí cuando te digo esto, Dallas, Olaf no es agradable.

Ella miró nos miró, sus ojos se posaron en Bernardo y luego otra vez en mí.

—No están bromeando, ¿verdad?

—Es un asesino en serie. Yo creo que él, ya ha matado en este país.

—Ustedes deben entregarlo a la policía —dijo.

—Yo no tengo ninguna prueba de lo que ha hecho.

—Además —dijo Bernardo—, ¿y si él fue con uno de los vampiros?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dallas.

—Lo que quiere decir es que quieres proteger a los vampiros de la policía, porque de seguro los vampiros se harán cargo de él —dije.

—Bueno, sí, supongo.

—Y nosotros nos encargaremos de esto —dijo Bernardo. Ella nos

volvió a mirar y por primera vez hablo con miedo.

—¿Va a volver?

—Por ti, no lo creo —dijo Bernardo, luego me miró—. Pero apuesto que va a encontrar una razón para ir a St. Louis.

Me hubiera gustado decir que estaba equivocado, pero la sensación de una fría presión en el estómago me aseguraba de que Bernardo tenía razón, yo volvería a ver a Olaf, más temprano que tarde. Sólo tenía que decidir lo que haría cuando me lo volviera a encontrar. Él no había hecho nada malo en este viaje. ¡No!, no podía probar que era un asesino en serie aun, además, ¿Quién era yo para arrojar la primera piedra? Sin embargo, yo esperaba que se quedara lejos de mí. Por más razones de las que yo quería admitirlo, quería matarlo, no sólo porque él me quisiera, la verdadera razón era porque tal vez hay algo de verdad en lo que él escribió. Tenía más de la mitad de mi vida matando, y me gustaba hacerlo. Lo que realmente me diferenciaba de gente como Olaf, era el motivo y el método, esas eran las únicas diferencias, Olaf tenía razón, pero yo no me podía confundir, sólo había un pequeño paso para convertirme en él. Yo no podía aceptar eso. ¿Qué rollo?, estaba entre dos grandes problemas, yo estaba madurando, ¿pero madurando como quién? ¿Madurando para convertirme en Edward, un problema?, ¿Madurando para convertirme en Olaf, una pesadilla?



SESENTA Y CINCO

Las marcas estaban trabajando, pero Bernardo y yo dijimos que no sabía de lo que estaba hablando. El doctor Evans dijo que mis lesiones eran incompatibles con ser golpeado por una persona. No lo habría logrado, si las marcas no hubieran hecho su trabajo. Estuve en la conferencia de prensa donde al público se le aseguró que el peligro había pasado, Ramírez se encontraba allí junto a él, junto con el Agente Bradford. Y junto a mí. Ted y Bernardo estaban allí, también. No llegamos a responder preguntas, pero nuestra imagen estuvo en los periódicos. No me gustó, pero yo sabía que a Bert, mi jefe, le gustaría y se imprimiría en varios periódicos nacionales que soy Anita Blake, de Animators, Inc. A Bert le encantará.

Edward cogió una infección de algo que había sido untado en la estaca. Tuvo una recaída, y me quedé. Donna y yo nos turnamos sentadas junto a su cama. Sentadas junto a la cama de Becca. Se llegó a tal punto que la niña lloró cuando me fui.

Peter pasó mucho tiempo jugando con ella, tratando de hacerla sonreír. Pero sus ojos tenían ojeras y estaban hundidos, eso se consigue cuando no estás durmiendo bien. No quiso hablar conmigo o Donna. Lo único que le había admitido a ella era que le dieron una paliza. Él no le había dicho acerca de que una mujer lo violó. Yo no traicionaría su secreto. En primer lugar, no estaba segura de poder manejar otro conflicto. En segundo lugar, no era mi secreto para contar. Donna en realidad maduró para la ocasión. Era increíble cómo se convirtió en un pilar de fortaleza para los niños, por Ted, aunque él no la oía hablar. Ni una sola vez se volvió hacia mí con lágrimas. Era como si esta nueva persona se había levantado de las cenizas y no se acerca a quien yo había conocido. Esto me salvó de tener que hacerle daño.

Diez días después del accidente, Edward estaba despierto y hablando. Fuera de peligro. Finalmente pude regresar a casa. Cuando les dije que por fin iba a casa, Donna me abrazó muy fuerte, lloró y dijo:

—Hay que decirles a los niños que te vas.

Le aseguré que lo haría, y nos dejó solos, para nuestra despedida.

Moví la silla cerca de la cama y observé su rostro. Todavía estaba pálido, pero parecía a Edward de nuevo. Esa desolación fría estaba de regreso en sus ojos, cuando nadie más que yo estaba buscando.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sólo se debe a que casi te mueres —dije.

—No —dijo.

Yo sonreí, pero no devolvió la sonrisa.

—Bernardo vino a verme, pero Olaf nunca lo hizo —dijo.

Me di cuenta de lo que pensó que yo había esperado para decirle.

—¿Crees que maté a Olaf, y he estado esperando que estés lo suficientemente sano como para darte la misma opción que me diste después de que maté a Harley? —me reí—. Dulce Jesús, Edward. No lo maté. —Lo vi relajarse sobre su almohada, visiblemente aliviado—. No, yo no lo maté.

Logró una leve sonrisa.

—No hubiera sido la misma opción. Pero si hubieras matado a Olaf, tú no quisieras deberme otro favor.

—¿Tenías miedo de que presionara mi punto, y lo convirtiera en el tiroteo del Buen Corral?

—Sí —dijo.

—Pensé que querías ver cuál de nosotros era mejor.

—Pensé que iba a morir en las escaleras. Todo lo que podía pensar era en Peter y Rebecca que iban a morir allí conmigo. Bernardo y Olaf estaban allí, pero habían subido las escaleras y no habían regresado. Cuando volviste en torno a esa esquina, sabía que ibas a sacar a los niños. Sabía que ibas a arriesgar tu vida por ellos. Bernardo y la Olaf lo intentarían, pero los niños no hubieran sido su primera prioridad. Sabía que si sería la tuya. Cuando me desmayé en la cueva, no estaba preocupado. Sabía que iban estar bien.

—¿Qué estás diciendo, Edward?

—Estoy diciendo que si hubieses matado a Olaf, te habría dado un pase, porque Peter y Becca significan para mí más que eso.

Tomé la carta que me dejó Olaf fuera de mi bolsillo trasero y se la entregué. La leyó, mientras observaba su cara. Nada se movió, pero sus ojos. Él no tenía reacción.

—Es un buen hombre en tu espalda, Anita.

—¿No estás sugiriendo que tenga una cita con Olaf?

Él casi se echó a reír.

—No, joder, no. Mantente alejada de él como puedas. Si va a St. Louis, mátalo. No esperes a que se lo merezca. Sólo hazlo.

—Pensé que era tu amigo.

—Amigo no. Socio de negocios. No es lo mismo.

—Estoy de acuerdo en que alguien necesita para matar a Olaf, pero ¿por qué estás tan inflexible de repente? Confías en él lo suficiente como para traerlo a tu ciudad.

—Olaf nunca ha tenido una novia. Ha tenido putas y víctimas. Tal vez es amor verdadero, pero creo que si él llega y encuentra que no serás su chica asesina en serie, se pondrá violento. No quieres saber lo que es cuando es violento, Anita. Realmente, realmente no.

—Tienes miedo de que venga a por mí.

—Si lo ves en la ciudad, llámame.

Asentí. Tenía otras preguntas.

—La casa de Riker tuvo una fuga de gas misterioso y voló por los aires. No hay supervivientes, no hay cuerpos, no hay pruebas que hicimos una mierda, o que Riker y sus hombres lo hicieron. ¿Fue Van Cleef?

—No, personalmente —dijo Edward.

—Sabes la siguiente pregunta —dije.

—Lo sé —dijo.

—No vas a decirme, ¿verdad?

—No puedo decirte, Anita. Una de las condiciones para salir fue nunca hablar de eso con nadie. Si no cumplo vendrán por mí.

—Yo no le diría a nadie.

Sacudió la cabeza.

—No, Anita, pusieron la confianza en mí sobre esto. Tu ignorancia es una bendición.

—Es increíblemente frustrante —dije.

Él sonrió.

—Lo sé y lo siento.

—No, no lo sabes. Te encanta guardar secretos.

—No éste —dijo.

Había algo de tristeza en sus ojos, y por primera vez me di cuenta que se había producido una amable y gentil versión de Edward. Él no había nacido de esta manera. Había sido hecho como el monstruo de Frankenstein.

—No hay respuestas, ¿eh?

—No —dijo.

Nos miramos, pero ninguno de nosotros parecía impaciente.

—Muy bien —dije.

—Está bien, ¿qué? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No vas a responder las preguntas sobre tus antecedentes, bien. Responde otras. ¿Va a casarte con Donna?

—Si digo que sí, ¿qué vas a hacer?

Suspiré.

—Estaba dispuesta a matarte para mantenerse lejos de ellos cuando llegué aquí. Pero ¿qué es el amor, Edward? ¿Estás dispuesto a renunciar a tu vida por los niños? ¿Harías lo mismo por Donna? ¿Estás convencido de que eres el hombre de sus sueños? Es una buena acción. Becca le dijo lo que hiciste, lo que hicimos. Peter la respaldó. Así, en una forma los tres saben lo que eres, quién eres. Donna está bien con ello. —Me dejó de hablar.

—¿Hubo una respuesta a mi pregunta en alguna parte?

—No voy a hacer nada, Edward. ¿Estás dispuesto a morir por ellos? Si eso no es amor, está tan cerca que no puede decir la diferencia.

Él asintió con la cabeza.

—Tengo tu bendición.

—No —dije—. Pero no tengo espacio para tirar piedras en tu vida personal. Así que haz lo que quieras.

—Lo haré —dijo.

—Peter no le ha dicho a Donna lo que le ocurrió. Necesita terapia.

—¿Por qué no le dijiste?

—No es mi secreto para contar. Además, tú eres su aspirante a padrastro, y lo sabes. Confío en que hagas lo correcto por él, Edward. Si él no quiere que Donna lo sepa, encontrarás una manera de que él lo supere.

—Estás tratándome como su padre —dijo Edward.

—¿Viste lo que Peter hizo a Amanda?

—Basta —dijo Edward.

—Vació el cargador en ella, Edward. Le volvió la cara espaguetis. La mirada en su cara… —Sacudí la cabeza—. Es más tu hijo que de Donna y lo ha sido desde que mató al asesino de su padre cuando tenía ocho años.

—¿Crees que es como yo?

—Igual que nosotros —dije—, como nosotros. Yo no sé si se puede reconstruir una persona que está rota. Yo no soy psiquiatra. Curar a la gente no es mi trabajo.

—No es el mío tampoco —dijo.

—Nunca pensé que perder los pedazos de ti mismo te hicieran ser quién y qué eres, pero cuando te veo con Donna, Becca y Peter, veo en ti lamento. Te preguntas lo que la vida podría haber sido si no te hubieras congregado con Van Cleef, o quién diablos fue el primero.

Me miró, ojos fríos.

—Me tomó mucho tiempo entender lo que vi en Donna. ¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—Tal vez, lo mismo que yo creía ver en Ramírez.

—No es demasiado tarde para ti, Anita.

—Es demasiado tarde para mí tener la cerca blanca, Edward. Tal vez pueda averiguar algo, pero no es eso. Es demasiado tarde para eso.

—¿Crees que voy a fallar con Donna? —dijo.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé. Yo sólo sé que no trabajo para mí. No soy el actor que eres. Quien esté a mi lado debe saber quién soy, con todos mis defectos, o no

funcionará.

—¿Sabes con que monstruo te vas a quedar?

—No, pero sé que no puede seguir escondiéndome de ellos. Escondiéndome de ellos es como esconderme de lo que soy. Yo no voy a hacer eso.

—¿Crees que estoy corriendo de mí mismo por ir con Donna?

—No, yo creo que siempre abrazaste tu monstruo. Por primera vez te diste cuenta que no todo tu ser está muerto como pensabas. Donna apela a una parte de ti que no sabías que existía.

—Sí —dijo—. ¿Y Richard y Jean-Claude que representan para ti?

—No lo sé, pero es hora de que lo descubra.

Él sonrió, pero no era una sonrisa de felicidad.

—Buena suerte.

—Lo mismo para ti —dije.

—Vamos a necesitarla —dijo.

Me hubiera gustado discutir, pero tenía razón.

Llamé a Itzpapálotl antes de irme a casa. Estaba decepcionada de que no fuera en persona, pero no estaba enojada. Creo que ella sabía por qué yo no quería darle la mano de nuevo. Había muerto cada siervo de cada vampiro rival que se cruzó en su camino desde hace cincuenta años, pero no había hecho daño ni a un pelo de mi cabeza. Pensé que ella quería el secreto del triunvirato, y que le había interesado, pero no había sido lo que me salvó. Ella me había utilizado para matar al *Marido de la mujer Roja*. Me había dado el poder de atraerlo y soportar sus encantos. Había sido su cebo y su arma. Ahora bien, el otro dios estaba muerto, y abandoné su territorio antes de que ella decidiera que había sobrevivido a mi utilidad.

Extendió una invitación a mi amo.

—Podríamos tener mucho que discutir, tu maestro y yo.

Yo le dije que pasaría la invitación. Quiero patinar sobre hielo en el infierno antes de llevar a Jean-Claude al encuentro de Itzpapálotl. Lo engulliría. Tal vez sería el derecho de Edward. Tal vez Richard y yo sobreviviríamos a la muerte de Jean-Claude. Pero sobrevivir a su muerte y sobrevivir a lo que Itzpapálotl le haría a él son dos cosas muy diferentes.

Hay tantas maneras más fáciles de matar a Jean-Claude. Maneras que serían menos riesgosas para Richard y para mí. Sé que eso es lo que Edward quiere que haga. Varios de mis amigos a votan de esa manera. Pero tengo derecho de veto presidencial, y no quiero verlo muerto. No estoy

segura de lo que realmente quiero, pero sé que lo quiero andando alrededor entonces de poder decidir.

Me voy a casa, y voy a empezar a ver a todos los amigos que he descuidado durante los últimos meses. Así que Ronnie está saliendo con el mejor amigo de Richard. ¿Y qué? Ella y yo todavía podemos ser amigas. Catherine tuvo dos años de luna de miel. Tiempo que dejaré de usar como una excusa para no verla. Creo que estoy incómoda con la forma en que está muy feliz con un hombre que me pareció normal y un poco aburrido. Pero ella es feliz a su alrededor. No he estado últimamente feliz alrededor de cualquiera de mis dos hombres.

Voy a empezar a ver los hombres lobo en la manada de Richard, y los vampiros de Jean-Claude. En primer lugar renovar mis amistades, entonces si funciona bien, voy a ver a los muchachos. Es un plan prudente, nada cobarde, pero es lo mejor que puedo hacer. Bueno, es lo mejor estoy dispuesta a hacer. Porque la verdad es que estoy más cerca de una solución a mi vida amorosa de lo que era cuando me compliqué con ellos más de un año. Las pocas veces que se cayó de la carreta el celibato no cuenta porque todavía estaba tratando de evitarlos. No quiero evitarlos. Yo sólo quiero saber qué es exactamente lo que yo quiero. Una vez que averigüe lo que quiero, a quien quiero, la siguiente pregunta es puedo tener a quien quiero o el perdedor tirará nuestra casa a nuestro alrededor en ruinas sangrienta. Yo diría que esta es la pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares, pero Richard y Jean-Claude valen mucho más que eso para mí. Tal vez Ramírez es el correcto. Tal vez si yo amara verdaderamente a uno de ellos, la elección sería fácil. O tal vez Ramírez no sabe de qué demonios está hablando.

Edward ama Donna, a Peter y a Becca. Están todos juntos viendo a un terapeuta, pero creo que Peter miente sobre lo que realmente sucedió. No puedes conseguir una buena terapia si no encuentras a tu terapeuta. Pero creo que Peter está contando con que Edward sea su terapeuta. Pensamiento aterrador, ¿no?

Edward ama a Donna. ¿Amo a Richard? Sí. ¿Amo a Jean-Claude? Quizás. Si en realidad sí, para Richard, y quizás por Jean-Claude, entonces ¿por qué no tengo mi respuesta? Porque tal vez, sólo tal vez, no hay una respuesta correcta. Estoy empezando a preocuparme de que lo que yo decida, me quedaré afligida por el que dejé ir. Una vez, tuve miedo, si elegía a Richard que Jean-Claude lo mataría en vez de compartirme, pero

extrañamente el vampiro parece dispuesto a compartir, y Richard no lo está. Tal vez, Jean-Claude ama el poder del triunvirato más de lo que me ama, o tal vez Richard es muy celoso. Ciertamente, no los compartiría a ninguno de los dos con otra mujer. Es lo justo. Lo que me lleva de nuevo a la pregunta inicial: ¿quién es el amor de mi vida? Tal vez no lo tengo. Tal vez no es amor. Pero si no es amor, entonces ¿qué es? Ojalá lo supiera.